



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE POSGRADO

Entre la guerra y la paz: la posguerra de los ex-combatientes del Apostadero Naval Malvinas. Experiencias, identidades, memorias

Andrea Belén Rodríguez

Tesis para optar por el grado de Doctora en Historia
Directora: Dra. Silvina Inés Jensen (UNS-CONICET)
Codirector: Dr. Daniel Lvovich (UNGS-UNLP-CONICET)

La Plata, 7 de febrero de 2014

Esa fue mi última imagen de Malvinas, antes de entrar en la panza del *Norland* y empezar los tres primeros días de regreso a casa. Y digo los tres primeros días porque a veces, cada vez menos pero siempre en algún momento imprevisto, me ataca la sensación de que nunca volví. Que una parte mía sigue ahí, en la guerra, en la turba, en el viento, en Malvinas y en las ásperas planchas de madera de la cubierta del *Penélope*.

Roberto Herrscher, *Los viajes del Penélope*

Yo inclusive le dije a la psicóloga un año atrás [...]: “¿Por qué todavía tengo esas pesadillas?”. Sueño como que estoy matando a alguien o viene alguien a matarme. Y en el momento que me viene a matar, me despierto, prendo la luz para saber que estoy acá y mi señora me dice: “No, quedate tranquilo. Estás acá con nosotros”. “Sí – la miro – sí, acá estoy”. Pero tengo eso que no se va, tengo eso. Todos los días hasta hoy que estoy acá, todos los días... [...] Pienso... ¡Estoy allá! Todos los días. Vengo manejando y estoy allá. En mi casa, estoy allá. Yo creo que eso no me voy a olvidar jamás.

Ricardo Rodríguez, entrevista, Ciudad de Buenos Aires, 27/11/2007

Lo que no tenía tan claro como ahora es que, Malvinas, para nosotros, está como en una dimensión paralela, ausente de tiempo y espacio. La verdad es que todos los días estamos Volviendo a Malvinas. Cuando nos juntamos con amigos, cuando vamos a los colegios, cuando miro de reojo el mapa que tengo en la oficina. Por ese motivo, la llegada de este aniversario se convirtió en un regreso a las Islas, casi tan fuerte como el del 2009.

Fernando González Llanos, en su *blog* “Volviendo a Malvinas”

RESUMEN Y PALABRAS CLAVES

En la guerra de Malvinas lucharon alrededor de 14 mil combatientes en las trincheras, el aire y el mar. También en la posguerra, los sobrevivientes pelearon otras batallas desde otras trincheras. En el continente, se convirtieron en combatientes de las guerras contra el silencio, la incomprensión, los sentidos del conflicto y las propias marcas de una experiencia a veces difícil de significar. Para esas batallas, en ocasiones, buscaron a sus compañeros de las islas, aquellos con quienes habían compartido los momentos más límites de cotidianidad con la muerte en el archipiélago malvinense. En la posguerra, muchos ex-combatientes de Malvinas se reencontraron, contuvieron, conformaron espacios para recordar la guerra y luchar por sus derechos, a la vez que continuaron y/o resignificaron los lazos afectivos construidos al calor de la batalla.

Esta tesis aborda la posguerra de un grupo de ex-combatientes en particular: los integrantes del Apostadero Naval Malvinas. Luego de compartir el trabajo de estiba de los buques, la vida bajo bombardeo y las guardias nocturnas en los muelles de Puerto Argentino, los civiles y militares de la Armada que formaron esa unidad logística, volvieron a reunirse una vez que los cañones callaron, y continúan encontrándose aun hoy en las reuniones de camaradería anuales que realizan cada 20 de junio. ¿Por qué se reencontraron luego de la rendición? ¿Qué marcas de la guerra y posguerra pueden explicar la pervivencia de los vínculos construidos en las islas?

A lo largo de la tesis, reconstruyo las experiencias de posguerra de los conscriptos, suboficiales y oficiales del Apostadero Naval Malvinas desde el regreso al continente hasta el presente (1982-2013), con el objeto de comprender la persistencia de los lazos afectivos configurados en esa experiencia extrema. Se trata de explorar la reconfiguración y resignificación de la identidad social fundada en las islas a lo largo de la posguerra, y la construcción de cierto sentido compartido sobre el conflicto en cada contexto histórico y según los “otros” con los que se vincularon, dialogaron u opusieron. En los procesos de (re)configuración de esa identidad social y memoria grupal, los silencios que los ex-combatientes del Apostadero tuvieron que combatir, aceptar a regañadientes y/o asumir a lo largo de los 30 años de la posguerra fueron puntos de referencias esenciales e ineludibles.

Palabras claves: conflicto del Atlántico Sur, experiencias, identidades, memorias, Apostadero Naval Malvinas

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	6
INTRODUCCIÓN	9
Presentación del tema.....	9
Marco teórico y estado de la cuestión.....	13
Sobre objetivos, hipótesis y algunas precisiones conceptuales.....	22
Metodología y fuentes.....	32
Organización de los capítulos.....	37
PARTE I: LA GUERRA DEL APOSTADERO	39
Capítulo 1: La Armada y Malvinas	
“El sentimiento dentro de la Armada”.....	41
Combatir en la tierra, el aire, ¿y el mar?.....	50
Capítulo 2: Lejos de las trincheras cuentan otra guerra. Experiencias e identidades del grupo Apostadero	
Marcas.....	63
La constitución de la unidad: un “rejunte” sin identidad.....	65
Actividades: los “comodines” de la guerra.....	70
Espacios múltiples.....	73
Abastecimiento y acceso a los recursos: un privilegio de pocos.....	74
Relaciones interpersonales: entre la horizontalidad y los conflictos.....	76
Los “nosotros” en el Apostadero.....	78
Los “otros”.....	84
PARTE II: DE PRESENCIAS Y AUSENCIAS EN LA POSGUERRA DEL APOSTADERO. EXPERIENCIAS E IDENTIDADES	89
Capítulo 3: Ocultamiento, silencio y “subversión” en las filas navales	
“La ropa sucia se lava en casa”.....	93
“Subversión” en la Armada.....	104
Decepciones y retiros.....	118
La permanencia en la Armada o la no existencia.....	130

Capítulo 4: Vivir tras “el horror de la guerra”	
Desencuentros.....	144
Regresos imposibles.....	144
Incomprensiones, incomodidades y silencios.....	158
Conicionados y escondidos.....	169
Reencuentros.....	188
Capítulo 5: Lazos de guerra	
1983-1990: Civiles versus militares.....	204
1990-2013: Civiles y militares. La irrupción de los “otros”.....	223
Los militares.....	223
Los integrantes de otras unidades.....	239
PARTE III: LA MEMORIA SOCIAL DEL APOSTADERO. IDENTIDADES Y NARRATIVAS.....	245
Capítulo 6: La memoria naval	
“Quiero dejar bien en claro”.....	249
Entre héroes y tumbas.....	260
La guerra del Apostadero y la memoria naval.....	279
Capítulo 7: Memoria/s del Apostadero: entre la “tradición oral” y escrita	
De “memoria subterránea” a memoria pública.....	287
“El Apostadero Naval Malvinas en Internet”.....	294
Relatos en primera persona.....	308
Entre la “memoria emblemática” y las “memorias sueltas”.....	338
CONCLUSIONES.....	343
FUENTES.....	360
BIBLIOGRAFÍA.....	367
ANEXO.....	379

AGRADECIMIENTOS

*En memoria de mis abuelos Peti y Valentín,
nobles combatientes de la vida*

Quiero agradecer, en primer lugar, a cada uno de los ex-combatientes que me brindaron su testimonio, porque me recibieron en sus casas, confiaron en mí – sin conocerme – para compartir sus recuerdos más íntimos y dolorosos, hablaron por primera vez de la guerra y porque fueron tan pacientes para ver los resultados de la investigación. Sobre todo, quiero agradecer a aquellos con quienes tuvimos cierta afinidad o construimos lazos de amistad y cariño, y que estuvieron disponibles cada vez que me asaltaba alguna duda: el “Bicho” Pérez, Claudio Guida, Guillermo Klein, Fernando González Llanos, Marcelo López, Ramón Romero, Ricardo Rodríguez y Roberto Coccia.

Luego, agradezco profundamente a mi directora Silvina Jensen y a mi codirector Daniel Lvovich. Silvina fue (y aún es) un pilar fundamental en mi recorrido como investigadora, no sólo por incentivar me a estudiar Malvinas (cuando nadie lo hacía), por su detallada e incisiva lectura, por su generosidad intelectual y por enseñarme las “reglas del oficio”, sino por ser una gran persona y compañera de camino, cuyo compromiso, responsabilidad y honestidad son admirables. A Daniel le agradezco su predisposición para codirigirme cuando apenas me conocía, su paciencia ante mis prolongadas ausencias, y ante todo su generosa lectura; sus comentarios inteligentes y sagaces fueron una guía clave para la tesis.

Esta investigación probablemente hubiese sido imposible sin el respaldo de la Universidad Nacional del Sur, la Universidad Nacional de La Plata y la Universidad Nacional del Comahue, y sin el financiamiento en un comienzo de la Comisión de Investigaciones Científicas (CIC) y principalmente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Mi agradecimiento a esas instituciones que me permitieron dedicarme a aquello que me apasiona.

Agradezco a los colegas que (aunque no lo recuerden) me abrieron archivos que parecían imposibles, compartieron algún material conmigo, leyeron versiones preliminares de algunos capítulos o me brindaron la posibilidad de difundir o continuar mi investigación.

Por su generosidad, les agradezco a: Andrea Pasquaré, Fernando Remedi, Gabriela Águila, Germán Soprano, Guillermo Oyarzábal, Leandro Di Gresia, Marta Carrario, Orietta Favaro, Rosana Guber y Valentina Salvi. Y, ante todo, a Federico Lorenz, por su confianza en momentos muy iniciales y críticos de este trabajo, por acercarme a este hermoso campo de estudio que es la historia sociocultural de la guerra, por ponerme en contacto con espacios riquísimos como la Comisión Provincial por la Memoria y por compartir material. Por su compromiso siempre crítico con Malvinas, él fue – y sigue siendo – un referente para mí.

Agradezco, también, a todos aquellos que me prestaron material en los inicios. Es imposible mencionar a cada uno, la lista sería interminable. Sólo por nombrar algunas personas que significaron mucho para mí, agradezco a: Mariana del Campo, por cederme por tiempo indefinido, con total confianza y desprendimiento, la biblioteca de su papá (Alberto), un apasionado de Malvinas; a Mercedes del Campo, por prestarme las revistas que guardó tanto tiempo con aprecio; a Mariano Coccia (el hijo de Roberto), porque gracias a él tuve mi primer contacto con la bibliografía específica del Apostadero; a Paula Sanger, porque ni bien estaba comenzando a leer sobre Malvinas, me fotocopió unas cartas de su tío veterano de guerra, que su mamá conserva con cariño; a Gabriel Asenjo, por permanecer horas conmigo releendo los recuerdos que tenía guardado hacía años en un baúl, y por escanear sus cartas y fotografías de la guerra y posguerra, que para mí (y para él, por supuesto) son invaluable; a Claudio Guida, por regalarme todo aquello que me entusiasmaba (fotografías de las reuniones, de su viaje a las islas, revistas y el *pin* del Apostadero, porque ahora era “una de ellos”); a Stella Maris y Eduardo Rivero, por compartir sus enseñanzas de vida en un paseo por el Tigre; a Susana Sealices, por obsequiarme las entrevistas que realizó a miembros del Apostadero en un programa de radio que conduce hace años con pasión; a Bernardo, mi librero porteño preferido, por regalarme diarios y revistas de la guerra.

En lo personal y profesional, quiero agradecer a mis amigas de la universidad, con las que ya llevamos un largo camino de docencia e investigación juntas desde aquel 2006 que la profesora de Metodología de la Investigación (Silvina) nos reunió: las bahienses Anita Seitz, Lore Montero, Vir Dominella, Flor Fernández Albanesi, Juli Giménez, Bel Zapata y Ana Vidal. No sólo porque cada vez que leían la palabra “Malvinas” o veían algo relacionado con el tema, se comunicaban con urgencia conmigo para que no dejara de

leer/ver ese material que tanto me podía servir; sino porque me acompañaron a cada instante, me escucharon y leyeron con cariño pero sin dejar de ser críticas, me alojaron en sus casas en los tantísimos viajes de investigación, me incentivaron en los momentos más difíciles de la tesis – allí cuando parecía que todo lo hecho había sido en vano –, y no dejaron de compartir las alegrías profesionales y personales como si fueran propias. Por hacer todo eso, y sobre todo por ayudar a adaptarme en mi nueva ciudad, le agradezco profundamente a la neuquina por adopción Ceci Azconegui.

Quiero agradecer, también, a mi familia (tíos, primos y mis abuelos Paqui y José), a la familia política, y a la familia elegida – mis amigos de toda la vida –, por su apoyo y compañía. A estos últimos, les agradezco por escucharme hablar de Malvinas, y dejar de hacerlo cuando era el momento indicado; pero ante todo por estar ahí en cada momento de mi vida: Vero, Nela, Fer, Tincho, Wop, Mari, Juampa, Maga, Saso, Yani, Lore, Bochi, Ana, Diego, Ale, Guille, y los integrantes más recientes del grupo: Sofí y Francisco, mi ahijado. A Juan, en especial, por haberme alojado en su casa tantas veces y hacerme sentir cómoda y muy bien recibida.

Por último, pero en primer lugar, agradezco a mi mamá Silvia, mi papá Pedro y mi hermano Claudio, los grandes referentes de mi vida, sin los cuales sencillamente este camino hubiese sido imposible. Ellos me apoyaron en cada decisión, me motivaron a crecer, recolectaron material, y principalmente creyeron en mí mucho antes de que yo lo hiciera. Es imposible poder expresar con palabras lo que significan para mí. Y, finalmente, agradezco a Ignacio (Colo) y a Jano, con quienes hoy comparto mi hogar. Al segundo, por su leal, paciente y divertida compañía. Al Coli por ser mi compañero de la vida, por escuchar con atención cada hipótesis, comentario o mínimo detalle de la investigación y discutirlos allí donde hiciera falta, por su amor y entrega de cada día, y ante todo por enseñarme que en la vida no todo es la profesión – por más apasionante que ésta sea –, que también hay que relajarse y disfrutar de otras cosas que son tan o más importantes.

INTRODUCCIÓN

El Apostadero Naval Malvinas no figura en ningún lado, nosotros no figuramos en el desembarco, no figuramos... hay planos, hay mapas donde figuran todas las agrupaciones que formaron parte de la recuperación de las islas, y el Apostadero Naval Malvinas no figura [...]. Así que a 25 años ni siquiera... todavía estamos peleando para que nos reconozcan, no de la forma personal, que reconozcan el lugar donde uno... Porque yo pertenezco ahí, y el Apostadero me pertenece.

Ramón Romero¹

Presentación del tema

Silencios es, quizás, la palabra clave de la tesis, en realidad, de todo mi recorrido en la investigación sobre la guerra de Malvinas. La existencia de una contienda bélica de la que nadie hablaba públicamente despertó mi curiosidad ya en el primer año del colegio secundario, tal vez porque mi mamá desde pequeña me contaba que cuando estaba embarazada tenía que subirse a las sillas para tapar las ventanas de mi casa, respetando los (ingenuos) procedimientos de oscurecimiento para ocultar mi ciudad – Bahía Blanca – ante un posible bombardeo. Mis primeros recuerdos sobre Malvinas remiten a un trabajo de investigación que desarrollé en el colegio secundario, sin que mediara pedido del profesor, en el que intenté explicarme cómo Argentina pudo haberse embarcado en una guerra contra Gran Bretaña por unas islas perdidas en el Atlántico Sur en el otoño de 1982. Teniendo como horizonte de referencia las guerras mundiales, un tema que siempre me había fascinado, me parecía inconcebible que Argentina hubiese sido parte de algo similar hacía sólo algo más de una década. Su desenlace, además, – la derrota argentina – me parecía obvio. Escribí en un par de hojas – que aún conservo, amarillas – las razones esgrimidas en un manual de secundaria por las que las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur eran argentinas. Desde mi óptica inocente, en ello se agotaba la explicación de la guerra.

¹ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007. Ramón nació en Santa Fe en 1962. En 1982, era cabo segundo (especialidad: construcciones navales) y trabajaba en la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, sus principales actividades fueron estibar la carga de los buques, repartir el correo y trasladar aprestos logísticos. Permaneció en las islas desde el 2 de abril hasta el 20 de junio. Pidió la baja de la Armada en 1984/1985. En la posguerra, asistió sólo a dos reuniones del Apostadero. Actualmente, vive en Bahía Blanca, trabaja en el Polo Petroquímico y participa activamente en el Centro de Veteranos de Guerra de la ciudad.

Esta inquietud debe haber permanecido latente durante gran parte de mi vida porque 15 años después, ya finalizando la Licenciatura en Historia, ante el pedido de la profesora de Metodología de armar un proyecto de investigación, nuevamente elegí estudiar aquella guerra que parecía rodeada de un aura de silencio, aquel conflicto del que prácticamente nada habíamos visto durante toda la carrera. Pero ahora la relación con su contexto – la última dictadura militar –, me parecía la clave. El proyecto de investigación sobre los sentidos de Malvinas que construían y transmitían los manuales escolares desde 1983, abrió una serie de interrogantes, que continúan hasta hoy. De allí en más, mis investigaciones estuvieron indisolublemente ligadas a la guerra, aunque a poco de andar fue evidente que Malvinas era un hueco y una cuenta pendiente no sólo para mí, sino también para la historiografía argentina desde su renovación, y sobre todo desde la articulación del subcampo de la Historia Reciente y en sus diálogos con la Nueva Historia Cultural y los estudios de la Memoria. A diferencia de las investigaciones sobre la dictadura y los setenta, el impacto del terrorismo de Estado y el accionar de las organizaciones político-militares que parecían multiplicarse en ese momento [2006], los estudios socioculturales sobre la guerra de Malvinas eran difíciles de hallar.

Silencios, entonces, es lo que encontré en forma prioritaria en mi recorrido investigativo inicial en torno a Malvinas, es lo que incentivó mi curiosidad y motivó su estudio. Desde mi perspectiva, esos silencios se transformaron en un gran signo de interrogación, en todo un problema de investigación. En tanto los silencios “están socialmente contruidos” (Winter, 2010), al igual que la memoria y el olvido, la clave consistía en explicar qué sentidos, qué representaciones, subyacían a esa falta de palabras. Los silencios sobre Malvinas parecían estar cargados de incomodidades, culpas, vergüenzas, proyectos frustrados, desesperanzas, dolor y, también, desinterés. Malvinas parecía ser una especie de ausencia presente.

Los silencios también aparecieron en cada uno de mis encuentros con los ex-combatientes². Sin saber todavía bien qué investigar ni qué recorte hacer del conflicto del

² Los términos “veterano de guerra” y “ex-combatiente” son propios de diversas memorias de Malvinas en distintas épocas históricas. Como indica Guber (2004), sus diferencias, que fueron y son relevantes para las dirigencias de las agrupaciones de ex-combatientes, no lo han sido para las bases, ni – agrego – para el Estado y la opinión pública, que normalmente usan ambos términos como sinónimos. Como en su mayoría los

Atlántico Sur, comencé mi tesina de Licenciatura con una primera entrevista en profundidad a Ramón Romero, quien había luchado en las islas siendo un joven cabo segundo, con sólo 3 años en las Armada. En la entrevista, “Monchito” comenzó narrando su posguerra, comentando que ni bien regresó al continente decidió darse de baja de la Marina por su desilusión y frustración debido a las condiciones en que habían luchado el conflicto y por la forma en que habían sido recibidos. Esa fue la primera vez que escuché una frase que luego repetirían todos los veteranos que entrevisté: Ramón reclamaba haber regresado de la guerra “de noche y por la puerta de atrás”, en silencio y escondido por las FF.AA. y ante una sociedad que miraba para otro lado. De hecho, los silencios de los “otros”, para los veteranos de guerra, significaban el rechazo o desinterés hacia su experiencia e implicaban su propia resistencia. La lucha contra los silencios – social, político, estatal, militar... – fue una de las tantas batallas que no pocos veteranos combatieron durante gran parte de su posguerra, mientras muchos se sumaban al silencio de una sociedad que los invisibilizaba. Ramón, de hecho, estuvo 20 años sin hablar de la guerra, una situación que no es para nada inusual.

Pero, el testimonio de Ramón y, quizás, la inadecuación de mis preguntas también pusieron de relieve otro silencio, no tan extendido entre los ex-combatientes. Cuando, desde mi imagen de la guerra, preguntaba por las carencias logísticas sufridas, Ramón respondía que él no había tenido dificultades al respecto. Cuando me contaba que había estado alojado alternativamente en diversos espacios en el pueblo, yo no lograba entender por qué no había tenido una posición fija. Cuando le preguntaba por el combate con los ingleses en el frente de batalla, Ramón me respondía que nunca había visto a un inglés hasta la rendición, que no había estado en los “pozos de zorro”, que no había disparado un solo tiro en toda la guerra. Ramón había formado parte del Apostadero Naval Malvinas, la unidad logística de la Armada Argentina encargada de la fundamental tarea de organizar las instalaciones portuarias de la capital de las islas, uno de los pocos puntos de comunicación con el continente, y, por ende, se había dedicado durante gran parte de “su” guerra a estibar la carga de los buques, transportar mercadería a diversos lugares, e, incluso, repartir el correo.

El contraste entre mi imagen de la guerra – basada en la lectura de aquellos testimonios que más se habían difundido, los de los soldados que habían combatido en el

miembros del Apostadero no establecen una diferenciación, en la tesis son utilizados indistintamente. De todas formas, cuando sea necesario la distinción será oportunamente aclarada.

frente de batalla – y la guerra vivida por Ramón fue un indicio de dos cuestiones. Por un lado, sugería la existencia de diversas guerras de Malvinas. Y, por otro, que la repercusión de algunas de ellas en el imaginario social – la guerra de trincheras – evidentemente había ocultado, subsumido o dejado en un segundo plano otras, como las guerras logísticas; una situación que, luego constaté, era común a la memoria de otros conflictos bélicos en el mundo (Audoin-Rouzeau y Becker, 2002: 200). Fue ese contraste el que me motivó a investigar la guerra “vivida, imaginada y conceptualizada” (Winter y Prost, 2008: 6) por los integrantes del Apostadero Naval Malvinas, con el objeto de intentar explicar, en última instancia, el por qué del silencio social de las guerras logísticas.

Asimismo, en este primer acercamiento a la guerra del Apostadero, una de las cuestiones que más atrajo mi atención fue que el silencio en que ésta se hallaba sumida, o por lo menos su falta de repercusión pública, contrastaba con la existencia de reuniones anuales entre los integrantes de la unidad hacía 25 años y de una página *web* dedicada íntegramente a la misma. De hecho, desde 1983 sus miembros se encuentran anualmente todos los 20 de junio – día que regresaron de la guerra – en un típico café porteño.

Estos hechos delataban que la experiencia colectiva de la guerra había transformado a una unidad militar en un grupo social que compartía cierta identificación. La relación entre los procesos de construcción identitaria grupal durante la guerra y la posguerra y el rol que habían jugado en ellos los silencios que debieron enfrentar, aceptar a regañadientes o someterse, fue la problemática que me propuse investigar desde un comienzo. Para abordarla, comencé por reconstruir las vivencias bélicas de los integrantes del Apostadero en mi tesina de grado, identificando aquellas marcas en sus experiencias que habían contribuido a su identificación colectiva como parte de un grupo social.

En efecto, a lo largo de la tesina, constaté que en la guerra los conscriptos, cabos, suboficiales y oficiales que formaron parte del Apostadero – que en su mayoría no se conocían, ya que provenían de diversos destinos –, constituyeron una identidad social, es decir se identificaron como parte de un “nosotros”, producto de compartir determinados espacios, tiempos y acontecimientos que los marcaron colectivamente. Al mismo tiempo, se distanciaron de ciertos “otros”, algunos de los cuales eran comunes, en mayor o menor medida, a todos los combatientes en las islas – como el extrañamiento de la sociedad civil que había permanecido en el continente, en ocasiones distante a la guerra, y la confrontación

con aquellos militares y civiles que tomaban las decisiones del conflicto sin pisar el terreno insular –; y otros eran privativos de este grupo y estaban vinculados a las particularidades de su experiencia por su especialidad logística, como el distanciamiento de aquellos que estaban en el frente de batalla, que vivían una guerra claramente distinta a la suya. Asimismo, observé que el colectivo Apostadero estaba atravesado por cierta heterogeneidad, por fricciones y tensiones, lo que explicaba la constitución de subgrupos y de otras identificaciones al interior del mismo que desafiaba sus fronteras (Rodríguez, 2008).

Tomando como punto de partida las conclusiones de la tesina, en la investigación doctoral he continuado con la reconstrucción de la historia del grupo Apostadero Naval Malvinas³ desde que sus integrantes regresaron al continente luego de la rendición, hasta el presente, y haciendo foco en la relación entre experiencias, identidades y memorias. Así, como final (abierto) de este recorrido, en esta tesis pretendo reconstruir y analizar las experiencias de posguerra de los integrantes de ese colectivo social, abordando los procesos de construcción identitaria del mismo y la configuración de la memoria social del grupo desde el término del conflicto del Atlántico Sur hasta la actualidad (1982-2013).

Marco teórico y estado de la cuestión

A fin de evaluar la contribución de esta investigación al campo de estudios sobre Malvinas, este apartado aborda el estado de la cuestión de la temática y las perspectivas teóricas – y también políticas – que es posible identificar en la vasta historiografía argentina de la guerra. Al revisar la bibliografía sobre el conflicto del Atlántico Sur, lo primero que se advierte es su extensión y heterogeneidad. Periodistas, protagonistas del conflicto, militares, dirigentes políticos e historiadores han publicado cientos de obras desde el inmediato término de la guerra hasta la actualidad, que abordan diversas problemáticas, presentan características disímiles, y están planteadas desde diferentes perspectivas. Dada la extensión de dicha bibliografía, sólo haré referencia a aquella que esté más relacionada con el objeto de investigación y el enfoque propuesto en la presente tesis.

³ Cuando menciono al Apostadero luego del fin de la guerra hago referencia al grupo social no a la unidad de la Armada, ya que ésta dejó de existir tras la derrota argentina en el conflicto.

Hasta tiempos recientes, es posible distinguir dos perspectivas primordiales en los estudios del conflicto del Atlántico Sur, enraizadas en discursos y representaciones de la guerra opuestos y que se articularon en la temprana posguerra.

Por un lado, existe una vasta historiografía militar⁴ que sostiene un discurso patriótico clásico, en el que la guerra aparece como “gesta”, incorporándola a la línea de luchas patrióticas fundantes de la nación, y en el que la crítica al actor militar no tiene lugar. Se trata de un relato en el que las tropas combatientes (civiles y militares por igual) destacan por su “heroicidad”, su valor en la lucha y su capacidad para sobreponerse a circunstancias adversas. Los actores que son individualizados y que aparecen como sujetos protagónicos, son los oficiales de las diversas unidades. Generalmente, el resto de las tropas combatientes no tiene nombres ni apellidos, aparece como una masa uniforme aunque heroica, excepto que haya participado de algún acontecimiento de extraordinaria relevancia.

Esta producción es subsidiaria de la historiografía militar tradicional occidental. Como indica John Keegan (2000: 39), los relatos militares bélicos están caracterizados por una perspectiva simplificada y uniforme del comportamiento humano en la guerra (en el que no hay lugar para las subjetividades ni las emociones), por una caracterización jerarquizada de los combatientes, y por un desarrollo de la batalla por movimientos abruptos y discontinuos. Asimismo, la misma suele carecer de vinculaciones con otras dimensiones históricas, y por ende las explicaciones sobre fenómenos militares se desarrollan aisladas de factores económicos, sociales, culturales o políticos que son parte del contexto histórico y podrían enriquecer su comprensión. Así, parte de esta historiografía consiste únicamente en resúmenes cronológicos de la guerra, análisis técnicos y operacionales del conflicto, crónicas de las batallas, entre otras. Se trata, en definitiva, de estudios restringidos a la “historia militar en sus aspectos más «técnicos», despojándola (sólo en apariencia, obviamente) de toda connotación política” (Lorenz, 2011b: 52).

La escasa bibliografía existente sobre el Apostadero Naval Malvinas se encuentra prioritariamente dentro de esta perspectiva. En todos los casos consiste en estudios de

⁴ Incluyo en esta categoría tanto a aquellas obras cuyos autores pertenecen a las FF.AA. como aquellas cuya edición fue responsabilidad de instituciones militares. Además, así como algunas son obras generales, otras son autorreferenciales y se acercan al género autobiográfico. Existe gran cantidad de bibliografía que comparte esta perspectiva, para aquellas vinculadas a la Armada Argentina, ver el Capítulo 6 que se centra en la configuración de la memoria pública de la institución.

historiadores navales o protagonistas el conflicto, sobre la constitución y el accionar de la unidad en las islas, pero nunca sobre las experiencias bélicas de los actores y menos aún de su posguerra. En su mayor parte, se trata de pequeños capítulos dentro de un análisis general, en donde esa unidad es tratada de forma marginal (Rodríguez, 2008).

La segunda línea de abordaje es la que surge de los círculos académicos “progresistas” – que Lorenz (2007) define ampliamente como democráticos y de izquierda –, que hacen de la guerra una cuestión marginal y la leen apenas como el “acelerador” del desenlace de la dictadura militar. Se trata de textos generales sobre los ‘70 y el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” que incluyen una interpretación de la guerra como el “manotazo de ahogado” de un régimen militar en crisis, que apeló a una “causa nacional” relevante para la sociedad argentina para recobrar su legitimidad. Estos trabajos no toman el conflicto bélico y menos aún la posguerra de Malvinas como objeto de estudio. Como indica Lorenz, la vacancia de Malvinas en esos estudios opera como una paradoja “porque en una clave política se le reconoce a la guerra de Malvinas una importancia central en las formas que tuvo la entrega del poder por parte de las Fuerzas Armadas. En consecuencia, los análisis sobre la época no pueden “eludir” Malvinas, pero a la hora de tratarla se echa mano a mitos sociales antes que a investigaciones rigurosas” (2011b: 53).

A mi juicio, la falta de estudios sociales sobre la guerra y posguerra se explica por múltiples factores⁵. Sin dudas, uno de los más importantes es que muchos científicos sociales vivieron el conflicto y la década del ‘70, en no pocos casos sin cuestionar la violencia, y que luego en la Argentina de la postdictadura abrazaron el paradigma de los DD.HH., desde el cual (re)leyeron nuestra historia reciente para fortalecer la democracia; paradigma desde el cual no interrogaron la guerra. Como indica Lorenz:

“Desde el punto de vista de muchos intelectuales, la transición a la democracia implicó desechar antiguas certezas y apropiarse, defender y sostener ideológicamente otras nuevas. En este proceso (...) los instrumentos y categorías para pensar la sociedad cambiaron radicalmente con respecto a los que habían orientado la tarea de pensar a la Argentina en los años previos. La democracia y su institucionalidad, junto con la defensa a los derechos humanos, se transformaron en un norte para

⁵ Para un excelente análisis de la relación entre los historiadores y Malvinas, ver: Lorenz (2007, 2011b). Existen cantidad de estudios que incluyen esa perspectiva de la guerra, sólo por citar algunas referencias, ver: Verbitsky (2002); Torre y De Riz (2002); Romero (2003); Quiroga (1994, 2004); Suriano (2005).

quienes se volcaron entusiastamente, en aquellos años, a aportar desde su lugar a la reconstrucción de la Argentina” (Lorenz, 2007: 12).

Y la forma de hacerlo fue reduciendo la explicación de la guerra o bien a una variable de política interna o bien a un crimen más de la dictadura, del que la sociedad no sólo no había sido responsable, sino que había sido víctima. Esta lectura del conflicto del Atlántico Sur ha contribuido a construir un relato parcializado y simplista, en el que el análisis de las experiencias de los combatientes en tanto sujetos en guerra, como agentes de violencia, no tiene lugar. Por el contrario, los protagonistas de la contienda son etiquetados o como víctimas – los soldados conscriptos – o como asesinos y responsables – los militares –, eludiendo complejizar un conflicto que en sí tiene muchas aristas y que es imposible reducir a valores morales.⁶

Esas dos perspectivas de la guerra han dominado la producción historiográfica de la guerra de Malvinas desde 1982 hasta fines de los ‘90 y comienzos del 2000, cuando aparecen los primeros estudios socioculturales del conflicto que proponen una nueva forma de leer la guerra, en el marco de una renovación historiográfica de los estudios sobre el pasado reciente que giran principalmente en torno a acontecimientos traumáticos que marcaron la historia argentina en los ‘70.⁷ A casi 20 años del conflicto y a partir de los trabajos de la antropóloga Rosana Guber y del historiador Federico Lorenz, se produce una renovación – que es aún incipiente – de los estudios de la guerra de Malvinas como fenómeno social y cultural en su complejidad, investigaciones que están permitiendo superar las lecturas ancladas en la historiografía política y militar clásica.

⁶ Precisamente ello fue también lo que ocurrió en Europa y EE.UU. a partir de los ‘80, cuando se difundió una perspectiva “humanitarista” de los acontecimientos con el Holocausto como verdadero “tropos universal” de los crímenes del siglo XX (Huyssen, 2000), que se centra en crímenes (no en batallas y victorias), en testigos (no en combatientes) y en víctimas (no en héroes ni en vencidos). Este tipo de perspectiva absolutamente ahistórica descontextualiza y despolitiza a los conflictos que se leen asociados a una causa universal – “la de la humanidad” – al tiempo que los releva de toda disputa ideológica (Audoin-Rouzeau y Becker, 2002; Traverso 2009). Como indica Traverso, el problema consiste en “transformar una categoría ético-política en una categoría histórica, pensando que la condena moral de la violencia puede reemplazar su análisis e interpretación” (2009: 17).

⁷ Sobre la Historia Reciente en Argentina ver: Franco y Levin (2007) y Bohoslavsky (2011). Una de las cuestiones que llama la atención sobre los estudios en el campo de la Historia Reciente es la ínfima cantidad de investigaciones sobre Malvinas que existen frente a la abundancia de investigaciones que han aparecido en los últimos años sobre la militancia y la represión ilegal en los ‘60 y ‘70 (Lorenz, 2007).

En este abordaje, Guber y principalmente Lorenz toman como punto de referencia la historiografía sociocultural de lo bélico que se viene desarrollando en Europa desde fines de los '60 y '70, cuando se inicia un giro en los estudios de la guerra que pasan de una perspectiva centrada en lo político-militar – en la que la tropa estaba ausente – a otra que hace más hincapié en lo social, es decir, a “una ‘historia desde abajo’, donde las actitudes colectivas de los soldados, desde el proceso de movilización hasta la reinserción en las sociedades de posguerra, recibieron una atención preferente” (González Calleja, 2008: 69).⁸

Este enfoque parte de pensar a la guerra como un hecho social y cultural, con lógicas propias y diferentes a cualquier otro ámbito de la vida humana, y propone estudiar la constitución de la experiencia bélica para comprender el “violento siglo XX” (Lorenz, 2011: 50). Aborda “el modo en que los contemporáneos del conflicto han representado y se han representado la guerra, como conjunto de prácticas, actitudes, expectativas, creaciones artísticas y literarias” (Becker y Audoin-Rouzeau, en: González Calleja, 2008: 71), en tanto concibe que esas representaciones del conflicto “se cristalizan en un sistema de pensamiento que le dan a la guerra su significación profunda” (Audoin-Rouzeau y Becker, 2002: 102). En tal sentido, la historia sociocultural de la guerra hace foco en las experiencias, identidades y memorias de aquellos sujetos marcados por la guerra y omitidos en la historiografía militar y diplomática tradicional, como los “sobrevivientes, escritores, artistas, víctimas, veteranos heridos, lisiados, mutilados, así como también sus familias, viudas, huérfanos” (Winter y Prost, 2008: 205).⁹

⁸ A partir de los '80, coincidiendo con una renovación de la historiografía militar anglosajona – que se acerca a un abordaje más antropológico –, se dio una progresiva articulación entre el enfoque social con el cultural de lo bélico, surgiendo lo que se dio en llamar los estudios sobre la “cultura de guerra”. La historia sociocultural de la guerra, que no fue más que una expresión de un giro general de la historiografía occidental, ha tenido su centro de irradiación en Francia, en el “Historial de la Grande Guerra” fundado en 1992, aunque cuenta con algunos tempranos antecedentes en la cultura anglosajona. En el presente, la historia sociocultural de la guerra se encuentra en plena expansión en otros países, como Italia, Alemania, Australia y España. Sobre este enfoque historiográfico, ver: Ashplant, Dawson y Roper, 2000; Winter y Prost, 2008; González Calleja, 2008. En todos los casos, las traducciones fueron realizadas por la autora.

⁹ Este enfoque historiográfico ha impulsado estudios interdisciplinarios sobre los elementos constitutivos de la experiencia de matar cara a cara (Bourke, 2000), la relevancia del duelo (Winter, 1995), la “brutalización” provocada por la experiencia bélica (Mosse, 1990), el impacto de la guerra en las identidades de los combatientes (Leed, 2009), los sentidos sobre el conflicto construidos por los sobrevivientes (Mosse, 1990; Hynes, 1999; Winter, 1999; Aguilar, 1999; Prost, 1999; Leed, 2009), los otros afectados por la guerra (Winter, 1995; Winter, 1999; Audoin Rouzeau y Becker, 2002), y las comunidades que contendieron en el conflicto (Winter, 1995; Winter y Sivan, 1999; Winter y Robert, 1999; Ashplant Dawson y Roper, 2000).

Compartiendo esta conceptualización de lo bélico, los estudios de Guber y Lorenz estudian el conflicto del Atlántico Sur en su especificidad, sin descuidar su contextualización y la mirada de conjunto. Así, se alejan y discuten tanto las explicaciones esgrimidas por los círculos militares – que descontextualizan la guerra en aras de su propia legitimación – como las propuestas por buena parte del círculo académico, en las que el conflicto aparece subsumido al contexto dictatorial. Además, al revalorizar la guerra como fenómeno social y cultural, dan lugar al análisis de las experiencias y subjetividades de los protagonistas del conflicto, de los sentidos que ellos le otorgaron a lo que estaban viviendo y los que construyeron en la posguerra. Este giro permite superar las dos formas habituales de percibir a los sujetos: aquella de la historiografía militar, que construye un actor monolítico y jerarquizado, un colectivo heroico pero sin rostros humanos reconocibles, y la de la historiografía académica-progresista, que identifica a los protagonistas de la guerra con dos figuras antagónicas, víctimas o victimarios. Así, estos científicos sociales se concentran en el estudio de los soldados conscriptos – restituyéndoles la capacidad de agencia en su guerra – que tomaron decisiones tan límites como las de matar o morir.

La presente investigación y las hipótesis que la guían son deudoras tanto de los planteos de Guber y Lorenz como de la historiografía sociocultural europea de lo bélico¹⁰, en tanto parte del mismo abordaje de la guerra como hecho social y cultural, para analizar cómo las experiencias, identidades y memorias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas fueron marcadas por la guerra, y qué estrategias, acciones y recursos materiales y simbólicos utilizaron en su posguerra para dar cuenta de esa marca.

Las investigaciones de Guber y Lorenz se revelan como referencias ineludibles para un abordaje de la posguerra de Malvinas. En su producción historiográfica, Federico Lorenz reconstruye una breve historia social de la guerra, aborda los sentidos que los combatientes

¹⁰ También he tenido en cuenta otros estudios argentinos que refieren a diversos conflictos realizados desde esta perspectiva (Otero, 2009; Dalla Corte Caballero, 2010; Sosa, 2010; Tato, 2010a, 2010b; Garaño, 2012). Sin embargo, resulta necesario tener en cuenta que, a nivel nacional, este enfoque teórico de la guerra se encuentra en estado incipiente. Se trata de estudios fragmentarios y aislados, que refieren a diversos conflictos bélicos, pero que hasta el momento no han tenido una estructuración coherente ni un abordaje colectivo. En este marco, existe un mayor desarrollo de los estudios sobre la experiencia bélica en las guerras independentistas en el Río de la Plata, que se encuentran en la confluencia de la historia social, cultural y política (Bragoni y Mata de López, 2007; Paz, 2008; Rabinovich, 2009, 2011a, 2011b, 2013; Fradkin y Ratto, 2011a, 2011b). Otros historiadores han reflexionado sobre el lugar de la guerra en la historiografía argentina, específicamente para la guerra del Paraguay (Trímboli, 2011) y las guerras de la independencia (Di Meglio, 2007).

le han otorgado al conflicto a través del análisis de diversos registros (testimonios orales, cartas, fotografías, entre otras) y analiza las luchas por la memoria del conflicto desde la inmediata posguerra hasta el período kirchnerista, reconstruyendo el mapa de memorias de Malvinas que ha funcionado como matriz social a lo largo de la posguerra (Lorenz, 2006/2012, 2008, 2009, 2010, 2011). En tal sentido, su investigación resulta fundamental como contexto histórico de las experiencias de posguerra de los integrantes del Apostadero, y sobre todo porque dichas memorias han operado como puntos de referencia con las cuales los miembros del grupo – así como todos los ex-combatientes – dialogaron, confrontaron y/o se opusieron.

Por su parte, los trabajos de Rosana Guber me resultan fundamentales para un abordaje de la complejidad social de la guerra. Su lectura de Malvinas como constructo cultural que atraviesa nuestra historia permite comprender la legitimidad que gozó el conflicto, más allá de la supuesta identificación de la sociedad con el proyecto de Galtieri (Guber, 2001b). Guber analiza cómo Malvinas se constituyó en un símbolo que se ha proyectado como metáfora de la nación y que fue apropiado a lo largo de la historia por diferentes sectores sociales, quienes lo han dotado de significados diversos y hasta contrapuestos. A partir principalmente de la propuesta de Guber, otros autores como Palermo (2007) y Vázquez (2004) han incursionado en la historia cultural de la guerra, abordado la construcción de Malvinas como símbolo y sus resignificaciones a lo largo de la historia argentina.

Asimismo, los estudios de Guber sobre las luchas por la memoria de Malvinas, las memorias “oficiales” de la Fuerza Aérea y de la Armada (esta última, vinculada al hundimiento del Crucero General Belgrano) y, específicamente su abordaje de los procesos de construcción identitaria que involucraron a los ex-soldados conscriptos que combatieron en Malvinas, transformándolos “De chicos [de la guerra] a veteranos” – como se denomina una de sus obras – son referencias ineludibles para la presente investigación (Guber, 2001b, 2004, 2007a, 2007b, 2008).

Desde esta perspectiva anclada en lo social, también cabe mencionar otros trabajos aislados de diversos científicos sociales que han aportado a la reconstrucción de la posguerra de los veteranos, a saber: los de Silva (2006) y Vázquez (2006) sobre el estrés postraumático de los ex-combatientes de Malvinas y las políticas públicas implementadas al respecto; la

tesis doctoral de la antropóloga Laura Panizo (2011) sobre los sentidos que los familiares de los caídos en la guerra y de desaparecidos de la última dictadura construyeron sobre la muerte; la investigación de la antropóloga Ana Pratesi sobre la memoria de la guerra en el Chaco (2007); y también mis propios trabajos sobre las vivencias y construcciones identitarias del Apostadero (Rodríguez, 2008, 2010, 2013). Por último, es de destacar la tesis de Licenciatura en Historia de Pablo Melara (2010) que aborda las experiencias bélicas y de inmediato regreso de un subgrupo en particular del Apostadero, los buzos tácticos, utilizando fuentes orales.

Anclada en estos antecedentes historiográficos, la contribución de esta tesis puede resumirse de la siguiente forma.

En principio, a la historia sociocultural de la guerra y posguerra de Malvinas, enfoque de desarrollo incipiente en Argentina que permite complejizar el relato tradicional del conflicto bélico. Al centrar la tesis en cómo los integrantes del grupo Apostadero vivieron y significaron la guerra tanto durante el conflicto como luego de la rendición, el relato técnico del conflicto que tiene un comienzo y fin determinado, estrictamente delimitado por las operaciones en el teatro bélico, se vuelve mucho más complejo, y aparece atravesado por una multiplicidad de trayectorias individuales que discuten sus límites temporales desde la propia experiencia. Para muchos ex-combatientes, la guerra empezó mucho antes del 2 de abril, cuando aprendieron un sentido sobre la “causa Malvinas” ligado a la identidad nacional, y aún no terminó, no sólo porque las islas todavía no se reintegraron al patrimonio nacional sino porque las marcas del conflicto en sus vidas continúan vigentes.¹¹ Por ende, el énfasis en las vivencias de los actores, en su agencia, no sólo complejiza, sino que también subvierte y cuestiona, el relato colectivo y uniforme militar (Hynes, 1999).

En segundo lugar, a un tema escasamente investigado por la historiografía del conflicto del Atlántico Sur. Hasta el momento no existen estudios en Argentina sobre los procesos de construcción identitaria y memorial de compañeros de una posición/unidad/fuerza que compartieron la vivencia de guerra en las islas. La presente investigación parte de un abordaje microhistórico, en el que reduce la escala de observación

¹¹ Es por esa razón que con el término “posguerra” hago referencia al período temporal que abarca desde que los combatientes regresaron de la guerra hasta el presente (1982-2013).

a la trayectoria del grupo Apostadero Naval Malvinas con el objeto de analizar la constitución de la experiencia social de posguerra en toda su complejidad, es decir considerando la mayor cantidad de variables posibles, y la configuración de identidades sociales negociadas, plurales y conflictivas. Partiendo del presupuesto que la “experiencia más elemental, aquella del grupo pequeño, incluso del individuo, es la más esclarecedora porque es la más compleja y porque se inscribe en el mayor número de contextos diferentes” (Revel, 2005: 57), propongo estudiar en profundidad las vivencias de posguerra de un colectivo de ex-combatientes en particular para aportar a la comprensión de lo que implica una guerra en tanto clivaje en las vidas, identidades y memorias de las personas, y por tanto poder echar luz sobre la construcción de lazos afectivos e identidades sociales aún en situaciones extremas y traumáticas como es una contienda bélica.¹²

En tercer lugar, al estudio de actores infravalorados por la historiografía sobre la guerra de Malvinas. Por un lado, el objeto de investigación abarca un actor tradicionalmente dejado en un segundo plano en los estudios sobre la guerra: los combatientes que realizaron actividades logísticas en la retaguardia. Se trata de unidades que ni los historiadores civiles ni los militares suelen estudiar porque sus historias suelen quedar invisibilizadas frente al interés que despiertan otras guerras como las del frente de batalla. Como indiqué, el caso del Apostadero no es una excepción al respecto, ya que la Armada ha estudiado su historia sólo tangencialmente. Por otro lado, si los estudios socioculturales se han centrado en los soldados conscriptos, en sus vivencias, memorias e identidades tanto en las islas como en el continente (Guber, 2001b, 2004; Lorenz, 2006-2012), esta tesis pretende abordar las vivencias de posguerra de todos los sujetos que conformaron el grupo Apostadero, desde los civiles hasta el personal de cuadro, desde los soldados rasos hasta el jefe de la unidad. Además, los estudios que existen se basan principalmente en soldados de Ejército – que eran la gran mayoría de tropas en las islas – que en la posguerra se encuadraron en instituciones formales ligadas a la memoria de la guerra, y por tanto la presente investigación sobre la

¹² Al respecto, Pollak (2006) indica que el estudio de situaciones límites se presenta como una oportunidad perfecta para estudiar aquellos procesos que en situaciones normales quedan ocultos bajo el velo de lo familiar, como las construcciones de identidades individuales y colectivas. Ello porque, en condiciones extremas, las identidades revelan claramente su carácter frágil, cambiante, histórico; lejos de aparecer como esencias inmutables, revelan su condición de construcciones sociales.

posguerra de un grupo de la Armada que ha construido cierta identificación colectiva en espacios más informales pretende ser un contrapunto a los mismos.

Por último, y en forma colateral, al estudio de las memorias institucionales sobre la guerra y de los silencios que atraviesan esas narrativas. En tanto una de las cuestiones fundamentales para comprender la memoria social del Apostadero es identificar aquellas narrativas con las que dialoga o confronta, la tesis también aborda la configuración de la memoria pública de la guerra por parte de la Armada, que desde el final del conflicto ha silenciado o dejado en un segundo plano la guerra del Apostadero. Se trata de aportar a una temática de gran relevancia que no ha sido estudiada hasta el momento: “los trabajos de encuadramiento” (Rousseau en: Pollak, 2006) que la Armada ha llevado a cabo sobre Malvinas, y los puntos de fuga o contradicciones que existen con otras memorias de la guerra subterráneas o marginadas.¹³

Sobre objetivos, hipótesis y algunas precisiones conceptuales

La tesis se inscribe, entonces, en los estudios socioculturales de la guerra y parte de sus aportes teórico-conceptuales para abordar el objeto de estudio propuesto: las experiencias, las identidades y las memorias construidas por los integrantes del Apostadero Naval en la posguerra de Malvinas.

Como, en primer lugar, el propósito de la tesis es historizar las experiencias de posguerra de los civiles y militares que formaron parte del Apostadero, explorando las formas en que la vivencia bélica significó una marca en sus vidas, identidades y memorias, en los próximos párrafos se abordan brevemente los elementos constitutivos de la experiencia de guerra, que la particularizan y la distinguen no sólo de los tiempos de paz sino también de otras vivencias límites.

En tal sentido, en principio, resulta necesario aclarar que parto de la conceptualización de la experiencia como “el empalme entre cultura y no cultura, la mitad dentro del ser social, la mitad dentro de la conciencia social. Quizás podríamos llamarla

¹³ Para problematizar esa temática fueron fundamentales las investigaciones que recientemente se han publicado sobre las identidades y memorias constituidas por los militares argentinos; un campo de estudios también en renovación (Soprano, 2010). Al respecto, ver: Badaró (2009, 2011, 2012), Salvi (2010, 2011, 2012), Frederic et. al. (2010, s/f), Soprano (2013).

experiencia I –experiencia vivida y experiencia II –experiencia percibida” (Thompson, 1984: 314). En ese encuentro entre “percepciones, saberes, prácticas” (Aróstegui, 2004: 154), en la relación dialéctica entre vivencias y representaciones, los sujetos en sociedad – aún en las “microsociedades” que se conforman en la guerra (Winter y Prost, 2008: 30) – aprehenden el mundo en el que viven y le otorgan significado. Por ende, toda experiencia es subjetiva, individual y social a la vez.

La particularidad de las experiencias bélicas es que son vivencias límites, es decir, situaciones “ante las cuales no hemos sido preparados, socializados, iniciados” (Da Silva Catela, 2006: 11), en las que están permitidas acciones prohibidas por las normas de la moral corriente, como matar a otro ser humano, que es la función esencial del soldado en la guerra. En ella, los combatientes tienen que tomar decisiones que definen el límite entre la vida y la muerte en un “ambiente físico y emocional salvajemente inestable” (Keegan, 2000: 47), hasta caótico, en el que experimentan sentimientos intensos y contradictorios de empatía, temor, ansiedad, dolor, angustia, odio, pero también de excitación, adrenalina y satisfacción (Bourke, 2000: 43).

Aún frente a esas situaciones extremas y disruptivas, los individuos actúan situándose en un “espacio de experiencias” – “un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados” –, y en función de un “horizonte de expectativas”, “futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir” (Koselleck, 1993: 338). De hecho, para comprender los comportamientos, actitudes y sentidos que le otorgan a la guerra, hay que tener en cuenta que los combatientes son sujetos históricos que portan determinadas representaciones sociales de la violencia y la guerra. Como indica Bourke “matar en guerra es inseparable de condiciones culturales y sociales más amplias” (2000: 12), de aquellas matrices de sentido construidas históricamente que orientan a los actores en su presente, entre un pasado y un futuro esperable. Sólo que las circunstancias extraordinarias en las que están inmersos los sujetos en guerra, en las que tienen que tomar decisiones inéditas constantemente vinculadas a matar/morir, dificultan las posibilidades de encontrar un anclaje en el espacio de experiencias, de tender puentes entre el “acá” – la guerra – y el “allá” – los tiempos de paz –, al punto que esas vivencias pueden provocar un profundo quiebre en la identidad de las personas (Pollak, 2006).

Asimismo, en la guerra el horizonte de expectativas está marcado por la muerte, lo que provoca un cambio en la actitud de los hombres hacia ésta. Como en tiempos de paz las muertes son aisladas, los individuos las explican a partir de factores contingentes o del azar (un accidente, una enfermedad, entre otros). Al convertir lo necesario e inevitable en algo esporádico y accidental, en tiempos ordinarios los sujetos pueden vivir tranquilamente con la ilusión que la muerte no los va a alcanzar. En cambio, en la guerra esa percepción se ve radicalmente trastocada. Como la vida está constantemente en riesgo y la muerte se da en gran escala, los sujetos en guerra se enfrentan a ella como una necesidad que está en su futuro próximo, desmintiendo, así, la ilusión de la muerte como algo contingente; aunque ello, por supuesto, no implica que construyan otros mecanismos de defensa frente a esa realidad.¹⁴

Esta presencia masiva de la muerte que irrumpe constantemente en la nueva cotidianeidad de los combatientes es lo que vuelve extrema toda experiencia bélica (Mosse, 1990; Leed, 2009). Al finalizar el conflicto, los combatientes enfrentan, en mayor o menor medida, dificultades para regresar a su antigua cotidianeidad, retornar a los valores y pautas morales de tiempos de paz, y, para (re)establecer puentes entre el “acá” – ahora, los tiempos de paz – y el “allá” – la guerra –. Como indica Hynes (1999: 218), esos regresos finalmente resultan imposibles: “La guerra aniquila el pasado de los hombres jóvenes, los cambia tan profundamente de jóvenes a soldados que un regreso a la vida pasada es imposible; y luego, al final, los arroja al extraño nuevo desorden que son los tiempos de paz, para construir nuevas vidas.”

Al constatar la persistencia de estas marcas en las vidas e identidades de los combatientes de la Primera Guerra Mundial, Leed (2009) define a la guerra como un rito de pasaje interminable, haciendo hincapié no sólo en la dificultad personal de elaborar la vivencia bélica sino también en otros procesos sociales ligados a la posibilidad de los actores de regresar a una sociedad que percibía la guerra de forma distinta, y hasta contrapuesta, que ellos. Recurriendo a la teoría de Víctor Turner, que establece tres etapas del rito (la separación, la transición y la reinsertión), el autor afirma que los combatientes de la Gran

¹⁴ Para este análisis de la ruptura que marca la guerra en la actitud de los hombres hacia la muerte, refiero al clásico estudio de Sigmund Freud denominado “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte”, escrito en 1915, en el contexto de la Primera Guerra Mundial. Agradezco al psicólogo y ex-combatiente Oscar Luna esta referencia.

Guerra nunca pudieron regresar de la guerra, que la situación de transición nunca se completó totalmente con la de reinserción debido a que la reconfiguración de su identidad que operó en el conflicto por la transgresión permanente de categorías (como la dilución del límite entre el hombre y la máquina, el hombre y el animal, la muerte y la vida), les impidió reconocerse en la sociedad a la que pertenecían antes de la guerra, por sus diversos sentidos del conflicto, por sus diferentes formas de vivir la guerra, entre otras. Es por ello que su identidad se configuró en la liminalidad, siempre se mantuvo en los márgenes de la sociedad, en “Tierra de nadie” – como se titula su obra –, y fueron aquellos que estaban en la misma condición de marginalidad los que se encontraron, reunieron y conformaron lazos anclados en la guerra.

Partiendo del análisis de Leed y teniendo en cuenta que los vínculos construidos en la guerra por los integrantes del Apostadero pervivieron luego de la rendición, en segundo lugar, esta tesis se propone abordar las redefiniciones y modificaciones identitarias que atravesó este grupo humano a lo largo de la posguerra. Recordemos que la guerra puede provocar una crisis de identidad de los hombres, al desestructurarse su mundo habitual, frente a la cual pueden recomponerse, resistir y desplegar diversas estrategias para redefinir sus identidades y adaptarse al nuevo contexto, como la construcción de lazos afectivos entre los sujetos que comparten la misma vivencia (Pollak, 2006). Los combatientes que comparten fuerzas, unidades o posiciones pueden configurar nuevas identidades que al tiempo que los distancia de aquellos grupos de pertenencia de tiempo de paz – en los que pueden dejar de reconocerse, disolviendo sus vínculos –, los acerca a sus compañeros con quienes construyen nuevos lazos producto de la camaradería compartida en situaciones límites.

La camaradería, por tanto, es otro de los factores clave de la experiencia bélica (Mosse, 1990: 5), ya que los soldados que efectivamente combaten en los campos de batalla lo hacen según sus propias reglas y ética, y tomando como referentes a su pequeño grupo de compañeros, de los que depende su supervivencia individual y grupal, con quienes construyen relaciones horizontales (Keegan, 2000: 48, 72). En la situación bélica, pues, la conciencia de pertenecer a una institución vertical juega un papel menor, y los vínculos constituidos en la guerra son la clave para comprender el comportamiento de los combatientes durante el conflicto, y, en gran medida también en la posguerra.

Ahora bien, en tanto las identidades “no se construyen a partir de un conjunto estable y objetivamente definible de “rasgos culturales” – afectos primordiales –, sino que son producidas y se modifican en el marco de relaciones, reacciones y de interacciones sociales – situaciones, un contexto, circunstancias – de donde emergen sentimientos de pertenencia” (Candau, 2001: 24), aquellas identidades construidas a partir de la experiencia bélica no han permanecido inmutables en la posguerra, si bien conservan un sustrato cultural común basados en la “nostalgia por la camaradería, por un sentido y propósito para la vida y por la regeneración nacional y personal” (Bourke, 2000, en Lorenz: 2006: 205).

La construcción de una identidad social a partir de determinado clivaje de pertenencia nunca es definitiva, sino que se va modificando y redefiniendo a medida que cambian los contextos. En la medida que en todo individuo confluye un entramado de identidades – producto de la edad, género, nacionalidad, profesión, entre muchas otras –, las fronteras del grupo social pueden modificarse y demarcarse constantemente, al incorporar o resignificar otras variables de identificación, antes subsumidas, dejadas a un lado o en un segundo plano, de tal forma que quienes en un determinado momento no pertenecían al grupo social, eran los “otros”, pueden incorporarse al mismo, y, en forma inversa, algunos actores que formaban parte del “nosotros” pueden pasar a estar fuera del colectivo social. Esta redefinición de identidades opera en todos los casos en relación a “otros”, en diálogo, confrontación u oposición con otros actores situados fuera del grupo, pero que intervienen en la pugna de sentidos sobre la guerra (Pollak, 2006: 38).

Para abordar los procesos de construcción identitaria del colectivo en la posguerra tomo como escenario de análisis las reuniones del Apostadero del 20 de junio y a lo largo de la tesis hago foco en los cambios en los actores que han asistido y en su organización. Asimismo, para evitar un abordaje endogámico y no centrarme sólo en el estudio de las dinámicas y lógicas internas del colectivo aquí estudiado, analizo las políticas vinculadas a la producción de sentido de la guerra desplegadas por actores individuales y colectivos reconocidos como “otros” por los integrantes del grupo Apostadero.

En tal sentido, resulta relevante tener en cuenta que las guerras son procesos extremos que marcan las vidas e identidades no sólo de los combatientes sino también de sus seres queridos y vecinos, y en general, de las comunidades que contendieron en el conflicto (Winter, 1995). Para darle un sentido a esas experiencias límites, esos actores tienden a

realizar diversos trabajos de memoria, y así incluir las representaciones del pasado en el presente. Muchas veces esos trabajos son parte de políticas estatales que buscan dar sentido a las muertes en guerra, pero también involucran a grupos sociales reducidos que proyectan las conmemoraciones y rituales, luchan por el sentido de ese pasado y reclaman un reconocimiento simbólico y material por el sacrificio realizado (Winter y Sivan, 1999: 17), como el grupo aquí analizado.

En tercer lugar, la tesis busca historizar la construcción de una memoria común de la guerra y de la propia experiencia bélica por parte de los miembros del grupo Apostadero y analizar la transmisión de su contenido acudiendo a diversos registros. La investigación parte de la concepción de memoria como elaboración subjetiva de sentido del pasado vivido/transmitido realizada desde el presente, y, “filtrada por conocimientos adquiridos posteriormente, gracias a la reflexión que sigue al acontecimiento, gracias a otras experiencias que se superponen a la primera y modifican el recuerdo” (Traverso, 2011: 22). Como las identidades, las memorias también son constructos históricos y por ende, selectivos, cambiantes, en permanente transformación, que dependen de las luchas de los actores, sus objetivos, los “marcos sociales” en que están insertas (Halbwachs, 2004).

En tal sentido, es necesario tener en cuenta que en toda memoria intervienen procesos individuales y sociales a la vez, porque los sujetos que recuerdan se hayan siempre enmarcados socialmente, insertos en una matriz grupal en la que confluyen representaciones generales de la sociedades, visiones del mundo, necesidades, valores, entre otros. No obstante, mientras algunas memorias se hallan más aisladas y nunca serán articuladas, otras buscarán y encontrarán expresión: “Cuando los individuos pueden expresar y comparar sus memorias con las experiencias de sus contemporáneos, pueden comenzar a formular un lenguaje compartido e identificar temas comunes, ahí es cuando las memorias “compartidas” o “comunes” emergen. (...) Estas memorias son comúnmente formuladas, preservadas y transmitidas a través de agrupaciones cara a cara” (Ashplant, Dawson y Roper, 2000: 18). Es esa dinámica la que explica que los grupos sociales construyan sentidos comunes del pasado compartido, que tienen una organización social, una estructura y están insertos en relaciones de poder (Jelin, 2002: 22), de tal modo que hay determinados agentes que se erigen como voces autorizadas del colectivo.

Es por ello que al abordar la memoria común construida por los miembros del grupo Apostadero no sólo pretendo estudiar su contenido (las voces, olvidos y silencios que la surcan) sino también quiénes son los actores primordiales que se han involucrado en su configuración, sus objetivos y expectativas, las prácticas desplegadas por ellos, los vectores utilizados para su transmisión, los espacios y fechas claves de conmemoración en las que se activa la memoria del grupo y las coyunturas de visibilización de la misma.

Además, el análisis de la configuración de la memoria compartida por los miembros del Apostadero esta intrínsecamente ligado al de la identidad colectiva, en tanto toda memoria social tiene como objetivo principal fortalecer la cohesión grupal y la activación de lazos afectivos (Pollak, 2006), al tiempo que luchar con otras memorias opuestas o divergentes al interior y exterior del grupo. En realidad, identidad y memoria son dos elementos que van de la mano, se condicionan mutuamente, ya que cada uno de ellos actúa de anclaje para la existencia del otro:

“...el núcleo de cualquier identidad individual o grupal está ligado a un sentido de permanencia (de ser uno mismo, de mismidad) a lo largo del tiempo y del espacio. Poder recordar y rememorar algo del propio pasado es lo que sostiene la identidad. La relación es de mutua constitución en la subjetividad, ya que ni las memorias ni la identidad son “cosas” u objetos materiales que se encuentran o pierden (...).

Esta relación de mutua constitución implica un vaivén: para fijar ciertos parámetros de identidad (nacional, de género, política o de otro tipo) el sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con “otros”. Estos parámetros, que implican al mismo tiempo resaltar algunos rasgos de identificación grupal con algunos y de diferenciación con “otros” para definir los límites de la identidad, se convierten en marcos sociales para encuadrar las memorias” (Jelin, 2002: 24-25).

En tanto elemento clave en el sentimiento de continuidad en el tiempo, de coherencia, de mismidad, la memoria es un “elemento constituyente” de la identidad (Pollak, 2006: 38), al punto tal que una modificación de ella puede provocar un cambio, ruptura e incluso la desintegración del grupo. Y, en contrapartida, un cambio en los procesos identitarios puede provocar una resignificación de la memoria del grupo. Como indica Jelin (2002: 25), la “constitución, institucionalización, el reconocimiento y la fortaleza de las memorias y las identidades se alimentan mutuamente”, y, sus cambios y redefiniciones van a

la par. El objetivo, por tanto, consiste en identificar períodos “calmos” y de “crisis”¹⁵ en las relaciones entre la memoria e identidad del grupo Apostadero, principalmente a partir del análisis de los encuentros anuales del 20 de junio.

Finalmente, propongo tres hipótesis generales que son transversales a la investigación. En primer lugar, postulo que el “nosotros integrantes del Apostadero”, construido a partir de la experiencia bélica, fue modificándose, resignificándose y reconfigurándose según dinámicas y características propias del grupo, y en función de su articulación (convergencias y tensiones) con las políticas públicas vinculadas al pasado reciente desplegadas por el Estado y distintos sectores de la sociedad involucrados en las luchas por el sentido de la guerra desde el término del conflicto hasta el presente. Esta hipótesis, a su vez, se funda en dos presupuestos, el primero referido a factores internos del grupo y el segundo a sus “otros”.

Por un lado, parto de la premisa que si bien todas las experiencias tienen rasgos diversos y únicos, ya que dependen de la subjetividad del individuo, y por ende puede decirse que existen tantas vivencias de posguerra como sobrevivientes del conflicto; es posible identificar determinadas marcas en común en las posguerras de los miembros del colectivo por su condición de ex-combatientes, lo que explica la vigencia y continuidad de los lazos afectivos desde que retornaron al continente hasta la actualidad (que, por tanto, no sólo se anclan en la experiencia bélica en común). En el caso de los integrantes del Apostadero, esas marcas colectivas están vinculadas a la ambigüedad o liminalidad del espacio social que ocuparon en gran parte de la posguerra, y refieren a la sensación de encontrarse en una condición intermedia entre la guerra y la paz y de sentirse una presencia-ausente en la sociedad argentina.

Asimismo, existen otras tantas variables de identificación de los sujetos que forman parte del colectivo que han operado rupturas al interior del grupo ya que, a la vez que identifica a quienes comparten esa condición, los distancia de aquellos otros que no lo

¹⁵ Al respecto, Jelin (2002: 25-26) indica: “En los períodos calmos, cuando las memorias y las identidades están constituidas, instituidas y amarradas, los cuestionamiento que se pueden producir no provocan urgencias de reordenar y reestructurar. La memoria y la identidad pueden trabajar por sí solas, y sobre sí mismas, en una labor de mantenimiento de la coherencia y la unidad. Los períodos de crisis internas de un grupo o de amenazas externas generalmente implicar reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad (...). Son los momentos que puede haber una vuelta reflexiva sobre el pasado, reinterpretaciones y revisionismo que siempre implican también cuestionar y redefinir la propia identidad grupal.”

hacen. La presencia de estos otros parámetros identitarios explica la resignificación y redefinición de los vínculos afectivos entre sus miembros, ya sea porque se han fortalecido o debilitado según la identificación que ha primado en cada coyuntura: aquella que los iguala por su común participación en la guerra, o la que los separa/distancia por otras condiciones vitales. Para los integrantes del Apostadero, el clivaje nodal en el grupo ha sido el referente a la condición de civil o militar. En diversos momentos de la posguerra los conscriptos y el personal de cuadro se han distanciado o encontrado según las redes sociales construidas por los integrantes del colectivo y las políticas de memoria, reparación y reconocimiento desplegadas por otros actores sociales.

Ello nos conduce al segundo supuesto en el que se basa la primera hipótesis: existen otros actores individuales y colectivos que no formaron parte del Apostadero pero que tuvieron un rol esencial en los procesos de construcción identitaria del grupo. En tal sentido, al igual que durante la guerra, los civiles y militares que permanecieron en el continente durante el conflicto siguieron siendo los “otros” frente a los cuales los miembros del Apostadero se definieron. Ello porque las políticas de silencio que éstos desplegaron frente a la guerra confrontaron con el propósito de los combatientes de reivindicar aquel pasado que había marcado sus vidas, identidades y cuerpos, y por el que habían muerto compañeros. Este desencuentro entre memorias abrió una brecha entre los combatientes y el resto de la sociedad, que recién comenzó a cerrarse en tiempos recientes, cuando se produjo una activación de la memoria bélica en la esfera pública.

Como segunda hipótesis general, propongo que la conformación de ese “nosotros” producto de la experiencia bélica se produjo en paralelo a la constitución de determinado sentido compartido de la guerra y/o de la propia participación en el conflicto por parte de los integrantes del grupo Apostadero, procesos que se alimentaron y condicionaron mutuamente. La memoria social del Apostadero se ha configurado principalmente en las reuniones anuales del 20 de junio y ha sido objeto de trabajos de encuadramiento por parte de diversos integrantes del grupo que se alzan como “emprendedores de la memoria” (Jelin, 2002), quienes construyeron una narrativa de la historia bélica y de la posguerra del grupo-unidad Apostadero para ser difundida públicamente, que difiere en algunos puntos de la memoria que circula al interior del grupo.

Esa memoria en común ha contribuido a la cohesión del grupo y a la constitución de determinadas imágenes de sí mismo, pero también ha sido objeto de disputas, conflictos y negociaciones al interior y exterior del colectivo. Así, en un primer momento, en los '80 y hasta mediados de los '90, la constitución de esa memoria en común tendió principalmente a reforzar los lazos afectivos y operó de forma “subterránea” (Pollak, 2006) como elemento aglutinante de la “comunidad afectiva” (Halbwachs, 2005), en un contexto de silencio de la guerra. Recién fue a fines de los '90, en el marco de una activación de la memoria bélica a nivel nacional, cuando la memoria del grupo salió a la luz a la esfera pública en busca de un reconocimiento de la propia experiencia bélica por parte de diversos “otros”, y principalmente de la Armada Argentina, en cuya historia oficial la guerra del Apostadero no ha conquistado un lugar.

Finalmente, propongo una tercera hipótesis general que se desprende de las otras dos, que retoma la preocupación inicial sobre la relación entre las identidades y los silencios sobre Malvinas. Postulo que los silencios de la guerra y/o de su experiencia bélica por parte de los “otros” se han erigido en puntos de referencia esenciales en la construcción de la propia identidad y del sentido de la guerra por parte de los integrantes del Apostadero. En principio, porque la oposición a esas políticas de silencio contribuyó a activar y actualizar los lazos afectivos y a constituir un espacio en el que pudieran hablar sin condicionamientos sobre la guerra, a la vez que a fortalecer la memoria grupal. Además, porque el contenido de dicha memoria y las imágenes de sí que han construido, han dependido de los significados que subyacen a la construcción de esos silencios por parte de los “otros” y/o de los sentidos que los miembros del Apostadero le han atribuido a los mismos.

En tal sentido, propongo que los silencios que los “otros” – el Estado, grandes sectores sociales, parte de la población de ex-combatientes, la Armada – han construido sobre el conflicto bélico lejos de estar vacíos de sentidos, transmiten diversos significados que varían según el contexto del actor y sus luchas. Atendiendo a la propuesta de Jay Winter (2010) sobre las funciones de los silencios de conflictos bélicos, postulo que los silencios sobre la guerra del Apostadero y la guerra de Malvinas tienen motivaciones tanto “políticas”, “litúrgicas” – vinculada a lo sagrado y al duelo – como principalmente “esencialistas”, en tanto revelan construcciones de jerarquías de vivencias ancladas en el dolor y sacrificio. Entonces, sin desconocer la intencionalidad política y litúrgica de los

mismos, creo que en primer lugar se trata de silencios esencialistas, en donde la autoridad para hablar de los acontecimientos violentos recientes ha dependido del “grado” de sufrimiento vivido “en carne propia”. Esos escalafones se han aplicado a actores que protagonizaron diversas situaciones límites en el pasado reciente (víctimas del terrorismo de Estado/combatientes de la guerra) o dentro de la misma población de ex-combatientes (combatientes en el frente de batalla/combatientes logísticos en la retaguardia).

Metodología y fuentes

Esta investigación hace uso de metodologías cualitativas porque son las más adecuadas para reconstruir experiencias personales, emociones, creencias, y sentidos sobre lo vivido en un nivel micro, sin perder la mirada de conjunto. Específicamente, se basa en el método biográfico cualitativo, definido por Ruth Sautu como “los procedimientos seguidos para organizar la investigación alrededor de un yo individual o colectivo que toma la forma narrativa incorporando sus descripciones de experiencias y sucesos y sus interpretaciones” (Sautu, 1999: 23). Como señala la autora, los tres elementos primordiales que caracterizan a este enfoque teórico-metodológico son: 1) la existencia de un “yo” que es protagonista de los contenidos, sucesos o procesos analizados en el estudio; 2) esos sucesos o procesos tienen lugar en contextos histórico-político y sociales de diversos tipos; 3) existen puntos de inflexión que señalan la presencia de cambio o marcan aspectos destacables del transcurso de la vida, uno de los cuales en el caso de la presente investigación es la experiencia de guerra, acontecimiento que marcó las vidas de los protagonistas. “Estos tres elementos centran la investigación en el nivel de los agentes sociales articulándolo con el nivel del contexto sociohistórico” (Sautu, 1999: 48), construyendo así un relato en el que se produce un continuo ida y vuelta entre la experiencia micro de los actores, sus relaciones sociales, y el nivel macro, del contexto histórico.

Dentro de este método, para reconstruir las historias de vida y las memorias de los integrantes del Apostadero, recabé testimonios orales – las principales fuentes de la

investigación –, que fueron complementados y/o contrastados con el material obtenido de la observación participante y del análisis de fuentes de diverso tipo, escritas y audiovisuales.¹⁶

Entonces, la metodología principal en la que se basa la tesis para reconstruir las vivencias de posguerra de los integrantes del Apostadero y los sentidos que estos le otorgaron al conflicto es la historia oral, en tanto la misma resulta particularmente apropiada “para aproximarnos a la dimensión de la experiencia de los sujetos, a la de su perspectiva y su subjetividad” (Carnovale, 2007: 161). Para realizar las entrevistas semiestructuradas construí un cuestionario que funcionó a modo de guía – siempre tentativo, flexible y abierto –, el cual estaba estructurado en tres etapas – la previa al conflicto, la referente a la guerra en sí, y el período de posguerra – que abarcaban preguntas que tenían que ver principalmente con sus vivencias, emociones, percepciones y opiniones, aunque también con cuestiones factuales de la guerra y posguerra.

Asimismo, para elegir a los entrevistados, tuve en cuenta una serie de variables vinculadas a la guerra y posguerra de los actores con el objeto de cubrir la mayor diversidad de experiencias posibles. Estas son: la edad, la clase social, el lugar de nacimiento o residencia, la condición de civil o militar, el rango en las FF.AA., la experiencia de formación militar o en el servicio militar obligatorio, el período que estuvo en las islas y las actividades que desempeñó, las condiciones del regreso, la continuación de la carrera profesional/laboral, la conformación de la familia y los grupos y redes sociales que integran/integraban.

Durante el período 2007-2012, realicé un total de 26 entrevistas a integrantes del Apostadero en Bahía Blanca, Punta Alta, Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, que abarcan un colectivo heterogéneo, que incluye civiles y militares, ex-soldados conscriptos, oficiales, suboficiales, profesionales y militares de carrera, dados de baja, retirados y en actividad, de diversos lugares de procedencia, edades y clases sociales y que cumplieron distintas funciones en la guerra. La cantidad de entrevistas efectuadas fueron aquellas que consideré necesarias hasta la saturación de la muestra, ya que como se trata de una metodología cualitativa, su representatividad no está dada por el peso numérico, sino en

¹⁶ Ver: apartado Fuentes.

tanto dan cuenta de forma acabada de la heterogeneidad de experiencias de los miembros del Apostadero Naval (Carnovale, 2007).

Resulta relevante aclarar que en la gran mayoría de los casos tuve más de un encuentro con los entrevistados, es por ello que realicé 41 sesiones, que fueron grabadas en su totalidad. Las entrevistas en general fueron llevadas a cabo individualmente. Sólo en dos casos, efectué entrevistas colectivas a dos compañeros de la guerra y amigos en la actualidad. Asimismo, llevé a cabo otros encuentros con integrantes del Apostadero que solicitaron que no fueran grabados; en tal caso, los testimonios no son citados.

Además, entrevisté a otros 6 veteranos de guerra que no formaron parte de la unidad aquí estudiada, pero que fueron clave para comprender la historia de algunas agrupaciones en las que han participado miembros del Apostadero o para reconstruir la vida de los caídos en la guerra y posguerra vinculados a la unidad.

Los relatos orales revelaron ser una fuente muy rica a la hora de reconstruir sus vivencias de posguerra y abordar la forma en que la experiencia bélica marcó sus vidas, identidades y memorias hasta el presente. Pero su riqueza no oculta sus limitaciones. En tanto se trata de construcciones de sentido sobre el pasado “con datos tomados desde el presente” (Halbwachs, 2005: 71), lejos de tratarse de reproducciones mecánicas de lo vivido, estas memorias están atravesadas por múltiples cuestiones, como la identidad del narrador – sus intereses, luchas, objetivos, proyectos... –, su posición en la sociedad, y los marcos sociales que atraviesan su propio relato. En tal sentido, tomé una serie de recaudos metodológicos con vistas a reconstruir lo más fielmente posible este pasado cercano.

Así, esta tesis utiliza también otras metodologías cualitativas, como la observación participante y el análisis crítico de fuentes periodísticas, legislativas, oficiales de la Armada, de las agrupaciones de ex-combatientes y otras personales de integrantes del Apostadero (audiovisuales, virtuales y escritos autobiográficos), con el objeto de contrastar y complementar los aportes de los testimonios orales.

Recurrí a la observación participante en diversos ámbitos y momentos claves. En primer lugar, participé en distintas actividades y actos en conmemoración a la guerra, en actos de protesta de algunos protagonistas del conflicto y en charlas dictadas por integrantes del Apostadero en instituciones educativas, todos ellos espacios privilegiados para observar y reconstruir claramente las políticas de la memoria en pugna en la posguerra y los cambios

en las mismas. En segundo lugar, en el año 2012, cuando se cumplieron 30 años de la guerra, asistí a la reunión del Apostadero el 20 de junio en la Ciudad de Buenos Aires, ámbito fundamental para observar, interpretar y comprender las relaciones sociales en el grupo, identificar quiénes asisten y quiénes no, viendo cómo las fronteras dentro del “nosotros” se han ido modificando. Recurrir a esta técnica, alternando entre observación y participación según los contextos y las posibilidades del momento, permite no sólo “descubrir los marcos tan diversos de sentido con que las personas significan sus mundos distintos y comunes” (cómo elaboran su experiencia de guerra, por ejemplo), sino también evitar algunas mediaciones – como los relatos de los protagonistas sobre las reuniones, o los discursos de los medios de comunicación sobre las conmemoraciones –, ofreciendo a un observador crítico “lo real en toda su complejidad” (Guber, 2001a: 61).

Asimismo, recopilé fuentes de diverso tipo a fin de ampliar y profundizar la comprensión de las historias de vida.

En primer lugar, tuve en cuenta publicaciones periódicas, tanto diarios como revistas, civiles y militares – en realidad, navales – que se revelan fundamentales para analizar las vivencias de posguerra de los integrantes del Apostadero y reconstruir los contextos en que se situaban.

En segundo lugar, consulté informes generales sobre el conflicto, tales como el *Informe Rattenbach*, realizado por la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur ni bien finalizada la guerra, y especialmente documentos escritos, informes y obras institucionales de la Armada referentes a Malvinas. En tal sentido, es necesario tener presente que la documentación oficial del conflicto en su mayor parte todavía es confidencial.

En tercer lugar, con el objetivo de reconstruir el contexto de luchas por la memoria pública de Malvinas y la definición dada por el Estado de la identidad de veterano de guerra/ex-combatiente, analicé la legislación nacional, provincial y local que regula cuestiones vinculadas a los protagonistas de la guerra.

En cuarto lugar, tuve en cuenta los registros subjetivos y públicos de las vivencias de los integrantes del Apostadero, como las memorias publicadas por algunos de ellos o compilaciones de relatos que incorporan algunos miembros de la unidad, las entrevistas

radiales que les realizaron a varios integrantes, y los espacios virtuales destinados a la unidad.

En quinto y último lugar, consulté los archivos personales de los entrevistados, que constituyen un gran aporte para profundizar la comprensión de sus relatos. En tal sentido, recabé cartas y telegramas de la guerra; medallas y condecoraciones por su actuación en el conflicto; actas y otros documentos escritos de las agrupaciones de veteranos de guerra que crearon o en las que participaron; fotos de la guerra y la posguerra, de las reuniones anuales y de los regresos a las islas, entre otras.

Para finalizar, en cuanto al uso de las imágenes fotográficas, en principio resulta relevante aclarar que al igual que el resto de las fuentes, realizo un análisis crítico de las mismas. Lejos de considerarlas un reflejo fiel de la realidad, hago uso de ellas teniendo en cuenta que se trata del “punto de vista” de un autor (Burke, 2005) y considerando el contexto histórico y cultural de (re)producción, publicación y/o difusión de las mismas, los objetivos del fotógrafo, sus funciones, entre otras.¹⁷

En tanto “las imágenes son testigos mudos y resulta difícil traducir a palabras el testimonio que nos ofrecen” (Burke, 2005: 18), mi objetivo es hacer un triple uso de las fotografías para abordar ese testimonio en sus diversos niveles de interpretación: como fuentes de información fáctica, como productos históricos en sí mismas, y por el uso de ellas que han hecho algunos actores. Por caso, las fotografías de los encuentros anuales desde 1983 hasta la actualidad se revelan claves ya que son las únicas fuentes contemporáneas a las reuniones que dispongo, es decir, aquellas que me pueden brindar un registro más directo de éstas. En tal sentido, en primer lugar, esas imágenes son indispensables por los “datos duros” que puedo extraer de ellas, ya que me permiten identificar quiénes han asistido a las reuniones, cómo han ido cambiando los asistentes y la cantidad de los mismos, cómo se ha modificado su organización y la distribución en las mesas de los actores; lo que a su vez son

¹⁷ Las fotografías que dispongo o bien son imágenes de la guerra y posguerra que se hayan publicadas en la página *web* del Apostadero Naval o bien forman parte de los archivos privados de los autores. En su mayoría se trata de fotografías tomadas por algún integrante del grupo para conservar un recuerdo y dejar un registro del momento/lugar (ya sea de la guerra, del regreso a las islas, de los reencuentros, de las conmemoraciones), pero no con vistas a difundirlas públicamente (excepto las de las reuniones de tiempos recientes que sí son tomadas por algunos de ellos para publicarlas en la página *web* del Apostadero). Su grado de espontaneidad difiere: así como algunas representan las poses de grupo convencionales, en otros casos el lente de la cámara parece pasar inadvertido por los sujetos de la fotografía.

indicios de los patrones de configuración identitaria del grupo. En segundo lugar, las fotografías en sí, la disponibilidad de una mayor cantidad de ellas según pasan los años, pueden percibirse como testimonios históricos en sí mismos ya que son indicios del interés creciente en dejar un registro de los encuentros grupales – más allá de la “revolución tecnológica” de tiempos recientes. En tercer lugar, al analizar los vectores que dan cuenta de la memoria social del Apostadero, atiendo al uso que sus autores han hecho de las fotografías (reproduciendo las mismas imágenes hasta el cansancio), vinculándolas a su contexto de reproducción y publicación/difusión y a los códigos culturales contemporáneos, procurando analizar qué imágenes son resaltadas por ellos, con qué objetivos, cómo se relacionan con el texto, con el autor y el destinatario, y/o que recepción han tenido.

Organización de los capítulos

La tesis está organizada en tres partes que tienen una lógica temática. La Parte I se centra en el estudio de las experiencias bélicas de los miembros del Apostadero y la construcción de la identidad colectiva en la guerra. Dado que para comprender la guerra del Apostadero – y también su posguerra – es necesario reconstruir el contexto bélico en la larga duración histórica, en principio, analizo sintéticamente la relación de la Armada y el símbolo Malvinas a lo largo del tiempo, desde los viajes de exploración del siglo XIX hasta el desempeño naval en la guerra. En segundo lugar, abordo las vivencias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas durante la guerra, desde que fueron convocados hasta la rendición, haciendo hincapié en aquellas particularidades que marcaron colectivamente sus vivencias, las tensiones que atravesaron al grupo y los “otros” con los que se vincularon, todo lo cual contribuye a explicar las dinámicas de constitución del grupo social.

Las otras dos partes se abocan específicamente al objeto de estudio. La Parte II trata sobre las experiencias de posguerra y las construcciones identitarias de los integrantes del grupo Apostadero. En primer lugar, historizo sus vivencias desde que regresaron hasta el presente, de cara a analizar, desde la identificación de diversos momentos y espacios de sociabilidad (el regreso al hogar, los grupos de amistad, los ámbitos educativos, los espacios de militancia, los lugares de trabajo, y la Armada), en qué medida la guerra marcó sus vidas e identidades, haciendo sus regresos imposibles. Asimismo, atiendo a los recursos

simbólicos y materiales que los actores desplegaron para dar cuenta de las marcas de la guerra en sus vidas. En segundo lugar, y paralelamente al estudio de sus posguerras, analizo las formas en que los integrantes del grupo conservaron y actualizaron los lazos afectivos conformados al calor de la batalla, al tiempo que resignificaron y reconfiguraron la identidad colectiva construida en la guerra, modificando las fronteras entre el “nosotros” y los “otros” alternativamente identificados.

Por último, la Parte III se centra en el estudio de la memoria social del Apostadero. En tanto los sentidos que el grupo atribuye a la guerra y el modo de dar sentido a la experiencia bélica vivida toman como punto de referencia la memoria pública de la Marina – a la que discuten y en la que buscan incluirse –, en principio reconstruyo la narrativa institucional de la Armada sobre la guerra. Luego, estudio los procesos de constitución y formalización de una memoria en común del grupo a lo largo de la posguerra, identificando los agentes prioritarios, sus acciones y objetivos, los espacios en que se ha desplegado y las coyunturas de visibilización y activación memorial. Asimismo, analizo su contenido a partir del estudio de diversos registros, e identifico los puntos de encuentro y las divergencias que existen entre la memoria “oficial/institucional” del Apostadero, y aquella que circula al interior del grupo.

PARTE I

LA GUERRA DEL APOSTADERO

La Parte I se ocupa de los orígenes. Trata sobre el conflicto del Atlántico Sur, donde se constituyó el grupo social Apostadero Naval Malvinas, donde empezaron a construirse los lazos entre sus integrantes, bajo los bombardeos y la convivencia con la muerte. Es allí donde todo comenzó para este colectivo de desconocidos, que pronto comenzarían a identificarse como parte de un “nosotros”, que con resignificaciones y reconfiguraciones continúa hasta el presente.

Esta parte también aborda otros orígenes: los de la relación entre la Armada y el símbolo Malvinas (en sus tres sentidos: el territorio, la causa de soberanía y la guerra) (Guber, 2001b). En efecto, el Capítulo 1 intenta explicar por qué los marinos se apropiaron del reclamo de soberanía de las islas, convirtiéndolo en uno de sus más profundos y sinceros anhelos ya desde fines del siglo XIX. Luego, se centra en el rol que tuvo la Armada en la guerra, tanto en su planificación y desarrollo, como en la derrota; y aborda específicamente el desempeño de los aviadores navales, infantes de marina y tripulantes de la flota a lo largo de los 74 días que duró el conflicto. Se trata de una temática fundamental, un marco de sentido, que no sólo otorga herramientas para entender la guerra en sí y contextualizar el accionar de los integrantes del Apostadero en la contienda, sino que aporta a la comprensión de las condiciones en que se encontró la fuerza en la posguerra, y cómo ello condicionó las políticas de memoria y reconocimiento destinadas a sus veteranos, incluidos los integrantes del grupo aquí estudiado.

El Capítulo 2 aborda las experiencias bélicas de los miembros del Apostadero Naval Malvinas. En tanto el rol del Apostadero en la guerra fue bien particular porque se trató de una unidad logística cuya actuación estuvo lejos de las trincheras y los combates – por lo menos durante la mayor parte del conflicto –, el capítulo analiza aquellas particularidades de “su” guerra que marcaron colectivamente las vivencias de los actores, y contribuyeron a que se identificaran como parte de un grupo social concreto. Asimismo, se centra en las heterogeneidades y fricciones que atravesaron al colectivo en la guerra – propugnando la conformación de otras identificaciones al interior del grupo mayor –, así como en los “otros”

con los que se vincularon o de los que se distanciaron/opusieron a lo largo del conflicto, que una vez callados los cañones se convertirían en puntos de referencia fundamentales en la reconfiguración de la identidad social del grupo.

Capítulo 1

La Armada y Malvinas

-Cuando supieron que la negociación no iba a dar resultado, que Inglaterra no iba a negociar, ¿Qué sentido tenía continuar la lucha? ¿Era un problema de amor propio, de honor?

-Era un problema de dignidad nacional. Por supuesto, un problema de honor; un problema que si a uno lo amenaza alguien que es más grande que uno, no va a permitir que haga algo con su país, denigrando a su país. Entonces era necesario enfrentar al enemigo (...). Es tremendamente elemental que, contra Inglaterra, no se va a ganar. Pero si uno va a defender lo que uno dice que le pertenece, entonces a uno lo van a tener que echar por la fuerza.

Jorge Isaac Anaya¹⁸

Del Belgrano [Crucero Gral. Belgrano] es una cosa, el cual le tengo el máximo y el mayor de los respetos [...]. Otros no estuvieron en ningún lado, eso es algo de lo que yo siento [...]. Yo lo vi hace poquito en un acto que hubo en Puerto Belgrano [...]. Entonces se habló de “la heroica flota de mar que entró en combate”, y yo me pregunto: ¿qué carajo combatió la heroica flota de mar – disculpá que hable así – si no salían de al lado del continente? Te sacó al Belgrano de todo esto y algún buque que estuvo en la isla, alguno, te cuento dos, uno puede ser.

Roberto Coccia¹⁹

“El sentimiento dentro de la Armada”

La guerra que argentinos y británicos combatieron en el otoño del ‘82 por las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur fue una experiencia inédita para la sociedad argentina, para los combatientes y también para las FF.AA. que hacía más de un siglo que no luchaban en un enfrentamiento bélico clásico. La única guerra internacional protagonizada por Argentina en el siglo XX fue declarada por la dictadura militar más sangrienta de la historia argentina, que se hallaba en el poder desde marzo de 1976 cuando

¹⁸ Testimonio de Anaya, el comandante en jefe de la Armada durante la guerra, ante la Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS), Declaraciones, Tomo IV, 1983: 796.

¹⁹ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007. Roberto nació en Roca (Río Negro) en 1949, y se recibió de bioquímico en los ‘70. En 1982, era oficial de sanidad (teniente de navío) y su destino era el Hospital de la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, su función principal fue integrar el Puesto de Socorro. Permaneció en las islas desde el 2 de abril hasta el 20 de junio. En los ‘90, se retiró de la Armada. Actualmente, vive en Bahía Blanca y trabaja en un laboratorio bioquímico propio. Desde principios del siglo XXI, ha asistido frecuentemente a las reuniones del Apostadero y también ha participado en el Centro de Veteranos de Guerra bahiense.

las FF.AA. derrocaron a María Estela Martínez de Perón. El mismo régimen que había secuestrado, torturado y asesinado a miles de ciudadanos argentinos acusados bajo el ambiguo rótulo de “subversivos”, y que había conducido a un conflicto con Chile – que por horas no detonó en una guerra –, en 1982 decidió medir fuerzas con Gran Bretaña, la segunda potencia de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), continuando con la lógica belicista que lo caracterizaba. ¿Cómo explicar la iniciativa de la Junta Militar de enfrentarse a unas FF.AA. claramente superiores? ¿Por qué tomar las islas en abril de 1982? ¿O, sencillamente, por qué combatir por unos territorios helados y perdidos en el Atlántico Sur?

Luego de 6 años de gobierno, el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” estaba atravesando una profunda crisis económica, social y política. Desde 1980, el descalabro económico había abierto las puertas para que los cuestionamientos al régimen comenzaran a difundirse públicamente en forma paulatina. En efecto, para 1982 el movimiento obrero ya había comenzado a reorganizarse y se había manifestado en las calles eludiendo – o enfrentando – los controles policiales. Los organismos de DD.HH. que denunciaban las desapariciones de miles de ciudadanos en el interior y exterior del país habían adquirido cada vez más visibilidad. Los partidos políticos tradicionales se habían agrupado en la Multipartidaria para demandar – o más bien negociar – una transición democrática lo antes posible, e incluso distintas manifestaciones culturales de resistencia habían comenzado a propagarse y a ocupar diversos ámbitos (Novaro y Palermo, 2003: 388-400). En este contexto, es indudable que la iniciativa de la ocupación de las islas del Atlántico Sur por parte de las FF.AA. fue un acto destinado al “frente” político interno, es decir, a cimentar la legitimidad perdida por un régimen cada vez más cuestionado, dando por descontado el respaldo popular a una causa soberana profundamente arraigada en la cultura argentina.

Ahora bien, esa sola evidencia no explica casi nada de la guerra, ni de su planificación, ni menos aún de las actitudes sociales frente al desembarco en las islas. Reducir la interpretación del conflicto bélico únicamente a un “manotazo de ahogado” de un régimen en crisis – como hace gran parte de la bibliografía –, más que contribuir a la comprensión de la guerra, promueve su percepción como un absurdo, una decisión irracional, ya que oscurece aquellos factores de larga duración histórica que sustentaron

tanto la decisión de las FF.AA. de recuperar precisamente ese territorio – y no cualquier otro –, como el gran respaldo popular que gozó la iniciativa militar, que sin bien no fue unánime y tuvo muchos matices, sí fue masivo (Guber 2001b; Lorenz, 2006). Ambos factores – la decisión de la Junta y el consenso social – están intrínsecamente relacionados y se vinculan a los sentidos que la sociedad argentina – de la que las FF.AA. forman parte – construyó sobre Malvinas a lo largo de la historia.

Desde fines del siglo XIX, pero principalmente a partir de 1930, el reclamo diplomático por la recuperación de las islas ocupadas ilegalmente por Gran Bretaña en 1833 alcanzó la condición de causa nacional y popular de fuerte arraigo en el imaginario nacionalista territorial. En una “Argentina postaluvial” (Romero, 1965), la propagación de un nacionalismo encarnado en el territorio – uno de los pocos elementos comunes a la variopinta población de reciente inmigración que residía en el país – fue una política fundamental desplegada por el Estado con el objeto de construir una identidad nacional homogénea, y evitar así los conflictos internos y las posibles – o imaginadas – incursiones extranjeras (Bertoni, 2001). Así, las distintas instituciones estatales – principalmente la escuela y las FF.AA. – promovieron todo tipo de acciones con el objeto de incentivar, difundir y/o profundizar el “amor a la Patria” encarnada en el territorio: la enseñanza de la lengua, la geografía y de una historia común basada en gestas y héroes – en su mayoría militares –, la realización de rituales y la difusión de símbolos nacionales – la bandera, la escarapela, el himno – fueron sólo algunos de ellos.

Viendo la relevancia que cobró el repertorio nacionalista territorial a comienzos del siglo XX, resulta lógico que la recuperación de las islas Malvinas – el territorio “irredento” por excelencia – se convirtiera rápidamente en un símbolo nacional de especial magnitud, en una causa nacional de primer orden apreciada y apropiada por amplios sectores sociales, quienes le atribuyeron sentidos diversos y hasta opuestos (Guber, 2001b). Desde esa lógica, la República no lograría cumplir con su destino de grandeza, hasta tanto no lograra su integridad territorial, hasta tanto las islas no retornaran a manos argentinas. Como indica Lorenz: “Como resultado de este proceso, para miles de argentinos la divisa de que *Las Malvinas fueron son y serán argentinas* era una marca identitaria, tanto como la silueta inconfundible de las dos islas mayores del archipiélago. (...) en líneas generales la

reivindicación de la soberanía en las Malvinas era un tópico fuertemente arraigado en la cultura y la política argentinas” (Lorenz, 2009: 22. Resaltado en el original).²⁰

Además, desde mediados del siglo XIX, las FF.AA. se habían empeñado en alimentar este nacionalismo territorial en el que la recuperación de las islas “irredentas” ocupaba un lugar prioritario, y de hecho se involucraron en la configuración del Estado-Nación tanto en forma práctica, en el proceso de afirmación soberana del mismo, como en forma simbólica, en los intentos de homogeneización cultural de la población, principalmente a través del servicio militar obligatorio (Rodríguez Molas, 1983).

De las tres fuerzas, sin dudas fue la Armada la que más estudió, difundió y conservó como aspiración constante la recuperación de las islas. Quizás por el “mismo teatro donde cumple su actividad”, la fuerza encargada de la “defensa de los intereses nacionales en el mar” (Mayorga y Errecaborde, 1998: 32) fue la que mantuvo el reclamo por las tierras en pie y la que más promovió la comunicación y el contacto con las islas. De hecho, antes de la ocupación inglesa de la primera mitad del siglo XIX, algunos gobernadores políticos y militares del pequeño asentamiento en las islas enviados por el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata eran miembros de la incipiente Marina de guerra. Y luego, desde 1833 y durante gran parte del siglo XIX y XX, los marinos fueron el “cordón umbilical” (Destéfani, 1975: 34) que unió la Patagonia y las islas del Atlántico Sur al resto del país. Las legendarias expediciones navales al desconocido sur del río Colorado eran las pocas expresiones de soberanía que existían en la región. No hay que olvidar que los marinos (ya fuera representando a la Armada o como civiles) fueron los exploradores pioneros del territorio y los fundadores y administradores de diversos asentamientos portuarios en Santa Cruz y Tierra del Fuego (algunos de ellos con habitantes de las Malvinas) (Destéfani, 1982, 1993).

²⁰ Este sustrato cultural aparece en muchos de los testimonios de los combatientes cuando cuentan las emociones que los embargaron el 2 de abril. Ramón Romero, un joven cabo integrante del Apostadero que participó en el desembarco en las islas, recuerda su reacción cuando le informaron que estaba viajando hacia Malvinas: “En ese momento fue un *flash* [...] de cosas de la escuela primaria donde nos enseñaban que las islas eran nuestras. Y de un documental, una propaganda del noticiero argentino que había visto en la película que me habían llevado en la escuela San Francisco a ver, que los *boy scouts* de... no sé si era de Puerto Belgrano... pero eran *boy scouts* navales le regalaban unos botecitos a los *scouts* de las islas, los hijos de los *kelpers*, y mostraban unas imágenes hermosas de toda la costanera de las islas. Y yo de chico cuando vi eso [y] dije “algún día voy a estar ahí”. Y en ese momento que nos dijeron que íbamos a recuperar las islas, fue ese *flash*, y esa imagen que la tenía grabada, me vino una emoción tremenda, muy grande” (Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007).

A lo largo del siglo XIX, las navegaciones al archipiélago malvinense eran frecuentes. De hecho, los intercambios entre los isleños y los habitantes de la Patagonia fueron moneda corriente hasta bien avanzado el siglo XX. En 1869, el periódico *El Río de la Plata* dirigido por José Hernández – el escritor de la mítica obra *Martín Fierro* – publicó una carta del capitán Lasserre – un marino que luego tuvo una destacada trayectoria en el sur al fundar Ushuaia –, en la que contaba su viaje a las islas como parte de una expedición de una empresa italiana de seguros. En ella, Lasserre antes de describir la vida cotidiana de los isleños, sus costumbres y tradiciones, reclamaba por la “integridad de la República Argentina”:

“Mi querido Hernández: Cumpliendo con la promesa que usted me exigió en julio próximo pasado de hacerle la relación de mi viaje a las Islas Malvinas, le envío las siguientes líneas, que quizás le ofrecerán algún interés, por la doble razón de ser ellas propiedad de los argentinos y de permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños.
(...) no quiero dejar pasar esta oportunidad sin deplorar la negligencia de nuestros gobiernos que han ido dejando pasar el tiempo sin acordarse de tal reclamación pendiente, y haciendo con imperdonable indiferencia más imposible cada día la integridad de la República Argentina” (Hernández, 2006: 35).

Fue principalmente a partir de fines del siglo XIX y comienzos del XX, momento en que la Armada dejó de centrar sus intereses en la cuenca fluvial del Río de la Plata para concentrarse en la defensa del mar – siguiendo un cambio de paradigma mundial – (Oyarzábal, 2009: 319-326), cuando el Océano Atlántico pasó a ser su prioridad y por ende la inquietud por afirmar la soberanía nacional en la Patagonia y las islas adyacentes – y luego la Antártida – se hizo carne en las entrañas de la institución naval. De hecho, a partir de mediados del siglo XX los estudios de la Armada sobre la geografía y geología de las islas del Atlántico Sur en base a campañas científicas comenzaron a ser más habituales y también se multiplicaron los estudios de historiografía naval sobre las islas (Destéfani, 1993: 119). Incluso, siguiendo las hipótesis de conflicto prioritarias, los marinos realizaban prácticas y ejercicios frecuentes en las que simulaban el desembarco en las islas (Büsser, 1984: 15; Testimonio de Busser en la CAERCAS, Declaraciones, Tomo V, 1983: 963). Asimismo, desde comienzos de los ‘60 existen evidencias de planes de recuperación del archipiélago (Anaya, 1988) y de proyectos para instalar establecimientos científicos en las islas como afirmaciones de soberanía.

En algunos casos, esos planes se materializaron en acciones concretas, como el establecimiento de un refugio en las islas Sandwich del Sur en 1955, destruido luego de un temporal y vuelto a levantar como base científica en 1976, ante la tolerancia inglesa. Además, la firma de un Acuerdo de Comunicaciones en 1971, que promovía el intercambio entre las islas y el continente, fue otro factor pensado como un gesto soberano en el territorio, que implicó un acercamiento entre la Armada y las islas. De allí en más, los isleños recibieron asiduamente buques de Transportes Navales con provisiones – aparte de los vuelos de Fuerza Aérea – acompañados por un marino que oficiaba de “Representante de la Armada ante el gobierno de ocupación en las islas Malvinas”, que se encargaba de tareas administrativas y de inteligencia a la par – el último de los cuales fue el capitán Adolfo Gaffoglio, quien asumiría como jefe del Apostadero Naval Malvinas durante la guerra (Mayorga y Errecaborde: 1998; Destéfani, 1993; Gaffoglio en Büsser, 1984).

Todas estas acciones revelan que recuperar las islas fue un anhelo sincero mantenido por décadas por la Armada, que estaba dispuesta a buscar – o forzar – los momentos oportunos para lograr su objetivo. Tal vez, su misión de defender los intereses marítimos sumada a su estrecha vinculación y presencia en la Patagonia, explican este reclamo constante y de mayor intensidad que en las otras fuerzas armadas.²¹ Al respecto, el comandante en jefe de la Armada durante la guerra y el principal impulsor de la misma, el almirante Jorge Anaya, explica el origen de la idea de recuperar las islas:

“En la Armada yo siempre escuché que si no se hacía una operación con fuerza, para obligar a los ingleses a que tengan un susto tremendo sobre Malvinas, las Malvinas jamás iban a ser entregadas por los ingleses. Es algo, me permito decir, que es la impresión sentida dentro de la Armada (...) era el sentimiento dentro de la Armada” (CAERCAS, Declaraciones, Tomo IV, 1983: 736).

²¹ Ello es evidente incluso en los textos destinados a las instituciones educativas que publicaron Ejército y Armada en los años previos a la guerra. Mientras en el texto *Semblanza Histórica del Ejército Argentino* publicado por la Secretaría General del Ejército en 1981, no aparece la toma inglesa de las islas cuando se enumeran los “conflictos de orden externo de defensa de soberanía” del período 1830-1853 (1981: 54), en el *Manual de Historia Marítima Argentina* publicado por la Secretaría General Naval en 1975, se incluye un extenso apartado sobre la historia de las islas Malvinas desde su descubrimiento hasta la ocupación inglesa. De hecho, en la introducción de la obra, Laurio Destéfani – su autor – aclara que los estudios sobre las islas Malvinas y la Antártida que incluye el manual, si bien no tienen estricta vinculación con el tema del mismo, fueron agregados “por la escasez de publicaciones disponibles para profesores y maestros” (1975: 7).

La carrera naval de Anaya da cuenta de este anhelo institucional y también personal.²² En diversos momentos intervino, protagonizó y/o promovió planificaciones de operativos para recuperar las islas; planes que eran exclusivamente navales. Así, por ejemplo, durante la dictadura militar y por orden del comandante en jefe Massera, Anaya – comandante de la Flota de Mar – realizó una planificación integral para la toma de las islas. En ese entonces, el almirante Emilio Massera había puesto sobre el tablero la posibilidad de recuperar el archipiélago, se cree que más como una forma de incomodar a Videla y de desestabilizarlo, que por una real preocupación por las tierras (Cardoso, Kirschbaum, Van Der Kooy, 2007: 18). Si bien los planes no se llevaron a cabo, Anaya siempre conservó la ambición de retomar las islas.

La posibilidad de hacer realidad su sueño finalmente se presentaría en diciembre de 1981, cuando Anaya asumió como comandante en jefe de la fuerza e integró la Junta Militar junto a su amigo desde la época del Liceo Militar, el general Galtieri. En realidad, la efectiva toma de las islas en 1982 fue un intercambio entre fuerzas, o entre amigos, una “prenda de acuerdo” (Lorenz, 2009: 25). Para asumir el poder, promoviendo un verdadero *putch* al entonces presidente Viola, Galtieri necesitaba el compromiso de Anaya de que la Armada lo respaldaría. Anaya prometió cubrirle las espaldas a Galtieri, pero a cambio le solicitó que las FF.AA. llevaran a cabo acciones concretas en el terreno diplomático y/o militar para recuperar las islas antes de que se cumplieran los 150 años de la ocupación inglesa. Fruto de este acuerdo, la toma de las islas comenzó a tomar forma y a delinearse como un objetivo cierto en el futuro próximo (Cardoso, Kirschbaum, Van Der Kooy, 2007).

Se trató, por ende, de una iniciativa de la Armada, basada en sinceras e históricas aspiraciones de los marinos, en la que sin dudas el factor político interno jugó un rol, por lo menos a la hora de decidir el momento adecuado para el operativo. Esta cuestión es reconocida por varios integrantes de la cúpula naval que intervinieron en la planificación del

²² Anaya nació en 1926 en Bahía Blanca, ciudad que se encuentra a sólo 30 km. de la Base Naval Puerto Belgrano, la principal del país. Egresó como guardiamarina en 1948, y años después, en 1955, siendo un joven teniente de navío participó en la autodenominada “Revolución Libertadora”. A lo largo de su carrera fue agregado naval en Gran Bretaña (allí fue donde se originó su perspectiva de ese país como una potencia colonial vetusta y en declive), y fue parte de la máxima conducción del arma cuando se produjo el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 (Cardoso, Kirschbaum y Van Der Kooy, 2007). Falleció en 2008, mientras estaba en prisión domiciliaria acusado por delitos de lesa humanidad cometidos en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), cuando se desempeñaba como director del Personal Naval (*Clarín*, 10/01/2008). Como veremos en el Capítulo 3, también enfrentó penas por su actuación en la guerra de Malvinas.

conflicto. Al respecto, el vicealmirante Juan José Lombardo, comandante del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS) durante la guerra, señala:

“... el proceso político que estaba viviendo el país – político y económico –, el proceso del Gobierno, era difícil en febrero o marzo; es decir, la situación general del país era muy difícil en marzo de mil novecientos ochenta y dos. Tan es así, que cuando hicimos uno de los borradores de la DENAC 1 [Directiva de Estrategia Nacional], pusimos entre los objetivos que figuran ahí, dar un objetivo, una razón de unión nacional y de vocación, etcétera. Después dijimos: “No. A nosotros no nos parece conveniente ponerlo, es decir, mezclar una cosa de orden internacional con una razón de carácter político interno”. Y entonces lo testamos. Cuando nosotros elevamos nuestro proyecto no estaba puesto, pero lo conversamos; por lo menos, yo lo conversé con el Almirante Anaya.

O sea, que la Operación Malvinas, en la mente del Almirante Anaya, es una operación que estaba hecha con un carácter político general, de política externa, dado que – vuelvo a decir – ya en el año mil novecientos setenta y siete, él lo planteó.

En ese momento, la realización en marzo del año mil novecientos ochenta y dos, cuando era una Junta nueva – porque el Almirante Anaya hacía poco que había tomado el mando, el General Galtieri lo mismo y Lami Dozo hacía dos días o estaba por tomarlo – tenía un fuerte condicionante de política interna” (CAERCAS, Declaraciones, Tomo I, 1983: 63).

Desde diciembre de 1981, cuando se conformó la tercera Junta Militar y Galtieri asumió como presidente, sólo contados marinos – entre los que se encontraba Lombardo – comenzaron a reflatar los planes previos de la Armada para recuperar las islas, a los que luego se sumarían integrantes de las otras fuerzas. Inmediatamente, las rivalidades interfuerzas que caracterizaron todo el conflicto salieron a la luz. De hecho, para evitar celos, Anaya decidió que la operación fuera conjunta, es decir que participaran todas las fuerzas, aunque la máxima autoridad sería un marino dado que se trataba de un teatro de operaciones aeronaval: “Y siendo el sentimiento nacional por Malvinas (...) un tremendo sentimiento argentino, el hecho de que fuese exclusivamente la Armada la que participase en la operación, iba a generar un celo en las otras Fuerzas, que iba a ser imposible de recomponer en el transcurso de muchísimos años” (CAERCAS, Declaraciones, Tomo IV, 1983: 749-750).

Mientras las negociaciones se sucedían sin lograr ningún acuerdo, los planes del operativo de desembarco comenzaron a tomar cuerpo. El plan consistía en ocupar las islas mediante una rápida y eficaz operación y dejar luego un destacamento mínimo de 500 personas para presionar a Inglaterra a retomar las negociaciones, pero de ninguna forma preveía que el desembarco en las islas podía desencadenar una guerra. El plan de “ocupar

para negociar” se basaba en dos supuestos: que EE.UU sería neutral y que Gran Bretaña no respondería a la acción argentina. Para que el operativo pudiera llevarse a cabo con éxito, entonces, se debían cumplir tres requisitos: debía realizarse luego del 15 de mayo, ser una operación secreta, para no perder el factor sorpresa, e incruenta para los ingleses, con el objeto de continuar con las negociaciones y no manchar la imagen ante los organismos internacionales.

Sin embargo, un episodio confuso en las islas Georgias protagonizado por el empresario chatarrero Davidoff y por efectivos de la Armada en marzo de 1982²³, desencadenó una escalada diplomática que condujo a la Junta Militar a adelantar el operativo de desembarco para no perder el factor sorpresa, o, por lo menos, para que los ingleses no reforzaran la defensa de las islas. Así, el 28 de marzo partió la flota de guerra rumbo al archipiélago y el 2 de abril las tropas argentinas desembarcaron en las islas Malvinas en una operación incruenta para los ingleses, y que dejó como saldo un muerto argentino, el infante de marina Pedro Giachino.²⁴

Cumpliendo al pie de la letra el plan original, el 3 de abril las tropas que participaron en el desembarco retornaron al continente, excepto el grupo de 500 personas que permaneció en las islas, entre los que se encontraban los integrantes del Apostadero Naval Malvinas. Por 74 días, las islas pasaron al dominio argentino. Por esos 74 días, también, el régimen gozó de una popularidad inusitada: los más diversos sectores sociales y políticos hicieron público

²³ El incidente en las Georgias estuvo relacionado con una operación comercial del empresario argentino Constantino Davidoff, quien había comprado la chatarra de una compañía ballenera en esas islas y por tanto se disponía a viajar para su desguace. En un principio ese viaje a las islas iba a ser aprovechado por la Armada para establecer de hecho una base científica, al igual que la que habían instalado en 1976 en Thule (isla Sandwich) con la tolerancia inglesa. Este operativo militar, denominado “Alfa”, finalmente fue anulado por las FF.AA. En la práctica se cree que Anaya acató la anulación, pero parte de la cúpula naval desoyó sus órdenes y envió hasta una zona cercana a las islas al personal militar asignado a la operación como seguridad de los “chatarreros”, que estaban trasladándose hacia las Georgias en otro buque, se sospecha que como factor de presión hacia las otras fuerzas. Finalmente el 18 de marzo, Davidoff y los obreros arribaron a Puerto Leith, y además de ciertas conductas que inspiraron el reclamo de las autoridades isleñas (como el izado de la bandera argentina), el mayor problema fue que los operarios argentinos no presentaron los documentos reglamentarios en Grytviken (que debían presentar antes de desembarcar en Puerto Leith), lo que dio comienzo a un forcejeo diplomático entre ambos países, que terminó definiendo el traslado del personal militar “Alfa” a las islas. Muchos autores destacan este incidente como un “acelerador” del conflicto. Ver: CAERCAS (1983), Mayorga y Errecaborde (1998), Novaro y Palermo (2003), Cardoso, Kirschbaum, Van Der Kooy (2007), Lorenz (2009).

²⁴ El 3 de abril, en la toma de las islas Georgias, fallecieron 3 efectivos más: Guanca, Águila y Almonacid. Existe una amplia bibliografía militar que trata sobre el operativo de desembarco. Tanto para su planificación como desarrollo, ver: CAERCAS (1983), Büsser (1984), Moro (1985), Freedman y Gamba-Stonehouse (1992), Mayorga y Errecaborde (1998).

su respaldo a la guerra. Y si bien ello no implicó un automático apoyo a la dictadura militar ni – en ocasiones – dejar en segundo plano otras reivindicaciones económicas y políticas (Menéndez, 1998; Guber, 2001b), lo cierto es que las movilizaciones y acciones respaldando la guerra y/o colaborando con los soldados en las islas dieron cierto respiro a la dictadura en su fuerte deslegitimación social.

No obstante, a poco de andar, fue evidente que la planificación en la que se sustentaba la operación no tenía asidero en la realidad y que ninguno de los supuestos en los que se basaba el plan se cumpliría. Tan temprano como el 3 de abril la Organización de Naciones Unidas (ONU) ordenó que Argentina retomara las negociaciones diplomáticas y se retirara de las islas, el 5 de abril Gran Bretaña envió al Atlántico Sur la flota más grande después de la Segunda Guerra Mundial (Balza, 2003: 295), y EE.UU. luego de algunos tanteos terminó dando apoyo logístico y táctico a su aliada histórica. Además, el mismo 2 de abril también salió a la luz otro factor que atravesaría todo el conflicto: que cada fuerza lucharía su propia guerra. El día del desembarco, tropas de Infantería de Marina casi atacan a sus compatriotas de Fuerza Aérea porque se habían adueñado del aeródromo – sin el acuerdo de Aviación Naval – y no dejaban aterrizar a un piloto naval, que además no disponía de suficiente combustible para regresar al continente.

Así las cosas, las negociaciones diplomáticas continuaron todo abril, pero sin lograr llegar a un acuerdo definitivo, los enfrentamientos comenzaron a fines de ese mes cuando las tropas inglesas tomaron las islas Georgias, prácticamente sin resistencia argentina, y continuaron hasta el 14 de junio, cuando el gobernador y comandante militar de las islas firmó la rendición argentina.

Ahora bien, durante los 74 días que duró el conflicto, ¿cómo fue el accionar de la Armada en la guerra? ¿Cómo se desempeñaron los infantes de marina, los aviadores navales y los tripulantes de la flota de mar en cada uno de sus frentes de guerra? Estos interrogantes son los ejes clave del siguiente apartado.

Combatir en la tierra, el aire ¿y el mar?

El operativo de toma de las islas bautizado “Operación Rosario” fue principalmente naval. Si bien intervinieron las otras fuerzas, su participación fue casi simbólica: sólo una

sección del Regimiento de Infantería 25 y algunos aviones que se encargaron del puente aéreo fueron los representantes del Ejército y Fuerza Aérea en un comienzo. El 2 de abril, el transporte de las tropas fue realizado por la flota de guerra, los vuelos de exploración por pilotos navales, y el desembarco y la toma de las islas fue un operativo llevado a cabo por infantes de marina, cumpliendo una destacada actuación. Sin embargo, este protagonismo inicial de la Armada luego se vio diluido tanto por decisiones político-militares, y por la propia pasividad de la flota durante el conflicto, como por el accionar de la Fuerza Aérea.²⁵

El 3 de abril la flota de mar regresó al continente junto a la mayor parte de los infantes de marina que había participado en el desembarco. A partir de ese momento, la responsabilidad por la defensa terrestre de las islas recayó en el Ejército. Siguiendo el plan original, en los primeros días el Regimiento de Infantería 25 fue el encargado de controlar la localidad, aunque contó con la ayuda y el respaldo de la Armada, responsable de la puesta en funcionamiento del puerto – ahora denominado Apostadero Naval Malvinas –, y de la Fuerza Aérea y Aviación Naval que controlaban el aeródromo. Ambos fueron el puente con el continente, enclaves fundamentales para evitar el desabastecimiento de las islas.

Sin embargo, la rápida – e inesperada – respuesta inglesa obligó a las FF.AA. argentinas a fortalecer la defensa de las islas y a organizar – o más bien a improvisar – una guerra en menos de un mes, incluyendo la cadena de mandos de la operación. Así, en principio, se estableció que el gobernador y comandante militar de las islas, el general Mario Benjamín Menéndez, quedaría bajo la subordinación de un marino que ejercería como comandante del TOAS, el vicealmirante Lombardo, que sería la máxima autoridad durante conflicto (aparte de la Junta Militar). Sin embargo, y como un símbolo de las rencillas interfuerzas y de la falta de coordinación conjunta que atravesó todo el conflicto, pronto se hizo evidente que Menéndez respondía mucho más a las órdenes de su superior en la fuerza – Galtieri –, que al mando correspondiente.

Además, ante el envío de la flota de guerra por parte de Gran Bretaña, gran cantidad de efectivos del Ejército y, en menor medida, de la Armada y Fuerza Aérea, fueron

²⁵ Para el desempeño de la Armada en la guerra, consultar: Büsser (1984), Muñoz (1986, 2000, 2004, 2008), Martini (1992), Mayorga y Errecaborde (1998), Robacio y Hernández (1996), Bonzo (2000a), (Boveda, 2007). Para un análisis militar del conflicto en general, ver: CAERCAS (1983), Ejército Argentino (1983), Moro (1985), Jofre y Aguiar (1987), Train (1987), Matassi (1994), Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina (1998), Balza (2003). Desde una perspectiva social, consultar: Lorenz (2009).

trasladados a Malvinas, en ocasiones en forma desorganizada y con el casi único propósito de evitar que la respuesta inglesa se efectivizara. Por ende, la defensa de las islas recayó principalmente sobre los 10.000 conscriptos, oficiales y suboficiales del Ejército, que representaban el 70 % de las tropas totales en las islas. Fuerza Aérea tuvo su principal aporte en las operaciones de ataque, rescate, exploración y transporte que realizaron sus pilotos desde el continente, quienes lograron mantener el puente aéreo hasta los últimos días del conflicto. En cuanto a la Armada, el aporte real de la fuerza a la guerra fue limitado. La Marina sólo envió un Batallón de Infantería reforzado que combatió en el frente de batalla bajo la autoridad del Ejército y que tuvo un excelente desempeño; unos pocos buques de porte menor que recorrieron palmo a palmo las islas en misiones altamente riesgosas y casi imposibles; y unos cuantos aviones navales, cuyas principales actuaciones se dieron en operaciones desde el continente.²⁶ Pero el elemento emblemático de la Marina, la flota de guerra, prácticamente no intervino en el conflicto. ¿Cómo puede explicarse que la fuerza que albergó entre sus anhelos más preciados la recuperación de las islas y de la que partió la iniciativa del conflicto, finalmente no comprometiera su principal medio de combate?

Lo cierto es que, como vimos, los planes originales de la Armada no preveían un enfrentamiento con Gran Bretaña. Su plan de “ocupar para negociar” se fundamentaba en la clara conciencia de su inferioridad de condiciones frente a la Marina inglesa, más aún sabiendo que la OTAN contaba con información satelital. Por eso, el plan de la Marina contemplaba un objetivo limitado. Parecía claro que si la *Royal Navy* se disponía a combatir, la flota argentina no tenía posibilidades (una cuestión que fue advertida desde el comienzo por la cúpula naval, y que así y todo no fue obstáculo para continuar la escalada bélica). Pero, cuando los planes iniciales se desbarataron, la Junta Militar no quiso dar un paso atrás y retirar las tropas de las islas debido a la gran repercusión que la noticia había tenido en la sociedad argentina. Ante ello, la flota de mar se vio obligada a enfrentarse a una Marina que sabía que era ampliamente superior en equipamiento, entrenamiento y tecnología. Lo cierto es que algunos de los buques con los que contaba la Armada eran antiguos – incluso, muchos estaban a punto de ser radiados – o casi no tenían mantenimiento. No hay que olvidar que las ejercitaciones en el sur se habían vuelto cada vez más esporádicas, debido a

²⁶ Según los datos proporcionados por Balza (2003: 287), la cantidad de efectivos por fuerza en las islas eran: 10.001 de Ejército, 1.000 Fuerza Aérea, 3.119 de la Armada, 40 de Gendarmería y 29 de Prefectura.

que en los últimos años los marinos habían destinado el presupuesto naval principalmente a tareas de política interna – como gobernar o “combatir la subversión”, en sus términos – más que al adiestramiento profesional en el mar y al equipamiento de la flota. Según Horacio Verbitsky (2002: 221), hacía dos décadas que la flota de mar íntegra no realizaba entrenamientos en Ushuaia y llegaba muy esporádicamente más allá de Puerto Madryn. En pocas palabras, la Armada inició la guerra condicionada, conciente de su inferioridad, y con el objetivo de hostigar a la flota británica sin poner en riesgo unidades propias.

Cuando poco después del desembarco, la cúpula naval corroboró la existencia de submarinos nucleares en la zona (que la Argentina no disponía), frente a los cuales los buques prácticamente no tenían chance por su lentitud y escasa capacidad de maniobra, la situación se tornó mucho más crítica para la flota de guerra.²⁷ Ya el 7 de abril Inglaterra anunció que a partir del día 12 regiría una Zona de Exclusión Marítima de un radio de 200 millas alrededor de las islas, lo que implicaba que cualquier nave que se encontraba allí podía ser hundida. A partir de ese momento, la flota prácticamente se retiró de la guerra y permaneció en zonas de baja profundidad, donde los submarinos tenían grandes dificultades para maniobrar. Sólo contados buques auxiliares cruzaron a las islas desde mediados de abril, e incluso algunos de ellos dependían de la Marina Mercante o de Prefectura. De allí en más, el abastecimiento de las islas quedó en manos de Fuerza Aérea y Aviación Naval. La superioridad naval fue perdida desde un comienzo.

Sólo en una ocasión, la flota de guerra intentó realizar una operación masiva de ataque a la *Royal Navy*. Los marinos sabían que prácticamente las únicas posibilidades de lograr éxito en algún tipo de combate naval frontal sin arriesgar en demasía recursos propios, eran aquellos momentos en que localizaran unidades sueltas o que la flota estuviera comprometida en alguna operación de desembarco, lo que le restaba movilidad. Esa oportunidad se presentó el 1º de mayo, cuando llegó una información a la Armada que la *Task Force* estaba desembarcando en el norte de las islas. La flota se movilizó hacia la zona para atacar las naves que supuestamente se encontraban aferradas al desembarco. Sin

²⁷ Lo cierto es que la Armada disponía de muy pocos submarinos (ninguno de ellos de propulsión nuclear), que además estaban en un pésimo estado de mantenimiento y equipamiento. Por eso, su participación en la guerra fue mínima, a pesar de los esfuerzos de la tripulación. Ver: Boveda (2007).

embargo, la información nunca se confirmó, y debido a una serie de factores, la operación se abortó pocas horas después.

De todas formas, esos días quedaron grabados a fuego en la Armada. El 2 de mayo, en el camino de regreso al continente y fuera de la Zona de Exclusión Marítima, un submarino nuclear británico atacó y hundió al Crucero General Belgrano, una nave emblemática de la institución. En esa sola acción murieron 323 de los 1093 tripulantes, la mitad de los muertos totales en la guerra, y, con ella, se evaporaron las posibilidades de llegar a un acuerdo diplomático.²⁸ Al día siguiente, el 3 de mayo, el pequeño buque Sobral, que estaba en una misión de rescate en la zona, fue atacado por helicópteros ingleses, y si bien la nave pudo regresar al continente, 8 personas murieron en el ataque. De allí en más, no había acuerdo posible, y la guerra se convirtió en una realidad ineludible para los soldados apostados en las islas.

A partir de ese momento y hasta el final del conflicto, la flota permaneció en el continente, aferrada a la tierra, por orden del almirante Anaya, el mismo que había impulsado la toma de las islas. Así refiere el *Informe Rattenbach* – investigación realizada por las FF.AA. en la posguerra – a las responsabilidades del comandante en jefe de la Armada en la derrota:

“811. b. Haber comprometido a la Armada en un conflicto bélico con Gran Bretaña, no obstante las limitaciones para el empleo de los buques de superficie y la carencia de la necesaria preparación para la acción conjunta, lo cual se tradujo en falta de efectividad para desarrollar operaciones eficaces durante las acciones bélicas. (...)

d. Haber sido uno de los propulsores de la idea de recuperar las islas y, no obstante, al producirse la acción británica propiciar en el COMIL [Comité Militar] la decisión de no emplear en la batalla las unidades de superficie propias, aduciendo las capacidades de la fuerza submarina nuclear enemiga. Sin embargo, dichas capacidades habían sido ya analizadas, llegándose a la conclusión – el día 30 de marzo – de que las amenazas serían fundamentalmente navales y que el teatro del comando de operaciones a establecer debía, por ello, ser ejercido por el comandante de operaciones navales. Este reclamo, si bien lógico, no se compadece con la decisión de replegar el grueso del poder naval propio, a la hora del combate, y resulta incompatible con su alta jerarquía e investidura. (...)

e. Sustraer un medio esencial del poder militar de un posible enfrentamiento con el enemigo, con lo cual se produjeron los siguientes efectos negativos para la suerte de las armas propias:

- Otorgar al enemigo, sin disputárselo, el dominio absoluto del mar.

²⁸ Según la hipótesis de los investigadores ingleses Hastings y Jenkins (1984), la orden de hundir el Crucero fuera de la Zona de Exclusión fue dada por la Primer Ministro Margaret Thatcher con el objeto de llegar a un punto de no retorno en las negociaciones y forzar el enfrentamiento armado, en un contexto en que el gobierno estaba enfrentando una profunda crisis producto de las medidas neoliberales implementadas.

- Debilitar gravemente las acciones de defensa de la guarnición Malvinas.
- Desmoralizar al personal, tanto de la Armada cuanto de las otras fuerzas, ya que mientras una parte estaba empeñada en el combate, otra era sustraída de este.
- Producir, en el frente interno, una sensación de frustración y descrédito, al advertir que las naves de superficie preparadas y sostenidas para la defensa nacional, no eran empleadas al momento de combatir, ni en forma restringida” (CAERCAS, 1983: 257-259).

Frente a la inacción de la flota de guerra, fueron los pequeños pesqueros que hacían inteligencia y los buques logísticos de la Armada, Marina Mercante y Prefectura, los representantes de la Marina en las islas. La tripulación de los buques Yehuín, Forrest, Monsunen, Penélope, Río Carcarañá, Isla de los Estados y Bahía Buen Suceso y de los guardacostas Río Iguazú e Islas Malvinas recorrió cada rincón de las islas para mantener abastecida a la población y a las tropas que estaban alejadas de Puerto Argentino, la capital de las islas. En misiones altamente riesgosas y en tremenda inferioridad de condiciones frente a los aviones y buques británicos (ya que prácticamente no disponían de medios de defensa), 5 de ellos fueron averiados o hundidos.

También contrasta con la pasividad de la flota, la actuación de los pilotos de Aviación Naval quienes realizaron múltiples acciones a lo largo de la guerra en inferioridad de condiciones ante una fuerza aérea más moderna y mejor equipada. Lo cierto es que su accionar no estuvo exento de las mismas dificultades que enfrentó la flota, producto de la falta de organización, del establecimiento de una cadena de mandos poco clara, y de la propia inferioridad técnica. En principio, los roces – o abiertos conflictos – con Fuerza Aérea fueron *in crescendo* a lo largo del conflicto, lo que determinó que las operaciones conjuntas fueran poco frecuentes y estuvieran plagadas de fricciones. Ello, sobre todo, porque la Fuerza Aérea nunca se subordinó al comandante del TOAS – creando incluso un comando independiente y paralelo –, y en cambio luchó denodadamente para que Aviación Naval estuviera bajo su órbita.

A estas rivalidades interfuerzas que dificultaban el procesamiento de las órdenes además que la cadena de mandos era engorrosa, se sumaron dificultades técnicas que limitaron el accionar de los pilotos de ambas fuerzas. Por ejemplo, como la pista de Puerto Argentino no era lo suficientemente larga para aviones de combate, las operaciones de ataque debían realizarse desde el continente, con las dificultades de combustible que eso

implicaba, además de lo riesgosas de esas misiones. Con lo cual, la superioridad aérea fue relegada desde un comienzo, ante la imposibilidad de estar 24 horas protegiendo las islas.

De todas formas, los pilotos de Aviación Naval (y también Fuerza Aérea) realizaron operaciones destacables y altamente riesgosas, aunque se limitaron a atacar a buques que estuvieran en el radio de acción, ya que desde el comienzo se dieron cuenta que la tremenda inferioridad de equipamientos y tecnología imposibilitaba realizar ataques aéreos frontales. Además, el poco mantenimiento de algunas unidades propias o el envejecimiento del material incrementaban el riesgo de las misiones.

La acción más recordada de Aviación Naval, que significó su “bautismo de fuego”, fue el hundimiento del buque Sheffield el 4 de mayo, pocos días después de la toma inglesa de las Georgias, a tres días del inicio de los ataques ingleses sobre las islas y a sólo dos días del hundimiento del Crucero General Belgrano. Luego de un preocupante avance inglés, esta acción se la vivió como una verdadera revancha, y tuvo gran repercusión en los medios de comunicación.²⁹ Lo cierto es que ese ataque pudo ser posible gracias a la disponibilidad de los misiles Exocet que permitían realizar ataques a cierta distancia, a diferencia del resto de los pilotos que por combatir en aviones más antiguos, para atacar un buque debían acercarse peligrosamente a las unidades para depositar allí sus bombas “como poniéndolas con la mano” (Mayorga y Errecaborde, 1998: 403). Sin embargo, la Aviación Naval sólo disponía de cinco de estos misiles – ya que Francia había embargado el resto – con lo cual las posibilidades de repetir acciones como éstas fueron contadas. Si bien los aviadores navales y los de Fuerza Aérea continuaron realizando diversas misiones de exploración, transporte, rescate y ataque – sobre todo a partir del desembarco inglés en las islas el 21 de mayo –, y no dejaron de operar hasta los últimos días del conflicto, lo cierto es que los resultados limitados de esas acciones no podían absorber los costos en vidas humanas y materiales que implicaban, y en tal sentido, el combate aéreo estaba perdido de antemano.

En definitiva, el resultado de la guerra quedó en manos de las tropas en tierra, aquellas que estaban apostadas en el frente de batalla desde la primera semana de abril, es

²⁹ Las acciones de los pilotos tuvieron un gran impacto en la prensa, sobre todo porque ante la falta de novedades en tierra y mar, los combates aeronavales – reales o imaginados – vinieron a llenar ese vacío. Lo cierto es que el público en general identificó los combates aéreos inmediatamente con la Fuerza Aérea, por ello esa fuerza salió mucho más fortalecida de la publicidad de sus acciones y de la “campana” de prestigio (Guber, 2007a) que ella misma emprendió, que la Aviación de la Armada. De hecho, como veremos, esa campana de prestigio le sería bien redituable en la posguerra a la hora de dividirse los costos de la derrota.

decir, los infantes de marina y principalmente los soldados de Ejército. En cuanto al Batallón de Infantería de Marina N°5 (BIM 5), el único que combatió en las islas (sin tener en cuenta la “Operación Rosario”, y algunas secciones aisladas que permanecieron en otras líneas de defensa), lo primero que hay que tener presente es que tenía una serie de ventajas respecto a su entrenamiento, aclimatamiento y logística frente a los regimientos del Ejército que explica su excelente desempeño.

En principio, se trataba de un Batallón que estaba perfectamente aclimatado para la guerra, ya que su base de operaciones estaba en Río Grande donde el clima es similar al de las islas. La situación de gran parte de las tropas de Ejército era distinta, ya que la fuerza optó por enviar a las islas los regimientos del norte del país y dejar los más preparados en el continente en las fronteras con Chile, país con el que había un conflicto irresuelto y que se suponía podía llegar a aprovechar la situación para invadir la Patagonia o permitir el paso de tropas británicas.³⁰ Ello condicionó la preparación de los soldados, que sufrieron el frío mucho más intensamente que aquellos infantes de marina que no sólo ya estaban acostumbrados al clima sino que, también, tenían cierto adiestramiento en la preparación de posiciones en un terreno anegadizo y en un clima extremo como el de Malvinas (por las lluvias, el frío y el viento constante). Posiciones que, al fin y al cabo, fueron fundamentales para sobrevivir a la guerra, para combatir el frío y refugiarse durante los bombardeos, ya que allí permanecieron los soldados prácticamente durante todo el conflicto.

Además, la mayoría de los conscriptos del BIM 5 había finalizado su entrenamiento o, por lo menos, ya llevaba varios meses en el terreno. Y buena parte de los oficiales, suboficiales y soldados se conocía porque había compartido el último año en el Batallón. Si bien el Ejército también disponía de tropas entrenadas, lo cierto es que el sistema de reclutamiento de la fuerza le jugó una mala pasada. Mientras en Marina los conscriptos ingresaban en 5 tandas a lo largo del año, de forma tal que siempre convivían soldados

³⁰ Si bien ello no sucedió, lo cierto es que existió un acuerdo entre Chile y Gran Bretaña que se materializó en acciones concretas. Como indica Federico Lorenz: “La inteligencia chilena facilitó a la británica los códigos para descifrar las comunicaciones argentinas, así como información acerca de los preparativos de desembarco argentinos en marzo de 1982, mientras que alrededor de 20 mil soldados de ese país [...] se movilizaron hacia los pasos fronterizos, aferrando a unidades argentinas. También desarrollaron campañas de guerra psicológica interfiriendo las comunicaciones argentinas en el Continente y en las islas” (Lorenz, 2009: 94). Las primeras evidencias de la colaboración chilena salieron a la luz cuando se descubrieron los restos de un helicóptero británico en territorio argentino que había despegado de Punta Arenas. Luego se supo que ese helicóptero formaba parte de una operación encubierta para atacar la base aeronaval de Río Grande.

“veteranos” con aquellos recién ingresados (Robacio y Hernández, 1996); en el Ejército el ingreso era anual, y se producía a comienzos del año, con lo cual para abril de 1982, recién se había incorporado a los soldados clase 1963 que sólo llevaban 3 meses en la fuerza, y se había licenciado totalmente a la clase anterior. Si bien para la guerra la fuerza convocó a los conscriptos clase 1962, que finalmente terminaron combatiendo en el conflicto, cierta proporción de “colimbas nuevos”³¹ fue a las islas, y de hecho las anécdotas de errores debido a su falta de preparación – lógica, por otra parte – se repiten en muchos testimonios (Kon, 1984).³²

A estos factores previos a la guerra, se sumaron otros aspectos vinculados a la organización logística y a la calidad del equipamiento de cada fuerza que incidieron en su desempeño en el combate. Durante el conflicto, las FF.AA. operaron con la premisa de que cada arma era responsable de su propia logística, lo que significó un serio problema principalmente para el Ejército. Mientras la Armada y la Fuerza Aérea disponían de medios aéreos y/o navales propios para cruzar las provisiones y el equipamiento desde el continente, a la que vez que contaban con menor cantidad de tropas en las islas, el caso del Ejército era mucho más complicado por la gran cantidad de personal trasladado a las Malvinas y porque, al no disponer de medios de transporte propios, dependía de las otras fuerzas. Ello dio como resultado una diferencia abismal en el equipamiento y racionamiento de las tropas del Ejército y las de Marina que estaban en el frente de batalla.

En efecto, el BIM 5 enfrentó muy pocas dificultades en ese aspecto. Sin bien a los infantes de marina se les presentaron algunas complicaciones – por ejemplo, cuando

³¹ En Argentina, coloquialmente se designaba “colimba” tanto al servicio militar obligatorio por las tres actividades que principalmente debía hacer el conscripto –correr–limpiar–barrer–, como a los individuos que cumplían con el mismo.

³² Los soldados conscriptos tenían entre 18 y 20 años cuando fueron a la guerra y representaron alrededor del 70% de las tropas en las islas. En cuanto al perfil social de los soldados que combatieron, resulta muy difícil hacer una generalización. Mientras algunos regimientos contaban con una mayoría de conscriptos de clase media, muchos de los cuales incluso habían pedido prórroga por estar cursando carreras universitarias (como el Regimiento 7 de La Plata), en otros la tasa de analfabetismo de los soldados era muy alta (como la del Regimiento 5 de Paso de los Libres) e incluso aprendían las herramientas básicas para leer y escribir en el servicio militar obligatorio. Por ende, la información que tenían sobre las islas era muy diversa, y también, las motivaciones para combatir, en la que se mezclaban elementos nacionalistas, de amistad o camaradería, cierto aprecio a las FF.AA. así como también la perspectiva de vivir una aventura; en otros casos, las motivaciones eran nulas ya fuera por la conciencia de la proximidad de la muerte o de volver a estar bajo la autoridad militar (y ello explica también las deserciones que hubo). Además provenían de diversos lugares de Argentina, algunos de ellos de puntos altamente urbanizados mientras otros vivían en pequeños pueblos en el interior del país (Lorenz, 2009: 70-82).

arribaron, tuvieron que ir caminando del aeropuerto al pueblo porque no habían trasladado sus vehículos livianos –, lo cierto es que en general la organización y distribución de provisiones, municiones y equipos fue eficiente. Como señala claramente el capitán Robacio, comandante del Batallón:

“Yo creo que no se puede conducir hombres (...) que éramos ocho mil voluntades – yo le llamo vulgarmente – desparramadas en el terreno. Las mil que yo tenía contaban con una ventaja tremenda sobre el resto de las Unidades de Ejército. Y voy a dar ejemplos: mi Batallón disponía, prácticamente, del doble de cables – vale decir del sistema radioalámbrico – que tenía todo el Ejército en la Isla. Y en medios radioeléctricos, para la conducción de todo lo que tenían los ocho mil hombres, había un solo canal. Yo, en mi unidad, tenía tres, cuatro canales radioeléctricos, duplicados y triplicados. Es decir, que creo que fui un privilegiado; realmente pude conducir el combate, y tuve siempre conciencia exacta de lo que pasaba en cada uno de los lugares de mi posición” (CAERCAS, Declaraciones, Tomo V, 1983: 989-990).

Y no sólo en eso fueron privilegiados. También lo fueron en aspectos tan básicos como racionar en caliente la mayoría del tiempo, comer pan en ocasiones, tener barretas de acero para cavar las posiciones (realizados en Río Grande especialmente para ellos), y disponer de algunos lugares en el pueblo – como el galpón donde funcionaba el Apostadero Naval Malvinas – para rotar las posiciones y así descansar de las duras condiciones de vida en las trincheras. Si bien es cierto que hicieron poco uso de esos espacios, las tropas del Ejército ni siquiera contaron con esa posibilidad.

La guerra de los infantes de marina, por ende, fue muy diferente a la vivida por sus vecinos de trincheras. El Ejército no sólo contó con menos provisiones, sino que algunos equipos que eran fundamentales para la preparación de las posiciones, para comunicarse, para combatir o para movilizarse nunca arribaron a Malvinas, por la propia desorganización o porque no ingresaron en la lista de prioridades de las otras fuerzas. Por ejemplo, no se envió a las islas el equipo de algunos regimientos (que finalmente tuvieron que cavar sus posiciones a mano), las baterías de artillería antiaérea de más alcance (fundamentales para equiparar a las inglesas) o una mayor cantidad de helicópteros, pedida con insistencia por las autoridades en las islas. La limitada disponibilidad de helicópteros, en particular, fue un elemento fundamental que afectó el racionamiento de los soldados, ya que los caminos asfaltados de las islas sólo llegaban a las afueras del pueblo, y lo húmedo y anegadizo del terreno tornaban inútiles los medios terrestres. Ello dificultó el transporte de provisiones a

las primeras líneas, y, más aún, a aquellos que se encontraban alejados de la capital, donde se produjeron la mayor cantidad de casos de desnutrición, que incluso llegaron a provocar fallecimientos.³³

Además, la escasa cantidad de helicópteros incidió en forma brutal en el dispositivo de defensa, y en la posibilidad de un contraataque. Como la cúpula militar consideró que el mayor riesgo que se corría era un ataque directamente sobre Puerto Argentino en la isla Soledad, la llave del territorio por ser el centro político y nudo de comunicaciones del archipiélago, la defensa se organizó en un sistema de trincheras alrededor de la localidad. La mayoría de las tropas se concentraron en las afueras de la capital: algunos regimientos de Ejército en el aeropuerto, y el resto de los soldados de esa fuerza e infantes de marina en las lomas que rodeaban el pueblo hacia el oeste. Así, el BIM 5 se posicionó en las alturas de monte Tumbledown, William y Sapper Hill. Además, había algunas tropas dispersas en el poblado de Darwin/Goose Green, y otras en la isla Gran Malvina.³⁴ Este dispositivo de defensa se mantuvo con muy pocas diferencias a lo largo de la guerra, ya que no se produjeron movimientos ni contraataques masivos, aún mientras los ingleses se acercaban peligrosamente y era evidente que los días para el asalto final estaban contados. Lo anegadizo del terreno – que hacía muy lenta y complicada la marcha de los soldados a pie – y la falta de helicópteros imposibilitó la movilidad de las tropas, cuestión fundamental en una guerra moderna. Por ello, Robacio indica que la inglesa fue “una guerra actualizada, y la nuestra fue una guerra inmóvil”, igual que la Primera Guerra Mundial sólo que 50 años después (CAERCAS, Declaraciones, Tomo V, 1983: 988).

A la permanencia durante más de dos meses en las trincheras, sin posibilidad de rotación, con las dificultades logísticas señaladas, se sumó la evidencia de que los ingleses se habían apropiado de la iniciativa, la movilidad y el espacio aéreo y naval en forma casi

³³ Ver: Ceballos y Buroni (1992) y la declaración del médico naval, capitán Maille, ante la CAERCAS (Declaraciones, Tomo V, 1983: 1007). A la situación descrita, se sumó el maltrato y abuso de algunos superiores a los conscriptos, que tanto se dio en las tropas de Ejército como en los infantes de marina. Según la causa abierta por violaciones a los DD.HH. en Malvinas, en el BIM 5 y en los regimientos de Ejército se produjeron casos de estaqueo y otros abusos, en ocasiones con el objeto de mantener la disciplina ante casos de soldados que se quedaban dormidos en las guardias o por robos de comida debido a la desesperante situación en que se encontraban. De todas formas, si tenemos en cuenta las denuncias realizadas hasta el presente, parecería que esas situaciones se produjeron mucho más frecuentemente en el Ejército que en la Marina. Ver: Vassel (2007), Niebieskikwiat (2012).

³⁴ Para un mapa de las islas Malvinas y del dispositivo de defensa, ver: Anexos I y III, pp. 380-382.

total. Todo ello minó la moral de las tropas, que llegaron al combate final desgastadas por el continuo bombardeo al que estaban sometidas y al cual las fuerzas argentinas no podían responder de ninguna forma, ya fuera porque no tenían los recursos para ello – porque había muy poca artillería antiaérea que tuviera ese alcance –, o porque habían optado por no comprometerlos al combate o utilizarlos de forma limitada, como la flota de guerra o los medios aéreos. La sensación de las tropas en el frente, por ende, era de una pasividad desesperante y su actividad se reducía a una espera interminable de un enemigo que tardaba en llegar.

Finalmente, luego del desembarco inglés en San Carlos – lejos de las previsiones de los mandos argentinos –, se produjo la primera batalla y derrota argentina de la guerra de Malvinas en Darwin-Goose Green entre el 27 y 29 de mayo. De allí en más el avance inglés fue imparable. Las batallas finales se combatieron del 11 al 14 de junio, y si bien en algunos casos las tropas argentinas tuvieron actuaciones excepcionales y opusieron una tenaz resistencia, la superioridad de equipamiento y entrenamiento de las fuerzas inglesas fue determinante. Además, en algunas batallas hubo una gran desertión de tropas, sobre todo porque las condiciones deplorables en que se encontraban hacía más de dos meses habían minado su moral y sus condiciones físicas también. La mayoría de los infantes de marina del Batallón 5 luchó ferozmente el 13 de junio en la defensa de los montes Tumbledown, Williams y Supper Hill. Y si bien los infantes tuvieron una actuación excelente, lograron detener temporalmente las fuerzas inglesas y según su comandante hubiesen podido seguir combatiendo, lo cierto es que prácticamente no tenían municiones y al final estaban combatiendo solos y a escasos kilómetros de la localidad porque el resto de las posiciones estaban perdidas.

El 14 de junio, a sólo dos meses y medio del desembarco, las fuerzas argentinas firmaron la rendición, con un saldo de 649 combatientes muertos y casi 1200 heridos. Y si bien, como veremos en la Parte III, de allí en más el almirante Anaya se esforzó en demostrar que la guerra había tenido algún sentido, que la Armada había pagado su cuota de sangre en la guerra y que, en definitiva, se habían ganado algunas cosas en la derrota, la imagen de una guerra inútil que había sido impulsada por una fuerza que discursivamente se rasgaba las vestiduras por la defensa de la soberanía, pero que a la hora del combate prefirió

proteger su flota y rehuir a la lucha, no ha dejado de prevalecer en el imaginario social desde el final de la guerra hasta hoy.

Capítulo 2

Lejos de las trincheras cuentan otra guerra:

Experiencias e identidades de los integrantes del Apostadero³⁵

Cada regimiento tiene su lugar, su hábitat, su origen. Nosotros éramos un rejunte. El Apostadero era algo que era de todos y de nadie, no venía del continente, o sea no tenía identidad propia.

Julio Casas Parera³⁶

Mi gente, la que estuvo conmigo, y eso en cierto modo, afortunadamente, y esto es lo que siempre hay que tener en cuenta, es la diferencia que yo siento de ellos del resto de la sociedad [...] Es tu compañero, es el tipo que estuvo conmigo, es el tipo que de algún modo, si podía te iba a... [...] me iba a ayudar si podía, o a correr más rápido, no sé, pero bueno, pero estaba. Y los que vas a conocer, o estás conociendo, es mi gente, que hoy en día obviamente no sé si van a responder igual que como hubieran respondido en el '82, pero el afecto que se desarrolla está basado en eso, ¿entendés? Esto que te digo es la mejor definición que puedo llegar a hacer de lo que es un sentimiento que es difícil de explicar.

Ricardo Pérez³⁷

Marcas

Los integrantes del Apostadero Naval Malvinas contribuyeron al combate terrestre y marítimo por las islas del Atlántico Sur durante los 74 días que duró el conflicto. Sólo que su aporte, la mayor parte del tiempo, estuvo lejos del frente de batalla y no consistió en librar el combate en las trincheras, ya que la guerra que ellos pelearon fue bien distinta a la de la gran mayoría de las tropas: fue una guerra logística. En efecto, la particularidad de la guerra que combatieron y el hecho de haber compartido determinados espacios, tiempos y

³⁵ El presente capítulo retoma la temática abordada en mi tesina de grado (Rodríguez, 2008).

³⁶ Entrevista a Julio Casas Parera, Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), 30/11/2007. Julio nació en Capital Federal en 1955. En 1982, cursaba estudios en el nivel superior y además estaba haciendo el servicio militar obligatorio en el Apostadero Naval Buenos Aires. En la guerra, su actividad principal fue estibar la mercadería de los buques, colaborar en el minado de la bahía de Puerto Argentino y combatir en la península Camber. Permaneció en las islas desde el 12 de abril al 20 de junio. Actualmente, vive en CABA y se dedica a gestoría y asesoramiento. En la posguerra, ha asistido frecuentemente a las reuniones del Apostadero y en los últimos años también ha participado en la Agrupación Veteranos de Guerra de Malvinas (AVEGUEMA).

³⁷ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007. Ricardo nació en Rosario de la Frontera (Salta) en 1962. En 1982, vivía en Capital Federal y estaba cumpliendo con el servicio militar obligatorio en el Edificio Libertad. Fue a la guerra como voluntario, estuvo en las islas desde el 28 de abril al 20 de junio y se desempeñó como asistente del segundo jefe del Apostadero. En la posguerra, se recibió de analista de sistemas y se ha dedicado a diversas actividades vinculadas a su profesión. Fue uno de los fundadores de las reuniones del Apostadero y uno de los encargados de organizarlas aún en el presente.

acontecimientos límites, explican tanto los lazos que tejieron sus integrantes a lo largo del conflicto (y en la posguerra), como el surgimiento de una nueva identidad social, marcada por la proximidad de la muerte.

Claro que así como es posible identificar determinados acontecimientos, emociones y tiempos que marcaron las vivencias de los miembros de la unidad y son propios de la guerra del Apostadero, también es posible reconocer otros factores clave en la experiencia del grupo que fueron comunes a las guerras de todos los combatientes en las islas, y que, en realidad, son propios de toda vivencia bélica. En tal caso, la experiencia bélica de todos los protagonistas de Malvinas estuvo marcada por la convivencia con la muerte. Así, aquellos momentos en que más cerca se sintieron de ella fueron los que implicaron una clara ruptura en su cotidianidad (como el primer ataque sobre las islas, las idas al frente de batalla, las acciones en la oscuridad, las batallas, el matar a alguien o ver morir a algún compañero, entre muchas otras), aunque la incorporación del peligro a la rutina diaria también significó – a la larga – cierta indiferencia y acostumbramiento a la muerte. Además, la vivencia de los combatientes estuvo atravesada por la incertidumbre, tensión, tristeza, temor y angustia, pero también por la satisfacción, alivio y excitación ante determinadas situaciones imprevistas que los marcó de alguna u otra forma (como la convocatoria a la guerra, la llegada a las islas, los primeros bombardeos, los enfrentamientos, la rendición y la situación de prisioneros de guerra).

Esos elementos que atravesaron las vivencias de los que combatieron en las islas en general, que comparten “la misma sensación y el mismo historial”, en palabras del ex-conscripto Ricardo Pérez³⁸, explica que exista cierta identificación colectiva entre todos ellos, más allá de la posición, el destino o la fuerza que integraron. Ahora bien, además de esos factores, hay otros elementos, específicos de la experiencia bélica de los integrantes del Apostadero, que identifican a sus integrantes y los diferencian de los miembros de otras unidades y fuerzas combatientes. Este apartado se centra en esas marcas que singularizan la guerra del Apostadero.

³⁸ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

La constitución de la unidad: un “rejunte” sin identidad

Desde el mismo momento de la creación del Apostadero Naval Malvinas, es posible identificar elementos bien particulares de la unidad que marcaron las vivencias de sus integrantes.

El Apostadero se constituyó tan temprano como el 2 de abril de 1982, bajo el mando del capitán Adolfo Gaffoglio³⁹, y tenía la fundamental tarea de organizar las instalaciones portuarias de las islas, un espacio vital porque era uno de los pocos puntos de comunicación con el continente. En un comienzo, la unidad estuvo conformada sólo por 20 personas que habían sido convocadas a fines de marzo para una misión secreta en el sur argentino. Una enumeración de los rangos, especialidades y destinos del grupo fundador da cuenta de ciertas características propias de la unidad que permanecieron inalterables a lo largo del conflicto. Inicialmente, la unidad estuvo conformada por 4 oficiales, 15 suboficiales y un conscripto, de entre ellos 2 eran profesionales (un bioquímico y un contador) y el resto eran militares de carrera de diferentes especialidades (en su mayoría básicas y técnicas, como maquinista, control averías, electricista, construcciones navales, furriel y mar), y provenían de diversos destinos de la Base Naval Puerto Belgrano (sin contar a Gaffoglio que residía en Capital Federal).⁴⁰

El Apostadero Naval Malvinas fue la primera unidad de la Armada creada en las islas, y, a diferencia de las otras unidades combatientes que existían previamente al conflicto, fue constituida específicamente para la guerra a partir de un grupo bien heterogéneo en rangos, destinos y especialidades, que – en su mayoría – se conocieron

³⁹ Adolfo Gaffoglio nació en Zárate (Buenos Aires) en 1933. Para 1982 tenía 48 años, era capitán de fragata (especialidad: submarinista) y tenía una larga trayectoria en la Armada. Su historia de Malvinas merece un capítulo aparte, ya que se remonta a 1980, cuando lo designaron “Representante de la Armada Argentina ante el gobierno de ocupación en las Islas Malvinas”. Los dos últimos viajes que realizó antes del desembarco, en febrero y marzo de 1982, tuvo como objetivo realizar todo tipo de inteligencia en vista del operativo de toma de las islas. Por su gran conocimiento del archipiélago y el excelente material recabado, Gaffoglio tuvo un rol preponderante en los días previos al 2 de abril. Estuvo en las islas hasta el 14 de julio, donde permaneció prisionero. Actualmente, está retirado de la fuerza. Desde principios del siglo XXI, ha asistido asiduamente a las reuniones del Apostadero. Ver: Entrevista a Adolfo Gaffoglio, CABA, 30/11/2007; Informe del Jefe del Apostadero Naval Malvinas, Cap. Adolfo Gaffoglio, presentado al Jefe del Estado Mayor General de la Armada el 05/08/1982 (Archivo personal).

⁴⁰ Acta de Creación del Apostadero Naval Malvinas, 1/82 “B”, 2 de abril de 1982 (Archivo personal) y Relación del personal naval que el 2 de abril de 1982 constituyó el APOSVINAS, en: Informe del Jefe del Apostadero, Gaffoglio, presentado a la Armada, 05/08/1982 (Archivo personal).

durante la travesía hacia las islas. Esa es una particularidad de la unidad que marcó la cotidianeidad del grupo durante todo el conflicto, aún cuando desde mediados de abril su personal se decuplicó. De hecho, como veremos, la inestabilidad de su constitución es otra de las marcas de la guerra del Apostadero.

A primera vista, el grupo fundador puede parecer reducido. Sin embargo, la cantidad de sus miembros se comprende si tenemos en cuenta que el plan de “ocupar para negociar” preveía dejar un destacamento de sólo 500 efectivos para administrarlas y mantener el control del territorio. Para tan pocos habitantes (alrededor de 1800 isleños), 20 personas operando el puerto parecían suficientes.

Durante los pocos días que este plan se mantuvo en marcha, el capitán Gaffoglio se alzó como la máxima autoridad de la Armada en las islas. Bajo su mando estaban todas las unidades navales que habían permanecido en Puerto Argentino. Además, como la jurisdicción que tenía que cubrir el Apostadero en un comienzo fue muy extensa, ya que comprendía los muelles en las islas, las embarcaciones propias y británicas, y las instalaciones ubicadas en la península Camber en frente a Puerto Argentino, rápidamente se incorporaron nuevos grupos conformados por pocos efectivos, que mantuvieron cierta autonomía y desempeñaron misiones específicas.⁴¹ Estos fueron: un grupo encargado de las lanchas de desembarco, una sección de infantes de marina que cubría la seguridad del Apostadero y la gobernación, una sección de buzos tácticos que patrullaba la zona y el personal de sanidad que constituyó el Puesto de Socorro.

Sin embargo, la respuesta inglesa desbarató los planes argentinos, y motivó un envío masivo de tropas a Malvinas y también un reacomodamiento total de los escalafones que afectó al Apostadero. Así, desde el 8 de abril, arribaron otros militares a las islas de mayor rango que Gaffoglio, con lo que éste dejó de ser la mayor autoridad de la Armada, y pasó a depender de la Subárea Naval a cargo de Antonio Mozzarelli.⁴² Este cambio significó una reducción de las responsabilidades del Apostadero ya que unidades que funcionaban en el

⁴¹ Para un mapa de Puerto Argentino y la península Camber, ver: Anexo II, p. 381.

⁴² La estructura jerárquica quedó totalmente organizada el 27 de abril, día en que asumió el contralmirante Edgardo Otero como máxima autoridad de la Agrupación Naval Malvinas. Estaba constituida por Otero como máximo representante de la Armada y Jefe de la Agrupación Naval Malvinas, y de él dependían cada uno de los grupos de Marina: el Naval, el de Infantería de Marina y el de Aviación Naval. La máxima autoridad del grupo Naval era Antonio Mozzarelli, jefe de la Subárea Naval, de la cual dependía el Apostadero. Para el organigrama, ver: Anexo IV, p. 383.

puerto y hasta el momento estaban bajo su jurisdicción, paulatinamente pasaron a ser destinos independientes y de igual jerarquía que éste, como el destacamento seguridad del puerto, el grupo de la radio y los buques de Marina, de Prefectura e ingleses requisados en las islas.⁴³

De todas formas, la reducción de la jurisdicción no implicó una disminución de las actividades de sus integrantes, ya que como había que aprovechar el mayor tiempo posible para cruzar buques desde el continente a las islas con provisiones, armamento y todo tipo de aprestos logísticos antes de que las tropas inglesas realizaran un bloqueo aeronaval sobre Malvinas, la tarea en el puerto se multiplicó, con lo que desde mediados de mes comenzaron a llegar refuerzos a la unidad en contingentes de 10, 15, 30 personas, hasta llegar a un máximo de entre 200 y 250 efectivos. En sólo 20 días el personal del Apostadero se decuplicó. Como en el caso del grupo fundador, nuevamente se trató de personal de rangos y de especialidades básicas, técnicas y de servicio diversas, que provenía de diferentes destinos y que en la fuerza se había dedicado a múltiples actividades.

Entonces, en el Apostadero confluyeron alrededor de dos centenares de personas que no se conocían (salvo casos aislados) y que portaban trayectorias bien diversas. Sólo para darnos una idea de esta heterogeneidad según las variables social, económica y política, tengamos en cuenta que en el muelle de Puerto Argentino se encontraron: oficiales con mucha antigüedad en la fuerza, que provenían de sectores medios-altos de grandes urbes y que habían elegido la carrera militar para cumplir con la tradición familiar y/o por vocación; profesionales que ingresaron en la Armada por una cuestión laboral y económica, y otros también por herencia familiar; cabos con pocos años en la fuerza, que residían en espacios con vínculos tradicionales con las FF.AA. y otros que provenían de sectores humildes de pequeños pueblos del interior del país, que habían elegido la carrera militar como una forma

⁴³ Los casos de la radio y los buzos tácticos son confusos. En primer lugar, en el informe oficial de Gaffoglio, el grupo de la radio aparece bajo su mando, pero según el jefe de ésta, Guillermo Gregorio (2007), y otro integrante – Hugo Zarate – no dependían de él (conversación personal, 20/06/2012), y así lo confirma el organigrama de la Armada publicado en la revista *Desembarco*. Por estas evidencias, considero que la radio no estuvo bajo la jurisdicción del Apostadero, aunque ambos destinos hayan compartido personal. Luego, en el caso de los buzos tácticos, mientras en el organigrama publicado aparecen como una sección independiente, su jefe, Emilio Saffi, ha afirmado que era parte del Apostadero (Melara, 2010), y así lo confirma Gaffoglio en su informe oficial. En definitiva, por la nuevas fuentes que tuve a disposición, creo que esa sección de buzos tácticos estuvo bajo la jurisdicción del Apostadero durante toda la guerra, a diferencia de lo que indiqué en la tesina (Rodríguez, 2008). Ver: Informe del Jefe del Apostadero, Adolfo Gaffoglio, presentado a la Armada en agosto de 1982 (Archivo personal); revista *Desembarco* (1995, Separata 14).

de progresar en sus vidas; conscriptos de 19 y 20 años, que en su mayoría provenían de sectores medios de la Capital Federal o cercanos al Gran Buenos Aires y que habían logrado destinos “acomodados” en la “colimba”.⁴⁴ Además, fueron parte del Apostadero desde oficiales que siendo jóvenes cadetes habían sido testigos de la autodenominada “Revolución Libertadora”, por lo menos un suboficial que participó en la represión ilegal como parte de un grupo de tareas de la ESMA, hasta conscriptos que en los ‘70 habían militado en algunas de las vertientes de la “nueva izquierda” (Torti, 1999).⁴⁵

Esta heterogeneidad de las trayectorias personales da cuenta de que el Apostadero era un verdadero “rejunte” sin identidad, como afirmaba Julio Casas Parera en el epígrafe; una unidad conformada específicamente para el conflicto por el personal que estaba disponible y “a mano” en el continente.

Ahora bien, esos 200-250 efectivos que integraban la unidad en abril prácticamente no convivieron bajo el mismo techo, por la diversidad de sus actividades, pero además porque muchos de ellos fueron parte de la unidad sólo por pocos días, ya que fueron

⁴⁴ La cantidad de los integrantes del Apostadero es difícil de determinar debido a que los listados existentes son muy dispares e inexactos. De los 200-250 efectivos, aproximadamente el 70 % eran militares y el 30 % conscriptos, una proporción que puede parecer inusual si pensamos en las unidades de tierra y en la proporción general de tropas en las islas, pero que es normal en las unidades de Marinería, como los buques, donde se requieren conocimientos técnicos. En su gran mayoría, el personal de cuadro era de especialidades básicas, técnicas y de servicio, y provenían de diversos destinos ubicados en la provincia de Buenos Aires. Los conscriptos, si bien estaban en diversos destinos navales, en su mayoría provenían de unidades asentadas cerca de la Capital Federal, donde vivían con sus familias. Si bien hay excepciones, en términos generales, se trataba de jóvenes de la clase 1962 con los estudios secundarios completos o en curso e incluso algunos de ellos estaban estudiando en la universidad. Sólo uno de los conscriptos era clase 1963. Muchos de ellos en la “colimba” habían logrado pases a los destinos cercanos a su lugar de origen o tareas que no requerían demasiado esfuerzo o que les gustaban, gracias al contacto de familiares o amigos dentro de la fuerza. Ello también explica la sorpresa que muchos de ellos afirman haber sentido cuando los convocaron. Además, la gran mayoría fue a las islas porque fue convocado, pero hay 6 casos de conscriptos que pertenecen al grupo principal que voluntariamente se ofrecieron para combatir, 4 de ellos miembros de familias navales (existen también algunos voluntarios aislados en los subgrupos).

⁴⁵ A partir de las entrevistas, identifiqué dos casos de jóvenes militantes de base de la izquierda en los ‘70: se trata de Claudio Guida que formaba parte de la Federación Juvenil Comunista de Vicente López y Alejandro Egudisman que militaba en el Partido Socialista Popular liderado por Guillermo Boero. Por otro lado, hasta el momento, sólo hay comprobado un caso de participación en el terrorismo de Estado entre los integrantes de la unidad. Se trata del suboficial enfermero Juan Barrionuevo, que durante la guerra de Malvinas formó parte del Puesto de Socorro del Apostadero. Barrionuevo integró un grupo de tareas de la ESMA, en el que fue apodado “Jeringa” porque se encargaba de inyectar a los detenidos-desaparecidos para adormecerlos antes de los “vuelos de la muerte”, además de otras tareas como asistir a los médicos en las sesiones de tortura. En 2003 fue reconocido por una víctima – Víctor Basterra – en Ushuaia, tiempo después de haber sido elegido diputado provincial por el Partido Justicialista (cargo que no asumió por las denuncias de distintos organismos de DD.HH.). En 2004 estuvo detenido, no obstante tiempo después fue excarcelado y, finalmente, murió impune en 2008 (*Página 12*, 29/02/2008).

trasladados a otros destinos debido a múltiples factores. En principio, la falta de actividad determinó esos trasposos e impactó en la inestabilidad de la unidad. Lo cierto es que durante abril los miembros del Apostadero cumplieron jornadas agotadoras de trabajo porque el arribo de los buques fue intenso. Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba y la amenaza británica se volvía más palpable, los buques comenzaron a disminuir su frecuencia, hasta que a partir del hundimiento del Crucero General Belgrano, prácticamente dejaron de llegar. La disminución del trabajo en el puerto impactó en la cotidianeidad de los integrantes del Apostadero, ya que como tenían tiempo libre comenzaron a ser destinados a cualquier actividad o misión en la que pudieran contribuir, e incluso, muchos integrantes fueron trasladados a otros destinos, con lo que nuevamente la cantidad de miembros de la unidad disminuyó.

A decir verdad, el traspaso de miembros de esta unidad a otros espacios había comenzado mucho antes, con la creación de nuevos destinos en función de las necesidades de la guerra que demandaban personal con especialidades específicas o con determinados conocimientos técnicos. Así, a lo largo del conflicto, se fue trasladando parte del personal del Apostadero a otros destinos – con lo que dejaron de estar bajo su jurisdicción – como la radio, los guardacostas de Prefectura o los buques auxiliares Forrest, Monsunen, Penélope y Yehuín.⁴⁶

En definitiva, como es evidente, la particularidad de la constitución del Apostadero – la unidad y el grupo social – no residió únicamente en que fue creado exclusivamente para la guerra y que estuvo integrado por un “*collage*”⁴⁷ de personas de diversos rangos, destinos y especialidades que no se conocían entre sí y que portaban trayectorias diversas. También, la inestabilidad de su organización marcó la experiencia de los integrantes de la unidad, ya que el incremento permanente del personal, su redistribución en otros destinos y la constante

⁴⁶ Con estos traslados, alrededor de 150 personas quedaron efectivamente bajo la jurisdicción del Apostadero.

⁴⁷ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos, 20/04/2010. Eduardo nació en Buenos Aires en 1962. En 1982, estaba cumpliendo el servicio militar obligatorio en el Apostadero Naval Buenos Aires. En la guerra, fue destinado a la radio que se constituyó en Puerto Argentino, y permaneció en las islas desde el 12 de abril al 20 de junio. Ni bien regresó del conflicto ingresó a la compañía estatal SEGBA (hoy EDENOR), lugar donde trabaja hasta el presente. En los ‘80, participó activamente en la Agrupación de Reivindicación del Ex-combatiente Soldado Argentino (ARESA) de la zona norte del Gran Buenos Aires. A lo largo de la posguerra, ha asistido asiduamente a las reuniones del Apostadero.

reestructuración de la unidad, incidió – como veremos – en las relaciones interpersonales que éstos constituyeron y en los espacios en que se alojaron.

Actividades: los “comodines” de la guerra

El tipo de actividades que realizaron y sus características es otra de las particularidades que marcaron la guerra del Apostadero. A diferencia de la mayoría de los combatientes que estaban en el frente de batalla cumpliendo únicamente tareas de defensa en posiciones fijas, los integrantes de la unidad se dedicaron a actividades logísticas, caracterizadas por su heterogeneidad, multiplicidad y movilidad. Como explica el ex-conscripto Julio Casas Parera:

Aparte estaba la cuestión que éramos personal medio raro, que estaba para lo que hiciera falta. Hicimos muchas cosas, estuvimos en muchos lugares, no estuvimos plantados en un lugar, no, estuvimos en el Bahía Buen Suceso, estuvimos en el puerto, algunos iban al Faro, a hacer guardia al Faro – a mí eso no me tocó nunca –, otros estaban en la CIC [Central de Informaciones de Combate], otros en el Penélope, otros en el Monsunen, o sea, estaban todos en los barquitos de los ingleses, después en las posiciones con infantería de marina. O sea, realmente abarcamos muchas cosas, y no como un regimiento que se fue al Monte Dos Hermanas y se quedó ahí, o al Longdon, o donde sea, como el BIM 5 por ejemplo.⁴⁸

Lo cierto es que ellos fueron los “comodines” de la guerra según el ex-conscripto Juan Arias⁴⁹, los “tapa-agujeros” de Malvinas, en términos del entonces cabo Sergio Fernández.⁵⁰ Ello, en parte, se debió a que desde un comienzo sus responsabilidades y capacidades no estuvieron claramente delimitadas, y menos aún cuando la respuesta inglesa obligó a un cambio de planes.

⁴⁸ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007.

⁴⁹ Entrevista a Juan Arias junto a Claudio Guida y Osvaldo Venturini, realizada para el programa “Malvinas... Es hora de volver a Casa” emitido por la radio *Okey*, 10/04/2010.

⁵⁰ Entrevista a Sergio Fernández, Punta Alta, 21/12/2007. Sergio nació en Punta Alta (Buenos Aires) en 1964. En 1982, era cabo segundo (especialidad: construcciones navales) y trabajaba en la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, se desempeñó principalmente como destacamento seguridad del buque Río Carcarañá. Permaneció en las islas desde el 2 de abril al 20 de junio. En 1991, lo dieron de baja de la fuerza y, luego de años de reclamo, en 2001/2002 logró que le otorgaran el retiro. En el año 2007, no se dedicaba a ninguna actividad laboral. Hasta el 2007 no había asistido a ninguna reunión del Apostadero, porque desconocía su existencia. En los ‘90, participó en algunas agrupaciones de veteranos de guerra de Punta Alta.

La tarea inicial del Apostadero Naval Malvinas consistía en organizar las instalaciones portuarias de Malvinas para “prestar apoyo y sostén”⁵¹ a los buques que navegaban en las islas. Siguiendo el plan original de “ocupar para negociar”, se trataba de una unidad logística⁵² creada para que cumpliera sus funciones en condiciones de paz o, por lo menos, no en un conflicto abiertamente declarado. Sin embargo, a poco de andar, fue evidente que la unidad debería encargarse también de otras tareas que excedían el apoyo logístico y que eran más propias de una base militar que de un apostadero: brindar seguridad y defensa a la localidad. Este cambio de funciones tempranamente motivó una reorganización total de la unidad e incidió en la cotidianeidad de sus integrantes.

Durante el mes de abril, los miembros del Apostadero se dedicaron a la faraónica tarea de operar el puerto y mantenerlo en funcionamiento para sostener lo más posible el puente naval con el continente. Ello implicó diversas actividades como la expropiación de las instalaciones de la Falkland Islands Company (la principal empresa de comercio marítimo de las islas) y la toma de posesión de las mismas, la coordinación de los buques en el ingreso y salida al muelle, la organización de la carga de las naves en los depósitos en el puerto, y, en un comienzo, la coordinación de la distribución y el racionamiento logístico a todas las unidades navales diseminadas en las islas.

Sin embargo, si bien la diversidad de tareas a las que se dedicaron fue una particularidad del grupo a lo largo de la guerra, lo cierto es que a partir de la segunda semana de abril, cuando los buques comenzaron a llegar día y noche desde el continente, la estiba de la mercadería que transportaban se convirtió prácticamente en la única actividad –o por lo menos la principal – de la mayor parte de sus integrantes. Como la tarea era urgente, el ritmo de descarga de mercadería durante estos días fue frenético y agotador, como señala el cabo Ramón Romero en un aerograma que le envió a su madre: “Yo ando regio, pero tengo mucho, mucho trabajo, el tiempo me es escaso, estoy trabajando de estibador en el

⁵¹ Informe del Jefe del Apostadero Naval Malvinas, Cap. Adolfo Gaffoglio, presentado al Jefe del Estado Mayor General de la Armada el 05/08/1982 (Archivo personal).

⁵² Según la doctrina del Ejército de 1995: “Logística es el campo de interés de la conducción que comprende el planeamiento y ejecución de todas las acciones necesarias para apoyar con bienes y servicio a la Fuerza y garantizar su capacidad operacional, en forma permanente (...). El apoyo logístico es el conjunto de actividades desarrolladas principalmente por los elementos logísticos para sostener una fuerza con recursos y servicios, en el momento y lugar requeridos” (Forti, 2007: 25-26).

puerto, descargo los buques que entran con biberes (sic) y estamos trabajando todo el día”.⁵³ Y, por si fuera poco, a partir de mediados de abril los miembros de la unidad también comenzaron a encargarse de otra tarea que cumplieron de allí en más hasta el final del conflicto: las guardias nocturnas alrededor de los muelles, el primer encuentro frontal con la muerte, allí donde el enemigo parecía estar detrás de cada esquina.

Asimismo, durante ese mes, algunos integrantes aislados de la unidad desempeñaron otras tareas que hacían al funcionamiento de un cuartel y que eran percibidas como privilegiadas por sus compañeros, por el poco esfuerzo que implicaban y por las comodidades o el acceso a recursos poco comunes que significaban. Me refiero a aquellos soldados que se dedicaron a cocinar, trabajar en la panadería o en la lavandería del buque donde se alojaban, distribuir la comida, oficiar de traductores, o a ejercer de mozos, carteros, choferes y peluqueros. Asimismo, otros miembros cumplieron misiones alejadas de la zona portuaria y que nada tenían que ver con la estiba: trabajaron en la planta de combustible, hicieron guardias en el Faro San Felipe, o participaron en el minado de las zonas adyacentes a Puerto Argentino. E incluso, algunos integrantes fueron trasladados a otros destinos en los que eran más necesarios, donde se encargaron de diversas funciones como la organización de la radio y de la central telefónica o el ploteo de las posiciones de unidades propias y enemigas en el Centro de Informaciones de Combate.

A partir del 1º de mayo, la reducción de las actividades portuarias provocó una mayor disponibilidad de tiempo libre para los integrantes de la unidad, a la vez que una diversificación aún mayor de sus funciones; al fin y al cabo, estaban libres y “a mano”. Las guerras de estos actores comenzaron a ser mucho más movibles, ya que al no tener mercadería que descargar eran trasladados allí donde hicieran falta. Como afirma Ricardo Pérez al referirse a su experiencia, aunque bien puede generalizarse a todo el Apostadero, se trató de una guerra “itinerante”⁵⁴. Así, comenzaron a transitar diferentes itinerarios, recorriendo palmo a palmo el archipiélago en pequeños buques auxiliares, camiones y hasta tractores, ya fuera para transportar todo tipo de mercadería, municiones o personal, o para limpiar diversos lugares, rescatar heridos, controlar a la tripulación del buque Río Carcarañá y colaborar con el lanzamiento de los misiles Exocet desde tierra.

⁵³ Aerograma de Ramón Romero, 19/04/1982 (Archivo personal).

⁵⁴ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/ 2007.

Incluso, a fines de mayo, cuando las tropas británicas ya habían comenzado a avanzar, una treintena de efectivos fue trasladada al frente de batalla en la península Camber. La península era el “infierno”⁵⁵ desde la perspectiva de los soldados, que además no estaban preparados para el combate. Como explica el oficial a cargo del grupo, Hugo Peratta: “no eran combatientes, eran personal técnico, ya te digo, había peluqueros, habían traductores de inglés, que eran colimbas, había cocineros, o sea toda la gente que hacía falta, digamos, pero no para combatir con un fusil, como yo.”⁵⁶ Lejos de la movilidad e intensidad que había caracterizado su cotidianidad los días anteriores, en el frente de batalla ellos se limitaron a una espera interminable y desesperante del enemigo. Esa misma guerra estática que hacía más de un mes venían soportando los soldados en las trincheras.

Espacios múltiples

Las experiencias de los miembros del Apostadero estuvieron marcadas por tres particularidades en cuanto al espacio, que la diferencian de aquellos que permanecieron en posiciones: el establecimiento en el pueblo, la multiplicidad de lugares en los que se alojaron y el hecho de dormir bajo techo durante toda la guerra.

Recordemos que la unidad funcionaba en el muelle principal de Puerto Argentino, y por ende la mayoría de sus integrantes transcurrieron gran parte de la guerra en la localidad, lejos del frente de batalla. Si bien sus guerras fueron itinerantes, el punto de referencia espacial al que regresaban era algún galpón en el pueblo, por lo menos durante la noche cuando no podían circular libremente. Esta situación, por supuesto, cambió para aquellos que fueron enviados a la península Camber o que por misiones específicas se establecieron temporalmente en “pozos de zorros” u otros espacios.

Además, a lo largo del conflicto, los miembros del Apostadero residieron en diferentes lugares dependiendo de la cantidad de personal que había en la unidad, los

⁵⁵ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007.

⁵⁶ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007. Hugo nació en Capital Federal en 1939. En 1982, vivía en Bahía Blanca, era oficial (teniente de fragata con la especialidad de técnico electricista) y su destino era el Crucero General Belgrano. En la guerra, su principal actividad fue organizar el puerto y combatir en la península Camber. Permaneció en las islas desde el 2 de abril hasta el 20 de junio. En 1985 se retiró de la fuerza. En 2007, trabajaba en una empresa de seguros en Bahía Blanca. Desde mediados de los 2000, ha participado en algunas reuniones del Apostadero.

espacios que estaban disponibles y el contexto bélico en que se encontraban. De todas formas, más allá de la diversidad de los espacios en amplitud, ubicación y comodidad, todos ellos compartieron la característica de ser recintos cerrados o, por lo menos, semicubiertos.

En un principio, el grupo fundador se alojó en un rudimentario y pequeño galpón sobre el muelle. Sin embargo, a medida que fueron llegando nuevos efectivos, ese espacio resultó inadecuado e insuficiente, con lo cual el personal se trasladó al buque Bahía Buen Suceso, que operó a modo de cuartel durante gran parte de abril. Este espacio significó una notoria mejoría de las condiciones en que se encontraban. Como explica el entonces cabo Eduardo Rivero: allí “estaban como reyes. Teníamos sábanas, y todo, y comíamos de alta escuela” (Herrscher, 2007: 50). De todas formas, a fines de abril el buque tuvo que partir ante la posibilidad de un ataque aéreo a la localidad, por lo que los integrantes del Apostadero se dispersaron en diversos espacios en el pueblo, donde se alojaron temporalmente hasta mediados de mayo, cuando se reunieron nuevamente en un galpón de amplias proporciones cercano al muelle. Desde ese momento hasta el término de la guerra, ellos permanecieron en ese recinto donde funcionaba una carpintería. Ese fue el único lugar que contó con una identificación visible que refería a la unidad – un cartel que rezaba “Apostadero Naval Malvinas” –, y es por ello que, para muchos de sus integrantes, la carpintería es el espacio que identifica simbólicamente a la unidad.

Abastecimiento y acceso a los recursos: un privilegio de pocos

La guerra del Apostadero – y de todos aquellos que se encontraban en la localidad – fue relativamente privilegiada en comparación a la experiencia bélica de quienes estaban en las trincheras, aislados de las comunicaciones, sin suficientes recursos y ateridos de frío, en el clima helado y húmedo de las islas. Debido a las actividades a las que se dedicaban y al espacio donde trabajaban – en el pueblo, cerca de las proveedurías, comercios, depósitos, panaderías, casas de isleños –, los integrantes de la unidad en general nunca enfrentaron dificultades logísticas, e incluso tuvieron la posibilidad de acceder a algunas comodidades y facilidades que fueron poco comunes en la guerra. En lo material, por ejemplo, pudieron dormir bajo techo y resguardarse del frío durante todo el conflicto, bañarse por lo menos una vez, y disponer de suficiente comida, fría y también caliente. El aerograma del cabo Abel

Mejías es más que elocuente al respecto: “Con respecto al lugar en donde estamos, no hace mucho frío, el morfi (sic) es decir la comida te contare lo que hay, para empesar (sic) carne no falta, verdura, fiambre, masita, dulce-mermelada en abundancia, estamos mejor que en otra parte.”⁵⁷ En el orden simbólico, tuvieron la posibilidad de comunicarse frecuentemente con sus seres queridos mediante diversos medios – por teléfono, radiogramas, cartas – y de tener acceso a múltiples canales de información para enterarse sobre el devenir del conflicto, desde las comunicaciones con sus allegados y los rumores hasta las noticias en la radio, revistas y televisión.

Ahora bien, dentro de esta situación general de privilegio hay que tener en cuenta dos cuestiones que contribuyen a matizar el panorama. Por un lado, que esas facilidades dependieron de otras variables dentro del grupo. Las jerarquías militares, la antigüedad entre los conscriptos, y la condición de profesionales fueron factores que incidieron a la hora de poder acceder a mayores o menores recursos. Por ejemplo, los únicos que podían comunicarse por teléfono a sus casas eran los militares, sobre todo la oficialidad superior. Además, el espacio donde se encontraban también es una variable a tener en cuenta. Lógicamente el grupo que fue destinado al frente de batalla los últimos días de la guerra, dejó de disponer de estos beneficios y se acercó a las condiciones que hacía un tiempo venían enfrentando las tropas que estaban en primera línea.

Por otro lado, esa situación privilegiada fue modificándose durante el desarrollo del conflicto, a medida que fue haciéndose más eficaz e impenetrable el bloqueo inglés. Ello incidió profundamente en el apoyo logístico a las islas, lo que condujo a los integrantes del Apostadero a recurrir a todo tipo de estrategias para proveerse de más recursos, como el intercambio de mercadería con otras unidades, la compra en los comercios isleños – que estaba prohibida para no desabastecer a la población –, la caza de algunos animales, y hasta el robo de mercadería. No obstante, si bien la utilización de estos mecanismos fue una constante a lo largo de la guerra, la peculiaridad del Apostadero es que ello se debió principalmente a la intención de obtener algún beneficio extra o de acercar su situación a las

⁵⁷ Aerograma de Abel Mejías, 30/04/1982 (Archivo personal). Abel nació en Las Toscas (Santa Fe) en 1963. En 1982, era cabo segundo (especialidad: control averías) y su destino era la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, participó en el desembarco el 2 de abril y luego regresó a las islas el 29 de ese mes y permaneció hasta el 20 de junio, operando las lanchas de desembarco. En la posguerra, se recibió de analista de sistemas. Actualmente, aún está en actividad en la Armada, y además tiene un taller mecánico en su hogar. No ha participado en las reuniones del Apostadero porque desconocía su existencia.

condiciones de paz, pero no al desabastecimiento crónico que sí afectó a la mayoría de las tropas de Ejército diseminadas en las islas.

Relaciones interpersonales: entre la horizontalidad y los conflictos

Las características de las relaciones interpersonales que se configuraron entre los actores fueron otros elementos que marcaron las experiencias de los miembros de la unidad, y se presentan como una particularidad de la misma. Así, la convivencia del colectivo estuvo marcada por cierto cuidado de los superiores hacia sus subordinados y/o por una relativa horizontalización de las relaciones, caracterizada por la igualación de las condiciones materiales y simbólicas entre todos los miembros del grupo – sin importar el rango – y por cierta informalidad en el trato.

No obstante, si bien esa fue una característica del grupo Apostadero a lo largo del conflicto, lo cierto es que la mayor o menor presencia de esa condición dependió de diversos factores tales como la cantidad de integrantes que había en la unidad, los espacios de alojamiento y también el contexto de la guerra en que se encontraban.

Los primeros días de abril, en los que convivieron únicamente los 20 integrantes del grupo pionero de la unidad, fueron aquellos en los que esa horizontalidad estuvo más presente: momentos en que vivieron bajo el mismo techo del precario galpón del puerto, comieron la ración de combate por igual y trabajaron codo a codo en las mismas tareas. Es por ello que el ex-cabo Ramón Romero, integrante del grupo fundador, lo caracteriza como un grupo “homogéneo”⁵⁸, aún en la heterogeneidad de rangos, destinos y especializaciones. Ahora bien, la relativa horizontalidad de las relaciones se mantuvo siempre y cuando cada uno de los efectivos se encargara de la tarea que le correspondía según su rol y rango. Por ende, esa cierta igualación no implicó la disolución de las jerarquías o un cuestionamiento de las autoridades, sino la construcción de vínculos en los que las formalidades en el trato cotidiano se habían desdibujado.

Esta particular convivencia se pudo deber a lo reducido del grupo, a las características de su tarea y al contexto bélico en que se hallaban. Por un lado, la urgencia de

⁵⁸ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

la tarea a realizar, ya que la puesta en funcionamiento del puerto debía ser inmediata y la estiba de mercadería había que hacerla lo antes posible; la escasez de personal y cierta improvisación en la organización, condujeron a una situación de hecho en la que “cuanto más manos trabajaran, mejor”, sin importar el rango. Por otro lado, a lo largo de abril, debido al plan de “ocupar para negociar”, se había extendido la convicción en las tropas acantonadas en las islas que no se iba a llegar a un enfrentamiento. Por tanto, la cotidianeidad relajada de estos días, en la seguridad que regresarían sin luchar, sumado al frenético ritmo de trabajo que no daba demasiado tiempo para pensar, pueden explicar también esta igualación de las condiciones vitales.

No obstante, esa situación que puede parecer utópica, o por lo menos inusual, es necesario matizarla desde el mismo 2 de abril, día en que para la primera guardia nocturna fue designado el cabo más joven de la unidad. El privilegio que da la antigüedad en una institución jerárquica como son las FF.AA. estuvo siempre presente, aunque más o menos veladamente.

A partir de mediados de abril, con la llegada masiva de las tropas a la unidad, las brechas jerárquicas comenzaron a profundizarse y aparecieron los conflictos, en parte porque el personal de cuadro se encontró con una mayor cantidad de conscriptos. Si en el grupo originario – que estaba conformado, recordemos, por militares y sólo un “colimba” – no era necesario imponer rígidamente la disciplina porque “las cosas estaban como engranadas” – en términos del entonces cabo Daniel Peralta⁵⁹ –, es decir cada uno sabía cuál era su rol y su lugar, ahora el arribo de numerosas tropas (y sobre todo de conscriptos) que no conocían hacía necesario establecer una distancia entre las jerarquías y endurecer la disciplina.

Por ende, la inestabilidad de la constitución de la unidad fue una característica que conspiró contra la horizontalidad, ya que a partir del arribo de los nuevos integrantes, la convivencia del grupo estuvo atravesada por tensiones y fricciones, que se multiplicaron luego de los primeros ataques, cuando el nerviosismo, incertidumbre y miedo se apoderó de

⁵⁹ Entrevista a Daniel Peralta, Punta Alta, 11/11/2007. Daniel nació en Rosario de la Frontera (Salta) en 1959. En 1982, era cabo primero (especialidad: construcciones navales) y trabajaba en la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, sus actividades fueron estibar la carga de los buques, construir refugios y tripular el buque Penélope. Permaneció en las islas desde el 2 de abril al 18 de junio. En 2010, vivía en Punta Alta, aún estaba en actividad en la fuerza y además se dedicaba a trabajos de albañilería y plomería. Hasta ese año, no había participado en las reuniones del Apostadero porque desconocía su existencia.

la situación. En la base de estos conflictos estaba el temor y desconocimiento mutuo entre el personal, las diferentes personalidades y percepciones del conflicto, las diversas prioridades en la utilización de los materiales, la tensión a la que estaban sometidos, la poca conciencia de guerra y el abuso de jerarquías. Muchos de ellos estuvieron motivados por diversas situaciones que fueron desde la intención de hacer respetar la autoridad y disciplina (fundamental en una guerra), de proteger la vida propia y de los otros y de lograr un mejor funcionamiento de la unidad, hasta diferenciar jerarquías por el sólo hecho del prestigio y hacer cumplir nimiedades sin sentido en una guerra. En el Apostadero, los conflictos más frecuentes fueron aquellos que se produjeron entre personal de distintas jerarquías y entre profesionales y militares de carrera, que – como veremos en el Capítulo 3 – se manifestaron sin tapujos después del 14 de junio, con el cuestionamiento a los escalafones castrenses y la autoridad militar que se produjo luego de la rendición.

Además, los espacios donde se alojaron a partir de mediados de abril también colaboraron con el distanciamiento entre el personal de diferentes rangos. El buque Bahía Buen Suceso con su distribución en bodegas y camarotes, o la carpintería con las mamparas de división que delimitaban distintos recintos, no contribuyeron a mantener una relación estrecha o una comunicación fluida entre ellos.

De todas formas, aún cuando la horizontalización se fue tornando cada vez más relativa a medida que se fue incorporando más personal a la unidad, que cambiaron los espacios de alojamiento y que las condiciones se modificaron al vivir bajo bombardeo constante, no por ello ésta dejó de existir. De hecho, esta relativa igualación de jerarquías, cordialidad en el trato y/o cierto cuidado de los superiores hacia la tropa fue un rasgo que caracterizó la experiencia bélica del grupo, en comparación a las tropas de Ejército, en las que las diferencias jerárquicas estaban profundamente marcadas.

Los “nosotros” en el Apostadero

Esas marcas colectivas en las experiencias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas que caracterizan a una guerra logística lejos de las trincheras, vinculadas a la organización del tiempo y espacio, la distribución de recursos, las prácticas que realizaron y las relaciones sociales que configuraron, contribuyeron a la constitución de un “nosotros”

con características propias, que al tiempo que los agrupaba, los diferenciaba de otras unidades, principalmente de aquellas que estuvieron en el frente de batalla.

Ahora bien, esta identidad social que surge a partir de la guerra no es monolítica ni homogénea, sino que fue configurándose a lo largo del conflicto en un proceso no exento de complejidades y tensiones, donde el “nosotros” y los “otros” se redefinieron constantemente, al punto que se puede hablar de varios “nosotros” dentro de la unidad. Esas complejidades identitarias al interior del “nosotros” Apostadero responden a tres factores.

En primer lugar, existieron fricciones y tensiones entre los integrantes del grupo, vinculadas a su condición de civil o militar, los rangos militares, la condición de profesional o de militar de carrera, y también la participación – o no – en el desembarco. Los conflictos más frecuentes tuvieron como consecuencia identificaciones – transitorias o permanentes – entre los actores de la misma condición, que se configuraron por oposición o distanciamiento a individuos que no compartían esa característica. Así, por ejemplo, en distanciamiento/oposición a los militares de carrera, los profesionales comenzaron a agruparse y a constituir ciertos vínculos más estrechos, sobre todo entre aquellos que se conocían previamente, compartían la misma profesión, y, por tanto, los mismos códigos, prioridades, formas de trabajo y organización.

Asimismo, aquellos efectivos que tenían la misma jerarquía militar y antigüedad, se agruparon y compartieron distintas expresiones de solidaridad. Dicha camaradería es quizás más evidente entre los conscriptos, que compartían códigos etarios y elementos simbólicos y materiales por ser civiles bajo bandera, que los distanciaban de los militares, y entre quienes los lazos de solidaridad y ayuda fueron muy estrechos. Como reflexionaba lúcidamente el ex-conscripto y psicólogo Oscar Luna en una charla que dio en una escuela secundaria:

Soy parte de esa generación, de la generación en la cual nos atravesaba las mismas ilusiones, los mismos temores, los mismos fantasmas, la misma épica, la misma dimensión de espejismo que pueden tener cualquiera de ustedes en una edad que la vida y la muerte significan cosas bastantes diferentes para lo que es después en la vida de uno. Y también creo que el temor de la muerte y la muerte tan inminente nos posicionó en un lugar distinto en relación a otros adultos, a otros oficiales, suboficiales. Los oficiales y suboficiales que tenían hijos, tenían una vida, empezaron a pensar que tenían más cosas que perder que nosotros. Y bueno, nada, y nosotros hicimos lo que pudimos, no fue

una elección, digo, yo estaba haciendo la colimba [...]. Lo nuestro fue ir y atravesar esa experiencia desde el valor y desde la relación con mis compañeros.⁶⁰

De todas formas, si bien hubieron diferencias y conflictos producto de la jerarquía, como vimos, el Apostadero se caracterizó por una relativa horizontalidad de las relaciones entre el personal de cuadro y los conscriptos (por lo menos, en determinados espacios y momentos bélicos), por cierto cuidado de los subordinados – o de algunos soldados – por sus superiores y/o, por lo menos, allí parece no haber existido un abuso y maltrato cotidiano y generalizado que sí fue común en otras unidades y fuerzas.

Otros de los actores que tuvieron una cierta identificación y afinidad fueron los miembros del grupo pionero del Apostadero, aquellos que participaron en el desembarco y compartieron la primera semana de abril en las islas llena de incertidumbre y confusión. Si bien estos actores reivindicaban su participación en la Operación Rosario, el hecho de haber organizado primariamente el puerto y de ser uno de los pocos grupos que estuvieron los 74 días de la guerra en Malvinas, distanciándose – y en algunos casos llegando a oponerse – de/a aquellos que llegaron a mediados de abril como refuerzo, no por ello funcionaron de manera explícita como un subgrupo dentro del colectivo social general.

En segundo lugar, el grupo Apostadero estuvo atravesado por diversos “nosotros” internos. El compartir determinadas experiencias contribuyó a que se tejieran vínculos más estrechos entre algunos integrantes de la unidad, lo que dio pie al surgimiento de algunos pequeños subgrupos con características propias.

Esos subgrupos fueron el resultado de compartir lugares de alojamiento específicos (que funcionaron como espacios de socialización distintos al del grupo mayor de la unidad) y de desplegar actividades concretas (lo que les dio cierta autonomía en la organización de su rutina de trabajo y tiempos). Además, determinadas características de los integrantes del colectivo, como su número reducido, que fueran militares de baja graduación o de similares rangos, del mismo destino y/o la escasa diferencia etaria entre los miembros, y el compartir esos espacios, actividades y tiempos propios, las mismas dificultades o facilidades, condujo

⁶⁰ Testimonio de Oscar Luna en la Escuela Normal N°5 de Barracas, CABA, 27/06/2012. Oscar nació en Vicente López (Buenos Aires) en 1962. En 1982 era conscripto. En la guerra su tarea fue estibar la carga de los buques y combatir en la península Camber. En la posguerra se recibió de licenciado en Psicología. En 2012, se dedicaba a su profesión trabajando en la Secretaría Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia y en el Ministerio de Educación. En la posguerra, ha asistido frecuentemente a las reuniones del Apostadero.

a la construcción de lazos afectivos entre esos integrantes y a una cierta camaradería, lo que provocó una horizontalización de las relaciones en el grupo, es decir una cierta igualación en el trato de los miembros sin distinción de jerarquías – cuestión que debía ser respetada por quien quisiera ingresar al grupo o, de lo contrario, sería excluido.

Al interior del Apostadero es posible identificar cuatro subgrupos que se constituyeron en distintos momentos de la guerra: el grupo encargado de las lanchas de desembarco que se formó a partir del 2 de abril, el de buzos tácticos constituido el 8 de abril, el del personal de sanidad conformado desde mediados de ese mes, y el constituido por aquellos actores que estuvieron en el frente de batalla en Camber desde el 30 de mayo.

Con respecto al grupo del personal de sanidad, el mismo estuvo conformado por 7 integrantes que vivieron durante la mayor parte de la guerra bajo el mismo techo del Puesto de Socorro en la localidad. El hecho de vivir en un espacio diferenciado y de dedicarse a una actividad específica con una organización interna, a la vez que les dio cierta autonomía, los distanció del resto de los integrantes del Apostadero. El convivir y compartir día y noche juntos, sumado a la cercanía etaria de los oficiales de sanidad con el resto de los conscriptos, que prácticamente eran de la misma generación, condujo a cierta igualación en el trato y a una fuerte camaradería, que los identificó como una “gran familia” dentro del “nosotros” mayor de la unidad.

Asimismo, el grupo encargado de las lanchas de desembarco estuvo integrado por alrededor de 26 efectivos que vivieron durante parte de la guerra en un espacio distinto del que se alojaba el grupo principal – un galpón del puerto – y compartieron una rutina de trabajo propia por la actividad específica a la que se dedicaban (el mantenimiento y funcionamiento de esas unidades). Además, como la gran mayoría de sus integrantes eran conscriptos y militares de baja graduación que provenían del mismo destino en el continente – y por lo tanto se conocían previamente –, la configuración de lazos afectivos entre sus miembros se produjo de forma natural desde los inicios del conflicto.

La sección de buzos tácticos, por su parte, estuvo conformada por 11 efectivos, todos ellos militares (1 oficial y 10 suboficiales), con lo cual el compartir esa condición puede explicar el surgimiento de este subgrupo en el que imperó el trato cordial y relajado. Además, ellos siempre gozaron de cierta autonomía y un funcionamiento independiente del grupo mayor del Apostadero debido a que residieron en un espacio separado (un buque viejo

sobre el muelle), pero principalmente debido a su formación como fuerzas de elite y a su actividad particular, el patrullaje de la bahía de Puerto Argentino y de la península Camber. Todos estos elementos contribuyen a explicar la construcción de cierta identificación entre los integrantes de esta pequeña sección, que se perfila claramente como un subgrupo autónomo, casi como una unidad independiente del Apostadero (Melara 2010: 102).

Por último, en cuanto a las 30 personas que fueron trasladadas a Camber, si bien compartieron un tiempo mucho menor que el resto de los subgrupos – sólo 15 días –, lo extraordinario de la experiencia vivida en las trincheras, alimentó la constitución de ciertos vínculos entre ellos y la conformación de códigos distintos y propios. Las características que identificaron e individualizaron a este grupo estuvieron vinculadas a la guerra en el frente de batalla. Por tanto, fue el espacio una de las variables fundamentales que marcó sus experiencias, así como las dificultades que enfrentaron – un frío insoportable, el continuo bombardeo, la tensión de la espera interminable –, la intensa proximidad de la muerte, y la participación en el combate. La experiencia de vivir en las trincheras en el frente de batalla tuvo como consecuencia la construcción de nuevos lazos entre los compañeros que habían compartido la posición y/o la experiencia de vivir en las posiciones, entre quienes se configuró una “comunicación” diferente – en términos del ex-conscripto Julio Casas Parera⁶¹ – de aquella que tenían con los compañeros del Apostadero que habían permanecido en la localidad.

En tercer lugar, las complejidades que se presentaron en el proceso de construcción identitaria del Apostadero, estuvieron vinculadas a las identificaciones de algunos integrantes de la unidad con otras fuerzas/unidades, identificaciones que en ocasiones fueron prioritarias o subsumieron a la pertenencia al Apostadero. En algunos casos, las mismas se produjeron porque la movilidad y diversidad de las actividades que realizaban hacía que muchos actores compartieran más espacios y tiempos con integrantes de otras fuerzas, que con la propia. Ese es el caso, por ejemplo, de los ex-conscriptos José Bustamante y Ricardo Pérez, cada uno de los cuales tuvo más contactos o una relación más estrecha con efectivos

⁶¹ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007.

de Ejército y Fuerza Aérea respectivamente, que con sus propios compañeros del Apostadero.⁶²

En otros casos, el traspaso de los integrantes del Apostadero a otras unidades navales, como los buques logísticos nacionales o ingleses, significó la configuración de una nueva identidad – como tripulantes del buque – que en muchos casos dejó en un segundo lugar a su pertenencia al Apostadero, al que algunos consideran una ocupación transitoria hacia su destino final: las unidades navales. Algunas variables como la cotidianeidad y camaradería que se logra en un espacio reducido como el de un buque, el hecho de haber pasado experiencias límites navegando en misiones altamente riesgosas, y la cantidad de tiempo que estuvieron allí, pueden explicar dicha situación.⁶³

Entonces, esas tres dimensiones vinculadas a los procesos de construcción identitaria del grupo Apostadero, dan cuenta de la conformación de varios “nosotros” dentro de un colectivo social que lejos está de ser homogéneo o monolítico.

⁶² Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007 y a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007. José nació en Bahía Blanca (Buenos Aires) en 1962. En 1982, estaba cumpliendo con el servicio militar obligatorio en la Base Naval Puerto Belgrano. Fue voluntario en la guerra, permaneció en las islas desde el 2 de abril al 18 de junio, y su función principal fue operar las lanchas de desembarco y trasladar mercadería en un tractor. En 2007, se desempeñaba como portero en una escuela bahiense. En la posguerra, participó activamente en las Agrupación de Ex-combatientes bahiense. Hasta el 2007, no había participado en las reuniones del Apostadero porque desconocía su existencia.

⁶³ Muchos ejemplos se pueden citar al respecto, como que el libro testimonial de Roberto Herrscher, ex-conscripto tripulante del buque *Penélope*, gire principalmente alrededor de la historia de la pequeña goleta en la que estuvo embarcado, y no el tiempo en que estuvo en el Apostadero. Al referir a sus percepciones cuando se reencontraron los antiguos tripulantes del *Penélope* en 2006, Herrscher indica: “Somos, de pronto noto, como una familia que hace un tiempo que no se ve, pero que mantiene un lazo inexplicable, indisoluble.” (2007: 30). Y esa identidad es reconocida también por los “otros”: Fernando González Llanos, ex-conscripto del Apostadero y hermano del capitán del *Penélope* reflexiona: “Mi hermano [...] tiene una relación muy especial con todos los del barco que él comandaba [...]. Es una situación muy particular, ellos vivieron su guerra totalmente distinta y aislada, tienen un lazo, un vínculo, es decir, por ejemplo, así como te digo yo creo que el vínculo que tienen ellos entre sí, no lo tienen ningún otro del Apostadero” (CABA, 09/08/2010). Fernando nació en Mar del Plata (Buenos Aires) en 1963. En 1982, estaba cumpliendo el servicio militar obligatorio en el Edificio Libertad. Fue voluntario en la guerra, permaneció en las islas desde el 28 de abril al 18 de junio, y su actividad principal fue plotear la trayectoria de las naves argentinas e inglesas en el Centro de Informaciones de Combate. En la posguerra, se recibió de arquitecto y abogado. Actualmente, vive en CABA y trabaja en el Banco Central. Ha asistido frecuentemente a las reuniones del Apostadero, y en el presente participa en la asociación “Malvinas, Causa de la Patria Grande” de Buenos Aires. Roberto Herrscher, por su parte, nació en Capital Federal en 1962. Participó en la guerra como conscripto y se dedicó a estibar la carga de los buques, ejercer como traductor y mozo y tripular el buque *Penélope*. En la posguerra se recibió de periodista. Actualmente, se dedica a su profesión y vive en Barcelona.

Los “otros”

La identidad social del grupo Apostadero se constituyó en vinculación a “otros” combatientes y no combatientes, de los que se distanciaron y, en ocasiones, opusieron a lo largo del conflicto.

En principio, es necesario tener en cuenta que esa identidad se configuró sobre un sustrato cultural común que compartían los integrantes de la unidad desde antes de la guerra: todos ellos pertenecían a la Marina. En efecto, en los viajes a las islas, algunos ex-conscriptos recuerdan varias situaciones en las que se refugiaban en ciertos códigos que compartían como personal naval para distanciarse de los soldados de Ejército con los que viajaban en el avión.⁶⁴ Sin embargo, fue a partir del paso por una experiencia límite como la guerra, que surgieron nuevas identidades que definieron otros “otros” y/o corroboraron los ya establecidos.

Ante todo, dentro de la población de combatientes en las islas, los miembros del Apostadero establecieron cierto distanciamiento entre sus vivencias y las experiencias de las tropas de Ejército por la fuerte jerarquización y subordinación que caracterizaron las relaciones entre sus integrantes, que en casos extremos terminó en un brutal abuso de autoridades. De hecho, durante la guerra, ciertos integrantes de la unidad se opusieron al maltrato que algunos suboficiales de esa fuerza ejercían sobre los subordinados a su cargo. Por ejemplo, el ex-conscripto José Bustamante evoca el fuerte enfrentamiento que tuvo con un sargento porque no les había repartido los chocolates que él les había llevado a los “pibes”⁶⁵ que estaban en las trincheras, y el “ex-colimba” Eduardo Iáñez recuerda la indignación de los cabos compañeros del grupo de la radio cuando veían que algunos militares del Ejército estaban “bailando” a sus subordinados en el campo de prisioneros.⁶⁶

⁶⁴ Al respecto, el ex-conscripto Roberto Herrscher (2007: 55) evoca: “Ahora la pista estaba llena de soldados, con sus bolsos chorizo verdes, sus botazas negras y sus fusiles en la bandolera.

Es increíble con cuanta rapidez el grupo actúa sobre el individuo, lo adopta, lo transforma. Algo tan azaroso como la lotería del servicio militar me había enviado a la Marina, y ahora, un año después, yo miraba a los chicos del Ejército como extraños y me refugiaba en las pequeñas costumbres, los ridículos códigos con que la Marina identificaba a sus miembros.”

⁶⁵ Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007.

⁶⁶ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos, 20/04/2010. En el vocabulario coloquial del servicio militar obligatorio, el término “bailar” significaba desde realizar ejercitaciones muy duras hasta abusos físicos como aplaudir con cardos entre las manos, realizar sentadillas en agua helada, entre otras.

Asimismo, en los procesos de construcción identitaria del grupo Apostadero los “otros” combatientes que se definieron más claramente a lo largo del conflicto fueron aquellas unidades y fuerzas que estuvieron en el frente de batalla en general: las unidades de Ejército y los infantes de marina. Diversas variables como el vivir en trincheras, el carácter de guerra fija – en la que una espera interminable del enemigo era todo lo que podían hacer –, las carencias sufridas (simbólicas y materiales), y, finalmente, la participación en el combate, diferenciaron las experiencias de esas unidades de la guerra vivida en el puerto. Incluso, aquel grupo del Apostadero que estuvo en el frente de batalla en Camber y vivió en posiciones, ya durante el conflicto se asumió como diferente del resto de los efectivos que estuvieron toda la guerra atrincherados y enfrentaron situaciones intensas de combate. Por ejemplo, cuando estaba en la península, al entonces conscripto Julio Casas Parera le llamó la atención las miradas perdidas, como “zombis”, que tenían las tropas que se replegaban de primera línea.⁶⁷

Ahora bien, no sólo los integrantes del Apostadero percibieron esas diferencias en las vivencias. Durante el conflicto, también aquellos que estaban en las trincheras reconocieron la existencia de dos guerras distintas – la del frente y la del pueblo – y se definieron por oposición a aquellos combatientes que estaban en la localidad, que – desde su perspectiva – vivían una guerra mucho más privilegiada, sin conciencia bélica y divorciada de la realidad. Los siguientes testimonios de soldados de Ejército son claros al respecto:

“- En la montaña estuvimos mal oficiales y soldados. Todos llevábamos la misma vida y tuvimos los mismos problemas. El asunto, la falla, estuvo allá abajo, en donde todo sobraba y no se repartía.

- Volver al pueblo y ver la diferencia que había era volverse loco. (...)

- Las pocas encomiendas que llegaron lo hicieron abiertas y saqueadas. Entonces, lógicamente, empezamos a protestar, porque nos acordábamos de cómo se vivía en el pueblo. A nosotros nunca nos llegó mantecol, queso, gaseosas, vino fino y todo eso que sobraba en el pueblo.

En las Malvinas hubo tres clases de posiciones de combate. Una de las posiciones era la tropa que estaba en el pueblo, o sea Puerto Argentino. Otra, era la tropa de la costa, y la tercera la de la montaña, que fue la que peor la pasó, la que más desatendida estuvo por los encargados de suministrarles alimentos, siendo, obviamente, la que más los necesitaba” (*La Semana*, 01/07/1982. Resaltado en el original).

⁶⁷ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007.

Es posible encontrar cantidad de reflexiones como éstas, sobre las diferentes guerras que hubieron en Malvinas, en los testimonios de quienes estuvieron en el frente de batalla, incluso de los infantes de marina. En efecto, Robacio y Hernández, comandante y subcomandante del BIM N°5, manifiestan esa misma percepción:

“... a estas alturas empiezan a correr múltiples rumores, generados casi en su totalidad en la localidad... Estos rumores irán tejiendo historias de todo tipo que en parte llegarán a afectar la moral, especialmente en el mismo centro que se engendra. Irán poco a poco, apartando los dos campos que venimos tratando de describir, el del combate y el del seguro de la vida... la aparentemente cómoda vida de la localidad. En el pueblo nunca faltó nada ni pan, ni bebidas, ni ocio, ni baños calientes, allí jamás arribaría la guerra, excepto por error...” (Robacio y Hernández, 1996: 107-108).

El reconocimiento de estas diferencias terminó sustentando la construcción de una jerarquía de vivencias según los parámetros espacio-tiempo-experiencia (que existe hasta el presente), en la que se legitiman aquellas trayectorias que aluden a mayores dificultades, que más cercanas al combate estuvieron, más tiempo estuvieron en las islas (o en los meses más intensos) y/o más muertes sufrieron, y, en cambio, minusvaloran aquellas experiencias que – siempre en términos relativos – más lejos estuvieron del frente de batalla y de la muerte, menos tiempo estuvieron (o estuvieron en el mes que no hubo ataques), y/o más comodidades y facilidades accedieron. Se trata de una jerarquización de vivencias en base al dolor, sufrimiento y cercanía con la muerte, construida por los propios combatientes ya durante el conflicto, y asumida también por los integrantes del Apostadero, en la que el reconocimiento de la condición de combatiente pasa por haber “cumplido” con alguna de las variables indicadas. De esta forma, las tropas asentadas en el pueblo revisten de menor legitimidad como protagonistas bélicos que aquellos que estuvieron en las trincheras.⁶⁸ Como veremos, estos escalafones fueron uno de los cimientos sobre los que se construyeron los silencios de la guerra del Apostadero, y de las guerras logísticas en general, durante la posguerra.

Sin embargo, aún cuando estas tensiones y diferencias existieron – y existen – dentro de la población de combatientes, lo cierto es que, a lo largo del conflicto, también se configuró cierta identificación entre los protagonistas de la guerra de todas las fuerzas, unidades y posiciones, anclada no sólo en la vivencia extrema común sino, principalmente,

⁶⁸ Este tema fue abordado en Rodríguez (2010).

en el distanciamiento de aquellos “otros” que no lucharon en las islas. Así, durante la guerra, los miembros del Apostadero reconocieron otros “otros” que eran comunes a todos los protagonistas del conflicto: los civiles y militares que permanecieron en el continente.⁶⁹ Las anécdotas que hacen referencia al poco compromiso de la sociedad en la guerra, o al entusiasmo y triunfalismo inconciente e inútil son moneda corriente en los testimonios de los ex-combatientes. En el caso de los integrantes del Apostadero, por ejemplo, varios recuerdan indignados los momentos en que escuchaban la radio y se extrañaban de la propia sociedad que estaba más pendiente del campeonato mundial de fútbol o de la visita del Papa que de su suerte en el campo de batalla. Otros evocan que no podían reconocerse en las noticias difundidas por los medios de comunicación: la práctica seguridad de la victoria argentina que impartían las mismas contrastaba con la propia experiencia en el terreno, en el que el avance inglés parecía imparable.

Asimismo, la propaganda oficial con su exitismo contribuyó a cierto distanciamiento de las tropas en las islas con la plana mayor de las FF.AA. y con aquella oficialidad que estaba en el continente planificando el conflicto pero alejada de la realidad bélica, del teatro de operaciones. Esos militares de quienes, al fin y al cabo, dependía el devenir del conflicto – la resolución de la guerra o la continuación de ésta – pero que no se acercaban al campo de batalla, se perfilaron como “otros” a lo largo de la contienda. Ese distanciamiento se tornó cada vez más profundo y radical a medida que los ataques se multiplicaban, las muertes se sucedían y los días de las batallas se acercaban. La siguiente carta enviada el 7 de junio por José Luis del Hierro – un soldado de Ejército que falleció en la guerra –, no deja dudas al respecto:

⁶⁹ Es necesario aclarar que el distanciamiento de los civiles por parte de los militares combatientes está anclado en una representación anterior a la guerra – tal vez desde el mismo nacimiento de las FF.AA. en el país –, en la que la profesión militar venía a ocupar un peldaño superior a cualquier otra ocupación civil, ya que aquellos que optaban por las armas arriesgaban su vida, brindándose totalmente a la comunidad, mientras se percibía que los civiles sólo se preocupaban por sus intereses particulares. De hecho, esas diferencias eran ratificadas con determinadas prerrogativas y privilegios que tenían los militares, como portar armas, honores, saludos militares, lugares especiales en los actos, entre muchas otras (Rabinovich, 2011b). En el presente, esa percepción parece seguir vigente al interior de las FF.AA.: según Colotta, los alumnos de primer año en las escuelas de oficiales perciben que “los jóvenes que eligen la carrera militar son especiales porque pelean por la patria” y que “saben amar a la patria de una mejor manera” (Colotta, 2013: 23). De hecho, ese distanciamiento entre lo civil y lo militar (no necesariamente la valoración de cada una) es característico de la construcción de la identidad castrense. Como indica Salvi siguiendo a Celso Castro, “la identidad militar se construye a partir de la oposición entre dos mundos: el “civil” y el “militar”, el mundo de “adentro” y mundo de “afuera”” (2012: 211).

“Hay que seguir rezando y pidiendo a la Virgen para que esto se arregle en “paz” y se acabe ya. Cada vez tenemos más ganas de volver cada uno a su casa sea como sea, ganando o perdiendo, pero volver pronto. Al final se nos quedó en el tintero el viaje, pobre papá, tanto juntar y organizar y yo le tiré abajo todo, aunque deslindo responsabilidades en el loco de nuestro presidente y su desvelo de grandeza.

Acá todos, pero todos, lo agarraríamos de fundillo de los pantalones y lo pondríamos como nosotros 55 días; en estos pozos. Y yo con él a todos esos patriotas de ciudad que por lo que ustedes dicen allá está minado. Acabé el discurso. Ja. Ja.” (*Perfil*, 01/04/2007, en Lorenz, 2008: 122).

La reflexión de José denunciando la irresponsabilidad del mando argentino – que parecía no conocer o, peor, no importarle la situación que las tropas vivían en las islas – y la belicosidad desenfrenada o el necio triunfalismo de grandes sectores de la sociedad argentina, revela lo que era una sensación extendida en los combatientes en las islas, incluyendo a los integrantes del Apostadero: que estaban luchando solos. Los civiles y militares en el continente parecían estar viviendo una guerra muy distinta a la suya, en la que la victoria estaba asegurada.

Ahora bien, una vez que los cañones callaron, que la derrota argentina fue inapelable, y que los combatientes regresaron al continente ¿cómo fueron los encuentros con esos “otros” civiles y militares que habían vivido de forma tan distinta la guerra? ¿Los miembros del grupo Apostadero resignificaron los lazos con esos actores colectivos para diluir las diferencias o, por el contrario, el distanciamiento temporal y espacial provocado por la guerra se convirtió en abismo y en una dificultosa convivencia social? En términos generales, estos actores ¿cómo redefinieron sus identidades basadas en la vivencia bélica? ¿Cómo reconfiguraron las fronteras entre el/los “nosotros” y los “otros”? Los “otros” combatientes y no combatientes definidos durante la guerra ¿siguieron siendo puntos de referencia relevantes en la construcción de su identidad? Estos son algunos de los interrogantes que abordaré en la Parte II.

PARTE II

DE PRESENCIAS Y AUSENCIAS EN LA POSGUERRA DEL APOSTADERO. EXPERIENCIAS E IDENTIDADES

Esta parte se centra en las experiencias de posguerra de los integrantes del Apostadero desde que retornaron al continente hasta el presente, con el objeto de analizar en qué medida la guerra constituyó un clivaje en sus vidas e identidades.

Si, como indica Leed (2009), la guerra es vivida como una discontinuidad por los combatientes por la imposibilidad de articular la experiencia bélica con sus vivencias previas y por las reconfiguraciones identitarias que se producen a partir del paso por la situación extrema, la cuestión está en analizar cómo los integrantes del Apostadero han vivido y significado la posguerra, y cómo han reconstituido sus identidades marcadas por la guerra, es decir, cómo han reestructurado las fronteras entre el “nosotros” y los “otros” construidas al calor de la batalla en cada contexto histórico. En tal sentido, me propongo indagar en qué medida las construcciones identitarias de los miembros del grupo surgidas a partir de la experiencia bélica, fueron modificadas, actualizadas y resignificadas desde que regresaron a su cotidianeidad en tiempos de paz hasta el presente, atendiendo a sus vivencias individuales de posguerra, las dinámicas y lógicas propias del grupo social, y también las políticas desplegadas por otros agentes sociales con los que se vincularon o a los que se opusieron en cada coyuntura.

Desde que regresaron hasta el presente, las experiencias de los ex-combatientes del Apostadero han estado atravesadas por dos marcas, que refieren a la ambigüedad, o, mejor, liminalidad del espacio social ocupado por la figura del veterano de guerra.⁷⁰ La sensación

⁷⁰ “Turner describió la condición “liminal” como un “estar ni aquí ni allá”, “en medio de posiciones asignadas y conformadas por la ley, la costumbre, la convención y el ceremonial”. Sus “atributos ambiguos e indeterminados se expresan en una rica variedad de símbolos” y en su homologación a la “muerte, a la invisibilidad”. Por eso, quienes “pasan” juntos comparten una camaradería e igualitarismo intensos, un “momento adentro y afuera del tiempo, y adentro y afuera de la estructura social secular.” (Guber, 2004: 223) Rosana Guber recurre a la clásica definición de Víctor Turner para explicar la condición liminal en la construcción de la identidad del ex-soldado combatiente por todas las partes que intervinieron en la misma (ex-soldados, civiles y militares), en su triple acepción: el desplazamiento espacial, la ubicación en un estadio intermedio de las transiciones sociales o en los intersticios de posiciones institucionales establecidas (2004: 219-229). Reconociendo ese aporte, aquí recurro al concepto de “liminalidad” o “marginalidad” tal como lo

de encontrarse en un espacio y tiempo intermedio entre “acá” y “allá” – entre las islas y el continente, entre los tiempos bélicos y de paz – y de ser una presencia-ausente en la sociedad argentina debido a la mirada del “otro”, que así como reconocía su existencia a la vez intentaba ocultarla y negarla, son los elementos claves para entender los procesos de reconfiguración identitaria que atravesaron los integrantes del Apostadero durante la posguerra.

Si bien esas marcas son compartidas por todos los ex-combatientes, este grupo les atribuyó sentidos determinados y específicos que tuvieron puntos en contacto con la generalidad de los veteranos pero también algunas diferencias bien marcadas. ¿Por qué durante gran parte de la posguerra los miembros del Apostadero se han sentido alienados, fuera de lugar, entre la guerra y la paz o como una presencia-ausente? ¿Qué silencios sociales construidos sobre el Apostadero y el conflicto en general han marcado sus identidades y experiencias y, entre otros factores, han determinado que sus regresos fueran imposibles? ¿Cómo ha ido cambiando el espacio de reconocimiento habilitado a los integrantes del Apostadero por los “otros”? y ¿Cómo se ha ido modificando la apropiación del espacio público que vienen realizando los ex-combatientes del Apostadero a lo largo de los 30 años de la posguerra? En otras palabras, ¿cómo se ha ido transformando la situación marginal o liminal en que se encontraron en el regreso?

Teniendo como eje esas problemáticas, los tres capítulos que integran esta parte abordan las experiencias y las construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero en la década del ‘80 – cuando al regresar se enfrentaron al intento de ocultarlos en un clima de silencio de la guerra –, pasando por los ‘90 – cuando hubo un intento de reactivar la memoria bélica desde el gobierno nacional –, para finalizar a comienzos del 2000, cuando la memoria de Malvinas – la causa soberana y la guerra – retomó su lugar en la esfera pública, situación que continuó y se profundizó durante la década kirchnerista (2003-al presente). Si bien la lógica es procesual, los capítulos no están organizados cronológicamente, sino que cada uno hace foco en los diferentes espacios a los que regresaron o se integraron los miembros del grupo en la posguerra: los espacios militares, civiles o construidos *ad hoc* por los propios ex-combatientes.

utiliza Leed (2009) para pensar la situación de los integrantes del Apostadero en general, civiles y militares, en gran parte de la posguerra.

Así, el Capítulo 3 aborda las vivencias de regreso a la Armada de los conscriptos y el personal de cuadro del colectivo Apostadero. En primer lugar, se centra en las políticas de ocultamiento y silenciamiento de los ex-combatientes que las FF.AA. implementaron con el objeto de evitar agudizar el repudio social hacia la corporación militar, para luego abordar las “subversiones internas” que estallaron en la posguerra y las medidas tomadas por la fuerza naval para reintegrar a – o expulsar de – sus filas a los, a veces, díscolos ex-combatientes que se enfrentaban a las antiguas rutinas y normas de autoridad. Asimismo, reconstruye las vivencias al interior de la fuerza del personal de cuadro que optó por retirarse o darse de baja de la Marina luego de la guerra y las de quienes permanecieron en ella, centrándose en la insuficiencia y/o inexistencia de políticas navales de reconocimiento, contención o reparación en la larga posguerra y cómo ello repercutió en la configuraciones identitarias de los militares del grupo Apostadero.

El Capítulo 4 se ocupa del regreso de los soldados y cuadros del Apostadero a los ámbitos civiles, haciendo foco en los cambios de los vínculos entre los miembros del grupo y la sociedad civil. En un comienzo, examina las recepciones que diversos sectores sociales les dispensaron a los integrantes del colectivo ni bien retornaron que, en tanto estuvieron marcadas por la indiferencia pública – por lo menos en las grandes ciudades –, inauguraron una etapa de desencuentros entre los ex-combatientes, la sociedad civil y el Estado. Luego, se centra en las dificultades simbólicas – en la posibilidad de hablar de sus vivencias – y materiales – al regreso a los diversos ámbitos de cotidianeidad – que enfrentaron en los ‘80 (y se extendieron en los ‘90). Dificultades originadas tanto en la forma en que los ex-combatientes elaboraron su vivencia bélica como en la profundización de los desencuentros entre quienes habían combatido y los “otros” civiles: la práctica ausencia del Estado y los sentidos hegemónicos de la guerra que se habían instalado en la esfera pública condicionaron sus regresos y determinaron que éstos fueran imposibles. En última instancia, el capítulo explora los cambios que se dieron a partir de fines de los ‘90 y comienzos del 2000, momento en el que se produjo un acercamiento entre los ex-combatientes, el Estado y la sociedad civil a raíz de las transformaciones en el mapa de luchas por la memoria del conflicto. En ese marco, indaga cómo impactó la reactivación de la memoria bélica en las vidas de los miembros del Apostadero, tanto en lo relativo al fuerte incremento de las

políticas de reconocimiento como de contención y reparación destinadas a los protagonistas de la guerra.

Por último, el Capítulo 5 gira en torno a los lazos de guerra que reconstruyeron los integrantes del Apostadero desde que regresaron hasta el presente. Si bien trata sobre su participación en las agrupaciones de ex-combatientes configuradas para conservar y renovar los vínculos construidos al calor de la batalla, hablar de la guerra sin condicionamientos, combatir por la memoria de Malvinas y luchar por sus derechos, la atención está puesta en un espacio nodal en la posguerra del grupo Apostadero: las reuniones anuales de camaradería que han organizado los ex-soldados desde 1983 hasta el presente. El capítulo aborda la historia de las reuniones, haciendo foco en la dinámica de los encuentros y en los actores que han participado en ellos, con el objeto de analizar cómo se ha ido modificando y resignificando la identidad grupal. Así, reconstruye dos etapas: una primera en los '80 en la que sólo se reunían ex-conscriptos, y la segunda desde fines de esa década y principios de los '90 hasta el presente, en la que se incorporaron masivamente militares e integrantes de otras unidades a los mismos.

Capítulo 3

Ocultamiento, silencio y “subversión” en las filas navales

Yo siempre digo que ahí [durante la recepción en la Base Naval Puerto Belgrano] empezó la desmalvinización, ahí nos empezaron a hacer sentir, nos hicieron sentir vergüenza de ser veteranos de guerra, y es uno de los motivos que nos llevó 20 años de poder empezar a hablar de esto. [...] Te sentís culpable de la derrota.

Ramón Romero⁷¹

Era como que al principio yo hablaba y después nada [...]. Pero tampoco me preguntaban, entendés, para colmo era como nadie preguntaba, no éramos nada de nada [...]. Nada, no existíamos, ¿entendés? Al principio qué hiciste, qué no hiciste, perdiste, chau, volviste y no fuiste nada más [...] Tanto el civil como el militar era.

Daniel Blanco⁷²

“La ropa sucia se lava en casa”

Entre el 18 y 27 de junio de 1982 la mayoría de los ex-combatientes regresó al continente.⁷³ Sin embargo, el país al que volvían era radicalmente distinto de aquel que habían dejado cuando los convocaron para la guerra. El impacto de la derrota en Malvinas fue demoledor para el régimen militar en el poder. A la crisis social, económica y política que atravesaba el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” antes del conflicto, ahora se sumaba el fracaso en el campo mismo de su *expertise*. Como indica Rosana Guber (2001b: 119), la derrota bélica terminó siendo también una derrota política

⁷¹ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007. Para los entrevistados, el término “desmalvinización” es sinónimo de los intentos de olvido de la guerra, los combatientes y/o el reclamo de soberanía de las islas, o cualquier cuestionamiento a los mismos. Para los diversos sentidos de ese término, ver: Lorenz, 2006.

⁷² Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 25/11/2010. Daniel nació en Bahía Blanca (Buenos Aires) en 1960. En 1982, era cabo segundo (especialidad: maquinista) y su destino era la Base Naval Puerto Belgrano. Se ofreció para ir voluntario a la guerra y permaneció en las islas del 29 de abril al 20 de junio, operando las lanchas de desembarco. En 2010, aún estaba en actividad en la fuerza. Recién en 2009 fue por primera vez a las reuniones del Apostadero. A mediados del 2000, se acercó a la Unión de Suboficiales Veteranos de Guerra bahiense.

⁷³ Con excepción de aquellos combatientes que habían luchado en la batalla de Darwin, que regresaron prisioneros el 13 de junio, y de gran parte de los oficiales superiores de las tres armas que retornaron recién el 14 de julio, un mes después del término del conflicto. Los aproximadamente 500 oficiales que se hallaban allí – entre quienes se encontraba el jefe del Apostadero Adolfo Gaffoglio y el comandante de la Subárea Naval, Mozzarelli – fueron trasladados a Bahía Ajax en San Carlos, y estuvieron hacinados en un lugar en pésimas condiciones hasta que retornaron al continente en el buque inglés Saint Edmund.

para la dictadura. Si Malvinas había sido el último recurso del régimen para recuperar la legitimidad perdida, después del cese del fuego el 14 de junio, la Junta Militar cayó en su propia trampa.

La renuncia forzada de Galtieri, la disolución de la Junta Militar por primera vez luego de 6 años de gobierno, la tardía y conflictiva designación del general Bignone como presidente, fueron los primeros costos de la derrota que el régimen debió enfrentar y son indicios de la extrema debilidad que atravesó al mismo los días siguientes a la rendición en el archipiélago.⁷⁴

Mientras a nivel político los hechos se sucedían rápidamente, diversos sectores de la sociedad que hasta horas antes de la rendición habían confiado en las noticias impartidas por los medios de comunicación sobre las proezas y triunfos de las tropas argentinas, comenzaron a buscar explicaciones de la derrota.⁷⁵ El estupor fue generalizado y una sensación de estafa por una guerra que se suponía ganada se extendió en gran parte de la sociedad. Las movilizaciones sociales demandando la “verdad” de la guerra se produjeron ni bien conocidas las noticias del cese del fuego, y la respuesta del régimen militar fue la misma que hacía años destinaba a los civiles: la represión de aquellos estigmatizados una vez más como “subversivos” (*Clarín*, 17/06/1982), y una explicación oficial plagada de eufemismos que hablaba de “gloria”, “héroes”, “coraje” y “sacrificio” – pero que no incluía los términos “derrota” ni “rendición” (*La Nación*, 16/06/1982) –, que no convencía a nadie; ni siquiera a las propias filas militares.

En esos días de junio de 1982, los dirigentes políticos y sindicales sumaron otras demandas referidas a la urgente fijación de un cronograma electoral, la normalización de la actividad partidaria y el cambio de la política económica (*Clarín*, 23/06/1982); la Iglesia Católica instó a la unidad y reconciliación nacional, una constante en su historia reciente (*Convicción*, 17/06/1982); mientras los organismos de DD.HH. continuaron siendo prácticamente los únicos que pedían públicamente por los desaparecidos (*Clarín*, 25/6/1982) – una situación que cambiaría en los próximos meses.

⁷⁴ Sobre la situación de las FF.AA. luego de la guerra, ver: Verbitsky (1984), Novaro y Palermo (2003), Canelo (2008).

⁷⁵ Para un análisis de la forma en que los medios de comunicación abordaron la guerra, ver: Escudero (1996), Borrelli (2008), Saborido y Borelli (2011).

Así las cosas, mientras los frentes de tormenta se multiplicaban, las FF.AA. se abocaron a conducir la transición hacia un gobierno democrático mientras intentaban reconstituir su unidad interna, ahora fuertemente lesionada por la derrota (como veremos), a la vez que pretendían negociar su rol en el futuro gobierno constitucional con el escaso poder que aún conservaban.

Las tareas que el régimen militar debió enfrentar en la inmediata posguerra fueron, pues, muchas y muy urgentes. El regreso de los combatientes fue una más entre ellas, que también revistió de gran relevancia para las FF.AA. Lo cierto es que el retorno de aquellos que habían sido testigos de la derrota y del pésimo desempeño militar en las islas significaba una amenaza para las FF.AA. Una amenaza doble: si sus voces comenzaban a circular podían, a la vez, alimentar la indignación social y profundizar el descrédito de las instituciones castrenses. Ante este peligro potencial, las FF.AA. optaron por lidiar con la derrota de la misma forma que habían enfrentado otros acontecimientos del pasado reciente: refugiando bajo un manto de silencio tanto la guerra como las condiciones en que habían llegado a la derrota y sin asumir las responsabilidades correspondientes. Como indica Lorenz: "... del mismo modo en que había procedido en la represión de su propio pueblo – en la clandestinidad, semioculto, negando la información – el gobierno militar comenzaba a disponer de los despojos de la guerra de Malvinas: de los muertos y de los vivos" (2006: 87).

El operativo de recepción de los ex-combatientes de forma secreta y oculta fue una política institucional seguida por las tres armas, una verdadera acción de coordinación conjunta de las que había carecido su accionar en gran parte del conflicto. Ese operativo comprendía dos acciones que apuntaban al mismo objetivo. En primer lugar, las FF.AA. intentaron esconder el regreso de quienes habían luchado a la sociedad, prohibiendo todo tipo de contacto, para ocultar las condiciones en que regresaban, mejorar su imagen y evitar que difundieran información sobre el desempeño militar en las islas. En muchos casos, los ex-combatientes estuvieron recluidos por horas, días y hasta semanas en los destinos militares sin poder contactarse con sus familias, durante los cuales los "tuvieron en engorde".⁷⁶ En segundo lugar, durante la reclusión en esos espacios, las FF.AA.

⁷⁶ Testimonio del soldado Guillermo Huircapán en: Speranza y Cittadini (2005: 185).

pretendieron imponer silencio sobre la guerra utilizando diversos recursos y estrategias. Por ejemplo, en las unidades del Ejército, el personal militar que recibía a los recién llegados en los destinos les recomendaba guardar silencio sobre su actuación en las islas, o si hablaban que lo hicieran siguiendo las siguientes pautas que aparecían en la “Cartilla de recomendaciones a los soldados desmovilizados”:

“Argentino

Usted ha sido convocado por la patria para defender su soberanía y oponerse a intenciones colonialistas y de opresión. Ello le obligó a una entrega total y desinteresada.

USTED luchó y retribuyó todo lo que la patria le ofreció: el orgullo de ser argentino

Ahora la patria le requiere otro esfuerzo: de ahora en más usted deberá:

- Usted no debe ser imprudente en sus juicios y apreciaciones. No proporcionar información sobre movilización, organización del elemento al cual perteneció y apoyo con los cuales contó.
- Destacar el profundo conocimiento y convencimiento de la causa que se estaba defendiendo.
- Exaltar los valores de compañerismo puestos de manifiesto en situaciones tan adversas.
- Remarcar que la juventud es capaz de hechos heroicos.
- No comentar rumores ni anécdotas fantasiosas, hacer referencia a hechos concretos de experiencias vividas personalmente” (Revista *Superhumor*, marzo 1983, en: Comisión Provincial por la Memoria, 2012).

La Armada siguió al pie de la letra la política de silencio. Si bien algunas unidades navales que se habían desempeñado de manera excelente en las islas, como el BIM 5, tuvieron una gran recepción por parte de las autoridades, que inclusive organizaron un encuentro entre periodistas y soldados conscriptos únicamente, ordenando a los oficiales y suboficiales abandonar el recinto para evitar todo tipo de condicionamiento⁷⁷, ese comportamiento no fue el habitual. Para la gran mayoría de los marinos, inclusive los integrantes del Apostadero, rigió el mandato de silencio, que la fuerza naval intentó imponer apelando a distintas estrategias y actores.

Tengamos en cuenta que los miembros del Apostadero regresaron al continente, en su mayoría, el día 20 de junio a bordo del buque hospital Bahía Paraíso. Aunque algunos pocos habían retornado unos días antes en el buque Almirante Irizar y otros lo hicieron en calidad de prisioneros de guerra en la nave inglesa Norland el día 21, junto a las tropas de Ejército. En el largo recorrido de regreso desde que arribaron al continente en alguna ciudad patagónica – Punta Quilla (Santa Cruz), Puerto Madryn (Chubut) – hasta llegar a sus

⁷⁷ En el Capítulo 6 analizo esta conferencia de prensa para abordar la construcción por parte de la Armada del desempeño del BIM 5 como un verdadero mito de guerra.

correspondientes destinos militares – Edificio Libertad (Capital Federal) o Base Naval Puerto Belgrano (Buenos Aires) –, los conscriptos, suboficiales y oficiales debieron enfrentar no sólo los ocultamientos y mandatos de silencio – como veremos – sino también algunos tratamientos que revelan una gran falta de consideración por parte de la Armada. Por ejemplo, el entonces oficial y médico Guillermo Klein, que había participado activamente en la evacuación de heridos en las islas y en la organización de los prisioneros en el buque inglés en el que regresó, recuerda el disgusto que tuvo cuando al arribar al continente sus superiores pretendían que siguiera ejerciendo su función, en vez de encomendar a otro médico para que continuara con la tarea:

Yo tengo dos calenturas grandes: ahí en Puerto Madryn, está de jefe de recepción...[...] estaba él a cargo del retorno, del regreso de los heridos, qué se yo. Y el tipo a mí me ordena que me quede en el muelle para ver si bajaban heridos del Norland. Re-podrido, le digo “Señor, yo soy un repatriado más”, le digo “Heridos – le dije – no, mire señor, heridos no hay porque ya en el barco nos ocupamos”.⁷⁸

Otros, si bien arribaron rápidamente a la localidad donde residían, tuvieron que esperar varias horas en el aeropuerto hasta que los fueron a buscar porque no había ningún chofer dispuesto a perderse el partido de fútbol que la selección argentina jugaba por la copa del Mundo. El ex-conscripto Fernando González Llanos, miembro de una tradicional familia naval, recuerda esa situación con indignación:

Llegamos a Ezeiza, y... bueno, uno no pedía que esté la banda esperándonos, viste, pero había me acuerdo un kiosco, que te regalen por lo menos un sanguchito, qué se yo, había un kiosco, y... no, el tipo te vendía las cosas, que obviamente no teníamos guita. Estaba jugando Argentina [...], y bueno, como estaba el partido de Argentina no habían salido los camiones, los colectivos a buscarnos, así que estábamos ahí varados en Ezeiza, esperando que termine el partido de fútbol para que se dignen los choferes a ir a buscarnos, ¿no? Y yo me acuerdo, me acuerdo que estaban pasando el partido de fútbol y a mí la verdad que no... no me importaba tres carajos, no lo vi. Lo que sí tenía un teléfono y llamé a casa, y “sí, estamos acá en Ezeiza, pero no... parece que hasta que no termine el partido de fútbol no nos vienen a buscar”. Entonces vino mi viejo en auto y me sacó así como estaba.⁷⁹

⁷⁸ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 28/09/2007. Guillermo nació en Bahía Blanca (Buenos Aires) en 1954 y a fines de los ‘70 se recibió de médico. En 1982, era un joven oficial de sanidad (teniente de fragata) y su destino era el Hospital de la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, integró el Puesto de Socorro y permaneció en las islas desde la primera semana de abril hasta el 21 de junio. Ni bien regresó, pidió la baja de la Armada. Actualmente, trabaja en el Hospital del V Cuerpo del Ejército como médico civil y en su consultorio privado. En los ‘80, participó en la Agrupación de Ex-combatientes bahiense. Hasta el 2010, sólo había asistido una vez a las reuniones del Apostadero.

⁷⁹ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 09/08/2010.

Las recepciones institucionales brindadas a los integrantes del Apostadero fueron bien diversas. En muchos casos, estuvieron lejos de ser las imaginadas y anheladas. La falta de organización, la demora de las autoridades, y otras irregularidades empañaron los breves recibimientos navales, como evoca Guillermo Klein:

Llego a Espora y ahí tengo otro gran disgusto, porque nos ordenan que teníamos que quedarnos en Espora, porque iba a venir el almirante [...]. Nos ordenan que tenía que venir el almirante [...] y que nos iban a dar una recepción. Y, este, yo le digo al que estaba ahí, no sé quién era, le digo “Jefe – le digo – el almirante tendría que estar acá. Yo me quiero ir a mi casa”. Y tuve el culo que apareció mi cuñado que era infante de Marina, que estaba de guardia en Baterías [...] que había ido a recibir prisioneros, y le digo “Flaco – le digo – ¿te animás a llevarme a Punta Alta, y me tomo un taxi?”, “No, vamos, te llevo a Bahía”. Y yo me escapé, literalmente, me escapé.⁸⁰

El entonces cabo Guillermo Ni Coló recuerda una situación similar que revela que las improvisaciones que atravesaron al conflicto, en ocasiones, se heredaron en la organización del regreso de los ex-combatientes en la posguerra:

“Apareció un colectivo que nos trasladó hasta el Edificio Libertad, comando de la Armada Argentina (...). Los Almirantes que pasaban en ese momento se sorprendieron por nuestra presencia. Nos preguntaron cómo habíamos llegado, y dijeron que ellos no tenían información respecto del regreso de ex-combatientes. Nos hicieron formar en dos filas, mientras se comunicaban con otras autoridades de la Armada allí presentes, y enseguida pasaron a saludarnos y a darnos la bienvenida” (Ni Coló, 2004: 64).⁸¹

Sin embargo, así como algunos integrantes del Apostadero no tuvieron ningún tipo de “bienvenida oficial” o éstas estuvieron plagadas de irregularidades, otros sí recibieron una breve recepción de las autoridades navales que estuvo, relativamente, a la altura de las circunstancias:

Nos pusieron en la formación, todos separados, nos recibió un contralmirante. [...] A todo esto eran las 12 de la noche del domingo 20 de junio. [...] Nos recibe el contralmirante nos saluda, a cada uno nos da la mano, nos felicita porque habíamos roto las armas antes de entregarlas, este... dice unas palabras

⁸⁰ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 28/09/2007.

⁸¹ Guillermo Ni Coló en Saladillo (Buenos Aires) en 1961. En 1982, era cabo segundo (especialidad: maquinista-motorista) y su destino era la Escuela de Mecánica de la Armada. En la guerra, realizó diversas actividades como integrante del Apostadero y luego fue tripulante de la goleta Penélope. Permaneció en las islas desde el 14 de abril al 18 de junio. Ni bien regresó, pidió la baja de la Armada e ingresó en el Congreso, donde trabaja en el presente. Luego, se recibió de abogado. Desde principios del siglo XXI, ha participado asiduamente de las reuniones del Apostadero.

qué se yo, y nos saca de... en micros verdes navales, al Edificio Libertad, de Ezeiza al Edificio Libertad.⁸²

Ahora bien, más allá de la diversidad de las recepciones institucionales, el ocultamiento de su regreso a la sociedad fue una situación común vivida por todos ellos; de hecho, las recepciones se realizaron en ámbitos militares que no estaban abiertos al público. Aún en el presente, los miembros del Apostadero, como todos los ex-combatientes, reclaman indignados que regresaron de la guerra “de noche y por la puerta de atrás”. El oficial retirado y bioquímico Roberto Coccia señala dolido cómo los escondieron en el retorno:

Llegamos a Espora, nos bajaron, nos hicieron esperar, en Espora, se hizo oscuro y nos llevaron a Campo Sarmiento, ahí nos tuvieron ¿para qué? A escondidas como todo el mundo, si nos escondieron a todos, y allá nos tuvieron como no sé hasta qué hora de la noche, mis viejos estaban esperando afuera, porque sabían que llegábamos.⁸³

Muchos recuerdan estas largas horas de espera hasta que finalmente los trasladaron hasta sus destinos militares en colectivos navales “para que no nos escapemos”, evoca amargamente el entonces cabo Ramón Romero.⁸⁴ Sin poder ver a sus seres queridos que estaban esperando afuera del cuartel, los combatientes fueron recluidos en un espacio cerrado; en algunos casos por horas, otros por varios días, como recuerda el ex-conscripto José Bustamante: “De ahí nos subieron a un boeing, a un avión, de esos 777, sin asientos, todos en el piso [...] y de ahí, nos trajeron acá, a Puerto Belgrano. Y de Puerto Belgrano nos tuvieron 3 días más, todos desesperados por salir.”⁸⁵ Mientras los ocultaban a la sociedad, en ocasiones, les intentaron mejorar la imagen, como indica Guillermo Klein: “Ahí nos bañamos, ahí entró...después nos enteramos, que hubo una lavada de cara, nos ofrecieron ropa, y para bañarse y qué se yo. Yo la ropa no me la cambié, me quedé con la mía, no había

⁸² Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007. Claudio nació en Vicente López (Buenos Aires) en 1962. En los '70 militaba en la Federación Juvenil Comunista local, mientras cursaba los estudios secundarios. En 1982 estaba haciendo el servicio militar obligatorio en el Liceo Naval Almirante Brown (La Plata). En la guerra, su principal tarea fue estibar la carga de los buques y combatir en la península Camber. Permaneció en las islas desde el 13 de abril al 20 de junio. Ni bien regresó del conflicto, ingresó a la compañía estatal SEGBA (hoy EDENOR), lugar donde trabaja en el presente. En la posguerra, ha participado activamente en distintas agrupaciones de ex-combatientes de Vicente López y ha asistido frecuentemente a las reuniones del Apostadero.

⁸³ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

⁸⁴ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

⁸⁵ Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007.

mucha ropa me parece realmente, nos ofrecieron remeras limpias, toallas limpias. Nos bañamos, comimos.”⁸⁶ Y también les tomaron declaración sobre su accionar en la guerra: “Y en Puerto Belgrano fue lo que siempre más me dolió de todo esto. [...] Llegamos a Espora, y yo lo que quería era irme a mi casa, y de ahí nos llevan a Campo Sarmiento [...], y ahí nos empiezan a ver qué problemas tuvimos, qué hicimos, qué no hicimos, contamos todo lo que habíamos hecho y lo que no habíamos hecho.”⁸⁷

Pero, el ocultamiento fundamentalmente tenía otro objetivo. Al igual que las otras fuerzas, la Armada también intentó imponer silencio a los ex-combatientes sobre sus experiencias en las islas. El mandato de silencio no distinguió jerarquías. Pero según los rangos militares, fueron diferentes las formas de imponerlo. Para los cabos rigió una orden explícita que les prohibía hablar sobre lo que habían vivido en la guerra, como evoca Guillermo Ni Coló:

“Al rato volvió el capitán y nos comunicó que nos llevarían a nuestros respectivos domicilios. (...) El mismo capitán nos acompañó hasta la salida y nos pidió un minuto de atención para decirnos: -“Tengan en cuenta que ustedes van a ser requeridos por el periodismo. Tienen terminantemente prohibido hacer declaraciones acerca de las cosas que vieron, hicieron o pasaron en Malvinas” (Ni Coló, 2004: 64).

Las palabras que le dijeron al entonces cabo principal Ricardo Rodríguez son suficientemente elocuentes sobre la intención de la fuerza de ocultar a la sociedad su pésimo desempeño para evitar profundizar el desprestigio que ya recaía sobre las FF.AA.: “sabemos que no comían bien, sabemos... pero de eso no se habla”.⁸⁸ Así como en esos casos la prohibición fue sólo una orden oral dada por un superior, en otros, ésta fue reforzada por una declaración escrita que los recién llegados debían firmar comprometiéndose a no hablar, y, en ocasiones, fue acompañada de una amenaza hacia sus seres queridos. Ramón Romero, cabo durante la guerra, recuerda dolido esa situación:

⁸⁶ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 28/09/2007.

⁸⁷ Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 26/12/2007.

⁸⁸ Entrevista a Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007. Ricardo nació en Vicente López (Buenos Aires) en 1951. En 1982, era cabo principal (especialidad: furriel) y su destino era la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, se desempeñó como traductor y enlace en la estación de servicio de Puerto Argentino y permaneció en las islas desde el 12 de abril aproximadamente hasta el 20 de junio. En 2001 se retiró de la Armada, pero siguió trabajando hasta tiempos recientes en el laboratorio de Idiomas de la fuerza. Desde los '90 ha asistido frecuentemente a las reuniones del Apostadero, y participa activamente en la agrupación de veteranos de guerra de San Martín.

Nos llevaron a Campo Sarmiento, que era en Puerto Belgrano, un galpón enorme, y nos sentaron a todos en el piso alrededor del galpón. Y en el galpón así en el medio, había como... como mesitas, así, como de escuela, pupitres, así, con dos sillas, con un militar de inteligencia. Y te sentaban a vos adelante, el tipo escribía, te tomaban declaración de todo lo que habías hecho, de qué habías visto, qué opinabas, después te terminaban de tomar declaración, firmabas la hoja, y decían “De esto, no se habla con nadie, esto se tiene que olvidar, recuerden que tienen familia”. Una amenaza viste, como que te podía pasar algo si hablabas de eso, “No se habla con la prensa ni con la familia, ni con nadie”.⁸⁹

Así como la gran mayoría de los cabos sostienen que existió un mandato explícito de silencio – en sus distintas formas –, Abel Mejías – cabo en 1982, hoy suboficial en actividad – no recuerda una orden clara al respecto, pero sí una sensación “como que quedaba algo interno, la ropa sucia se lava en casa.”⁹⁰

En el caso de la oficialidad superior, la situación fue distinta. Si bien también estuvieron horas declarando ante un oficial de inteligencia, ellos no recibieron ningún tipo de advertencia explícita. No era necesario, ya eran condiciones sabidas para los que hacía años eran parte de la fuerza, como se evidencia en el relato del oficial retirado Hugo Peratta:

Hugo: Yo, por disciplina en ese momento le contaba al que le tenía que contar, no a cualquiera que me pregunta “Che, ¿qué pasó?” “No, pará, lo que yo sé es muy importante”

Andrea: Pero no te lo dijeron, ¿el almirante que te tomó la declaración a vos te dijo “De esto no hablés”?

Hugo: No, el tipo sabe [que no debe hablar], o un suboficial tampoco.⁹¹

Ante la prohibición de hablar sobre sus experiencias, el personal de cuadro reaccionó de diversa forma. Mientras algunos naturalizaron el mandato por formar parte de una cultura institucional de silencio que habían internalizado hace años; otros acataron la orden, aunque con bronca e indignación, e incluso algunos se enfrentaron levemente a sus superiores. Por ejemplo, Ricardo Rodríguez se negó a firmar cualquier tipo de planilla luego que le tomaron declaración sobre su accionar en la guerra.

La forma en que la Armada intentó imponer silencio a los conscriptos fue bien distinta. Al ser civiles bajo bandera, y por ende no integrar permanentemente la fuerza, la prohibición explícita o las amenazas fueron excluidas ante las resistencias que podrían

⁸⁹ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

⁹⁰ Entrevista a Abel Mejías, Punta Alta, 17/11/2007.

⁹¹ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

provocar. Por el contrario, en el caso de los soldados, se trataron más bien de sugerencias, “recomendaciones” de que no convenía hablar de la guerra, como afirma el ex-conscripto José Bustamante:

José: Lo único que nos decían, que nos recomendaban que de lo que habíamos pasado que no se hablara, la única recomendación que había.

Andrea: ¿Era una recomendación? ¿No era una obligación?

José: No, una recomendación, lo tomaras como te pareciera, qué se yo, para mí era una recomendación.⁹²

Ahora bien, los actores encargados de dar estas sugerencias fueron distintos según el destino al que retornaban. En el caso de aquellos que permanecieron encerrados algunos días en la Base Naval Puerto Belgrano, como José, los capellanes fueron los “elegidos” para esta misión:

Estábamos también todos encerrados así en un cuadrado ahí, había unos curas que nos hablaban, curas militares, porque los curas tienen militares, con graduación militares, y nos hablaban de lo que habíamos vivido que teníamos que tratar de superarlo y que no teníamos que decir nada, por la tranquilidad de la sociedad y de la familia, para que nadie... esas cosas así. O sea no me acuerdo bien palabra por palabra pero elegantemente era una manera de decir que no teníamos que contar nada de lo que habíamos vivido, elegantemente era así, y nosotros “Sí, sí, sí”. Nosotros nos firmamos nada, porque dicen que algunos firmaron algo, nosotros no firmamos nada, sino que nos dijeron eso.⁹³

En cambio, en el Edificio Libertad, los encargados de sugerirles que guardaran silencio sobre sus vivencias fueron oficiales de inteligencia. El ex-conscripto Julio Casas Parera describe la situación claramente:

Un oficial de inteligencia nos dio una charla y nos recomendó que habláramos todo el tema con la familia, y el círculo más íntimo de gente, porque había mucha animosidad. Dicen “Me consta que habían tirado a un conscripto de un tren de la bronca por haber perdido, habían tirado un conscripto de un tren, no sé si es cierto pero dicen que...”. El tipo manifestó eso, de inteligencia, que bueno, que cualquier cosa que quisiéramos aportar que todo servía, todo era experiencia, que ellos estaban ahí a disposición, para que fueran con oficiales a charlar del tema. Dicen “No se crea que porque es una pavada, no deja de ser importante, nos interesa toda la experiencia, porque todo esto [...]”. No, el tipo habló muy bien, muy sobrio, nada de... al contrario, muy coloquial, eso fue una constante, todo coloquial.⁹⁴

⁹² Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 03/10/2007.

⁹³ Ídem

⁹⁴ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

Como es evidente, si bien los actores son distintos, en ambos destinos los encuentros tuvieron el mismo objetivo – evitar que los soldados divulgaran el pésimo accionar militar en las islas – y similares características. Más que de una prohibición, se trató de charlas informales – en “lenguaje coloquial” dice Julio – en las que les sugerían guardar silencio sobre la guerra para resguardar a sus seres queridos – para que no se preocuparan por su estado – o a ellos mismos – por la reacción de la sociedad. Apelando al mismo recurso, tanto los capellanes como los oficiales de inteligencia pretendían transferir la responsabilidad del silencio a la sociedad, permitiendo que la Armada saliera impune.

Sin embargo, en ocasiones, las reacciones ante estas “recomendaciones” fueron bien distintas a las de los que formaban parte de la fuerza. Mientras algunos naturalizaron el pedido de silencio como un sincero intento de protegerlos, otros lo percibieron como una “charla intimidatoria” – en palabras de Gabriel Asenjo⁹⁵ –, como una “mentira” que sólo buscaba resguardar la salud de la fuerza:

Nos llevaron al Edificio Libertad, entramos por la puerta de atrás [...]. En el Edificio Libertad no nos dejaron salir solos, aparte nos agarró un zumbo [suboficial en lenguaje coloquial] que no teníamos que hablar con nadie, que la gente estaba muy irritada con nosotros, que no hablásemos con nadie, porque habían fajado a un montón de pibes, por eso no nos dejaban salir. Todo mentira.⁹⁶

Y actuaron en consecuencia, enfrentándose a quienes les pedían que callaran sus vivencias:

Vamos al Edificio Libertad y nos hacen firmar una declaración jurada [...] de que no teníamos que abrir la boca, no decir muchas cosas raras, porque no nos convenía, que íbamos a ser asediados por el periodismo ahora, por nuestros familiares, no contemos todo, la guerra todavía no había terminado. Esa fue una charla de inteligencia naval que nos quisieron dar. [...] La charla terminó mal, porque el Loco Luna, este pibe, yo y otros dos más, pero “¿Vos qué hablás?”, eran dos oficiales de inteligencia naval, vestidos muy, este, limpitos ellos con camisa celeste: “No, no hablemos...”, “¿Y vos qué

⁹⁵ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010. Gabriel nació en Hurlingham (Buenos Aires) en 1961. En 1982 estaba haciendo el servicio militar obligatorio en el Liceo Naval Almirante Brown (La Plata). En la guerra, fue mozo en el buque Bahía Buen Suceso y combatió en la península Camber. Permaneció en las islas desde el 13 de abril al 20 de junio. Actualmente, vive en CABA y se dedica a arreglar y mantener locomotoras a vapor. En la posguerra, ha participado frecuentemente en las reuniones del Apostadero.

⁹⁶ Entrevista a Osvaldo Corletto, CABA, 22/06/2010. Osvaldo nació en Capital Federal en 1962. En 1982, estaba haciendo la “colimba” en el Apostadero Naval Buenos Aires. En la guerra, se desempeñó como panadero del buque Bahía Buen Suceso y combatió en la península Camber. Permaneció en las islas desde el 12 de abril al 20 de junio. Actualmente, se dedica al transporte y distribución de mercadería. En la posguerra, ha participado frecuentemente en las reuniones del Apostadero.

hablás, si vos no estuviste?” “¿Y vos a quién...?” “¿Y vos quién sos para hablar, si vos no estuviste conmigo?”. Se armó medio un... un conffronte mal que los tipos se terminan yendo.⁹⁷

Los conflictos que se produjeron ni bien regresaron – “connatos de rebelión” en palabras de Eduardo Iáñez⁹⁸ –, y que se multiplicaron cuando los ex-combatientes se reintegraron a las FF.AA., expresaban el cuestionamiento a la autoridad de los oficiales. En este caso, el punto en tensión era claro: la participación en la guerra. La pregunta era evidente: ¿qué autoridad, qué legitimidad tenían aquellos que no tenían experiencia bélica, que nunca habían visto “una bala de cerca”⁹⁹, para pedirles silencio? Para los protagonistas, ninguna. De hecho, el conflicto se dio por terminado cuando el personal de inteligencia optó por retirarse.

Finalmente, luego del pago de sueldos atrasados, de firmar una declaración jurada por los objetos perdidos en las islas¹⁰⁰, y de darles algo para comer, a medianoche fueron “liberados”, un término usado con frecuencia por los integrantes del Apostadero. Mientras algunos fueron trasladados a sus hogares en colectivos navales, otros pudieron comunicarse telefónicamente con sus allegados para que los fueran a retirar al destino militar. Por fin pudieron tener contacto con la sociedad, retornar a sus hogares y reencontrarse con sus seres queridos, aunque, como veremos en el próximo capítulo, finalmente el regreso y los reencuentros se revelaron imposibles.

“Subversión” en la Armada

En la temprana Transición, los cuestionamientos que tuvo que enfrentar la dictadura militar provinieron no sólo de sectores internos a las FF.AA. sino también externos, y principalmente estuvieron vinculados a su responsabilidad por dos hechos traumáticos del pasado reciente: la derrota en el archipiélago y el terrorismo de Estado implementado en los ‘70.

⁹⁷ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

⁹⁸ Entrevista a Eduardo “Negro” Iáñez, Olivos, 20/04/2010.

⁹⁹ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010.

¹⁰⁰ La mayoría de los ex-soldados afirma que la declaración escrita que firmaron no tenía como objetivo comprometerlos a no hablar – como en el caso de los cabos – si no declarar los objetos que habían perdido durante el transcurso de la guerra.

Paulatinamente, el “problema de los desaparecidos” – como lo denominaba entonces la prensa – comenzó a cobrar inusitada repercusión pública, y empezó a tener nuevos voceros. Además de las organizaciones de DD.HH., “viejos” dirigentes políticos y gremiales, líderes de las juventudes políticas, periodistas, intelectuales, y también – como veremos en el Capítulo 5 – los líderes de las agrupaciones de ex-soldados combatientes que se constituyeron en la posguerra, comenzaron a demandar una respuesta por esa matanza que parecía inconcebible. Claro que los otros reclamos indicados continuaron teniendo vigencia y se sumaron a éste: la difusión de la “verdad” sobre la derrota en las islas, la urgente democratización y la modificación de la política económica. La demanda de que las FF.AA. rindieran cuentas por sus actos fue, sin dudas, un rasgo de época.

La repentina aparición en los medios de comunicación de los crímenes cometidos por la dictadura y la nueva legitimidad que gozaron los reclamos de las víctimas, se comprende si tenemos en cuenta el contexto posMalvinas. En la inmediata posguerra, el desprestigio de las FF.AA. debido a la derrota militar en las islas abrió la posibilidad de criticar más ampliamente a las instituciones castrenses en otras acciones que habían desplegado en los tiempos recientes y, por ende, de otorgar “una nueva significación a la otra *guerra*, contra la *subversión*, que perdió todo consenso en la sociedad” (Vezzetti, 2003: 95). Este clima de cuestionamiento militar habilitó el espacio público para la difusión de los testimonios de los ex-soldados combatientes que revelaban los maltratos y los abusos que habían sufrido por parte de sus superiores, junto a las voces de los sobrevivientes de la represión, y principalmente de los familiares de los desaparecidos, que denunciaban el secuestro, la reclusión y tortura en los centros clandestinos de detención, y el asesinato de miles de ciudadanos argentinos por parte de las Fuerzas Armadas y de Seguridad. En este contexto, grandes sectores sociales asociaron inmediatamente que aquellos que habían cometido masivas violaciones a los DD.HH. en la llamada “guerra antisubversiva” eran, también, los responsables de la derrota en las islas, lo que condujo a una profunda “demonización” de los militares.

Las movilizaciones sociales demandando una respuesta al “problema de los desaparecidos” comenzaron a sumar decenas de miles, y formaron parte del renacimiento de la sociedad civil que caracterizó los tiempos de posguerra (Novaro y Palermo, 2002: 512). Ante las amenazas por las demandas – primero – de “verdad” y después de “justicia” de los

organismos de DD.HH. y de amplios sectores sociales (Jelin, 1995), las FF.AA. se abroquelaron contra toda revisión que implicara un cuestionamiento de la “guerra contra la subversión” – aquel hecho que enorgullecía a los militares, quienes se autorepresentaban como “salvadores de la nación” frente a un enemigo ajeno al “ser nacional” (Salvi, 2012) – y más aún frente a cualquier posibilidad de judicialización.¹⁰¹

A estos cuestionamientos sociales, se sumaron otros frentes de tormenta que eran más grave aún desde la perspectiva de las FF.AA.: las acusaciones cruzadas entre las fuerzas y los cuestionamientos por sus actuaciones en la guerra de Malvinas. En esta coyuntura en la que las rivalidades interfuerzas estallaron por los “pases de factura” motivados por la derrota en las islas y que las rupturas del pacto de silencio de Malvinas pero también de la “guerra sucia” eran una presencia casi diaria en la prensa, el desprestigio militar no podía ser mayor. El panorama de la posguerra era de una profunda corrosión de la autoridad militar.¹⁰²

Cada una de las fuerzas salió más o menos debilitada de este profundo cuestionamiento social, según su grado de intervención en el sistema represivo y el rol desempeñado en el conflicto del Atlántico Sur. Si la Fuerza Aérea fue la que salió “mejor parada” – porque su accionar en el conflicto había sido relativamente mejor y el más publicitado, y su participación en la represión había sido menor y a la vez la menos difundida –, indudablemente el Ejército fue el que se llevó las peores críticas. Su involucramiento en la “guerra sucia” había impactado fuertemente en la opinión pública (por su misma magnitud era la fuerza que más centros clandestinos de detención había desplegado en todo el país), y su pésimo desempeño en las islas se difundió rápidamente

¹⁰¹ El 29 de abril de 1983 la Junta Militar publicó el “Documento Final sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo” en el que negaba la existencia de los centros clandestinos de detención, y afirmaba que los desaparecidos que no se encontraban “exiliados o en la clandestinidad” estaban muertos, que las acciones del personal en la “guerra contra la subversión” debían ser consideradas como actos de servicio y, por ende, que las FF.AA. únicamente se someterían al juicio histórico. Meses después, promulgó la Ley de Pacificación Nacional N° 22.924 por la que se declaraban extinguidas las acciones penales por delitos durante la “guerra sucia” (Canelo, 2008: 209-212). Estas medidas impulsaron actos de repudio organizados por los organismos de DD.HH. La cantidad de asistentes a dichas movilizaciones es un dato demostrativo de hasta qué punto la derrota en las islas habilitó el espacio de escucha y reconocimiento de las voces de las víctimas del terrorismo de Estado (y sobre todo de los familiares de desaparecidos): “Si en abril de 1982 unas 3.000 personas se habían reunido en la Plaza de Mayo convocados por las Madres de Plaza de Mayo, en octubre y diciembre del mismo año la *Marcha por la Vida* y la *Marcha de la Resistencia*, respectivamente, congregaron a más de 10.000 personas cada una. En abril de 1983, la marcha en repudio Informe Final elaborado por el régimen militar reunió a 50.000 manifestantes” (Lvovich y Bisquert, 2008: 28)

¹⁰² Sobre la situación en que se encontraban las FF.AA. en la Transición, ver: Verbitsky (1985, 2006), Fontana (1988), Acuña y Smulovitz (1995), Novaro y Palermo (2003), Lorenz (2006), Canelo (2006, 2008).

debido a las denuncias de los conscriptos que habían permanecido por más de dos meses en las trincheras enfrentando condiciones deplorables (Lorenz, 2006).

La situación posMalvinas en la Marina también era muy delicada. La fuerza enfrentaba acusaciones casi diarias por los crímenes cometidos en el corazón de la ESMA – que desde temprano se convirtió en un símbolo de la represión ilegal¹⁰³ – y por la inacción de la flota de guerra en Malvinas (aún más, habiendo sido esta fuerza la que más había presionado para la toma de las islas). Algunos integrantes de la plana mayor naval durante el conflicto salieron a responder a estos últimos cuestionamientos en intentos casi desesperados por pedir comprensión, excusándose en la superioridad de la flota inglesa. Por caso, el contraalmirante Allara, comandante de la Flota de Mar, sólo atinó a decir que la “flota hizo lo que pudo y algo más” (*Gaceta Marinera*, 14/4/1983) y que “lo que hizo y lo que no se pudo hacer, fue siempre producto de un profundo análisis profesional, con ponderación y con realismo” (*Convicción*, 29/9/1982).

Esas acusaciones provenían no sólo de las otras fuerzas y de la sociedad en general, sino también del interior de las filas navales. Las fricciones internas comenzaron a arreciar en la fuerza. La Armada – al igual que el Ejército – se hallaba en un estado de deliberación permanente. Quizás, el punto máximo de conflictividad salió a la luz cuando el contraalmirante Zariategui – comandante del Área Naval Austral durante la guerra – se alzó contra el comandante en jefe de la Armada, presentando una proclama de 17 puntos en una conferencia de prensa, entre los que incluía el pedido de determinar las responsabilidades por la derrota, de explicar por qué la flota no había intervenido en el conflicto, por qué Anaya no había comunicado la planificación del desembarco y, más aún, por qué no había escuchado las sugerencias del Almirantazgo. Si bien a la sublevación no se plegaron otras unidades, lo cierto es que la popularidad que gozó Zariategui durante esos días y luego en el juicio al que lo sometieron, demuestra que el petitorio realmente difundía “el pensamiento de la Armada” – como afirmó el protagonista (*Clarín*, 15/04/1983) –, y daba cuenta de

¹⁰³ Ello debido a la cantidad de detenidos-desaparecidos que pasaron por sus calabozos y a la repercusión pública nacional e internacional de algunos casos de desaparición (como los de Héctor Hidalgo Solá, Elena Holmberg, Marcelo Dupont, la ciudadana sueca Dagmar Hagelin, las monjas francesas y los padres palotinos). Sobre el centro clandestino de detención que funcionaba en la ESMA, ver: CONADEP (1985), Novaro y Palermo (2003), Uriarte (2011). Sobre los tres juicios (2007, 2009, 2012) por la “megacausa” ESMA, ver: <http://www.cels.org.ar/esma/>

muchos de los cuestionamientos que quienes habían combatido en las islas se hacían al interior de las filas navales pero que no revelaban públicamente.

En efecto, los ex-combatientes regresaban de la guerra con miles de interrogantes por la actuación de la propia fuerza en la contienda y, en general, por el sentido del conflicto, de su propio sacrificio y de la muerte de sus compañeros. Situaciones de cobardía, miseria, abusos de autoridad o exigencias de nimiedades incomprensibles en tiempos de guerra, habían sido frecuentes en el conflicto, además de la pésima organización estratégica y logística general de la contienda, de la que algunos de ellos fueron no sólo espectadores sino que también sufrieron en carne propia (CAERCAS, 1983; Rodríguez, 2008).

Los jóvenes bajo bandera y el personal de cuadro de rangos inferiores habían sido testigos del mal desempeño de algunos superiores en la guerra y se reintegraban a la Armada con indignación y bronca con aquellos que no se habían comportado a la altura de las circunstancias, incluso poniendo en riesgo su propia vida. En la larga posguerra, muchos esperaron el momento oportuno para saldar cuentas:

[En Camber] El tipo toma en cuenta que la posición mía era la mejor [...]. Me mandaba siempre a mí a hacer guardia, había bronca conmigo, mal, bronca que en un momento dije “este en cuanto se arme la catanga, le pongo un tiro en la cabeza, total los tiros vuelan para todos lados”. Muy mal. Pero “¿Quién hace la guardia?” “Guida” “Pero...” “Guida, ¿qué me va a discutir?” “No, está bien” y yo hacía guardias en los peores turnos. [...] Y bueno, el tipo me tuvo de punto mal, cosa que después de mucho tiempo, yo fui a dar sangre en el hospital naval para la mamá de un tipo amigo que la habían operado, y me lo encuentro. Yo tenía que ajustar cuentas con ese hombre, estaba esperando así para dar sangre, y él venía por el pasillo caminando, él me vio, cuando me vio alza a la nena que tenía 3 o 4 años, y yo vi, y da vuelta la cara y se pone a hablar con un tipo, y yo digo “este se quiere salvar del escándalo”. Y le di la oportunidad que se salve del escándalo, yo lo quería cagar a trompadas de una, fue con el único tipo que tuve rencor y no me preguntes por qué pero lo pude saldar, o sea, le perdoné la vida, ya está.¹⁰⁴

El caso del ex-soldado Claudio Guida fue uno entre tantos otros. Recordemos que estas fricciones y tensiones fueron comunes en el Apostadero, no sólo entre civiles y militares sino también entre personal de distinto rango. Por ejemplo, el oficial Hugo Peratta, que cuando fue a la guerra tenía una trayectoria de casi 30 años en la institución, regresó con un sabor amargo en la boca debido a su frustración profesional por haber sido enviado a

¹⁰⁴ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007. En la posguerra, los casos de soldados que se enfrentaron violentamente con sus superiores en la vía pública fueron frecuentes y muy publicitados. Ver: *Somos*, 17/12/1982.

combatir en el frente de batalla en Camber, función para la que no tenía ningún tipo de preparación, luego de años de formación en otra especialidad:

Hoy yo te dije que la Armada me había preparado durante 30 años para apoyo en la parte técnica en los barcos y en lo aviones, ¿no? Además era el tipo de más grado de esa especialidad y el que más experiencia tenía, por haber estudiado en el extranjero, y por ser el más antiguo de todos [...]. Entonces, yo pensaba que si en algún momento de mi vida, iba a haber una guerra yo iba a estar en el lugar para lo cual me había preparado la Armada, era para reparar los barcos, para que los barcos pudieran tirar, pudieran navegar, entonces yo no voy a ir... a mí no me preparó la Armada para pelear con un grupo en tierra, para tirar con fusil, nada de eso. Entonces, desgraciadamente después de los primeros días de Malvinas, uno de mis superiores me envió al frente del combate, con 100 tipos. [...] A mí estuvieron 30 años preparándome para trabajar con equipos eléctricos especiales, muy especiales, después de haber estudiado tantos años en Europa. [...] Al final terminé en un frente de combate que me enseñaban cómo se tiraba con un fusil, porque yo no sabía tirar.¹⁰⁵

Otros retornaron con una angustia y bronca a duras penas contenida con sus superiores en el continente por haber sido enviados a las islas para cumplir una función para la que no estaban preparados, cuando había otros militares de mayor rango con más experiencia y formación disponibles. Guillermo Klein, el oficial y médico encargado del Puesto de Socorro en la guerra, que sólo hacía tres años que había ingresado en la Armada, explica su indignación con los encargados de Sanidad Naval y con sus superiores del Hospital Naval de Puerto Belgrano, donde trabajaba:

Yo me sentí muy mal manejado por lo que se llamaba la Sanidad Naval [...], la dependencia de la Marina que maneja los médicos. A mí me mandan a Malvinas, yo era médico del Hospital Naval, me mandan solo [...]. Y yo fui a hacerme cargo como médico del Apostadero Naval. Nunca, nunca tuve relación ni comunicación con el Hospital Naval de Puerto Belgrano, o sea, nunca un jefe mío me llamó ni me mandó... bueno, llamar, obviamente no se hablaba por teléfono, pero nunca recibí un mensaje, nunca recibí un telegrama. [...] Si fuera un director de un hospital, y mando un tipo a la guerra, lo mínimo que hago es ver cómo está el tipo. [...] O sea, eso generó un gran disgusto en mí, es decir como diciendo la... la responsabilidad del superior, yo era un tipo, era pollito, calculá, tenía 27, 28 años y era teniente de fragata. El agravante, encima, cosa que me... hasta el día de hoy tengo mucha bronca con eso, yo estaba en tercer año de marino, de carrera, era clínico, no era cirujano, había médicos que habían hecho la especialidad como médico de sanidad en combate, había médicos que habían ido a Europa. Me acuerdo en ese momento, no sé si era el director o el subdirector del hospital naval, fue, había hecho la experiencia de medicina de guerra en Francia, y el tipo no apareció por Malvinas. Era como decir... flaco es una vergüenza.¹⁰⁶

¹⁰⁵ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 11/09/2007.

¹⁰⁶ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 17/08/2007.

Esta sensación de desengaño y decepción con la propia fuerza – o, mejor dicho, con algunas personas concretas –, cuando no de bronca e indignación, provocó cuestionamientos a las jerarquías militares y abiertos enfrentamientos con aquellos que no habían participado en el conflicto – y por lo tanto no eran reconocidos como pares –, o que, habiendo participado, no habían tenido una actuación honorable. Ahora los ex-combatientes se enfrentaban a sus antiguas escalas de autoridad, pues otros valores y pautas morales forjados al calor de la guerra se consideraban prioritarios. Antes que por la antigüedad, el rango y la edad, el respeto a la autoridad pasaba mucho más por haberse desempeñado acorde con las circunstancias en el conflicto, manteniendo la camaradería con sus compañeros, apoyándose mutuamente y compartiendo los elementos materiales y simbólicos aún en las peores situaciones de escasez y riesgo de la propia vida.¹⁰⁷ Como indica Rosana Guber (2004: 36):

“El temor a los actos de insubordinación de parte de quienes fueran los subalternos en el campo de batalla estaba a la orden del día. Como en toda guerra, Malvinas había dado lecciones de valor y cobardía, atributos que no siempre corresponden al grado militar y que no suelen advertirse en el desempeño rutinario en tiempos de paz. Soldados, suboficiales y jóvenes oficiales recordaban, primero en privado y luego públicamente, los abusos de autoridad y actos injustos, el miedo y la depresión que cundía entre los superiores ante la mirada perpleja de sus subordinados en las islas. Al regresar a sus unidades, los suboficiales y oficiales inferiores y medios traían el sabor amargo de la derrota para, otra vez, someterse al principio de antigüedad y jerarquía aún ante quienes no habían pisado Malvinas o ante quienes no habían estado a la altura de las circunstancias. Las nociones de autoridad y obediencia que sustentan la cadena de mandos en una institución militar estaban en seria crisis.”

Estos enfrentamientos que se dieron en el transcurso de la guerra, y sobre todo luego de la rendición, se multiplicaron e hicieron mucho más frecuentes desde que los ex-combatientes pisaron el continente, y principalmente desde que los soldados se reintegraron a la Armada, luego de los 15 días de licencia correspondientes.¹⁰⁸ Entonces, ante una

¹⁰⁷ Sobre las transformaciones que la experiencia bélica opera en los valores y pautas morales de los combatientes, resulta interesante tener presente el caso alemán luego de la derrota en la Gran Guerra. Mosse explica cómo la generación atravesada por la experiencia bélica, proyectaba la camaradería construida en el pasado bélico como expectativa futura para la construcción de la nación, concibiéndola utópicamente como una comunidad de iguales basada en la afinidad y opuesta a la “artificialidad de la vida burguesa”, sus normas de autoridad y sus peores “herencias”: una república corrupta basada en la lucha de clases. Más adelante, algunos integrantes de esta generación terminaron siendo parte de la extrema derecha alemana (Mosse, 1990: 167).

¹⁰⁸ Cuando regresaron de la guerra, a los conscriptos clase 1962 que habían ingresado en las primeras tandas a la Armada los dieron inmediatamente de baja porque ya habían cumplido los 14 meses del servicio militar obligatorio. Pero aquellos que pertenecían a la clase 1963 o eran clase 1962 pero formaban parte de las

situación que percibían como un absurdo y un sinsentido, algunos conscriptos, como Marcelo Padula – miembro de una tradicional familia naval –, se negaron a presentarse: “A mí me vino a buscar la PM [Policía Militar], me dieron una semana y me tomé como un mes, me vino buscar la PM, sí [...] A Egudisman lo pusieron preso y a mí, por la relación con mi tío, X. [el jefe] no me acusa.”¹⁰⁹

En otros casos, se presentaron tras los días de licencia, pero su actitud parecía muy diferente de aquella con la que habían ingresado a la “colimba”. Cierta comportamiento desafiante hacia los superiores que “nunca habían visto de cerca una bala o una bomba” como suelen decir, o de cuestionamiento a las normas y las actividades que realizaban, a las que no le encontraban sentido o les parecían banales, fue frecuente punto de fricción. Ricardo Pérez reflexiona al respecto:

Yo terminé la colimba de traje, bueno, fui de traje, me quisieron dar el uniforme tres, cuatro veces, les dije que no, “no quiero”. Y después, yo pienso el sentido de responsabilidad es una cagada, una cagada, te juega en contra, porque yo tendría que directamente no haber ido más. [...] Yo seguí yendo, pero yo no hacía guardia, trataron de ponerme de guardia, pero me negué. [...] Porque era un poquito lo que pasaba en el colegio con el tema del boletín, o sea, es como que esas pautas yo ya de ahí en adelante no manejaba más esas pautas ni nada.¹¹⁰

De todas formas, algunos soldados integrantes del Apostadero tuvieron que continuar en el servicio militar obligatorio hasta un año después del conflicto bélico. El caso del conscripto clase 1963 Fernando González Llanos, que permaneció en su destino hasta abril de 1983 y que fue a Malvinas con una instrucción de tres meses con el antiguo fusil Garand

últimas tandas de ingreso, tenían que terminar la “colimba” por el tiempo que restaba. En el caso de los conscriptos clase 1963 que estuvieron varios meses cumpliendo con el servicio militar obligatorio, aquellos meses en los que el “problema de los desaparecidos” irrumpió en la prensa, la crítica a la Armada por los crímenes cometidos también puede haber jugado un rol en los cuestionamientos y fricciones protagonizados por ellos al interior de la fuerza; más aún, si tenemos en cuenta que las agrupaciones de ex-soldados que se conformaron en la posguerra se apropiaron de ese reclamo. De todas formas, no hay registro de ello en las entrevistas de los integrantes del Apostadero. Ello puede deberse a que para ellos la marca de la guerra en sus vidas era el eje desde donde cuestionaban la autoridad militar, y en cambio percibían el otro reclamo más ajeno o distante a sus experiencias.

¹⁰⁹ Entrevista a Marcelo Padula, CABA, 19/04/2010. Marcelo nació en Capital Federal en 1961. En 1982, estaba cumpliendo el servicio militar obligatorio en el Edificio Libertad. Fue a la guerra como voluntario, permaneció en las islas del 29 de abril al 20 de junio, e integró el destacamento de seguridad que fue enviado al buque Río Carcarañá. Actualmente, se desempeña como auxiliar en una institución educativa. Fue uno de los fundadores de las reuniones del Apostadero (aunque hoy no las organiza), y ha asistido frecuentemente a las mismas. En cuanto a la transcripción de los testimonios, los nombres de aquellas personas que no fueron entrevistadas no son indicados.

¹¹⁰ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

Beretta y aprendió lo básico para usar el FAL (Fusil Automático Liviano) en las islas, resulta paradigmático al respecto:

Igual, yo estuve haciendo la colimba hasta abril de 1983, haciendo guardias, prácticas de tiro, tuve que aprobar las condiciones de tiro con FAL. Ahí sí me dieron el FAL, para aprobar las condiciones de tiro ahí en Tiro Federal. Hice tiro acostado, rodilla a tierra [...]. Viéndolo para atrás yo me tendría que haber ido a mi casa, y decirle “mirá, venime a buscar, venime a buscar porque esto es una pelotudez”. ¡¿Hacerme rendir las condiciones de tiro?! ¡¿Para que apruebe las condiciones de tiro?! Y si no era bueno, ya está, listo.¹¹¹

Estos cuestionamientos a las jerarquías militares no fueron privativos de los conscriptos. También muchos militares denunciaron abiertamente a sus superiores en las declaraciones que realizaron ni bien regresaron, testimonios que luego serían utilizados por las comisiones investigadoras de la fuerza.¹¹² En efecto, el oficial Hugo Peratta denunció a quienes lo habían enviado a combatir a la península Camber sin considerar su especialidad. Si bien los integrantes de la comisión “lo escucharon atentamente” mientras explicaba su caso, no tuvo ningún tipo de respuesta: “¿Y qué me van a decir? No tienen contestación”.¹¹³

En estas declaraciones salieron a la luz las fricciones que habían atravesado todo el conflicto. Por ejemplo, por el enfrentamiento constante con uno de sus superiores, Roberto Coccia obtuvo una foja de concepto crítica de su actuación en las islas, que luego fue desmentida por otro de sus jefes.

Asimismo, el capitán Adolfo Gaffoglio – el jefe del Apostadero – fue lapidario con la actuación de la fuerza y la planificación del conflicto en el informe sobre su desempeño que presentó a la Armada en agosto de 1982. En el mismo, Gaffoglio se adelantaba a las

¹¹¹ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

¹¹² Cada una de las fuerzas constituyó comisiones para investigar su desempeño en las islas, determinar las responsabilidades por la derrota y las condecoraciones por las actuaciones excepcionales, paso previo para establecer los ascensos y pases a retiro correspondientes. La Comisión de Análisis de las Acciones de Combate de la Armada (COAC), además, tuvo por objetivo extraer las enseñanzas correspondientes de la guerra para mejorar la doctrina en todos los niveles. La COAC terminó su actuación en 1986 y como resultado presentó un informe a la cúpula naval de carácter confidencial (Mayorga y Errecaborde, 1998: 13). Recién en 1998, Horacio Mayorga (un integrante de la COAC) publicó una obra realizada en base a ese informe. La situación del resto de las fuerzas fue dispar. Mientras el Ejército decidió publicar su informe oficial – pero no así los anexos – que era bien crítico de su actuación tan temprano como en 1983, la Fuerza Aérea optó por declararlo confidencial y recién publicó un relato de su desempeño en la guerra en 1998. Ver: Ejército Argentino (1983), Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea (1998).

¹¹³ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

conclusiones a las que arribarían las comisiones investigadoras tiempo después con el objeto de hacer frente a los posibles cuestionamientos a su actuación:

“En el caso especial del Apostadero Naval Malvinas deben resaltarse los siguientes hechos:

- a) En ninguna hipótesis de conflicto se previó el empleo de la ARMADA contra la Marina británica.
- b) En los planes de Operaciones se consideró como sumamente improbable que en caso de conflicto Gran Bretaña adoptase la capacidad del enemigo más peligrosa de “Reconquistar las islas empleando todo su potencial bélico”. Sin embargo se aceptaba que de emplearse esta capacidad por el enemigo, impediría el cumplimiento de la misión.
- c) Según CASTEX “La consideración de las eventualidades del conflicto y de las operaciones que deben encararse, induce a elegir las bases que es conveniente poseer y su organización forma parte de la preparación del futuro teatro de operaciones, del cual es el complemento indispensable de todo plan bien concebido.”
- d) Para el Apostadero Naval Malvinas se previó inicialmente (2 de abril de 1982) funciones para prestar apoyo y sostén a acciones de paz o a la capacidad menos peligrosa del enemigo, la de “No intentar la reconquista de las islas” (...)
- e) No se definió ni delimitó, las capacidades ni obligaciones concretas que debía poseer el Apostadero Naval Malvinas.
- f) A partir del anunciado bloqueo naval por medio de submarinos nucleares británicos, fue evidente que la ARMADA había perdido su capacidad ofensiva, que no contaría con un adecuado sostén logístico móvil y no estaría en condiciones de proyectar su poder naval integral.
- g) También a partir de lo anteriormente citado debía preguntarse cuál debía ser el dimensionamiento del Apostadero Naval Malvinas dado que los requerimientos que le fueron efectuados excedían la organización prevista. Así se prestaron servicios de Apostadero (provisión de víveres, combustible y agua) y otros correspondientes a una Base como ser: brindar seguridad y defensa.”¹¹⁴

También aparecieron otros conflictos producto del mal funcionamiento de las comisiones investigadoras. Así se observa en la situación vivida por Sergio Fernández, uno de los cabos más jóvenes de la unidad, que había navegado por cada rincón de las islas en distintos buques menores y había estado bajo ataque en varias ocasiones, quien reclamó ante su jefe en la Base Naval Puerto Belgrano porque lo había pasado “sin novedad” durante la guerra:

Yo le dije: “Bueno jefe, mire, entre las muchas cosas que me pasaron, para que usted me mande la carta al Estado Mayor Conjunto o al almirante, a quien tenga que mandar” [el jefe le pregunta:] “¿Por qué? ¿Qué le pasó?”, [y Sergio responde:] “A mí me pasaron sin novedades ustedes”. [...] A mí me hundieron un barco, me ametrallaron aviones, casi me muero congelado, es toda una historia” “¡Uy! pero yo la pasé sin novedades, si hago una nota ahora me van a sancionar a mí” me dice, “Si le cabe,

¹¹⁴ Informe de Adolfo Gaffoglio a la Armada, 05/08/1982. Subrayados y mayúsculas en el original.

jefe, le cabe” le digo [...]. Y ahí me puso castigo a mí, estuve 30 días castigado [...] por contestarle mal, que esto y lo otro. ¿Qué le vas a preguntar de Malvinas? Nunca más le pude decir nada.¹¹⁵

Para tratar de evitar estos conflictos de autoridad, por caso el de los ex-combatientes que expresaban críticas – sea por la falta de reconocimiento a su actuación (Sergio Fernández), sea por la actuación de sus superiores (Hugo Peratta o Adolfo Gaffoglio) –, la fuerza promovió diversas medidas. Por un lado, como indiqué, creó comisiones investigadoras encargadas de esclarecer lo que había sucedido en la guerra y las responsabilidades ante cada situación confusa, al tiempo que construyó su propia memoria del conflicto reivindicando la guerra en clave de “gesta” y “héroes” – como veremos en el Capítulo 6. En paralelo, la Junta Militar – que se reconstituyó en septiembre de 1982, previo retiro de Anaya y Lami Dozo – impulsó una investigación oficial y para ello creó la Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS), presidida por el general retirado Benjamín Rattenbach.¹¹⁶

Por otro lado, la Armada implementó distintas sanciones a quienes subvertían el orden y cuestionaban la autoridad. La cúpula naval – así como del resto de las fuerzas – fue renovada íntegramente, con lo cual, se retiraron o dieron de baja las máximas autoridades durante la guerra para evitar posibles fricciones. Además, a aquellos combatientes que eran más conflictivos los castigaron con días de prisión o trasladándolos a otros destinos alejados de los centros de decisión y de sus antiguos subordinados o superiores. En efecto, las

¹¹⁵ Entrevista a Sergio Fernández, Punta Alta, 21/12/2007.

¹¹⁶ La CAERCAS estuvo conformada por dos militares retirados de cada fuerza antes del 24 de marzo de 1976 y fue constituida para responder a la demanda social sobre la guerra. Sin embargo, luego de que la Comisión presentó el “Informe Rattenbach” – como se lo conoció en su momento – a la Junta Militar en septiembre de 1983, éste fue declarado confidencial inmediatamente por considerarlo demasiado crítico. No obstante, sólo días después el documento se filtró a la revista *Siete Días*. Su publicación causó una gran conmoción y alimentó el desprestigio militar. El informe era lapidario: “La Junta no estuvo en condiciones de controlar los acontecimientos ni de medir la probable reacción británica, ya que la ocupación de las islas Malvinas, con el propósito de encaminar favorablemente las negociaciones, concluyó en una escalada militar. (...) Tal situación trajo aparejada una serie de medidas irreflexivas y precipitadas que la convirtieron en una aventura militar, sobre todo cuando se hizo efectiva la reacción británica y no se tuvieron implementadas las alternativas diplomáticas para neutralizarla” (*Siete Días*, 22/11/1983). En base a este informe, la Junta Militar decidió juzgar a las máximas autoridades responsables de la guerra. El juicio comenzó a fines de 1983, pero finalizó recién tres años después en mayo de 1986. En un principio, el Consejo Supremo de las FF.AA. condenó a Anaya con la pena máxima de 14 años de prisión, a Galtieri a 12 años y a Lami Dozo a 8 años. Luego, el fallo fue revisado por la Cámara Federal, la cual el 31 de octubre de 1988 igualó las penas de los tres comandantes en jefe a 12 años de prisión y los destituyó. No obstante, la pena fue apelada por los condenados, y al final se redujo considerablemente debido a los indultos otorgados por decreto por el presidente Carlos Menem en octubre de 1989.

fricciones recién descritas en el grupo Apostadero dan cuenta de esas sanciones disciplinarias: Sergio fue castigado por 30 días, Adolfo se retiró de la fuerza poco tiempo después de la guerra¹¹⁷ y Hugo fue asignado a un buque que estaba en pésimas condiciones. Sin ningún tipo de consideración por haber estado dos meses y medio en el conflicto, alejado de sus allegados y con las marcas de la guerra bien frescas – tengamos en cuenta que el destino de Hugo hasta la guerra había sido el Crucero General Belgrano –, el oficial fue destinado al buque e inmediatamente salió a navegar:

Lo que me molestó mucho que después de los 15 días de vacaciones que me dieron, no tenía ropa todavía, y me había llegado el pase a otro barco, en vez de dejarme en tierra, para limpiar un poco todas las heridas ¿no? Me mandaron a otro barco, y yo al día que fui, al día siguiente, salí a navegar de vuelta. Decí que a los 6 meses lo radiaron, a los 6 meses lo sacaron de servicio porque estaba hecho mierda. Eso fue lo que más me molestó, que no me hayan dejado en tierra, eso fue lo que más me molestó, y eso lo dije, lo grité.¹¹⁸

Si esas medidas tomadas por la Armada podían resultar más o menos eficaces para mantener la disciplina y el orden entre el personal de cuadro, la situación de los civiles bajo bandera era bien distinta; en mayor medida porque los conscriptos estaban integrando temporalmente la fuerza en cumplimiento del servicio militar obligatorio, con lo cual los castigos ejemplares ante quienes veían en su futuro cercano la baja no daban el mismo resultado que con aquellos que habían elegido la carrera militar y pretendían, en algunos casos, continuar la misma. Sencillamente, luego de la guerra, ya no había castigo que intimidara, como evoca Osvaldo Corletto: “Seguí haciendo la colimba, seguí haciendo guardia acá. Imaginate, me mandaban al puesto 2 atrás, y a la noche me sacaba el casco, me sentaba y me quedaba dormido, y un día me agarró un cabo: “¿Y qué, me vas a mandar a Malvinas?!” porque era verdad, viste, “¿cómo me vas a castigar?”.”¹¹⁹ Ahora, a la Armada se

¹¹⁷ En la entrevista, Gaffoglio es renuente a hablar de su posguerra. Si bien no es posible llegar a saber claramente en qué condiciones se retiró o si lo pasaron a retiro, sí es claro que ello está vinculado a sus cuestionamientos por la actuación de sus superiores en la guerra. Al reflexionar sobre su necesidad de hablar del conflicto luego de 25 años de silencio, Adolfo afirma: “Ayer fui a la reunión de mis compañeros, y la mitad, un cuarto de mis compañeros fallecieron, y yo estoy conciente que ya pasó mucho tiempo. Ahora ya pasó la historia de que alguna vez dije algo que cayó mal, pero yo estuve en la guerra, digo, pero cuando yo la leo, esta guerra la ganamos” (Entrevista a Adolfo Gaffoglio, CABA, 30/11/2007).

¹¹⁸ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007. En el hundimiento del Crucero falleció el 60% del personal que integraba la división que lideraba Hugo.

¹¹⁹ Entrevista a Osvaldo Corletto, CABA, 22/06/2010.

le presentaba un claro dilema: ¿Qué hacer con aquellos conscriptos que volvían de la guerra con esta actitud de desafío a las jerarquías militares?

En algunos casos, la fuerza intentó poner un límite a esos cuestionamientos para evitar que se agudizaran o se propagaran entre los conscriptos, tomando similares medidas represivas que con el personal de cuadro y que eran comunes en el servicio militar obligatorio. Por ejemplo, el entonces “colimba” Alejandro Egudisman estuvo encerrado en un calabozo gran parte del tiempo hasta que le dieron la baja porque se negaba a respetar las órdenes que percibía injustas y ridículas:

Después de la guerra medio me enojé, medio me enojé porque me siguieron haciendo hacer la colimba. Me recargaron de guardias, yo tenía que hacer las guardias de mis compañeros que habían estado recargados de guardias cuando yo fui a la guerra, una cosa increíble. [...] Encima, ya le habías perdido el respeto, el miedo lo habías perdido hacía rato, que te de instrucción un tipo que no tenía ni puta idea de qué estamos hablando [...]. Me encanaban, porque como no daba bola, me iba de las guardias, hacía lo que quería, entendés, me encanaban.¹²⁰

Con los mismos objetivos, la Armada intentó aislar a los soldados que regresaban evitando que tuvieran contacto con sus antiguos compañeros del destino:

Cuando volvimos no nos dejaban hablar con nuestros compañeros. Yo llegué al Liceo, y nos ven nuestros compañeros, porque, claro, éramos los únicos dos que habíamos ido a Malvinas, y se nos vinieron todos arriba. Los rajaron a todos, nos llamaron por parlante “Asenjo, Soler, presentarse en la guardia”, “Ustedes se tienen que ir, ya están de licencia”.¹²¹

Sin embargo, en otras ocasiones, la política de control de la “subversión interna” chocaba con el respeto, la gratitud y la admiración de los superiores hacia aquellos que habían luchado en las islas. Así, algunos superiores a cargo del destino tuvieron cierta actitud de deferencia con aquellos que habían ido a Malvinas, quienes gozaron de algunos beneficios en las prácticas; por ejemplo, desde que regresó de la guerra, Fernando González Llanos tenía el raro privilegio de que no lo “bailaran”: “Estando de guardia, alguno hacía algo y los hacían bailar a todos; bueno, a mi me ponían a un costado, obviamente [...]. O,

¹²⁰ Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010. Alejandro nació en Capital Federal en 1962. En los '70, militaba en el Partido Socialista Popular, mientras cursaba los estudios secundarios. En 1982, era conscripto y su destino era el Edificio Libertad. Fue voluntario a la guerra, permaneció en las islas desde el 28 de abril al 20 de junio, y sus principales actividades fueron la estiba de los buques y el combate en Camber. En la posguerra, se ha dedicado a diversas actividades. Desde los '80, ha participado frecuentemente en las reuniones del Apostadero.

¹²¹ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010.

por ahí, una guardia yo le decía “dame el puesto 4” que era la guardia más corta.”¹²² Y también de respeto para con sus experiencias que eran el clímax de la carrera de todo militar, por parte de superiores que no habían ido a Malvinas, como rememora Ricardo Pérez:

Todos estos boludos se habían metido para ser militar y los que habíamos estado en la guerra, éramos nosotros, entonces es como que yo, yo, tengo esa experiencia. Y ojo, muchos militares querían hablar con nosotros de lo que pasó y de cómo lo habíamos vivido [...]. Y muchos me reconocieron que sí, que la vivencia mía, que era el clímax de la carrera militar, ellos no lo habían tenido [...] Es como que te da cierto estatus, sí.¹²³

También, Julio Casas Parera recuerda cierto respeto y admiración por su experiencia de guerra por parte de sus superiores del Apostadero Naval Buenos Aires:

Había de todo: gente que te saludaba con cierto dejo de admiración, [...], y gente que manifestaba su envidia sana, sana envidia, como el segundo del Apostadero que me dijo “me parece mentira, yo me preparé toda mi vida para esto, y no tuve la suerte que... me anotaran. Y usted que está haciendo el servicio militar, cosa fortuita y pasajera... pudo participar de esa gesta”. Pero me lo dijo muy de adentro, me impresionó, ese fue el que más me impactó.¹²⁴

Finalmente, con el objetivo de evitar las continuas tensiones que se producían, en algunos destinos, la Armada optó por darles licencia hasta el día de la baja. Ese fue el caso de Julio, quien en un principio retornó a su destino a cumplir con su función de mozo y asistente del comandante, pero su regreso fue por poco tiempo:

Estaba completamente descolocado, porque para mí lo que hacía antes era completamente intrascendente, secundario, volver a hacer eso era como... Sí, lo hacía, pero lo hacía porque eran funciones que había que cumplir. [...] Entonces, el cabo me dice “en la cena de camaradería va a tener que buscar un uniforme para venir a servir”, le dije “no, no me siento para servir – le digo – francamente, no me siento”, “tenés que venir...” se puso medio... [...] medio loco. No sé qué paso, pero después a todos los que habíamos vuelto nos dieron licencia total, a mí me dieron licencia hasta la baja porque ya faltaba poco tiempo.¹²⁵

La fuerza también optó por negar el ingreso a sus filas de los conscriptos que habían luchado en las islas y pretendían continuar la carrera naval; o, por lo menos, de aquellos que los encargados de personal percibían como más conflictivos. Ese fue el caso de Antonio

¹²² Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

¹²³ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

¹²⁴ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

¹²⁵ Ídem

Gulla, que fue a inscribirse en la Armada al poco tiempo de regresar de la guerra. Sin embargo, un suboficial a quien conocía del conflicto porque había pertenecido al Apostadero y con quien había tenido algunas fricciones en las islas, le negó el ingreso:

Me quería quedar, total, si yo estaba bien, y me gustó, me gustaba, además lo llevaba adentro, milico. Y este zumbo X, no sé qué, me agarra, voy un día al Edificio [Libertad] para hacer los pelpa, antes de irme, o apenas me habían dado la baja, no me acuerdo, fui para hacer las cosas. Y bueno, voy, y resulta que me dicen que no: “no, no, estuviste en Malvinas”, qué se yo. Pero aparte él había estado conmigo.¹²⁶

Los costos de la derrota que debió enfrentar la Marina no sólo se encarnaron en estas “subversiones internas” y aquellas otras “externas” – de las otras fuerzas y de la sociedad en general – debido a los “pases de factura” por la responsabilidad en el conflicto. Ahora, también, la fuerza debía implementar políticas para contener a los sobrevivientes de la guerra, y, como veremos a continuación, su actuación en la posguerra fue como menos insuficiente, al igual que durante el conflicto.

Decepciones y retiros

Desde que se reincorporaron a la fuerza, quienes habían combatido en las islas no recibieron más que desilusiones; el choque entre sus expectativas y la realidad no podía ser más profundo. Si antes de regresar imaginaban y anhelaban que tendrían un reconocimiento por el sacrificio realizado en las islas, tanto por parte de la sociedad en general como principalmente de la fuerza que los había enviado a combatir, tan pronto como pisaron el continente se vieron defraudados.¹²⁷ En la posguerra, la Armada no sólo implementó todo tipo de estrategias para ocultar a los combatientes y silenciar sus vivencias en una guerra de

¹²⁶ Entrevista a Antonio Gulla, CABA, 26/06/2012. El “Tano” nació en San Isidro (Buenos Aires) en 1962. En 1982, estaba haciendo el servicio militar obligatorio en el Apostadero Naval Buenos Aires. En la guerra, se dedicó principalmente a estibar la carga de los buques, asear el buque Bahía Buen Suceso, participar en el minado de la bahía de Puerto Argentino y defender el Faro. Permaneció en las islas desde el 12 de abril hasta el 20 de junio. Desde antes del conflicto, trabaja en una fábrica que diseña y produce objetos industriales. En la posguerra, ha asistido asiduamente a las reuniones del Apostadero.

¹²⁷ Esas sensaciones fueron generalizadas entre todos aquellos que regresaron de la guerra. Un informe de la Comisión Nacional de Ex-combatientes de julio de 1997 sobre la situación en que se encontraban los ex soldados en la posguerra, señala las siguientes cifras bajo el subtítulo “Sensaciones al volver de Malvinas”: Alegría, alivio, felicidad por volver: 38%, Desilusión, frustración, defraudación, sensación de inutilidad: 40%, Angustia, dolor, descontento, mal, bajón: 34%, Odio, bronca, indignación: 29% (1997: 12).

la que ahora parecía avergonzarse, sino que, en ocasiones, brilló por su ausencia o insuficiencia en las medidas de contención, reconocimiento y reparación hacia quienes habían luchado o los familiares de los caídos.

Lo cierto es que para las FF.AA. la guerra de Malvinas era una experiencia inédita: había sido la primera derrota militar en el siglo XX en una guerra regular combatida principalmente por civiles bajo bandera. Tanto el hecho de tratarse de una guerra perdida como el masivo involucramiento de conscriptos en ella, son elementos que es necesario tener presente para explicar el comportamiento militar hacia sus veteranos en la posguerra.

Por un lado, la situación en que se encontraban las FF.AA. nos puede dar algunos indicios que permiten explicar la indiferencia y/o desconsideración con que trataron a los protagonistas del conflicto. Tengamos en cuenta que, en la posguerra, las FF.AA. tuvieron que ocuparse de múltiples tareas que percibían más urgentes. Como vimos, la dictadura militar no sólo debió abocarse a la transición democrática, en el marco de un profundo desprestigio castrense, sino también a la reconstitución de su unidad interna. Para ello, la defensa del “triunfo” en la “guerra antisubversiva” – desde su perspectiva – jugaba un rol fundamental, ya que a diferencia de la derrota en Malvinas, la “guerra sucia” era un hecho que no generaba disputas internas. Sin embargo, las insistentes demandas sociales de revisión y juzgamiento por los crímenes cometidos que amenazaban la estabilidad interna de las FF.AA., motivó que el régimen militar centrara su atención en la defensa de aquel acontecimiento aglutinante al interior de las fuerzas. Frente a estas urgencias, las medidas de contención, reconocimiento y reparación destinadas a los ex-combatientes de la derrota quedaron en un segundo plano.

Por otro lado, si tenemos en cuenta el pasado de las FF.AA. en relación al tratamiento dado a los allegados de los detenidos-desaparecidos y la cultura institucional de maltrato y abuso de los soldados (Calveiro, 2005), la actitud propiciada hacia los civiles bajo bandera y hacia los familiares de los caídos, desaparecidos o heridos en Malvinas no resulta tan sorprendente. En tal sentido, las improvisaciones y demoras en la resolución de algunas cuestiones que deberían haber tenido respuestas inmediatas, como las irregularidades a la hora de informar a los familiares de los muertos, la demora en llegar a una decisión sobre lo que iban a hacer con los cuerpos en las islas (*Convicción*, 02/12/1982; *Clarín*, 18/01/1983) y en declarar muertos a los desaparecidos, se parecen demasiado a aquellas situaciones

enfrentadas por los familiares y allegados de los detenidos-desaparecidos a lo largo de la dictadura. Las preguntas finales que se hace una madre de un combatiente desaparecido en el hundimiento del Crucero General Belgrano (cuyos tripulantes desaparecidos fueron declarados muertos recién en noviembre de 1982), son demasiado parecidas a las solicitadas de los organismos de DD.HH. en los ‘70:

“Señora Directora:

Tanto tiempo y tan poco pasó desde el momento en que el ARA “General Belgrano” fue abatido en nuestras aguas, que ahora que hemos recuperado la democracia y que pronto tendremos el gobierno que el pueblo eligió, aquel dolor parece parte de otra historia. Pero no, es la misma. Como son las mismas madres desgarradas por quienes armaron guerras y destruyeron hogares las que piden le devuelvan todo lo que les quitaron. Los desaparecidos del “Belgrano” no deben quedar en el olvido y el silencio, porque cada madre como en mi caso – siente y alimenta la esperanza en lo más íntimo de su corazón. (...) Tanto tiempo y sin embargo la misma pregunta: ¿La Armada habrá agotado todos los medios a su alcance? ¿Se conocerá algún día la lista completa del “Belgrano” y de sus desaparecidos?”(Clarín, 25/11/1983).¹²⁸

Asimismo, las denuncias de los ex-conscriptos por la ausencia absoluta de la Armada en la contención física o psicológica hacia ellos, dan cuenta de esa falta de consideración hacia los civiles bajo bandera, bien propia de la cultura institucional militar. Muchos ex-colimbas acuerdan con Gabriel Asenjo que: “La Armada estuvo ausente en todo, nosotros volvimos, nos dieron la libreta, “buenas noches, muchas gracias”. Nunca hubo un control de salud, nunca hubo nada, absolutamente nada.”¹²⁹ Y también denuncian irregularidades en otros aspectos, como en la escasez o desorganización de los actos de homenaje realizados por la Armada en la inmediata posguerra – y de allí en más. Al respecto, el ex-conscripto Fernando González Llanos (hijo de un marino retirado) evoca:

El distintivo, esa fue genial también. [...] El distintivo este de Malvinas, lo fui a buscar yo a Suministros de la Armada, con la papeleta lo fui a buscar. Y una vez me vio mi viejo: “¿Y ese distintivo?” “No, es el distintivo de Malvinas” “¡Ah! ¿Y qué hubo una ceremonia?” “No, lo fui a buscar”. Entonces lo llamó al de personal naval, y le dice: “mi hijo se ofreció de voluntario, y esto y lo

¹²⁸ Para testimonios de padres que conformaron agrupaciones de familiares de ex-combatientes durante la guerra y en la posguerra, ver: Bustos, 1982; Vargas, 2004 y la película *Locos de la bandera* (2005). Para un análisis de sus actividades, ver: Lorenz (2012: 130-137). Para la comparación entre el duelo de los familiares de detenidos-desaparecidos y de los caídos en Malvinas, ver: Panizo (2011).

¹²⁹ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010.

otro”. Entonces me llamó un día el almirante, el director del Personal Naval, me saqué el coso, se lo llevé, y me lo dio.¹³⁰

Para algunos protagonistas – como Fernando – la entrega de esos distintivos estuvo lejos de significar un reconocimiento de su actuación por parte de la Armada justamente por las condiciones ridículas y patéticas que, a veces, caracterizaron a los homenajes.¹³¹ Una situación similar vivió Ricardo Pérez el día de la despedida de la “colimba”:

El día que me fui, que nos tenían a todos formados ahí, ya de civil ¿no?, dando la arenga de despedida, y yo llegué después. [...]. Había uno que había estado, no me acuerdo si en el Gurruchaga, un barco, que lo habían puesto ahí para felicitarlo, y yo había estado en las islas, pero bueno... “¿Pero vos no estuviste?” me dicen [sus compañeros], “Sí, ¿y? Dejalo a él, dejame tranquilo”.¹³²

Otras situaciones que se produjeron vinculadas a la entrega del equipo que habían utilizado en la guerra, también revelan una ignorancia y falta de consideración que parecen inconcebibles. Ni bien regresaron, algunos ex-combatientes denunciaron la pérdida del equipo personal – uniformes, ropa de combate, casco, borceguíes, marmitas, caramañolas, entre otros –, que muchos conservaron como recuerdo. Como respuesta, la Armada intimó a los conscriptos a devolver todos los elementos personales, tal como recuerda con indignación José Bustamante:

Creo que ahí mismo entregué todo el equipo y tuve que andar consiguiendo cosas, que alguno me regaló porque si no me iban a sancionar porque no tenía las cosas, el equipo mío. Si me habían robado todo lo que se habían quedado, porque cada uno en su cama tenía una... vajilla, entonces vos tenías tu jarrito, tus botitas, tu ropa de salida acá, de calle, a mí me habían robado todo cuando vine, y, entonces, encima me querían sancionar porque no tenía para entregarla. [...] Y todas esas cosas por ahí te duelen, viste. Igual las conseguí después, fui a una parte donde entregan cosas viejas, saqué cosas usadas, y las devolví de vuelta.¹³³

Cuando regresó al destino militar para que le dieran la baja, el entonces “colimba” Claudio Guida recuerda el sumario que le iniciaron por la pérdida del armamento en la guerra: “Al Liceo Naval, fui un día vestido de civil, ya no tenía la ropa para entregar. ¡Ah!

¹³⁰ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

¹³¹ Por supuesto que ello no siempre fue así. Como veremos en el Capítulo 5, en abril de 1983 la Armada organizó una reunión destinada específicamente a los integrantes del Apostadero y los tripulantes de los pequeños buques logísticos, a la que los miembros de la unidad le otorgan gran relevancia y que, incluso, la reconocen como el puntapié inicial de los encuentros anuales del 20 de junio que se realizan aún hoy.

¹³² Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

¹³³ Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007.

Me hicieron un sumario que después fui absuelto porque no entregué, no devolví el armamento. [...] Me firmaron la libreta, [...] me la firmó, ni nos saludó.”¹³⁴

Sin embargo, contra lo que podría suponerse, la situación de los militares que integraron la unidad no fue tan distinta a la de los “colimbas”. Por ejemplo, en cuanto a la entrega del equipo, el entonces cabo Abel Mejías recuerda una circunstancia similar:

Quando llegamos allá lo primero que me acuerdo es que nos habían preguntado por el armamento, ¿qué armamento?! El armamento lo habíamos dejado allá, si no los íbamos a traer, ¿viste? Y nos cargaban a nosotros porque vinimos...nos fuimos con armamento y vinimos sin armamento. ¡Qué me interesaba el armamento! Ya estaba acá.¹³⁵

La tardanza en la restitución de esos elementos que extraviaron en la guerra – de gran relevancia simbólica y material para todo militar – así como el nulo reconocimiento de la pérdida, quedaron grabados en la memoria de muchos cuadros ex-combatientes. El oficial Hugo Peratta vuelve insistentemente sobre ese tema que considera un símbolo de la falta de consideración con que fueron recibidos: “Ningún tipo de apoyo de nada, nada, nada. Al contrario yo perdí mucha ropa civil que tenía a bordo del barco y la ropa interior [...] y nadie me pagó nada. Tenía mis libros que yo había traído de la biblioteca de Alemania, nada, las herramientas que yo tenía, nada. Ningún apoyo nada, nada.”¹³⁶

En cuanto a las políticas de salud implementadas, la situación de los militares tampoco difiere demasiado de la vivida por los conscriptos. Algunos no tuvieron ningún tipo de estudios, otros sí, pero la revisión médica para aquellos que no sufrían secuelas evidentes fue sólo física y superficial. Ello provocó que los ex-combatientes tuvieran complicaciones de salud físicas y psicológicas graves en la posguerra, que probablemente no hubieran sucedido si hubieran sido tratadas ni bien regresaron como correspondían (Stanley, 2000: 243), con el dramático corolario de los suicidios. Aunque no existen cifras oficiales, al presente se calcula que entre 350 y 400 ex-combatientes de Malvinas se han suicidado en la posguerra, lo que representa una cifra mayor a los caídos en las islas (*La Nación*, 28/02/2006).

¹³⁴ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

¹³⁵ Entrevista a Abel Mejías, Punta Alta, 24/03/2010.

¹³⁶ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

Estas situaciones vividas por civiles y militares por igual revelan otra circunstancia que es necesario tener presente para comprender la ausencia de la Armada, o la insuficiencia de su actuación. Lo cierto es que para unas FF.AA. sin experiencia bélica, la contención de miles de ex-combatientes que regresaban con las marcas de la guerra era una situación inédita, para la que – en muchos casos – no estuvieron preparadas. En algunos casos, porque los errores e irregularidades que caracterizaron el accionar militar luego de la rendición producto de las fallas en la organización durante el conflicto, se heredaron en la posguerra, como en la construcción del listado de ex-combatientes, plagado de inexactitudes (y aún hoy pendiente de depuración). En otros, porque la estructura militar no dio abasto para contener a la cantidad de combatientes que regresaban. Esto fue evidente en el ámbito de sanidad y otros servicios sociales, ya que si bien las FF.AA. establecieron pensiones para familiares de los caídos – cuando estaban a su cargo – e indemnizaciones o subsidios extraordinarios para los heridos o incapacitados física o psicológicamente (*Clarín*, 16/11/1982), e incluso cada arma implementó un sistema de salud, que incluía a los ex-soldados que habían participado en la guerra, el servicio fue completamente insuficiente ante la gran demanda que enfrentaba y terminó restringiéndose a los casos más graves.¹³⁷ En tanto el Apostadero había sido una unidad relativamente privilegiada en la que sólo había habido unos pocos enfermos, y casi ningún herido¹³⁸, sus integrantes estuvieron completamente excluidos del servicio de salud.

Sin embargo, en otras ocasiones, el nulo reconocimiento y/o consideración hacia los cuadros que habían permanecido por más de dos meses y medio en las islas fue patente, y nada tuvo que ver con la falta de formación o con la incapacidad de la estructura militar. Pero sí con una serie de imágenes que traía aparejada la condición de ex-combatiente al interior de la fuerza. Para muchos militares que habían permanecido en el continente, ellos

¹³⁷ Rosana Guber explica cómo fue el sistema de salud y otros servicios sociales implementado por las FF.AA. en la posguerra. Si bien no hubo una clara política oficial, “sin embargo, durante toda la primera etapa las Fuerzas Armadas desplegaron su extensa y compleja infraestructura hospitalaria nacional para asistir a los recién llegados. En cada unidad castrense se creó la Oficina de Malvinas para hacer el seguimiento del personal afectado, asignar beneficios y evaluar méritos o faltas de conducción militar” (Guber, 2001: 119-120). El sistema de salud incluía no sólo a los hospitales castrenses, sino también algunos institutos privados que colaboraron por propia voluntad (*Convicción*, 27/06/1982). Si bien la estructura hospitalaria fue desbordada, en algunos casos, los ex-soldados se negaban a acercarse a las instituciones sanitarias dependientes de las FF.AA. (*Somos*, 17/12/1982).

¹³⁸ En el Apostadero, durante la guerra hubo por lo menos un caso de principio de congelamiento. Con respecto a los caídos, no hubo muertos del destino en el archipiélago, aunque sí fallecieron tripulantes de los buques que tuvieron un contacto permanente con los integrantes de la unidad. Esto es abordado en el Capítulo 7.

eran – ante todo – los responsables de la derrota. Como explica claramente Ítalo Piaggi (el jefe del regimiento del Ejército que había luchado en Puerto Darwin), ante los cuestionamientos sociales a las FF.AA. en la posguerra, éstas optaron por concentrar la responsabilidad de la derrota en quienes habían combatido (por eso, como vimos, retiraron a la gran mayoría de los oficiales de alto rango):

“La cohesión y el espíritu de cuerpo, sus pilares esenciales, se encontraban ya debilitados por un prolongado ejercicio del poder usurpado a la democracia en un proyecto político *de facto* de utópicos objetivos. Es casi completa su descomposición por el peso de aquel estigma y la condenable deserción de aquellos de sus miembros que pretendieron evitar indeseables máculas.

En este contexto emergió la cuestión esencial: deslindar responsabilidades (...). El problema político interno planteado a los mandos por la derrota militar fue resuelto sencillamente: el Ejército “veterano” debía responder por la responsabilidad integral de aquella derrota, sin mácula alguna para el “no combatiente” (...). No pude aceptar jamás, y debí soportar por años, las heridas de esta injusticia: las tachas que por extensión de aquel inaudito trato a los vencidos mancharon hasta hoy a los hombres que combatieron y murieron a mis órdenes” (Piaggi, en: Lorenz, 2012: 146).

La concentración de la responsabilidad de la derrota en los ex-combatientes no sólo fue una estrategia política de la dictadura militar; también fue una percepción que se extendió entre las filas militares. Si algunos conscriptos fueron tratados con cierta deferencia y hasta admiración por parte de ciertos superiores cuando se reintegraron a la fuerza, la actitud hacia el personal de cuadro por parte de sus compañeros fue diferente: los únicos comentarios de “bienvenida” que recibieron algunos integrantes del Apostadero fue la acusación por la derrota militar y por su responsabilidad en ella. Al respecto, Ramón Romero recuerda los cuestionamientos al interior de la fuerza por parte de quienes no habían participado en el conflicto:

Te tenés que acostumbrar de vuelta, es algo que... te tenés que acostumbrar, porque muchos compañeros que no habían ido es como que te hacían también la diferencia, como que por ahí, irónicamente “¿por qué perdieron?”. Sabías, viste, “pero si vos no estuviste en ningún lado, por lo menos lo que hice lo hice todo, hasta donde yo pude, lo hice todo”.¹³⁹

El entonces cabo enfermero Raúl Gramajo recuerda dolido esos mismos comentarios en su destino:

¹³⁹ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

Hasta la misma gente nuestra de las fuerzas que estábamos hablando, nos decían “¡uy! si hubiesen ganado, ¿qué hubiesen sido ustedes?”. Mirá... esas cosas, terribles, te duelen eso en muy profundo, que te digan eso “si hubiesen ganado, ¿qué serían ustedes?”. Pero viste, yo creo que la nación y la Armada te preparan, ¿para qué? Para defender tu himno, tu Patria, no a otra cosa, y ahí estuvimos, no sé si la suerte o desgracia, porque todos no pudieron ir, otros quisieron ir, otros no quisieron ir, ¿me entendés? Nosotros estuvimos allá.¹⁴⁰

Los integrantes del Apostadero ya habían tenido una muestra de cómo los trataría la fuerza en las recepciones en sus destinos el día que regresaron, cuando les exigieron silencio por sus experiencias y, a veces, ni siquiera fueron recibidos por las autoridades. Pero, para algunos, esto fue sólo el comienzo. Por caso, el oficial y bioquímico Roberto Coccia recuerda la forma en que lo trataron sus jefes en el Hospital Naval de Puerto Belgrano a su regreso. Cuando a fines de marzo de 1982 lo convocaron a una misión en el sur – lógicamente todavía no estaba informado del plan de toma de las islas – y le dijeron que iba a tener que hacer análisis de agua para verificar su potabilidad, Roberto inmediatamente fue al laboratorio y tomó una estufa para poder realizar los estudios correspondientes. Ante el reclamo de su jefe cuando se la llevó, la devolución de esa estufa es, para Roberto, la metáfora perfecta de la falta absoluta de preocupación con que los superiores del hospital lo trataron durante la guerra y a su regreso:

Los que llegábamos el domingo, el lunes teníamos que presentarnos a la autoridad en la Base para decir “estamos presentes, volvimos” [...]. Bueno, nos hicieron llenar una pila de papeles que adónde habíamos estado, cómo lo habíamos pasado, acá, allá [...]. Dicen “bueno ahora van y se presentan al destino”, y acá viene lo de la estufita que te dije al principio. “Se presentan en el destino de ustedes y les informan que están de vuelta y que tienen 10 días de licencia”. Entonces voy caminando, llevaba la estufita guardada dentro de una bolsa, porque esa podía... pero no, “yo la voy a llevar de vuelta, esa basurita de plástico la voy a llevar de vuelta”. Entonces voy y me presento al jefe de laboratorio y le digo “doctor, permiso, estoy de vuelta” “¿me trajo la estufa?” “sí, acá la tiene” “¡ah! Bueno, vamos a ir a ver al jefe del departamento” “bueno, doctor”. Caminando. “Está raro usted, lo noto distinto” “sí, doctor”. Llegamos con el jefe del departamento [...]. Entramos, me dice: “bueno Coccia, está de vuelta, se va a tener que reintegrar al trabajo entonces”, “sí, doctor. Doctor, le quiero informar que el comando naval nos ha dado 10 días de licencia y a consideración de la dirección que nos agregue...” “¿pero cómo les van a dar licencia a ustedes?! – dice – Nosotros tres meses trabajando día y noche

¹⁴⁰ Entrevista a Raúl Gramajo, CABA, 25/06/2012. Raúl nació en Capital Federal en 1952, pero al poco tiempo se fue a vivir a Santiago del Estero, donde pasó toda su infancia. En 1982, era cabo de sanidad (técnico enfermero) y estaba trabajando en el Hospital Naval de Río Santiago (La Plata) y en el Policlínico Bancario de Capital Federal. En la guerra, asistió como personal de sanidad al buque Monsunen. Permaneció en las islas desde mediados de abril al 13 de junio, cuando regresó al continente prisionero con los combatientes de la batalla de Darwin. En 2003, se retiró de la Armada, antes de terminar la carrera. En 2012, se dedicaba a asistir a los sanatorios del Círculo de Oficiales de Mar en CABA.

acá en el hospital y no nos dan ni un día, y a ustedes porque estuvieron allá les dan licencia!”. [...] Así me recibió, vos me preguntás, vos me preguntaste si me preguntó alguien cómo estaba, cómo la había pasado, nunca me preguntaron nada. Lo único que me dijeron es que estaba distinto. Seguí trabajando, seguí mi vida.¹⁴¹

Además, cuando retornó, Roberto se enteró por su esposa que durante la guerra sus jefes en el hospital habían actuado de la misma forma que con Guillermo Klein: sin ningún tipo de contención hacia quienes habían enviado a combatir y sus familias:

Tres meses, nadie del hospital, nadie del hospital, se preocupó por preguntarle si necesitaba algo [a su señora], ni la vinieron a ver para preguntarle si precisaba alguna cosa, o algo. No les importó nada. O sea, que cuando vos escuchás – como te dije hoy al principio – “abandono de los conscriptos”, nosotros también tuvimos, muchos de nosotros pasamos por la misma situación, ¿estamos? Entonces, nadie... ¿sabés por qué cobraba yo? Porque el contador del hospital era amigo de mi cuñado [...], entonces, él venía a traerle la plata acá, todos los meses, mientras yo no estuve, venía a traerle la plata. [...] Pero del hospital nadie se preocupó por mí, ni por mí ni por familia, por mí ya no había manera de solucionarlo, ni por mi familia. Eso es gravísimo, así qué puedo sentir yo: bronca.¹⁴²

La indiferencia y falta de consideración hacia el personal que había combatido en la guerra parece haber sido la política llevada adelante por los superiores del Hospital Naval de Puerto Belgrano. La recepción de Guillermo Klein en su destino fue similar a la de Roberto. Luego de reprenderlo por no haberse presentado al día siguiente de su regreso, su jefe se negaba a reconocerle los días de licencia que le correspondían, aduciendo que faltaba personal ya que sus compañeros estaban de vacaciones. Parecería que para los superiores del hospital, la legitimidad de la ausencia de aquellos que habían sido convocados para la guerra era exactamente la misma que la de aquellos que se habían ido de viaje de placer.

Me presento de traje el subdirector, un reverendo pelotudo, me dice “Dr. Klein, ya estábamos a punto de pasarlo ausente sin aviso, creíamos que era desertor”, y yo lo miré. “Mire, señor – le digo – [...] Vengo de Malvinas, ahora no voy a desertar, por favor ¡¿qué me está diciendo?!”. Ahí si tenía alguna duda que yo iba a pedir la baja, me la sacaron en ese momento, viste. Bueno, la cuestión es que me mandan a personal militar, ahí en el Hospital Naval, me daban 15 días de licencia solamente. [...] “No, mire – le digo – anote que me voy hoy, y me corresponde, un día cada tres, estuve 75, así que me corresponden 25. Pero sabe qué, voy a venir antes del [...] 9 de julio, porque voy a pedir la baja”. Y me presenté justamente para pedir la baja. Cuando me presenté que vine de licencia me enchufaron de guardia al toque. Yo hago la guardia con zapatos marrones porque mis zapatos quedaron en Malvinas, cuando me presenté que hago el cambio de guardia, me dice “doctor, ¿no tenía zapatos negros para ponerse?” “no, los está usando un *kelper*” le dije. No, ¡tremendo! [...] Pero vos fijáte me querían dar

¹⁴¹ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

¹⁴² Ídem

15 días porque había muchos médicos de licencia, [...] de vacaciones de invierno estaban. Y después dice “no, pero sabe cómo trabajaron acá, que estuvieron a pleno” [...]. No y yo estaba allá, viste, de terror. No, nos negaron, no, realmente, nos negaron muchísimo.¹⁴³

Ante esta falta total de respeto – “desprecio” en términos de Roberto Coccia¹⁴⁴ –, Guillermo optó por dejar la fuerza. Cuando comunicó su decisión a sus superiores, el director del hospital le solicitó que le indicara cuáles eran los motivos. Sin pelos en la lengua, Guillermo explicó todo lo que pensaba y si bien en ese momento recibió un cierto reconocimiento por parte del director, de todas formas no revirtió su decisión:

El director del hospital [...] cuando yo pido la baja, me llama para explicarle los motivos, y yo se los canté: “Mire, no me siento cómodo, ustedes me desprotegeron, el hospital...”. Y me dice: “Bueno, usted siéntase que usted es un héroe, lo que usted pida cuando llegue...”... porque yo le critiqué la parte de la jerarquía porque dice “Cuando usted llegue a mi lugar va a poder cambiar el sistema”. “Mire, yo no voy a llegar nunca a su lugar porque me van a echar antes. Y antes de que me echen, me voy”. Así en un diálogo medio grosero.¹⁴⁵

De hecho, por estos conflictos y fricciones que protagonizaron algunos cuadros veteranos, quienes habían participado en la guerra eran vistos como desequilibrados por su actitud de enfrentamiento a ciertas normas y pautas de autoridad que percibían sin sentido o con las que no estaban de acuerdo, pero además por situaciones concretas de combatientes que regresaron con graves secuelas psicológicas. Las noticias que aparecían en la prensa de situaciones violentas que los involucraban y de los primeros suicidios alimentaban esas imágenes, que rápidamente pasaron a ser parte del sentido común (*Clarín*, 18/11/1982; *Somos*, 17/12/1982). Para quienes decidieron irse de la fuerza y que, por ende, cuestionaban el funcionamiento de la institución, la sensación de ser percibidos como parias y estigmatizados como “loquitos de la guerra” fue una presencia constante:

Te diría así para que quede bien graficado: yo creo que a partir que pedí la baja, yo fui un paria. La pedimos yo y otro amigo mío que ya sabía que se iba a ir de baja, que era el traumatólogo que había estado en el Irizar. Y te puedo asegurar que en la mesa, que íbamos a comer a la mesa de oficiales ahí en el comedor, era como que nosotros dos comíamos solitos aparte. Para que te dé una sensación, digo, no era tan así. Era como “guarda, que este está loco, y este se va”.¹⁴⁶

¹⁴³ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 28/09/2007.

¹⁴⁴ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

¹⁴⁵ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 30/03/2010.

¹⁴⁶ Ídem

Frente a la situación que se encontraron en la posguerra, muchos militares ex-combatientes optaron por pedir la baja de las fuerzas. En el caso del Apostadero, Guillermo Klein no fue el único en tomar esa decisión. El cabo Ramón Romero también pidió la baja cuando regresó debido no sólo a la falta de reconocimiento de su experiencia, sino principalmente a su desilusión por el pésimo desempeño de la Armada en la guerra, o, por lo menos, de algunos de sus superiores que no habían estado a la altura de las circunstancias:

Hasta el '85 estuve en Marina, y cuando finalicé el contrato me fui de baja, en un gran porcentaje por lo que pasó en Malvinas, ahí es como que me desilusioné. Lo que me gustaba de alma la carrera militar, o sea me gustaba, no es que entré, a pesar de que entré por una posibilidad de estudiar y de progresar, me gustó, me gustó. Pero, lo que hicimos en Malvinas, me desilusionó, y cuando finalicé el contrato, no lo renové.¹⁴⁷

Luego, Ramón ejemplifica cuáles fueron aquellas actitudes de sus superiores de las que fue testigo y que lo instaron a irse de la fuerza:

Ramón: Un tipo [...] mala leche [...] Malos tratos, y era un chupamedia de los oficiales, y... de lo peor. Y cosas que vos veías que no... [...]. Más en ese momento, donde vos tenés que convivir con todos, que es lo mismo, que él dependía de mí, y yo de él. Viste, vos en ese momento dependés de tus compañeros por más jerarquía que tenga o que seas un soldado conscripto. Vos en ese momento sos uno igual que el otro viste. Donde había casos que te... que importaba más tu presencia personal que te hayas afeitado, trajeron un cargamento, uno capaz enorme, de máquinas de afeitar, y no tenías por ahí de repuesto para el fusil o.... Viste había cosas que...

Andrea: Incoherentes

Ramón: Incoherencias, porque está bien que vos estés presentable pero también dame los medios para que mi arma esté en condiciones, viste son cosas que no... y eso viste son cosas que después uno... te resienten, son cosas que... son cosas de las que me hicieron cambiar la idea de seguir en la Marina.¹⁴⁸

El cabo Guillermo Ni Coló también decidió pedir la baja en la Armada cuando retornó, pero por razones bien distintas. Si el sumun en la carrera profesional de todo militar era combatir en una guerra, él había encontrado esa experiencia al comienzo de la suya, con lo cual ya no tenía sentido continuar perfeccionándose para ello. Pero luego de esa reflexión lógica, Guillermo medita sobre lo que implicó esa experiencia de estar “64 días muerto” – como se denomina su autobiografía (Ni Coló, 2004) –, 64 días conviviendo con la posibilidad de morir y matar a otro, que lo llevó a una reevaluación de su carrera militar. Dialogando con Roberto Herrscher, uno de sus compañeros tripulantes de la goleta

¹⁴⁷ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

¹⁴⁸ Ídem

Penélope, Guillermo afirma: “Yo no puedo ir a la guerra, no puedo matar a nadie, vos lo sabés. Iría a pelear a defender mi vida y mi patria si vamos todos y no queda más remedio...” (Herrscher, 2007: 325).

Luego de casi 25 años en la Marina, el suboficial Oscar “Tío” Luna decidió pedir el retiro de la fuerza cuando regresó de Malvinas. Varias situaciones que había vivido en Malvinas – similares a las “incoherencias” que explicaba Ramón – lo instaron a cuestionarse el profesionalismo de la Armada y el sentido de la guerra, pero el elemento determinante de su decisión fue otro: la imposibilidad de ascender. Oscar había tenido un conflicto con su superior antes de la guerra – esa fue “la única reacción que tuve en mi vida, ¿ves?” sostiene amargamente el “Tío” –, y como consecuencia lo asignaron a un destino donde no tenía perspectivas de crecimiento y le “cortaron” la carrera, como se dice en la jerga militar. Luego de la guerra, si bien él tuvo un gran desempeño en las islas y así constó en el informe que presentó su superior en Malvinas, la foja de concepto anual quedó manchada por el enfrentamiento previo al conflicto bélico. Ante la imposibilidad de revertir la situación y la aparición de oportunidades laborales fuera de la fuerza, Oscar no dudó en irse: “Como yo ya tenía en vista otros trabajos que eran más rentables, y ya no quería estar más bajo el mando de militares [...], porque después de las Malvinas se me vino así una cosa de por qué hicieron eso. Más me enojé cuando me hicieron el concepto”. Además: “ya no quería saber más nada de la Marina.”¹⁴⁹

Para aquellos que optaron por pedir la baja o el retiro de la fuerza, tomar esa decisión no fue para nada sencillo. Al ingresar a la Armada ellos habían realizado una opción de vida, y paulatinamente su identidad se había reconfigurado al apropiarse de nuevos parámetros que resignificaron toda su existencia: la rutina diaria los instaba a “transformarse en militares”, aislados de los ámbitos civiles a los que habían pertenecido hasta ese momento (Badaró, 2009). De allí en más, gran parte de su vida había estado determinada por su ingreso en la fuerza: los lugares donde vivieron, las continuas mudanzas, los amigos y hasta la pareja que eligieron para casarse, que en el pasado tenía que estar autorizada por la venia

¹⁴⁹ Entrevista a Oscar “Tío” Luna, CABA, 26/06/2012. Oscar nació en Cachi (Salta) en 1939/40. En 1982, era suboficial (especialidad: maquinista) y su destino era el Centro Naval en el Tigre. En la guerra, fue uno de los tripulantes de la goleta Penélope. Ni bien regresó, se retiró de la Armada, y comenzó a trabajar en distintas ocupaciones civiles vinculadas a su especialidad. En 2012, trabajaba en la Comisión Nacional de Energía Atómica. Desde principios del siglo XXI, ha asistido asiduamente a las reuniones del Apostadero. Desde tiempos recientes, participa en la Asociación de Veteranos de Guerra de Malvinas.

de un superior. Ahora, debían empezar de cero nuevamente en la esfera civil, y, como veremos en el próximo capítulo, ello no fue nada fácil con una guerra a cuesta y en un contexto en que haber sido militar era equivalente a un insulto.

La permanencia en la Armada o la no existencia

Para aquellos que decidieron permanecer en la Marina, la situación no fue mucho mejor de la de quienes decidieron irse de la fuerza. Lo cierto es que la condición en que se encontraban las FF.AA. en la larga posguerra no era justamente la ideal. Repudiadas públicamente por gran parte de la sociedad, desde los '80 se enfrentaron continuamente a amenazas externas de investigación y juzgamiento por los crímenes cometidos durante la dictadura; pero también internas de rupturas por esa misma cuestión, al tiempo que intentaban adaptarse a las reformas impuestas desde el gobierno y sobre todo a la abrupta reducción de su presupuesto, en un contexto de indefinición de su misión.¹⁵⁰

¹⁵⁰ Cuando asumió el presidente Raúl Alfonsín se enfrentó al principal dilema de su gestión: ¿cómo hacer para subordinar las FF.AA. al gobierno democrático? Para ello llevó a cabo una política en dos frentes con el objetivo de construir un nuevo modelo de relaciones cívico-militares que le permitiera clausurar un largo pasado de intervencionismo militar y reintegrar las FF.AA. a la sociedad (Canelo, 2006). Por un lado, desplegó una política limitada de juzgamiento de las violaciones a los DD.HH. cometidas por las FF.AA., derogando la Ley de Pacificación Nacional. Este fue un frente particularmente tormentoso que debió enfrentar, negociando y regulando sus intenciones a medida que las FF.AA., los organismos de DD.HH. y el poder judicial iban imponiendo sus condicionamientos (Acuña y Smulovitz, 1995); y sobre todo a partir de los “alzamientos carapintadas”. Por otro lado, el presidente impulsó una reforma militar para reestructurar y modernizar las FF.AA., que finalmente se limitó al plano organizacional. Las principales medidas tendieron a la limitación de la autonomía militar, al concentrar mayores responsabilidades en el Presidente, el Ministro de Defensa, y el jefe del Estado Mayor Conjunto; eliminar los cargos de comandante en jefe dejando únicamente el de jefes del Estado Mayor General pero con menos atribuciones; transferir parte del complejo industrial militar y Prefectura y Gendarmería – que antes dependían de la Armada y el Ejército – a la órbita del Ministerio de Defensa; y sancionar la Ley de Defensa Nacional (1988), que disponía que las FF.AA. limitarían sus funciones a la defensa nacional y a enfrentar conflictos externos, derogando así la Doctrina de Seguridad Nacional. Asimismo, el gobierno dispuso una abrupta reducción presupuestaria, de un 40% entre 1983 y 1986, y ello manteniendo casi sin modificaciones la estructura militar, con lo cual debía administrarse la misma organización con la mitad del presupuesto. Ello implicó una fuerte caída de los salarios militares así como una reducción continua del personal que incorporaban, un envejecimiento del material que disponían y la reducción de horas para navegar y realizar operaciones. El presidente Carlos Menem logró terminar con los levantamientos “carapintadas” a través de dos estrategias: la represión estatal y la cooptación de las FF.AA., mediante el indulto a los oficiales que habían sido condenados por los crímenes cometidos en los '70, por sus responsabilidades en la guerra de Malvinas y por haber participado en los anteriores alzamientos. Al mismo tiempo, continuó con una política de reestructuración militar (privatizando varias industrias militares, suprimiendo el servicio militar obligatorio, y dictando la Ley de Reestructuración Militar, entre otras) y de reducción presupuestaria, que fueron una constante de los gobiernos democráticos de aquí en más, provocando una “desmovilización y desarme de hecho” (López, en: Sain, 2010). Más allá de esta política, la

En este marco, la Armada desplegó diversas políticas en el plano simbólico y material para intentar recuperar el prestigio perdido. En primer lugar, y desde lo discursivo, sin dejar de reivindicar la “lucha antsubversiva” y los “muertos por la subversión”¹⁵¹, desde la temprana Transición quienes lideraban la fuerza afirmaron constantemente la sujeción de la Marina a los poderes democráticos. Lo cierto es que, en comparación con el Ejército, la Armada construyó una imagen de una fuerza en la que primaba la disciplina y el respeto a la autoridad, aún en los más críticos momentos de asfixia presupuestaria y de juzgamientos por los crímenes de lesa humanidad. En un contexto en que los jefes del Estado Mayor del Ejército eran relevados constantemente por las crisis internas y que los alzamientos “carapintadas” se sucedían, involucrando a personal del Ejército y en menor grado de la Fuerza Aérea y Prefectura¹⁵², la Armada podía demostrar que gozaba de cierta estabilidad y que había logrado imponer subordinación en sus filas. Por ejemplo, durante el mandato del presidente Raúl Alfonsín, permaneció el mismo marino al frente de la fuerza – el almirante Ramón Arosa –, y si bien hubieron crisis internas, éstas raramente salieron a la luz, y cuando

reforma militar encarada por los gobiernos democráticos no significó una clara definición del rol de las FF.AA., de su doctrina y misiones estratégicas, por parte de los diferentes gobiernos, y si bien la ley de Defensa Nacional dejó bien en claro que el terreno de las FF.AA. es la defensa nacional, y no la seguridad interior, el debate por la intervención de éstas en la represión ante “desbordes sociales” y en la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo continúa vigente. Ello comenzó a cambiar durante la gestión de Nilda Garré al frente del Ministerio de Defensa (2005-2010), durante la cual se tomaron medidas fundamentales como la reglamentación de la Ley de Defensa Nacional, la derogación del Código de Justicia Militar, entre muchas otras (Sain, 2010). Para estos temas, ver: Fontana (1987), Varas (1988), Grecco y González (1990), López (1994), López y Pion Berlin (1996), Canelo (2006, 2010), Sain (2010), Frederic y Soprano (s/f).

¹⁵¹ Recién en 1995, luego de la “autocrítica” del general Balza – el jefe del Estado Mayor del Ejército –, la máxima autoridad naval, el almirante Molina Pico, realizó un leve cuestionamiento de los “métodos equivocados” que utilizaron la FF.AA. en la “lucha antsubversiva” que permitieron “horrores inaceptables”, pero a la vez los justificó por el “contexto de crueldad propio de la guerra” y ante el caos que habían provocado las “bandas guerrilleras” (Salvi, 2008). Para una verdadera autocrítica institucional habría que esperar hasta el 3 de marzo de 2004 cuando el almirante Godoy reconoció que la ESMA había sido utilizada “para la ejecución de hechos calificados como aberrantes y agraviantes a la dignidad humana, la ética y la ley, para acabar convirtiéndose en el símbolo de barbarie e irracionalidad” (Godoy en: Canelo, 2006: 263). Sobre las “autocríticas”, ver: Mazzei (2004), Canelo (2006, 2010), Salvi (2012).

¹⁵² Los levantamientos “carapintadas” fueron alzamientos de oficiales de rango medio del Ejército que pretendían poner un límite a los juicios por violaciones a los DD.HH. que estaba llevando a cabo el gobierno radical y peleaban por otros objetivos profesionales, como el incremento del presupuesto militar. Se los llamó “carapintadas” porque los sublevados se pintaban la cara como si se camuflaran para ir a la guerra, recordando así su pasado bélico en Malvinas y diferenciándose de los “generales de escritorio”, aquellos superiores que no habían ido a las islas. Los levantamientos fueron cuatro: Semana Santa (abril de 1987), Monte Caseros (enero de 1988), Villa Martelli (diciembre de 1988), levantamiento de Seineldín (diciembre de 1990). En el alzamiento de Monte Caseros se plegaron algunos oficiales de Fuerza Aérea, y en el siguiente, personal de Prefectura. En ninguno de ellos se rebelaron unidades navales. Es más, en el único momento que la Armada participó fue en la represión del último levantamiento junto a las fuerzas “leales”. Ver: López y Pion-Berlin (1996) y Canelo (2006).

lo hicieron, rápidamente fueron neutralizadas por la habilidad del Almirantazgo para presionar y negociar.¹⁵³

En segundo lugar, desde mediados de los '80, la Marina llevó a cabo diversas acciones para promover un acercamiento entre civiles y militares, y a la vez “blanquear” su imagen. Así, organizó jornadas de puertas abiertas de las bases navales, realizó festivales de música y grandes desfiles, participó en campañas sanitarias y educativas, contribuyó con las poblaciones que sufrieron catástrofes naturales, participó en las operaciones de paz de Naciones Unidas, firmó convenios con organismos científicos y universidades públicas y privadas para que los militares cursen parte de su formación allí, promovió visitas de estudiantes civiles a las bases, organizó seminarios vinculados a cuestiones de defensa y seguridad nacional abiertos al público, entre muchas otras.¹⁵⁴

En este contexto, obligada a enfrentar tantas tensiones y conflictos a la vez en el “frente interno” y “externo”, la Armada intentó primero silenciar el conflicto y a los ex-combatientes, y luego otorgarle un claro sentido a la guerra de Malvinas, que le permitiera a la vez “enfriar” los cuestionamientos por la derrota y mostrar un costado presentable para rehabilitar su imagen. Para ello, como veremos en el Capítulo 6, construyó una memoria oficial en términos nacionalistas tradicionales, percibiendo a la guerra como “gesta” – por haber sido en defensa de la causa nacional de soberanía – y a los ex-combatientes como “héroes” por haberse sacrificado por la Patria, que en los '80 no tuvo repercusión en el espacio público – y que no podía ser de otra forma, en un contexto de fuerte desprestigio militar. Además, cumplió con los ritos de rigor para homenajear a los caídos y los sobrevivientes. Entre mediados de 1982 y 1983, realizó diversos actos y reuniones en los que se entregaron las medallas y condecoraciones correspondientes a los ex-combatientes civiles y militares, a los familiares de los caídos y a las unidades que participaron en el

¹⁵³ En los '80, además de la rebelión de Zariategui, la Armada protagonizó dos crisis que salieron a la luz. La primera sucedió en 1984 y estuvo protagonizada por el capitán Alfredo Astiz, quien se negó a prestar declaración en los juicios por las violaciones a los DD.HH. cometidas durante la dictadura. En 1987, sólo meses antes del primer alzamiento “carapintada”, hubo otra crisis por el mismo motivo, sólo que ahora a Astiz se le sumaron otros oficiales medios y en actividad también citados a declarar, esta vez por el Consejo Supremo de las FF.AA. (Fontana, 1987).

¹⁵⁴ Para estas actividades, ver: *Gaceta Marinera* desde 1984 hasta la actualidad.

conflicto; e incluso, incorporó nuevas efemérides al calendario naval (como el 2 de abril o el 2 de mayo), que fueron respetadas sin falta cada año de la posguerra.¹⁵⁵

Sin embargo, esa política pública de la memoria del conflicto y los caídos en la larga posguerra, no fue acompañada por un reconocimiento hacia los sobrevivientes de la guerra. Lo cierto es que, como indiqué previamente, ante la urgente tarea de enfrentar los múltiples conflictos surgidos por su principal reivindicación (la de la “guerra sucia”), y de negociar/presionar para evitar la revisión y el juzgamiento del pasado represivo, las políticas de contención, reconocimiento y reparación hacia los que eran vistos como los responsables de la derrota – aún de una derrota supuestamente cubierta de “gloria” (*Desembarco*: julio-junio 1983) – quedaron en un segundo plano.

Si bien, como señalé previamente, en la inmediata posguerra la Armada realizó diversos actos en homenaje a los ex-combatientes, e inclusive uno en particular fue destinado al personal que integró el Apostadero Naval Malvinas y los buques de pequeño porte, ésta fue la única medida tomada por la institución que da cuenta de un reconocimiento o un trato diferenciado destinado al personal que estuvo en las islas. De allí en más, la guerra y los caídos eran recordados en forma pública en las conmemoraciones que jalonan el calendario naval, pero en la cotidianeidad de los sobrevivientes del conflicto al interior de la fuerza nada había cambiado. Malvinas se refugiaba bajo un manto de silencio y el aislamiento de quienes habían participado en la guerra era la pauta.

Paulatinamente, un denso silencio sobre el conflicto se fue extendiendo en las filas navales. Los militares integrantes del Apostadero coinciden con Abel al afirmar que de la guerra “nunca se habló a nivel Armada”.¹⁵⁶ A veces el silencio era tal, que ni los mismos compañeros de destino sabían quién había estado en las islas y quién no: “Nunca habíamos hablado, es decir, había gente acá [en el Hospital Militar del V Cuerpo del Ejército, donde Guillermo Klein comenzó a trabajar en 1983] que no sabía que yo era malvinero”.¹⁵⁷ Y en otros casos, aún cuando los superiores se enteraban, no por ello los ex-combatientes recibían algún tipo de reconocimiento por su experiencia bélica, como se aprecia en la situación que vivió Roberto Coccia:

¹⁵⁵ El 2 de abril como fecha para recordar el conflicto fue instaurada por el régimen militar en 1983.

¹⁵⁶ Entrevista a Abel Mejías, Punta Alta, 17/11/2007.

¹⁵⁷ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 05/09/2007.

Lo que pasa es que el trato es una cosa entre compañeros, y otra cosa después que pasaste por una guerra cómo te miraban, te miraban completamente distinto, desde un aparato extraño. [...] El jefe, porque había después un jefe máximo que estaba en Buenos Aires, de todos los bioquímicos, vino una inspección pasó, miró y dijo “¿y este quién es?” [...], que no me conociera, no es cierto, es lógico porque el tipo estaba allá en Buenos Aires, vivía en otro mundo, venía una vez por año, no me conocía pero “¿y este quién es?”, le dice “Coccia, el que estuvo en Malvinas”. Ni cinco de pelota, se fue a la mierda como si no existiera, no le importaba a nadie nada.¹⁵⁸

Además como el silencio sobre la guerra al interior de la Armada era la pauta, la experiencia bélica de muchos de los ex-combatientes de menor rango no fue tenida en cuenta por la institución para mejorar su organización ni la doctrina naval, por lo menos durante gran parte de la posguerra. Si bien la Comisión de Análisis de las Acciones de Combate (COAC) de la fuerza tuvo entre sus objetivos aprender de la experiencia bélica para mejorar el funcionamiento naval, lo cierto es que los militares de menor rango del Apostadero no fueron entrevistados por la entidad.¹⁵⁹ Como sostiene Raúl Gramajo:

Hasta el día de hoy – le digo – nuestro fondo rojo, que es nuestro salud, sanidad, jamás nos llamaron a los enfermeros que estuvimos allá, por lo menos para preguntarnos “¿Qué hicieron ustedes? ¿Qué vieron? ¿A ustedes les parece bien esto, aquello? ¿Qué harían para aprender?”. [...] Jamás de los jamases, por eso yo estoy dolido con esa gente, estoy dolido, porque uno vio cosas, por lo menos... si después hagan o no hagan, es otra cosa.¹⁶⁰

El propósito de silenciar la guerra por parte de la Armada trajo aparejado un intento de desdibujamiento de la identidad de ex-combatientes, de desaparecerlos como grupo social, al diseminarlos y distribuirlos en diversos destinos al interior de la fuerza. Es por ello que además de “indiferencia”, “aislamiento” es el término que los militares integrantes del

¹⁵⁸ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

¹⁵⁹ Según Horacio Mayorga, un miembro de la COAC, la entidad convocó a algunos protagonistas de la guerra a prestar declaración (principalmente oficiales) y, además, instó a todos los veteranos de guerra “a concurrir a la COAC para manifestar lo que creyera necesario hacer conocer, ya fuera que su testimonio estuviera incluido o no en el informe de su unidad. Lamentablemente pocos se presentaron, quizás por descreimiento, por no haber resultado las cosas como ellos habrían querido que resultaran, por creer que su versión es la única verdad indiscutida, por abulia, por desesperanza, por síndrome posbélico... No lo sabemos. Pero lo cierto es que no es justo escuchar en ocasiones expresiones como ésta que nos hacen muy poco favor: “A mí no me llamó nunca nadie, para nada...” (Mayorga y Errecaborde, 1998: 14). Sin embargo, la convocatoria a presentarse a dar testimonio mediante la publicación de una nota en el *Boletín Naval Público* parece haber sido una solución de compromiso de la fuerza, antes que demostrar un real interés por las vivencias de aquellos militares de menor rango. Sobre todo porque habría que tener en cuenta cuál era la llegada y la verdadera difusión del Boletín al interior de las filas navales. Ninguno de los entrevistados manifiesta haberse enterado de esta “invitación”.

¹⁶⁰ Entrevista a Raúl Gramajo, CABA, 25/06/2012.

Apostadero repiten una y otra vez para hacer referencia a su situación en la larga posguerra dentro de la Marina; y fuera de ella también. Para el resto de la sociedad, y peor aún para la propia fuerza que los había enviado a luchar, “su” guerra parecía no haber sucedido. La sensación era la de ser una presencia-ausente para los “otros” militares no combatientes – pero también, como veremos, para los civiles –: “no existíamos” coinciden los protagonistas.¹⁶¹ Además, considerando las imágenes sociales que estaban asociadas a la condición de ex-combatiente, o los “pases de facturas” que tenían que soportar por la derrota, muchos de los protagonistas también optaron por no hablar, no “mostrarse” públicamente y ocultar su identidad, haciendo así más denso el silencio reinante.

Si tenemos en cuenta las vivencias de posguerra del personal de cuadro del Apostadero, el intento de “borrar” o de instarlo a ocultar su identidad parece haber dado resultado ya que muchos de ellos no volvieron a tener contacto entre sí hasta mucho tiempo después del conflicto, excepto por aquellos que tenían relaciones preexistentes o que compartían el destino por azar. Otros nunca volvieron a verse hasta la actualidad. Hay que tener presente que en el caso del Apostadero, se sumaron dos variables para reforzar el aislamiento de sus integrantes. Por un lado, en tanto la unidad se había conformado con personal de los más diversos destinos del país que se conocieron en las islas, al reincorporarse a la fuerza y regresar a sus lugares de trabajo, los compañeros de guerra naturalmente se dispersaron a lo largo del país. Por otro lado, como vimos, ni bien regresaron algunos ex-combatientes fueron reasignados a otros destinos, a veces para aislarlos de los centros de poder de la institución y desactivar posibles conflictos.

En tal sentido, algunos de los integrantes del Apostadero fueron trasladados a buques y salieron a navegar inmediatamente, como vimos en el caso de Hugo Peratta. Ello fue vivido con indignación por aquellos que percibían el nuevo destino como un castigo, y por otros – que fueron asignados a lugares codiciados dentro de la fuerza – con aprensión, porque se encontraban en una situación que les impedía disfrutarlo. El destino que en otro momento podría haber significado tocar el cielo con las manos, ahora era lo más similar al infierno. En 1983, el cabo Daniel Blanco fue trasladado al rompehielos Almirante Irizar,

¹⁶¹ Esa frase aparece en numerosos testimonios de militares: Entrevista a Daniel Blanco (Bahía Blanca, 25/11/2010), a Daniel Peralta (Punta Alta, 25/03/2010), a Guillermo Klein (Bahía Blanca, 20/03/2010) y a Raúl Gramajo (CABA, 25/06/2012).

buque que anualmente navegaba a la Antártida. La Campaña Antártica era un destinopreciado por los marinos, no sólo por la aventura que significaba conocer el “continente blanco” sino, principalmente, por la retribución económica. Pero a sólo meses de volver de la guerra, lo único que deseaba Daniel era permanecer en tierra firme con su familia:

Yo después de Malvinas voy a la Antártida, no es cierto, pero en realidad yo estaba allá, pero no me sentía cómodo, yo terminé permutando mi pase del rompehielos con el portaaviones. Estuve dos años, y después lo permuté [...] Yo estuve dos años de pase en el barco, el barco estaba en Buenos Aires, y todo el mundo me decía que yo era loco, porque es como decir tocaste el oro y no te gusta, y a todo el mundo le gusta el oro. [...] Yo vengo de Malvinas, me dan de pase a Buenos Aires, me alejaron de mi familia, después me voy a la Antártida, sigo alejado de mi familia, ¿entendés? Y yo lo que quería era estar con mi familia, entendés, no me importaba el oro.¹⁶²

Blanco permaneció dos años en el rompehielos – “aguantó” – y una vez que logró su objetivo – terminar de construir su vivienda –, permutó el pase al portaaviones 25 de Mayo, lo que implicaba pasar más tiempo en tierra y trabajar en la Base Naval Puerto Belgrano, cerca de donde vivía su familia. Pero el portaaviones tampoco resultó ser el destino ideal para una persona atravesada por las marcas de la guerra, ni mucho menos. Ni bien regresaron, los ex-combatientes tuvieron que convivir con diversas secuelas de guerra propias del trastorno de estrés postraumático¹⁶³, que con el tiempo algunos lograron combatir o controlar, pero a otros los acompañaron durante gran parte de su vida: las pesadillas, la violencia contenida, la falta de interés y depresión, la introversión y aislamiento, el temor o sobresalto ante determinados ruidos que los remontaba inmediatamente a la situación bélica, fueron recurrentes en la posguerra. Cuando Daniel permutó su pase a mediados de los ‘80, todavía estaba luchando contra estas secuelas. El ruido de las turbinas cada vez que el buque estaba en operaciones prácticamente lo paralizaba: “Permuté ahí al portaaviones, que es uno de los peores lugares [...] porque acordate las turbinas, y yo estaba en un portaaviones, entonces yo no podía salir afuera, ¿me entendés? Cuando el barco navegaba o hacíamos operaciones, me quedaba pak [adentro].”¹⁶⁴

En ocasiones, la lucha contra esas marcas de la guerra impidió que cumplieran con sus funciones cabalmente. Por ejemplo, en el caso de Daniel, cuando el portaaviones

¹⁶² Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 26/12/2007.

¹⁶³ Sobre el síndrome de estrés postraumático en los casos de ex-combatientes, ver: Stanley (2000). Sobre su impacto en la comunidad de ex-combatientes de Malvinas, consultar: Silva (2006), Vázquez y Silva (2006).

¹⁶⁴ Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 25/11/2010.

realizaba operaciones, se encerraba en el buque y no contribuía con ninguna tarea en el exterior. Estas situaciones que manchaban las fojas de concepto pueden explicar que parte de los militares integrantes del Apostadero no lograron ascender a los grados superiores del escalafón: es el caso de 3 de los 4 militares en actividad entrevistados. Por eso, Daniel afirma: “no te sirvió lo que vos has hecho, porque sos pirado.”¹⁶⁵

Asimismo, otros no ascendieron o directamente fueron pasados a retiro o dados de baja antes de cumplir los años necesarios para recibir un haber por el retiro, debido a que no soportaron más el silencio y, finalmente, expresaron – más bien, gritaron – sus opiniones ante situaciones que percibían ridículas e irrisorias. El médico Guillermo Klein, que luego de pedir la baja de la Marina comenzó a trabajar como personal civil en el Hospital del V Cuerpo del Ejército, recuerda una serie de fricciones que se produjeron entre un odontólogo veterano de guerra y su superior luego de participar en un simulacro de combate. Si bien sucedió en el Ejército, la situación es representativa de las tensiones entre los militares ex-combatientes y aquellos que no intervinieron en la contienda:

Y acá se hace un ejercicio de combate nocturno en el año '85 [...], por ahí fue. Era un ejercicio de combate del comando, que ocupaban, venían a atacar el comando [...]. Y nosotros teníamos que recibir los heridos, y cursar su atención acá adentro, agrupar, clasificar los heridos y demás [...]. Y este... muchos tiros, muchos, muchísimos tiros, por supuesto balas de fogueo, muchísimas bengalas, este, después venían, muy común de la vieja idea de combate como te contaba el otro día, venía un tipo a avisar que había enemigos en al tranquera del sur, entonces había que mandar un pelotón, la tranquera que está allá del comando. Y con X.X., el querido X.X., estábamos sentados, fumando, me acuerdo, mirando como espectadores, no, y este... no lo podíamos creer, realmente te digo, no lo podíamos creer qué despelote que hacían. Y resulta que por ahí aparece un coronel a avisar que había terminado el ejercicio.[...] Y X.X., que era militar, era odontólogo militar, así como yo era médico militar en Malvinas, él era odontólogo militar, le dice “Mi coronel, ¿lo conoce al doctor Klein?” “No, ¿cómo le va? mucho gusto, doctor Klein” “Mucho gusto, coronel”, y dice “Mi coronel sabe que el doctor Klein fue a Malvinas también” “¡Ah, sí, no me diga doctor!” “Sí”, [el odontólogo continúa:] “Mi coronel, sabe lo que estaba hablando con el doctor, ni parecido le salió el ejercicio, ni parecido”. [...] Yo me quería morir. “Bueno – dice [el coronel] – X.X. esto es un ejercicio” “Sí, mi coronel, pero la guerra no es así, le aseguro que ni parecido les salió” – le dijo viste –. Le dice “bueno, lo vamos a tener que conversar en privado”, como diciendo no hablemos delante de este que es civil. [...] Yo no lo podía creer, nunca supe, si lo arrestaron o no, yo personalmente creo que lo habían sancionado.¹⁶⁶

¹⁶⁵ Ídem

¹⁶⁶ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 05/09/2007. Es interesante tener en cuenta que los ejercicios que simulaban el ataque a los comandos militares remitían a la Doctrina de Seguridad Nacional, y a los procedimientos durante los ataques de las organizaciones político-militares a las guarniciones militares durante los años setenta. Sin embargo, aún en pleno gobierno democrático se continuaban realizando. Esto se explica por la ambigua situación en que se encontraban las FF.AA. en los '80. Si bien tanto su actuación en

Luego de años en la fuerza, con una “foja de sobresaliente” y de haber alcanzado el destino máximo en la carrera de sanidad en la Armada – la Dirección de Sanidad Naval –, en 1996 Raúl Gramajo fue asignado a un lugar en el que no tenía ninguna posibilidad de ascenso porque un día, harto de callar sus opiniones y de no ser reconocido, “estalló”:

Raúl: Peor nosotros que estábamos ahí adentro, que nosotros sufríamos ahí adentro.

Andrea: ¿Y por qué peor que los de afuera?

Raúl: Y porque los de afuera tenían un escape, iban a un lado, puteaban, los mandaban al diablo y ya está. Nosotros no podíamos descargarnos, sabés adonde fuimos a parar la mayoría que terminamos antes por eso, porque nos quisimos descargar, porque decíamos: “No, si hicimos todo, todo, ¿no tenemos derecho de opinar, de decir eso?”. Como me paso a mí, yo le dije “yo soy suboficial principal, tengo,... voto no tendré, pero por lo menos tengo voz. Yo por respeto le puedo decir esto, esto, esto y esto, si ustedes están de acuerdo, no están de acuerdo, a otra cosa”.¹⁶⁷

Lejos de tener en cuenta sus opiniones, la respuesta de su superior fue “cortarle” la carrera, de la misma forma que ocurrió en la inmediata posguerra. De hecho, luego de varios años sin trabajar porque su caso estaba siendo analizado por la Junta Médica, Raúl terminó pidiendo su retiro “porque no soportaba más” estar sin actividad, antes de cumplir con la totalidad de años correspondientes. La despedida de la fuerza en 2003 fue completamente coherente con el trato recibido en la posguerra:

Fue muy triste, porque uno que dio todo, su vida, por su Armada, porque nosotros toda la vida le dimos a la Armada, toda nuestra juventud le dimos a la Armada, todo, todo, todo. Y después que haya salido así como haya salido, que nadie te haya despedido, no necesitás bombos ni platillos, nada, nada, pero por lo menos que te den la mano, que te den “gracias”. Nada de eso, nada de nada. Por eso yo digo que es los celos, la ignorancia.¹⁶⁸

Asimismo, la despedida del cabo Sergio Fernández de la Armada no fue mucho mejor. Luego de cumplir su actividad en diversos destinos a lo largo del país, en 1991 Sergio fue dado de baja por un entredicho con su jefe:

[Durante su carrera militar, estuvo:]Todo bien, pero según mi jefe yo no tenía muchas ganas de trabajar. Pero en el '82 volví, recién en el '91 salió que yo no tenía ganas de trabajar. [...] Llegué hasta cabo primero antiguo, después como tenía que hacer... mi señora tenía problemas en el

los '70 como la doctrina que le había dado sustento eran repudiadas públicamente, lo cierto es que ésta no se derogó hasta 1988, cuando se sancionó la Ley de Defensa Nacional.

¹⁶⁷ Entrevista a Raúl Gramajo, CABA, 25/06/2012.

¹⁶⁸ Ídem

embarazo, así que se me planteó todo eso, que con el embarazo de mi señora no prestaba el servicio, y me dieron de baja por problemas familiares.[...] Uno podía estar distraído, pero cumplía con las guardias, cumplía con todo.¹⁶⁹

Sin tener los años necesarios para percibir el cobro del haber por retiro, Sergio se encontró de un día para otro desempleado, y de allí en más comenzó a luchar por insertarse en el mercado laboral. Tras 10 años de sobrevivir a duras penas, alternando entre distintos trabajos, y de denunciar su situación en los medios de comunicación, Sergio tuvo un golpe de suerte: “Después conocí al suboficial mayor Hernández y al almirante Robacio, y le conté todo lo que me pasaba, y desde que tomaron ellos cartas en el asunto todo lo mío empezó a cambiar [...] [porque] ya consideraban de entrada que una persona que pasó tantas cosas en una guerra no le pueden dar de baja así.” Luego de conocer su precaria situación, el contraalmirante Robacio y el suboficial mayor Hernández (comandante y subcomandante del BIM 5 en 1982) presentaron el caso de Sergio a la Junta Médica para que lo volvieran a examinar. Con semejantes credenciales, la presentación no podía fallar: entre los años 2001 y 2002, la Junta Médica reevaluó su caso y diagnosticó que sus dificultades en el servicio se habían debido al síndrome de estrés postraumático producto de la guerra. Como consecuencia, suprimió la baja y, en cambio, le otorgó el retiro. En la declaración en la Junta Médica, por fin, Sergio obtuvo el reconocimiento que hacía 20 años que esperaba:

Yo le conté después a la Junta Médica, que yo quería mucho la Marina, la Marina era todo para mí, desde los 15 años, estuve en la guerra, todo [...]. Ellos al final me dijeron que era un verdadero combatiente por las cosas que había pasado, que todo iba a salir positivo, que tuviera paciencia al menos. Después de que habló el capitán [...], le dije que lo peor de la guerra aparte del hambre y del frío, de no tener trabajo: “Ser argentino y quedarme sin trabajo esa es la peor desgracia”.

Pero no en todos los casos fue así. Aquellos que permanecieron en la fuerza como uno más, pasando desapercibidos, sin mostrar sus secuelas ni protagonizar demasiadas situaciones conflictivas, y cumpliendo con las actividades diariamente, lograron llegar a destinos en los que pudieron volcar su experiencia bélica o en los que, por lo menos, se sintieron reconocidos por sus méritos. Así, Abel Mejías se desempeñó como instructor militar en la especialidad de control averías en la Base Naval Puerto Belgrano por 7 años,

¹⁶⁹ Entrevista a Sergio Fernández, Punta Alta, 21/12/2007. De ahora en más, las citas refieren al mismo testimonio hasta indicación de lo contrario.

desde 1996 en adelante. Luego de años en la fuerza, Daniel Blanco y Ricardo Rodríguez se vieron recompensados con un destino que era “el sueño del pibe”¹⁷⁰: las operaciones de paz de Naciones Unidas en Puerto Rico y en uno de los organismos de la entidad en Washington respectivamente, que eran un destino apreciado en las FF.AA. por la retribución económica, por los hermosos lugares que conocían y por la experiencia de trabajo con militares de distintas partes del mundo.

Por su parte, en 1985, Hugo Peratta fue nombrado como secretario del jefe de la Base Aeronaval Espora, un destino “buenísimo”.¹⁷¹ Sin embargo, los días de Hugo en la fuerza estaban contados. Al igual que muchos otros militares, veteranos de guerra o no, Hugo decidió pedir el retiro luego de 30 años en la fuerza por una cuestión profesional pero principalmente económica: “[me retiré] porque pensé que había llegado a mi grado máximo. Era algo que no llegaba con el sueldo que ganaba, no podía comer la primer semana, ya la primer semana, me quedaba sin plata.”¹⁷² Lo cierto es que la dramática reducción presupuestaria que estaba afectando a las FF.AA. tuvo como consecuencia una importante disminución de los salarios militares¹⁷³, además – en el caso de Hugo – en un contexto de inflación. Ante la oportunidad de trabajar como jefe de división en una empresa petroquímica de Bahía Blanca, Hugo no dudó y pidió su retiro inmediatamente.

Muchos de los que optaron por terminar su carrera pese a esa difícil situación que estaban atravesando, tuvieron que perfeccionarse y estudiar otras carreras y/o buscar otro trabajo afuera de la institución para obtener un nivel salarial adecuado y se convirtieron en “profesionales *part-time*” (Canelo, 2006: 181). Ese es el caso de algunos de los integrantes del Apostadero: por ejemplo, en paralelo al servicio en la fuerza, Raúl Gramajo siempre trabajó en hospitales civiles, Abel Mejías estudió analista de sistemas y además abrió su propio taller mecánico, Daniel Peralta se ha dedicado a trabajos de albañilería y plomería.

¹⁷⁰ Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 25/11/2010.

¹⁷¹ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

¹⁷² Ídem

¹⁷³ En la época que Hugo solicitó su pase a retiro, los salarios militares habían caído un 25% (Pion- Berlin, en: Canelo, 2006: 181). La disminución de los salarios fue una constante desde el regreso a la democracia, y muchas veces los incrementos otorgados se licuaban en un contexto inflacionario. La situación llegó a ser desesperante luego de la crisis del 2001, cuando la mitad de los militares se hallaban bajo la línea de pobreza (*Clarín*, 30/05/2002).

En este contexto de escasez presupuestaria, los reconocimientos simbólicos y materiales que el Estado les otorgó a los militares que estuvieron en Malvinas a partir de fines de los '90 (comenzando por el plus que comenzaron a cobrar en 1997), sumaron otros elementos de conflicto con sus compañeros no combatientes. Como explica Daniel Blanco, suboficial en actividad:

Daniel: Hay envidia [dentro de la Armada]...

Andrea: ¿Por parte de los que no fueron?

Daniel: Exacto, sabes cuál es el motivo de la envidia, es la plata.

Andrea: Bueno, ahora por la pensión, pero ni bien regresaron no tenían nada ustedes.

Daniel: Pero tenemos, cuando Menem da una ayuda, ahí fue unos mangos extras que nosotros cobrábamos y ellos no [...]

Andrea: ¿Y ni bien regresaron la relación con ellos cómo era, con aquellos que no habían ido?

Daniel: No, era normal, viste, ahora se ha puesto cada vez más tirante, es mucho más tirante, no podés... Vos agarrás y decir, ahora nos dieron una sigla VGM, Veterano de Guerra de Malvinas, [...] yo puedo charlar con los veteranos, no podés charlar con los otros [...] Te imaginás nuestro sueldo... el 82% de nuestro sueldo está en negro ¿entendés? Si yo ahora me retiro, me voy con 3000 pesos de retirado, y con 3000 pesos qué hago, hay que vivir, yo con 3000 pesos no vivo.¹⁷⁴

Por su parte, Abel Mejías reflexiona sobre las dificultades en el orden profesional que han enfrentado aquellos que iniciaron su carrera durante el régimen militar, y que luego atravesaron las reformas militares y la reducción presupuestaria impuestas por los gobiernos democráticos: alargamiento de las carreras, disminución de sueldos, imposibilidad de ascender por los cambios de planes y de requisitos, dificultad de perfeccionarse profesionalmente por el envejecimiento de los buques y la imposibilidad de navegar, han sido sólo algunas de ellas:

Qué difícil ¿no? Sí, hubo muchos cambios, porque cuando yo entré a la Armada, yo entré con un plan de carrera, un plan estratégico de carrera digamos de 0 a 25 años de actividad, y te retirabas. Durante los gobiernos, van pasando los gobiernos y dicen "bueno, se agregan 5 años más, 30", entonces se estiran los años. Después viene otro gobierno más y dicen 5 años más,[...], y te vas a 35 años de servicio, ¿entendés? Y esos puntos estratégicos te van variando [...]. Yo tuve la suerte de estudiar, ¿no? De seguir estudiando, porque me daban los tiempos y los lugares donde estaba. Otro no, entonces hoy se siente de que no ascienden, ¿por qué? Por no haber terminado el secundario, pero no que no terminaron el secundario porque no quisieron sino que hay que ver en qué destino estuvo esa persona. Si vos estuviste en un buque embarcado y salís a navegar continuamente, ¿cómo hacés para estudiar? [...] Pero a lo que voy es al tipo de situaciones que fueron poniendo a la gente. Hoy entra un aspirante en la Escuela de Mecánica con secundario completo, cuando yo entré entraban con séptimo

¹⁷⁴ Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 25/11/2010.

grado nada más. Y vos te ibas formando, entonces ahora... Y en línea general vos competís, en los últimos años, en los 10 últimos años, competís con gente de carrera, que han entrado con secundario completo y mucha actividad, y después se hace un parate. Porque cuando estaba se navegaba mucho en esa época, en los últimos 10 años no se navega nada, entonces la gente está acá.¹⁷⁵

Justamente por situaciones como éstas, algunos cuadros integrantes del Apostadero afirman que no se fueron de la fuerza sólo por temor a no conseguir un trabajo fuera de la institución: “Tenía 4 chicos ¿con qué mantenía a la familia? Me había comprado la casa, tenía que pagar un crédito, es decir, no era fácil la situación, yo ya había trabajado afuera como bioquímico y la cosa no era fácil, yo necesitaba trabajar y mantener una familia.”¹⁷⁶

En definitiva, los integrantes del Apostadero que permanecieron en la Armada debieron enfrentar múltiples dificultades, no sólo debido a la situación crítica en que se encontraban las FF.AA. en la posdictadura, sino también a su misma condición de ex-combatientes. Durante gran parte de la posguerra, vivieron una situación de aislamiento al exterior de la fuerza – en un contexto de fuerte desprestigio militar –, pero también al interior de ésta. La intención institucional de evitar los cuestionamientos sociales por la derrota, de desactivar los conflictos motivados por los “pases de factura” por ésta, y de ocuparse de otras tareas – vistas como más urgentes – vinculadas a la reivindicación de la “guerra sucia” en los ‘80 y ‘90; sumado a la percepción de ellos dentro de las filas militares – primero – como los responsables de la derrota o “loquitos de la guerra”, y, desde fines de los ‘90, como privilegiados por los beneficios materiales y simbólicos que les fueron otorgados, son variables que nos ayudan a comprender ese aislamiento que vivieron – y, algunos, aún viven – en la Armada.

Si la coherencia y la continuidad en el tiempo son dos de los elementos claves en la construcción de la identidad (Pollak, 2006), ello explica que, en muchos casos, la dispersión en diversos destinos militares por las causas indicadas, pero además por la propia intención de pasar desapercibidos en la fuerza para evitar los cuestionamientos o fricciones que traía – y trae – aparejada la condición de veterano de guerra, haya influido en la disolución o debilitamiento de los lazos sociales con sus compañeros de guerra, con quienes muchos no volvieron a tener contacto hasta muchos años después o no se reencontraron nunca más. Una circunstancia similar, por otra parte, a la que vivieron aquellos militares que optaron por el

¹⁷⁵ Entrevista a Abel Mejías, Punta Alta, 24/03/2010.

¹⁷⁶ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

retiro de la Armada o pidieron la baja en la inmediata posguerra, como veremos a continuación.

Capítulo 4

Vivir tras “el horror de la guerra”

Con lo cual la sociedad que no quería mirar y los militares que no querían hablar, hubo como un pacto de acuerdo implícito de silencio, con lo cual nos dejó a nosotros en un lugar bastante incómodo, por decirlo de algún modo, invisibilizados, para decirlo concretamente. Invisibilizados poco tiempo, por otro lado. Empezamos a ser visibles en los trenes, vendiendo caramelitos, vendiendo *stickers*, empezamos a ser visibilizados porque había como “loquitos” que andaban con las pilchas caminando por ahí, pidiendo, formando parte de una sociedad que miraba para otro lado.

Oscar Luna¹⁷⁷

Señora Directora,

Mi hijo Carlos Alberto M. Olsece estuvo incorporado al servicio militar desde el 20-3-81 al 20-7-82. Los sucesivos destinos de él fueron: Base Puerto Belgrano, portaaviones ARA “25 de Mayo” y Hospital Naval. Posteriormente fue destinado a las Malvinas como asistente y traductor de inglés del comandante del Apostadero Malvinas.

Los hechos bélicos hicieron que su destino final fuera en un barco, el “Forrest”, que navegó durante todo el conflicto por el estrecho de San Carlos y tocó todos los puertos de las islas, llevando provisiones, aeronafta y recogiendo a sobrevivientes de los barcos “Isla de los Estados”, “Carcarañá”, “Monsunen”, etcétera. Gracias a Dios ha regresado sano y salvo a casa. Se habla de la necesidad de ayudar a estos ex combatientes, pero en los hechos lo que se hace es muy poco e inconsistente. (...)

¿Qué tipo de reconocimiento se les ha otorgado a nuestros hijos que han regresado del horror de la guerra? ¿Cómo es posible que si debieron ir a la guerra, en el diploma que le otorgó la Armada por jurar la Bandera no haya ninguna mención al conflicto Malvinas, en que a él le tocó participar?

Jorge Olsece¹⁷⁸

Desencuentros

Regresos imposibles

Luego de la rendición, los ex-combatientes regresaron de las islas con un sabor amargo por la derrota, con miles de interrogantes por el sentido de su sacrificio y de la muerte de sus compañeros y muchos desilusionados no sólo con el final de la guerra sino con la actuación de la propia fuerza. El entonces oficial Guillermo Klein recuerda una situación cuando estaba ingresando en el buque *Norland* que condensa esa sensación de frustración:

¹⁷⁷ Testimonio de Oscar Luna en la Escuela Normal N°5 de Barracas, CABA, 27/06/2012.

¹⁷⁸ Carta de Jorge Olsece, publicada en: *Clarín*, 04/08/1982.

Nos vinimos mal y teníamos ganas de volver. Yo me acuerdo hay un momento que me quedó grabado [...] cuando entramos al Norland, que yo te conté que iba con un pibe que hablaba inglés. Yo me acuerdo que le digo viste “Las Malvinas argentinas...” – viste que dice “...no las hemos de olvidar...” – “no volveremos nunca más” dije yo, como diciendo “vámonos de acá”.¹⁷⁹

El conscripto Eduardo Iáñez rememora su llegada a Capital Federal en avión, la impactante vista de la ciudad iluminada en contraste con el paisaje de las islas, y la sensación de inutilidad de la experiencia reciente: “Me acuerdo cuando veníamos entrando a Buenos Aires que dije “por esto sí vale la pena pelear”, veías las luces, veías todo, era un páramo.”¹⁸⁰

Estos cuestionamientos por el sentido de la propia experiencia y de la guerra en sí fueron frecuentes entre los protagonistas del conflicto, y también en amplios sectores sociales, que – como vimos – ni bien finalizó la guerra organizaron amplias movilizaciones reclamando al régimen militar “la verdad” sobre lo que había pasado en las islas. De todas formas, más allá de estos cuestionamientos sociales, quienes habían permanecido dos meses y medio en el archipiélago dando todo de sí, esperaban cierta recepción y reconocimiento no sólo por parte de las FF.AA. y del gobierno que los había enviado a combatir, sino también de la sociedad por la que habían luchado y sus compañeros dado la vida. Como todos los ex-combatientes, también los de Malvinas esperaban un reconocimiento a su participación, que les sirviera para reafirmar el sentido de lo vivido.¹⁸¹

Sin embargo, en no pocos casos, las recepciones sociales estuvieron lejos de ser las imaginadas. Si bien es difícil generalizar, parecería que, para cuando los combatientes regresaron, casi una semana después de la rendición, amplios sectores sociales que vivían en las grandes ciudades alejadas de los teatros de operaciones de la guerra, estaban más pendiente de las idas y vueltas del régimen militar, de la tremenda crisis que se cernía sobre la dictadura y del campeonato mundial de fútbol, que de su regreso. El espacio que ocupó el retorno de los combatientes en los medios de comunicación es un claro indicio de ese clima de posguerra. En el caso de *Clarín*, sólo los días 21 y 27 de junio la noticia del regreso de

¹⁷⁹ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 31/10/2007.

¹⁸⁰ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos, 20/04/2010.

¹⁸¹ Este anhelo puede estar basado en el contrato fundante decimonónico entre el Estado nacional y los ciudadanos que se comprometen a defenderlo y a morir por él a cambio de un reconocimiento post-muerte (Mosse, 1990, Hass, 1998).

los protagonistas de la guerra fue incluida en la tapa – siempre en el recuadro inferior –, junto a otras sobre las discrepancias en la elección del presidente, el gabinete armado por Bignone y sobre el campeonato local de fútbol.

De todas formas, el panorama es mucho más complejo. Lo cierto es que en esos mismos medios, se publicaron cantidad de cartas de diversos ciudadanos pidiendo un homenaje a los combatientes y que las FF.AA. rindieran cuentas por la derrota. Sólo que, finalmente, esas demandas no se encarnaron en acciones concretas en la práctica. Si bien hay que tener presente que aún regía la dictadura y que su política de censura y de ocultamiento de los combatientes no contribuyó a su encuentro con la sociedad, también es cierto que la noticia de su regreso igual se filtró a la prensa, y de hecho en algunas ciudades patagónicas que habían vivido intensamente el conflicto, como Puerto Madryn, los ciudadanos rompieron las barreras militares para abrazar a los recién llegados (*Clarín*, 20/06/1982). Nada similar sucedió en las grandes ciudades que no tenían vinculación con el TOAS o con las FF.AA. (como Capital Federal, donde residían muchos de los integrantes del Apostadero). En la inmediata posguerra, allí no hubieron grandes homenajes con amplia participación del público, sino, como veremos, existieron pequeños actos de reconocimiento por parte de instituciones que tenían algún tipo de vínculo afectivo con sus protagonistas. De hecho, cuando llegaron los combatientes, las personas que estaban esperando afuera de las unidades militares para que salieran, eran – en su gran mayoría – familiares y allegados de los protagonistas de la guerra, no público en general.

Los diferentes recorridos que los integrantes del Apostadero realizaron en Capital Federal o el Gran Buenos Aires hasta que llegaron a sus hogares y se reencontraron con sus familias fueron signos de cómo los recibiría aquella sociedad que los había aplaudido en la ida a las islas. Muchos de ellos regresaron a sus hogares en taxi. Las conversaciones con los taxistas fueron sus primeros contactos con los civiles que habían permanecido en el continente y que habían vivido la guerra de forma bien diferente y, a veces, distante. Al respecto, el ex-conscripto Alejandro Egudisman recuerda el viaje desde la sede naval hasta el barrio Saavedra, donde vivía:

Me quería ir a mi casa., entonces me saca el padre [de Ricardo Pérez] y me deja en Retiro y me tomo un taxi, todo camuflado [...]. Me subo al taxi y el tipo me mira y me dice “¿vos de dónde venís?”, le digo “vengo de Malvinas” “¡ah!” “por favor, llevame rápido a mi casa, vivo en Saavedra”. Y me dice

“uy, ¿y qué onda?”, el flaco – viste – bien tachero me pareció que me preguntaba como por un partido de fútbol, “¿qué onda flaco?”, qué se yo. Llego a mi casa y me cobró el viaje, tuve que pedirle plata a mi viejo, tuve que pedirle plata a mi viejo. Y ahí decís: ¡Mierda! Estuve yo solo en la guerra porque los del Barrio Norte seguían jugando al fútbol.¹⁸²

La sensación de que la sociedad porteña no vivió la guerra o que la había vivido como una noticia más que difundían los medios de comunicación aparece recurrentemente en los testimonios, y fue en estos primeros contactos con aquellos que “no habían cruzado el charco” que salta a la vista. Luego de reencontrarse con su esposa e hijos, el entonces cabo enfermero Raúl Gramajo regresó a su hogar en su auto particular. En el camino, luego de un altercado de tránsito, el policía no tuvo ningún tipo de consideración por el estado de confusión en que se hallaba al regresar recientemente de la guerra:

Mi cuñado vivía acá cerca, en Sarmiento al 1300 vivía, y al frente mi señora tenía el auto ahí. Cuando íbamos a mi casa, [...] salimos de ahí, agarré no me acuerdo cuál era [la calle], Corrientes, fuimos allá, al Obelisco y del Obelisco doblo a la izquierda. Yo manejando. Un policía “eh eh”, “Uy discúlpame – le digo – vengo de un momento tan mal, estoy tan desubicado totalmente, vengo de la guerra, recién me acabo de bajar, estoy acá”. A la semana me llegó la boleta, con la multa todo, tuve que ir a pagar la multa.¹⁸³

Asimismo, el ex-conscripto Alejandro Diego que, como tantos otros de sus compañeros, retornó a su hogar en un vehículo naval, se encontró con una recepción social muy distinta de la que esperaba e imaginaba, en parte por la férrea censura que cubrió el regreso de los combatientes:

Alejandro: Me acuerdo de llegar a la 9 de Julio de noche, todos... todos amargados. [...] Estamos volviendo, llegamos a la 9 de julio, una combi militar verde, y la gente nos miraba viste. Yo abro la ventana, yo acostumbrado a las películas de guerra que venía la gente con pañuelitos, nosotros ya habíamos perdido pero por lo menos... Me acuerdo que agarro y al tipo le digo “venimos de la guerra”

Andrea: ¿Pero sabían que volvían de Malvinas ustedes?

Alejandro: No, la gente no sabía. “Venimos de la guerra, díganos algo”. El tipo me mira así viste, nada. Siguió su camino. Y yo digo “la puta madre”.¹⁸⁴

¹⁸² Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

¹⁸³ Entrevista a Raúl Gramajo, CABA, 25/06/2012.

¹⁸⁴ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007. Alejandro nació en Capital Federal en 1962. En 1982, estaba haciendo el servicio militar obligatorio en el Edificio Libertad, mientras cursaba los estudios universitarios. En la guerra, fue lavadero del Buque Bahía Buen Suceso. Permaneció en las islas desde el 13 de abril al 21 de junio. En los ‘80, se recibió de ingeniero e ingresó a TECHINT, donde trabaja desde entonces. En la posguerra, ha asistido asiduamente a las reuniones del Apostadero.

Pero no en todos los casos fue así. Si bien el taxista que llevó al ex-soldado “Tano” Gulla a la casa de sus abuelos no le preguntó sobre la guerra, su silencio lejos de significar indiferencia era una muestra de respeto. Cuando llegaron al destino no sólo no le cobró el viaje sino que le agradeció su sacrificio por haber luchado.

Entonces me subo al taxi, tiro la bolsa así, me mira el chabón, iba todo camuflado, le digo “Belgrano 615”. Nada. Llega a la esquina. [...] Nada, mudo el tipo. Llegamos a la esquina, “tenés que doblar para allá, porque Perú es aquella” y [...] “bueno, acá en la esquina”. Entonces estaba el semáforo y le digo “está bien, flaco, dejame acá, me voy caminando vivo a media cuadra. ¿Qué te debo?” “No, no, pibe, gracias” me dice, “No, gracias a vos” [le responde el “Tano”] “No, no, gracias a vos – me dice – gracias”. Me bajo, todos los coches tocándome bocina, claro, yo estaba todo camuflado. [...] Mi abuela viene corriendo por la vereda de la avenida Belgrano, a dos cuadras de acá, viene corriendo en camión, eran las 2 de la mañana, 2 y pico de la mañana, yo tiro la bolsa equipo y la abrazo a mi abuela [...] y los coches tocando bocina, ¿no sabés lo que fue!¹⁸⁵

En las experiencias de posguerra de los miembros del Apostadero se encuentran recepciones bien diversas, que, además de estar sujetas a situaciones individuales, muchas veces dependieron de la zona del país a la que retornaban. Así como en Capital Federal y otros grandes centros urbanos la guerra se vivió con un compromiso distante; en otras localidades del interior que eran sede de grandes establecimientos militares por ser regiones fronterizas o que estaban próximas al TOAS, como las ciudades litorales de la Patagonia, las recepciones fueron más efusivas y públicas. Ello, también, marcado por su propia historia de vinculación con las FF.AA.:

“Tanto la Patagonia como el Nordeste (Chaco, Misiones, Corrientes) son regiones de la Argentina donde la institución militar tiene una presencia mucho más fuerte y menos cuestionada que en otras partes del país: se trata de territorios nacionales que fueron las últimas incorporaciones al mapa, donde por ejemplo no era nada infrecuente que muchos jóvenes se escolarizaran durante su servicio militar obligatorio y miraran la carrera militar como una opción laboral. La vida de las guarniciones marcaba la vida de los pueblos o ciudades donde los regimientos estaban asentados, y establecían lazos familiares concretos entre los oficiales y suboficiales y sus familias” (Lorenz, 2009: 63-64).

Por ejemplo, en Punta Alta, la pequeña localidad ubicada en la provincia de Buenos Aires en donde está emplazada la principal base naval del país – Base Naval Puerto Belgrano –, los regresos de los combatientes fueron vividos como una fiesta por sus vecinos. Ese fue el caso del oficial Hugo Peratta, cuyos allegados y vecinos le prepararon una cena

¹⁸⁵ Entrevista a Antonio “Tano” Gulla, CABA, 26/06/6012.

para su regreso tan ansiado. En ella, Hugo, que había estado en el Crucero General Belgrano hasta antes del desembarco en las islas, se encontró con amigos sobrevivientes del hundimiento:

Y mi señora ya sabía que yo estaba ahí [en la Base Naval Puerto Belgrano], entonces fue con los chicos y un compañero mío en mi auto a buscarme. [...] Cuando llegué a mi casa, me estaban esperando todos mis compañeros, amigos, mis familiares, un despelote mi casa, eran las 12 de noche. [...] Creo que debería haber como 30 personas, desde la familia de mi mujer, estaban mis compañeros del barco, y mis compañeros de tierra, todos los vecinos, había 30 tipos, entonces habían comprado pizzas, vino, champagne... [...] Y estuvimos como hasta las 7 de la mañana ahí jodiendo, en algunos momentos jodíamos, en algunos momentos llorábamos. Había tipos del Belgrano...¹⁸⁶

Sin embargo, las características de la recepción no sólo dependieron de la región del país a la que los ex-combatientes retornaban, sino también del tamaño de la localidad y, fundamentalmente, de las redes sociales en las que estaban inmersos el recién llegado y su familia. En aquellos pequeños poblados, en los que las sociabilidades estaban marcadas por la cercanía y el parentesco, el combatiente que regresaba se convertía rápidamente en “el” personaje de la localidad. Cuando volvió a Las Toscas, una pequeña ciudad santafecina, el joven cabo Abel Mejías recibió gran cantidad de muestras de afecto, e, inclusive, instituciones educativas locales organizaron sendos actos en su homenaje:

Aparte me reconocía más mi pueblo que sabía que estaba yo allá, que...después todo el mundo me iba a saludar, no sabían muy bien todavía la maniobra, cómo venían las cosas, como todo pueblo, sabían que el país estaba en guerra, estábamos en Malvinas, cuando yo llegué algunos sabían que “¡ah! Abel Mejías está, ¡ah! el nieto de fulano” viste pueblo chico “está allá en Malvinas, está en la guerra”. Viste para ellos era la guerra está allá. Cuando volví al pueblo, el recibimiento típico de un pueblo, saludarte, amigos, conocidos, todos, pero yo lo contaba como algo normal, es decir, no es que era... uno no toma conciencia en ese momento de la anécdota, la repercusión que tendrá después con los años, viste. Así que estuve 30 días de licencia.¹⁸⁷

Tan temprano como en junio de 1982 las dos escuelas de la localidad organizaron ceremonias públicas, a las que incluso asistieron representantes del gobierno municipal:

“En el hall del Instituto José M. Estrada y con el auspicio de la Biblioteca Popular homónima se organizó una demostración a un ex combatiente recientemente regresado del TOAS con la activa participación del alumnado y profesores. (...)

¹⁸⁶ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

¹⁸⁷ Entrevista a Abel Mejías, Punta Alta, 17/11/2007.

De esta forma, el joven marinero Mejías Tomé, de 19 años de edad, se reintegró a la comunidad tosquense y se ofreció a brindar al alumnado del Instituto José M. Estrada un relato de las experiencias vividas durante el conflicto con el Reino Unido del que fue directo protagonista desde el mismo Puerto Argentino. Al término de su exposición, respondió a preguntas formuladas por alumnos y profesores del Instituto.

La presentación estuvo a cargo del Prof. Rufino del Fabro (...) quien tuvo fervorosas palabras para darle la bienvenida y agradecer al joven marino Abel Benjamín Mejías Tomé, a quien le fuera entregado al término del acto, un presente recordativo en nombre de toda la comunidad tosquense. Por parte del gobierno comunal, asistieron el secretario habilitado, Federico Aldo Pezz y Aníbal Rafael de Nardo, secretario del Consejo Asesor Comunal” (*El Pasquín del Pueblo*, Santa Fé, s/f).

Asimismo, el entonces cabo Ni Coló recuerda agradecido el recibimiento de sus vecinos de Saladillo, la ciudad bonaerense que lo vio crecer:

“A las cinco de la mañana estaba otra vez en las calles de mi amada ciudad de Saladillo. Por fin volvía a ver las calles que recorríamos todos los fines de semana en algún auto, muchas veces en un Fiat 1500, el mismo que me estaba esperando con la puerta abierta para llevarme a casa, mi amigo Osvaldo Debiasi; me estaba esperando. Cuando iba a subir al auto veo que se acerca corriendo otro amigo, Mario Angelani, que me brinda un afectuoso recibimiento.

El encuentro con mi madre no tuvo mucha algarabía, no hubo ninguna manifestación especial de parte de ninguno de los dos. Apenas nos dimos un beso. Estaba inmóvil, pálida y no pronunciaba ni una sola palabra. Al rato me preguntó si había matado a alguien; le respondí que no, pero igual insistió varias veces con esa pregunta. Luego me senté en la cama de mis padres, que me dijeron que era la primera noche en dos meses que habían podido dormir.

Recuerdo con profundo cariño la mañana siguiente cuando caminaba por las calles de Saladillo y mucha gente me saludaba y otros se detenían para hablar conmigo. En las casas de mis amigos todos me abrazaban y lloraban” (Ni Coló, 2004: 65).

Aún en ciudades del Gran Buenos Aires algunos integrantes del Apostadero que hacía años que vivían en el mismo barrio o que eran más extrovertidos, recuerdan una gran recepción de los vecinos. Las redes sociales que habían construido ellos y sus familias a lo largo de los años explican esos afectuosos recibimientos, que fueron aislados en los grandes centros urbanos. Al respecto, el ex-conscripto y psicólogo Oscar Luna explica las particularidades de su regreso a Carapachay, un barrio del partido de Vicente López:

[Sobre la posguerra, Osca señala:] Fue rara la cosa, porque hay dos dimensiones. Una, la dimensión de la decepción de la sociedad durante la derrota, la frustración. El pueblo argentino suele ser bastante exitista, y suele engancharse más con la difusión del éxito y esa fantasía, que todos conocemos de algún modo, a modo de rivalidad, de River- Boca: “Le ganamos, los sacamos de la cancha, los corrimos”. Entonces, cuando volvimos un poco lo que pasó, que estaba, ya estaba en desarrollo... Yo volví más o menos el 20 de junio [...], ya estaba en medio del desarrollo del campeonato de fútbol del 82, España, con lo cual la mitad de la población ya se había... Lo que hace la población, ¿no?,

anestesiado también, evadido de eso [...] En mi caso particular, yo era de barrio, los barrios tienen otras características, [...] entonces la lógica de barrio es la lógica del vecino, de afecto, y entonces ahí me recibieron muy bien, yo era de Carapachay.¹⁸⁸

Esas lógicas barriales son también los factores claves para comprender la gran bienvenida que los vecinos de Vicente López le brindaron al entonces conscripto Claudio Guida:

Llego a casa, una y media de la mañana, la cuadra cortada, mis amigos, vecinos, y... porque mi vieja llamó a todo el mundo “volvía Claudio”. A todo esto, la vestimenta era: las mujeres camisón y tapado de piel, los hombres era pijamas y sobretodo, pleno junio, un frío de cagarse, con la puerta abierta [...]. Ovación, me bajo en andas, saludos. [...] Me recibe toda la cuadra, yo aparte un tipo que me doy con mucha gente, que me conocen [...] Así como estaba, todo el mundo adentro de mi casa [...]. Bueno, abrazos, llorando mi vieja, qué se yo, yo tranquilo, ya estaba bien. Me siento en la cama, digo “mi cama, mi habitación, pensé que nunca más la iba a ver, la puta madre, después de dormir en tantos lados, después de tanto tiempo, estoy sentado otra vez en mi cama, qué increíble”.¹⁸⁹

Los días posteriores al regreso, muchas de los hogares de los ex-combatientes se convirtieron en un “desfiladero” de vecinos, familiares, amigos, novias que iban a ver a los recién llegados y comenzaban a hacer preguntas. Eduardo Iáñez evoca la recepción de sus vecinos de Tigre, su ciudad de origen ubicada en el Gran Buenos Aires:

Después al otro día fue todo el desfiladero, ¿no? Porque estabas en tu cama y venía la vecina, y te decían “¿Qué tal? ¿Cómo estás?”, [...] “Está todo bien” “Lo que sufrió tu madre”. Después te enterás, tu madre estuvo 70 días que estaba muerta, muerta literal, de sufrimiento de todo, y [...] mi viejo lo mismo [...]. En el club de barrio hicieron algo para darnos una medalla, a mí, éramos tres. El Club Defensores de San Fernando [...] hicieron un asado y nos dieron una medalla [...] por la participación en Malvinas, eso fue inmediato, o de hecho algún colegio nos ha invitado.¹⁹⁰

Algunas entidades que tenían algún tipo de vínculo con los protagonistas de la guerra organizaron pequeñas ceremonias públicas en su homenaje los días siguientes al regreso, a las que asistieron sus vecinos. Así como Eduardo fue reconocido por el club de barrio, Claudio Guida, Fernando González Llanos y Gabriel Asenjo fueron homenajeados por la escuela donde habían cursado los estudios secundarios, y Alejandro Egudisman por el Partido Socialista Popular donde militaba antes del conflicto.

¹⁸⁸ Testimonio de Oscar Luna en la Escuela Normal N° 5, Barracas, CABA, 27/06/2012.

¹⁸⁹ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

¹⁹⁰ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos, 20/04/2010.

En definitiva, la ausencia de amplios homenajes públicos cuando regresaron a las grandes ciudades, alimentaron la percepción de los combatientes que habían estado solos en la guerra. Para quienes habían permanecido en las islas por más de dos meses y medio, la distancia entre el regreso anhelado y la realidad no podía ser mayor. Una sensación de desilusión, cuando no de bronca e indignación, permeó sus posguerras, lo que profundizó el distanciamiento de la sociedad civil, que ya había comenzado durante el conflicto.

Si todo combatiente que regresa de una guerra percibe con estupor y angustia que la vida cotidiana continuó en las ciudades mientras su vida cambiaba para siempre (Garton, 2000), en el caso del conflicto del Atlántico Sur es necesario tener presente otros factores para comprender esa perplejidad e indignación de quienes habían luchado ante la ajenez de la sociedad. En principio, el distanciamiento de la sociedad civil durante la guerra se explica por las características geográficas del teatro de operaciones: un territorio insular y lejano de los mayores centros urbanos y de poder del país. Además, y vinculado a ello, hay que tener en cuenta las vivencias bélicas de los combatientes: las anécdotas sobre el contraste abismal entre las noticias que transmitía la radio sobre los combates – en parte debido a la censura – y su realidad en las islas, entre la vida placentera de quienes estaban en casa y la suya bajo los bombardeos enemigos son recurrentes en los testimonios. De hecho, como vimos en el Capítulo 2, su identificación colectiva como combatientes, y específicamente como integrantes del Apostadero, se forjó en la guerra, en parte, en relación/oposición con los civiles – y también militares – que habían permanecido en el continente. Ellos eran los “otros”.

Pronto, una sensación de extrañamiento hacia la sociedad se extendió en gran parte de los ex-combatientes en la posguerra. Y, en muchos casos, ese extrañamiento – o imposibilidad de reconocimiento – se convirtió en bronca y resentimiento hacia el “pueblo argentino”¹⁹¹ que, desde su perspectiva, no sólo no se había comprometido lo suficiente con la guerra – cuando en un principio la había apoyado masivamente –, sino que ahora que regresaban ni siquiera los reconocía y contenía. Ni siquiera le daba un sentido a su sacrificio

¹⁹¹ El testimonio del oficial retirado y bioquímico Roberto Coccia es bien claro al respecto: “Así que, bueno llegamos, el triunfalismo como somos todos los argentinos, ustedes, no vos, pero ustedes, el pueblo argentino, que días antes, yo me enteré después cuando volví, que días antes había sido reprimido en la Plaza de Mayo, el 2 de abril lo aplaudieron a rabiar, yo no sé si aplaudían a Galtieri, yo creo que no aplaudían a Galtieri ni la Junta Militar, yo creo que aplaudían el hecho de haber... [...] retomado Malvinas, no es cierto” (Bahía Blanca, 04/08/2007).

y a la muerte de sus compañeros. La sensación de incompreensión de una sociedad que a sus ojos parecía esquizofrénica, si no hipócrita – porque había mutado radicalmente de un entusiasmo desmedido inicial durante la “recuperación”, en la que había depositado las esperanzas de regeneración nacional, de nacimiento de una “Nueva Argentina” (Guber, 2001b), a una normalidad indiferente a la derrota –, aparece con claridad en el testimonio sobre su regreso del ex-soldado Roberto Herrscher:

“Me bajé del micro en Puente Saavedra. Caminé las quince cuadras hasta la casa mirando con infinita extrañeza a la gente. (...) En todas las guerras los que regresan recuerdan el estupor ante el hecho de que la vida en las ciudades haya seguido igual mientras ellos estaban bajo la metralla y sus amigos morían. Yo había dejado de entender a mi país cuando todos se volvieron locos el 2 de abril, y ahora no entendía por qué todo había vuelto a la normalidad” (Herrscher, 2007: 97).

Estas sensaciones marcaron un desencuentro en la inmediata posguerra con quienes habían permanecido en el continente, anclado en la imposibilidad de reconocerse, de identificarse con aquella sociedad a la que habían pertenecido antes de la guerra. Por ello, los ex-combatientes se sentían alienados. Sencillamente, no encontraban un lugar al que regresar.

Pero, no sólo la sociedad civil se había transformado, había mutado su actitud hacia la guerra; también ellos habían cambiado producto de la vivencia bélica. Y si bien en los primeros momentos del regreso, no pudieron comprender ni mucho menos explicar claramente esas sensaciones ni lo que les estaba pasando, sí comenzaron a percibirse distintos, a sentirse “otros” luego de la derrota.

El desencuentro, entonces, fue también con su ser y su identidad pre-bélica. La dificultad de vincular la vivencia bélica – el “allá” – y los tiempos de paz – el “acá” –, de encontrar alguna continuidad entre ambos tiempos/espacios, fue un indicio claro para muchos de ellos de que la guerra no sería un pasado fácil de dejar atrás. Esa sensación de no estar “aquí ni allá” es el factor que los marca como “otros”, y los distancia de los civiles y militares que permanecieron en el continente, a veces, ajenos al conflicto o con una belicosidad desenfrenada.

La imposibilidad de tender puentes entre la guerra y la vida cotidiana de paz fue evidente en estos primeros momentos del regreso. Volvían de una experiencia extrema y además derrotados, algo aturdidos y confundidos y con interrogantes difíciles de responder.

Es por ello, que algunos necesitaron un tiempo para intentar reencontrarse a sí mismos antes que al resto; aunque ese reencuentro fue imposible:

“Yo no quería, no podía llegar con el micro hasta la puerta de mi casa y tocar el timbre. ¿Ya está? ¿Terminó la guerra? ¿Volví y la vida sigue?.

Quería volver pero necesitaba caminar, respirar. Sentía de una forma que no podría explicar que no estaba preparado para soportar los abrazos (...). Me bajé del micro en Puente Saavedra. Caminé las quince cuadras hasta la casa mirando con infinita extrañeza a la gente” (Herrscher, 2007: 97).

En el regreso, los ex-combatientes comenzaron a encontrarse súbitamente con los temores, angustias y ansiedades que habían intentado negarse u ocultar en el transcurso de la guerra. El entonces cabo Daniel Peralta recuerda el viaje de regreso en colectivo, y las emociones que inesperadamente lo embargaron:

En el regreso me acuerdo que me tocó viajar con una chica de Tres Arroyos... claro, la tensión nerviosa que uno tenía no la notaba [...] Cuando llegué, empezamos a hablar con esta piba, y me preguntó de dónde venía, y yo le empecé a contar. Ahí empecé a sentir el dolor desde la punta del pelo, hasta la punta de la uña, todo el cuerpo, inconscientemente me largué a llorar. Yo me acuerdo que ella me abrazó, me puso en su hombro, y me tenía abrazado parecía una criatura como lloraba, te lo juro, mirá, y nunca la encontré a la piba. [...] Cuando yo me desperté estaba solo, la chica ya no estaba más, me sirvió para consolarme esta chica sin saber quién era.¹⁹²

Recién cuando llegó a su hogar con el que tantas veces había soñado mientras estaba en las islas, Daniel Blanco – cabo en 1982 – comprendió cabalmente lo cerca que había estado de la muerte: “11 y media de la noche yo llegué a mi casa, y ahí fue... nunca... fue lo más duro, porque vos decís nunca pensás volver, cuando a vos te paran frente a tu casa, es como decir... [Daniel se emociona] [...] Para colmo llego a mi casa y no había nadie [...] Yo me quedo ahí, viste, entro y me quedé solo, y al rato aparece mi vieja, después llamaron a mi novia.”¹⁹³ Las marcas de la guerra, las emociones contenidas así como la imposibilidad de dar un sentido a su vivencia, aparecieron con fuerza en estos primeros momentos luego del regreso, y fueron una presencia constante y dolorosa en la posguerra de muchos protagonistas, como en el caso del cabo Ricardo Rodríguez:

Entonces llego y yo vivía a siete cuadras de ahí, de la Base [Naval Puerto Belgrano]. Era contramano, no podía entrar, digo: “Dejame acá en la esquina”. Y al frente había un almacén, eso me acuerdo.

¹⁹² Entrevista a Daniel Peralta, Punta Alta, 11/11/2007.

¹⁹³ Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 26/12/2007.

Llego, le digo [...] “¿Qué hacés Pepe? Hola Pepe” le digo, “¡Oh! Cacho ¿cómo estás? ¿Qué tal?” “Bien, dame una botella de vino” le digo. Me quería emborrachar, o sea, me quería emborrachar. [...] Ya como no hacía mucho frío, viste, dejé la manta. Un ciruja, barbudo, sucio. Y llego a mi casa, ahí, este ... [ríe]. Golpeo la puerta. La sentí a mi señora que dice: “¿Quién es?”. No me salió decirle “Yo” y golpeaba, ¿viste?. “¿Quién es? – dice – No te voy a abrir si no se quién es”. Y me sale: “Papá” le digo. Y desesperada abre la puerta, estaban mis suegros ahí. Me fueron a recibir los tres, me tiraron al suelo, obvio que la botella de vino acá arriba, ¿no? Me tiraron al suelo, lloraban, ¡era alegría! Mi suegra me tocaba la cabecita. [...] Me pongo a tomar vino ahí, no sabía tomar, eh. Pero en ese momento es como que me quería... emborrachar, no sé. Y mi señora me dice: “bueno hasta, hasta acá, estamos llegando a la casa ahora”, ¿no? O sea, mi señora me dice, dice que le decía la..., porque ella supo que hubo una rendición. De ahí en más no supo más nada, inclusive unos días antes, no supo nada, si estaba bien, si estaba vivo, si viene, no viene, cómo, cuándo. [...] Entonces uno o dos días antes [su señora] le dice a mis hijas: “Prepárenle algo a papá – dice – porque mañana va a venir papá, segurísima”. Entonces me prepararon un regalito ahí. Y mi señora me hizo unas milanesas. Dice: “Si viene ahí están y si no...” Y bueno y llegué el día ese, a las cuatro de la tarde más o menos. Empecé a comer, empecé a comer, empecé a comer, comer, comer, no sé, me habré comido unas catorce o quince milanesas. Mientras me venía gente, vecinos, gente que sabía, gente del destino “escuchábamos por la radio así, que los de Malvinas estaban, que llegaron, todo”. La verdad que muy lindo. Entre eso se hizo las cuatro de la mañana y yo estaba... allá. Y por ahí sentía un ruido, viste, estaba y así. Y bueno no... se fue... bueno obvio, ¿no? Teníamos que dormir, yo no quería dormir, quería dormir en el suelo, no me quería bañar tampoco. O sea estar atento...¹⁹⁴

La noche del regreso los integrantes del Apostadero se reencontraron con sus seres queridos y con las guerras que ellos habían vivido, repletas de desesperación, ansiedad e incertidumbre. Cuando vio a sus padres, el conscripto Marcelo Padula se sorprendió porque “a los dos los vi viejísimos, muy viejos los vi para la edad que tenían.”¹⁹⁵ También, el “ex-colimba” Alejandro Diego rememora:

Entro a mi casa por la puerta de servicio, por la escalera, toco el timbre, y mi vieja me ve por la mirilla, abre la puerta, y en vez de abrazarme, se va para atrás, y se queda así, y no lo podía creer, aparte yo vestido de guerra, fuerte. [...] Y... se tira para atrás, y yo no sé por qué, no la abracé ni nada, claro, yo estaba bien, yo sabía que estaba vivo. Y enfilo por la cocina, y en un momento hay un pasillo largo y se ve el living, y estaba mi viejo sentado, mirando el diario, leyendo el diario, pero así encorvado, y con la pesadumbre de que para vos tu hijo no vuelve, viste, le vi eso, yo pude ver lo que sufrieron ellos. Voy caminando así, le digo “Papi” y me mira, y... se va para atrás, me abraza, y “volviste”, qué se yo. Y ahí bueno todos abrazándonos, y estaba vivo.¹⁹⁶

Asimismo, Gabriel Asenjo recuerda las primeras palabras que le dijo su madre ni bien lo vio, luego de meses de una angustia insondable:

¹⁹⁴ Entrevista a Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007.

¹⁹⁵ Entrevista a Marcelo Padula, CABA, 19/04/2010.

¹⁹⁶ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007.

Llegué ese día, entré y puse la llave. Mi mamá lo primero que dijo fue “no quiero escuchar nada, no me cuentes nada, no me cuentes nada”, “bueno – le digo –, poné la pava”, qué se yo. Yo venía, en esa época fumaba, venía con mis cigarrillos, los saqué en la mesa, y me puse a fumar, y lo único que quería era escuchar un tema musical que me había girado en la cabeza durante toda la guerra, y fui y lo puse, era un tema de Serú Giran “Desarma y sangra” [...]. Eso fue lo único que hice emotivo.¹⁹⁷

Para colmo, en aquellas ciudades pequeñas como Punta Alta, en las que residía gran cantidad de militares, los rumores sobre el estado de salud de los combatientes se multiplicaban y difundían rápidamente. La familia de la novia del cabo Ramón Romero lo esperaba con mucha angustia porque un marinero que lo había visto en las islas le dio a entender que no se encontraba en buenas condiciones:

La familia de ella [su novia] no sabía nada [...]. Encima se encuentra con uno, que yo siempre, no me crucé nunca más con él, pero era, el día de hoy, para re-putearlo.[...] Era un civil que estaba en un buque, [...] uno de los buques que fue a llevar mercadería, y vivía a dos cuadras de la casa de mi novia, y se cruza con la mamá de mi novia y le dice “Sí, estuve con Ramón allá. Pero vio, la forma en que estaba, yo no tendría esperanzas de que estén bien”. Y encima acá no tenían... sí, un tarado... [...] Los que vivían afuera [de la Base] los llevaban en un colectivo, así que yo me fui en el colectivo. Y más o menos 12 y media, a la una de la mañana, me dejan a tres cuadras de mi casa, y ellos ya estaban esperando viste, esta... cuando ven que vengo caminado, salen todos corriendo a recibirme. Me habían preparado comida, ¡había comida a rolete! [...] Así que no sabían cómo iba a estar, cómo me iban a encontrar. Así que ese día fue todo... ni habré dormido ese día.¹⁹⁸

Los militares que tenían hijos pequeños recuerdan sus miradas extrañadas ante un rostro que prácticamente no reconocían: “Y emocionante, te podés imaginar, después de tanto tiempo, llanterío, y es lógico, qué voy a hacer. Si me acuerdo que la nena que tenía meses, viste, no quería ni mirarme, viste, no sabía quién era yo.”¹⁹⁹

En realidad, ese extrañamiento hacia quienes regresaban de la guerra fue vivido por muchos seres queridos, o, por lo menos, así lo sintieron los recién llegados. Los ahora ex-combatientes sentían que sus familiares los trataban como “otros”, con ciertos reparos o cuidados que demostraban que la marca de la guerra en sus vidas también era advertida por ellos. Y, de hecho, algunas situaciones vividas por los integrantes del Apostadero dan la pauta que sus seres queridos no lograban reconocerlos en su mirada, en su apariencia (como en el caso de Alejandro Diego, que volvió “vestido de guerra, fuerte”), en su historia bélica (por eso la madre de Guillermo Ni Coló le preguntó insistentemente si había matado a

¹⁹⁷ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010.

¹⁹⁸ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

¹⁹⁹ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

alguien y la de Gabriel Asenjo le pidió que no le contara nada), ni en sus actitudes, marcadas, ahora, por la experiencia extrema. Así como Ricardo Rodríguez quería tomar alcohol y dormir en el piso atrincherado, muchos ex-combatientes recuerdan situaciones similares en las que se alteraban ante un ruido fuerte que los remitía a la guerra o que comían desesperadamente. Otros también evocan las miradas de quienes los acompañaban hacia ellos ante esos comportamientos extraños. Por ejemplo, Antonio Gulla recuerda una situación que vivió en la vía pública al día siguiente de regresar mientras estaba con su primo:

Al otro día que llegué, bueno no dormí, obvio, no sabía ni dónde carajo estaba, estaba acá pero no sabía dónde estaba. Me voy con mi primo para la casa de mi vieja, en Isidro, Boulogne, nos vamos a tomar el tren, en Retiro, tomamos un colectivo, y veníamos caminando por la plaza [...] y pasa un avión. Mi primo me miró y no entendía nada. ¿Qué hice? Veníamos los dos juntos así, agarro y lo tiro, me tiro y lo tiro, lo cubro. [...] Mi primo dice “Está loco este” “Claro, porque vos no pasaste toda la...”. Entonces pum, “Perdóname” le digo, “No, está bien primo”.²⁰⁰

Asimismo, Alejandro Egudisman recuerda la mirada de sus familiares y de algunos desconocidos ante su forma de comer ni bien retornó: “Al otro día, me fui a comer con mi hermana, y con mi viejo [...], fuimos a comer a un lugar. [...] Comía como desesperado, me acuerdo que me miraban, me contaba mi viejo que me miraba la moza.”²⁰¹

Ante estos comportamientos extraños y situaciones inéditas, los seres queridos de varios ex-combatientes optaron por tratarlos con ciertos cuidados para ayudarlos a elaborar esa experiencia tan dolorosa y con el propósito de que “olvidaran” la guerra. Lo cierto es que ni bien retornaron, sus familiares no sabían bien qué hacer para ayudarlos en la elaboración de su vivencia, para que pudieran seguir adelante con sus vidas: ¿Era mejor hablar o no hacerlo? ¿Qué preguntar sobre la guerra? ¿Cómo hacerlo?.²⁰² Ante el temor de profundizar las secuelas de la experiencia traumática, muchos optaron directamente por no preguntarles por la guerra o esconder todo tipo de elementos que pudiera remitirlos a su pasado bélico. Por ejemplo, Ricardo Rodríguez, que tuvo una posguerra con algunas complicaciones debido al síndrome de estrés postraumático, señala: “Nadie me quería

²⁰⁰ Entrevista a Antonio “Tano” Gulla, CABA, 26/06/2012.

²⁰¹ Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

²⁰² Para la experiencia de guerra y posguerra vivida por los padres de los combatientes, ver: Bustos (1982), Vargas (2004), y la película *Locos de la Bandera* (2005).

preguntar porque me veían que estaba mal.”²⁰³ Asimismo, el ex-soldado Eduardo Iáñez evoca la siguiente situación que se produjo en su hogar ni bien regresó:

Una vez llego a casa [...] y había una revista *Gente* que sería bueno conseguirla, que había una foto donde yo estuve exactamente durmiendo prisionero [...]. Le dije a mi vieja “Mirá, mamá, acá estuve yo”, nunca más estuvo. [...] Esa revista no apareció nunca más [...]. Claro, todo el mundo te preservaba, y no se hablaba por preservarte, el entorno no hablaba, o era “¿cómo la pasaste?” y hasta ahí.²⁰⁴

En fin, si los ex-combatientes habían regresado distintos de la guerra y así se sentían, el primer contacto con sus seres queridos, con sus familiares y amigos, no hizo más que confirmar su sensación de ser “otros”. El encuentro con sus allegados y, en general, con la sociedad civil, fue en realidad un desencuentro no sólo con esos “otros”, sino también consigo mismos. El regreso se reveló imposible porque no tenían lugar al que retornar – la sociedad era “otra”, había mutado desde la derrota –, pero, fundamentalmente, porque ellos ya no eran los mismos: vivían entre la guerra y la paz.

Incomprensiones, incomodidades y silencios

Ese extrañamiento de la sociedad, ese desencuentro con los “otros” civiles que los ex-combatientes percibieron durante los primeros días del regreso, se profundizó a lo largo de la posguerra, y algunos consideran que incluso continúa hasta hoy.

Los conscriptos y militares que habían luchado en las islas sentían que no había lugar para ellos en la sociedad de la posdictadura. Sentían que no encontraban un espacio ni para hablar de sus vivencias ni para retomar sus vidas luego de la experiencia bélica. ¿Por qué se produjo ese cortocircuito social? ¿Cuáles fueron aquellas situaciones que alimentaron la sensación de estar de más por parte de los ex-combatientes? ¿Por qué muchos de ellos guardaron silencio sobre sus vivencias durante décadas?

Ese distanciamiento se fundó, en principio, en la diversidad de sentidos que la sociedad civil y los ex-combatientes construyeron sobre la guerra; sentidos que terminaron

²⁰³ Entrevista a Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007.

²⁰⁴ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos, 20/04/2010.

siendo antagónicos y que condicionaron en buena medida los regresos de los que habían luchado en las islas.

En la temprana posguerra, los cruces entre terrorismo de Estado y guerra de Malvinas en la prensa estaban a la orden del día. Sin embargo, ante la magnitud de la matanza cometida por las FF.AA. en los '70, paulatinamente los reclamos por “la verdad” de la guerra quedaron en un segundo plano, y las voces de los combatientes fueron opacadas por los testimonios de los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención y – más aún – de los familiares de los desaparecidos, que denunciaban el horror que habían vivido. Pero, además, la guerra era un hecho cuanto menos incómodo y vergonzante para grandes sectores sociales, debido a que interpelaba la responsabilidad de cada uno ante el consenso – pasivo o activo – otorgado a la guerra. A diferencia de la represión ilegal, sobre el conflicto bélico la sociedad no podía aducir ignorancia: la guerra había sido un acto público y el respaldo popular había sido masivo.

Para comprender la forma en que amplios sectores sociales resolvieron esa incomodidad – o intentaron hacerlo –, es necesario tener en cuenta el sentido que ésta construyó sobre el terrorismo de Estado en la Transición, ya que ambas memorias se configuraron a la par y estuvieron estrechamente relacionadas.

Recordemos que la importante repercusión pública que gozó el “problema de los desaparecidos” en la inmediata posguerra generó un profundo sentimiento de indignación y repudio y, consecuentemente, una resignificación de lo que había sucedido en los '70, distinta – y en parte opuesta – a la narrativa militar de la “guerra antisubversiva”. Como indican Novaro y Palermo (2003: 487):

“El juicio de reprobación moral de la represión ilegal se asentó en un discurso que, aunque tenía antecedentes prebélicos, fue en gran medida una novedad de la transición, y operó a través del reemplazo o la torsión de las definiciones parametrales con que se había manejado hasta entonces la cuestión: lo que se había llamado “guerra interna” era ahora “la represión” o “el terrorismo de Estado”, y los que habían sido “subversivos” ahora eran “militantes”, “jóvenes idealistas”, “víctimas”, y más precisamente, “víctimas inocentes”.”

Estas primeras imágenes de la represión ilegal finalmente derivaron en un discurso conocido como “teoría de los dos demonios”, que hegemonizó el espacio público de la

Transición (y mucho tiempo después).²⁰⁵ La “teoría” construía la imagen de una sociedad inocente y pasiva que había sido amenazada por dos terrorismos: uno de derecha y otro de izquierda. Esta narrativa, funcional para la naciente democracia que intentaba fundar la legitimidad del estado de derecho (en base a un corte abrupto con el pasado), tanto impugnaba el recurso a la violencia como “equiparaba lo incomparable: los crímenes cometidos por grupos irregulares con el sistema criminal montado desde el Estado, que había pervertido el propio principio de legalidad” (Novaro y Palermo, 2003: 492).

En tanto culpabilizaba por igual a las FF.AA. como a la guerrilla por la apelación a la violencia y por la ruptura de las normas democráticas, los organismos de DD.HH. y los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención continuaron ocultando el pasado de militancia política y/o armada para legitimar sus demandas, tal como venían haciendo desde los inicios de la dictadura.²⁰⁶ Como la “teoría de los dos demonios” eliminó toda posibilidad de hablar de la adscripción política sin ser cuestionados/juzgados, construyeron una imagen de los desaparecidos como víctimas inocentes – ellos sólo habían sido jóvenes idealistas que lucharon por un cambio social –, a costa de suprimirles su identidad política, que tuvo una amplia difusión.

En paralelo a esta representación de la represión ilegal – y vinculada a ella –, amplios sectores sociales construyeron una memoria de Malvinas que – en sintonía con “la teoría de los dos demonios” – tanto los exculpaba por su pasado comprometido con la guerra, como desresponsabilizaba a los conscriptos por la derrota, lo que permitía dar vuelta rápidamente la página de la guerra.

La sociedad civil – representada públicamente por los medios de comunicación y los partidos políticos (Lorenz, 2007) – construyó una memoria del conflicto que lo percibía

²⁰⁵ Esta interpretación del pasado reciente, que encuentra sus raíces en la impugnación de la violencia que se generalizó en los ‘70, y que resignificada se extendió en la posguerra, se generalizó con el prólogo del informe *Nunca Más* escrito por Ernesto Sabato. Y se materializó en los decretos del presidente Alfonsín que ordenaban el juzgamiento de las cúpulas de las FF.AA. y de los líderes de Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo (Crenzel, 2010).

²⁰⁶ Durante la dictadura, la supresión de la militancia de las demandas de los familiares de los desaparecidos fue un recurso para hacer frente a la “culpabilización y estigmatización” (Crenzel, 2010: 68) de éstos como “delincuentes subversivos”, y, por el contrario, afirmar su inocencia, lo que a la vez les permitía legitimar sus reclamos en las comisiones internacionales de DD.HH. y en las organizaciones no gubernamentales desde un discurso humanitario. Asimismo, y por los mismos motivos, también las denuncias de los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención ocluyeron la propia adscripción política (sumado a la toma de conciencia de la derrota política) (Crenzel, 2010).

como una “guerra absurda” llevada a cabo por un general “borracho” – el único culpable de la derrota – para recuperar la legitimidad perdida por el régimen militar. Así, condensó la responsabilidad de la derrota en los militares argentinos, que habían organizado una “aventura militar” en base a un causa nacional de fuerte raigambre en la sociedad argentina sólo para perpetuarse en el poder y, para ello, habían engañado a ésta en su buena fe, al no informar la realidad de lo que estaba sucediendo. Para colmo, en esa empresa inútil y sin sentido habían jugado con la vida de miles de jóvenes soldados, que en las islas habían sufrido condiciones deplorables y hasta el maltrato de algunos superiores (Guber, 2001b).

En un contexto en el que todo aquello que estuviera relacionado con la violencia y/o lo militar se cubrió con signo de reprobación, amplios sectores sociales percibieron a los soldados como víctimas inocentes de la dictadura – al igual que los jóvenes que habían sido reprimidos en los ‘70 – y los despojaron de toda agencia de sus experiencias, en el afán de evitar que ese descrédito cayera también sobre los conscriptos que habían ido a la guerra sin opción: “La forma de ingreso de la experiencia bélica de Malvinas en los años de la transición fue a través de la inclusión de los padecimientos de los soldados en el catálogo más amplio de crímenes cometidos por los militares. En tanto víctimas, su “inocencia” está referida a su “inmadurez”” (Lorenz, 2006: 157). La imagen de “chicos de la guerra” que se propagó – que estaba configurada en base a los testimonios de algunos soldados que lograron visibilidad pública en los medios de comunicación²⁰⁷ – destacaba la minoridad de los soldados, a quienes se percibía como actores pasivos sin ninguna preparación para la guerra, en donde únicamente habían sufrido condiciones inhumanas y abusos de autoridad por parte de sus superiores, los mismos militares que habían torturado y asesinado a miles de otros ciudadanos en los ‘70.

²⁰⁷ Como así también en el libro *Los chicos de la guerra* de Daniel Kon, que reunía 8 relatos de ex-soldados, y fue publicado en agosto de 1982, con gran éxito (en base al cual, en 1984 se lanzó una película con el mismo nombre dirigida por Bebe Kamín). Para un excelente análisis del libro y la película, ver Guber (2004: 63-91). Sólo por citar un ejemplo de los testimonios que se publicaron en esa época, veamos la “carta al país” que un soldado envió a *Clarín* a comienzos de 1983, denunciando los estaqueos que habían sufrido sus compañeros: “Ver a un compañero tendido en el suelo helado, sin poder moverse y soportando temperaturas de veinte grados bajo cero, nos hacía pensar: ¿Quiénes son nuestros enemigos, los ingleses que nos bombardean o nuestros propios superiores, quienes en lugar de cuidarnos, defendernos y ayudarnos para poder combatir nos maltratan de esta forma? Además el infractor antes de ser estaqueado, era generalmente golpeado a puñetazos por el teniente Ferrer al tiempo que lo insultaba. Súmese a todo esto la debilidad que teníamos por la escasa comida que recibíamos y el frío que no podía soportarse con la ropa mojada y se obtendrá la razón por la cual algunos de mis compañeros volvieron con problemas psíquicos y físicos, incluso mutilaciones, debido al congelamiento y no a las bombas inglesas” (*Clarín*, 19/02/1983).

En la temprana Transición, la guerra pasó a explicarse en clave de política interna. Más que un conflicto internacional, ésta había sido un combate – o, más bien, una matanza – que había enfrentado a militares-verdugos y civiles-víctimas (los conscriptos, y por extensión la sociedad civil) en una lucha desigual. Esta narrativa, que rápidamente hegemonizó el espacio público, explicaba a la guerra “como una muestra más de la arbitrariedad de los militares, anulando responsabilidades colectivas respecto al acuerdo y satisfacción populares por la recuperación” (Lorenz, 2006: 155), y permitía, en última instancia, dejar en un segundo plano al conflicto, que se convirtió en un acontecimiento tan lejano como incomprensible, y con él a sus protagonistas. Como indica Rosana Guber: “Al tratar de eliminar la memoria de Malvinas como si fuera un pasado vergonzante y partidario perteneciente a las Fuerzas Armadas del Proceso, la sociedad optaba por el olvido, exiliando a sus soldados al limbo del sinsentido y de un pasado que, en el dominio público, aparecía como inexistente” (Guber, 2004: 164).

Entonces, desde el momento que se disolvió el impacto emotivo de la derrota, “Malvinas ingresó en un cono de sombra y silencio” (Guber, 2001b: 112), quebrado intermitentemente por los actos conmemorativos, por la aparición de recursos culturales que alimentaban esa memoria (como la película *Los chicos de la guerra*) o por las noticias de ex-combatientes que se suicidaban. Así, el lugar del conflicto y de sus protagonistas en los medios de comunicación nacionales se fue reduciendo cada vez más; de hecho, como su espacio era tan limitado, las agrupaciones de ex-combatientes que se conformaron en la posguerra optaron por crear sus propios periódicos (Lorenz, 2012: 235).²⁰⁸ Por lo menos en los grandes centros urbanos, Malvinas se recordaba únicamente cuando las efemérides lo indicaban.²⁰⁹

²⁰⁸ En el Capítulo 5 indico otros factores que ayudan a comprender por qué esas entidades no tuvieron demasiado lugar en los ‘80.

²⁰⁹ Incluso, si nos centramos en las dos ciudades principales donde residían los integrantes del Apostadero (Buenos Aires/ Bahía Blanca y sus entornos), a lo largo de la década del ‘80, las conmemoraciones del 2 de abril fueron organizadas principalmente por actores vinculados de alguna forma con Malvinas, y tuvieron una convocatoria dispar: ya fueran las FF.AA. (en actos a puertas cerradas), los círculos cívicos-militares tradicionales (paladines históricos de la causa, pero sin llegada popular) como los “afectados directos”, los familiares de los caídos o los ex-combatientes (que, en Buenos Aires, fueron acompañados en forma masiva por las juventudes políticas) (Guber, 2004; Rodríguez, s/f). Además, en esas localidades no hubieron monumentos a la guerra hasta muchos años después del conflicto (aunque, de ninguna forma, esa situación se puede generalizar al resto del país). En Capital Federal, recién en 1991 se realizó un monumento para conmemorar a la guerra y a los caídos a instancias del Estado (los otros que existían eran militares) (Guber,

A ello se sumaba la política de memoria de la guerra seguida por el régimen militar y el primer gobierno democrático, ya que Malvinas, por diversas razones, era dejada en un segundo plano en sus agendas. Lo cierto es que, en el contexto de la Transición, la guerra era un tema menor para ambos gobiernos. Para el régimen militar, como vimos, porque su prioridad era evitar la revisión y el juzgamiento de las FF.AA. en la “guerra sucia”, el hecho nodal para reconstituir la unidad militar, y por ende, su existencia misma. Para el gobierno constitucional de Raúl Alfonsín, porque se centró en la enorme tarea de democratizar las instituciones del país – mientras estaba condicionado por la situación económica y por la puja corporativa de diversos sectores –, y, en paralelo, de llevar adelante el juzgamiento de los militares que habían violado los DD.HH. – erigido en el lema principal de su campaña electoral (Novaro, 2006).

Pero, además, como vimos, Malvinas era un tema incómodo. Para la dictadura militar, porque incentivaba la búsqueda de explicaciones y responsabilidades por la derrota en una guerra regular. Para el presidente Raúl Alfonsín, porque interpelaba la responsabilidad de toda la sociedad – inclusive de las personalidades políticas en el gobierno – por su respaldo público a un conflicto llevado a cabo por las mismas FF.AA. que pretendía juzgar por los delitos cometidos en los ‘70.²¹⁰

Como consecuencia, tanto el régimen militar como el gobierno democrático optaron por alternar entre el silencio de la guerra y el recuerdo de ella cuando las efemérides o los ritos de rigor lo indicaban – desde una retórica nacionalista clásica, el primero, y, en un comienzo, desde un discurso patriótico republicano, el segundo (Lorenz, 2012). Para ambos, la guerra quedó en un segundo plano frente a los conflictos originados por las posibilidades, alcances y limitaciones de los juzgamientos a los represores por los crímenes cometidos en los ‘70. Por ende, las políticas de reconocimiento, pero también, como veremos, de

2004). En Bahía Blanca, si bien el gobierno municipal construyó un pequeño cenotafio tan temprano como en 1983 (aún durante el régimen dictatorial), los ex-combatientes junto a otras agrupaciones cívico-militares autodenominadas “Instituciones Patrióticas” lucharon por más de 20 años por construir un monumento de dimensiones en la ciudad, y recién lo lograron en 2005 (Rodríguez, s/f).

²¹⁰ Que se trataba de un tema incómodo para el presidente es evidente por ejemplo en la política seguida respecto a las fechas para conmemorar la guerra. En 1984 Alfonsín restableció el feriado del 10 de junio como Día de Reafirmación de los Derechos Soberanos sobre las Islas (en alusión a la creación de una comandancia política y militar en las islas en 1829), eliminando el del 2 de abril que había sido establecido por el gobierno militar. Por ende, las conmemoraciones oficiales de la guerra se comenzaron a realizar el 10 de junio. No obstante lo cual, igualmente se celebraban actos el 2 de abril en los que el presidente era una figura central y, en ocasiones, proclamaba discursos alusivos (Lorenz, 2006).

reparación y contención destinadas a quienes habían combatido en las islas, tardarían en llegar.

¿De qué manera este contexto social pos-Malvinas operó – condicionó o posibilitó – en la voluntad de los ex-combatientes de narrar las vivencias bélicas? La imagen de una guerra inútil, de los conscriptos como víctimas inocentes y de los militares como victimarios, ¿se condecía con su propia representación? Más allá de las situaciones enfrentadas en los hogares de cada ex-combatiente, ¿qué otros factores pueden explicar el silencio que muchos integrantes del Apostadero optaron por guardar por años, y algunos por décadas?

Lo cierto es que esa memoria pública de la guerra poco tenía que ver con los sentidos que quienes habían combatido le otorgaban. Para los conscriptos y militares que habían luchado – incluidos los integrantes del Apostadero –, la guerra había sido mucho más que la “aventura” de Galtieri. Si bien se diferenciaban en muchos aspectos, para ambos la guerra había sido ante todo una lucha por la soberanía, y en tanto tal, una guerra justa.²¹¹ Por ende, sus sacrificios y las muertes de sus compañeros no habían sido inútiles: se legitimaban por la defensa de la soberanía, más allá del resultado del conflicto.

Sin embargo, ni bien retornaron, los ex-combatientes percibieron que no tendrían lugar en el espacio público para reivindicar el conflicto, y que si querían hablar de sus experiencias bélicas, deberían hacerlo siguiendo los límites que fijaban las imágenes sociales fuertemente arraigadas en el sentido común. Ello sobre todo porque cuando comenzaron a hablar de sus vivencias, el relato del conflicto como “aventura militar” ya se había construido y el mapa de lo decible e indecible ya estaba parcialmente trazado. En pocas palabras, sus testimonios estaban de más. Como esa narrativa bélica iba a contracorriente de los sentidos que los propios ex-combatientes le otorgaban al conflicto y a su participación en

²¹¹ Las diferencias pasaban sobre todo porque las organizaciones de ex-soldados combatientes que se constituyeron en la posguerra, aún cuando reivindicaban la causa de soberanía y su experiencia de guerra al igual que los militares, no por ello dejaban de cuestionar a las FF.AA. por su desempeño en el conflicto y también por la represión ilegal, entre otras cuestiones. Además, como veremos en el próximo capítulo, porque la reivindicación del conflicto se anclaba en un discurso antiimperialista, latinoamericanista y nacionalista que retomaba las banderas históricas de la izquierda de los ‘70. En cambio, las FF.AA. reivindicaban la guerra desde un discurso nacionalista tradicional, que cerraba todo tipo discusión y crítica puesto que la emparentaba con otras “gestas” patrióticas como las guerras de la independencia y a los combatientes como otros “héroes” a incorporar en el panteón nacional. Ninguno de estos discursos tendría demasiada repercusión en el espacio público en los ‘80 y durante parte de los ‘90 (Lorenz, 2006).

él, los civiles y militares que fueron parte del Apostadero se sumieron – y unieron, tal vez sin saberlo – en el silencio.

En principio, en tanto esa interpretación de la guerra se sustentaba en un fuerte desprestigio pretoriano, puesto que los militares eran vistos como los abusadores de su propia tropa y los responsables de la derrota si no como asesinos de otros ciudadanos; el personal de cuadro optó, en muchos casos, por encerrarse en sus círculos de sociabilidad – ligados a los ámbitos castrenses, en ocasiones –, ocultar su condición de militares y veteranos de guerra, y, silenciar sus vivencias. Sencillamente, su voz no tenía lugar en ese contexto: “no existíamos” como afirman muchos de los militares entrevistados.

Asimismo, en ese silencio también se sumieron los ex-conscriptos del Apostadero. Los jóvenes soldados – al igual que los militares – tampoco encontraban marcos sociales donde integrar sus memorias marcadas por la agencia en sus guerras, en tanto el espacio público sólo se hallaba habilitado para aquellos relatos que denunciaban los abusos de sus superiores y que alimentaban la imagen que los victimizaba. Por ende, ante la falta de una verdadera voluntad de escucha, muchos soldados optaron por callar, tal como afirma Julio Casas Parera:

Cuidaba mucho cuando hablaba, ¿no? No hablaba con cualquiera, porque no me nacía, porque no me interesaba, y, tal vez un poco también porque veía que el resto de la gente no había, digamos, receptividad al tema, y los que eran receptivos te salían con la pregunta de rigor “¿mataste a alguien?”, eso no es importante. [...] Yo no se si maté o no maté, pero creo que.... Preguntar eso es [...] es una falta de respeto, no estamos viendo una película de guerra, estás hablando con una persona, una persona, un ser humano, creo que merece respeto y consideración [...] Y eso lejos de... abrirte, te cerrás más, enmudecés, enmudecés, no te lleva a nada.²¹²

Los integrantes del Apostadero callaban, enmudecían ante las preguntas de los “otros” que estaban ancladas en imágenes de la guerra que ellos no compartían, y con las que no se sentían identificados. Al respecto, Rosana Guber explica claramente:

“Las tres preguntas que los civiles le hicieron a los ‘chicos’ y que los ‘chicos’ escucharon hasta el hartazgo fueron ‘¿mataste?’, ‘¿tuviste hambre?’, ‘¿tuviste frío?’, evidenciaban más la actitud de un adulto con respecto a un niño que la inquietud por una experiencia que había endurecido y conmovido a aquellos muchachos, pero que ciertamente no los había convertido en chicos ni, mucho menos, les permitiría el regreso a esa condición” (2001b: 128).

²¹² Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

El (des)encuentro entre la imagen social de los ex-soldados como “chicos de la guerra”, víctimas pasivas de las FF.AA., y la autorepresentación de la experiencia bélica, es bien evidente en el relato de Claudio Guida:

Así fue como una semana en casa recibiendo visitas, no podía salir de casa, venía todo el mundo a preguntarme pelotudeces “¿cuántos mataste? ¿cuántos mataste?” [...] “Sí, fue dura la guerra”, “¿y pasaste hambre?” “y, sí, no fui de vacaciones” “¿y frío?” “y sí, en el sur hace frío”. O sea no contestaba pelotudeces, “¿mataste a muchos?” “sí habré matado o no, no sé” “¿y murieron compa... viste morir compañeros tuyos?” “no, de los míos, no, se que estaba muy mal la gente de al lado”.²¹³

La comunicación entre grandes sectores sociales y quienes habían vivido la guerra era imposible porque lo que los ex-combatientes querían/podían contar no era lo que sus interlocutores querían/podían escuchar, y, viceversa. Las preguntas que la sociedad hacía desde sus preconceptos e imágenes de la guerra eran consideradas irrespetuosas o, lisa y llanamente, flagrantes por los que habían atravesado la experiencia bélica. La sensación de incompreensión de la propia vivencia por parte de los “otros” profundizó el silencio de quienes habían luchado en las islas.

Los integrantes del Apostadero también callaron ante la imposibilidad de cumplir con las expectativas de los “otros” sobre la guerra, o con su percepción de ellas. Si era habitual que los ex-combatientes sintieran que su relato no estaba a la altura de lo que buscaban oír sus interlocutores, porque la forma que vivieron la guerra era distinta del imaginario social sobre la gloria y el honor del combate (Stanley, 2000: 250); esa situación se agudizó entre los que habían cumplido misiones logísticas lejos del frente de batalla. La distancia entre las preguntas y las respuestas pronto se convirtió en abismo, y ese abismo sólo trajo silencio. Fernando González Llanos, el ex-conscripto voluntario que estuvo en la guerra colaborando en el Centro de Informaciones de Combate ubicado en la localidad, recuerda una situación reciente cuando regresó con su familia a las islas, que es paradigmática de las dificultades que los miembros del Apostadero enfrentaron ni bien regresaron:

Fernando: Cuando fui con los chicos ahora, y el más chico me dice “pero, ¿y vos dónde estabas?”, y yo le mostraba. “¿Y Horacio qué hacía?”, viste, mi hermano [capitán de la goleta Penélope], “y él no, él estaba allá” “entonces él corrió mucho más peligro que vos” “sí – le digo – mucho más, si lo

²¹³ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 11/08/2010.

atacaron por todos lados”. “Y vos, entonces, ¿qué hiciste?” me dice [risas], “y mirá, yo hice lo que pude, lo que había que hacer lo hacía”. [...] Pero eso me pasa muchas veces, que te preguntan “¿y mataste a alguien?”, típico, ¿no? “¿Y mataste a este?”, y le digo “no”. Y como que la gente espera “¿y qué hiciste entonces?”

Andrea: Espera algo heroico, que le cuentes.

Fernando: Sí, claro, espera... “sí, contame algo emocionante”. Y no, la verdad que no. Pero siempre me quedo contento porque digamos hice lo que había que hacer, nada más.²¹⁴

El contraste entre las vivencias de los integrantes del Apostadero y las expectativas de quienes preguntaban no sólo se puede explicar por el imaginario social de lo que es una guerra. También está vinculado a elementos específicos que conformaron la memoria hegemónica de Malvinas, es decir, a la imagen que la sociedad había construido sobre las experiencias de los ex-combatientes a raíz de las noticias de la contienda y, sobre todo, de los testimonios que lograron visibilidad pública en la posguerra. En tal sentido, los relatos de los integrantes del Apostadero no encontraban lugar en el espacio público debido a dos cuestiones, que no son más que dos caras de una misma moneda.

Por un lado, las experiencias de los miembros del Apostadero, su guerra relativamente privilegiada en la localidad, no cuadraban con las denuncias en los medios de comunicación – sobre todo de ex-conscriptos de Ejército – sobre las condiciones deplorables en las que habían luchado y las terribles improvisaciones que habían tenido que enfrentar, ni tampoco con los relatos de sus vivencias propios de una guerra de trincheras. Ante la dificultad de hacer entender en qué consistió “su” guerra o la minusvaloración de ésta por los “otros” – desde la óptica de los protagonistas –, muchos optaron por compartir sus experiencias solamente con aquellos que habían vivido lo mismo, los únicos que podían comprenderlos cabalmente.

Por otro lado, los testimonios de aquellos que habían combatido en el frente de batalla no sólo echaban luz sobre las tremendas dificultades logísticas que habían sufrido sino que, por oposición, denunciaban los privilegios que habían gozado aquellos que habían estado en Puerto Argentino casi como una obscenidad. Recordemos los relatos de los soldados de Ejército que fueron incluidos en el Capítulo 2: “La falla estuvo allá abajo, en donde todo sobraba, y no se repartía (...). Volver al pueblo y ver la diferencia que había era volverse locos”. Esos testimonios fueron publicados por *La Semana*, una revista de gran

²¹⁴ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

difusión, en julio de 1982. En este marco, ya en estos primeros meses de la posguerra, quedó claro cuáles serían aquellas voces autorizadas para hablar de la guerra: las de aquellos soldados que habían estado en las trincheras, combatiendo y enfrentando las máximas dificultades; el resto tendría siempre un lugar secundario frente a esos testimonios. Desde temprano, los propios sobrevivientes de la guerra construyeron una jerarquía de vivencias basada en el dolor y sufrimiento: quienes más habían sufrido, más derecho tenían para hablar del conflicto. Esta situación es otro factor que explica el denso silencio en que se sumieron los integrantes del Apostadero – concriptos y militares por igual –, en tanto parecía que ellos no habían vivido la “verdadera” guerra o, peor aún, que eran culpables del desabastecimiento logístico y del sufrimiento de sus compatriotas que habían permanecido en las trincheras.

En otros casos, el choque entre las expectativas sociales y los relatos de quienes habían luchado en la guerra se debió a la forma particular en que cada uno de los ex-combatientes daba sentido a su vivencia. Algunos de ellos no retornaron con la sensación de haber sido parte de algo histórico o de haber vivido una experiencia única, límite, sino más bien lo naturalizaron como una acción que debieron cumplir por estar en el servicio militar obligatorio o ser parte de las FF.AA., y ahora que volvían, querían retornar a la vida normal de paz. Sencillamente, muchos no hablaban porque no dimensionaban su experiencia. No sabían bien qué contar, nada les parecía demasiado extraordinario, como evoca el ex-soldado Julio Casas Parera:

Julio: A las 2 de la mañana estaba en casa, nos llevaron, nos fueron repartiendo. Y acá me atendió el portero “aquí estoy”, mi hermana estaba estudiando en la casa de un amigo, se vino corriendo, una cosa... súper emotiva, pero otra vez, ni una lágrima, ni una lágrima, nada, emoción, mucha emoción, mucha emoción, poco relato, mucha, “estoy bien”, poco relato. Fue siempre la crítica en mi casa, que se reunieron mil veces esos días a comer, para compartir la comida conmigo, y yo... Como que no le daba bolilla a la cosa, no... claro, es distinto, yo entiendo que ellos querían escuchar cosas, y yo no quería decir nada.

Andrea: ¿Y vos cuándo empezaste a hablar?

Julio: No, yo desde el primer día empecé a hablar, pero hablaba de cosas puntuales, y muy como que las cosas las hacíamos naturalmente, qué se yo, o sea que te contaba yo que habíamos ido a minar y te lo contaba así, como vos que me contás esto y lo otro, no... o sea no le agregaba esa cuota de...²¹⁵

²¹⁵ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007.

Asimismo, otros callaban sus vivencias públicamente porque sentían que eran percibidos como “fenómenos”, “bichos raros”, lo que dificultaba un rápido retorno a su vida normal pre-bélica. La conjunción entre no dimensionar la propia vivencia de guerra y la fascinación que ésta generaba en algunas personas por tratarse de una experiencia extraña y disruptiva, fue un “combo” explosivo que tuvo como resultado no sólo el silencio si no también el aislamiento de muchos ex-combatientes, como recuerda el ex-conscripto Gabriel Asenjo:

La gente que venía a verme, la echaba, no los quería ver, o sea no es que no los quería ver, era “hola, ¿cómo te va?”, pero era “hola, ¿cómo te va?”, yo no quería que me traten... [...] Cayeron un par de tarados a preguntar si había visto muertos y todas esas cosas, entonces yo me sentía una especie de fenómeno y me molestaba, entonces cuando venía alguien yo no lo quería recibir.²¹⁶

Entonces, en el contexto posMalvinas, muchos integrantes del Apostadero se sintieron incomprendidos por los “otros”, porque no compartían el sentido dado a la contienda por ellos, por sus expectativas irreales sobre lo que era una guerra o contrarias a sus vivencias en las islas, y/o por la sensación de ser “fenómenos”. Estas situaciones impulsaron a muchos de ellos a guardar silencio sobre sus experiencias, y a refugiarse en sí mismos, aislándose de la sociedad. En otros casos, lejos de ocultarse y callarse, se reunieron y conformaron agrupaciones con el objeto de reclamar el lugar que les correspondía en la esfera pública y canalizar las demandas de reconocimiento y reparación por su participación en la guerra; aunque, finalmente – como veremos en el próximo capítulo – el espacio conquistado fue bastante limitado. Ello porque el desencuentro entre los sentidos hegemónicos del conflicto y los contruidos por los propios ex-combatientes no sólo tuvo consecuencias simbólicas – la imposibilidad de hablar de sus vivencias –, sino también tuvo efectos prácticos bien concretos que condicionaron el regreso de los sobrevivientes de la guerra a sus grupos de pertenencia y a sus ámbitos cotidianos.

Condicionados y escondidos

¿Cómo fueron los regresos de los integrantes del Apostadero a sus espacios de cotidianeidad a lo largo de la década del ‘80? ¿Qué situaciones alimentaron su sensación de

²¹⁶ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010.

incomodidad o de estar de más? ¿Qué dificultades tuvieron que enfrentar en sus retornos a la militancia, los grupos de amistad, el club, la escuela, la universidad y el trabajo? ¿A quiénes se acercaron o a qué estrategias apelaron para hacer frente a las mismas?

En principio, los regresos de los miembros del Apostadero a sus ámbitos cotidianos estuvieron atravesados por múltiples condicionamientos y experiencias inéditas, que profundizaron su distanciamiento de la sociedad y alimentaron la sensación de soledad. Ello se debió principalmente a dos factores. En primer lugar, a situaciones comunes al regreso de todo ex-combatiente, producto de las secuelas de haber atravesado una experiencia traumática de convivencia con la muerte. En segundo lugar, a circunstancias específicas de la posguerra de Malvinas, de la forma en que la sociedad, los distintos gobiernos y los ex-combatientes pudieron lidiar (o no) con la derrota. En tal sentido, por un lado, las imágenes construidas sobre el conflicto y los combatientes en el ámbito público, y por otro, la práctica ausencia del Estado, condicionaron de distinta forma su “reinserción social”²¹⁷ en los diversos ámbitos y dejaron a los ex-combatientes solos frente a las marcas de la guerra por lo menos hasta fines de los ‘80 – aunque también mucho después.

Con respecto a las dificultades y emociones inéditas que experimenta todo combatiente al regresar de una guerra, la sensación de encontrarse en un espacio y tiempo indefinido es una de las más recurrentes. Si muchos protagonistas viven la guerra como una “discontinuidad” (Leed, 2009) en su vida e identidad, como un estar fuera de tiempo/espacio, por la imposibilidad de articular esa experiencia límite con el pasado vivido,

²¹⁷ Opté por entrecomillar “reinserción social” porque son términos nativos de la época. Como indica Rosana Guber, la utilización de los mismos por ex-soldados, civiles y militares en la posguerra escondía una serie de sentidos: “... en la construcción de la figura del ex-soldado los militares, adultos civiles y los ex-soldados se han referido a ella como a un grupo de edad (jóvenes, chicos, veteranos) que debía ser reintegrado, de algún modo, a una entidad mayor. Este énfasis, que acompañó la mayoría de las consideraciones sobre los ex-soldados en distintos momentos de la primera década de la posguerra, llevaba implícito un supuesto: que los ex-soldados “estaban afuera”” (Guber, 2004: 222). Recurriendo al concepto de marginalidad o liminalidad, la autora explica por qué los civiles y militares consideraban necesario “reintegrar” a los ex-soldados: “Después de la desilusión por la derrota, civiles y militares que habían participado del entusiasmo malvinero quisieron creer que el conflicto sudatlántico podía ser tratado como otro episodio de la turbulenta historia política argentina, esto es, como un emprendimiento de los dictadores de turno. Subyacía la suposición que al dejar atrás la dictadura se olvidaría también su aventura, y, por ende, a sus promotores. Pero esta operación implicaba volver atrás el reloj y restituir a los ex-soldados a un status prebélico, lo cual conllevaba devolverlos a un sitio de minoridad. Precisamente, las disputas cívico-militares por la guía y supervisión de la “reinserción” de aquellos jóvenes [tratadas por la autora en la obra] confirmaban que estos eran visualizados como fuera de la sociedad, pero, además, como menores. Desde esa perspectiva los adultos no contemplaban su reagregación a un nuevo status (tercer estadio), sino que los fijaban en algún punto entre el inicio y el medio del pasaje” (Guber, 2004: 225).

ahora, al regresar, ocurre lo mismo: durante un tiempo, los ex-combatientes marcados por la vivencia bélica no logran reencontrarse en los tiempos de paz.

La mayoría de los integrantes del Apostadero recuerdan que esa sensación de no encontrarse “aquí” ni “allá” – ni en el continente ni en las islas, ni en la paz ni en la guerra – que vimos en los primeros momentos del regreso, la experimentaron más profundamente durante los primeros meses de la posguerra – y en ocasiones, continúa aunque atemperada aún hoy. El ex-conscripto Fernando González Llanos recuerda esa sensación de no estar “aquí ni allá”: “Fue muy raro todo, todas esas primeras semanas fueron muy raras, me sentía muy raro [...]. La misma sensación que allá, es decir: ¿Qué hago acá? ¿Qué es esto? Me acuerdo de viajar en el colectivo y mirar todo.”²¹⁸ También, Julio Casas Parera – “ex-colimba” – evoca una sensación similar: “Pero la realidad que fue un período bastante... no complicado, pero... la reinserción era rara, porque... [...] Yo me sentía todavía allá, sentía que estaba allá todavía, porque no, no estaba acá, estaba físicamente, pero seguía allá, me costaba mucho traerme espiritualmente acá, a Buenos Aires.”²¹⁹ El entonces cabo Raúl Gramajo acuerda con los ex-soldados: “Estamos tan excitados nosotros, estamos tan en una situación muy... no sabías con... estar acá, estar allá, nos sabías, estás muy nervioso, la excitación que teníamos, no éramos normales nosotros.”²²⁰

Asimismo, los cambios en la percepción de la vida y la muerte que trae aparejada toda experiencia bélica condicionan los regresos de los combatientes en un comienzo y explican esa dificultad de articular los tiempos de paz con el pasado bélico. En tanto conciben que en la guerra “alcanzaron la cumbre de su existencia, experimentaron la vida en su máxima intensidad, y al hacer eso, se habían realizado totalmente”²²¹ (Garton, 2000: 228), el regreso a la rutina, a la futilidad de la vida cotidiana, lo perciben imposible y, en ocasiones, irreal. Sencillamente, no le encuentran sentido ni relevancia a la vida de paz. Se produce, por ende, una relación de mutuo extrañamiento entre los ex-combatientes y los civiles, como explica Rosana Guber (2004: 78) para el caso de Malvinas: “Como en el no reconocimiento mutuo del pasado del otro, el extrañamiento funciona en dos sentidos: los

²¹⁸ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

²¹⁹ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

²²⁰ Entrevista a Raúl Gramajo, CABA, 25/06/2012.

²²¹ Esa nostalgia de la guerra se puede deber tanto a la apropiación de valores tradicionales como valentía, sacrificio y el haber estado dispuesto a dar la vida por la Patria, como a la camaradería que construyeron al calor de las batallas (Garton, 2000).

civiles tratan a los ex-conscriptos como una curiosidad, mientras que los ex-soldados no pueden tolerar el absurdo de la rutina civil (y(...) también encuentran difícil tolerar los rigores inútiles de la rutina militar dentro de la guarnición).”

En efecto, en el capítulo anterior vimos que los ex-combatientes se enfrentaban a las nociones de autoridad propias de la jerarquía militar y a las prácticas habituales del servicio militar obligatorio porque les parecía ridículo e incompresible que ahora los entrenaran, cuando ya habían atravesado una experiencia bélica; pero también porque no le encontraban sentido. Julio Casas Parera sostenía que retomar las funciones de mozo y asistente en su destino le parecía “completamente intrascendente, secundario.”²²² Esa misma percepción se extendió, en general, a su cotidianeidad en todos los ámbitos de la vida. Por ello, en un comienzo, muchos ex-combatientes optaron por vivir al límite, saliendo y viajando en forma compulsiva. Ese fue el caso del ex-conscripto Alejandro Egudisman:

Alejandro: Estuve mucho tiempo bravo, sí, sí, fue un tiempo que estaba a *full* todo el día, no paraba, no paraba, corría [...] Muchos años estuve así, loco de atar, es increíble, hoy ando despacito con los coches, uno...

Andrea: Tenías mucha ansiedad

Alejandro: Mucha ansiedad, muy pirado, siempre al borde, siempre al límite. Ahora no, ahora soy, es increíble, lo hablábamos con amigos míos, no fui a terapia ni nada, pero le fui buscando la vuelta para, empecé a bajar las vueltas, y hoy soy un tipo re-conciente [...]. Pero tuve épocas muy locas, la verdad era loco, no era loco agresivo nunca lo fui, pero era loco porque era un tipo peligroso para mí mismo, era muy suicida [...] La palabra es esa: suicida potencial.²²³

Además, esa vida vertiginosa puede estar vinculada a la necesidad – que expresan los ex-combatientes cuando regresan – de disfrutar la vida al máximo porque ya habían pasado por la muerte: luego de la guerra, la vida era un regalo y había que aprovecharla, sin preocuparse por los problemas cotidianos que percibían intrascendentes. El ex-soldado Alejandro Diego explica claramente esa percepción cuando rememora la muerte de un marino que estaba a su lado: ““Este amanecer Turano ya no lo ve y yo sí, es un regalo de Jesús, a partir de ahora, mi vida es un regalo, y todo lo que reciba es extra”, y a partir de ahí, cambié mi visión de todo. [...] En que ya estaba muerto, yo ya morí el 26 de mayo de 1982 a las dos de la mañana, morí, y llevo 23 años de regalo, y cada día es un regalo, y Turano no lo vio.” Luego de regresar del conflicto, Alejandro estuvo buscando la mejor forma de vivir:

²²² Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

²²³ Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

“Aparte tenía... viste, no quería estudiar más, decía “hay que vivir, yo no sé cuando me muero”, o sea volví como los que volvían de Vietnam, viste. Me tendría que haber ido a la droga así, viste, a la vagancia, porque había que vivir. Pero esto la primera semana, te digo, la segunda semana.”²²⁴

Muchos integrantes del Apostadero alternaron esta necesidad de salir y viajar con el aislamiento. La reclusión en sus hogares y el alejamiento de los círculos sociales que frecuentaban antes de la guerra, de aquellos que habían permanecido en el continente durante el conflicto, fue una situación común en la posguerra de muchos ex-combatientes, que se debió a diversas variables.

En algunos casos, las secuelas de guerra producto del estrés postraumático pueden explicar ese distanciamiento. Muchos integrantes del Apostadero volvieron algo aturdidos de la guerra, no querían/podían hablar de una experiencia que los había marcado a fuego y, como consecuencia, se aislaron. El caso del entonces joven cabo Sergio Fernández es uno entre muchos otros: “Cuando llegué, me quedé en mi casa no quería ni salir, venían mis compañeros del barrio para ir a los asaltos, les decían, no quería hablar con nadie, durante mucho estuve así. Después se me fueron yendo solos las cosas, pero no quería hablar con nadie, no sé si está bien o está mal, pero es lo que me pasaba a mí.”²²⁵

En un comienzo, la imposibilidad de combatir o controlar algunos síntomas como las pesadillas, la violencia contenida y, ante todo, el temor a los ruidos fuertes de sirenas, explosiones o aviones, que tenían como consecuencia reacciones inconscientes e impulsivas, como tirarse al piso o refugiarse en algún rincón, condujo a algunos ex-combatientes a encerrarse en sus hogares ante la vergüenza o temor a que ello les ocurriera nuevamente en público.

Asimismo, la culpa, la sensación de deuda con los caídos, de que la propia vida continuó porque las de otros se truncaron fue otro de los factores que profundizó el distanciamiento social. El caso del ex-soldado José Bustamante, cuya guerra estuvo marcada por un gran contacto con las tropas de Ejército en el frente de batalla, es bien claro al respecto:

²²⁴ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007.

²²⁵ Entrevista a Sergio Fernández, Bahía Blanca, 21/12/2007.

La posguerra para mí fue bastante difícil de llevar, o sea, porque después entrás en tu vida y pensás por qué vos sí, y el otro no, me entendés, o sea, para mí fue un tema muy, muy difícil ese de superarlo durante años. Por eso siempre, siempre fui medio aislado de todo, y después me aislé más todavía, me quedé más solo en la vida todavía, porque no quería pasar las fiestas, Navidad y Año Nuevo [...]. Decís “¿por qué yo tengo que estar festejando la Navidad o esto y lo otro, y otros compañeros... o por lo menos... o formar una familia?”²²⁶

En otros casos, no fueron las secuelas de guerra las que motivaron el aislamiento y distanciamiento de la sociedad, sino más bien la sensación de incompreensión de la propia experiencia por parte de los “otros” que habían permanecido en el continente. Desde la perspectiva de los ex-combatientes, ellos de ninguna forma podrían comprender su vivencia extrema – ni nunca lo harían – porque no habían vivido nada similar:

Alejandro: Es duro. No sé, será porque estuvimos en un país donde la guerra la vivimos nosotros nada más, no es casualidad, no bombardearon ciudades [...]. Nosotros vivimos la guerra solos [...].

Andrea: ¿En qué te costó?

Alejandro: En sentirte incomprendido para empezar, que te traten de loco también. Pero sí es una brecha entre la guerra volver a vivir una vida normal. A ver si me entendés, a vos te están enseñando a..., yo soy menos agresivo y no mataría a nadie a menos que me esté por matar, pero te están dando un fusil y te están... A mí me venía un cura y me decía – yo no soy católico – [...] y te tiraba una línea que el “No matarás” es relativo. Tenés 18 años, sos un bebé [...]. A ver, te están poniendo un fusil y te están diciendo “lo que se te cruce, matalo”.²²⁷

A eso se sumaba, como vimos, otro elemento clave y particular de la posguerra de Malvinas: los sentidos antagónicos que la sociedad y los sobrevivientes de la guerra habían elaborado sobre el conflicto bélico. Claramente la voluntad de cierre del pasado bélico de grandes sectores sociales era una situación imposible de aceptar por quienes habían luchado en las islas y estaban marcados por la experiencia de guerra y la muerte de sus compañeros. Los ex-combatientes percibían que quienes habían permanecido en el continente parecían haber pasado la hoja de Malvinas demasiado rápido: la guerra parecía no haber sucedido. Por esta mirada de los “otros”, se sentían como una presencia-ausente en la sociedad argentina, que así como reconocía su existencia (ya que los identificaba con el rótulo de “ex-combatientes” y de vez en cuando les daba un lugar en la prensa) a la vez intentaba ocultarla y negarla lo más posible. Es por eso que algunos de ellos optaron por mudarse a otro país, o pensaron en esa opción. Por ejemplo, el ex-conscripto Alejandro Diego recuerda que ni bien

²²⁶ Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007.

²²⁷ Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

regresó quería viajar, irse lo más lejos posible de Argentina: “Y yo no quería, odiaba al pueblo argentino, sentía que ellos nos habían mandado a la guerra y que ellos nos olvidaron [...]. Me quería ir a la mierda, me quería ir a España, me quería ir a algún lado.”²²⁸

Esa imposibilidad de comprender y reconocer la sociedad a la que pertenecían, de identificarse con ella por su voluntad de olvido, profundizó la sensación de alienación de los ex-combatientes y su aislamiento de la sociedad, que se encarnó concretamente en el alejamiento de sus grupos de pertenencia. El “ex-colimba” Gabriel Asenjo marca un antes y después de la guerra en sus amistades. El hecho de percibir que su grupo de amigos del barrio había vivido el conflicto en forma distante y eran indiferentes a una experiencia que para él había significado un quiebre en su vida, provocó un distanciamiento que finalmente fue definitivo. Luego de la guerra, ya no había identificación posible:

Yo tengo los amigos de antes de la guerra y los amigos de posguerra. Todos mis amigos de antes de la guerra, me distancié de todos, [...] porque cuando yo volví de la guerra, ellos eran la famosa barra de la esquina, yo vi como ellos habían seguido su vida normal, se preocupaban por sus cuestiones personales, de la minita, el baile, qué se yo, y es como que les había importado un carajo todo lo que había pasado. Entonces, si bien a mí no me gustaba que me traten como un bicho raro por haber ido a la guerra, la gente, tus afectos, la gente cercana tuya, verlos en la pelotudez, y que le importe un pito lo que a vos... no a vos, porque en realidad yo estaba bien, pero yo me acuerdo la cara de S., me acuerdo de S. que hizo la primaria conmigo y se sentaba adelante, y que se murió allá.²²⁹

También debido al sentido que sus amigos y compañeros que habían permanecido en el continente le otorgaban a la dictadura, la guerra y sus protagonistas, Claudio Guida se sintió fuera de lugar cuando regresó a la Federación Juvenil Comunista de Vicente López, donde militaba antes de ingresar al servicio militar obligatorio:

Se marcó una diferencia grande, se marcó una diferencia en cuanto a lo que yo pensaba y a lo que ellos veían [...]. Ellos eran muy duros con el tema, todo milico era castigado, y yo decía “pará, que no fue todo así”, “vos cambiaste, a vos te comieron la cabeza”, “no, no, yo, a mí me pasó esto, y después yo me fui para atrás, me fui a la otra punta, a mí la psicológica de ellos, me hizo llegar a pensar 180 grados distinto, pero ahora volví, estoy tranquilo y no fue tan así”.²³⁰

Luego de la guerra, Claudio y sus compañeros de militancia no compartían su percepción de la realidad argentina, o por lo menos las urgencias que había que enfrentar en

²²⁸ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007.

²²⁹ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010.

²³⁰ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007. La próxima cita refiere a la misma entrevista.

la temprana Transición. Si a tono con lo que estaba ocurriendo públicamente, la prioridad de “la Fede” era luchar contra la dictadura y denunciar las violaciones a los DD.HH. cometidas por las FF.AA., en una lucha que denostaba todo lo que fuera militar²³¹, Claudio no podía menos que sentirse incómodo en ese ambiente: en su experiencia, había superiores del Apostadero que habían tenido una buena actuación o, al menos, que se habían preocupado por sus subordinados (Rodríguez, 2008: 163). La experiencia de Claudio que matiza los negros y blancos con grises, no tenía lugar en un momento donde la clave de la época era la oposición cívico-militar, entre democracia-autoritarismo (Guber, 2004: 60).

Finalmente, si bien continuó militando un tiempo más en la Federación y participando de las marchas y actividades que ésta organizaba junto a otras agrupaciones como parte del Movimiento de Juventudes Políticas (MO.JU.PO.)²³², esa militancia ya no tenía el mismo sentido para Claudio y las diferentes percepciones sobre la guerra y la dictadura marcaron su definitiva desvinculación:

Fue como que me empecé a separar, no podía encajar, el odio a lo que había pasado acá, yo lo tenía por otro lado, yo estaba muy sensibilizado por la guerra, con mis compañeros, con Malvinas, con los pibes, con los que volvíamos y se empezaban a suicidar o no salían de Campo de Mayo [...]. Bueno, ahí me empecé a despegar, o sea, porque no pensaban como yo [...] Seguí un tiempo más, pero ya este... iba a las fiestas, iba a las reuniones, pero no discutía mucho de política. [...]. Entonces iba a las peñas, compartía los cantos “Con Fidel te decimos...” [canta], ya, ya era simpático, era ir para levantarse minas.

²³¹ Luego de la derrota en Malvinas, el Partido Comunista cambió su postura a favor de una coalición cívico-militar que mantuvo desde el golpe de estado de 1976. En la Transición, y en una situación de profundo desprestigio castrense, el partido optó por exigir una inmediata normalización institucional en manos de las fuerzas civiles democráticas. En este contexto, si bien algunos militantes que habían luchado en las islas tuvieron una gran recepción y fueron condecorados por el partido (aunque ese no fue el caso de Claudio), lo cierto es que el principal objetivo de éste pasaba por el retorno a la democracia, más que por el recuerdo de la guerra o la contención de los combatientes. Sobre el Partido Comunista y la Federación en 1982-1983 ver: Gilbert (2009: 668-675), Casola (2012: 207-217).

²³² Los orígenes del MO.JU.PO. se remontan a los ‘70, cuando las juventudes peronistas, comunistas y radicales, en ocasiones junto a las organizaciones político-militares, comenzaron a realizar actividades de militancia conjunta. Luego, fue reactivado en 1982 – gracias a la Federación que tuvo un rol clave – y tuvo como objetivo inmediato el restablecimiento de la democracia y la demanda por los desaparecidos (Gilbert, 2009: 688). En esta etapa estuvo integrado por jóvenes de los partidos peronista, radical, democratacristiano, intransigente, comunista, socialista popular, socialista auténtico, socialista unificado, confederación socialista y conservador popular. Además, el MO.JU.PO. estuvo estrechamente vinculado a los centros de ex-combatientes, ya que compartían el mismo sustrato latinoamericanista, nacionalista y antiimperialista. De hecho, los primeros actos en homenaje a los caídos los organizaron en conjunto (*Clarín*, 14/06/1983).

Entonces, ese desencuentro entre los sentidos de la guerra y la dictadura de los integrantes del Apostadero y aquellos hegemónicos en el espacio público, condicionó el regreso de quienes habían combatido a sus ámbitos cotidianos: a la escuela, el trabajo, la militancia, el barrio, entre otros. Muchos recuerdan sentirse incómodos o fuera de lugar en ese clima de posdictadura, en el que o no se hablaba públicamente de la guerra o cuando se lo hacía era sólo para alimentar al desprestigio castrense, pero rara vez para reivindicar a quienes habían combatido o a la causa de soberanía por la que lucharon. Al respecto, Ricardo Pérez evoca su regreso al colegio secundario en el contexto de resurgimiento de los centros de estudiantes, que se sumaban a la oposición cívico-militar con una prédica profundamente crítica de las instituciones castrenses:

Yo terminé la secundaria, terminé el quinto año, obviamente con... no la simpatía de muchos, eh? [...]. Porque se estaba terminando la dictadura, yo era de uniforme, no todo el mundo tenía idea lo que yo era, si era conscripto o no, la gente... yo obviamente en algunas cosas defendiendo y en otras atacando. Estaba desubicado totalmente de la realidad de mis compañeros, mis compañeros estaban con "se va a acabar, se va a acabar..." ["...la dictadura militar", cántico típico en las manifestaciones de la época] y yo estaba todavía tratando de reencontrarme a mí, de cómo mierda se usaba el cepillo de dientes. Había muchos valores que estaban al revés, un tipo estaba preocupado por la camisa, y yo estaba tratando de dormir a la noche, de darme cuenta de qué, qué había pasado, porque era mucha información para procesar.²³³

Además, esta imagen pública que demonizaba a las FF.AA. también significó un grave problema para aquellos militares que se habían retirado de la fuerza o dado de baja cuando regresaron de la guerra. En un contexto de crisis económica, las búsquedas laborales de aquellos, por lo menos de quienes no tenían oficio, fueron arduas, y rápidamente aprendieron que ocultar la condición de militar era la clave del éxito. Ese desprestigio pretoriano, entonces, influyó en las opciones laborales de algunos ex-combatientes. Así como muchos militares veteranos de guerra se retiraron o dieron de baja de la fuerza ni bien regresaron, algunos ex-soldados integrantes del Apostadero que pensaban seguir la carrera militar antes de la guerra, optaron por descartar esa posibilidad. Por caso, Marcelo Padula, ex-conscripto que siempre había tenido entre sus ambiciones seguir la carrera militar, decidió romper con la tradición de su familia debido a la desilusión por la actuación de la Armada. Ricardo Pérez – también hijo de un marino – descartó la idea ante el fuerte

²³³ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

cuestionamiento social a las FF.AA.; además, percibió que ya había atravesado la experiencia crucial en la carrera de todo militar.²³⁴

Asimismo, otra imagen social de los combatientes condicionó sus regresos, y dio la pauta a todos los protagonistas de la guerra de que si querían insertarse en el mercado laboral, deberían ocultar su condición de ex-combatientes. Lo cierto es que para gran parte de la sociedad, los sobrevivientes del conflicto eran “locos de la guerra”, personas marginales, desequilibradas y violentas, con graves problemas psicológicos que no respetaban la autoridad, las normas ni el orden. Esta estigmatización de los ex-combatientes fue un grave problema que los integrantes del Apostadero debieron enfrentar y que condicionó desde sus búsquedas laborales hasta sus relaciones sociales. Así, por ejemplo, el ex-conscripto Marcelo Padula evoca lo difícil que fue insertarse en el mercado laboral ni bien regresó de las islas hasta que ingresó al Congreso:

Marcelo: Yo termino en el Congreso en el '84. Estuve buscando trabajo pero me rebotaron en todos simplemente por el tema de Malvinas.

Andrea: ¿Pero vos lo sentiste así?

Marcelo: Sí, porque era directo, si “¿estuviste en Malvinas? Dame el documento a ver si hiciste el servicio militar”. En una empresa X yo había aprobado el examen físico, psicotécnico para entrar, y le confieso al médico que era ex-combatiente, y el tipo me rompió el acta en la cara. Y no pude reaccionar, justamente porque si reaccionaba le daba la razón al tipo.²³⁵

Los rumores de aquellos que no los habían tomado en diversas empresas sólo por temor a las condiciones en que se encontraban se difundieron rápidamente: “Tipos que habían declarado que eran veteranos de Malvinas, no les habían dado laburo, se hablaba de eso, de que no convenía ponerlo en una ficha.”²³⁶ Además, las denuncias en la prensa de discriminación y desocupación de aquellos que habían luchado estaban a la orden del día (*Clarín. Revista*, 27/03/1983). De hecho, como en el sentido común emplear a un ex-combatiente podía ser equivalente a emplear un problema, muchos comenzaron a ocultar tal condición al momento de buscar trabajo. Oscar Luna – el militar que se había retirado de la fuerza ni bien regresó de la guerra – optó por ocultar su condición de veterano cada vez que se presentaba a una entrevista de trabajo: “Nunca dije ser veterano de guerra, y se enteraron

²³⁴ No en todos los casos fue así. Recordemos la experiencia de Antonio Gulla que vimos en el capítulo anterior, a quien le negaron el ingreso a la fuerza (ver *supra* p. 117).

²³⁵ Ídem

²³⁶ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 31/10/2007.

cuando un día que salí en el diario. Si no sabía nadie, nadie sabía porque nunca le dije, porque muchas veces en algunos lados no te tomaban por eso.”²³⁷

Esa fue una estrategia a la que apelaron muchos ex-combatientes. Cantidad de testimonios así lo ponen de relieve. Sólo por citar algunos, veamos el caso de Alejandro Diego, quien evoca su ingreso a una empresa multinacional a mediados de los ‘80, y el de Ricardo Pérez:

Alejandro: No me gustaba decir que era veterano [...].

Andrea: ¿Por qué?

Alejandro: Pensaban... podían pensar que estaba mal de la cabeza. De hecho cuando entré en X, yo no dije, no puse en el currículum “veterano de guerra”, nada, porque en ese momento vos no podías juzgar si el tipo este estaba bien o no, entonces no. Después sí empezaba a decir, cuando ya la gente me conocía.²³⁸

Y después sí, por norma cada vez que cambiaba de laburo se enteraban que era veterano de guerra después, nunca antes, porque nunca sabés cómo te va a jugar [...] Entonces primero que me conozcan, porque estaba el estigma del “loquito de la guerra”, de los rayados. Convengamos que muchos de los nuestros no ayudaban a mejorar la imagen, pero era gente que estaba mal, no tenía ningún tipo de soporte y estaba hambreada, ¿qué otra le quedaba? Y, ojo, porque también mantuvieron la imagen de “estamos acá, somos”. Yo en contraposición no me mostré y en cierto modo hasta me escondí.²³⁹

Como estos prejuicios se extendieron rápidamente, muchos ex-combatientes optaron por esconderse, en términos de Ricardo. De hecho, gran parte de los integrantes del Apostadero reconoce que durante mucho tiempo ocultaron su condición de veteranos de guerra en todos los ámbitos de socialización, porque sentían que su pasado bélico los condicionaba a la hora de entablar relaciones sociales o, por lo menos, condicionaba la mirada de los “otros”. El caso de Claudio Guida es uno entre tantos que podríamos citar:

Yo tenía la escuelita [de fútbol del Club], y era técnico y hablaba con los padres, y la gente no creía que yo era veterano de guerra. Me decían “a vos la guerra te pegó por otro lado, vos no sos veterano de guerra” “¿por qué no?” “no parecés” “¿a ustedes quien les dijo que los veteranos de guerra están todos locos y están todos colgados de una araña? No son todos así. Yo tengo mis problemas como veterano de guerra pero no los vengo a decir acá, acá vengo a hacer otra cosa, acá vengo a laburar para tu hijo”.²⁴⁰

²³⁷ Entrevista a Oscar Luna, CABA, 26/06/2012.

²³⁸ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007.

²³⁹ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

²⁴⁰ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

Asimismo, Alejandro Egudisman reflexiona con humor sobre esa estigmatización en las relaciones de pareja:

Es más, en muchos casos te tildan de loco, te vuelvo a repetir: hacés lo mismo que cualquiera, pero sos veterano, y tenés la carga del veterano, entendés [...]. Yo te voy a contar algo que debe ser típico, que le debe haber pasado a muchos veteranos. Yo a mi pareja le puedo decir “me siento asfixiado, me siento ahogado”, y vos decís típica frase que les pasa a todos, y como yo soy veterano, que me ha pasado – te puedo mostrar cartas de alguna novia – [me dicen] “vos ya no estás en la guerra”. ¡Flaca no es por eso!²⁴¹

No sólo las imágenes hegemónicas sobre el conflicto y sus protagonistas condicionaron los retornos de los sobrevivientes de la guerra a sus ámbitos de cotidianidad. También existió otra realidad ineludible que determinó que los civiles y militares ex-combatientes se encontraran librados a su suerte en la posguerra: la ausencia casi total del Estado durante gran parte de los ‘80. En efecto, como vimos, ante la incomodidad que generaba Malvinas y frente a otras tareas que percibían más urgentes, ni el gobierno militar ni el democrático hasta 1988 implementaron políticas integrales y coherentes destinadas a contener a la población de ex-combatientes. Sólo desplegaron, como veremos, medidas aisladas y desarticuladas, que fueron completamente insuficientes ante la tremenda demanda que enfrentaban.

Además, hay que tener presente otra dificultad cierta que plantearon los jóvenes ex-combatientes al Estado en lo legal, que dio origen a situaciones de difícil resolución:

Me reincorpo al colegio, primer boletín. El boletín te lo dan, cazo el boletín, se lo doy al preceptor, “esperá, se lo tenés que llevar a tu viejo”, le digo “escuchame una cosa, andá a decirle al director – si querés yo te acompaño – que hace tres meses, qué tres meses, dos meses atrás, yo andaba buscando a uno para volarle la cabeza. Si tiene algún tipo de inconveniente que yo sea responsable por mi firma, yo lo acompaño a hablar con el ministro si es necesario, yo le voy a explicar por qué yo considero que me puedo firmar a mi mismo ya”. Pero legalmente no podía.²⁴²

Esa fue otra de las grandes paradojas que tuvieron que enfrentar los ex-soldados a la vuelta. Si, contraponiéndose a la imagen de “chicos de la guerra”, los jóvenes ex-conscriptos de 19 y 20 años afirmaban que el haber pasado por una guerra los había alejado de la niñez, los había ayudado a madurar y a acercarse a la adultez; lo cierto es que su experiencia no era

²⁴¹ Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

²⁴² Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

contemplada – y era muy difícil que lo fuera – en la esfera de lo legal: para la ley argentina, los jóvenes menores de 21 años eran menores de edad, incapaces ante la ley²⁴³, y por lo tanto para muchos trámites necesitaban de un tutor adulto que respondiera por ellos, como, por ejemplo, para las decisiones de tratamiento médico, para gestionar indemnizaciones por daños físicos y psíquicos (Guber, 2001b: 122), para adquirir propiedades, o, como en el caso de Claudio Guida, a la hora de abrir una cuenta en el banco:

Yo fui a abrir una cuenta en el Banco Provincia, cuando ganamos las elecciones [en el club en el que empezó a trabajar cuando regresó], que yo era el tesorero, y me dijeron que yo no podía tener cuenta en el Banco Provincia porque era menor de 21 años, tenías que ser mayor de 21 o emancipado para tener una cuenta a nombre mío. Yo era mayor para... ¿era menor para abrir una cuenta, y era mayor para ir a la guerra? Durísimo.²⁴⁴

De todas formas, ciertas situaciones sí fueron resueltas por el Estado en los '80 mediante medidas aisladas, desarticuladas y parciales destinadas principalmente a aquellos que estaban fuera de las FF.AA.

En efecto, algunos ex-conscriptos integrantes del Apostadero pudieron beneficiarse de las pocas políticas proactivas implementadas por el régimen militar.²⁴⁵ Por ejemplo, algunos se vieron favorecidos por las facilidades que ciertas instituciones educativas otorgaron a los ex-combatientes para finalizar sus estudios secundarios o para reintegrarse a la universidad ni bien regresaron. Por caso, Eduardo Iáñez pudo terminar sus estudios secundarios gracias a los cursos intensivos para ex-combatientes que dictaron las escuelas técnicas. Alejandro Diego retomó sus estudios debido a un curso intensivo que dictó la Universidad de Buenos Aires para regularizar la situación de quienes habían luchado en las islas. Carlos Olsece pudo ingresar a la Facultad de Medicina gracias a una excepción

²⁴³ Esta situación se produjo porque la mayoría de edad se mantuvo en 21 años, aun cuando en 1973 se modificó la edad de reclutamiento de 21 a 18 años.

²⁴⁴ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

²⁴⁵ En algunos casos, estas políticas fueron generales y abarcaron la totalidad de la población de ex-combatientes que estaba afectada por cierta problemática: por ejemplo, la resolución de que todos los organismos públicos y empresas estatales debían favorecer el ingreso de ex-combatientes o que las faltas de los ex-soldados en los colegios eran condonadas (*Convicción*, 27/06/1982). Pero, en otros, es evidente que si bien a veces seguían una orientación oficial, las medidas fueron tomadas por propia iniciativa por las diversas entidades públicas o por cada una de las fuerzas, lo que revela la tremenda desorganización que caracterizó la política seguida por el régimen militar. Existen cantidad de ejemplos al respecto, en los que gobiernos provinciales y locales o determinadas instituciones tomaron aisladamente y por cuenta propia iniciativas. Las recién nombradas en los casos de Eduardo Iáñez y Alejandro Diego son sólo algunas de ellas.

otorgada por esa misma universidad, a raíz de una carta publicada por su padre en el diario *Clarín* (que aparece citada en el epígrafe de este capítulo).

Otros ex-conscriptos pudieron insertarse en el mercado laboral debido a una ley de la dictadura militar que favorecía el ingreso de ex-soldados combatientes en las administraciones públicas o en las empresas estatales. Así, Claudio Guida y Eduardo Iáñez ingresaron a SEGBA, Osvaldo Corletto al Banco Nación, y José Bustamante a una empresa ferroviaria. Sin embargo, que existiera la ley no implicaba que tuviera efectos en la práctica, ya que, en algunos casos, su cumplimiento dependió de la arbitrariedad de quien estuviera a cargo de la empresa o la filial, y del contexto económico nacional.²⁴⁶ Para José Bustamante, un ex-conscripto de condición humilde que vivía en Bahía Blanca, el ingreso a una empresa ferroviaria del Estado no fue nada sencillo; como todo en su vida, fue el resultado de una lucha:

Después del tema de Malvinas, las empresas públicas tuvieron la obligación de entrar a trabajar gente [ex-combatientes]. Y yo pude entrar a trabajar en el ferrocarril. [...] En el año 82, también tuve que irme a Buenos Aires, a pelear el puesto.[...] No me querían tomar en Bahía.[...] Resulta que el tipo dice “no, no hay vacantes”, “pero escucheme, mire que hay una ley acá” le digo, dice “no, no, no lo podemos tomar”. Así que no se cómo hice y aparecí en Buenos Aires, pido hablar con el jefe de personal [...]. Dice “¿por qué motivo viene usted acá?”, digo “mire, yo soy veterano de guerra y quiero trabajar porque no se qué hacer hoy en la vida y necesito hacer algo”, y me dice “¿y usted de dónde es?” “Yo soy de Bahía Blanca” le digo, “¿y por qué está acá?” “Porque a mí no me quieren tomar allá” le digo, “¿cómo que no lo quieren tomar?! [...] Entonces, el tipo toma, saca el tipo una tarjeta, y dice “que el señor Bustamante se hizo presente en esta oficina, manifestando que usted no lo quiso tomar. Hágame saber a la brevedad los motivos que usted argumenta por el cual una persona no puede entrar, ya que no hay vacantes no es ningún argumento”. “Lléveselo”. Así que, bueno, vine para Bahía, otra vez el tipo “¿qué necesita?” “tome – le digo – le mandan esto”, “¿es necesario ir hasta allá?! Vaya a la oficina de personal”.²⁴⁷

Además, desde 1988, los ex-conscriptos tuvieron la posibilidad de ampararse en la ley 23.109 de “Beneficios Sociales” destinada a los ex-soldados combatientes que propugnó el gobierno democrático (ésta sí una ley integral que establecía beneficios de salud, vivienda, trabajo y educación, realizada en base al proyecto de las primeras agrupaciones de

²⁴⁶ Según el informe de la Comisión Nacional de Ex-combatientes de 1997, alrededor de 1800 ex-soldados pudieron ingresar a la administración pública nacional hasta 1985, cuando se congelaron las vacantes producto de la crisis económica desatada ese año (1997: 5).

²⁴⁷ Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007.

ex-combatientes).²⁴⁸ Gracias a esa ley, algunos de ellos terminaron sus estudios en el nivel superior o pudieron insertarse en el mercado laboral. Ese fue el caso de Ricardo Pérez que estuvo becado durante toda su carrera de analista de sistemas en un instituto privado. De todas formas, Ricardo señala algunas injusticias que escondía esa normativa:

[Ricardo no tuvo ningún apoyo] De nadie nunca, el único apoyo que se recibió, el que lo tuvo, fue el de su familia, al tipo que no tuvo familia o núcleo que le de soporte, no recibió soporte, ¿sabés? Salió en la época de Alfonsín una ley, la denominada de “Protección al ex-combatiente” en una de las cláusulas decía que – está por ahí el texto – que iba a haber una beca para el que estudiara, se iba a pagar cuando se termine de estudiar, ¿está claro? Esa beca la conseguí cuando laburaba en negro, como laburaba en negro no había comprobantes de que yo cobrara algo, y cuando me recibí, presenté el título y me pagaron una beca que hoy serán... [...] Bueno, el tema es si vos estudiabas y trabajabas, que para mí es doble meritorio, el que labura y estudia, no recibías el apoyo del Estado, son solamente para los que estudian, no para los que laburan.²⁴⁹

No obstante, las medidas implementadas a lo largo de los ‘80, tanto durante el régimen militar como el gobierno democrático, no sólo fueron aisladas e insuficientes para los ex-conscriptos, o no se cumplieron en la práctica, sino que directamente no ampararon a aquellos militares que se habían dado de baja o retirado de la fuerza. Ello determinó que, en muchos casos, sus posguerras fueran realmente muy difíciles y estuvieran atravesadas por una inestabilidad laboral constante. Lo cierto es que en un contexto de crisis económica, la desocupación fue una situación que afectó a muchos jóvenes (Llach y Guerchunoff, 2010), sólo que los ex-combatientes además enfrentaban otras dificultades por los preconceptos que traía aparejada su imagen, más aún si habían sido militares. Ese fue el caso de Ramón Romero, que estuvo trabajando irregularmente en diversas actividades – desde albañilería hasta venta de planes de ahorro de electrodomésticos –, hasta que luego de una ardua búsqueda logró conseguir un empleo estable. Las esperanzas e ilusiones que Ramón se había hecho al dejar la Armada en 1985 debido a la “promesa democrática” (Aboy Carlés, 2001), rápidamente fueron defraudadas:

En el ‘86 me vine a vivir a Bahía Blanca, trabajando en el Hotel Austral, después de un montón de penurias para conseguir trabajo, de penurias y grandes porque no conseguía trabajo. Yo pensé:

²⁴⁸ La tardanza en la reglamentación de la ley da cuenta de hasta qué punto Malvinas era un tema incómodo para el gobierno democrático: si bien la ley fue sancionada en 1984, recién fue reglamentada cuatro años después por decreto 509/88, con lo cual los ex-soldados estuvieron desprotegidos por el Estado prácticamente durante toda la década del ‘80.

²⁴⁹ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

“bueno, me voy de baja pero algo voy a conseguir...”. Había tantas promesas, de que el país iba a avanzar y que iba a haber tanta prosperidad con la democracia, que digo “bueno de alguna forma me voy a arreglar”. [...] Cuando conseguí trabajo en el Hotel Austral, vine a sacar la libreta de fondo de desempleo que se sacaba en la UOCRA [Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina], para entrar de albañil en una obra que estaban haciendo en Puerto... en Punta Alta, que a lo mejor tenía la oportunidad de entrar a trabajar, así que estaba tirado como el perejil en ese momento. Y vine acá a Bahía justamente a hacer el trámite, para averiguar cómo podía conseguir la libreta esa y compro el diario [...]. Me senté en la plaza a mirar los avisos, y necesitaban [...] un maletero en el Hotel Austral. Así que agarré el diario debajo del brazo y me fui al Hotel Austral. En ese momento estaba desprolijo, de forma personal, estaba barbudo, y con pelo largo, y cuando me hacen la entrevista el... cuando me hizo la entrevista yo no sabía quién era, un viejito que me hace la entrevista, era el dueño del hotel. Y bueno le comento ahí que había estado en Malvinas, en Marina, y me dice: “pero, bueno, y usted con esa presentación que tiene no...”[...] Tenía razón el tipo. Y le digo: “no, pero si yo consigo el trabajo, yo me pongo en condiciones, para mañana yo voy a la peluquería y todo”. Y me dice: “Y bueno, venga mañana”. Y así que, ahí empecé a trabajar.²⁵⁰

A aquellos jóvenes que habían dedicado su vida exclusivamente a la Armada y no tenían un oficio o profesión, se les presentaban múltiples interrogantes sobre qué hacer en el futuro. En realidad, muchas veces ni siquiera sabían bien a qué les gustaría dedicarse, como recuerda Guillermo Ni Coló: “Yo cuando dejé la Marina no sabía qué hacer. Compré el diario *Clarín*, agarré los clasificados, me senté al lado del Obelisco y empecé a mirar ofertas y me dije “si yo no sé hacer nada”.” Para colmo de males, cuando se fue de la fuerza Guillermo se enteró que sus estudios como suboficial no equivalían a un título secundario: “Entonces sin una secundaria, sin experiencia laboral, sólo con este estudio... lo vi muy difícil. Entré el Congreso como cadete y me destinaron a la fotocopiadora” (Herrscher, 2007: 326).²⁵¹

Frente a la práctica ausencia del Estado en los ‘80 y los múltiples condicionamientos que les imponían las imágenes bélicas arraigadas en el sentido común, los ex-combatientes acudieron a todo aquel que pudiera ayudarlos para retomar su vida después de la guerra, para elaborar la experiencia y superar las secuelas, y fundamentalmente para regresar a sus espacios de cotidianidad. Lo cierto es que en la temprana posguerra el principal soporte que

²⁵⁰ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

²⁵¹ Distinta fue la situación de aquel personal de cuadro que hacía años que prestaba servicio en la Armada, y que había adquirido una gran experiencia en su especialidad, o que había estudiado una carrera antes de ingresar a la fuerza. En esos casos, conseguir trabajo fue relativamente más fácil y, en ocasiones, estos militares ingresaron en empresas donde tuvieron una retribución económica que superó el salario que cobraban cuando estaban en la fuerza, y su nivel de vida mejoró ampliamente. Esa fue la situación vivida, por ejemplo, por el oficial Hugo Peratta especialista en electricidad, por el médico Guillermo Klein y por el maquinista Oscar Luna.

tuvieron tanto los civiles como los militares que habían luchado en las islas fueron sus familiares y amigos. La contención afectiva y material de sus seres queridos, fue la clave de sus posguerras. Como sostiene Ramón Romero, que vivía con los padres de su novia en Punta Alta: “Y yo siempre digo lo importante que tuvimos al regreso de Malvinas fue la contención familiar, los que no tuvieron la contención familiar pagaron las consecuencias con suicidios y con faltas... Yo gracias a Dios tuve la contención de esa familia, que en ese momento era mi familia, que bueno, me ayudó muchísimo.”²⁵²

En tal sentido, hay que considerar un factor bien importante para comprender las posguerras de los ex-soldados del Apostadero. Muchos de los ex-conscriptos pertenecían a la clase media, un dato no menor a tener en cuenta, como explica Ricardo Pérez con agudeza: “Yo insisto, yo y muchos de mis compañeros, somos atípicos porque volvimos a una familia de clase media, con algún tipo de soporte, pero no eran la mayoría.”²⁵³ Es por ello que muchos de ellos pudieron disponer de tiempos laxos a la hora de insertarse en el mercado laboral o de continuar los estudios; es decir, no necesitaban decidir con urgencia qué iban a hacer de sus vidas en tanto, en principio, sus padres podían sostenerlos. Además, la ayuda de sus seres queridos fue clave para la continuación de sus estudios en los niveles superiores, o para conseguir trabajo, porque ellos eran propietarios de negocios y trabajaban en forma independiente o porque apelaron a sus conocidos para lograr una ocupación laboral para sus hijos.

De todas formas, ni bien regresaron, los ex-combatientes también contaron con la ayuda de otras personas e instituciones. Por un lado, algunos de sus conocidos se solidarizaron con su situación e hicieron lo imposible para ayudarlos en sus regresos. Por ejemplo, el padre de un amigo de Claudio Guida, “un comunista de los viejos”, lo motivó a acercarse a un club barrial de Vicente López y a participar en la comisión directiva para evitar su aislamiento. Ese fue uno de los espacios donde Claudio continuó su militancia – no partidaria, esta vez – durante años:

Quando yo vengo de Malvinas a los veinti-y-pico de años, el papá de Daniel me pone en la comisión del Club, amén que organicé cenas para saludar a los veteranos de guerra del barrio. Yo decía “este tipo está loco, me quiere dar responsabilidades en una comisión directiva, que yo no entiendo nada, y

²⁵² Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

²⁵³ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

aparte yo tengo la cabeza en otra cosa, yo quiero escabiarme y vivir mi vida”. [...]Pero el viejo del “Negro” Daniel fue el que me mete en la unión del club y yo no entendía por qué, y lo que estaba haciendo el viejo [...] era salvarme de mi ostracismo de que yo iba a quedarme, como me quedé un tiempo, encerrado en casa. Me estaba sacando porque no sé por qué él sabía lo que me iba pasar, yo no.²⁵⁴

Como es evidente, a la hora de hacer frente a las marcas de la guerra (a esa necesidad de salir y viajar compulsivamente, que se alternaba con la reclusión y aislamiento), la experiencia política previa lo posicionó diferente a Claudio, en tanto contó con las redes de militancia construidas previamente, que en este caso también eran redes afectivas.

Asimismo, los docentes de algunos soldados estaban mucho más preocupados por las condiciones en que se encontraban que por la promoción de las materias que debían o por los requisitos necesarios para egresar, como recuerda Oscar Luna:

Yo era de Carapachay, estudiaba en ese momento en una escuela nocturna, había repetido un par de años, nada... la vida de uno... Entonces, estaba en una escuela nocturna, y la verdad que llegué y los profesores me tomaron examen, pero medianamente nada, preguntándome cómo me había ido. Tenía dos materias pendientes, y ahí recién me recibí de quinto año. Después seguí la carrera.²⁵⁵

Claudio Guida también evoca una situación similar:

Me agarra el regente y me dice “en qué te puedo... ¿tenés trabajo?” “no, mirá, por ahora no tengo trabajo, no sé qué hacer” “vos te recibiste, ¿no?” digo “no, debo Mecánica de quinto” [...] “¿la vas a dar?” “no”. María Laura era una chica muy amiga mía, que aparte de ser mi preceptora, yo tuve medio rollo con ella [...]. Llamó a María Laura el regente en el medio del acto “¿cuándo hay mesa?” (viste que antes había mesa en agosto) “anotálo para agosto” y yo decía “no, tengo la cabeza en cualquiera, ¿qué me estás diciendo?” “anotálo para agosto” el regente. María Laura me dice “dale, boludo, ¡yo te anoto!”, me llamó a mi casa, vino a mi casa a anotarme [...]. Bueno, el examen lo di en agosto, sin saber nada, con este hijo de puta que me odiaba, me dice “Guida, venga, ¿qué hizo?” “no me acuerdo el tema que me dio” “bueno, haga lo que sepa”. Entraba el regente y le decía a este hijo de puta que me odiaba “¿te falta mucho con Guida que nos tenemos que ir?” le decía. El tipo, buena onda, me aprueba.²⁵⁶

Por otro lado, varias entidades intentaron suplir la ausencia gubernamental tanto en lo simbólico – el reconocimiento y homenaje a los sobrevivientes de la guerra –, como en

²⁵⁴ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007.

²⁵⁵ Testimonio de Osca Luna en la Escuela Normal N°5 de Barracas, CABA, 27/06/2012.

²⁵⁶ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007.

cuestiones materiales básicas, vinculadas a la salud, vivienda, trabajo y educación. Por ejemplo, como vimos, algunos integrantes del Apostadero tuvieron un gran recibimiento en las escuelas, clubes de barrio o partidos en los que militaban, que incluso les rindieron homenaje en ceremonias públicas. En otros casos, fueron instituciones creadas al calor de la guerra – para contribuir al esfuerzo bélico – o en la posguerra – para contener a los ex-combatientes – las que colaboraron con ellos.²⁵⁷

Sin embargo, la buena voluntad de esas entidades no siempre tenía resultados positivos en lo concreto. El ex-soldado Claudio Guida recuerda que ni bien regresó intentó conseguir trabajo vinculándose con CONAMA (Consejo Nacional de Ayuda para Malvinas), una iniciativa de la Liga de Amas de Casa patrocinada por la Fundación Fortabat que contribuía con la inserción laboral de los ex-soldados. Pero luego de una entrevista laboral, se fue desilusionado e indignado porque se dio cuenta que algunas empresas que supuestamente se comprometían con la entidad luego no respetaban la convocatoria; lo hacían sólo “para cumplir”:

A mí [me llega] carta del Fondo Patriótico de Palito Ortega, la Fortabat todo. La empresa Caja de Direcciones, San Lorenzo y Panamericana. [Se presenta:] “Hola, ¿qué tal?” “sí, venía por el aviso” “ah, sí. Esperá un segundito”. Jefe de personal, entrevista: “sí, ¿qué tal?”[...] “yo necesito trabajo, que si que sa” “¿y vos qué sos?” “no, yo soy técnico mecánico, caja de dirección, de autos” “ah, pero estábamos buscando a alguien para la parte contable” “bueno, yo trabajé informalmente en la empresa, liquidaba sueldos” “no, no, mirá. Mejor...”. Me dejaron afuera “te llamo”. O sea, te llamaban para cumplir y no cumplían una mierda “bueno *ok*, gracias”, me fui y dije, ahí me di cuenta que era todo una mentira, que no llaman a nadie.²⁵⁸

Si bien en los ‘80 algunas organizaciones o personas puntuales invirtieron esfuerzo y tiempo en colaborar con los soldados en sus regresos, lo cierto es que esa ayuda lógicamente fue limitada y duró poco tiempo. En definitiva, esas colaboraciones aisladas no lograron

²⁵⁷ En el caso de algunas de esas entidades, como la Liga de Amas de Casa o las autodenominadas “Instituciones Patrióticas” de Bahía Blanca (encargadas de los actos en homenaje a quienes habían combatido), era evidente que su accionar estaba orientado a evitar el incremento y radicalización de los conflictos en la inmediata posguerra. En cambio, lejos de ello, otras instituciones sociales buscaron canalizar las demandas de los ex-soldados al Estado y difundieron su desprotección en los medios de comunicación, sin por ello evitar los cuestionamientos al régimen militar y al funcionamiento de las FF.AA. Por el contrario, los reclamos pasaban por exigir al gobierno que se hiciera cargo de la responsabilidad que le correspondía para con los jóvenes ex-combatientes que habían ido a la guerra sin opción. Ese fue el caso de Padres y Amigos de Soldados (PAS), una institución conformada por familiares y allegados de conscriptos sobrevivientes y caídos, que buscaba la derogación del servicio militar obligatorio. Sobre las redes sociales constituidas para “reinsertar” a los ex-soldados combatientes, ver: Guber (2004: 31-62), Rodríguez (s/f).

²⁵⁸ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007 y 20/04/2010.

poner en crisis la percepción de los ex-combatientes que la sociedad por la que habían luchado les había dado la espalda luego de la derrota. El desencuentro entre los sobrevivientes de la guerra, por un lado, y el Estado y la sociedad civil, por el otro, tardaría décadas en resolverse. Fue recién cuando los ex-combatientes encontraron un marco social distinto en el que integrar sus memorias, cuando fue posible un reencuentro con los “otros” y el cierre paulatino de esa profunda fractura social.

Reencuentros

La sensación de estar de más, de no encontrar un lugar en la sociedad de la posguerra, permaneció inalterable en los ‘80 y gran parte de los ‘90. En un contexto en que la memoria hegemónica del conflicto bélico sustentaba una percepción de la inutilidad de sus sacrificios en la guerra y de la muerte de sus compañeros, resulta comprensible que los ex-combatientes se sintieran como menos incómodos y optaran, en el caso de gran parte de los integrantes del Apostadero, por aislarse y callar sus vivencias. Recién décadas después muchos de ellos comenzaron a romper el silencio, producto de los tiempos personales de elaboración del pasado traumático, pero principalmente de los cambios en las políticas de memoria del conflicto.

En efecto, en tiempos más recientes, el mapa de las luchas sociales por la memoria de Malvinas se modificó de forma sustantiva, operándose una fuerte reivindicación de la guerra y de quienes habían luchado en ella, lo que amplió las posibilidades de habla y de escucha social de los veteranos. A finales de los ‘90 y comienzos del 2000, con la conmemoración del vigésimo aniversario de la guerra, la memoria de Malvinas reingresó a la esfera pública. En un contexto de profunda crisis económica, social y política que atravesaba el país, la revalorización de los tópicos tradicionales vinculados a la nación se generalizó: los actos patrios sorpresivamente fueron multitudinarios, los banderazos se multiplicaron, hubo un *boom* de los libros de divulgación histórica, el folclore retomó impulso e, incluso, los medios de comunicación comenzaron a preguntarse qué sentidos otorgarle a esta vuelta “al patriotismo”.²⁵⁹ En este contexto, Malvinas, la causa nacional por

²⁵⁹ Sólo como ejemplos, en 1999 el Suplemento Ñ (*Clarín*, 07/03) publicó una nota especial denominada “Los refugios de la Patria”, y el mismo periódico el 06/06/1999 realizó una encuesta en CABA y Gran Buenos

autonomasia, regresó con toda su fuerza a la esfera pública, de la mano de un discurso nacionalista tradicional en el que la “gesta” y los “héroes” estaban limpios de toda crítica y cuestionamiento.

En realidad, no se trataba de una memoria nueva. Desde el fin de la guerra, las FF.AA. – acompañadas por los círculos cívico-militares tradicionales – habían construido un sentido del conflicto, que al tiempo que reivindicaba la guerra, ocultaba su pésima actuación en las islas. La memoria castrense inscribió la guerra en la historia de “gestas patrióticas” fundantes de la nación, por tanto, a la vez que exaltaba a la guerra como “gesta” por estar basada en una causa justa de soberanía y destacaba a todos los protagonistas como “héroes”, descontextualizaba el conflicto de las condiciones que lo habían hecho posible – puesto que ocultaba las motivaciones políticas internas que condujeron al mismo –, lo que permitía reivindicarlo. Para que Malvinas ascendiera al rango de gesta, las FF.AA. silenciaron su pésimo desempeño en la guerra – o a lo sumo cada fuerza difundió los errores de las otras, como vimos –, y transformaron la derrota militar en triunfo moral, al destacar la valentía por haber enfrentado a una potencia mundial luego de años de reclamo “por la usurpación”, más allá de que el combate fuera desigual y del resultado último del mismo.

Además, esta retórica tampoco era nueva para el gobierno democrático, ya que había sido apropiada por el presidente Alfonsín, frente a la primera crisis militar que tuvo que enfrentar, y por el presidente Menem, como parte de su política de “reconciliación nacional”. Así, en 1987, durante el primer levantamiento “carapintada”, el presidente Alfonsín dio el puntapié inicial para remilitarizar la memoria bélica, apelando a los sublevados que habían sido acusados por crímenes en los ‘70 como “héroes de Malvinas que tomaron una decisión equivocada”. Esta resignificación de la memoria del conflicto fue continuada y profundizada por el presidente Menem durante toda su gestión, quien mediante diversos gestos intentó cerrar los pasados más conflictivos de la historia argentina, echando un manto de olvido para supuestamente poder mirar al futuro. Como parte de su política de “pacificación nacional”, en el plano del pasado reciente, el presidente indultó a los militares

Aires sobre el resurgimiento del “patriotismo”, tomando como índices el respaldo y asistencia a los actos “patrios” luego del multitudinario desfile del 25 de mayo. Es bien interesante que entre aquellos que cuestionaron el desfile de las FF.AA. aparecen las deudas del pasado, aunque en forma minoritaria: “Después de lo que hicieron en el Proceso, no deberían desfilan nunca más”, y “después de lo ocurrido en Malvinas, no deberían desfilan”.

responsables del terrorismo de Estado y de la guerra de Malvinas y a las cúpulas guerrilleras; desplegó políticas de reparación destinadas tanto a las víctimas de la represión ilegal (Lvovich y Bisquert, 2008: 55-57) como a todos los veteranos de guerra (civiles y militares); y recurrió una y otra vez a la causa Malvinas como prenda de unidad de todos los argentinos, con vistas a resolver la crisis “carapintada” y, a la vez, a controlar al movimiento de ex-combatientes (como veremos en el Capítulo 5).²⁶⁰

Sin embargo, aun habiendo sido apropiada por los gobiernos democráticos desde 1987, esa memoria tuvo muy poco impacto en el espacio público en los ‘80 y ‘90 – y era muy difícil que lo tuviera, en un contexto de profundo desprestigio militar y de crisis del relato nacional tradicional (Lorenz, 2006). Recién desde principios del siglo XXI, ésta se rehabilitó, y regresó al espacio público con toda su fuerza, en el contexto señalado de crisis gubernamental y de vuelta “al patriotismo”. Esa retórica se ha visto alimentada aún en las presidencias de Néstor Kirchner y Cristina Fernández (2003 al presente), cuya política respecto al pasado reciente ha sido ambivalente; ya que, por un lado, uno de los ejes claves de su gobierno ha sido la memoria, verdad y justicia respecto al terrorismo de Estado, lo que permitió que algunas agrupaciones de ex-soldados combatientes comenzaran a pensar sus experiencias en otras claves, y pudieran llevar adelante causas judiciales pidiendo el reconocimiento de ciertos castigos brutales que se dieron durante la guerra como crímenes de lesa humanidad.²⁶¹ Pero, por otro lado, la política gubernamental respecto al conflicto en sí, en ocasiones, se ha anclado en un discurso antiimperialista, latinoamericanista y nacionalista que reivindica a la guerra por su causa justa, más allá de las circunstancias en que se dio, y desde esa postura, ha terminado alimentando el discurso militar que refiere a “gestas” y “héroes” (Lorenz, 2012).²⁶²

²⁶⁰ Sin embargo, las fuertes proclamaciones de soberanía fueron sólo recursos simbólicos que no llevaron a nada, ya que al mismo tiempo el presidente Menem reanudó las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña (cortadas desde la guerra) dejando fuera de la discusión la cuestión de la soberanía de las islas (Guber, 2001b; Lorenz, 2012).

²⁶¹ Sobre los juicios, ver: Vassel (2007), Niebieskikwiat (2012).

²⁶² Sin embargo, a partir de los 30 años del conflicto se pueden identificar algunas medidas que proponen una nueva vinculación entre guerra y dictadura, y comienzan a deslindar responsabilidades por el conflicto: el proyectado museo y memorial de Malvinas en la ex-ESMA (cuya resignificación de la guerra está por verse), la desclasificación del “Informe Rattenbach”, el impulso de los juicios por las violaciones a los DD.HH. de Malvinas y de la identificación de los restos de los caídos sepultados en las islas, entre otros (Lorenz, 2012).

En definitiva, desde el vigésimo aniversario del conflicto hasta la actualidad, se consolidó esta narrativa de Malvinas que no busca deslindar ningún tipo de responsabilidades por la guerra, ya que afirma que todos los combatientes fueron “héroes” por igual y que el reclamo soberano está más allá de las circunstancias políticas en las que se produjo el conflicto. Por supuesto que ello no significó la desarticulación de la memoria que refiere a la “aventura militar” y los “chicos de la guerra”, sino que ambos relatos – aún siendo contradictorios – convivían (y aún conviven) en tensión, aunque con distinto grado de incidencia pública.

Asimismo, el relato acrítico de la guerra, que descontextualiza el conflicto en aras de legitimar el reclamo en el que se fundamentó, otorgó un sentido claro y concreto a las experiencias de todos los ex-combatientes y a las muertes de los caídos: el sacrificio de los vivos y los muertos había sido por la defensa de la Patria. Por ende, al tiempo que contribuyó a la impunidad respecto de las responsabilidades por la guerra de Malvinas, legitimó las experiencias de todos los veteranos por igual, amplió el espacio de circulación de sus voces y de otros recursos culturales vinculados a la guerra.²⁶³ Así, en la última década los civiles y militares que integraron el Apostadero empezaron a hablar mucho más frecuentemente en los medios de comunicación y en establecimientos públicos, y a “mostrarse” en los actos de homenaje. Sólo por mencionar algunos ejemplos: en 2003, el médico Guillermo Klein dio testimonio de su experiencia en una radio por primera vez; en 2004, Guillermo Ni Coló (el cabo que se dio de baja de la fuerza ni bien regresó) publicó su autobiografía *64 días muerto*; en 2010, el ex-conscripto Ricardo Pérez usó por primera vez sus medallas en un acto organizado por el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; en 2012, otro ex-conscripto, Oscar Luna, habló por primera vez sobre su experiencia en un colegio secundario.

Ahora, la imagen pública hegemónica del conflicto se condecía con la propia representación de la guerra de quienes habían combatido. Ambas buscaban mantener “viva” la memoria de Malvinas desde la misma lógica de sentido. En tiempos recientes se produjo, por ende, un verdadero reencuentro entre la sociedad civil y los veteranos de guerra en

²⁶³ Como la película *Iluminados por el Fuego* (basada en la autobiografía del ex-soldado Edgardo Esteban) que fue lanzada en el 2005 y tuvo una gran repercusión pública. Para los debates motivados por el *film*: ver Lorenz, 2012.

general. La gran mayoría de los integrantes del Apostadero reconoce este cambio ya que percibe un mayor interés social sobre Malvinas en la última década. Luego de indicar que desde su perspectiva el cambio lo ve en la cantidad de conocidos que ahora lo saludan para el 2 de abril, Ricardo Pérez reflexiona al respecto:

Ricardo: Estoy empezando a notar que la gente ahora está empezando a tomar dimensión de lo que fue (...)

Andrea: ¿Y en qué notás eso? ¿En qué aspectos?

Ricardo: En que cuando sos veterano de guerra es como que te miran con otra onda, te miran de otra forma. Capaz que es la edad también por la que te miran, no es lo mismo ver un viejo de 48, casi 50, que un pendejo de 19, 20. Pero el de 19, 20 años necesitaba más eso que el viejo de 50, ¿entendés? O sea, yo creo que al Ricardo de 20 años ese reconocimiento le hubiese ayudado más de lo que está viendo el Ricardo de 50 años.

Andrea: Porque ya hiciste tu vida.

Ricardo: Porque ya... ¿qué me cambia?²⁶⁴

Ricardo identifica una variable fundamental para comprender el reconocimiento social: el recambio generacional es un factor que puede haber jugado un papel nodal en dos sentidos. Por un lado, ellos no son más los muchachos jóvenes que volvieron de la guerra, son hombres de alrededor de 50 años, algunos padres de familia, cuya imagen adulta y autoridad puede explicar ese reconocimiento social. Por otro lado, las nuevas generaciones han tenido un rol clave en este proceso. En los últimos años, los hijos de los veteranos y otros jóvenes comenzaron a preguntar con interés sobre la guerra a los protagonistas y éstos rompieron el silencio y se animaron a compartir sus recuerdos. La mayoría de los integrantes del Apostadero reconoce que el cambio estuvo y está allí, en las nuevas generaciones, como indica el ex-conscripto Marcelo Padula: “veo más interés en gente joven como vos que en la gente que vivió la guerra.”²⁶⁵ Al respecto, los amigos y ex-soldados Eduardo Iáñez y Claudio Guida señalan una experiencia personal:

Eduardo: Para mí pasó algo en particular el sábado pasado. [...] Estaba en el cumpleaños de Agustina, la hija de Jorge, y [estaba] mi primo Marcelo [...] y vino Santino que es el chico de él: “¿Vos estuviste en Malvinas?” “Sí, estuve” le digo, “¡Ah! bueno” y se dio media vuelta y se fue corriendo. Y yo con Marcelo he hablado poco del tema, pero en el fondo como que el entorno lo tiene presente a eso, si bien no hablan de forma directa con vos, lo tienen presente como que vos estuviste.

²⁶⁴ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

²⁶⁵ Entrevista a Marcelo Padula, CABA, 19/04/2010.

Claudio: Mi sobrino menor tiene 24 años, me mandó un mensaje el otro día [para el 2 de abril de 2010]: “Tío, estoy orgulloso de ser tu sobrino” [...]

Andrea: O sea que ahora hay como un cambio...

Claudio: Sí, para mi es raro.²⁶⁶

Muchos de ellos recién en los últimos años hablaron por primera vez con sus hijos de la guerra. En otros casos, percibieron este interés también en las charlas que comenzaron a dar en los colegios, instituciones que empezaron a invitarlos a dar testimonio mucho más frecuentemente. En su experiencia personal, Guillermo Klein percibe ese cambio:

[En los últimos años] la gente se interiorizó más, se empezó a entregar, empezó a preguntar más, y de pronto nosotros empezamos a levantar la mano “yo estuve viste”. Un día Anita [su hija más chica] estaba en el jardín, en primer año de salita, y un día para un 2 de abril [en 1999 aproximadamente] [...] viene mi mujer y me dice: “che, quedó sorprendidísima Laura – que era la directora del jardín – porque estaban preparando un acto para el día de Malvinas y Anita dijo “mi papá fue” [...] [Laura le dice a su señora]: “che – dice – ¿Guillermo fue a Malvinas? Me dijo Anita” “sí” “Bueno, yo quiero que venga a hablar conmigo, quiero ver lo que podemos hacer y qué se yo”. Y ahí fue lo que me pasa ahora que me pasa en todos lados [se emociona], este... hicimos una charla y se lloraron todo los pibes. [...] Parecía que habían largado gases lacrimógenos, mirá, porque salió hermosísimo [...]. Y ese fue, ya te digo, mi debut así público de... gente, y que estuvieran mirando. Yo tuve una antes que no me acuerdo qué año fue, que me llevó un primo mío que era profesor del [Instituto] Avanza, para hablar con los muchachos en un aula. Pero fue muy apático, no lo tengo... no tengo registrado.²⁶⁷

Se produjeron, entonces, dos procesos que se retroalimentan y explican el reencuentro social, por lo menos de los integrantes del Apostadero: los veteranos dejaron de esconderse – en términos de Ricardo Pérez – y comenzaron a reclamar un lugar en el espacio público, y amplios sectores sociales empezaron a escucharlos y reconocerlos. Tal vez, el acontecimiento simbólico más claro en que se encarnó el reencuentro entre los sobrevivientes de la guerra y la sociedad en general fue el multitudinario acto “Malvinas, el pueblo te abraza” que los veteranos de la asociación de reciente creación “Malvinas, Causa de la Patria Grande” (en la que participa Fernando González Llanos) organizaron en la Ciudad de Buenos Aires el 20 de junio de 2013, fecha que conmemora el día de la Bandera y el día que muchos de ellos regresaron de las islas. El *spot* invitando al acto era más que elocuente. En letras grandes señalaba: “74 días después en medio de duros combates y de la crueldad del clima, la guerra llegó a su fin y las tropas argentinas debieron regresar al

²⁶⁶ Entrevista a Claudio Guida y Eduardo Iáñez, Olivos, 20/04/2010.

²⁶⁷ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 31/10/2007.

continente... Nadie los recibió después de pelear heroicamente por nuestra Patria. Hoy podés hacerlo. Recibilos, como lo esperan hace 31 años. Como se lo merecen por haber dado tanto.”²⁶⁸ En la convocatoria al acto por las redes sociales, la memoria hegemónica que exalta a la causa Malvinas por encima de cualquier tipo de división social, política o económica, es bien evidente:

“El regreso que nos debíamos:
Hola HERMANOS DE LA VIDA!!!
Se nos ocurrió esta loca idea de autoconvocarnos para organizar Nuestro Desfile, ya que durante 31 años, NADIE se hizo cargo de este abrazo de los HONROSOS VETERANOS DE GUERRA CON NUESTRO PUEBLO!!!
Es por esto que debemos convocar, invitar a participar a cada Centro, a cada Veterano de cada rincón del país a lograr este sueño...
Nos juntaremos el 20 de junio en la Facultad de Derecho, Av. Figueroa Alcorta y Austria a las 10:00 hs., marchando solamente los VGM [Veteranos de Guerra de Malvinas], con nuestro uniforme, o nuestra campera, o el atuendo que nos haga feliz...
Eso sí, LA MEDALLA AL PECHO Y LA FRENTE BIEN ALTA...!!!! Sin distinciones de Unidad, Fuerza, Grado, Centro de VGM, Provincia...
Solamente alineados detrás de la CELESTE Y BLANCA!!!
Acá no hay partidos políticos, ni figurar, ni nada que nos divida: SOLAMENTE VGM.
En el Palco de Honor, los Familiares de Nuestros Héroes y, en las palabras, solamente las Madres de la Patria...
Te esperamos (...)”²⁶⁹

En esta coyuntura, el Estado también cumplió un rol en el reencuentro, ya que los gobiernos de turno, las FF.AA. y otras entidades públicas multiplicaron las políticas de reconocimiento y homenaje así como las medidas de contención y reparación destinadas a los civiles y militares que habían combatido en las islas. En realidad, es posible encontrar algunos antecedentes al respecto en años anteriores durante el gobierno menemista: por ejemplo, en 1990, por ley 23.848 el gobierno otorgó una pensión vitalicia para ex-soldados y civiles, una reivindicación histórica de las agrupaciones; en 1991, estableció el 2 de abril como “Día del Veterano de Guerra”²⁷⁰ y, por ley 23.118 el Congreso de la Nación entregó a todos los ex-combatientes una medalla en reconocimiento a su actuación; en ese mismo año,

²⁶⁸ Disponible en: https://www.facebook.com/#!/events/380382772071587/?viewer_id=1019295865. Ingreso: 11/10/2013.

²⁶⁹ En: <http://desfileveteranos.blogspot.com.ar/>. Ingreso: 11/10/2013. Subrayado y mayúsculas en el original.

²⁷⁰ Menem incluyó el 2 de abril en el calendario nacional como día de conmemoración de la guerra, pero no como feriado nacional. Recién en 2001, el presidente De La Rúa instituyó el feriado y lo denominó “Día de los Veteranos y Caídos de la guerra de Malvinas”.

hubo un ingreso masivo de ex-soldados a los servicios de salud ofrecidos por el Estado a través de PAMI (Comisión Nacional de Ex-combatientes, 1997: 11); en 1998, por decreto 745, declaró al 2 de mayo como “Día Nacional del Crucero General Belgrano”.

Sin embargo, esas medidas fueron desarticuladas, y la situación de aislamiento y marginalidad de gran parte de los ex-combatientes continuó en los ‘90.²⁷¹ En 1999, el ex soldado y psicólogo Oscar Luna todavía reclamaba que el gobierno, las FF.AA. y/o la sociedad asumiera las responsabilidades de una guerra ocultada, negada y silenciada:

“Eso parece ser, buscar respuestas donde nunca nadie pudo abrir una pregunta, ser veterano es como ser un pasajero en el tiempo, con un rótulo único, distante, definitivo, porque nadie quiso ni pudo asumir las responsabilidades de ese acto, donde defendimos el honor de la historia sin saber siquiera cómo. (...)

Dejo para otros el análisis sobre las cuestiones geopolíticas que rodearon la guerra de Malvinas. El sentido de esta nota intenta ser otro, comenzar a correr ciertos velos sobre esta experiencia negada, desplegar aunque duela el fantasma que todavía hoy retiene a muchos “soldados” en aquel frío puesto de combate, reclamando ser mirado, reclamando que alguien sancione el valor de los actos.

(...) Cuando la guerra y la derrota dejen de ser tabú, cuando la verdad de lugar y los responsables asuman sus cuentas, podremos empezar a dejar de ser hombres errantes, nos habremos quitado una carga, nos podremos reconciliar con nuestras almas” (*Página 12*, 01/04/1999).

Desde comienzos del 2000, y principalmente desde el 2003 cuando asumió la presidencia Néstor Kirchner, los actos en homenaje a los ex-combatientes y el incremento de los beneficios materiales por parte de un presidente que se proclamaba “malvinero” por sus raíces patagónicas, han sido moneda corriente (una cuestión reconocida por todos los integrantes del Apostadero).

En principio, en cuanto a los reconocimientos simbólicos por parte del gobierno y otras entidades públicas, los siguientes son sólo algunos ejemplos: en 2004, luego de alrededor de 15 años trabajando en el Banco Central, el ex-conscripto Fernando González Llanos recibió por primera vez un homenaje por parte de la entidad; en 2006 el suboficial

²⁷¹ Por ejemplo, respecto a la situación laboral, el informe de la Comisión Nacional de Ex-combatientes realizado en julio de 1997 en base al Registro Nacional de Ex-combatientes sin empleo (1995), señala una tasa muy alta de ex-soldados desempleados o en situación de precarización laboral, en un contexto de aumento de la desocupación producto de las medidas neoliberales implementadas por el menemismo (Novaro, 2006). En provincia de Buenos Aires y Capital Federal, los ex-conscriptos en esa situación llegaban al 30%. Además el informe indica que aquellos ex-combatientes que manifestaban sentirse discriminados al buscar trabajo eran el 74%. Todos ellos son indicios que la situación vivida por ellos en los ‘80 continuó inalterada en los ‘90. El informe también da cuenta de las distintas medidas propuestas por la Comisión para tratar de paliar el desempleo (Comisión Nacional de Ex-combatientes, 1997: 5-7).

retirado Ricardo Rodríguez fue declarado ciudadano ilustre por la Municipalidad de San Martín, así como el resto de los ex-combatientes residente en la localidad; en 2009, otro ex-soldado, Ricardo Pérez, recibió una medalla de parte del gobierno de Salta destinada a todos los nacidos en la provincia que combatieron en las islas; en 2012, el enfermero Raúl Gramajo participó de un acto muy emotivo en su homenaje en la escuela primaria de Santiago del Estero donde estudió.

En esta oleada de homenajes también intervino la Armada. Después de 25 años de la guerra, los integrantes del Apostadero tuvieron un reconocimiento oficial por su participación en el conflicto. La fuerza naval les entregó la medalla de Operaciones de Combate destinada a todos los marinos veteranos de guerra. Para muchos integrantes del Apostadero ese fue el reconocimiento más esperado: el de la propia fuerza que los había enviado a combatir y los había silenciado en la posguerra. Para el ex-soldado Julio Casas Parera, la medalla fue un hito “porque de alguna forma igualan a todos, y eso para mi tiene mucho valor, porque es como decíamos allá “la bala no identifica grados”.²⁷² Asimismo, el ex-conscripto Ricardo Pérez señala que para él esa medalla fue un “punto de inflexión”:

Yo digo es el reconocimiento de mi arma para el pequeño esfuerzo, gran esfuerzo que yo desarrollé en la campaña de Malvinas, y es correcto que la tenga. Porque después... ¿por qué te digo que fue punto de inflexión? Porque me puse a pensar y digo: claro ¿qué es lo que me están premiando con esto, qué me están dando con esto? Para entender. Claro, digo, por ejemplo cuando lo llevé desde Puerto Argentino el aeropuerto a Anselmi para ir a decirle Crippa que despegue con su Aeromachi vaya a Darwin, vea qué carajo pasa y vuelva. Es decir, nació en una orden que le dio alguien a otro y ese le dijo a Mengano y Mengano le dijo a Silva, y la ejecución de la orden fue “Pérez – me revoleó las llaves – llevalo a Anselmi al aeropuerto” “sí, señor, comprendido, señor”. Y bueno, esa fue una operación de combate en la cual yo no disparé un tiro, y serví de estafeta, de mensajero o de transportador de mensajero, y fue una vivencia, y terminó con la vuelta del flaco Crippa aterrizando, que bajó blanco color ceniza, todo encrispado, y escuchar en primera voz de lo que estaba pasando en el estrecho de San Carlos. Y eso es operación de combate, por eso para mí esa medalla es valiosa.²⁷³

Sin embargo, estos actos de homenaje estuvieron plagados de conflictos. En algunos casos, porque una vez más se repitió la desorganización en la invitación de quienes habían combatido, producto – tal vez – de la inexistencia de un listado definitivo y actualizado de sobrevivientes de la guerra. Así, en el acto organizado por el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 2010, algunos ex-soldados del Apostadero que residían en la localidad se

²⁷² Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

²⁷³ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

enteraron del homenaje por azar o gracias al aviso de sus compañeros. Fueron ellos los que se contactaron y pidieron ser invitados. Lo mismo sucedió en el acto organizado por la Armada. Para algunos de ellos, como el ex-conscripto Fernando González Llanos, estas irregularidades opacaron el sentido del homenaje y de la medalla:

Fernando: En una de las reuniones me dijeron que había unas medallas ahora que da la Armada [...]. Bueno, yo no la fui a buscar, porque a mí la verdad ir ahí y decir “che, yo soy veterano de guerra, vengo a buscar mi medalla” ¡me parece de cuarta!

Andrea: Sí, debería ser al revés, digamos, que ellos los llamen a ustedes.

Fernando: Obvio, obvio. “Che, te queremos recordar...”, porque es el gesto, porque si no la medalla no es nada, ¿qué es la medalla? La medalla, digamos, el valor de la medalla es que te la da alguien, quién te la da, cómo te la da, y por qué te la da, entendés, pero... sino no vale nada, es una cosa de metal, no vale nada.²⁷⁴

Una situación similar vivió Guillermo Ni Coló en 2011. Para los 29 años de la guerra, los tripulantes de los buques auxiliares de la Armada que combatieron en las islas tuvieron el homenaje tan esperado en Tigre. Sin embargo, la ausencia de autoridades navales y el ocultamiento del acto indignó a algunos de los homenajeados. En una carta abierta dirigida al comandante en jefe de la fuerza naval que difundió por correo electrónico, Guillermo – cabo tripulante de la goleta Penélope en 1982 – denunció duramente la humillación que había sentido frente a tal acto y la continuidad de la falta de reconocimiento de la fuerza a lo largo de la posguerra, oponiéndola al afectuoso recibimiento de su pueblo, Saladillo. Vale la pena la cita *in extenso* de la carta, que condensa muchas de las temáticas tratadas en el capítulo:

“(...) tengo el agrado de dirigirme a Ud., a los efectos de llevar a su conocimiento que en el día 29 de octubre del corriente, recibí por parte de la Armada Argentina, un gran acto de humillación y me hicieron sentir vergüenza ante mi mujer, mis hijos, familiares y amigos, por los motivos que le cuento a continuación. Hace unos días, recibí en mi teléfono particular, la llamada de una mujer integrante de la Armada Argentina, la que me invitaba a un acto de reconocimiento y homenaje que la fuerza militar que Ud. conduce, le brindaría a los tripulantes de las cuatro embarcaciones auxiliares que cumplieron funciones en Malvinas durante la guerra, estos barcos son: Forrest, Monsunen, Yehuin y Penélope. Quiero contarle que con gran emoción agradecí la invitación e inmediatamente le conté a mi familia que el sábado, después de casi 30 años, la Armada Argentina reconocería mi labor durante la guerra. (...) El acto se realizó en el Museo Naval de Tigre, en el fondo, en el lugar más alejado de la calle, clara señal de ocultamiento, de esconder como todos estos años a los Veteranos de Guerra. Esto me recordó la noche que regresé de Malvinas, fuimos al Edificio Libertad, Comando de la Armada, y nos

²⁷⁴ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

despidió un Capitán pero antes nos dijo: “recuerden que tienen terminantemente prohibido hablar con los periodistas y con todos los que le pregunten sobre lo que vivieron e hicieron en Malvinas”. Hoy siento una gran satisfacción porque esa batalla la gané, contrario a esta arenga, he hablado de este tema cuantas veces me lo han requerido y soy autor de un libro también, que habla sobre el tema. La Armada Argentina no es una Asociación sin fines de lucro, la Armada Argentina es una Fuerza Militar y prepara a sus hombres para la guerra. No hubo en este acto que me invitó la Armada Argentina, un solo militar uniformado, una formación militar, una banda militar, no se entonaron las estrofas de nuestro Himno Nacional Argentino. Me puede decir Ud., a esta altura de los hechos, para qué me invitaron. Si la Armada Argentina cree que me conforman porque en un pergamino de otra Institución está el escudo de la Armada y con eso se sienten satisfecho, desde mi punto de vista están muy equivocados. Si Ud., señor Comandante de la Armada Argentina, quiere seguir jugando a las escondidas, no cuente más conmigo, no necesito jugar a las escondidas. No tengo que esconderme de nada ni de nadie. Prefiero los actos que durante 29 años realizaron en mi Pueblo, que se hacen en las Plazas públicas, para que el pueblo que tanto quiere a los Veteranos pueda concurrir, no nos esconden, o los actos de las escuelas que rebalsan de afecto, cariño y respeto. Viajé 400 km para asistir a este acto emocionado con lo que presenciaría mi familia y terminé humillado ante ellos.”

Al igual que ocurrió ni bien regresaron de la guerra, Guillermo también cuestionaba la capacidad de la más alta autoridad naval para dirigir la fuerza, desde la autoridad que le daba su experiencia bélica:

“Hasta pensaba que Ud. estaría presente, qué inocente fui. Mirando su curriculum hace instantes, advierto que Ud. no fue a Malvinas, no fue a la guerra, no sabe lo que es la guerra, no conoce los sufrimientos de la postguerra, las condecoraciones que luce en su traje son de cortesía, condecoraciones que se obtienen en oficinas, pero no tiene ni una sola Condecoración por haber participado en un combate. Con qué autoridad militar se para frente a la tropa y a sus subordinados si no sabe lo que es una guerra, Ud. no sabe lo que produce en el cuerpo y en el alma la explosión de una bomba sobre su cabeza. Yo le puedo contar lo que es la guerra, y como marino, lo que se siente navegar bajo el fuego del enemigo. Sepa señor que yo defiendo mi honor y el respeto por mi familia hasta con mi propia vida, de manera que no permito que se burlen de esta manera. Notará en mis palabras un poco de odio, bronca, resentimiento y angustia, y no se equivoca. A esta humillación le respondo con mi mayor repudio, desprecio, aborrecimiento y repulsión hacia el Estado Mayor Conjunto de la Armada Argentina.

Lo saludo recordándole que para defender mi honor y el respeto hacia mi familia, doy hasta mi vida, pero antes me defiendo.”²⁷⁵

En otros casos, los conflictos se anclaron en una cuestión que data de la temprana posguerra: la definición de la condición de veterano de guerra/ex-combatiente. Desde la perspectiva de los integrantes del Apostadero, ¿quiénes eran – y son – los “justos” destinatarios de los homenajes? ¿Quiénes podían usar las condecoraciones por igual?

²⁷⁵ Carta abierta de Guillermo Ni Coló recibida por e-mail el 15/11/2011 (Archivo personal).

Para comprender este debate tenemos que tener en cuenta que la normativa fue cambiando a lo largo de la posguerra, así como también los beneficios simbólicos y materiales otorgados a los ex-combatientes y el padrón de veteranos de guerra. Por ende, se trataba – y se trata aún hoy – de una discusión simbólica, pero también material muy concreta: ¿Quiénes deberían cobrar la pensión de veterano de guerra? Si la ley de “Beneficios Sociales” de los ‘80 indicaba que los beneficiarios serían sólo los ex-conscriptos que habían luchado en el TOAS y la ley de 1990 establecía que las pensiones estaban destinadas a todos los ex-soldados y civiles que lucharon en las islas, la ley 24.892 de 1997 extendió ese beneficio también a todo aquel oficial y suboficial que participó en acciones bélicas en el Teatro de Operaciones Malvinas y el TOAS y que había sido dado de baja de la fuerza o retirado, siempre y cuando no cobrara ningún otro beneficio previsional.²⁷⁶ De allí en más, la definición de veterano de guerra quedaría establecida hasta hoy: son los civiles, conscriptos y militares que combatieron en esos teatros de operaciones.²⁷⁷

En los ‘90, al tiempo que se incrementaron las pensiones y se establecieron otros beneficios materiales destinados a los militares en actividad, el padrón de veteranos de guerra prácticamente se duplicó. Si los primeros relevamientos, que datan de los años 1982–83, dan un total de entre 12.000 y 16.000 veteranos que estuvieron en el Teatro de Operaciones Malvinas o participaron en acciones bélicas en el TOAS, los relevamientos de 1997 y 1999 dan un total que ronda los 23.000 (Balza, 2005; Centro de Ex Soldados Combatientes en Malvinas de Corrientes, s/f). Este gran incremento fue protagonizado por la Armada que aumentó en más de un 200% su personal en el conflicto, debido a que en 1994 esta fuerza incluyó a la tripulación de los buques de guerra y mercantes que estuvieron en el TOAS hayan entrado o no en combate. Si “para esa fuerza se trataba de un importante

²⁷⁶ Respecto a las jurisdicciones de los teatros de operaciones: el Teatro de Operaciones Malvinas estuvo vigente desde el 2 de abril de 1982 hasta el 7 de abril del mismo año, y abarcó las Islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur, y espacios marítimos y aéreos correspondientes (en un radio de 200 millas medidos desde el centro de cada isla). El TOAS, vigente desde el 7 de abril hasta el 14 de junio de 1982, incluía la Plataforma Continental, Islas Malvinas, Georgias, Sándwich del Sur y el espacio aéreo y submarino correspondiente. Esos dos teatros son los principales, puesto que son los que aparecen en la legislación. Además, en 1982 también se creó el Teatro de Operaciones Sur, que abarcaba la Patagonia al sur del paralelo 42, donde estuvieron movilizadas tropas que no fueron trasladadas a las islas, y por ende, por lo menos hasta el presente, sus integrantes no son reconocidos como veteranos. El debate en el presente es si la Patagonia fue también parte del TOAS o no, y por tanto si las fuerzas movilizadas allí pueden ser reconocidas como ex-combatientes. Ver: Anexo V, p. 384.

²⁷⁷ Sobre los cambios en las definiciones de la identidad, los conflictos que los mismos conllevaron y las percepciones de los integrantes del Apostadero al respecto, ver: Rodríguez (2010).

reconocimiento simbólico y una forma de contrarrestar la idea generalizada de una flota que no había combatido” (Lorenz, 2006: 230), para aquellos que estuvieron durante la guerra en las islas significó una desvergonzada usurpación de su identidad. En términos de Balza, se trataba de “un doble perjuicio: financiero al erario público y moral al ex-combatiente” (2005: 291).

En este contexto se produjeron las fricciones – que no trascendieron públicamente – en el acto de entrega de la medalla de Operaciones de Combate de la Armada. Los integrantes del Apostadero que estuvieron presentes en la Base Naval Puerto Belgrano, el 30 de mayo de 2007, recuerdan indignados y dolidos la gran cantidad de condecorados y el protagonismo de los tripulantes de los buques de la flota de guerra en la conmemoración, cuando el personal de otros buques menores que efectivamente estuvieron en las islas cumpliendo con su función logística y fueron hundidos como consecuencia, y el del Apostadero, no tuvieron ningún tipo de preponderancia y quedaron absolutamente marginados, tal como evoca Ramón Romero:

Una de la cosas que yo estoy herido, de hace poquito, entregaron las medallas en Puerto Belgrano a los 25 años que estuvimos en Malvinas. Y tenía cada buque, que ni siquiera participaron, porque hubo buques que fuimos, eran 60 ingleses los que había que me tocó llevarlos prisioneros, y desde ese día somos como 6000 veteranos de guerra, porque todos los buques que salieron a navegar y navegaron cerca de las islas y se volvieron son todos veteranos de guerra. [...] Cuando entregaron la medalla, tenía cada buque su mesa, con su gente. Cuando yo digo “bueno, voy a encontrar la mesa que va a decir Apostadero Naval Malvinas...” bueno, allá en el fondo, había una mesa que decía “Otros destinos”, y ahí estaban las medallas nuestras. Así que a 25 años ni siquiera... todavía estamos peleando para que nos reconozcan.²⁷⁸

Y luego, agrega: “Y ahora cuando nos dieron las medallas peor todavía porque vos sentís que hay muchos que son ex-combatientes por no ser menos que vos, por no dejar de serlo, pero que son todos: ahora hay 26.000 para cobrar las pensiones, pero si allá éramos 14.000. Hay cosas que... yo no digo que soy más que otro...”.

Entonces, las discusiones en torno a quiénes deberían ser reconocidos como veteranos de guerra, no sólo se anclan en cuestiones simbólicas e identitarias, sino también están vinculadas a factores materiales bien concretos: la delimitación de los beneficiarios de las políticas de reparación y compensación. Como indiqué previamente, hay que tener en

²⁷⁸ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

cuenta que en la última década las pensiones se han incrementado considerablemente así como se ampliaron sus beneficiarios.²⁷⁹ Y ese es el otro aspecto a considerar del reencuentro social: para algunos veteranos que estuvieron – y se sintieron – marginados desde que regresaron del conflicto, dichas políticas implementadas en mayor medida por el kirchnerismo por fin pareció otorgarles un lugar en la sociedad de la posguerra.

Lo cierto es que para muchos ex-combatientes, el cobro de las pensiones nacionales y provinciales significaron una mejora muy importante en su calidad de vida. Como señala Guillermo Klein, si “sos prolijo” las pensiones “te solucionan la vida”.²⁸⁰ Además, la implementación de otras medidas también contribuyeron en el mismo sentido, como el establecimiento de servicios de salud especializados en traumatismos de guerra, u otras destinadas a regularizar su situación laboral. Por ejemplo, la normativa que favorece el ingreso de veteranos de guerra como auxiliares en los colegios de la provincia de Buenos Aires implicó el logro de una estabilidad laboral para varios integrantes del Apostadero sin oficio o profesión que deambularon por diversos trabajos a lo largo de los años ‘80 y ‘90 (*La Gaceta*, 01/04/2012), y contribuyó a la erradicación de la desocupación de los veteranos de guerra en algunas localidades bonaerenses, como Bahía Blanca.²⁸¹ Al respecto, el ex-soldado bahiense José Bustamente reconoce ese cambio en su vida, luego de años de precarización laboral:

Recién mi vida como que ha cambiado recién hace 6 años, 6 años, 5 años más o menos, que sale [...] una ley de la provincia de Buenos Aires, que todo aquel que ha sido veterano de Malvinas podía entrar de portero a los colegios. [...] Yo entré en un jardín de infantes, yo entré para hacer un reemplazo. Eso también fue muy linda esa experiencia, muy linda para mí con un jardín de infantes tan chiquititos que... me acuerdo era en un barrio allá en Spurr, en un barrio muy humilde [...] Todos me querían, un cariño bárbaro, los chicos, lo mejor que me llevé fue el cariño de esos chicos, esos 15 días para mí

²⁷⁹ En 2005, luego de un largo campamento de protesta de los militares retirados en Plaza de Mayo, el presidente Kirchner estableció que la pensión nacional de ahora en más sería compatible con cualquier otro beneficio provisto por la administración pública, lo que en la práctica implicaba la inclusión del personal retirado en las pensiones, excepto “los veteranos de guerra que hubieran sido condenados, o resultaren condenados, por violación de los derechos humanos, por delitos de traición a la Patria, o por delitos contra el orden constitucional, la vida democrática...”(decreto 886/2005). De todas formas, los conflictos continúan porque militares sospechados de haber intervenido en la represión ilegal o que no tuvieron un buen desempeño en las islas se ven beneficiados por estas pensiones, cuestión denunciada insistentemente por algunas agrupaciones de ex-soldados combatientes.

²⁸⁰ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 29/08/2007.

²⁸¹ Ver: Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 04/03/2009. Esa estabilidad laboral de la población de veteranos de guerra se produjo en un contexto de disminución de la tasa de desempleo y de crecimiento económico nacional (Bustos, 2013).

fueron maravillosos, sí. Por ahí, también como uno viene también por ahí falta de... falta de un poco de afecto, de ciertas cosas, es como que eso te gratifica.²⁸²

Sin embargo, este incremento de las políticas de reconocimiento y reparación y los conflictos que suscitaron, contribuyó a asociar la figura del veterano de guerra con beneficios materiales en el imaginario social. Escándalos públicos como la intervención de la Comisión Nacional de Ex-combatientes creada por el gobierno menemista por la administración poco clara de sus recursos (*Clarín*, 28/03/2000), la duplicación del padrón de ex-combatientes y los violentos enfrentamientos en la vía pública de Ciudad de Buenos Aires entre veteranos de guerra y aquellos movilizados en la Patagonia durante la guerra que reclaman ser reconocidos como tales (*La Nueva Provincia*, 26/11/2009)²⁸³, alimentaron la percepción social de los ex-combatientes como “bichos jodidos” que sólo se interesan por lo material, en términos de Claudio Guida.²⁸⁴ Gran cantidad de integrantes del Apostadero acuerda con Claudio sobre esta nueva percepción social: según Fernando González Llanos, ellos son vistos como “vividores”, personas que viven del usufructo de otros, del Estado.²⁸⁵ En ciertos casos, algunos veteranos se apropian de esta representación, perciben los beneficios como excesivos y cuestionan el accionar de algunas agrupaciones. Sintetizando la historia de las pensiones otorgadas a los ex-soldados, Alejandro Diego reflexiona sobre la lógica “corporativa” que ha regido al movimiento de veteranos:

Yo reniego del año de Bignone que nos tapó, y de los 5 años y medio de Alfonsín, que también nos tapó, por esa mentalidad zurdita de que todos los militares eran malos, y a nosotros nos incluyó

²⁸² Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 03/10/2007.

²⁸³ En 2007 surgieron – o tomaron visibilidad en el espacio público – los reclamos de reconocimiento de la veteranía de guerra de los ex-soldados conscriptos que estuvieron movilizados en las provincias de Tierra del Fuego, Chubut y Santa Cruz, quienes, con ese objetivo, presentaron múltiples demandas a la justicia nacional y provincial. Estos grupos sociales proponen su propia memoria de la guerra anclada en sus muertos – 17 caídos, que actualmente son reconocidos por ley –, sus espacios – bases militares en los territorios patagónicos –, sus prácticas – acciones logísticas, de apoyo y seguridad –, en base a la cual demandan un reconocimiento de su experiencia que ellos califican de bélica. Estos actores se reunieron en organizaciones que se extienden a lo largo del país, y han protagonizado movilizaciones en diversas ciudades; tal vez, la paradigmática sea el Campamento TOAS-Plaza de Mayo “Veteranos de Guerra No Reconocidos” establecido en el corazón de la Ciudad de Buenos Aires desde el 2008. Producto de sus reclamos a la justicia y presentaciones de proyectos de ley, han logrado diversos reconocimientos simbólicos y materiales. Sin embargo, para los veteranos de guerra reconocidos por la ley desde un comienzo, los “movilizados” están pidiendo un reconocimiento que no les corresponde. Ello ha llevado a conflictos violentos entre ambos actores en distintas ciudades del país (Rodríguez, 2010).

²⁸⁴ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 20/04/2010.

²⁸⁵ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

adentro de eso. Pero después no: Menem nos reivindicó, nos puso la pensión, nos dio una medalla en el Congreso. Y a partir de ahí cada vez nos dan más plata, más plata, que al principio estaba bien, la pensión inicial fueron 150 dólares, fue subiendo, ya después se transformó en una lucha corporativa, parece un sindicato los ex-combatientes, que ya se fue al carajo.²⁸⁶

Sin embargo, en ocasiones, aún cuando tienen una mirada crítica del movimiento de ex-combatientes y de los nuevos reclamos, los integrantes del Apostadero cuestionan esa percepción social de “vividores”, recordando el sufrimiento de sus padres, la experiencia extrema que ellos vivieron y los años que estuvieron desamparados por el Estado sin tener ningún tipo de reconocimiento simbólico o material. Como señala Eduardo Iáñez: “[A aquellos que les recuerdan las pensiones que cobran habiendo sido derrotados] ¡Yo sabés cómo los cortaría, cómo los corto! “La que sufrió mi vieja no hay plata con qué pagarlo, y si vos tuvieras un hijo desaparecido, como estuvimos nosotros, sin tener noticias, 70 días en una guerra, ¡¿cuánto pagás vos?!” “No, no...” “¿Cuánto pagarías por un hijo que está en la guerra? ¿Cuánto vale?”.”²⁸⁷

Este tipo de fricciones, así como aquel otro debate sobre la definición de la identidad de veterano de guerra y la necesidad de depurar los padrones, demuestra que aún en la etapa de los reencuentros, los conflictos y tensiones lejos están de disolverse y que Malvinas sigue siendo una presencia tan incómoda como real.

²⁸⁶ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007.

²⁸⁷ Entrevista a Eduardo Iáñez, Olivos, 20/04/2010.

Capítulo 5

Lazos de guerra²⁸⁸

La irrupción de la muerte sella definitivamente la vida; el miedo queda impregnado y entonces estamos débiles para sobreponernos a la adversidad. Será por eso que los combatientes se juntan por años entre sí, buscando al otro como referente de la travesía vivida, acompañando el duelo y abriendo la ilusión de otro tipo de conquistas.

Oscar Luna²⁸⁹

Y... después lo que le decía a los chicos [a sus hijos cuando regresó a las islas en 2009] es que en muchas cosas uno siente por ahí más lo que fue Malvinas en las reuniones éstas, que en las islas, ¿me entendés? Porque las islas es una cosa geográfica, y la guerra es una vivencia histórica, que no... no... por ahí tiene mucha más relación con las personas que con la geografía.

Fernando González Llanos²⁹⁰

1983-1990: Civiles versus militares

Para quienes combatieron, como vimos, la larga posguerra estuvo marcada por cierta liminalidad: ellos sentían que no se encontraban “acá ni allá” y que eran una presencia-ausencia, una figura presente en la sociedad argentina pero que tanto la sociedad civil, las FF.AA. y los gobiernos buscaban ocultarla y silenciarla. De hecho, si tenemos en cuenta la acción de los “otros”, a lo largo de la posguerra los ex-combatientes aparecen como una presencia-ausencia, ya que así como los civiles y los militares reconocían su existencia social – en tanto los nominaban como ex-combatientes/veteranos de guerra –; petitionaban en su nombre y/o intentaban medianamente satisfacer sus reclamos, a la vez pretendían dar vuelta rápidamente la página del conflicto y/o de su experiencia bélica. Esa voluntad de cierre del pasado bélico no sólo implicó limitaciones en lo simbólico para los ex-combatientes – la dificultad de encontrar un lugar para hablar en el espacio público – sino también, como vimos, significó condicionamientos materiales bien concretos en sus regresos a los ámbitos de cotidianidad.

²⁸⁸ Una versión preliminar de la historia de las reuniones del Apostadero fue publicada en Rodríguez (2013).

²⁸⁹ Nota “Veterano, pasajero del tiempo”, en: *Página 12*, 01/04/1999.

²⁹⁰ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 09/08/2010.

Frente a esta situación, ni bien retornaron, los ex-combatientes constituyeron espacios para reclamar por sus derechos y hablar de sus recuerdos con los únicos que, desde su perspectiva, los podían comprender cabalmente: aquellos con quienes habían compartido la experiencia bélica. Así, comenzaron a reunirse con sus compañeros de guerra en espacios formales y hasta institucionales, como las agrupaciones de ex-combatientes o la Casa del Veterano de Guerra, pero también en ámbitos más informales, como los encuentros que se producían entre dos o más camaradas en hogares, pubs, entre otros.

En efecto, en la inmediata posguerra, se conformaron una serie de instituciones vinculadas a los protagonistas de la guerra: algunas de ellas fueron oficiales y otras fueron producto de la propia iniciativa de los ex-conscriptos. Para comprender la experiencia de los integrantes del Apostadero, los espacios en los que se reencontraron en los '80, es necesario tener presente quiénes constituyeron esas entidades, qué sentidos construyeron sobre la guerra y qué objetivos perseguían.

Por un lado, ni bien retornaron de las islas, las FF.AA. crearon la Casa del Veterano de Guerra, con la colaboración de la Liga de Amas de Casa, institución que donó el edificio donde funcionaba. Estaba destinada a civiles y militares que habían participado en las islas, y sus principales autoridades eran altos oficiales que habían comandado la guerra. Si bien los objetivos explícitos de la entidad eran dar contención, promover la camaradería y ser un refugio de tránsito para soldados del interior; tal como estaba organizada (respetando la cadena de mando), era evidente que principalmente buscaba controlar a los ex-soldados y mantener la memoria al interior de la institución para desactivar los conflictos de la inmediata posguerra (Guber, 2004: 37-41).²⁹¹

Por otro lado, en paralelo, algunos ex-soldados comenzaron a reunirse y conformaron sus propias entidades, que eran radicalmente distintas a la Casa del Veterano. Las agrupaciones de ex-combatientes surgieron tan temprano como en agosto de 1982 con un

²⁹¹ En una nota de la revista *Somos* denominada “Los chicos de la guerra, hoy”, el periodista reseña una reunión promovida por la Casa del Veterano: “A la sombra de parras y paraísos un grupo de jóvenes con miembros enyesados, muletas, sillas de rueda, compartían un asado en una quina de San Justo. Eran los ex combatientes invitados por la Liga de Amas de Casa. En un costado de la mesa un hombre más bien parco evitaba hablar con el periodismo: era el general Mario Benjamín Menéndez. El cronista comenzó a recoger testimonios y, dentro de ese grupo compuesto por chicos humildes o de escaso nivel de instrucción, no aparecieron las virulentas críticas que otros ex-combatientes hacen contra la jefatura militar en las islas” (*Somos*, 17/12/1982).

fuerte grado de movilización, con el objeto de mantener “vivo” el recuerdo de los caídos, luchar por la “causa nacional”, realizar acciones de solidaridad destinadas a la ciudadanía y promover medidas para contener física y psicológicamente a los ex-soldados. Para fines de 1982, esas agrupaciones que se habían creado en todo el país, se reunieron y conformaron la Coordinadora Nacional de Ex-Combatientes, la institución nodal desde donde los ex-soldados reclamaron un espacio público.²⁹²

Si bien el movimiento de ex-combatientes fue heterogéneo, pueden encontrarse algunos puntos en común del sentido que estas entidades le otorgaron a la guerra en los ‘80, que disputaba tanto con el construido por los militares como por los civiles.

En primer lugar, los ex-soldados se distanciaron de las FF.AA, cuestionándolas por su pésima actuación en las islas (no por el hecho de guerra, como veremos) y por los crímenes cometidos en los ‘70; de hecho, se sumaron a la demanda social por una respuesta al “problema de los desaparecidos”. Por ello, rechazaron la participación de militares en sus filas, o fueron renuentes a ello, y se identificaron con un término que los distanciaba tajantemente del personal de cuadro: ellos eran “ex-combatientes”; “veteranos” – un término castrense – eran los “otros”, los militares (Guber, 2004). No obstante, su discurso no era antimilitarista, sino que proponían una concepción distinta de las FF.AA. “constituidas en un verdadero ejército popular” (Lorenz, 2006: 214), y, por ende – a diferencia de otras agrupaciones de la época –, no se oponían al servicio militar obligatorio. Por ello, reclamaron que el Estado llevara adelante las investigaciones correspondientes para esclarecer lo que había pasado en las islas y para juzgar la conducta de quienes no habían estado a la altura de las circunstancias de la guerra, con el objeto de separar “la paja del trigo” y forjar así un ejército que defendiera lealmente al pueblo, y no que lo reprimiera.

En segundo lugar, en cuanto al sentido construido sobre el conflicto, reivindicaron la guerra en defensa de una causa justa y nacional desde un discurso nacionalista, latinoamericanista y antiimperialista, y su experiencia en ella, al tiempo que recordaban lo que nadie quería recordar: la entusiasta participación popular durante el conflicto. Por ende, tanto exigían conservar la memoria de esa guerra antiimperialista y mantener vigente la

²⁹² Sólo para darnos una idea de la cantidad de ex-soldados que participaron, un documento de la agrupación de ex-combatientes de La Plata afirmaba que el movimiento incluía en 1984 a 4.000 ex-conscriptos y 22 entidades de todo el país (Lorenz, 2012: 221). Para la historia de las agrupaciones de ex-combatientes, ver: Guber, 2004; Lorenz, 2012.

causa de soberanía (que debía unir a todo el pueblo argentino), como demandaban no ser victimizados. Al reivindicar la agencia en “sus” guerras, en las que habían tomado decisiones tan extremas como las de matar o morir, lucharon hasta el hartazgo contra el rol social al que los había encadenado la memoria dominante. Ellos no eran los “pobrecitos” ni los “chicos de la guerra”; eran ciudadanos que habían cumplido con su deber, y exigían a la sociedad y al gobierno que así los reconocieran otorgándoles un lugar en los debates políticos sobre el futuro nacional, pero también desplegando políticas de reconocimiento, contención y resarcimiento hacia quienes habían luchado por la Patria.

Tanto esa perspectiva de la guerra, como otras cuestiones más amplias que demandaron, vinculadas al regreso a la democracia, la justicia social, la equidad y la defensa nacional contra el imperialismo, son demostrativos de la fuerte vinculación de estas entidades – por lo menos en Capital Federal y La Plata – con las juventudes políticas y con algunos elementos del ideario de las agrupaciones de izquierda revolucionaria de los ‘60 y ‘70. De hecho, algunos de los dirigentes del centro de ex-combatientes que funcionaba en Capital Federal “eran hijos y hermanos menores de presos políticos, dirigentes gremiales, políticos e intelectuales” (Guber, 2004: 128), e incluso esa entidad contó con el apoyo logístico-organizativo (y clandestino) de Montoneros (Lorenz, 2012: 223).

Esas características de las agrupaciones y el sentido que le otorgaron a la guerra, no encontraron demasiado espacio de escucha o reconocimiento en la década del ‘80, ya que, como indica Lorenz, “reivindicar la experiencia bélica en una clave que tanto tenía de patriótica (en un sentido “estatal”) como de antiimperialista y revolucionaria los hacía confrontar con varios actores a la vez” (2012: 237). Con las FF.AA., porque les disputaba la memoria de la guerra y la legitimidad de combatientes, y principalmente porque las cuestionaba por su pasado reciente, retomando banderas que éstas consideraban “subversivas”. Es por ello, que el gobierno militar prohibió sus actos y las persiguió insistentemente.²⁹³ Con el gobierno democrático, porque lo criticaban por su política “desmalvinizadora” en el plano interior (por el silencio de la guerra y la falta de reconocimiento a los ex-combatientes) y también exterior, en cuanto al reclamo de las islas.

²⁹³ Por un lado, la dictadura militar prohibió las movilizaciones y actos convocados por las mismas (*Clarín*, 03/04/1983). Por otro, la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) realizó una sistemática persecución de estas agrupaciones y guardaba cantidad de carpetas con información de su accionar bajo la categoría “Delincuencia Subversiva” (Lorenz, 2012: 224).

Con la sociedad civil, porque les recordaba constantemente su pasado compromiso con la guerra y porque no compartía su perspectiva de la violencia: “el espacio de la transición, con su vocación de cierre del pasado reciente a partir de su condena, no dejaba tampoco mucho lugar para posturas que se podían asociar a agrupaciones guerrilleras o políticas vinculadas a ellas, es decir, a manifestaciones políticas que tuvieran incorporada a la violencia como parte de sus prácticas” (Lorenz, 2006: 208). En tanto sus discursos no podían ser visibles en una sociedad que abominaba de la violencia y no le encontraba sentido a la guerra, el lugar que las agrupaciones de ex-combatientes finalmente lograron en la escena pública y política fue mucho menor al esperado, y sus reclamos se postergaron indefinidamente en el tiempo (como vimos con el caso de la Ley de “Beneficios a los Ex-combatientes”).

Teniendo en cuenta este panorama del movimiento de ex-combatientes, ¿Cómo continuaron y renovaron sus lazos de guerra los integrantes del Apostadero: a partir de la conformación de sus propios espacios y/o de su incorporación a algunas de estas agrupaciones que compartían con efectivos de otras fuerzas y unidades? ¿Existieron diferencias entre la situación vivida por el personal de cuadro en actividad, aquellos retirados o de baja y los ex-soldados? Si es así, ¿qué variables nos pueden ayudar a comprender esa diversidad de experiencias?

En principio, la situación de los militares retirados o de baja fue heterogénea, debido a las diversas características de las agrupaciones a las que se acercaron según la ciudad en donde operaban. Así, algunos de ellos que se acercaron a las entidades de ex-soldados combatientes de Capital Federal en los ‘80, no fueron bien recibidos, cuando no directamente rechazados. Por caso, el suboficial retirado Oscar Luna recuerda su primer y único contacto con estas agrupaciones: “Antes no nos juntábamos. Fui una sola vez cuando estaba buscando trabajo a un centro de veteranos que había, y eran todos conscriptos, entonces me dicen “no podemos hacer nada, no podemos colaborar con nada”, porque buscaba un trabajo, ¿no?”.²⁹⁴ Los cuadros buscaban un espacio para resolver sus problemáticas – como la búsqueda de trabajo – y para reencontrarse con aquellos que tenían un pasado en común. Sin embargo, para muchos ex-conscriptos que conformaban esas agrupaciones (en su mayor parte de Ejército, que fueron, recordemos, la abrumadora

²⁹⁴ Entrevista a Oscar Luna, CABA, 26/06/2012.

mayoría de tropas en las islas), la guerra que ellos habían vivido no tenía nada en común a la de los miliares; más bien era opuesta a la de ellos.

De todas formas, si bien situaciones como las que vivió Luna fueron frecuentes en la larga posguerra, no en todas las entidades la exclusión era tan tajante. Nuevamente la marca de lo local y los vínculos cívico-militares en las ciudades fronterizas, patagónicas y otras del interior es una clave a tener en cuenta para complejizar este panorama. En Bahía Blanca, si bien la Agrupación de Ex-combatientes que conformaron los ex-soldados del V Cuerpo del Ejército en el año 1987-88 no autorizaba que militares ocuparan puestos en la comisión directiva, ello no implicaba que personal de cuadro que se había dado de baja de la fuerza no fuese aceptado en las reuniones. Ramón Romero (el joven cabo que había pedido la baja de la Marina) cuenta su acercamiento al grupo, poco tiempo antes de que se institucionalizara:

Yo empecé a participar en el centro en el año '87, después del 2 de abril del '87, que no era centro, nos juntábamos [...]. Éramos un grupo que nos juntábamos, la mayoría eran los soldados del Ejército de la PM [Policía Militar] [...]. Nos juntábamos en la casa de M., que había sido sargento. También se había ido de baja, no era que seguía en actividad. [...] Ahí fue que nos empezamos a juntar, a tomar mate, a charlar, [...] charlar de historias, de las cosas que nos habían pasado, comer un asado, jugar a las cartas, pero no... no salir [...], pasar el rato nada más. [...] [Los ex-conscriptos] nunca me hicieron ningún problema, al contrario. No, no, no teníamos diferencias, no. Aparte eran todos de Ejército, y yo era de Marina.²⁹⁵

También Guillermo Klein, el médico que se había dado de baja de la fuerza, integró por un tiempo esta Agrupación porque allí hablaban un “idioma en común”, que es justamente lo que no compartía (ni comparte) “con los que no fueron a Malvinas.”²⁹⁶ Sin embargo, la participación de los militares retirados o que se habían dado de baja en estas entidades en un comienzo fue temporal, no sólo por las situaciones de rechazo aludidas, sino por cuestiones vinculadas a su cotidianidad: la falta de tiempo era uno de los problemas principales ante la necesidad de trabajar y con una familia a cargo. Además, para los militares en actividad, se sumaban los condicionamientos por ser parte de la fuerza; es decir, la sensación de no poder hablar libremente sobre sus experiencias de guerra y posguerra, tal

²⁹⁵ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 04/03/2009. Para la historia de la Agrupación de Ex-combatientes bahiense, ver además: Entrevista a Alejandro Meninger, miembro del grupo fundador, Bahía Blanca, 05/08/2009 y a los siguientes ex-soldados que fueron presidentes de la institución: Guillermo De La Fuente en el período 1988-2000 (Bahía Blanca, 10/03/2009) y Hugo Castro en el período 2002-2008 (Bahía Blanca, 20/03/2009).

²⁹⁶ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 30/03/2010.

vez anclada en aquel mandato de silencio impuesto por las FF.AA. ni bien regresaron. Ello es evidente en el testimonio de Daniel Peralta, quien dio su apoyo a la conformación de un centro de ex-combatientes que se creó en Punta Alta aunque en fechas más recientes. Al hablar sobre quiénes conformaban el centro, Daniel indica:

Daniel: La mayoría conscriptos y algunos militares, algunos militares. Lo que pasa es que en esa época la mayoría estaba en actividad, y lo hacía la gente que no tenía... que no comprometía nada en una palabra.

Andrea: Bueno, pero vos estabas en actividad y participabas igual.

Daniel: Bueno, pero era una participación de apoyo.²⁹⁷

Si bien podría pensarse que los ex-soldados miembros del Apostadero participaron activamente en estas agrupaciones en los '80, este comportamiento no fue el habitual. Varios ex-soldados nunca se acercaron a una institución, porque, en términos de Alejandro Diego, “todo se politizó, no hay nadie que me represente.”²⁹⁸ La percepción de los usos políticos de la memoria de Malvinas es un elemento que aparece una y otra vez en los testimonios de quienes no militaron porque nunca se identificaron con ninguna institución. En un contexto marcado por la vinculación de las agrupaciones de ex-soldados combatientes con las juventudes políticas de izquierda y de la Casa del Veterano con las FF.AA., Julio Casas Parera no se sentía cómodo en ninguna de esas iniciativas:

Porque está todo muy politizado a mi gusto, quizás me equivoco, pero por lo que yo veía o leía, todo muy politizado. Esos de los centros de ex-combatientes eran conscriptos que iban contra, o sea, permanentemente cuestionando todo, y que, al final, como siempre pasa, cuando aparece alguna cosa política que los pueden ubicar, se olvidan de todo, y estaban los otros que eran cerrados militares que no veían nada, o sea, nada del otro. Entonces digamos que me mantuve al margen, porque no quería comprometerme con nadie, porque no me sentía identificado con nadie, esa es la verdad.²⁹⁹

Otros ex-conscriptos se acercaron a algunas de aquellas entidades locales, pero su participación fue sólo temporal. Gabriel Asenjo recuerda su fugaz paso por la agrupación de Villa Tesei, situada en el Gran Buenos Aires:

Mirá, una vez me invitaron, y fue debut y despedida [...], porque insisto en eso que andar dando lástima por ahí por ser ex-combatiente a mí nunca me gustó. Entonces cuando fui al centro de ex-

²⁹⁷ Entrevista a Daniel Peralta, Punta Alta, 25/03/2010.

²⁹⁸ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007

²⁹⁹ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

combatientes y hablaban de pedir un calzado, de pedir ropa, yo dije “yo trabajo, ¿qué voy a estar pidiendo ropa, zapatos?!”. Y estaba todo totalmente politizado, que el concejal fulano, que el concejal mengano. Y fue un psicólogo a hablar, y el psicólogo en vez de escuchar lo que les pasaba a los colimbas, vino a contar los dramas de él, porque se había divorciado de la mujer recién “pero acá estoy igual, pese a que estoy desgarrado”. Así que fui ese día y no fui nunca más.³⁰⁰

Gabriel condensa en su relato varios de los factores que aducen sus compañeros de guerra para explicar su breve o nula participación en dichas entidades. Por un lado, sostiene que fueron los usos políticos y económicos de la guerra y la causa soberana los que lo alejaron de la agrupación. Para quienes habían combatido, Malvinas era una causa que debía mantenerse “pura”, y que no debía ser usada para otro fin fuera del reconocimiento de la guerra y los caídos y la lucha por la soberanía de las islas.³⁰¹ Desde su perspectiva, esas agrupaciones justamente lo que estaban haciendo era, por un lado, sacar rédito económico o político del reclamo de las islas, y, por otro, manchar la imagen de los ex-combatientes, ya que con sus demandas alimentaban la imagen del “chico de la guerra”, el “pobrecito” librado a sus fuerzas durante el conflicto y al margen de la sociedad en la posguerra, profundizando, de esta forma, su estigmatización.

Además, varios ex-soldados indican que otro de los elementos que los distanció de esas entidades fue que estaban demasiadas aferradas al pasado bélico, lo que les impedía distanciarse de su experiencia para poder continuar su vida en el presente. Al respecto, Alejandro Egudisman, el ex-soldado que había militado en el Socialismo Popular, recuerda que ni bien regresó lo invitaron a participar en una agrupación de Capital Federal:

Alejandro: Me han ofrecido cuando recién llegué por la pila que tenía pero políticamente era como que lo tenía que hacer [...] Apenas llegamos me habían relacionado con unas personas que no me acuerdo, estaban armando el primer grupo de veteranos [...] acá en Buenos Aires, en Capital [...]. Pero qué se yo, no me enganché con su historia, yo soy muy de darle para adelante y las cosas pasaron, y era muy de darle vueltas, de darle vueltas.

Andrea: ¿Lo veías como una forma de quedarte en el pasado y no ir para adelante?

³⁰⁰ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010.

³⁰¹ Al respecto, en un trabajo sobre las construcciones identitarias de los ex-soldados conscriptos en la posguerra y sus distinciones entre “veteranos verdaderos y truchos”, Guber indica: “Para que los ex soldados (...) pudieran transformarse en legítimos defensores de una reivindicación caída en el descrédito y la indiferencia (producto de la “desmalvinización” o apatía hacia esta causa de nacionalismo territorial, promovida por las sucesivas administraciones), Malvinas debía adquirir el status de una causa espiritual unificadora, trascendente y altruista (...). Los truchos les molestaban precisamente porque, según ellos, usaban su falsa identidad para obtener beneficios materiales – pensión, atención médica, una vivienda – y honoríficos – participar de un desfile, recibir un diploma, etc. – (...) En suma, ser veterano de guerra parecía haberse convertido en un trabajo o, peor aún, en un negocio” (2007b: 57-58).

Alejandro: Sí, en el pasado, es muy típico del veterano eso, es muy “la vida nos engañó, nos fallaron todos”, y a mí no me cabe.³⁰²

Claro que estas diferencias entre las agrupaciones y los ex-conscriptos del Apostadero también respondían a otros factores: el sector socioeconómico de pertenencia y la heterogeneidad personal de las vivencias bélicas y de posguerra.

Si las entidades organizaban campañas de solidaridad era porque efectivamente existía una gran cantidad de ex-soldados de sectores populares que estaba en una condición casi desesperante. La imagen paradigmática al respecto en la posguerra era la de los ex-conscriptos del interior que vagaban por las calles de las ciudades pidiendo ayuda o vendiendo bonos; una presencia tan dramática como real.³⁰³ Entonces, tal vez, la diferencia de clase es uno de los factores que pueda explicar el distanciamiento de gran parte de los ex-conscriptos del Apostadero de ciertas instituciones en los ‘80. De hecho, José Bustamante, el ex-soldado bahiense de condición humilde, participó activamente en la Agrupación de Ex-combatientes local por su compromiso con el recuerdo de la guerra y los caídos, pero también porque era una forma de sobrevivir:

Nos reuníamos, hacíamos, en ese momento, bueno, como algunos andaban mal se hacía algo cooperativo, o sea, comprábamos alimentos y los repartíamos entre nosotros, eh... Todas esas cosas hacíamos. Más allá de todas esas cosas, no, no se participaba mucho en la vida social [...], como institución no se participaba mucho. Era de reunirse y charlar un poco, qué se yo, nos juntábamos [...] Eran soldados, así más o menos ese grupo éramos, más o menos, 8 o 10 personas.³⁰⁴

³⁰² Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

³⁰³ Algunos medios de comunicación hacían referencia a estos casos. Por ejemplo, fue bastante publicitada la tarea de una ciudadana que residía en Buenos Aires que daba alojamiento a ex-soldados combatientes del interior con problemas de salud o que buscaban trabajo. La nota titulada por *Clarín* “Ayer héroes, hoy parias” indica: “Se trata de un departamento de tres ambientes donde **Nélida Oviedo de Díaz** ejerce su profesión de cosmetóloga, y donde – desde hace más de un año – **encuentran albergue** héroes de las Malvinas, **chicos que parecen haber dejado sus raíces en las islas**, sea porque jamás volvieron a sus provincias o porque se vinieron de ellas a Buenos Aires cuando comprobaron que las puertas más bien parecían cerrarse. **Nélida Oviedo de Díaz (...)** **ha alojado ya a más de 40 muchachos**, casi todos correntinos – ella también lo es – y ha procurado conseguirles trabajo, víveres y alojamiento definitivo en Buenos Aires.” Luego de los testimonios de algunos jóvenes, la nota finaliza afirmando: “La guerra ha pasado como un vendaval por la vida del chaqueño **Dionisio**, del correntino **Mario Ríos**, de muchos otros. Tienen motivos visibles para no volver a sus tierras: puertas cerradas, miseria, inundación, y, quizá, algunos invisibles y profundos. Algo “se cortó” en ellos. Después de la guerra no tienen porvenir. Aunque quizá su destino hubiese sido también de penurias, de no haber existido el conflicto, aquellas llamas, aquella sangre, les hicieron ver claro que no tenían chances. De héroes cayeron a mostrencos. Por eso están en Buenos Aires. Queriendo que los vean, que se los banque, que nadie olvide la llaga” (*Clarín*, 08/09/1983- Resaltado en el original).

³⁰⁴ Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 31/10/2007.

De todas formas, también hay otros integrantes del Apostadero de sectores medios que participaron por largo tiempo en las entidades – y algunos lo continúan haciendo – y hasta fundaron instituciones, aunque son los menos. Ese es el caso de los amigos Claudio Guida y Eduardo Iáñez quienes, a mediados de los ‘80, se sumaron a un proyecto de dos ex-soldados de Ejército del partido de Vicente López, donde vivían, para constituir la Agrupación de Reivindicación del Ex-combatiente Soldado Argentino (ARESA), que funcionó en la zona norte del Gran Buenos Aires. ARESA estaba conformada únicamente por ex-soldados de las distintas fuerzas – “en ese tiempo nosotros no aceptábamos cuadros porque pensábamos que cuadros eran otra cosa” en términos de Claudio –, y tuvo entre sus objetivos principales mantener activa la memoria de Malvinas y, ante todo, luchar por los derechos de los ex-conscriptos que habían combatido en las islas. Pero, al igual que otras tantas agrupaciones de la época, sus reclamos no tuvieron respuesta y se postergaron indefinidamente en el tiempo, y su espacio para actuar fue muy limitado. Claudio evoca los orígenes de la institución:

Claudio: Con él [su amigo] nos empezamos a juntar en San Fernando allá por el año ‘85, ‘86, peleando por la 23.109, que era la ley [de “Beneficios Sociales”], la primera pensión para veteranos de guerra. Yo no estaba a la cabeza de esto, estaban M. y D. [ex-soldados de Ejército], nosotros estábamos atrás [...]. [Ellos estaban] más pirados, más decididos a los derechos, nosotros los acompañábamos. Pero yo ya me gustaba, fijate que de acá me juntaba en San Fernando y me juntaba con él que era de Tigre, casi, ahí empezaron las primeras reuniones. Esa ARESA también deriva, o deriva de la creación de una cooperativa de veteranos de guerra, de la cual yo era el secretario, y con eso íbamos a los congresos de cooperativas de viviendas [...]. El plan nuestro era conseguir un crédito del Banco Hipotecario, terrenos fiscales y construir un barrio con viviendas para veteranos de guerra. Nunca conseguimos las tierras [...], nunca pudimos lograr eso. Se pincha la cooperativa pero queda ARESA.

Andrea: ¿Y ARESA, entonces, los objetivos era luchar por los derechos estos que están diciendo?

Claudio: Salud, vivienda, trabajo. Íbamos a los municipios a presentarlos proyectos de ordenanzas [...] El tema era que nos dejen meter ordenanzas, por ejemplo, si una empresa quería tener un descuento, o sea, por ordenanza decirle que tal empresa va a pagar el 10% menos de ABL [la tasa de Alumbrado Barrido y Limpieza] si empleaba a 3 veteranos de guerra, si los tenía en blanco pagaba 10% menos de haberes. En salud, nos peleábamos con los secretarios de salud de cada municipio de Tigre, San Fernando, Vicente López, San Isidro, para que apliquen un plan de salud, cuando todo era tabú porque no había gente que conozca del estrés postraumático [...]. No nos daban pelota, y así transcurrió la vida de ARESA, pidiendo y no conseguimos nada.³⁰⁵

³⁰⁵ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 20/04/2010.

Asimismo, otro factor a tener en cuenta a la hora de explicar la nula o poca participación de los ex-soldados del Apostadero en las agrupaciones, es el hecho de que muchos de ellos continuaron en contacto en la posguerra, e incluso constituyeron un espacio para reencontrarse anualmente. Tal vez, no sentían la necesidad porque ya disponían otro ámbito de socialización en el que compartían sus recuerdos de guerra y podían hablar del conflicto sin condicionamientos. En efecto, es posible encontrar un indicio de ello en el testimonio de José Bustamante, un ex-conscripto que nunca más tuvo contacto con sus compañeros “colimbas” del Apostadero, cuando recuerda las expectativas por las que se acercó a la Agrupación de Ex-combatientes bahiense: “De querer creer en algo, en camaradería, compañerismo, qué se yo, cosas que alguna vez quise encontrar, alguna vez habría querido estar compartiendo con pares míos, con tipos que estuvieron en Malvinas, que todavía hoy no puedo lograrlo.”³⁰⁶

Si, como veremos, los ex-conscriptos continuaron y profundizaron los vínculos contruidos en la guerra, a la vez que los resignificaron, distinto fue el caso de los militares en actividad, retirados o de baja. Las ocupaciones diarias sumadas a su disgregación en las distintas unidades del país, que se produjo naturalmente cuando regresaron a sus diversos destinos, pero en parte también debido a la política de aislamiento de quienes habían participado en la guerra por parte de la fuerza, explican que gran parte del personal de cuadro de la unidad no tuviera contacto con sus compañeros de la guerra, en algunos casos incluso hasta el presente, o sólo tuviera cierta relación con aquellos con los que, esporádicamente, compartían el destino o el lugar de residencia. Así, varios de los subgrupos que se conformaron en el Apostadero durante la guerra terminaron disolviéndose ni bien regresaron. Ese fue el caso, por ejemplo, de los integrantes del Puesto de Socorro. Si bien los que vivían en Bahía Blanca siguieron en contacto, la gran mayoría se dispersó producto de sus distintas ocupaciones en la posguerra; y si bien intentaron continuar la relación, esos intentos desaparecieron con el tiempo.³⁰⁷

³⁰⁶ Entrevista a José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007. Luego, José explica que no sólo no ha encontrado compañeros del Apostadero sino tampoco tropas que estuvieron en las islas y, a continuación, interviene en un debate bien candente en la actualidad sobre la definición de la identidad de ex-combatiente/veterano de guerra.

³⁰⁷ Por ejemplo, el médico Guillermo “el Flaco” Klein mantuvo cierta comunicación con los dos conscriptos que eran los camilleros del Puesto de Socorro hasta mediados de los ‘80. Sin embargo, la distancia (ya que Guillermo vivía en Bahía Blanca y los conscriptos, uno en Capital Federal y otro se había mudado a

A diferencia de los militares de carrera, en su mayoría, los ex-soldados construyeron lazos afectivos entre sí ni bien regresaron, muchas de los cuales perviven hasta el presente. Si bien algunos de ellos que vivían en el interior dejaron de tener contacto con sus camaradas – como, por ejemplo el bahiense Bustamente –, lo cierto es que muchos ex-conscriptos del Apostadero residían en Capital Federal, en el Gran Buenos Aires o en zonas aledañas, lo que favoreció la comunicación. Recordemos que la unidad había sido conformada estrictamente para la guerra por personal que formaba parte de diversos destinos de dicha zona, en su mayoría privilegiados. Es decir, gran parte de los conscriptos que integraron el Apostadero, antes de la guerra estaban en destinos codiciados por los “colimbas” ya fuese por su horario, por la función y sobre todo por la cercanía de su hogar, y, en muchos casos, ellos habían accedido a esos puestos porque sus familiares que residían en ese área tenían algún contacto dentro de la fuerza.

Cuando regresaron a sus hogares, muchos ex-soldados que vivían en Capital Federal o en otras localidades cercanas – y habían compartido espacios y tiempos en las islas, y a veces también el destino militar en la “colimba” –, se reencontraron y constituyeron lazos de afinidad y amistad. Alejandro Egudisman recuerda que ni bien retornó de la guerra fue a almorzar al hogar de Juan Arias, el compañero con quien había compartido las largas horas de guardia en Camber hablando y soñando con las delicias cocinadas por su madre:

Arias, pegué buena onda, después nos juntamos un día y fui a comer a la casa, porque me hablaba de las pastas de la madre [...] [Alejandro tenía más relación en la guerra] Con mi compañero de pozo... después terminé... porque el hijo de puta cada vez que hacíamos guardias me contaba lo que hacía la madre que era cocinera, le digo “cállate”, nos dolía el estomago cada vez que empezaba a contar los pollos que se hacía la madre, después terminé yendo a comer.³⁰⁸

Situaciones como éstas, de reencuentros informales entre los compañeros de la guerra ni bien regresaron, fueron frecuentes en las posguerras de los ex-soldados del

Venezuela) y sus distintas preocupaciones terminaron por distanciarlos completamente. La carta que uno de los ex-soldados le escribió para la Navidad de 1983 demuestra la relación particular que hubo en la guerra y continuaba existiendo entre el conscripto y oficial (ambos ya de baja de la fuerza para 1983): “Querido Guillermo: Sí que me imagino lo que debés estar pensando: que soy un desaparecido porque no te volví a escribir, perdóname flaco pero este año tuve un montón de kilombos y un día por otro el tiempo va pasando y ya llegamos de nuevo a las Fiestas, entonces quiero aprovechar para saludarte y desearte que pases unas muy Felices Navidades y que el próximo año esté jalonado por el éxito. Sin más flaco un fuerte abrazo. Chau. Ah! Cuando vengas a Buenos Aires, no seas boludo y hablame...” (Buenos Aires, 18/12/1983. Archivo personal).

³⁰⁸ Entrevista a Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

Apostadero. Ricardo Pérez, por ejemplo, recuerda que Marcelo “Negro” Padula, su gran amigo de la “colimba” y la guerra, estuvo viviendo un tiempo en su casa:

El Negro estuvo viviendo un mes y medio conmigo cuando volvimos de la guerra, en mi casa [...] Porque vino y se quedó en casa y no se fue, estuvo un mes en casa, y mis viejos nunca dijeron nada, que no fue ni “con permiso” ni “¿se puede?”, vino y se quedó. Y dormía conmigo en la pieza, en la cama de abajo, y se quedaba. Tengo mucha historia con el Negro, después nos separamos, la vida famosa... por suerte nos volvimos a juntar.³⁰⁹

Las relaciones afectivas entre los compañeros de la guerra no estuvieron desprovistas de vaivenes y desencuentros producto de diversas cuestiones, pero principalmente de distintos tiempos en la elaboración de la vivencia bélica. Claudio Guida recuerda sus desencuentros luego de Malvinas con un compañero con el que habían sido inseparables durante el conflicto, al punto de arriesgar la vida el uno por el otro:

V., mi hermano para mí, yo lo empecé a buscar, cuando volvimos de la guerra, cuando pasaron los agasajos de bienvenida... en mi etapa de salir todas las noches [...]. Había momentos que con esto en la mano [un vaso de cerveza] vos querías hablar y decías “esta gente no entiende nada. ¿A quién le cuento lo que me está pasando ahora, a quién le cuento que hoy soy capaz de tirarme por la ventana y volar, o a quién le cuento que a veces no quiero salir por la puerta de mi casa porque no aguanto al mundo? Entonces V. me tiene que entender.” Yo llamaba a V. y “no está, salió, se fue a la casa de la novia, salió con los amigos”. La vieja de V., piola, un día me llama y me dice [...] “mirá, V. te ve a vos, y ve al cuco, ve la guerra” [...]. Y en realidad, lo que me explicó la madre, y yo logré entender o pude entender, que V. se tenía que despegar de mí, porque cada vez que yo le hablaba, le traía recuerdos malísimos, feos, horribles. Me molestó muchísimo, me dolió muchísimo, al principio.³¹⁰

En un contexto donde los relatos de los ex-combatientes no tenían lugar por la omnipresencia de la memoria dominante – la que hablaba de la guerra como “aventura militar” y de los conscriptos como “chicos de la guerra” –, los compañeros durante el conflicto comenzaron a buscarse para hablar de sus experiencias: eran ellos, quienes habían vivido lo mismo, los que mejor podían entenderlos. Fue en esos momentos cuando los ex-soldados integrantes del Apostadero empezaron a organizar los encuentros anuales que continúan hasta el presente. Así lo evoca Ricardo Pérez:

Además era un momento muy particular porque era la retirada de los milicos del gobierno, estamos hablando del año ‘82, estaban comenzado a insertarse los partidos políticos otra vez, [...] las

³⁰⁹ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

³¹⁰ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

manifestaciones, entonces todo lo que tenía una mancha militar o que hayas sido un veterano de guerra, [...] todo eso estaba bajo una esfera en la ciudad de los..., aislado, es como que la misma sociedad te aisló. Y nosotros, yo por lo menos, no ayudé, porque tampoco hablé más. Si hablaba era con el Negro Padula o era con mi vieja, o con algún otro que estaba conmigo, y ahí también un poquito fue la necesidad de organizar las reuniones que se están dando ahora.³¹¹

Sin embargo, la primera reunión del Apostadero, la que dio el puntapié inicial, fue un encuentro oficial. Como vimos en el Capítulo 3, en la inmediata posguerra, una de las políticas de las FF.AA. fue la realización de diversos encuentros con el objetivo de reconocer y homenajear a quienes habían participado en la guerra, entregando diplomas y medallas. Como parte de esta política oficial, el 15 de abril de 1983 se realizó la primera reunión de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas y de los tripulantes de los buques auxiliares que estuvieron en las islas, que contó con la presencia de algunas autoridades militares durante la guerra. La reunión se realizó en Capital Federal en las instalaciones de la planta transmisora del Servicio de Comunicaciones de la Armada, y asistieron alrededor de 100 personas, entre civiles, ex-conscriptos y militares (*Gaceta Marinera*, 11/05/1983). En esa reunión, quienes habían sido los superiores del Apostadero en la guerra le entregaron a los ex-conscriptos y a los civiles el distintivo de campaña de Malvinas, así como también se le hizo entrega a Adolfo Gaffoglio, el jefe del Apostadero, de un diploma firmado por el personal presente. Asimismo, Gaffoglio le entregó a cada uno de los asistentes una tarjeta con su firma, con una fotografía del Apostadero.

Si bien en el periódico se aseguraba que “dado el éxito que deparó la reunión (...), es intención volver a realizar encuentros de este tipo” (*Gaceta Marinera*, 11/05/1983), la Armada no insistió en los encuentros.³¹² Esa fue la única reunión oficial convocada por la

³¹¹ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

³¹² La insistencia de *Gaceta Marinera* en la camaradería que reinó en el encuentro puede deberse a una intención de contraponerse a otros actos de homenaje de la inmediata posguerra en los que los conflictos fueron moneda corriente. Por ejemplo, el acto que organizó el Ejército en La Plata, en el que un grupo de ex soldados se retiró previamente del acto “después de insultar a los jefes militares (...) y de cantar repetidamente *se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar*” (*Somos*, 17/12/1982). Estas situaciones no fueron privativas de esa fuerza, también la Armada enfrentó fricciones y tensiones con los padres de los caídos en el acto que se realizó en la ESMA: “El comandante en jefe de la Armada (...) saludó uno a uno a los familiares, apretando las manos de los hombres y besando las mejillas de las mujeres. Fue entonces cuando una de ellas, madre de un conscripto clase 62, alejó su rostro cuando el jefe naval se dispuso a besar su mejilla y, apretando entre sus manos el diploma y la medalla recientemente otorgados, le espetó al almirante Franco: ‘Muy arreglados estamos con esto’” (*Clarín*, 07/04/1983).

fuerza para reunir al ex-personal del Apostadero y de los buques de apoyo, una cuestión constantemente denunciada por los protagonistas como una “deuda” de la Marina con ellos.

Luego de esa reunión en la que quienes asistieron intercambiaron sus datos personales, la iniciativa se trasladó a los ex-conscriptos. En realidad, fueron los ex-soldados y amigos Ricardo “Bicho” Pérez y Marcelo “Negro” Padula, quienes, en una de las tantas veces que se encontraron en la posguerra, tuvieron la idea de repetir la experiencia, pero con una diferencia: sólo invitarían a “colimbas”, como recuerda “el Bicho”:

Primero, primeramente juntamos a colimbas. [...] Estrictamente de colimbas. Porque había mucha bronca, vos calculá que si bien yo entendía algunas cosas y me jodían, imaginate a algunos que no, estamos hablando del ‘83, la dictadura, fin de la dictadura, todo lo que era militar estaba mal. A mí me dolía, porque yo fui el paso de dos aguas.³¹³

El contexto de fuerte desprestigio de las FF.AA. – como indica Ricardo, hijo de un marino, y por eso “paso de dos aguas” – y de consecuente polarización entre civiles y militares que atravesaba a la sociedad en la inmediata posguerra, así como a las agrupaciones de ex-combatientes, no podía dejar de afectar al colectivo Apostadero. La ruptura al interior del grupo, por ende, está vinculada con aquel proceso general de posguerra por el que los ex-conscriptos – al mismo tiempo que reivindicaban sus experiencias de guerra – intentaban distanciarse de las FF.AA., fuertemente cuestionadas por las violaciones a los DD.HH. y por la derrota en Malvinas. Para los ex-soldados, las diferencias con el personal militar pasaban, en principio, en haber tenido la posibilidad de elegir ir a una guerra, tal como indica claramente el ex-conscripto Claudio Guida, una reflexión que es común entre los ex-soldados:

Para ellos era un trabajo, para mí no. Ellos por ahí habían elegido una vocación, yo no. Yo cumplía con una ley, ellos cumplían con una [...] norma interna de las Fuerzas Armadas, yo cumplía con una ley. Ellos sabían a lo que se exponían si había una guerra, es más, hasta puedo llegar a decir que, verdad o no, ellos habían sido entrenados para una guerra, yo no.³¹⁴

Además, el distanciamiento con los militares del grupo obedecía a otros dos factores con grados variables de incidencia: a su actuación en las islas y en la “guerra sucia”.

³¹³ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

³¹⁴ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007. Esas diferencias son algunos de los motivos por los que muchos ex-soldados no están de acuerdo con que los militares cobren la pensión.

Para la mayoría, lo determinante fue el mal desempeño de aquellos que supuestamente habían sido entrenados para una guerra – ellos eran los responsables por la derrota. En tal sentido, podría pensarse que la línea de fractura del colectivo ya estaba delimitada o marcada desde los tiempos de la guerra, ya que recordemos que durante el conflicto se produjo cierto distanciamiento de los “colimbas” hacia los militares (producto de compartir códigos etarios y elementos simbólicos y materiales por ser civiles bajo bandera), alimentado por los conflictos mutuos (ver: Capítulo 2). Asimismo, para algunos ex-conscriptos, la participación en la “guerra sucia” fue un factor que pesó, en un contexto de gran difusión de los crímenes cometidos por las FF.AA. y más aún teniendo en cuenta que entre ellos se encontraban dos militantes de agrupaciones de izquierda en los ‘70. Sin embargo, el cuestionamiento por las masivas violaciones a los DD.HH. no es una actitud que necesariamente era compartida por todo el grupo, que, muchas veces, diferenciaba la guerra de la dictadura como dos acontecimientos distintos, o que priorizaba la identificación que daba la vivencia de guerra a cualquier otro hecho – como la dictadura – que muchas veces en sus vidas era más distante, más lejano.

Estas dos cuestiones estuvieron presentes a la hora de decidir a quiénes iban a invitar a las reuniones y a quiénes no – es decir, quiénes conformaban parte del “nosotros” y quiénes eran los “otros” –, tal como se puede apreciar en el siguiente testimonio de Ricardo: “Cuando comenzamos a ver a quiénes, bueno, tuvimos, discusiones con el Negro [Padula], le digo: “los otros también estaban, y también eran parte de”, los que son los otros, los cuadros, los militares. [Marcelo le responde:] “Sí, pero hay muchos que no van a aceptar, de los colimbas”. Hubo mucha bronca, había mucha bronca.”³¹⁵

Finalmente, algunos ex-soldados del Apostadero que habían intercambiado los datos personales en aquella reunión de la Armada, se volvieron a encontrar a mediados de 1983. Ricardo recuerda este primer reencuentro de la siguiente forma:

Yo siempre fui de tratar de juntarlos. [...] El 1º de mayo llamé por teléfono a algunos que tenía y nos encontramos en calle Juramento, creo que ahí estaba el Gordo Guida, Marcelo Padula, Iáñez, creo que Olsece también. [...] Nos juntamos y después fuimos a mi casa en el Barrio Belgrano, y no me

³¹⁵ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

acuerdo quién, llevó un *cassette* con una grabación del 1º de mayo, se escuchaban las antiaéreas, las explosiones en el aeropuerto.³¹⁶

La primera reunión fue el día del primer ataque en Malvinas, el 1º de mayo, en la casa del “Bicho”. Era una reunión para revivir la guerra: la marca del conflicto no podía ser más clara, tal como reconoce con humor Claudio Guida:

Hay un pibe que me pasa un *cassette*, que tengo grabado un bombardeo, ese *cassette* del bombardeo yo hago una copia, y lo escuchamos con el Negro Eduardo “mirá es igual” “no, es trucho, no es de verdad, no es esto, no es lo otro, parece cierto”. Bueno, no sé, siempre dudábamos [...]. Pasamos el 1º de mayo, juntos, la primer reunión, creo, y a las 4:40 de la mañana pusimos ese *cassette*, en la casa de Padula creo. Mazoca mal, o sea, a un año de la guerra, nos juntamos a las 4:40 del primer bombardeo, a escuchar una cinta. [...] Luz apagada, habitación como esta, dormitorio del pibe, equipo de música, 7 u 8 o 9 tipos, en silencio, escabeando, escuchando eso.³¹⁷

A ese encuentro también asistió el primo del ex-soldado Antonio “Tano” Gulla. “El Tano” reflexiona sobre la imagen que se llevó su familiar ante semejante panorama:

El primer año fuimos a Cabildo no me acuerdo por dónde, un departamento creo que era del Bicho, que nos masoqueamos con el cassette con un ataque. Yo había llevado a mi primo, viste, para que me haga la gamba. Y éramos no sé 8, 10 locos de mierda, a la hora exacta pusimos el cassette, estábamos escabeando, y los bombardeos, ametralladoras y todo, mi primo dice “están todos locos”, ¡mi primo qué va a decir! Y nosotros, aparte habíamos apagado todas las luces.³¹⁸

Luego de este primer encuentro, al año siguiente se realizó una reunión el día 20 de junio en un bar frente al Congreso en Capital Federal, entre las calles Rivadavia y Rodríguez Peña, que se convertirían en la fecha y lugar definitivos de las ya tradicionales reuniones del Apostadero hasta el presente. Ese primer encuentro también lo organizaron los ex-conscriptos Ricardo Pérez y “Negro” Padula con los pocos recursos que había a mano:

Después el Negro empieza a trabajar en el Congreso, [...] y le digo “sería bueno juntarnos otra vez pero ya hacerlo un poquito más, más extensivo” y a mí se me ocurrió el boliche donde nos juntamos hoy día que en esa época se llamaba Santa Mónica. [...] La cuestión es que elijo ese lugar porque estaba frente a la plaza Congreso, a una cuadra del Congreso, vas a llegar de cualquier lado podés encontrarlo, dijimos “este es el lugar” y escribimos una carta, hicimos un mapa, fui, y [...] entonces

³¹⁶ Ídem

³¹⁷ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

³¹⁸ Entrevista a Antonio Gulla, CABA, 26/06/2012.

lo pusimos dentro de sobres del Congreso y lo despachamos aprovechando el correo del Congreso, que aparte era gratis.³¹⁹

Una clave a tener en cuenta es la fecha que Ricardo y Marcelo eligieron para el reencuentro: no eligieron el 2 de abril, el día del desembarco y del puntapié inicial de la guerra – como suelen hacerse los encuentros conmemorativos de la recuperación de las islas –, ni tampoco el 14 de junio, día de la rendición y del término formal del conflicto. Si no que optaron por el 20 de junio, además de por una razón práctica – ese día es feriado nacional porque se conmemora el día de la Bandera –, principalmente por una cuestión simbólica: el 20 de junio es el día que la mayoría de los integrantes del Apostadero volvió a pisar el continente luego del conflicto. Por ende, es el reencuentro con sus familias y seres queridos, es el regreso con vida de la guerra, lo que se recuerda.

Las motivaciones para juntarse fueron diversas. Ricardo reflexiona sobre su iniciativa hoy en día: “La idea mía en su momento era que sea un lugar de reunión y de catarsis, ¿no? De decir nos juntamos, hablamos, veámonos una vez al año.”³²⁰ Marcelo también afirma que el objetivo era “no olvidarnos y para seguir juntos.”³²¹ Algunos dicen sencillamente “los quería volver a ver”. En muchos casos, la necesidad, en un comienzo, era la de poder hablar, compartir con otros las propias experiencias de guerra y las dificultades para reinsertarse en la posguerra, como plantea Fernando González Llanos: “Por eso es un poco que surgen esa relaciones en las reuniones, porque uno se siente ahí que puede hablarlo tranquilamente y el otro lo valora.”³²² También, era una forma de actualizar y resignificar los vínculos que se habían construido en la guerra, el sentido de pertenencia al grupo:

Porque me pareció, primero porque era...era en el único ámbito que compartía eso, o sea, el desarraigo que produce, o sea, que te saquen de repente de acá ir allá, es exactamente igual que de allá a acá. Porque si bien allá pasamos situaciones muy traumáticas y muy difíciles, a pesar de todo eso, genera cierta suerte de pertenencia, entonces es como que vos necesitás mantener ese vínculo con la gente que estuvo allá, porque es una forma de sentirte que estás todavía en contacto con eso, creo que fue eso.³²³

³¹⁹ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

³²⁰ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

³²¹ Entrevista a Marcelo Padula, CABA, 19/04/2010.

³²² Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

³²³ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

Asimismo, esos encuentros también sirvieron para recrear lazos afectivos entre los que compartían la marca de la guerra en tanto integrantes del Apostadero, aunque sin haber transitado por los mismos espacios. Ricardo Pérez, el ex-conscripto que como asistente del segundo jefe del Apostadero estuvo gran parte del tiempo fuera de las instalaciones donde funcionaba la unidad, recuerda: “Mirá, el grupo lo formamos ahí [en la guerra], sacando relaciones preexistentes con Marcelo Padula, con Alejandro Egudisman, el resto para mí eran todos absolutos desconocidos. De hecho las relaciones se fortalecieron a la vuelta, porque allá [...], porque yo no conviví mucho, yo convivía cuando me tocaba hacer guardias.”³²⁴

En los ‘80 – y luego en gran parte de los ‘90 –, las reuniones se recluyeron al ámbito privado, a diferencia de lo ocurrido con las agrupaciones de ex-combatientes, que como espacios muchos más institucionalizados, buscaban un lugar en la esfera pública. Es decir, las reuniones del Apostadero se limitaban a ser encuentros en un café cercano entre amigos marcados por una experiencia particular, que se buscaban para hablar y contenerse. Al respecto, Gabriel Asenjo, uno de los ex-conscriptos que asiste desde el comienzo a los encuentros, compara estas reuniones de principios de los ‘80 con las de secundaria por el clima que reinaba en ella. En estas primeras reuniones, el objetivo era “verse” y el eje de las conversaciones era la guerra:

La primer reunión, bueno, me hacía acordar más a las reuniones de escuela, que de una reunión de camaradas de guerra, era muy de “cómo andas”, qué se yo, los chistes, porque éramos muy pibes todos. Algunos se habían casado, todos teníamos novia, o sea tu realidad a los 45 no es la misma que a los 23, o sea los temas de conversación eran muy adolescentes. [...]. [En] las primeras reuniones todo pasaba más por lo personal y por las anécdotas, que... ¿Qué es lo más lindo, de qué te vas a acordar del miedo que tenías o del bombero loco de Corletto? Te acordás del bombero loco de Corletto. ¿O de lo lindo que fue llegar a casa o de lo feo que fue irte? Entonces uno habla de lo lindo que fue llegar a casa. Y bueno todos contaban la de la minita, qué había pasado con las cartas, todo era así.³²⁵

Algunos ex-soldados dejaron de asistir a los encuentros porque esa fijación en la guerra que caracterizaba a estas primeras reuniones en los ‘80, no les permitía superar el pasado y mirar al futuro. Para muchos, dejar de revivir la guerra ante cada recuerdo no fue

³²⁴ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

³²⁵ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010. Se refiere a una de las anécdotas de la guerra que se cuenta con mucho humor una y otra vez los 20 de junio protagonizada por el ex-conscripto Osvaldo Corletto, que es analizada en el Capítulo 7.

algo sencillo. Y, en ocasiones, la mejor forma que encontraron para elaborar el conflicto, fue distanciarse de sus compañeros de la guerra.

Desde ese encuentro fundante en 1984, el día y lugar de las reuniones del Apostadero quedaron inamovibles hasta el presente, y aún hoy son ex-conscriptos los que continúan con la iniciativa. Ahora bien, aunque el espacio y tiempo de la reunión no cambiaron, otras variables sí se fueron modificando: la incorporación de nuevos actores en los encuentros es uno de los clivajes fundamentales en la historia del grupo Apostadero.

1990-2013: Civiles y militares. La irrupción de los “otros”

Los militares

A partir de fines de los ‘80, pero principalmente a principios de los ‘90, algunos militares integrantes del Apostadero se acercaron por primera vez a las reuniones del 20 de junio, que hasta el momento eran “exclusivamente de colimbas”. ¿Cómo se explica ese cambio en los encuentros? ¿Qué variables internas y externas al grupo nos pueden ayudar a comprender la incorporación de aquellos actores que habían sido intencionalmente excluidos a principios de los ‘80?

En principio, tenemos que tener en cuenta el cambio de las políticas de la memoria de los gobiernos de tuno y su impacto en el movimiento de ex-combatientes. Recordemos que a fines de los ‘80, durante el levantamiento “carapintada”, se produjo una remilitarización de la memoria de guerra de la mano del presidente Alfonsín que luego fue continuada y profundizada por el presidente Carlos Menem en los ‘90 y por De La Rúa a comienzos del 2000. En la década del ‘90, el intento de “pacificación nacional” realizado por Menem, incluyó no sólo políticas en el plano simbólico como la reivindicación de la guerra como “gesta” y de todos los veteranos como “héroes” anclado en un discurso nacionalista tradicional, sino también otras medidas prácticas, que implicaron la cooptación de las FF.AA. y de las agrupaciones de ex-combatientes.

A principios de los '90, algunas entidades que reunían a ex-conscriptos y tenían vínculos con los “carapintadas”³²⁶, se incorporaron en la administración pública mediante la Federación de Veteranos de Guerra (entidad creada por el menemismo) y lograron reconocimientos largamente reclamados (materiales, como la pensión, pero también simbólicos, como condecoraciones y memoriales). Pero, a la vez, pasaron a adoptar paulatinamente tanto un discurso vinculado a la retórica patriótica clásica promovida desde el gobierno (dejando a un lado el carácter radicalizado de su discurso de la década pasada), como el término “veterano”, diluyendo las diferencias entre el personal que había ido a Malvinas, e incluyendo a conscriptos y militares por igual.³²⁷ Si para las bases, el Estado y el sentido común esa distinción terminológica era irrelevante, la misma era bien significativa en términos políticos e identitarios, porque de ahora en más “la legitimidad [que daba el haber combatido en las islas] ya no era sólo de quien había ido a Malvinas cumpliendo con su deber de conscriptos, sino también del personal de cuadros de unas FF.AA. cuestionadas” (Lorenz, 2006: 227).

A partir de ese momento, civiles y militares veteranos de guerra comenzaron a compartir actos y desfiles, pero al mismo tiempo el movimiento de ex-combatientes se fracturó (ruptura que continúa hasta el presente). Por un lado, algunas de las más radicalizadas agrupaciones de ex-combatientes nucleadas en la antigua Coordinadora, siguieron existiendo, proclamando el mismo discurso de los '80, reivindicando las diferencias de los ex-conscriptos y los cuadros en su participación en la guerra, y denunciando la cooptación realizada por el menemismo para “terminar con la crisis dentro del sector militar y someter al movimiento de ex-combatientes” (Lorenz, 2012: 244). Por otro lado, las entidades vinculadas a la Federación comenzaron a incrementar su número, entre otras cuestiones, porque ésta era la mediadora obligada para gestionar cualquier demanda de los ex-combatientes al Estado, pero también debido a la utilización de otros

³²⁶ Para esta relación de la Federación y los “carapintadas”, a partir del reconocimiento del pasado bélico de Rico y Seineldín (sus dos principales líderes), ver: Guber (2004: 209-210); Lorenz (2012: 242).

³²⁷ Si bien, como muestra Guber (2004: 185-219), ambos discursos estaban emparentados por las banderas nacionalistas y antiimperialistas que levantaban, su vinculación con el menemismo hizo que determinadas reivindicaciones y posturas simbólicas con el tiempo tuvieran que ser dejadas de lado (como su diferenciación tajante de las FF.AA.), para ingresar al “panteón nacional” de héroes (Lorenz, 2012: 247).

recursos políticos.³²⁸ Las disputas y conflictos entre ambos sectores fueron moneda corriente en los ‘90 – y continúan siéndolo aún hoy. Sin embargo, es evidente que en esa década la Federación ganó la partida, por lo menos en cantidad de afiliados y en la expansión de su resignificación del sentido de la guerra:

“Durante la década de 1990, el proceso de asimilación estatal de la guerra de Malvinas, aunque no completo, había dado un paso importante. Las distintas instituciones involucradas en la guerra habían consolidado sus versiones, y los jóvenes ex-combatientes, al menos en algunas de sus agrupaciones, adoptaban un discurso más a tono con la narrativa patriótica “clásica”. La radical lectura política de la guerra que hicieron las primeras agrupaciones de ex-combatientes quedó restringida prácticamente al recuerdo, o a los comunicados de algunos grupos locales...” (Lorenz, 2012: 252).

Fue en este contexto de difusión de la retórica patriótica clásica y de acercamiento general de los veteranos de guerra civiles y militares, que algunos cuadros comenzaron a asistir a las reuniones del Apostadero. En los ‘90, el clivaje cívico-militar que había fracturado al grupo, empezó a disolverse en forma paulatina.

Ahora bien, si los cambios indicados en las luchas públicas por la memoria de Malvinas y en las instituciones de ex-combatientes a nivel nacional ayudan a contextualizar y explicar esa incorporación, no podemos dejar de considerar otros elementos propios del grupo, de sus redes sociales y vínculos construidos a partir de la guerra, que contribuyen a comprender el acercamiento de ciertos actores en particular en un comienzo.

En realidad, la primera vez que un militar asistió a las reuniones del 20 de junio fue antes de 1990. Entre 1986 y 1987, el entonces suboficial Norberto Giordano protagonizó ese primer acercamiento a los encuentros entre “colimbas”, previa invitación de Gabriel “Pájaro” Asenjo, un ex-conscripto con el que compartían cierta amistad desde el fin de la guerra. Como recuerda Asenjo:

³²⁸ El surgimiento de la Federación dio origen a muchas situaciones conflictivas ya que, como algunas entidades fueron renuentes a incorporarse, ésta comenzó a crear centros paralelos, con mayor presupuesto e inserción política. Por lo menos, esa fue la política seguida en el norte del Gran Buenos Aires. Para Claudio Guida, quien presidía ARESA en los ‘90, este tipo de medidas significó su desvinculación temporal de la institución, la división de los veteranos de Vicente López, el cierre de la entidad y el surgimiento de la Casa del Veterano de Guerra, ahora conformada por ex-conscriptos y militares. Muchos años después (2005-2006), habiendo renovado el personal y “con mucha buena voluntad y autocrítica de parte del Centro, se logra la unidad de todos los veteranos de guerra de Vicente López”, en paralelo al acercamiento de Claudio a la entidad. Finalmente, desde el 2010, Claudio preside la organización (Entrevista personal a Claudio Guida, Olivos, 20/04/2010 y vía e-mail, 15/10/2013).

El suboficial Giordano es otra de las relaciones que conservo, que yo lo visité durante... porque cuando veníamos en el avión [el 20 de junio de 1982, de regreso al continente] me dijo: “porque ustedes se van a olvidar de mi”, “dame la dirección”, y a partir de ahí todos los años le íbamos a romper las pelotas. Un viejo macanudo, que en esa época era muy milicote, nos hizo limpiar el baño con un ladrillo, esas cosas que hacen los milicos, y después terminó totalmente humanizado. [...] Y era un tipo cálido, era un tipo que inspiraba paternalismo, te sentías cuidado por el viejo, se ocupaba. Entonces yo quise ser consecuente con él y lo fui a visitar, aparte me había despertado en mi cierto afecto, ¿no? [...] Así que, con el que más me veía al principio es con Giordano, y era como una necesidad al principio ir a verlo y hablarle.³²⁹

Ex-conscripto y suboficial construyeron un vínculo desde el mismo momento de la guerra, que luego actualizaron y renovaron al regresar del conflicto, tal como recuerda Asenjo:

Entonces, yo todos los años iba a la casa de [...] Giordano cuando se conmemoraba la vuelta, los 20 de junio, yo iba a verlo a Giordano a la casa, y el segundo año fui con Soler, con el Bestia [otro conscripto integrante del Apostadero], y después se armaron las reuniones, y yo no lo invitaba a él, porque... Hasta que al final le dije y vino. Fue el primer cuadro que vino, Giordano [...]. Yo le conté, y entonces me dijo “yo voy a ir”, le digo “mire que puede haber reacciones” “y me las aguantaré”.³³⁰

Los recuerdos sobre la figura de Giordano de los ex-colimbas difieren en varios aspectos. Algunos lo recuerdan como una persona muy estricta, muy “milica” en palabras de Gabriel, que exigía nimiedades muy comunes en la “colimba”, pero incomprensibles en el contexto bélico. Otros lo recuerdan, por el contrario, como uno de los militares más cercanos a los conscriptos, casi como una figura paterna, hasta el punto que se le dificultaba hacer respetar su autoridad e imponer disciplina. Las memorias son prácticamente contradictorias, tal vez porque – si nos dejamos guiar por los recuerdos de Asenjo – algunos se concentran en la imagen de Giordano del comienzo de la guerra y otros por la del final. Lo cierto es que, según algunos testimonios que recuerdan la asistencia de Giordano a la primera reunión, su incorporación fue bien recibida por algunos y sólo tolerada por otros.

Distinta fue la situación cuando se acercaron los primeros oficiales a las reuniones. Los resentimientos, reclamos y deudas pendientes de los tiempos de la guerra se hicieron presentes cuando los capitanes Julio Numer y Rinaldo Blanc, ambos contadores y oficiales de más alto rango del Apostadero, fueron por primera vez a la reunión anual aproximadamente en 1990. Otra vez su acercamiento estuvo vinculado a un lazo afectivo

³²⁹ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010 y 12/08/2010.

³³⁰ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 12/08/2010.

con el mismo ex-conscripto que había invitado al primer cuadro a las reuniones, Gabriel Asenjo. El “ex-colimba” recuerda la primera vez que volvió a ver a los oficiales en el Edificio Libertad de la siguiente forma:

Necesitaba un certificado que te da la Armada.[...] Cuando fui al Edificio Libertad, presento el documento, voy a la oficina, terminé de hacer el trámite y salgo. [...] Bueno, habían pasado 8 años. Entonces voy [a la oficina de Numer]: “teniente Numer, Capitán Numer”, qué se yo, oficina 5, nombre, me hacen entrar. Llego, me siento y lo escucho, ¿no? [...] Entonces me dice la secretaria “¿Ud. lo necesita para qué?” “Quiero hablar con él” “bueno – le dice – hay una persona que lo busca” “bueno, que pase” [imita el tono]. Bueno, me siento, me mira, lo miro, me dice “esa cara, esa cara...”, le digo “Malvinas, señor” “¡Ah!!!” me abrazaba “¡No estoy para nadie! ¡No me pasen más llamadas, no estoy para nadie!”. [Llama a Blanc y le dice:] “Oso, vení que está el Pájaro”. Bueno, me secuestraron, él y Blanc me secuestraron, estuve en el Edificio Libertad como hasta las 5 de la tarde, charlando, tomando café, morfando. Entonces ahí les conté de la comida de los 20 de junio, y vinieron, vinieron los dos a esa comida.³³¹

Gabriel tenía un grato recuerdo de Numer, quien en un particular momento del conflicto le pidió que tomara una decisión que lo marcó “de por vida”; y por ello buscó reencontrarse con él cuando tuvo la oportunidad. Su relación durante el conflicto había sido cordial, y si bien la misma no fue demasiado diferente de la de algunos de sus compañeros, hay una serie de eventos que ellos rescatan retrospectivamente como marcas en la misma: la particular consideración del superior hacia el conscripto cuando le consultó si quería ir al frente de batalla porque allí había sido destinado Soler – su amigo inseparable desde la “colimba” –, y, ante ello, la decisión de Asenjo de ir a Camber voluntariamente para no separarse de su compañero, son dos de las cuestiones que los marcaron en forma mutua y que aún hoy en día recuerdan. De hecho, sus lazos afectivos que se remontan a la guerra, pero que en mayor medida construyeron en la posguerra, continúan hasta el día de hoy.

Pero no todos los ex-conscriptos del Apostadero guardaban el mismo recuerdo de ellos, ni habían tenido la misma relación con los oficiales en la guerra que Gabriel. Muchos de los que asistían a las reuniones tenían bien fresco el recuerdo de las fricciones y enfrentamientos con quienes en tiempos bélicos eran sus superiores debido a las más diversas causas: la exigencia de nimiedades injustificables en contexto bélico, las amenazas de consejos de guerra con el objeto de mantener la disciplina, las descalificaciones por ser voluntarios en la guerra, son algunos de los pases de facturas que Numer y Blanc debieron

³³¹ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 23/06/2010.

enfrentar en la primera reunión – pero no en la única – a la que asistieron. Algunos, incluso, les negaron el saludo.

De todas formas, no por ello estos oficiales, que aún estaban en actividad para 1990, dejaron de ir. Por el contrario, ellos fueron el puntapié inicial para la incorporación de otros cuadros a las reuniones. A partir de ese momento y hasta el presente, muy paulatinamente otros militares de diverso rango comenzaron a asistir a los encuentros del 20 de junio, en algunos casos invitados por sus colegas que ya asistían. Por el análisis de las fotos de las reuniones, es posible afirmar que la incorporación de personal de cuadro comenzó a ser más pronunciada a partir de la creación de la página *web* del Apostadero por el ex-conscripto Daniel Gionco en 1999, en la que se hace extensiva la invitación a las mismas a todos aquellos que integraron la unidad, y principalmente a partir de mediados de los 2000 cuando el uso de estos medios virtuales comenzó a ser masivo. La creación de la página “El Apostadero Naval Malvinas en Internet” es un claro hito en la historia de las reuniones, y del grupo, en tanto implicó una difusión mucho mayor de las mismas y trajo como consecuencia el acercamiento de otros actores, civiles y militares, incluso del interior del país, que hasta el momento no sabían de la existencia de los encuentros.³³² Ese fue el caso, por ejemplo, del oficial retirado y bioquímico bahiense Roberto Coccia:

El primer contacto que tuve con Gionco, que fue a través de Mariano [su hijo mayor], que abrió una página ahí. Le mandó un *mail* diciendo que yo era también veterano y había visto su página y me manda a decir “¡Doctor, cuánto me alegro – dice – nuevamente ponerme en contacto con usted! Que esto y lo otro, que yo soy el conscripto Gionco, era conscripto”.³³³

Las motivaciones de los cuadros para asistir a los encuentros de camaradería son las mismas que aducían los ex-colimbas. Algunos van para reencontrarse con sus camaradas de guerra, que en muchos casos no habían visto nunca más desde el fin del conflicto, y renovar los vínculos, “ponerse al día”, tal como indica el suboficial retirado Ricardo Rodríguez:

³³² La cantidad de asistentes a las reuniones se ha incrementado notablemente desde los ‘80 hasta la actualidad. Si al primer encuentro asistieron alrededor de 10 ex-conscriptos, a partir de la creación de la página *web* se reúnen aproximadamente entre 20 y 45 personas, incluyendo el Jefe del Apostadero, Adolfo Gaffoglio. Ver: Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 27/11/2007, *La Gaceta Malvinense* (2003), datos estadísticos provistos y elaborados por Daniel Gionco para el período 2000-2012 (por e-mail del 10/11/2012) y fotografías de los encuentros en la página *web* del Apostadero: www.geocities.com/pentagon/barracks/4333 o <http://www.aposmalvinas.com.ar/>.

³³³ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

“[Va a los encuentros] Porque los quiero muchísimo, tuve una gran, como yo te digo, en su momento, una gran satisfacción de estar con ellos a pesar de la situación, pero excelente todo. Y bueno me une una gran amistad. Quizás por, no digo revivir pero, juntarnos otra vez, ¿viste? Los chicos que allá eran chicos, ahora son grandes...”.³³⁴ Otros, como Sergio Fernández – quien hasta al momento nunca asistió a los encuentros –, aducen que les gustaría ir para recordar y hacer catarsis: “porque lo mejor de un ex-combatiente [es] que hable con otro, no hay otra forma de aliviar las penas.”³³⁵ Otros, por el contrario, indican que ya la época de recordar la guerra quedó atrás, y que hoy en día se reúnen para mantener la camaradería y los lazos:

Roberto: Yo creo que es importante estar presente porque estamos todos los que estuvimos, la mayoría, no todos, porque no todos vienen.

Andrea: Y, claro, pero aparte es difícil recordar todo lo de la guerra...

Roberto: [...]. No, no, no, nada de la guerra, ahí, viste, te tomás una cerveza [...]. Es una reunión informal, contarse cosas, charlar de cualquier cosa. No, no, no, el tema de la guerra ya pasó, ya está, por ahí sí cositas.³³⁶

El hecho de que gran parte de los militares se haya enterando tardíamente – incluso después de años – de la existencia de las reuniones, puede explicarse en muchos casos por los avatares profesionales de la vida militar. Como vimos en el Capítulo 3, luego del final del conflicto, los militares se aislaron debido a la política de dispersión de los compañeros de guerra implementada por las FF.AA., para evitar conflictos, pero también al particular origen del Apostadero, que, recordemos, había sido constituido por personal de diversos destinos.

La asistencia cada vez más numerosa de personal militar en la última década – que incluso aproximadamente a partir del año 2006 es mayor que la de los “ex-colimbas”, fundadores de la misma – se explica no sólo porque muchos de ellos recién en los últimos años tomaron conocimiento de la existencia de las reuniones por las variables indicadas, sino también porque al no disponer de otro encuentro de camaradería anual organizado por la Armada u otra institución, esos actores adhirieron, y en muchos casos se apropiaron, del que organizaban – y organizan aún hoy en día – los ex-conscriptos:

³³⁴ Entrevista a Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007.

³³⁵ Entrevista a Sergio Fernández, Punta Alta, 21/12/2007.

³³⁶ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

Él [Giordano] a partir de ese día [cuando se incorporó a los encuentros], se hizo, digamos, lo hizo propio, entonces se ocupa todos los años de pasar por el bar, porque hubo un año que estuvo cerrado por refacciones y él logró que lo abrieran para nosotros en esa fecha. [...] Y él se ocupó muchos años de que la reunión se hiciera, y empezó a invitar cuadros. Entonces hoy vos vas a las reuniones y va a haber 30 cuadros, y 15 colimbas, pero porque tampoco la Armada les dio su lugar a los cuadros que fueron a Malvinas bajo la bandera del Apostadero.³³⁷

Asimismo, otras variables pueden ayudar a comprender ese acercamiento masivo: como indican muchos entrevistados, el hecho de que gran parte de los cuadros que se incorporó lo hizo cuando ya se había retirado o dado de baja no es un dato menor:

Un oficial nunca va a discutir sus problemas con vos, con un conscripto, al menos que pasen cosas como ahora que hay otro nivel, y otra forma de diálogo. Nosotros ya somos mayores y muchos de estos oficiales ya son civiles, entonces las aguas se nivelan, y se produce ese cruce que está bueno, que eso fue lo que paso cuando el Pájaro encontró a Numer y lo hizo volver.³³⁸

Esa horizontalización, esa “nivelación de aguas”, que se da porque los ex-conscriptos no son más los jóvenes de 19/20 años que fueron al conflicto, sino hombres maduros de casi 50 años, muchos cabezas de familia, y los cuadros ya no están más en actividad – aunque, aún como retirados, continúan siendo parte de las FF.AA. –, puede explicar en parte esta incorporación.

Además, hay que recordar que la horizontalización de las relaciones interpersonales de los integrantes del Apostadero es una característica del grupo que se remonta a los tiempos de la guerra. Aún reconociendo la existencia de conflictos y fricciones entre el personal de la unidad del más diverso rango, no se puede desconocer que allí se construyeron relaciones donde existía cierta horizontalidad y corrimiento de jerarquías, que si fue más acentuada al comienzo de la guerra y luego se fue haciendo cada vez más relativa, no por ello dejó de existir. Esta particularidad del grupo es otra de las variables que puede ayudar a comprender que algunos cuadros no dudaran en acercarse desde tiempos tan tempranos como principios de los ‘90.³³⁹ Al respecto, Roberto Coccia recuerda:

³³⁷ Entrevista a Gabriel Asenjo, CABA, 12/08/2010.

³³⁸ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

³³⁹ El hecho de tratarse de una reunión de camaradería fundada por “colimbas” a la que luego se sumaron militares, es un elemento a destacar como una particularidad del grupo. Haciendo un rápido relevamiento de las reuniones de camaradería de otras unidades de la Armada (Crucero Gral. Belgrano, Destructor Santísima Trinidad, Batallón de Infantería de Marina 2, Destructor Bouchard), las mismas parecen estar organizadas por

En el ámbito militar se separa, por un lado como la tropa, los conscriptos, los cabos comen por otro lado, los suboficiales por otro, y los oficiales en otro lugar, es el sistema, bien o mal, es el sistema. En el Apostadero, en la mesa comíamos todos. [...] Se estila en las Fuerza Armadas, [...] que cuando viene uno que es más antiguo, tiene más jerarquía, se le deja el lugar. En el Apostadero no existía eso, comíamos todos. [...] El jefe daba el ejemplo de que nadie se iba a levantar para dejarle el lugar a él, si no que hasta que no terminara de comer, entonces estaban todos sentados los conscriptos, comían primero ellos, si la comida era para todos igual, o sea que no había ese “porque yo tengo más jerarquía, usted levántese y yo me siento”. Por eso la convivencia dentro de la gente es distinta, de hecho, todos los años hay reuniones y todos juntos, organizado todo por este Gionco y otros dos muchachos, las reuniones anuales.³⁴⁰

Si bien Roberto tiene una memoria del Apostadero bastante idealizada, que no comparten muchos de los otros entrevistados, lo interesante aquí es la asociación que realiza entre las relaciones sociales durante la guerra y las de hoy en día como una continuidad casi natural.

De todas formas, reconocer esa particularidad no implica, como indiqué previamente, desconocer la existencia de fricciones y conflictos entre integrantes del Apostadero por las más diversas causas. Estas tensiones – entre otras variables – hicieron que en un comienzo los ex-conscriptos fueran reticentes a invitar a cuadros a los encuentros. Por ello Gabriel no invitaba a Giordano a las reuniones, aún viéndolo cada año antes de las mismas. Sin embargo, muchos entrevistados destacan que esos enfrentamientos que en los ‘80 y ‘90 estaban a flor de piel, perdieron vigencia o por lo menos podían mantenerse en silencio para los 2000, luego de 20 años del conflicto. Por tanto, la distancia temporal de la guerra es otra de las variables que pueden explicar la presencia de los militares, y principalmente la aceptación o tolerancia de los “ex-colimbas” hacia ellos. El comentario de Osvaldo Corletto al respecto es bien sugerente: “A mí, te digo, a mí en la mesa ni me molestan, ni... No, no lo veo con mala cara hoy en día, ya está, ya fue.”³⁴¹

la Armada en algunos casos, o por comités de organización integrados por militares y civiles integrantes de la unidad en otros. Además, otra cuestión a destacar, es que ha habido una explosión de reuniones de este tipo a partir de los 2000, junto a un fuerte reconocimiento y legitimación de los veteranos a nivel nacional, que comenzaron a ganar espacio público. En este sentido, es de destacar la historia de las reuniones, que se remonta al año siguiente del término del conflicto. Ver: *La Gaceta Malvinense* (2003, 2004, 2010).

³⁴⁰ Entrevista a Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

³⁴¹ Entrevista a Osvaldo Corletto, CABA, 22/06/2010. Asimismo, la distancia temporal y el hecho de que se encuentren en otro momento de sus vidas puede ser una variable significativa desde otro punto de vista: en tanto retirados muchos de ellos disfrutaban de una cotidianeidad más relajada y disponen de más tiempo libre, lo que puede explicar el acercamiento principalmente de los veteranos del interior. Además, la relativa seguridad

Ahora bien, no se puede dejar de reconocer que muchos de los resentimientos originados en la guerra continúan en la actualidad y que esa horizontalización/integración es relativa. O por lo menos así lo sienten algunos ex-conscriptos.

Por un lado, en cuanto a la primera variable, muchas veces los resentimientos retornan en forma de ausencias. Algunos concurrentes asiduos a las reuniones dejaron de asistir para evitar volver a ver o tener contacto con quienes – desde su perspectiva – no habían estado a la altura de las circunstancias en la guerra, o con quienes se habían enfrentado a lo largo del conflicto. Y ello no sólo se da en los casos de algunos ex-soldados que participaban en las reuniones desde los inicios y dejaron de hacerlo cuando comenzaron a incorporarse militares masivamente. También, algunos cuadros dejaron de asistir cuando otros oficiales que fueron sus superiores en 1982 empezaron a acercarse a los encuentros. El caso del oficial retirado Hugo Peratta – a quien sus superiores destinaron al frente de batalla en la península Camber a cargo de una treintena de soldados, que, al igual que él, tenían una formación técnica no combatiente – dista de ser el único: “No voy más [a las reuniones], porque dentro de los oficiales que fueron, están los que me mandaron a mí al frente de combate sin preguntar si yo sabía combatir.”³⁴²

Por otro lado, si se analizan los lugares donde se sientan los actores y cómo están divididas las mesas, es clara la división entre ex-conscriptos/cuadros que se puede observar en gran parte de los encuentros. El caso del 2007 es quizás el más paradigmático. Ese año hubieron 3 mesas: en dos de ellas habían sentados principalmente militares – un indicio de la superioridad numérica del personal de cuadro –, y en otra más larga y ubicada en el medio del salón, se encontraban todos los “ex-colimbas”. Por supuesto que ello no sólo es indicio de los límites de la integración, sino también de la sencilla cuestión que muchas veces existe más afinidad o amistad entre aquellos actores que compartieron la condición de civil/militar, la misma jerarquía, antigüedad o profesión en la guerra. En el caso de los ex-conscriptos, el compartir la condición de civiles bajo bandera en 1982 y, por tanto, códigos etarios, elementos simbólicos y materiales, y vivencias sólo de “colimbas” en la guerra que muchas veces lejos estaban de las experiencias de los militares – e incluso eran contrapuestas a ellos

económica que implicó el incremento de las pensiones también es un factor a tener en cuenta, no sólo para los militares sino también para los ex-conscriptos.

³⁴² Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007. De todas formas, luego de esta entrevista Hugo volvió a asistir a los encuentros anuales cuando se cumplieron los 30 años del conflicto.

–, y en la posguerra similares dificultades en el regreso a la vida civil, son variables que pueden explicar su mayor camaradería.

En otras ocasiones, los límites de la horizontalización se hacen explícitos en las tensiones que se presentan, aunque veladamente en las reuniones, cuando – desde la perspectiva de algunos ex-conscriptos – ciertos militares pretenden continuar imponiendo su autoridad sobre sus antiguos subordinados – los fundadores de las reuniones, por cierto –, o establecen cierto distanciamiento en el trato. Así lo indica Claudio:

A algunos nos está molestando mucho que lo que nació como una reunión de colimbas el 20 de junio a veces se transforma en una reunión castrense, que se le rinde honor al almirante, al capitán de fragata. Carajo, nos juntamos los colimbas a tomar cerveza y charlar todas las veces de lo mismo [...]. Pero ahora medio, este, se está tomando un carácter medio, medio como que se le hace reverencia, y después de todo, si quieren venir que vengan, esto fue una cosa hecha, fundada por los colimbas, y no me molesta en absoluto. Pero que no vengan a chapear, o a tomar distancia, porque no es así, porque vos estás acá porque nosotros te juntamos, porque la factura nuestra es si esperamos que la Armada nos junte, nunca nos juntó la Armada. [...] Ahora lo que yo pido es que sigan viniendo, a mí... a mí me causa realmente placer, pero “pará la moto, boludo, no hagas rancho parte”.³⁴³

Cuando la horizontalización no se cumple en la práctica, las tensiones resurgen, aunque a veces sólo en forma de rumores o resentimientos pasajeros.

Asimismo, Guillermo Klein, oficial retirado y médico bahiense, quien asistió una sola vez a las reuniones en 2006 nos aporta otra variable bien distinta respecto a los límites de la integración/identificación de los asistentes. Guillermo comentaba que todos lo recibieron muy bien, que observó una gran camaradería entre aquellos que asisten a las reuniones hace años, pero que él no ha vuelto a ir, en principio porque no es sencillo para alguien que vive en el interior viajar a la Ciudad de Buenos Aires por cuestiones económicas, laborales y familiares; y además porque no conoce a nadie: para él son todas “caras totalmente desconocidas”³⁴⁴, se siente algo fuera de lugar.

En la posguerra, muchos integrantes del Apostadero – como Guillermo – dejaron de ver a sus compañeros de guerra por las causas indicadas: avatares en la vida profesional o

³⁴³ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007. Algunos indicios parecen confirmar esta percepción de Claudio. Por ejemplo, cuando en la reunión del 2003 asistió personal de la publicación *La Gaceta Malvinense (LGM)*, hubo una mención aparte para el jefe del Apostadero, Gaffoglio, quien fue invitado por algunos asistentes del encuentro como una autoridad para decir unas palabras alusivas ante la presencia de los periodistas (*LGM*, 2003). En esa reunión también habló Daniel Gionco, uno de los organizadores del encuentro. *LGM* es una publicación de AVEGUEMA. Sobre esa institución, ver *infra* nota 59.

³⁴⁴ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 30/03/2010.

personal, necesidad de elaborar el pasado traumático, entre otros. En tanto – como vimos – dos de los elementos esenciales en la construcción de la identidad es la continuidad en el tiempo y el sentimiento de coherencia de la persona, ello explica que sea muy distinta la relación entre aquellos que continuaron viéndose, renovando y actualizando los lazos afectivos desde que finalizó el conflicto hasta la actualidad, de la de aquellos que dejaron de tener contacto por varios años y por tanto les resulta difícil reconocerse en un pasado común con sus compañeros de guerra. Luego de años de aislamiento, esos actores muchas veces se identifican más con aquellos veteranos de diversas unidades y fuerzas que comparten lugar de residencia, con quienes han construido lazos en la posguerra a partir de su participación en agrupaciones de ex-combatientes locales y, por tanto, también han compartido las dificultades del regreso y las luchas por la “reinserción social” – como es el caso de Guillermo –, que con aquellos veteranos que compartieron la vivencia de guerra en la misma unidad, pero que no volvieron a ver hasta 25 años después del conflicto.

Por otra parte, reflexionando sobre los límites de la integración de los militares en los encuentros y su tardío acercamiento a los mismos, Claudio hipotetiza algunas causas: “Pienso que esta manera de juntarse aparte, ¿y por qué tardaron tanto en juntarse? Porque me parece que siempre tenían cola de paja de que nunca les iban a perdonar ni la sociedad, ni algunos de nosotros, las deudas de Malvinas, o las deudas de los Procesos.”³⁴⁵

Como adelanta Guida, algunos ex-conscriptos suman otra variable en los límites de la integración. Si bien varios reconocen su complacencia con la presencia de sus antiguos superiores e instan a que continúen yendo a las reuniones, ello no implica que dejen de preguntarse por otras cuestiones conflictivas del pasado reciente de las FF.AA. La siguiente reflexión de Claudio es paradigmática:

“Entre las cargas y pesares que sabemos llevar, no sin haber desarrollado buenos músculos para soportarlos los Veteranos de Guerra, se encuentra un gran abanico de temas complejos para quienes los sobrellevamos, y políticamente lógicos o no para los opinólogos y clarividentes. Pero lo cierto es que dentro de este abanico mencionado encontramos algunos temas como los de ligar o no la causa o la gesta de Malvinas al nefasto proceso militar acontecido en el país; esto se sufre, confunde que en reuniones de camaradería no sepamos si entre nosotros haya también veteranos de la guerra sucia... con todo lo que eso significa” (*Transformación. Publicación de la Asociación del personal superior de empresas de energía*, 2009: 15).

³⁴⁵ Entrevista a Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

Las preguntas que se hace Claudio sobre la presencia de “veteranos de la guerra sucia” entre “nosotros” son dolorosas y tienen fundamento en la realidad, no sólo porque los oficiales y suboficiales de alto rango del Apostadero estuvieron en actividad durante los años de mayor represión de la dictadura, sino también porque en el 2003 tuvo gran difusión el caso de Juan “Jeringa” Barrionuevo, uno de los enfermeros del Puesto de Socorro en las islas, que en los ‘70 se encargaba de adormecer a los detenidos-desaparecidos antes de los “vuelos de la muerte” (ver: Capítulo 2). Si bien Barrionuevo nunca asistió a las reuniones, la mera comprobación de su pasado represor abre las sospechas a todo aquel que estuvo en actividad en los ‘70.

Como vimos, es posible encontrar estos cuestionamientos desde la inmediata posguerra. Si en la Transición, el fuerte desprestigio de las FF.AA. y la denuncia de sus crímenes y de la improvisación bélica, condicionó la composición de las reuniones del grupo Apostadero; a partir de los ‘90 y principalmente en los 2000, cuando los militares se sumaron masivamente a los encuentros, ya estaban operando otros imaginarios que rompieron esa limitación. Si bien el invitar a los militares no fue algo discutido entre todo el grupo, ni mucho menos fue algo planificado, sino que derivó del vínculo personal entre un ex-conscripto, un suboficial y un oficial – y este dio inicio a una reacción en cadena para la asistencia del resto de los cuadros –, lo cierto es que los militares de carrera no fueron resistidos – si bien hubieron conflictos –, y su presencia en principio fue aceptada o, por lo menos, tolerada por la mayoría.

Por ende, si en la inmediata posguerra el compartir la condición de ex-soldado combatiente y el no estar manchado por el pasado de represión ilegal era lo que primaba en la configuración del “nosotros”; en los 2000 fue el lazo construido en el pasado común en la guerra lo que se priorizaba, la vivencia compartida en la experiencia extrema, dejando en un segundo lugar los cuestionamientos por el desempeño en las islas y las dudas sobre el “otro” pasado en la “otra guerra”; hecho que se solía vivir (y aún se vive) como más lejano o ajeno a la propia historia.³⁴⁶

³⁴⁶ No casualmente quien plantea sus interrogantes sobre el pasado de los cuadros integrantes del Apostadero es Claudio Guida, un ex-militante de la Federación Juvenil Comunista en los ‘70, a quien tanto la guerra como la represión fueron vivencias que lo marcaron.

Esta redefinición de la identidad y de la memoria del grupo Apostadero se dio en un contexto en que el pasado dictatorial de las FF.AA. y las denuncias por violaciones a los DD.HH. aparecían en el espacio público radicalmente divorciadas del pasado bélico en Malvinas. Si en los ‘90 el discurso oficial pasó a ser aquel que habían sostenido tradicionalmente las FF.AA. y otros círculos cívico-militares desde la inmediata posguerra, en el que se concibe a la guerra como “gesta” y a todos los protagonistas como “héroes”, descontextualizando el conflicto de la dictadura que le dio origen y sin distinción de responsabilidades; alrededor del 2000, y principalmente a partir del vigésimo aniversario del conflicto, esa narrativa de la guerra y el sentido otorgado a la misma se volvió hegemónico. Como indica Lorenz, ese discurso que se presenta como apolítico, permite pasar Malvinas a la esfera de lo sagrado, de lo indiscutible:

“El discurso patriótico (...) presenta dos ventajas a la hora de hablar de Malvinas: la Patria es un espacio donde los conflictos internos no tienen lugar, habitado por los puros, los héroes que murieron por ella. Estos, en el caso de Malvinas, eran civiles y militares, los antagonistas de los distintos discursos históricos acerca de la transición. Es lo eterno, el referente para todos más allá de cualquier tipo de antagonismos (...)

En esta retórica, lo que predomina es la ausencia de reflexión, aplicada ésta a las distintas responsabilidades y conductas: el deber cumplido se ve realzado por las malas condiciones en las que se peleó, e iguala a oficiales y subalternos (todos son muertos por la Patria); el apoyo de la sociedad fue por un sentimiento puro y en consecuencia, resulta secundario qué apoyo, qué tergiversaciones recibió” (Lorenz, 2006: 295-296).

Por ende, en un contexto donde la Patria todo lo purifica, se dieron las condiciones necesarias para que las reuniones se poblaran de aquellos actores que habían sido duramente cuestionados, al punto de no ser invitados a los encuentros en los ‘80.

Es fundamental tener en cuenta este contexto también, para entender por qué en la última década los militares comenzaron a acercarse y a participar más asiduamente en las agrupaciones constituidas por los ex-conscriptos, o formaron sus propias entidades.³⁴⁷ En efecto, desde fines de los ‘90 y comienzos del 2000, muchos militares integrantes del Apostadero que antes no habían participado en agrupaciones de ex-combatientes, o cuya participación había sido fugaz, comenzaron a integrarse a estas entidades y a comprometerse

³⁴⁷ Por ejemplo, la Unión de Suboficiales Veteranos de Guerra de Malvinas surgió durante un movimiento que nació en Córdoba en 2005 con el objetivo de luchar por los derechos del personal de cuadro veterano de guerra, tales como la adjudicación de pensiones, obra social, etc.

en las mismas. Por ejemplo, en la última década: Ramón Romero y Roberto Coccia empezaron a participar activamente en el Centro de Veteranos de Guerra de Bahía Blanca, e incluso Ramón asumió la presidencia desde el 2009 al 2012; Ricardo Rodríguez, una vez que se retiró de la fuerza, empezó a asistir a las reuniones de la entidad que nuclea a los veteranos en San Martín en el Gran Buenos Aires; Daniel Blanco se acercó a la Unión de Suboficiales Retirados de Bahía Blanca.

Tal vez, algunos factores que fueron indicados previamente, como el paso del tiempo que diluyó los conflictos y la vida más relajada producto de las pensiones o del retiro de muchos de ellos, pueden explicar ese acercamiento. Asimismo, el retiro es un elemento clave en otro sentido: al salir de la fuerza, algunos militares se sintieron menos condicionados para intervenir y expresarse en las entidades. Como indica Salvi (2012: 74): “En general, la situación de retiro constituye una posición privilegiada: una vez alejados de las obligaciones, inhibiciones y responsabilidades de la vida activa, para los oficiales retirados resulta más sencillo conciliar en forma manifiesta los intereses corporativos y profesionales con los políticos.”

Pero, sin dudas, un factor fundamental para comprender esta participación es el cambio que se produjo en muchas de estas instituciones producto de la política menemista y de la hegemonía de la memoria nacionalista tradicional. Desde los ‘90 muchas de las agrupaciones pasaron a estar conformadas por civiles y militares, quienes se reagruparon para realizar reuniones centradas exclusivamente en la memoria de la guerra y de sus experiencias y se intentaron diluir los conflictos. Esto ha incitado a muchos militares y también ex-soldados miembros del Apostadero a participar en entidades que se proclaman apolíticas porque sólo buscan el respaldo de la causa de soberanía y mantener “viva” la memoria de la guerra. Es por ello que Julio Casas Parera, el ex-soldado que cuestionaba la excesiva politización de las agrupaciones en los ‘80 y ‘90, se asoció a la organización Asociación de Veteranos de Guerra de Malvinas (AVEGUEMA)³⁴⁸:

³⁴⁸ AVEGUEMA es una organización sin fines de lucro que se constituyó en 2001 con el objetivo de agrupar a todos los que participaron en el conflicto del Atlántico Sur, civiles y militares de cualquier fuerza, para realizar diversas actividades con el fin de continuar los lazos sociales construidos en 1982, promover el reconocimiento simbólico y material de los veteranos, la guerra y principalmente los caídos, y “mantener en la memoria colectiva el tema Malvinas como una causa nacional sin tiempo ni espacio” (como indica su estatuto). En las comisiones directivas, aparecen representados por partes iguales los veteranos de las tres fuerzas, y respetando las jerarquías militares, según el cargo que ocupan en la misma. Entre muchas de las

En el único lugar que me asocié, y eso fue hace un par de años, porque vi que era una cosa muy de Malvinas, fue en la Asociación de Veteranos de Guerra, que están todos, este... los oficiales, suboficiales y conscriptos. [...] Me... dijeron que había una reunión ahí en el Regimiento de Patricios, una de las anuales que se hacían hace rato, fui y me di cuenta que era simplemente una reunión donde cada uno hablaba de lo suyo, o sea, era muy específico en el tema. Y ahí sí, ya está, eso es lo que me interesa a mí, lo del tema específico, sin tintes políticos, no tintes, digamos, de estar cuestionando todo, no. Vivencias de allá, o sea, cada uno hablaba, no se tocaban temas conflictivos, todo muy histórico.³⁴⁹

Sin embargo, no en todos los casos ese cambio se produjo sin conflictos. En efecto, el proceso fue doble: mientras muchos militares comenzaron a comprometerse con las entidades (por cuestiones simbólicas pero también porque comenzaron a luchar por algunos beneficios materiales), varios ex-conscriptos dejaron de participar. Esa fue la historia paralela de dos integrantes del Apostadero: los bahienses José Bustamante y Ramón Romero.

La historia de la Agrupación de Ex-combatientes de Bahía Blanca es quizás un caso paradigmático para comprender las situaciones que se dieron en los '90 y 2000. En plena crisis de la entidad por acefalía y por la escasa participación y movilización, los ex-combatientes, en su mayoría militares y algunos civiles, que habían compartido las Olimpiadas de Veteranos de Guerra en Mar del Plata en el 2000 – entre los que se encontraba Ramón Romero –, decidieron empezar a intervenir en la entidad y reactivarla y para ello modificaron su estatuto. Como hasta ese momento la comisión directiva sólo podía ser conformada por ex-conscriptos, en una conflictiva decisión organizaron una asamblea y modificaron el estatuto para que también pudieran integrarla los militares que habían combatido. Este cambio marcó un hito en la historia de la entidad, ya que implicó una reactivación del ahora (2001/2002) Centro de Veteranos de Guerra y su clara inserción en la sociedad bahiense, pero también un raleamiento de sus filas ya que los ex-soldados que la habían fundado se retiraron de la misma en desacuerdo con la decisión, y comenzaron a desfilar aparte en las conmemoraciones (entre ellos, José Bustamante). De hecho, el primer

actividades que han realizado, crearon una página *web* que tiene gran difusión entre los veteranos y en 2002 fundaron una revista denominada *La Gaceta Malvinense* en la que se publican artículos sobre la historia de la guerra, y noticias vinculadas a los reconocimientos a los veteranos de guerra. Ver: <http://www.aveguema.org.ar/>

³⁴⁹ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 01/12/2007.

presidente militar del Centro fue Ramón Romero en 2009, una figura que no causaba demasiados conflictos ya que se trataba de un militar de baja graduación – cabo segundo – que se dio de baja ni bien regresó de la guerra.

Entonces, el cambio en el mapa de luchas por la memoria de la guerra significó un cambio fundamental en la militancia sobre todo de los militares integrantes del Apostadero, ya que los ex-conscriptos en su mayor parte continuaron siendo renuentes a ello. Desde los ‘90, y en mayor medida desde el 2000, los cuadros no sólo comenzaron a acercarse a las entidades y comprometerse con ellas – a veces a costa de sus fundadores, los “colimbas” –, sino también empezaron a asistir a los encuentros de camaradería, a reencontrarse con sus compañeros y a romper el silencio de la guerra guardado por años.

Los integrantes de otras unidades

Además del personal militar, hay otros actores que comenzaron a acercarse a las reuniones en años recientes, principalmente a partir de la creación de la página *web* en 1999. Es muy interesante analizar quiénes son, para comprender cómo se fue ampliando el grupo Apostadero en la posguerra con personal que, si consideramos estrictamente el escalafón jerárquico y el organigrama de las unidades de la Armada en 1982, no estaba bajo la jurisdicción de dicha unidad en la guerra, o si lo estaba tenía un funcionamiento autónomo.

Alrededor del 2000, se empezaron a acercar integrantes de las unidades que estaban bajo la jurisdicción de la Subárea Naval, aquella de la que había dependido el Apostadero durante la guerra; unidades que, por lo tanto, habían estado en igualdad de jerarquía. Me estoy refiriendo al personal de la radio, el grupo de minado de la bahía de Puerto Argentino y algunos marinos militares y mercantes que tripulaban los buques Forrest, Penélope, Monsunen, Río Carcarañá, Isla de los Estados, entre otros, e integrantes de la sección de buzos tácticos al mando de Saffi, el subgrupo autónomo del Apostadero, que operó casi como una unidad independiente. ¿Por qué estos actores se acercaron a las reuniones? ¿Qué variables de la guerra y posguerra nos pueden ayudar a explicar esa incorporación?

Para comprender ese acercamiento, en principio, tenemos que remitirnos a la época de la guerra, particularmente a la conformación y funcionamiento del Apostadero. Como vimos en el Capítulo 2, la constitución de la unidad estuvo atravesada por una fuerte

inestabilidad. El constante cambio en la cantidad de integrantes, la redistribución del personal en otros destinos y la reorganización de la unidad, explica que parte del personal del Apostadero haya pertenecido también a otras unidades. Ello debido a tres causas. En primer lugar, porque la jurisdicción del Apostadero se redujo notablemente a lo largo del conflicto, con lo cual secciones o unidades que en un principio estaban bajo su mando, luego dejaron de estarlo – como el grupo de la radio o los buques auxiliares que estaban en las islas, entre otros. En segundo y tercer lugar, porque las necesidades de la guerra y el contexto bélico obligaron a una continua delimitación de las fronteras de la unidad, con lo cual parte del personal fue destinada a otros espacios alejados del puerto donde se encargó temporalmente de otras misiones o, fue trasladada definitivamente a otros destinos, como los buques auxiliares, con lo que dejó de pertenecer a la unidad. Por tanto, el Apostadero y esos otros destinos compartieron personal en diversos momentos de la guerra.

Ahora bien, que esos actores fueran trasladados a otros destinos o funcionaran como un grupo independiente, no significa que sus vínculos con sus antiguos compañeros dejaran de existir ni tampoco que su cotidianeidad se viera radicalmente modificada. Por ejemplo, si bien la fracción de buzos tácticos por ser una fuerza de elite siempre tuvo un funcionamiento independiente del Apostadero y una identidad grupal particular (Melara, 2010: 102), de todas formas, su lugar de alojamiento estuvo siempre en las inmediaciones del puerto, y por tanto los contactos cotidianos con quienes trabajaban allí todo el día – los estibadores del puerto – permanecieron inalterados.

Asimismo, el caso de aquellos que pasaron a tripular los buques es un ejemplo paradigmático al respecto. Si bien el compartir determinadas vivencias extremas en los recorridos por las islas contribuyó a que configuraran una identidad distinta que muchas veces subsumió o dejó en un segundo lugar a la del Apostadero, ello no implicó que se produjera un distanciamiento radical o tajante de sus antiguos compañeros de estiba. De hecho, cuando estaban en el puerto, los tripulantes de los buques compartían su cotidianeidad con los integrantes del Apostadero que estaban en tierra y muchos de los vínculos previos se mantuvieron y persistieron, incluso hasta el día de hoy.

Como la cotidianeidad con estos actores era frecuente por el espacio que compartían diariamente – todos ellos estaban alojados, o lo estuvieron en algún momento, en las inmediaciones del puerto – y por sus funciones – por ejemplo, el personal tierra del

Apostadero estibaba la carga de los buques junto con los tripulantes de los mismos –, es por ello que muchos entrevistados hablan de ellos como pertenecientes al Apostadero, y ello también puede ser una de las variables que nos ayude a explicar el acercamiento de esos actores a las reuniones. El siguiente diálogo con Ricardo Pérez en el que le comento mi definición del objeto de estudio y el recorte del universo de entrevistados es bien significativo al respecto:

Ricardo: Vino [a las reuniones] todo el grupo de la radio, y yo no tenía ni idea quiénes eran. A veces aparece alguno de los capitanes de los barcos mercantes, el capitán del Carcarañá, Dell' Elcine o esa gente que también era nuestra. Porque nosotros, si bien nosotros teníamos incorporado por nuestro que era parte del Apostadero, **todo lo que flotaba era del Apostadero** [risas]

Andrea: Ese fue uno de mis grandes problemas para tener un criterio para recortar

Ricardo: Es que lo que flotaba era del Apostadero

Andrea: Claro, eso por un lado, pero yo después hablé con Molini, por ejemplo, [capitán] del Forrest, y él me decía que específicamente no dependían del Apostadero sino de Mozarelli que era la Subárea Naval, que el Apostadero en realidad era la dotación de tierra. Bueno pero son diferentes...

Ricardo: El Apostadero es el que le da un soporte, el Apostadero es el que le da el soporte a lo que flota [...] Si bien lo que flota depende de un área, **llega un momento en el cual las dos áreas, los dos conjuntos interactúan**

Andrea: No, sí, interactúan, sí, la cosa es que uno dependa del otro o esté fundido en el otro

Ricardo: No, en ese caso no.³⁵⁰

Asimismo, otras variables de la posguerra pueden explicar el acercamiento de ciertos actores en particular. Algunos tripulantes de los buques comenzaron a asistir a las reuniones porque continuaron sus lazos afectivos con otros miembros de la unidad en la posguerra. En algunos casos, los vínculos son familiares. El hermano de Fernando González Llanos, uno de los conscriptos del Apostadero que asiste desde los '80 a las reuniones, fue el capitán de la goleta Penélope en las islas, y por tanto su acercamiento a las reuniones se produjo por la invitación de Fernando y de sus ex-compañeros del buque. Otras veces la invitación tiene mucho de fortuito: algunos actores cuentan que se enteraron de las reuniones al cruzarse por casualidad con algún antiguo compañero de la guerra.

Además, también aquí se da la misma situación que cuando vimos la incorporación de los cuadros que integraron el Apostadero: la falta de un encuentro de camaradería propio

³⁵⁰ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007. Resaltado de la autora. Rafael Molini primero estuvo en el Apostadero y luego los designaron como capitán del buque Forrest durante la guerra. Nació en 1949 en Bahía Blanca. Para 1982 era teniente de navío y su destino era la Base Naval de Río Santiago (La Plata). En los '90 se retiró de las FF.AA., pero continuó trabajando en la Base Naval Puerto Belgrano. Hasta el 2007, nunca había participado en las reuniones del Apostadero (entrevista realizada en Punta Alta, 17/12/2007).

de los tripulantes de los buques o del personal de radio, por ejemplo, puede explicar este acercamiento a las reuniones de aquellos con los que compartieron cierta cotidianeidad durante la guerra, aún cuando no integraran la misma unidad y aún cuando la pertenencia identitaria más significativa para ellos sea otra, aquella del buque, por ejemplo.³⁵¹ Esa ausencia es clara en el relato del ex-cabo Guillermo Ni Coló, quien fue integrante del Apostadero y tripulante de la goleta Penélope, y cuyo libro testimonial *64 días muerto* gira alrededor de sus vivencias en el buque. Ni Coló indica que, para él, hay dos fechas significativas referentes a la guerra “que desembocan en un torrente de recuerdos”: el 2 de abril y el 20 de junio:

“El 2 de abril por los emotivos y respetuosos homenajes que se realizan, especialmente en mi pueblo, con motivo de recordarse el día del Veterano de Guerra y Caídos en Malvinas.

El 20 de junio, porque es el día que nos reencontramos un grupo de ex-combatientes que pertenecíamos al Apostadero Naval Malvinas. Lo hacemos en un bar que se encuentra en la calle Rodríguez Peña y Rivadavia en Capital Federal, y pasamos un momento muy agradable para todos resucitando los recuerdos adormecidos en nuestros corazones durante cada día de los veintidós años que han pasado” (Ni Coló, 2004: 76).

Asimismo, para comprender el acercamiento de estos actores – y también de los militares –, tenemos que recuperar el contexto nacional de luchas por la memoria bélica y por la condición de veterano de guerra.

En una coyuntura conflictiva y de cambios en las definiciones de la identidad dadas por el Estado, se produjo el reconocimiento de una serie de actores hasta entonces no amparados por la legislación, entre ellos, los tripulantes de la flota de mar que estuvieron en el TOAS, hayan entrado o no en combate. Asimismo, aparecieron nuevos reclamos de veteranía de guerra de los soldados que estuvieron movilizados en la Patagonia. La

³⁵¹ Esto con algunas excepciones. Por lo que pudimos relevar al momento, algunos de los integrantes de estas otras unidades han asistido esporádicamente a otros encuentros, como los organizados por el Centro de Civiles Veteranos de Guerra “Operativo Malvinas”, cuyo presidente es el marino mercante que comandó el buque Río Carcarañá, Dell’ Elcine, quien también ha asistido a las reuniones del Apostadero (*LGM*, 2003). Asimismo, los integrantes del buque Monsunen han organizado encuentros de forma irregular en los últimos años (entrevista a Raúl Gramajo, CABA, 26/06/2012). En otros casos, a partir del reencuentro en las reuniones del 20 de junio, se produjeron encuentros particulares sólo entre los tripulantes de algunas de estas unidades indicadas. Por ejemplo, ese fue el caso de los antiguos compañeros de la goleta Penélope (Herrscher, 2007: 25; entrevista a Oscar Luna, CABA, 26/06/2012, a Daniel Peralta y Carlos Contreras, Punta Alta, 11/11/2007). Asimismo, a partir de esta investigación, en 2008 y 2009 se produjeron una serie de encuentros en Bahía Blanca y Punta Alta entre los tripulantes del Apostadero que residen allí, organizados por el suboficial Daniel Peralta.

ampliación de los padrones así como el surgimiento de estas nuevas demandas estuvieron plagadas de tensiones, enfrentamientos y conflictos violentos entre aquellos que obtuvieron el reconocimiento recientemente o quienes aún continúan luchando por el mismo y los veteranos reconocidos desde un comienzo. Para la gran mayoría de quienes participaron en enfrentamientos bélicos o estuvieron en las islas – como los miembros del Apostadero –, los integrantes de la flota de guerra que no estuvieron en combate y los “movilizados”, son “otros, no veteranos” o son “veteranos truchos” que están usando o usurpando su identidad, es decir pretenden un reconocimiento que no les corresponde (Rodríguez, 2010).

En un contexto en el que estos “veteranos truchos” – desde la perspectiva de muchos de los integrantes del Apostadero – comenzaron a participar en las agrupaciones y actos en conmemoración de la guerra, aquellos ex-combatientes reconocidos desde un principio comenzaron a buscar otros espacios en donde se encontrarán con los que ellos consideraban “verdaderos veteranos”, sus compañeros de guerra, quienes estuvieron en las islas con ellos, hayan pertenecido o no a la misma unidad.

Esta situación también puede ayudar a comprender el acercamiento de los veteranos del interior a las reuniones. El testimonio del oficial retirado bahiense Hugo Peratta al respecto es bien claro: ante la pregunta de su participación en agrupaciones de veteranos y en actos de conmemoración a la guerra, responde que en un comienzo se acercó a la Unión de Suboficiales Veteranos de Guerra local con la expectativa de reencontrarse con compañeros de guerra, “pero después cuando llegué ahí, y me encontré con que no habían estado tampoco, ninguno, entonces dije: “No, ¿cómo es esto? ¿Dónde estuviste vos? ¿Dónde estuviste vos?” “Yo estaba en la base, en Puerto Belgrano”. Entonces, yo no digo que no cobren, pero creo que hay una diferencia entre yo que estuve acá, y el tipo que estuvo acá, ¿entendés? Si yo cobro 1500, que a ese le den 500. Entonces le dije “yo no voy más” y no fui más.” Inmediatamente luego de esta reflexión, surge el tema de las reuniones del Apostadero, e indica que allí él fue varias veces “porque realmente ahí yo me encontraba con los tipos que estaban conmigo, me gustaba más, entonces me acordaba de todos, sino me acordaba me decían “te acordás de mí, yo era...””³⁵²

³⁵² Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

En síntesis, a lo largo de la posguerra el “nosotros, integrantes del Apostadero” se ha ampliado y sus fronteras se han vuelto más porosas, incorporando a otros actores que previamente no eran parte del colectivo. Esta redefinición de la identidad social ha estado vinculada a lógicas internas del grupo, como las redes sociales y lazos afectivos construidos entre sus integrantes, y a las políticas identitarias desplegadas por los “otros” alternativamente reconocidos por el colectivo, sobre todo a las luchas por la definición de la condición de veterano de guerra.

Estas luchas identitarias estuvieron estrechamente ligadas a las pugnas por la memoria de Malvinas. Lógicamente, si la identidad y la memoria son dos elementos que van de la mano, que se constituyen y condicionan mutuamente, la construcción de la identidad fue un proceso que se dio en paralelo a la configuración de una memoria común del colectivo social, que a la vez alimentó y reforzó la cohesión grupal. En la Parte III abordaré la construcción de la memoria social del Apostadero, teniendo en cuenta no sólo su contenido y los agentes que la han formalizado, sino también los sentidos sobre la guerra configurados por “otros” con los que han dialogado o discutido.

PARTE III

LA MEMORIA SOCIAL DEL APOSTADERO. IDENTIDADES Y NARRATIVAS

La Parte III aborda el proceso de construcción de la memoria social del grupo Apostadero. Específicamente, analiza el trabajo de encuadramiento de la memoria realizado por algunos integrantes del grupo, quienes a través de diversos vehículos y estrategias elaboraron una narrativa histórica del Apostadero, en la que es posible identificar determinados “puntos de referencia” (Pollak, 2006) o “marcos” relativamente invariables (Halbwachs, 2004).

En tal sentido, esta parte se funda en la hipótesis que la constitución y/o activación de la memoria colectiva del Apostadero ha tenido como propósito – como toda memoria social – mantener la cohesión interna y defender las fronteras de aquello que el grupo tiene en común. Pero, además, su surgimiento, fortalecimiento o persistencia ha estado vinculado a su oposición y resistencia a las políticas públicas de silencio que han ocultado las experiencias del grupo. Al silencio social generalizado en que se ha intentado subsumir el conflicto a partir de la derrota y hasta la última década, se suma el de las FF.AA. sobre la guerra logística. En efecto, la peculiaridad de la memoria pública del grupo – su contenido y la persistencia de ciertas claves de lectura en el tiempo –, guarda estrecha relación con la actitud de la Armada, la exclusión de sus integrantes, y el no reconocimiento de la guerra librada por esta unidad, pero también con la confrontación con las imágenes sociales construidas en los ‘80, que han demostrado tener una inusitada vigencia.

Para analizar la construcción de la narrativa del Apostadero, en un primer momento, es necesario abordar la constitución de la memoria institucional de la Marina sobre la guerra de Malvinas, es decir el “relato público que la institución presenta a la sociedad y que exige que no sea públicamente contradicho por sus cuadros” (Salvi, 2012: 15). A mi juicio, el reconocimiento de aquellos elementos que han sido privilegiados por la fuerza en la configuración de su memoria pública, permite identificar algunos factores clave para explicar el silenciamiento naval de la guerra del Apostadero. Asimismo, distinguir los criterios utilizados por la Armada para incorporar algunos acontecimientos y actores de la

guerra en su relato institucional y excluir otros, permite comprender el proceso de elaboración de la memoria de la unidad en la esfera pública, que curiosamente ha seleccionado las mismas variables.

La Parte III se organiza en dos capítulos. El Capítulo 6 titulado “La memoria naval”, plantea una serie de preguntas: ¿Cuáles son los sentidos que la Armada le ha atribuido a la guerra de Malvinas? ¿Cuáles han sido los acontecimientos, lugares y actores – elementos constituyentes de toda memoria (Pollak, 2006) – privilegiados para la construcción de la memoria institucional? ¿Cuál ha sido el lugar destinado a la historia del Apostadero Naval Malvinas en ella?

Este capítulo parte de la hipótesis que la Armada ha realizado a lo largo de la posguerra una verdadera “invención de tradiciones” (Hobsbawm, 2002); aunque por supuesto no de forma arbitraria sino acudiendo a marcos de sentidos preexistentes.³⁵³ La Marina – al seleccionar determinados elementos que denotan la excepcionalidad de su participación en la guerra – ha podido reactualizar valores, pautas morales y tradiciones navales, al tiempo que operar una relegitimación institucional, contribuir a su cohesión identitaria y luchar contra las representaciones críticas que circulan en el imaginario social de Malvinas. En tanto otros hechos eran – y son – más apropiados por lo claros, gráficos o impactantes para ello que la guerra del Apostadero, la fuerza ha optado por relegar a ésta a un segundo plano, o casi directamente al olvido, al igual que a otras unidades logísticas que intervinieron en el conflicto.

En primer lugar, el Capítulo 6 reconstruye en forma sucinta el contexto de la temprana Transición en el que la Armada constituyó los cimientos de la memoria oficial de la guerra de Malvinas. En segundo lugar, y tras analizar el sentido otorgado por la Marina a la contienda bélica – en sus vínculos con la “otra guerra”, “la antisubversiva”, que libraba contemporáneamente –, el capítulo identifica los “lugares de la memoria” naval (Nora, 1984), acontecimientos, espacios y actores en los que la institución ha condensado los sentidos de la guerra propia. Para finalizar, aborda el lugar que la historia del Apostadero ha

³⁵³ Olick (1998) indica que existen determinados reclamos de legitimidad, temas culturales, estilos discursivos e imágenes del pasado que inciden en la forma que cada actor (re)configura su memoria a lo largo del tiempo. Siguiendo al autor, en el análisis de la memoria de la Marina y del Apostadero, no pretendo sostener ni que la memoria es un fiel reflejo del pasado, ni tampoco que es arbitrariamente inventada en el presente, sino que es el resultado de un diálogo continuo en el que imágenes del pasado, dan forma y constriñen lo que se puede hacer con ellas en los distintos presentes.

tenido en dicha memoria, mediante el estudio de la historiografía naval, los actos y conmemoraciones y otros elementos simbólicos institucionales.

El capítulo se funda en un conjunto heterogéneo de materiales, los “soportes y lenguajes legítimos” (Salvi, 2012: 30) utilizados por la Marina para dar credibilidad, aceptabilidad y organización a su relato.³⁵⁴ En primer lugar, da cuenta de los principales referentes de la historiografía oficial de la guerra, tanto aquellas obras más abarcativas como las memorias de los jefes de algunas unidades que intervinieron en el conflicto. En segundo lugar, analiza los discursos de diversos integrantes de la plana mayor de la Armada en actos conmemorativos vinculados a Malvinas, publicados en distintos medios de prensa. En tercer lugar, aborda diversas revistas navales, tanto aquellas especializadas como las destinadas a un público general, así como periódicos tradicionalmente vinculados a la fuerza. Por último, tiene en cuenta la página *web* de la Armada Argentina.³⁵⁵

El Capítulo 7 historiza los procesos de configuración y formalización de la memoria social del grupo, identificando sus agentes, vectores de transmisión y coyunturas que favorecieron su activación o visibilización pública. A continuación, explora el contenido de la memoria social del Apostadero, sus énfasis y omisiones, las intenciones de los actores y

³⁵⁴ Esos son los tres criterios que debe cumplir toda memoria para lograr cierta legitimidad en el espacio público: “El criterio de credibilidad refiere a la producción de un relato coherente, verosímil y comunicable sobre el pasado reciente, en lucha con otros discursos. El criterio de aceptabilidad permite atender a los dos ámbitos en los cuales incide la memoria institucional: la comunidad militar y, por otro lado, la sociedad civil y el Estado. Hacia dentro, remite a la construcción de una memoria edificante que fortalezca los sentimientos de pertenencia y autovaloración, a la vez, que estimule la rememoración y transmisión con una fuerte carga afectiva a las nuevas generaciones de oficiales. Hacia afuera, da cuenta de las negociaciones, modificaciones y reconfiguraciones que operan (...). Por último, el criterio de organización se ocupa del trabajo de encuadramiento y formalización de la memoria castrense que contribuye, por un lado, a reproducir la identidad narrativa de la institución a lo largo del tiempo; y además, a controlar la homogeneidad de los relatos” (Salvi, 2012: 30).

³⁵⁵ En cuanto a la historiografía naval, consulté tanto libros cuya publicación fue promovida por la Armada (la *Historia Marítima Argentina* y la *Historia de la Aviación Naval Argentina*), como otros realizados por propio interés de los autores – todos ellos marinos –, como la obra principal sobre el accionar de las unidades navales en Malvinas (Mayorga y Errecaborde, 1998), y otros escritos por comandantes de las unidades en la guerra (Büsser, 1984; Robacio y Hernández, 1996; Bonzo, 2000). Con respecto a las revistas, recabé *Gaceta Marinera* (publicada por la Armada en diversos lugares y con distinta frecuencia desde 1961) por ser la única claramente destinada al público en general y el *Boletín del Centro Naval*, una tradicional publicación destinada sobre todo al interior de la institución ya que dispone de artículos más técnicos y académicos que *Gaceta*. El Boletín depende del Centro Naval (cuyos orígenes se remontan a 1882), no de la Armada, pero tiene una estrecha vinculación con ella y una gran llegada al ámbito naval (Pozzi y Ruda, 2000). En cuanto al periódico, consulté *Convicción*, el diario publicado desde 1978 hasta 1983 y vinculado estrechamente al proyecto político del almirante Massera (Borrelli, 2008). Por último, la página *web* de la Armada es: www.ara.mil.ar. Ver específicamente la sección “Institucional”, en la que se encuentran el *link* “Gesta de Malvinas”.

los contextos de activación. En esta línea, analizo los vectores clave de la memoria de los integrantes del Apostadero. Por un lado, la página *web*, donde su autor constituye una memoria “oficial/institucional” del grupo. Y, por el otro, diversos registros en los que los autores narran sus experiencias bélicas en primera persona, que representan memorias más individuales. En tal sentido, pretendo identificar las distancias y los acuerdos en torno a los sentidos de la guerra de Malvinas en general y del Apostadero en particular, que cada uno de los vectores produce o difunde.

Este capítulo parte de la hipótesis que en la inmediata posguerra, cuando Malvinas era un tema socialmente incómodo por vergonzante y excluido de la agenda estatal, la memoria del Apostadero se transmitió de forma subterránea, con el único objetivo de fortalecer la cohesión grupal. Fue a finales de los años ‘90 y principios del 2000, en un contexto de recalentamiento memorial de la mano de un discurso nacionalista tradicional, cuando la memoria del Apostadero irrumpió públicamente. Para ello el emprendedor de la memoria clave ha sido el ex-conscripto Daniel Gionco, quien en 1999 creó una página *web* cuyo propósito fundamental ha sido la búsqueda de reconocimiento social de la guerra del Apostadero por los “otros”, tanto distintos sectores de la sociedad como específicamente la Armada.

Capítulo 6

La memoria naval

Por eso es que no somos un destino de la Armada, porque la Armada inventó el Apostadero cuando tomó Malvinas, entonces sacó de los destinos, sacó personas y armó una guarnición que se llamó Apostadero Naval Malvinas. Cuando la guerra terminó, todos volvimos a los destinos de origen, entonces el Apostadero no existe, administrativamente no existe, pero existió [...]. Entonces no estamos incluidos en las listas de las conmemoraciones, a nosotros no nos invitan, porque los mandan a las unidades, al Belgrano sí que está hundido, pero es una unidad. Pero nosotros no existimos, ese es el reclamo que está pendiente.

Gabriel Asenjo³⁵⁶

“Quiero dejar bien en claro”

Como vimos, la situación de las FF.AA. en la inmediata posguerra era extremadamente delicada. Tengamos en cuenta que luego de la rendición en las islas, las instituciones castrenses tuvieron que enfrentar un fuerte cuestionamiento social, por la derrota en las islas y por las masivas violaciones a los DD.HH. que habían cometido en los '70. En el caso específico de la Armada, ella no sólo debía explicar su intervención en la represión ilegal, sino también su contradictoria actuación en la guerra. Para la fuerza naval, el principal desafío que se le presentaba frente a Malvinas era dar cuenta de la paradoja de haber sido la fuerza que históricamente alzó la voz en defensa de la soberanía de las islas demandando por su restitución, pero que a la hora del combate, optó por rehuir a la lucha y resguardar a la flota de guerra.

Frente a esos cuestionamientos, como vimos en el Capítulo 3, la fuerza intentó redefinir su rol en el contexto democrático y cambiar su imagen pública, mediante diversas acciones en el plano simbólico y práctico. Por un lado, realizó diversas actividades para promover un acercamiento con la sociedad civil. Por el otro, al tiempo que intentaba construir una imagen de subordinación a las instituciones democráticas, desplegó políticas concretas para configurar una memoria oficial sobre su participación en el conflicto del Atlántico Sur, que muchas veces iba a la par de la “otra guerra”, la de “la subversión”. Como

³⁵⁶ Entrevista a Gabriel “Pájaro” Asenjo, CABA, 23/06/2010.

indica Federico Lorenz, desde 1982, la estrategia de las FF.AA. consistió en contraponer su rol en la guerra de Malvinas a las denuncias por violaciones a los DD.HH. De este modo, la Armada intentaba sobreponerse a las críticas, y al mismo tiempo recordarle a sus detractores que la guerra había contado con un considerable respaldo popular:

“... la guerra de Malvinas se revelaba como un símbolo de primera magnitud para ser opuesto a las denuncias de la represión ilegal. Enraizado en elementos nacionalistas de fuerte presencia en la cultura argentina, tocaba una fibra sensible a miles de argentinos, enrostrándoles a los actuales críticos su pasado comprometido con la guerra (y por extensión con las Fuerzas Armadas). Esta ambigüedad, que había permitido abrir las críticas al régimen en 1982, ofrecía ahora a los militares, también, una eficaz barrera a los cuestionamientos en el contexto de la transición” (Lorenz, 2006: 182).

En la temprana Transición, la Armada avanzó en la construcción de su memoria pública de la guerra de Malvinas pensando tanto en su “frente externo”, como en el “interno”. En el primero, trató de reivindicarse como garante de la soberanía nacional, y de recordar el apoyo social brindado al conflicto, como forma de silenciar a los críticos de la guerra, y, por extensión, a los de su actuación en la represión durante los ‘70. De este modo, la Armada creía poder eludir sus responsabilidades tanto en la guerra de Malvinas como en la “guerra antisubversiva”. Este fue un recurso utilizado por las tres fuerzas en general.³⁵⁷ En ambos frentes, la construcción de una memoria oficial que reivindicaba su participación en la guerra, le permitía luchar contra la imagen de una Marina que no combatió en Malvinas. Al interior de las filas navales, la configuración de dicha memoria era una estrategia para instar a la cohesión institucional, y evitar así los conflictos intrafuerza que amenazaban con propagarse en la inmediata posguerra.

El discurso que construyó los cimientos de la memoria naval fue proclamado por el almirante Jorge Anaya sólo 4 días después de la rendición. El 18 de junio de 1982, el

³⁵⁷ De hecho, los cruces entre Malvinas y “la guerra antisubversiva” principalmente en los ‘80, pero también en los ‘90, fueron constantes en los discursos y actos conmemorativos. En esas décadas, los actos en homenaje a los “muertos por la subversión” fueron frecuentes en la Armada, aunque variaron en intensidad. Principalmente a partir de la asunción de Néstor Kirchner, y luego de la derogación de los indultos y de las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida, las reivindicaciones públicas de la “guerra sucia” por parte de los marinos han sido prácticamente nulas. Como señala Badaró para el caso del Ejército, aunque esto mismo vale para la Armada, ello se debe a “la alta determinación y difusión pública de las acciones de las presidencias de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-actualidad) en el campo de las memorias de los años setenta y los derechos humanos indicaron claramente al Ejército los marcos de interpretación y márgenes de acción aceptados por el gobierno respecto de sus posicionamientos públicos sobre este período de la historia argentina” (Badaró, 2011). Fue justamente en este contexto, cuando el almirante Godoy realizó una profunda autocrítica institucional en el año 2006 (ver: Capítulo 3).

comandante en jefe de la Armada dirigió un mensaje a la fuerza naval en el que explicaba la derrota:

“Luego de un combate de tres días cayó Puerto Argentino, sobrepasado en su heroísmo por la acción mancomunada y la tecnología avanzada de dos potencias mundiales de primer punto. Cuando las acciones se libraron contra los enemigos visibles, la situación militar estaba controlada, pero cuando una segunda potencia participó en la forma activa en apoyo de la primera, entonces la situación comenzó a revertirse” (*Convicción*, 18/06/1982).

En un contexto en el que las críticas provenientes de sectores exteriores e interiores de la institución eran moneda corriente, el mensaje de Anaya venía a intentar dar una respuesta a las mismas: el elemento determinante de la derrota había sido el apoyo norteamericano a las tropas inglesas. Si ello no hubiera sucedido, el resultado hubiese sido otro.

Pero además de responder a los cuestionamientos, Anaya pedía tranquilidad “ante la adversidad” e instaba a sus subordinados a cerrar filas mediante un recurso tradicional de las FF.AA.: el culto patriótico a los muertos:

“Señalo con orgullo que en toda circunstancia el personal de la Armada tuvo un desempeño ejemplar. Rindo mi homenaje a quienes cayeron en cumplimiento de su deber en Puerto Argentino, Grytviken, crucero “General Belgrano”, aviso “Alférez Sobral”, “Isla Borbón”, guardacostas de la Prefectura Naval Argentina, “Río Iguazú”, transporte “Isla de los Estados”, remolcador Forrest, Puerto Darwin y pilotos de la Primera y Segunda Escuadrilla Aeronaval de Ataque. Las generaciones venideras reconocerán la grandeza de quienes lucharon con denuedo y con valor, y que una batalla perdida no les significó claudicar en sus convicciones. Los pueblos retemplan su espíritu en la hora de adversidad y la institución debe hacerse en base a su cohesión y en un culto al coraje y al honor. Vuestra causa es justa; de nuestro lado está la razón de la historia y la justicia” (Ídem).

En este primer mensaje luego de la rendición, Anaya pretendió a la vez dar una explicación de la derrota y justificar el conflicto. El marino ratificaba la legitimidad de la guerra y por ende del “sacrificio” de aquellos que habían muerto “por la Patria” y por una causa noble y justa, quienes con esa muerte redentora pasaban a ocupar un lugar privilegiado en el “altar de la nación”. El discurso del principal instigador del conflicto sacralizaba la guerra y daba un sentido sublime a la muerte de los combatientes, al tiempo que ocultaba y

subsumía el horror y sufrimiento que había implicado, apelando al tradicional culto a los soldados caídos.³⁵⁸

En esa alocución ya aparecían varios elementos que fueron característicos no sólo de los discursos de los marinos sobre el conflicto, sino también de la memoria que todas las fuerzas estaban comenzando a construir: la fuerte presencia de elementos nacionalistas tradicionales y la casi nula autocrítica por el desempeño en las islas. Ambos aspectos son aún más evidentes en la “orden de despedida” que Anaya pronunció el 2 de octubre de 1982, en el acto de asunción de su sucesor, el almirante Franco, como comandante en jefe de la Armada. En la Base Naval Puerto Belgrano, Anaya realizó uno de los intentos más claros y coherentes de encuadramiento de la memoria del pasado reciente de la institución, estableciendo un marco de sentido para los dos principales acontecimientos que sucedieron durante su mando: la “lucha antisubversiva” y la guerra de Malvinas. Comenzó diciendo:

“Quiero dejar bien en claro que todos los integrantes de la Armada, sin distinción de jerarquías, cumplieron con su deber. (...) Antes de ese hasta siempre, con que un oficial de la Armada se despide del servicio activo, deseo clarificar algunos hitos de este 1982 tan cargado de acontecimientos” (*Gaceta Marinera*, 07/10/1982).

Luego de reivindicar el comportamiento de sus subordinados, estableció una verdadera declaración de principios en torno al conflicto del Atlántico Sur y la lucha “contra el terrorismo”. Respecto a esta última, afirmó:

“En cuanto a la acción librada contra el terrorismo, quiero ser también muy claro: la Armada combatió activamente la subversión y junto al Ejército y la Fuerza Aérea, la venció militarmente. Esa fue una guerra ganada, y que volveremos a ganar cada vez que se plantee en los términos con que se nos azotó a todos por igual.

³⁵⁸ En un clásico estudio, George Mosse (1990) analiza la construcción del Mito de la Experiencia de Guerra que resultó funcional para legitimar la Primera Guerra Mundial y la muerte de miles de combatientes en Alemania luego de la derrota: “El Mito de la Experiencia de Guerra fue diseñado para enmascarar la guerra y legitimar la experiencia bélica; estuvo destinado a ocultar la realidad de la guerra” (1990: 7). Si bien terminó de forjarse en la Gran Guerra, Mosse rastrea sus antecedentes desde el siglo XVIII con las guerras revolucionarias en Francia, cuando el súbdito se transformó en ciudadano porque las luchas pasaron a ser por la República. El mito estaba basado en los ideales de masculinidad, el sacrificio y la entrega personal, la camaradería y la posibilidad de regeneración nacional y personal a través de la guerra, y el culto al soldado caído fue uno de sus elementos prioritarios. Para un estudio de caso similar en la historia argentina reciente, ver la tesis de Santiago Garaño (2012) quien aborda la construcción de una retórica de sacrificio por parte de las FF.AA. y de las organizaciones político-militares destinada a los conscriptos que participaban en el Operativo Independencia en 1975.

Gracias a esa victoria, fundada en la valiente actitud de todo el pueblo argentino, vivimos desde hace unos años una paz interna que estamos obligados a conservar” (Ídem).

En su mensaje no había ninguna originalidad. El marino repetía uno a uno los argumentos sostenidos hasta el hartazgo durante la dictadura – y también mucho después –, y que negaban impunemente la realidad represiva (Hershberg y Agüero, 2005; Lorenz, 2005; Vezzetti, 2007; Salvi, 2012): la “lucha contra el terrorismo” protagonizada por las tres fuerzas había sido necesaria para conservar “la paz interna” y el ser nacional, esa lucha no había sido buscada ni querida por las FF.AA. – que se habían visto obligadas a actuar en su condición de “última reserva moral de la nación” (Salvi, 2012) –, había sido una guerra contra un enemigo interno – la “subversión” – apoyada por “todo el pueblo argentino” y había sido una victoria militar. Asimismo, señalaba que allí donde se repitieran las condiciones que dieron origen a esos eventos, las FF.AA. estarían dispuestas a luchar otra vez para que la “bandera de la muerte” jamás reemplazara “a la bandera celeste y blanca” (ídem).

Respecto a la guerra de Malvinas, Anaya indicó desde cómo debía entenderse la ocupación de las islas hasta cómo valorar la derrota, para “que nadie sienta que fue una guerra inútil, infundamentada, irresponsable” (ídem) como había señalado minutos antes el reciente comandante de la Armada³⁵⁹:

“1) El ultimátum del gobierno de Gran Bretaña, amenazando el empleo de sus fuerzas para expulsar a un grupo de argentinos que trabajaba en las islas Georgias del Sur, fue el factor desencadenante de las operaciones que debimos iniciar en el Atlántico Sur.

2) Aceptar ese ultimátum hubiera significado callar para siempre nuestros reclamos. Eso se llama cobardía y no es propio de nuestra raza, que tanto combatió por la libertad de América.

3) Conscientes de la necesidad de no provocar males mayores, se ordenó la recuperación incruenta de nuestro territorio, aún a costa de vidas argentinas, lo que se cumplió mediante un operativo militar impecable, que dejó abierto el camino para las negociaciones que deseábamos fueran de buena fe, hechas con cordura y fundamentalmente justas de acuerdo con todos los antecedentes y reiteradas exhortaciones de los organismos internacionales.

4) Jamás, durante dichas negociaciones, se le dio a nuestro país la posibilidad de una salida digna. Ni el enemigo ni sus personeros aceptaron siquiera tratar nuestros derechos. Y fue la amenaza de una acción militar la contrapuesta a nuestra disposición a discutir todo, sin abandonar lo que por derechos nos pertenece.

³⁵⁹ En el acto, en primer lugar habló el nuevo comandante de la fuerza, el almirante Rubén Franco, y luego Anaya pronunció la “orden de despedida”.

Decidimos enfrentar el riesgo de las armas antes que una humillación. Estábamos seguros que el enemigo sufriría el daño con la rudeza criolla que respondió al atropello y que conmocionó al mundo entero.

Dije en otra oportunidad, y lo repito hoy, que los varones de esta tierra jamás midieron la magnitud del enemigo, cuando estaba en juego la justicia de la causa. Perdimos la batalla de Puerto Argentino, pero el mundo sabe ahora que lucharemos sin tregua hasta lograr la recuperación de nuestro territorio” (Ídem).

En una alocución plagada de referencias históricas a la guerra de independencia americana, Anaya indicó claramente que – al contrario de lo que había establecido la ONU durante la guerra – Gran Bretaña había sido la potencia agresora, no Argentina. Su intransigencia ante el incidente en las islas Georgias no había dejado otra opción a nuestro país que ocupar las islas para mantener en pie la reivindicación de la soberanía. No haber reaccionado, hubiera sido sinónimo de cobardía, lo que “no es propio de nuestra raza, que tanto combatió por la libertad de América”. Para continuar con la imagen tradicional de país pacífico, aún cuando había iniciado una guerra, el almirante destacó que el operativo de desembarco había sido incruento para los isleños y las tropas inglesas, indicando que el objetivo de la ocupación de las islas fue sólo retomar las negociaciones con Inglaterra, cuestión a la que Argentina siempre estuvo bien dispuesta encontrando como respuesta una inflexibilidad “a siquiera tratar nuestros derechos”, que dejó como único camino la guerra.

Además, respondiendo a los críticos que veían al conflicto como una “aventura militar”, una guerra perdida aún antes de luchada por la indudable superioridad inglesa, Anaya indicó que en primer lugar estaban los derechos argentinos, y el honor de nuestro país, y que ello iba más allá de la más elemental evaluación del enemigo al que había que enfrentarse. En definitiva, la causa Malvinas estaba por encima de todo y ese era el verdadero sentido del conflicto. Finalmente, dejó en claro qué es lo que se había ganado en la derrota: el reconocimiento internacional de “la justicia de nuestra causa” y el saberse valientes, dignos herederos de los héroes del siglo XIX, capaces de arriesgar sus vidas con tal de defender lo que es propio, sin importar el poderío del enemigo.

Esta convicción de que existían “causas nacionales” que estaban por encima de todo gozaba de fuerte arraigo en la historia y tradición de la institución. De hecho, en el relato del combate de Montevideo – acontecimiento fundacional de la Armada Argentina –, los historiadores navales se han preocupado por destacar la inferioridad de condiciones del almirante Brown frente a la escuadra realista, y, que así y todo, luchó y triunfó porque la

independencia del país se hallaba en juego.³⁶⁰ En este sentido, es evidente que la Marina – y en general todas las fuerzas – lo que pretendían era continuar con la narrativa nacionalista clásica del pasado argentino que se había transmitido durante décadas en el sistema educativo y que formaba parte del “sentido común sobre la nación” de la mayoría de los argentinos (Romero, 2004). En ella, se otorgaba un lugar de privilegio, por un lado, a las guerras y, por otro, a los militares caídos en las batallas, respectivamente como “gestas gloriosas” y “héroes” que se sacrificaron por la Patria en los orígenes de nuestro país. El conflicto del Atlántico Sur venía a ser una más de estas gestas y los caídos nuevos héroes a incorporar en el panteón. Cualquier otra interpretación de la guerra era considerada una “traición” – como afirmó Galtieri en su último mensaje como presidente (*Convicción*, 16/06/1982) – y los cuestionamientos o sospechas sobre las motivaciones de la ocupación, una “claudicación” a los intereses de las potencias colonialistas.³⁶¹

La alocución de Anaya, fundante de la matriz que tramaría de aquí en más el sentido oficial del conflicto del Atlántico Sur y de la “guerra antisubversiva” (“luchas por la Patria”), se inscribía en el relato nacionalista clásico que las FF.AA. han sostenido históricamente. Su larga sombra se ha proyectado sobre la mayoría de los discursos públicos de la Armada y en los escritos en las publicaciones institucionales, tanto en las obras académicas como en las revistas destinadas al público en general. Los editoriales que cada año ha publicado *Gaceta Marinera* para el 2 de abril son quizás el caso más claro al respecto. Sólo por dar un ejemplo, en 1993 *Gaceta* comenzaba su editorial oponiendo la concepción de “guerra justa” a la imagen hegemónica del conflicto como medio de legitimación de una dictadura en crisis:

³⁶⁰ A principios del Siglo XIX, las Provincias Unidas del Río de la Plata estaban en plena lucha por su independencia, todavía no declarada formalmente. El bastión realista español de mayor fuerza cercano a Buenos Aires se encontraba en Montevideo, el que era necesario derrotar para que “la Revolución” continuara. Entre 1812 y 1814, tropas del incipiente Ejército argentino y auxiliares orientales sitiaron por segunda vez a la ciudad con el objetivo de desabastecerla y lograr su rendición. Pero en realidad el golpe de gracia lo dio la improvisada flota al mando del comandante Guillermo Brown, quien con medios definitivamente inferiores logró vencer a la escuadra realista en el combate naval del 14 a 17 de mayo. Esa acción, que fue la que terminó por definir la caída de Montevideo, se considera fundante de la Armada; de hecho, en 1960, el presidente Frondizi proclamó el 17 de mayo como el día de la Marina (decreto 5304).

³⁶¹ Alegato de Anaya en los juicios por su responsabilidad en la guerra de Malvinas (*Gaceta Marinera*, 30/04/1990).

“El 2 de abril de 1982 al Argentina puso fin a casi ciento cincuenta años de usurpación por parte del Imperio Británico, quien nos despojó de las Islas Malvinas luego que los EEUU destruyeran sus instalaciones.

No fue la reconquista de las Malvinas, como algunos quisieron creer, un acto desatinado, un malabarismo político o una resolución adoptada impensadamente por quien buscaba un interés político.

El 2 de abril de 1982 se cumplió un destino inevitable, que muy posiblemente hubiera sido igual, con más o menos variantes, si la resolución la hubiera debido tomar otro gobierno o el mismo Congreso” (*Gaceta Marinera*, 20/04/1993).

Luego de explicar los reclamos en el ámbito de las negociaciones internacionales y el respaldo de los organismos multinacionales a la posición argentina, el editorial se situaba en 1982:

“Cuando comenzó 1982 un incidente comercial sin absolutamente ninguna importancia fue asumido por Gran Bretaña como punto de fricción para poner fin a las conversaciones con Argentina, conversaciones que se hallaban estancadas por la intransigencia y total falta de interés de los ingleses en negociar con la Argentina (...). El punto final llegó cuando el gobierno británico amenazó con tomar represalias si no se cumplían sus exigencias.

Estas palabras inadmisibles entre dos países en tiempos de paz, constituyen de por sí una virtual declaración de guerra. ¿Cómo podía reaccionar la Argentina ante el avasallamiento de sus derechos por parte de una potencia extranjera que enviaba buques de guerra y submarinos nucleares a sus propias aguas, mientras amenazaba con tomar represalias si no se cumplían sus exigencias, las que por otro lado eran absurdas y abusivas?

El gobierno dispuso la ocupación de las de Las Malvinas (...) El resto es demasiado reciente y está muy vivo en la memoria para siquiera poder mencionarlo sin que se nos quiebre la garganta. Varios centenares de los mejores hombres de la Patria dieron su vida en defensa de Las Malvinas, con heroísmo y determinación. El enemigo era atrozmente poderoso para combatirlo, y nuestros aliados insuficientes para formar frente, ante la defección del más importante de ellos que en lugar de cumplir con los tratados de asistencia recíproca prefirió alinearse con el agresor imperialista del viejo continente” (Ídem).

En este editorial están presentes todos los elementos propuestos por Anaya en las postrimerías del conflicto: la reivindicación de la soberanía de las islas como causa primera y fundamental de la guerra en el largo plazo; la percepción de Gran Bretaña como culpable de la guerra, por su intransigencia en las negociaciones y por el incidente en las Georgias –el verdadero detonante de la ocupación –; la disponibilidad permanente de Argentina para negociar; la derrota ante una respuesta desproporcionada de Inglaterra, y principalmente por el apoyo de EE.UU. a las tropas británicas; y también, el culto patriótico a los caídos “con heroísmo y determinación”. Se trata de un discurso contextualizado en el largo plazo, que

sólo recurre a lo coyuntural para dar cuenta de los avatares del conflicto en la arena internacional. En tal sentido, elude completamente cualquier referencia a la crisis política, social y económica por la que estaba atravesando la dictadura. En él, también se expresa ese nacionalismo tradicional que alimentó la guerra y la construcción de la causa nacional carente de todo tipo de autocrítica. En todo caso, cuando admite los errores cometidos o la inferioridad de condiciones respecto al adversario, lo hace para realzar el valor y la entrega de los combatientes, pero evitando realizar una evaluación crítica de la actuación de la Armada, de las condiciones en que llegó a 1982, o de su insistencia en el desembarco.

Al respecto, el discurso del almirante Molina Pico, veterano de guerra y ex-jefe de Estado Mayor de la Armada (1993-1996), en un acto por el trigésimo aniversario de la guerra, es un ejemplo paradigmático:

“No me referiré a la situación política que vivíamos en esa época ni al posible origen de la operación, dejemos eso a los historiadores y analistas políticos: esta es una reunión de camaradas, pues todos los veteranos cumplieron el rol sagrado de defender a la Patria que impone la Constitución Nacional a todos los argentinos. (...) Las guerras las deciden los ministros, los embajadores y los plurigalonados de las FF.AA., pero la terminan combatiendo los soldados en las trincheras, los marinos en su pequeño universo y los aviadores solos entre el cielo y la tierra; y son todos éstos, entre los que me incluyo, quienes hoy están aquí presentes. A ellos me dirijo tomándome el atrevimiento, como argentino, de agradecerles lo hecho y de felicitarlos por los logros. De felicitarlos, sí, pues es cierto que en la guerra no existen segundos premios, aceptamos con dolor el resultado, pero también sepamos que el éxito no estuvo muy lejos, es con esa idea que justificaré el porqué de mi felicitación:

No hubo preaviso ni entrenamiento o preparación especial previa, se combatió con lo que se tenía en el momento; no se esperó la llegada de renovaciones o aprovisionamientos de armamentos y equipamiento que hubieran cambiado el panorama. Tuvimos como enemigo a una potencia integrante de la NATO que, en lo que a lo militar, y situación política y económica se refiere, pertenece a un orden superior a nuestro país, sabiendo que a ella se aliaron en distinto grado, abierta o encubiertamente, la primera potencia mundial, otros países de la NATO y algún país de la región, podemos tener la certeza que la prueba que afrontamos no fue pequeña. Se realizaron operaciones con una eficacia increíble, se lograron soluciones logísticas en las formas menos pensadas.

¿Que cometimos errores profesionales y humanos? Sí, es verdad, también cometimos errores y desaprovechamos ocasiones: nos fallaron torpedos, hubo bombas que no explotaron y problemas de coordinación operativa y de abastecimiento en el campo. En la teoría ideal no debería haber sido así, pero fue; no obstante, en casi todos los casos surgió como algo normal el heroísmo y la solución de problemas con elementos de fortuna, o sea, ‘a la criolla’...” (*Boletín del Centro Naval* 832, enero-abril 2012).

Desde su perspectiva, no se trataba de preguntarse por qué no “hubo preaviso o preparación” previa o no se esperó la llegada de equipos más modernos; por qué los

torpedos fallaron, las bombas no explotaron, las fuerzas no actuaron conjuntamente en lo operativo y logístico, o, en definitiva, por qué las FF.AA. enfrentaron a un país que en lo militar, político y económico “pertenece a un orden superior a nuestro país”. Lo esencial era indicar todos esos elementos para realzar el “heroísmo” e ingenio de los combatientes argentinos ante una prueba que los superaba.

Recordemos que este discurso que estuvo presente en la Armada desde la inmediata posguerra, desde los 2000 se ha extendido por fuera de la fuerza e incluso ha sido adoptado por las autoridades gubernamentales desde la década del ‘90, en un marco en el que “la causa”, la “gesta” y los “héroes” parecen estar por encima de cualquier cuestionamiento (Lorenz, 2006: 271-281).

Los principales textos institucionales que sintetizan el accionar de la Armada en la guerra de Malvinas también retoman estos elementos, aunque en ocasiones matizan algunas variables o proponen otras nuevas. Una de las cuestiones que destacan una y otra vez es el respaldo de la sociedad al conflicto, siguiendo la estrategia señalada de llamar a silencio a los críticos recordándoles su pasado compromiso con la guerra.

Esto se ve claramente en los dos capítulos correspondientes al conflicto del Tomo X de la monumental obra *Historia Marítima Argentina* realizada a instancias del Departamento de Estudios Históricos Navales, bajo la dirección del contraalmirante Laurio Destéfani y publicada en 1993. En el capítulo V, Destéfani afirma: “Mientras seguían las tratativas en la UN y en la OEA, el pueblo argentino daba rienda suelta a su entusiasmo en la Plaza de Mayo, en las capitales de las provincias y en toda ciudad de importancia. Reconocía que la Operación Malvinas era justa y llenaba una antiquísima aspiración nacional” (1993: 129).

Asimismo, esta obra justifica claramente el repliegue de la flota de guerra al litoral atlántico luego del 2 de mayo. En el capítulo XVIII, se detalla cada uno de los factores que “pesaron en el análisis de los altos mandos navales”: la amenaza de los submarinos nucleares en la zona y la determinación a usarlos, el convencimiento que los británicos disponían de información satelital de los movimientos de las unidades argentinas, la resolución inglesa de llevar el conflicto hasta sus últimas consecuencias – evidente en la ampliación de la Zona de Exclusión Marítima –, la percepción de la inferioridad de condiciones de la flota nacional frente a la británica en caso de un enfrentamiento, y, por último, el temor que una gran cantidad de bajas en las unidades navales podría ser

aprovechado por Chile para atacar el continente. Al finalizar esta enumeración, afirma: “Ante estos argumentos, se decidió que la Flota de Mar permaneciera como “Fuerza Naval en potencia”, alerta en la zona costera de bajas profundidades, al abrigo de posibles acciones submarinas británicas.(...) Las circunstancias favorables para el empleo de las fuerzas navales de superficie en la zona Malvinas lamentablemente no se concretaron” (1993: 533).³⁶²

Estos argumentos también son señalados por el contraalmirante Horacio Mayorga en la obra más general y abarcadora sobre la guerra de la Armada, *No Vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*, realizada en colaboración con el capitán Jorge Errecaborde en base al informe de la Comisión de Análisis de Acciones de Combate (la entidad constituida en la inmediata posguerra para evaluar las acciones de los diferentes componentes navales, que el autor integró). En el prólogo, Mayorga señala: “La Armada no pudo combatir en la forma clásica que conocemos a través de otros conflictos mundiales. No peleó así porque no se presentó la oportunidad, que estuvo tan próxima aquel 1º de mayo de 1982 (...). Pero sus hombres, casi todos sus hombres, dieron muestra cabal de su valor, dentro de los planes que rigieron su accionar.” Y finaliza con una advertencia: “Cuidado entonces de no caer en críticas que no son otra cosa que el producto de no haber asimilado el impacto de la derrota, el “síndrome Malvinas”” (1998: 16). Justamente por ello el autor denomina al libro *No vencidos*, “porque el “TIEMPO” de Malvinas fue un “tiempo de derrota” para el país politizado, pero para los hombres de armas, y sobre todo para nuestros muertos, es “TIEMPO DE HONOR”” (1998: 8).³⁶³

En *No vencidos*, Mayorga pretende “poner en conocimiento del público en general y de las generaciones futuras el desarrollo de las operaciones navales de ese conflicto, para

³⁶² Para justificaciones recientes del repliegue de la Flota de Mar en las publicaciones periódicas aquí analizadas, ver: *Boletín del Centro Naval* 816, enero-abril 2007; *Gaceta Marinera*, abril 2012.

³⁶³ La obra de Mayorga también es un claro ejemplo del intento de destacar el apoyo popular a la guerra, y sobre todo el de los políticos que luego terminaron ejerciendo como presidentes, cuyas declaraciones respaldando la guerra cita puntillosamente (1998: 515). Por otra parte, en su relato también se pueden encontrar los cruces entre Malvinas y la represión ilegal, cuando defiende “nuestra lucha antisubversiva” (1998: 108). Tenemos que tener en cuenta que Mayorga fue la máxima autoridad de la Aviación Naval cuando se produjeron los fusilamientos en la Base Almirante Zar en 1972, y luego, en los primeros años de la democracia, tuvo gran repercusión pública por ser el defensor de represores como Chamorro y Astiz en los juicios llevados a cabo por la Justicia Militar. Su continua demanda por una ley de amnistía y sus impugnaciones de la actuación de los organismos de DD.HH. fueron muy publicitadas en su momento. Ver: Verbitsky (1995: 21); *Clarín*, 28/3/1984; *Página 12*, 06/05/2012.

que se sepa cómo combatieron los hombres de la Armada” (1998: 14). Si bien el autor busca reivindicar constantemente la acción de la Marina en la guerra, no por ello se sustrae al análisis de las desinteligencias interfuerzas y de los errores cometidos, sobre todo por la plana mayor. De hecho, por momentos se torna sorprendentemente crítico, siendo una excepción en la memoria oficial.

La obra recorre uno a uno los acontecimientos protagonizados por las distintas unidades navales, tanto las escuadrillas de Aviación Naval, los batallones de Infantería de Marina y los submarinos; como por las distintas unidades de superficie, desde la flota hasta los pequeños buques logísticos. Ahora bien, aunque parece ser un relato comprensivo, el autor advierte que no va a abordar el desempeño de algunas unidades: “... tampoco [hemos descrito] las tareas cumplidas por el Apostadero Naval, el grupo de mercantes, etc., todo ello en beneficio de mantener la atención sobre los sucesos principales” (1998: 127).

Al leer esta aclaración, surge de inmediato una pregunta: ¿Cuáles son, para el autor³⁶⁴, los “sucesos principales” de la guerra? En general, ¿cuáles han sido los acontecimientos, actores y lugares privilegiados en la memoria oficial de la Armada para legitimar su cuestionada participación en la contienda bélica? Y más importante aún, ¿cuáles han sido los criterios que fundamentan la selección entre hechos importantes y aquellos que no lo son? Estos interrogantes guían el próximo apartado.

Entre héroes y tumbas

La Operación Rosario ha sido uno de los “caballitos de batalla” de la institución para reivindicar su participación en el conflicto y la sangre derramada. Ya en el mensaje de despedida del almirante Anaya aparecían los atributos que los marinos han destacado constantemente de la Operación: que fue “impecable” en su planificación e “incruenta” en

³⁶⁴ Si bien el autor aclara constantemente que el libro no es la versión oficial de la Armada sobre la guerra, lo cierto es que en 1982 Mayorga fue elegido por el comandante en jefe de la Armada para escribir la “Historia militar de las operaciones navales durante el conflicto del Atlántico Sur”. Además, antes de publicar el texto pidió autorización al entonces jefe del Estado Mayor General Naval, el almirante Molina Pico, quien le permitió acceder a “toda la información con que cuenta la Armada sobre la materia” (1998: 13). E incluso, él es quien le prologa el libro. Con lo cual puede suponerse que en el relato existe una fuerte identificación entre la mirada del autor y la institucional; lo cual es evidente, por otra parte, cuando se analizan otras fuentes navales.

su ejecución, característica fundamental para no manchar la imagen nacional en los organismos internacionales y poder retomar las negociaciones. En *Gaceta Marinera*, aparecen cantidad de notas especiales describiendo minuto a minuto el operativo de desembarco desde su planificación definitiva los últimos días de marzo hasta su ejecución el 2 y 3 de abril (ver: 31/03/1987; 17/04/1991; 15/08/1986). También se le otorga un espacio considerable en las obras síntesis de la acción de la Armada en Malvinas.

Pero, el libro que más ha contribuido a forjar el mito del “éxito naval” del 2 de abril es *Operación Rosario*, que reúne los testimonios de los jefes de las distintas unidades que participaron.³⁶⁵ En su presentación, el contraalmirante Carlos Büsser³⁶⁶, comandante de Infantería de Marina en 1982 y responsable de la Operación, construye los cimientos del mito:

“En estas páginas el lector no debe buscar el detalle de las negociaciones políticas de alto nivel que llevaron a ejecutar la operación, ni sus fundamentos estratégicos, ni la apreciación política y estratégica militar que se realizó para determinar la fecha y forma en que se hizo. Tampoco debe buscarse el detalle o las motivaciones de las decisiones y acciones posteriores al 2 de abril ni referencias a las acciones llevadas a cabo en Georgias el 3 de abril. Este es, exclusivamente, el relato de cómo la Fuerza de Desembarco planificó y ejecutó la operación de recuperación de las Islas Malvinas.

Esta Fuerza de Desembarco dio por finalizada su misión el mismo día 2 de abril en horas de la tarde y el día 3 ya se encontraba, casi por completo, de regreso en sus alojamientos normales de la Argentina continental.

Cometerá un error el que busque en estas páginas acusaciones, reproches o imputaciones. No los hay. El éxito fue completo...” (1984: 8).

La estrategia utilizada por Büsser para reivindicar el 2 de abril, y por extensión la participación de la Armada – y principalmente de la Infantería de Marina –, es evidente. Al centrarse exclusivamente en las acciones militares de la Operación Rosario y en la experiencia de los oficiales que las dirigieron, el autor construye un relato aislado tanto de los antecedentes de los hechos del 2 de abril – que ayudarían a entender mucho mejor su

³⁶⁵ *Operación Rosario* fue publicado por primera vez en 1984. Al presente ya lleva tres ediciones y es el segundo libro más vendido sobre Malvinas por el Instituto de Publicaciones Navales.

³⁶⁶ Büsser fue el principal emprendedor de esta memoria del operativo de desembarco. Sus presentaciones públicas, la gran cantidad de artículos y libros publicados, y su accionar para organizar los actos en conmemoración al 2 de abril, aún en el año 2012, mientras se encontraba arrestado debido a una causa judicial que se le seguía por violaciones a los DD.HH. cometidas en los ‘70, dan cuenta de ello. Falleció en septiembre de 2012 (*La Nación*, 01/10/2012).

“urgencia” –, así como del desenlace de la guerra – la derrota aparece disociada al desembarco. Mediante ambos recursos, Büsser resignifica el operativo como “exitoso”, porque la fuerza naval logró el objetivo de recuperación de las islas, por la excelencia en su planificación y ejecución y porque cumplió con el secreto militar y con la orden de no derramar sangre enemiga ni civil, ni infligir daños en las propiedades privadas.

Para enfatizar lo “exitosa” que fue la Operación, el autor destaca una serie de elementos. Los atributos no son elegidos al azar. Cada uno de ellos da la posibilidad de oponerse a las principales críticas realizadas por diversos actores a la actuación militar en las islas. Si uno de los cuestionamientos primordiales fue la improvisación en lo operativo y principalmente en lo logístico, Büsser destaca que “será posible apreciar la prolijidad del planeamiento realizado, la profundidad de los análisis y el extremo cuidado y empeño puesto por cada uno” (1984: 8) en la puesta a punto del material y en el adiestramiento, y que “la actividad logística de respaldo de la operación fue excelente” (1984: 10). Además, a las críticas por la casi nula coordinación y planificación conjunta entre las fuerzas, el autor responde indicando que en el operativo de desembarco “se pudo comprobar el alto nivel de cooperación y de adiestramiento de todas las unidades de la Armada y la capacidad desarrollada para trabajar conjuntamente con tropas del Ejército, con las que se mantuvieron no sólo cordiales relaciones de tipo personal sino que además se ejecutaron operaciones militares en estrecha coordinación” (ídem). Frente a la imagen del conscripto como “chico de la guerra” superado por las circunstancias y abusado por sus superiores, Büsser afirma que “los jóvenes conscriptos estuvieron a la altura de las circunstancias” y que “fueron buenos combatientes, valerosos y esforzados...” (1984: 9). Por último, ante los cuestionamientos de la capacidad profesional de la Marina en 1982, el autor señala:

“... Ningún jefe ni ningún conjunto de hombres puede conformar una organización militar eficiente y capaz de realizar una operación como la que se ejecutó, si no hay una capacidad previa totalmente desarrollada, tanto en la doctrina, como en los conocimientos y preparación del personal y el material disponible. El hecho de que esto fuera una realidad en la Armada a principios de 1982, es un mérito atribuible a todos aquellos que a lo largo del tiempo trabajaron y perfeccionaron a esta fuerza” (1984: 10).

En definitiva, Büsser construye un relato absolutamente descontextualizado, en el que sólo ilumina la Operación Rosario dejando toda otra consideración previa o posterior en

segundo plano. Sin embargo, deja entrever un mensaje claro: cuando la Infantería de Marina se hizo cargo de la planificación y ejecución de las acciones, “todo iba sobre rieles”. El problema fue – parece decir – cuando el plan original de “ocupar para negociar” no dio resultado y luego Ejército tomó cartas en el asunto. Así las FF.AA. terminaron derrotadas.

Además, en el desembarco en las islas se produjeron las primeras muertes de la guerra, con el peso simbólico que conllevan. Los cuatro caídos entre el 2 y 3 de abril – Giachino, Guanca, Águila y Almonacid – han sido objeto de continuo recuerdo y conmemoración desde el término de la guerra. Pero indudablemente fue Giachino, el primer muerto en la guerra, el que la Armada destacó como la figura emblemática del héroe naval. De hecho, en el listado de “Héroes Navales” que la fuerza incluye en la página *web* institucional, sólo aparecen dos caídos en Malvinas y uno de ellos es Giachino. En el sitio virtual, se explican las causas de su inclusión: “La Armada Argentina reconoce en el Capitán Giachino al arquetipo del jefe, que lidera a sus hombres en combate asumiendo personalmente los riesgos mayores y que, ante órdenes recibidas, las ejecuta puntillosamente, aún a costa de su propia vida. No delegó en sus subordinados la tarea más peligrosa. La tomó para sí, lo que es privilegio de los grandes.”³⁶⁷

Entonces, mediante el recuerdo de la Operación Rosario y de sus caídos, la Armada ha intentado hacer frente a las críticas por su actuación (destacando lo bien desempeñada que estuvo), y, a la vez, transmitir a las nuevas generaciones, los valores y pautas morales que han sido constitutivos de la cultura militar³⁶⁸: la disciplina, valor y abnegación que debe caracterizar a todo buen líder, para estar al frente de las tropas y saberlas conducir pero también para estar dispuesto a dar la vida por la misión, por sus subordinados y por la Patria. Todo esto en fiel cumplimiento de la tercera “Ley del honor naval” que indica que “El puesto del superior es siempre el de mayor peligro” (*Gaceta Marinera*, 15/09/1986).³⁶⁹ De

³⁶⁷ Pedro Giachino no sólo fue un combatiente muerto en Malvinas. En los ‘70, él integró un grupo de tareas; una situación recordada en algunas publicaciones durante el conflicto y en las conmemoraciones en los ‘80 (ver: *Gaceta Marinera*, 30/04/1987).

³⁶⁸ Por lo menos hasta tiempos recientes, ya que en los últimos años el proceso de modernización de las FF.AA. ha incentivado la secularización de la profesión militar. Sin embargo, esto no ha desactivado los valores y tradiciones que por años han pervivido en las FF.AA. Este tema es abordado en las Conclusiones.

³⁶⁹ Las cinco Leyes de Honor Naval son constitutivas de la tradición naval. Éstas aparecen en manuales institucionales, como el Manual del Cadete Embarcado (Guber, 2008), y en publicaciones navales (*Gaceta Marinera*, 15/09/1986). Las cuatro restantes son: Ningún buque argentino deberá caer en manos del enemigo; Todo buque argentino se hundirá, antes que rendir el pabellón; Ningún hombre de mar abandona a un

hecho, según Colotta (2013: 23), esa siembra sistemática de la Marina ha cosechado sus frutos: en 2012, los alumnos de primer año de la Escuela Naval afirmaron tener como principal referente militar a Giachino (a diferencia de los alumnos del Colegio Militar de la Nación y de la Escuela de Aviación Militar, quienes señalaron en primer lugar a San Martín, y luego sí a otros caídos de Malvinas, como Estévez o Carballo).

Otro de los lugares de la memoria privilegiados por la Armada es el desempeño del BIM 5 en la guerra. Como vimos en el Capítulo 1, esta unidad fue el único batallón de infantes de marina que combatió en las principales batallas de Puerto Argentino y tuvo un gran accionar. Ya en junio de 1982, el comandante del Área Naval Austral, contraalmirante Horacio Zariategui, comenzó a construir la imagen de la unidad como excepcional cuando dio un discurso de bienvenida a los integrantes del BIM 5 que recién regresaban de las islas. En una sala repleta de periodistas, el oficial señaló:

“Estamos aquí para recibir a un batallón que recibía la orden de contraatacar cuando, simultáneamente, se daba la orden de izar la bandera blanca. (...). Un batallón que se rindió porque le dieron la orden, pero que mantuvo hasta el último momento su organicidad. Un batallón que demostró su eficiente preparación y cuyo comandante permaneció en su posición hasta que el último de sus hombres pudo retirarse. (...) Este batallón – remarcó –, que no tiene desnutridos y no entregó una sola arma sana al enemigo (...), este cuerpo supo hacer honor a su tradición, a la Armada Argentina y al país todo” (*Gaceta Marinera*, 01/07/1982).

Luego, autorizó a los soldados a permanecer en el recinto para hablar con los periodistas y ordenó a los suboficiales y oficiales retirarse para que no se sospechara de condicionamientos. Gran cantidad de medios de comunicación del país publicaron testimonios de los conscriptos que confirmaban la imagen del Batallón dada por Zariategui. Por ejemplo, la revista *Siete Días* publicó una nota de varias páginas bajo el título “Los combatientes del BIM 5 y sus testimonios sobre la guerra: “Ellos eran mil. Nosotros 87. Y los paramos””, acompañada de fotos de conscriptos alegres y en perfectas condiciones, y de entrevistas a soldados. En el primer párrafo, el cronista indica: “No tienen la imagen de la derrota, ni tampoco la soberbia de quienes creen haber vencido. Estos chicos no se engañan. Ni se resignan. Pese a que no pueden ocultar su dolor por un regreso sin victoria, no se

camarada en peligro; Las Tradiciones del servicio son exponentes de honor y respeto y el deber de todo Oficial de Marina es mantenerlas y enaltecerlas, como base del prestigio de que goza la Armada.

muestran abatidos ni apesadumbrados. Todos saben, o presienten, o confían en que aún no se ha dicho la última palabra” (*Siete Días*, 30/06/1982).

El resto de la nota incluía transcripciones de las entrevistas. En una de ellas, ante la pregunta sobre su alimentación, varios soldados respondieron: “(Comíamos) guiso, polenta, lentejas. Siempre tuvimos comida. Cuando no llegaba la comida caliente, comíamos la ración de campaña, de supervivencia, que viene en una cajita y tiene desde café con leche en polvo, hasta un calentador con alcohol sólido, fósforos, chocolate, etc.” (Ídem). Lo mismo aseguraron respecto a la vestimenta, municiones y correspondencia: “no nos faltó nada”, decía un conscripto, porque “nuestro comandante se ha preocupado mucho por nosotros” (ídem). Además, los testimonios de los soldados construían una imagen profesional del Batallón, que había logrado combatir de igual a igual con las tropas inglesas por su gran entrenamiento y preparación, y, de hecho, la orden de repliegue los había sorprendido preparando un contraataque:

“-Muchachos esto parece increíble... ¿puede ser que un batallón de casi mil hombres no les haya provocado ninguna baja a ustedes que eran 87? ¿Puede ser?

-Sí, puede ser, porque yo estuve allí. Yo estuve allí en primera línea y conozco a todos mis compañeros. Puede ser porque cuando nos replegábamos a nosotros nos apoyaba la artillería. Ellos avanzaban, o se quedaban cuerpo a tierra. Eran blancos relativamente fáciles. Nosotros habíamos salido de la línea de tiro de ellos, y estábamos bien atrincherados. Puede ser porque ellos atacaban a cuerpo gentil y nosotros los esperábamos en posición, bajo tierra y disparábamos desde dentro.

-¿Qué pasó después de esas dos horas que lograron retener al enemigo?

-Esperamos hacer un contraataque (...) cuando se venían los ingleses a tomar Monte Williams íbamos a lanzar el contraataque. Pero entonces llegó la orden superior de repliegue.

-(...) ¿Estaban ustedes en perfectas condiciones físicas, anímicas y militares como para encarar ese contraataque?

-Sí, estábamos dispuestos. El BIM 5 estaba para seguir” (Ídem).

La comparación entre el desempeño del BIM 5 con el de las tropas de Ejército era bien evidente para cualquier lector de la época y en un contexto en el que las denuncias por las pésimas condiciones en que habían estado los conscriptos en el conflicto eran moneda corriente. Recordemos que algunas de las críticas que tuvieron más fuerza a la hora de construir la imagen del soldado como “chico de la guerra”, fueron: el abandono del conscripto en el frente por la poca presencia de los oficiales en las trincheras; el abuso de los superiores hacia sus subordinados; la carencia de víveres, ropa de recambio, agua y

municiones por la tremenda improvisación que atravesó toda la campaña; la vida en posiciones por más de dos meses sin rotación en un clima extremadamente frío y húmedo como el de las islas, entre otras. Como consecuencia, se difundió una imagen del soldado enfrentado a condiciones inhumanas que lo superaron mucho antes del ataque inglés, y que al momento del mismo sólo atinó a huir, replegarse desesperadamente, abandonando su posición.

El contraste entre esa imagen hegemónica de la guerra que habían vivido los conscriptos y los testimonios de los soldados del BIM 5 era tan evidente que incluso el periodista se vio obligado a aclararlo: "... esta gente de infantería de marina (el único batallón de la Armada que combatió en Malvinas; el último que entregó sus armas) aporta un panorama distinto del que dieron otros soldados, con el fantasma del hambre, del frío, de la falta de municiones y de la aparente carencia de coordinación entre las fuerzas. Esta gente de la Armada inclusive asegura que no se rindió" (ídem).

Este énfasis en el gran desempeño de Infantería de Marina, que contrasta con el de las tropas de Ejército, también lo encontramos en el libro *Desde el Frente. Batallón de Infantería de Marina N°5*, escrito en 1996 por el contraalmirante Carlos Robacio – a la sazón comandante de la unidad durante la guerra – en colaboración con el suboficial Jorge Hernández, subcomandante.

Esta obra, que ya va por su cuarta edición, resulta una referencia obligada para conocer la participación de la Infantería de Marina en 1982. En un relato de casi 500 páginas, el autor pretende destacar el comportamiento ejemplar y excepcional de sus integrantes, fruto de la excelencia de su entrenamiento. Para ello incluye las voces de los "adversarios" en el texto, y destaca constantemente el trato diferencial que gozaron como prisioneros por el respeto y consideración británica hacia su accionar: "en este tiempo se acercó y permaneció con nosotros un Oficial Inglés Jefe de Inteligencia (...), cuyo cargo sería el de historiar las acciones de cada una de las Unidades de Combate. Sus conceptos sobre la actuación de nuestra Unidad y cuanto les había costado doblegarnos, fue ponderable" (Robacio, 2004: 410).

En el prólogo del libro, Robacio señala que "bajo ningún punto de vista" es su intención "demostrar que alguno estuvo mejor que otro, como ya ha ocurrido. Ni tampoco mostrarnos como perfectos, y distamos mucho de serlo". Sin embargo, sólo una página más

adelante, y con la excusa de destacar el accionar de las tropas de Ejército, indica claramente cuáles fueron sus falencias: "...comprender el inmenso valor de aquellos que aún careciendo de un adecuado adiestramiento, adaptación al ambiente y con escasos elementos, enfrentaron la acción con un sacrificio, esfuerzo y determinación encomiables" (2004: s/n). La comparación es imposible de pasar por alto en un relato en el que el profesionalismo y entrenamiento de la unidad que además ya estaba aclimatada, son dos de los ejes principales.

Para la Armada, elegir la experiencia del BIM 5 ha sido fundamental, no sólo para demostrar que participó en la guerra y que estuvo en el frente de batalla, sino principalmente para destacar que el desempeño de sus tropas fue mucho mejor que el de Ejército. De hecho, el mensaje solapado, y a veces no tanto, es el mismo que vimos para el caso de la Operación Rosario. En palabras de un oficial "si la preparación hubiera sido pareja, en general, no sólo creo que el resultado hubiera sido distinto, sino todo lo contrario de lo que fue" (*Gaceta Marinera*, 01/07/1982). Inclusive, muchos relatos de protagonistas de la guerra y de las publicaciones institucionales, al centrarse únicamente en la experiencia de la Armada en el frente de batalla, dejando de lado a quienes integraban la mayor parte del dispositivo de defensa – las tropas de Ejército –, discuten la decisión de rendirse. Esto que ya aparecía en los testimonios de los integrantes del BIM 5 – como veíamos en la nota de *Siete Días* –, se repite en *Gaceta Marinera* en varias de sus ediciones especiales sobre la guerra. Por ejemplo, en el CD multimedia realizado para los 25 años del conflicto, *Gaceta* repite casi textualmente las palabras que aparecían en una publicación especial de 1982: "Existían hasta ese momento [el 14 de junio] muchas posiciones argentinas que se mantenían intactas y con una alta moral de combate. Sin embargo, se cumple con la orden de entregar el armamento."³⁷⁰

Además, al igual que en el caso de la Operación Rosario, también los infantes de marina que combatieron en el frente de batalla permiten destacar una serie de valores tradicionales de la Marina para transmitir a las nuevas generaciones: la disciplina pero también la inventiva, la relevancia del entrenamiento, el valor, la disposición a morir por la Patria, entre otros. Ello es evidente cuando se reseña la vida de Castillo, un suboficial del

³⁷⁰ Esta imagen positiva de la actuación del Batallón en la guerra fue también utilizada por uno de sus integrantes, el capitán Pernías, cuando fue al Senado a defender su ascenso en 1994, impugnado por su actuación en la represión en los '70. Ver: Lorenz (2006: 168) y Vertbisky (1995).

BIM 5 que murió en las islas, en la página *web* de la Armada (él es el otro caído en Malvinas incluido en el listado de “Héroes navales” además de Giachino):

“...Murió sin amilanarse, en combate, abriendo senda y transformándose en un vivo ejemplo para los Infantes de Marina.

El Suboficial Segundo de Infantería de Marina Julio Saturnino Castillo, Héroe de la guerra de Malvinas recibió la máxima condecoración: La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate por *“Rechazar en forma individual y por propia iniciativa, el ataque de una fracción enemiga produciéndole severas bajas, posteriormente perseguirlas y continuar combatiendo en permanente y ejemplar actividad de arrojo hasta ofrendar su vida...”* (Bastardillas en el original).³⁷¹

Otro de los lugares de la memoria destacados por la Armada es el “bautismo de fuego” de la Aviación Naval. Recordemos que el 4 de mayo (a sólo dos días del hundimiento del Crucero General Belgrano), los pilotos de la Segunda Escuadrilla de Caza y Ataque hundieron el buque Sheffield. Los relatos de este acontecimiento llegaron a ribetes legendarios aún durante la guerra, porque a falta de operaciones en tierra y en el mar, el accionar de la Fuerza Aérea y Aviación Naval fue muy publicitado. Ya desde mayo de 1982, con los primeros hundimientos, los medios de comunicación empezaron a destacar el profesionalismo y coraje de los pilotos. E incluso, en esos tiempos, la prensa extranjera comenzó a difundir voces de admiración: “Los pilotos argentinos ganan el corazón de sus compañeros y la admiración de sus enemigos. Casi a diario ellos vuelan hacia la batalla y los pilotos se están transformando en héroes de la Guerra de las Malvinas, admirados por sus enemigos casi tanto como por sus compatriotas” (Keneth Freed de *The Miami Herald*, en: *Gaceta Marinera*, abril 2012).

El hundimiento del Sheffield ha sido uno de los hitos permanentemente destacado por la Aviación Naval para reivindicar su actuación, no sólo por ser su “bautismo de fuego” – que la institución estableció como “Día de la Aviación Naval” –, sino también por haber sido una operación inédita a nivel mundial. Era la primera vez que se lanzaban misiles anti-buques desde aviones de ataque con la combinación Super Etendard-Exocet, logrando un resultado exitoso. Todos estos elementos fueron indicados por el entonces comandante de

³⁷¹ La Armada ha realizado gran cantidad de homenajes en su memoria, y hasta denominó a un buque (aviso) con su nombre; cuestión de gran relevancia en la tradición naval, ya que incluso hay un reglamento que indica el nombre que se le puede otorgar a los buques según el tipo de unidad naval que sea. Ver: <http://www.ara.mil.ar/pag.asp?idItem=30>

Aviación Naval, contraalmirante Moya, en el mensaje por el aniversario de creación de la institución en febrero de 1983: “[En la guerra] hubo heroísmo, sí, pero fundamentalmente profesionales concientes. Las batallas se ganan destruyendo sin dejarse destruir y Gran Bretaña, nuestro enemigo, no creyó en nuestra capacidad de daño hasta que los hechos la llevaron a la realidad”. Luego de cuantificar las acciones realizadas, los recursos con que contaban y los resultados obtenidos, dedicaba el último párrafo al hundimiento del Sheffield: “Ese día la Armada Argentina abrió a los ojos del mundo un nuevo capítulo en la doctrina de las operaciones aéreas navales. Ese ataque produjo una sustancial modificación en el empleo de las fuerzas navales británicas, imponiendo de allí en más, y por la amenaza potencial que significaba, un gran esfuerzo adicional para contrarrestarla...” (*Clarín*, 13/02/1983).

Uno de los vectores de la memoria que más ha alimentado esta imagen de los pilotos navales es el Tomo III de la *Historia de la Aviación Naval Argentina*, íntegramente dedicado a la contienda bélica y realizado a instancias del Departamento de Estudios Históricos Navales bajo la coordinación del contraalmirante Héctor Martini. La obra, publicada en 1992, comienza con la dedicatoria a los pilotos que “dieron su vida por la Patria”. El prólogo del contraalmirante Arguindeguy cita algunos fragmentos de la tan publicitada carta que Clostermann, el as del aire de la Segunda Guerra Mundial³⁷², le envió a los pilotos argentinos ni bien finalizado el conflicto:

“La **Historia de la Aviación Naval de la Armada Argentina** cumple hoy un nuevo solo: dá a publicidad un **Tercer Tomo** de su largo y glorioso historial, que comprende su actuación protagónica en la **Guerra del Atlántico Sur**, gesta de la que el aviador francés **Pierre Clostermann** dijera:

“Nunca en la historia de las guerras, desde 1914, tuvieron aviadores que afrontar una conjunción tan terrorífica de obstáculos mortales (...). Vuestro valor nos ha deslumbrado y no sólo el pueblo argentino **no debe olvidaros nunca**, sino somos muchos los que en el mundo estamos orgullosos de que seáis nuestros hermanos pilotos”” (1992: 11; Realzado en el original).

La obra es un relato pormenorizado y técnico de los vuelos de las escuadrillas antisubmarinas, de ataque, exploración, reconocimiento, rescate, de helicópteros y de sostén logístico; una enumeración de las acciones realizadas por cada una y de los resultados

³⁷² Pierre Clostermann (1921-2006) fue un piloto de aviación militar francés que participó en el Día “D” y realizó muchas otras operaciones de combate (como interceptaciones aéreas, escolta de bombarderos y bombardeos de sitios clave) desde 1942 a 1945, cuando se retiró. Luego de la guerra, se transformó en una figura emblemática por su “heroísmo” e incluso tuvo una exitosa carrera política.

obtenidos. Para luchar contra la imagen de fanáticos o suicidas de los pilotos que la prensa difundió, a lo largo del texto Martini destaca una y otra vez que los triunfos logrados o las misiones cumplidas se deben al entrenamiento, profesionalismo y coraje de los pilotos, y ellas son aún más destacables por la inferioridad de condiciones en que se hallaban.³⁷³

Esta imagen de la actuación de Aviación Naval en el conflicto, alimentada también por la “campana” de prestigio llevada a cabo por Fuerza Aérea en la posguerra³⁷⁴ (Guber, 2007a), se actualiza en cada aniversario del 4 de mayo y en ocasiones de fuerte peso simbólico, como las “fechas redondas”. En el número especial por los 30 años de la guerra, *Gaceta Marinera* dedica una nota a los pilotos navales, titulada “No los verán llegar”. En la cita elegida para el epígrafe, aparecen claramente cuáles son los valores y principios que la Armada pretende transmitir al futuro al difundir estas acciones: “Sólo confían en la disciplina, el estudio y el entrenamiento intenso. Conocen el riesgo, aún en los adiestramientos, lo aceptan y lo vencen con la capacidad desarrollada. No con la improvisación. Aman la vida” (Rubén Benítez, *La Nueva Provincia*, 1985, en: *Gaceta Marinera*, abril 2012).

Ahora bien, si hay un emblema de la Armada vinculado a la guerra Malvinas, este es, sin ninguna duda, el hundimiento del Crucero General Belgrano, un buque insignia de la institución por sus dimensiones y por su historia en la fuerza.³⁷⁵ En esa acción murieron 323 personas, la mitad de los caídos totales en la guerra, lo que representa el 82% de total de muertos en operaciones navales (Guber, 2008), y, por tanto, es el símbolo más dramático de la participación de la flota de guerra en el conflicto. De hecho, en los aniversarios de la creación de la Flota de Mar, las autoridades navales suelen nombrar el hundimiento del

³⁷³ Resulta interesante tener en cuenta que la inferioridad de condiciones lejos de implicar algún tipo de autocrítica por el estado del equipamiento naval o ser un atenuante de la heroicidad del hecho, lo realza. Ese también es un recurso muy utilizado por Fuerza Aérea para construir su memoria institucional de la guerra (Guber, 2007a).

³⁷⁴ Si bien en declaraciones a la prensa, los pilotos de la Fuerza Aérea y de Aviación Naval se han cuestionado mutuamente, lo cierto es que para la opinión pública esas distinciones no son relevantes. La imagen primordial que transmiten las diversas publicaciones para un lego en asuntos militares es que todos ellos fueron pilotos que desempeñaron un buen papel en la guerra. Aunque también es cierto, como indiqué en el Capítulo 1 y 3, que fue la Fuerza Aérea la que más se benefició de esa campana de prestigio.

³⁷⁵ Cuando la Armada Argentina lo compró en 1951, el Crucero USN “Phoenix” había sido desafectado unos años antes. Veterano de la II Guerra Mundial y sobreviviente de Pearl Harbour, el Crucero ya había cumplido su ciclo para la Marina estadounidense. El buque fue comprado a los EE.UU. durante el gobierno peronista y denominado “17 de Octubre”. En 1955 participó en la autodenominada “Revolución Libertadora” bajo la comandancia del almirante Isaac Rojas. Inmediatamente, y ante tan controvertida denominación, fue rebautizado “General Belgrano”, y siguió en servicio activo hasta 1982.

Crucero para hacer referencia a la cuota de sangre pagada en Malvinas (ver: *Gaceta Marinera*, 22/12/1986).

Sin embargo, el sentido del acontecimiento ha sido motivo de controversia desde el mismo 2 de mayo de 1982 y continúa siéndolo hoy. Ya a principios de ese mes, los medios de comunicación denunciaron la acción como una flagrante violación a las Convenciones de Ginebra por haber sido hundido fuera de la Zona de Exclusión Marítima. En un artículo titulado “Estupor por la quiebra de los principios de la guerra”, *Gaceta Marinera* denunciaba:

“El torpedeamiento del Crucero “General Belgrano”, que se mantenía fuera de la zona declarada por el Reino Unido como de exclusión marítima y sujeta de hostilidades, ha resultado aquí un hecho desencadenante de graves emociones. Hay sorpresa en la imaginación y rabia contenida en los corazones (...). No se trata de no dar o que no se dé cuartel. Ese es un aspecto de exclusivo resorte militar. Se trata de que la guerra tiene reglas de adaptación a los valores de la civilización que hoy están suprimidas. También ésta ya es una guerra salvaje, desprovista de todo viso de respeto y caballeridad” (06/05/1982).

De ahí en más, se dio comienzo a un arduo debate, tanto en Argentina como en Gran Bretaña, que incluso llevó a los familiares de los caídos a hacer presentaciones en tribunales internacionales para que se reconociera la acción como un crimen de guerra.³⁷⁶ Al hecho de haber sido hundido fuera de la Zona de Exclusión, se sumaron otras denuncias como que su ataque fue una mera estrategia política de la Primer Ministro británica Margaret Thatcher para llegar a un punto de no retorno en las negociaciones, que se trataba de un buque antiguo completamente indefenso ante un submarino nuclear y, por ende, que no representaba una verdadera amenaza para Inglaterra.

Para la Armada, el hundimiento del Crucero era la acción ideal para presentar a Gran Bretaña como agresora en el conflicto. En 1983, en el acto de inauguración del monumento a los caídos del Crucero General Belgrano en la Base Naval Puerto Belgrano, el comandante de la Flota de Mar, contraalmirante Morris Girling, dejaba en claro la posición de la Armada sobre el hundimiento al considerarlo una “afrenta”:

³⁷⁶ Los pedidos de los familiares de los caídos ante la Comisión Investigadora de las Violaciones a los Derechos Humanos dependiente del Ministerio de Defensa de Argentina, y ante el Tribunal Internacional de Estrasburgo para que sea declarado crimen de guerra y juzgado como tal, han sido desestimados.

“Digo afrenta, porque si es cierto que sólo la victoria debe estar presente como única meta en la conciencia de quien combate y en este sentido virilmente admitimos que aquel hundimiento se encuadraba en esta noción de la guerra, no es menos cierto que es poco el respeto que se merece un enemigo que preanuncia que actuará en un área para hacerlo después en otra, que se sirve de lo más sofisticado e insidioso para batir un blanco que no podía defenderse de modo equivalente y que aún condecora a los autores de tal acción. Nada o casi nada arriesgaron, pues, quienes hace un año abatieron al “General Belgrano”; para hacerlo sumaron contra un buque que entrara en servicio hace cuarenta y cinco años, y que por carecer de misiles no representaba mayores riesgos para la flota enemiga, que por ello sólo desempeñaba una tarea de patrulla en un área lateral, toda la inmensa capacidad y la desmesurada ventaja que otorgaban la información precisa del satélite de inteligencia de sus aliados de entonces, más la gran velocidad, profundidad de operación y sofisticada precisión y efecto de los sensores y armas de un moderno submarino nuclear.

Detengamos aquí la evaluación de lo hecho por el enemigo. Pero debe antes decirse que si alguna vez se admitió en el mundo que sus armas navales merecieron gloria en el curso de su historia, es evidente que el 2 de mayo de 1982, Inglaterra bastardeó la memoria de sus héroes con un hecho de guerra deleznable” (*Gaceta Marinera*, 11/05/1983).

Si bien el comandante definía la acción como “hecho de guerra”, realizaba una crítica lapidaria a la “flota enemiga” que no reparó en ningún límite con tal de llegar a la victoria. Desde esta perspectiva, los tripulantes del Belgrano fallecieron sólo por una decisión política del gobierno inglés de llevar el enfrentamiento hasta las últimas consecuencias en un acto “sin gloria” ya que no disponían de ningún tipo de defensa. Por ende, son las nociones de sacrificio e inmolación las que aparecen en primer plano. En la inmediata posguerra, para la Armada, los caídos del Crucero eran “mártires”³⁷⁷, su muerte un “holocausto” y la acción una “tragedia”, como indicaba claramente el comandante en jefe de la Armada, almirante Franco, en el primer aniversario del hundimiento:

“Al cumplirse un año del holocausto del Crucero “General Belgrano” rendimos solemne homenaje a nuestros camaradas muertos en la acción y sepultados en la profundidad del Mar Argentino.

(...) Estamos junto a padres, esposas, hermanos e hijos que aportan su amarga cuota de sufrimiento por la eterna ausencia de quienes inmolaran su vida por la Patria. Llegue a todos ellos, hasta el más lejano rincón del país, la calidez solidaria de la Armada.

³⁷⁷ Cuando hago referencia a la figura de víctima y mártir acudo a las conceptualizaciones de Salvi: “Mientras que el primero [la víctima] padece pasivamente la injusticia de un sufrimiento que es inmerecido, el segundo [mártir] enfrenta como un héroe lo adverso de las circunstancias a pesar de que es conciente los costos que eso puede provocar. Si bien la víctima sufre, el mártir sufre más pues sufre activamente al anticiparse y no doblegarse ante la muerte por venir” (Salvi, 2010: 124). No obstante, también existe una diferencia entre el héroe y el mártir dada sobre todo por las circunstancias de su muerte: mientras el mártir acepta resignadamente su cuota de sacrificio y actúa en consecuencia aún en inferioridad de condiciones o en una situación adversa, lo que provoca su muerte en un acto injusto; el héroe se dispone a combatir activamente por una causa que considera justa pero de ninguna forma su muerte equivale a una injusticia: el héroe muere en un combate noble con un enemigo de igual a igual, lo que los reviste de gloria a ambos.

Percibimos claramente que todas las naciones de Latinoamérica comparten fraternalmente nuestra pena. Pero también saben de nuestra hidalguía y de nuestro orgullo por estas heroicas ofrendas. (...) La injusticia fortalece nuestra decisión en el logro del objetivo. El sacrificio de los hombres del Belgrano y el Sobral no ha sido ni será estéril. Este homenaje lleva el firme compromiso de ofrendarles nuestro triunfo el día de la victoria final. Esa es nuestra meta; no claudicaremos hasta conseguirla” (*Gaceta Marinera*, 11/05/1983).

Sin embargo, esos argumentos tuvieron el efecto de *boomerang*, porque comenzaron a multiplicarse las críticas a la institución por haber arriesgado vidas inútilmente:

“Francamente, si llegáramos a comprobar que la cuota de emocionalidad primó en la decisión que pudiese haber habido para que un buque de la flota de guerra como el Crucero General Belgrano o cualquier otro, se arriesgue a ser hundido solamente para dejar a salvo el buen nombre y honor de alguna persona o la imagen de valerosos de los militares, iniciáremos una investigación desde el Congreso...” (Testimonio de un senador, en: *Gaceta Marinera*, 12/5/1983).

Frente a estos cuestionamientos, y ante aquellos que la acusaban de ser culpable de la derrota por su inacción, la Armada paulatinamente cambió su estrategia y comenzó a construir una memoria en la que, si bien destacaba el “sacrificio” de “los caídos por la Patria” – siguiendo la tradición militar –, acentuaba que la acción había sido un “hecho de guerra” con todas las de la ley y los caídos en vez de víctimas o mártires debían ser considerados “héroes”. Sin dudas, el gran emprendedor de esta memoria del hundimiento del Crucero, fue su último comandante, el capitán de navío Héctor Bonzo, quien en cada oportunidad que tuvo repitió públicamente los siguientes conceptos³⁷⁸:

“Tanto es impropio aceptar que el Crucero ARA *General Belgrano* estaba paseando por los mares del Sur, como decir que el ataque del HMS *Conqueror* fue a traición.

³⁷⁸ Esta cita proviene del libro de Bonzo titulado *1093 tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante* que fue publicado por primera vez en 1992 (y ya va por su tercera edición). Sin embargo, en declaraciones de Bonzo en la inmediata posguerra todavía no se encuentra esta concepción completamente construida y en ocasiones su mirada resulta mucho más cercana al discurso del capitán de la Flota de Mar en el primer aniversario. En un artículo de 1984, el capitán indicaba: “Los mismo británicos, después de finalizar las acciones, reconocieron que el buque fue hundido no “en el límite de la zona de exclusión”, sino 35 millas al sur de ese límite. Y ahí concuerdo con los ingleses (...). En cuanto hace a la amenaza a la flota disiento totalmente. El buque navegaba con rumbo 290 grados hacia el continente, a velocidad moderada, en evidente e incuestionable tarea de patrulla, en cumplimiento de lo ordenado; su posición y movimiento descartan de hecho entonces el argumento que era una amenaza inminente para la Armada británica, como para usarlo de justificativo” (*Gaceta Marinera*, 14/03/1984). Luego, y debido a las circunstancias indicadas, fue construyendo una percepción opuesta de forma mucho más contundente. Para un análisis de la memoria del hundimiento del Crucero centrándose en su décimo aniversario, ver: Guber (2008).

A partir del 1° de mayo estuvimos moviéndonos en pleno frente de batalla y preparados para abrir fuego sobre cualquier blanco aéreo o naval que se cruzara en nuestro camino, ya que nos separaban pocas horas para el encuentro táctico. En la mañana del 2 adoptamos un rumbo transitorio al Oeste y ello hace muy poco al análisis de los hechos, porque otras circunstancias inmediatas podrían hacernos retomar el rumbo Este o Norte” (Bonzo, 2000: 402).

En un relato técnico y profesional, el capitán Bonzo destacaba que el Crucero sí fue una amenaza para la flota británica. Desde su perspectiva, esto quedó en evidencia el 1° de mayo cuando la flota de guerra intentó una acción ofensiva que finalmente tuvo que abortarse por las condiciones climáticas, entre otros factores. Por ende, la cuestión tan debatida de si estaba dentro o fuera de la Zona de Exclusión no constituye un elemento relevante en su argumentación, ya que esa posición era circunstancial. Tampoco se encuentra allí una crítica a Gran Bretaña por haber atacado al Crucero. Oponiéndose en cada punto al discurso difundido en la inmediata posguerra, Bonzo indicaba que cada tripulante era conciente de los riesgos que corría y que estaba dispuesto a combatir y morir para recuperar lo propio, en un hecho de guerra con todas las de la ley. Por ello, los “muertos son héroes no mártires. No iban a morir sino a luchar por su Patria. Pero el cumplimiento de su deber lo concibieron hasta sus últimas consecuencias” (Bonzo en: *Gaceta Marinera*, 14/03/1984). El último comandante del Crucero no dejaba lugar a dudas:

“De manera que hablar de inmolación, holocausto, traición, víctimas, engaño, mártires... para referirnos al Crucero ARA *General Belgrano* y sus tripulantes puede haber sido un recurso psicológico de oportunidad. Pero de ninguna manera puede ser el léxico apropiado para expresar conceptos sobre este episodio de la guerra, que al fin fue tan cruel como cualquiera de las que hayan asolado al mundo” (Bonzo, 2000: 402).

Este nuevo relato del hundimiento del Crucero por Bonzo fue adoptado oficialmente por la Armada. De hecho, sus elementos pueden encontrarse en la gran mayoría de las publicaciones navales desde mediados de los ‘80 hasta la actualidad.

El ejemplo más claro es la nueva denominación que *Gaceta Marinera* le ha dado al hecho. Desde fines de los ‘90, siguiendo fielmente los lineamientos de Bonzo, *Gaceta* hablaba de la “Batalla Naval del Banco Burdwood” (la zona donde fue atacado el Crucero) (abril 1999, mayo 2000), remontaba la explicación al intento ofensivo del 1° de mayo y, a

veces, ni siquiera hacía referencia a la Zona de Exclusión Marítima (abril 2012).³⁷⁹ De todas formas, en sectores ajenos a la Armada, el debate continúa, e incluso, en varios actos conmemorativos se ha observado la disputa entre quienes retomaban la concepción ya oficial de “hecho de guerra” (la autoridad militar) y quien se refería al “acto cobarde y criminal” (el representante del gobierno nacional/provincial).³⁸⁰

Entonces, la historia del Crucero es el principal hecho elegido por la Armada para combatir las acusaciones de que la flota no participó en el conflicto. Desde 1982, ha sido el elemento primordial de la memoria naval de la guerra sobre todo por la acción de una institución constituida en 1987 para “mantener vivo el recuerdo” del buque y sus caídos: la Asociación Amigos del Crucero General Belgrano.³⁸¹ En parte gracias a su intervención, diversas entidades realizaron gran cantidad de actos conmemorativos y obras de arte en homenaje a los caídos, más de 50 escuelas fueron denominadas con el nombre del buque y el gobierno nacional proclamó el 2 de mayo como “Día Nacional del Crucero General Belgrano”. Y la Asociación, además, publicó varios libros³⁸², organizó diversas actividades en su memoria (charlas, conferencias, clases alusivas) y promovió la construcción de monumentos y memoriales a lo largo de todo el país.

Además de enfrentar los cuestionamientos, conservar y actualizar la memoria del hundimiento le ha permitido a la Armada promover la transmisión de pautas y tradiciones navales. Al igual que los otros lugares de la memoria elegidos, esta acción también es una oportunidad para referir a la importancia del entrenamiento previo, la disciplina, la subordinación, la camaradería, el valor, y la importancia de la fe, ya que una de las cuestiones que destaca continuamente es que por esos factores sobrevivieron tanta cantidad de personas (algo inusual en este tipo de catástrofes). En tanto la fuerza naval señala

³⁷⁹ De todas formas, hay excepciones como el relato sobre el hundimiento que aparece en el sitio *web* de la Armada, en el que se retoman algunos de los sentidos propuestos en la inmediata posguerra. Por cierto, otra variable que indica la relevancia del hecho para la Marina, es que es el único acontecimiento que dispone de un *link* propio. Ver: <http://www.ara.mil.ar/malv/malv/2e.html>

³⁸⁰ Palabras del gobernador de Buenos Aires, Felipe Sola, en el acto del vigésimo aniversario del hundimiento (*Clarín*, 03/05/2002). Lo mismo sucedió en la conmemoración del 2012.

³⁸¹ La institución es una asociación civil de carácter histórico-patriótico que fue constituida a instancias de un grupo de ex-comandantes y tripulantes del buque, a quienes luego se unieron familiares de los caídos, sobrevivientes y diversas personas en general. También existe otra institución con fines similares de creación más reciente: Asociación Última Tripulación del Crucero ARA "General Belgrano".

³⁸² Estos son: Asociación Amigos del Crucero General Belgrano (2000) y Bonzo (2000b). Para una enumeración de estas actividades, consultar estas obras.

continuamente la solidaridad y el espíritu de cuerpo que reinó en la dotación a la hora de abandonar la nave y enfrentar la espera en las balsas, rescatando situaciones de ayuda y colaboración mutua entre los tripulantes, este acontecimiento también permite transmitir y actualizar la cuarta “Ley de honor naval” que indica que “Ningún hombre de mar abandona a un camarada en peligro” (*Gaceta Marinera*, 15/09/1986).

Pero, principalmente, el hundimiento del Belgrano pone de relieve la disposición a combatir hasta dar la vida por la Patria en cumplimiento del deber y más allá de la inferioridad de condiciones. Disposiciones que deben caracterizar a todo marino, en tanto representa un fiel ejemplo de la máxima propuesta por el padre de la Armada, el almirante Guillermo Brown, antes del combate de Quilmes en 1826³⁸³: “¡Es preferible irse a pique antes que rendir el pabellón!”, que constituye otra Ley de honor naval (Ídem). Los fundamentos de la condecoración nacional “Honor al valor en combate” otorgada al Crucero, lo indica claramente: “Habiendo sido sometido a un ataque de submarino nuclear que le impidió cualquier tipo de reacción, testificar con su hundimiento, al lema del buque de “Irse a pique antes que rendir su pabellón”, mostrando en el comportamiento de su personal, un adiestramiento y disciplina que hacer honor a una estirpe guerrera y al temple en combate” (Bonzo, 2000: 406).

Por último, el otro acontecimiento elegido por la Armada para construir su memoria oficial y responder a las críticas por el repliegue de la flota, es el ataque al Aviso Alférez Sobral. Si bien se trata de un acontecimiento de segundo orden en la memoria naval, suele ser destacado en las conmemoraciones, en los discursos de las autoridades navales, en las publicaciones institucionales y hasta es objeto de un libro de reciente publicación del Instituto de Publicaciones Navales, titulado *La epopeya del Aviso ARA Alférez Sobral* de Jorge Muñoz (2008). Recordemos que el buque auxiliar fue atacado el 3 de mayo por helicópteros ingleses cuando se hallaba en una misión de rescate y como consecuencia

³⁸³ Entre 1826 y 1828, en la guerra entre Brasil y Argentina por el dominio de la Banda Oriental, el almirante Brown con una pequeña e improvisada flota logró romper en varias oportunidades el bloqueo que la escuadra imperial pretendía imponer en el Río de la Plata. Fue en el combate de Quilmes el 29 y 30 de julio de 1826 cuando Brown logró que la flota brasileña que lo triplicaba en poder se replegara. Este es otro de los acontecimientos que la Armada considera clave de su memoria institucional y que le es funcional para la transmisión de los valores y pautas morales indicados. Para los hechos relevantes para la historia institucional, se pueden consultar los 10 tomos de la *Historia Marítima Argentina*, y fundamentalmente los manuales de historia naval que la Armada publicó para distribuir en las escuelas secundarias y primarias, como el “Manual de Historia Marítima Argentina” (Destéfani, 1975).

fallecieron 8 tripulantes. Por ende, en un comienzo, y al igual que en el caso del Crucero General Belgrano, el ataque fue ampliamente difundido porque Gran Bretaña otra vez no había respetado las leyes de la guerra, como indicaba el jefe de la Región Naval del Noroeste, capitán de navío César Gandolfo, al despedir los restos de un tripulante en Salta:

“El dolor se mezcla con indignación al saber que nuestro camarada fue abatido por el artero ataque de un enemigo que no repara en atacar buques fuera de la zona del conflicto, que él mismo limitó; a remolcadores indefensos, con todas sus luces prendidas y la bandera de la Cruz Roja izada en una humanitaria misión de rescate, como en este caso; o hundiendo pesqueros civiles como lo acaba de hacer [refiriendo al ataque al “Narwal”, que en realidad estaba en una misión de inteligencia]. Porque esos son los únicos triunfos que han podido obtener. Porque en el combate viril, de frente, fueron inexorablemente derrotados” (*Gaceta Marinera*, 12/05/1982).

Sin embargo, luego del conflicto, se reveló que el buque no llevaba la insignia de la Cruz Roja, y si bien intentó dar a conocer su misión mediante distintos recursos, ello no fue advertido por los pilotos ingleses. Por eso, en la posguerra, si bien el hecho continuó siendo ampliamente difundido, la Armada eligió remarcar otro elemento: la conducta del comandante de la nave, el capitán de corbeta Sergio Gómez Roca, que aún ante una abrumadora inferioridad de condiciones y sin posibilidad de defensa, decidió cumplir con la misión hasta dar su vida en ella; él sí era un verdadero “mártir”. A decir verdad, este hecho ya había sido destacado durante la guerra, como se puede observar en la siguiente nota:

“Y cuando el soldado es un jefe que cae abatido en su puesto de comando, los sentimientos y las emociones cobran dimensión patética y sublime. Así cayeron muchos héroes en el curso de nuestra breve historia de la Nación. En poco más de siglo y medio, hubo sobrados ejemplos de valor y abnegación en todas las armas de nuestra fuerzas militares. Y también, por cierto, en la Marina, que destaca hechos de relevancia a través de las campañas de la Independencia, en la guerra contra el Imperio y en las luchas civiles por la organización nacional.

(...) El honor del personal de la Marina de Guerra ha sido levantado siempre a alturas de gloria por la conducta de quienes prefirieron ofrendar sus vidas antes que rehuir a la responsabilidad del mando o los peligros del combate. Y ahora nuevamente es así. Los hechos del aviso “Alférez Sobral” y la conducta de su comandante, el capitán de corbeta Sergio Raúl Gómez Roca, lo ponen nuevamente de manifiesto (...). El honor y el sacrificio; el heroísmo y la gloria, son constantes que nos vienen de la historia y se reiteran en la acción presente de los hombres de la Armada en todas sus jerarquías.

El capitán Gómez Roca murió en el puente de comando de su buque, atacado por fuerzas superiores y sin posibilidad efectiva de defensa. Pero, no cejó. Su buque llegó a destino. Sin puente y sin palo, pero llegó. Cumplió el cometido de tomar puerto, y la figura de un héroe se afincó otra vez en la memoria de la Patria.

¡Gloria y honor! ¡Honor a los marinos del “Sobral” y a su bravo comandante!” (*Gaceta Marinera*, 12/05/1982).

En la posguerra, si bien este elemento continuó siendo indicado, lo que la Marina principalmente ha puesto de relieve de la actitud del capitán es otra cuestión que abona a la figura del mártir: el hecho de que ante la posibilidad del ataque, Gómez Roca ordenó a la mayoría de la tripulación refugiarse en un lugar seguro del buque, mientras él y el personal necesario para navegar el Aviso se mantuvieron en el puesto de comando. Finalmente, Gómez Roca y los otros siete tripulantes que lo acompañaban murieron en el ataque inglés que fue arteramente dirigido a esa área, mientras el resto de los tripulantes bajo la dirección de su segundo comandante logró regresar a puerto. En *No vencidos*, Mayorga recupera uno a uno estos elementos:

“El Aviso ARA Alférez Sobral es un buque de guerra no por sus características físicas sino por el sentir de su tripulación. Pintado de otro color hubiera podido parecer un remolcador civil o una embarcación pequeña. Pero tripulado como estaba, era una unidad naval de “primera categoría”. Afrontaba una misión imposible, una comprensión total de las razones que motivaron al Superior a imponerla, una obediencia espartana para aceptar los riesgos que sabían que iba a sobrevenir... Este fue un buque que no perdió a su Comandante – último comandante muerto en el puente desde las guerras de la Independencia – porque su espíritu fue mantenido vivo por la tripulación a la que salvó cuando ordenó despejar cubiertas donde ya nada se podía hacer” (1998: 277).

Al igual que Bonzo que fue el último tripulante en abandonar el Crucero, la conducta de Gómez Roca permite transmitir las cualidades que debe tener todo capitán de un buque, la valentía y disposición a “dar su vida para preservar la del resto del personal” (*Gaceta Marinera*, junio 2007) en el cumplimiento de la misión, aún en inferioridad de condiciones. Esto en fiel acatamiento de la “Ley del honor naval” que indica que “El puesto del superior es siempre el de mayor peligro” (*Gaceta Marinera*, 15/09/1986). Además, el hecho de ser el primer “comandante muerto en el puesto de comando desde las guerras de la Independencia” es un factor que una y otra vez destaca la Armada, porque a la vez que permite anclar estos valores y pautas morales en una continuidad histórica de la institución desde los combates navales del siglo XIX, le da la posibilidad de combatir la imagen de los oficiales que no lucharon y que dejaron solos a sus subordinados en los enfrentamientos con tal de resguardar sus vidas. En un tono característico de Mayorga, el autor discute esa concepción: “Los

antimilitaristas en general y los izquierdistas en particular repiten de manera insistente que los oficiales abandonaron sus tropas. ¿Saben ellos que en esta guerra se produce la mayor proporción de oficiales muertos con respecto a los combatientes?” (1998: 516).

La guerra del Apostadero y la memoria naval

Ahora bien, ¿cuáles son aquellos argumentos esgrimidos por los integrantes del Apostadero para fundamentar que han sido excluidos de la memoria de la institución? Y además, ¿en qué se basa la tesis aquí propuesta de que la guerra del Apostadero no ha sido reconocida oficialmente por la Armada?

Los miembros del Apostadero Naval Malvinas mencionan principalmente dos argumentos para fundamentar su exclusión de la memoria institucional. Por un lado, insisten en el silenciamiento y/o falta de relevancia de “su” guerra en la historia oficial del conflicto, como indica Julio Casas Parera:

Es... como yo te decía recién allá, es la única [unidad] que yo conozca bien de Malvinas, es decir si vas a decir qué dotación, de qué unidad, qué unidad fue armada allá y originada allá, es esa la única, la única. Me cuesta creer, o sea pienso, pienso y no encuentro otra. Pienso lo valioso de lo nuestro y lo curioso de que no haya escrito nada, que seamos desconocidos.³⁸⁴

Por el otro, muchos integrantes del Apostadero interpretan la falta de reconocimiento por el lugar secundario que han ocupado en las conmemoraciones o directamente la ausencia de ellas o de encuentros para reunirlos en la posguerra, así como de otras referencias simbólicas institucionales. E incluso, algunos como Osvaldo Venturini, Claudio Guida y Juan Arias denuncian públicamente esa falta de reconocimiento, y en paralelo intentan buscar explicaciones a esa situación:

Osvaldo: Más allá de después de estos 28 años que nos juntamos todos los 20, el Apostadero no está reconocido por la Armada. Fue el primer o el único... la única unidad creada en Malvinas, no tiene ni un escudo, no hemos hecho nunca un acto ni la Armada ha organizado un acto, no sé qué pasa, realmente, que no se reconoce el Apostadero.

Claudio: Claro, la vida del Apostadero fue muy efímera, o sea el Apostadero nace el 2 de abril, soy poseedor de la copia de un decreto que la pasó nuestro jefe Gaffoglio [...]. Nace el 2 y muere el 14 de

³⁸⁴ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007.

junio, cuando nos rendimos, el Apostadero, y el 15 de junio, no el 16 de junio se desarma, o sea, cada uno vuelve a sus destinos donde estábamos. El tema es que cuando las recuperemos tenemos que ir a la inauguración, somos gente fundadora, me imagino.³⁸⁵

Con el objetivo de verificar esta falta de reconocimiento, a continuación analizo cada uno de estos argumentos, realizando un relevamiento historiográfico y de las conmemoraciones vinculadas a la unidad. En cuanto a la historia del Apostadero Naval, el hecho de su no lugar en la narrativa institucional sobre la guerra, o su lugar marginal, es bien evidente cuando se consulta la principal historiografía de la Armada sobre el conflicto, las efemérides navales y las publicaciones periódicas vinculadas a la Marina. En las obras síntesis de la actuación de las unidades navales en el conflicto, se encuentran contadas referencias al Apostadero, y la gran mayoría de ellas en un lugar marginal, tal como veíamos en la obra de Mayorga. Generalmente, las principales menciones refieren a su creación, están vinculadas a la Operación Rosario, y apuntan a indicar que sus integrantes eran los que iban a permanecer en las islas según el plan original. A lo sumo, en ocasiones se lo menciona para hacer referencia a aquel lugar de donde partían los pequeños buques logísticos (Destéfani, 1993: 517; Mayorga, 1996; *Gaceta Marinera*, 15/09/1982, 31/03/1987, 30/04/1988, julio 2007). Pero ni el proceso de constitución, ni las funciones de este grupo y el cambio de actividades según el devenir de la guerra son explicados.

De hecho, al realizar un relevamiento de *Gaceta Marinera* y del *Boletín del Centro Naval* desde 1982 hasta la actualidad, sólo identifiqué dos entrevistas recientes a sus miembros, Ricardo Rodríguez (*Gaceta Marinera digital*, 01/08/2012) y Jorge Luna (*Gaceta Marinera*, julio 2007), y un artículo escrito por el capitán de navío Mozzarelli (el jefe de la Subárea Naval, de la que dependía del Apostadero) en el que desarrolla más extensamente la tarea llevada a cabo por la unidad, aunque el eje del mismo, en realidad, es el accionar de los pequeños buques auxiliares que estuvieron en las islas.³⁸⁶ En el artículo, el autor finaliza apelando al tan mentado recurso de acentuar la inferioridad de condiciones en que lucharon

³⁸⁵ Entrevista a Juan Arias, Claudio Guida y Osvaldo Venturini, realizada para el programa “Malvinas... es hora de volver a Casa” emitido por radio *Okey*, 10/04/2010.

³⁸⁶ Hay una excepción: en el libro *Operación Rosario* coordinado por Büsser (1984), que reúne testimonios de los jefes de las unidades que participaron del operativo, aparece en último lugar el testimonio del capitán Gaffoglio, en el que cuenta los primeros pasos dados en la creación del Apostadero y días subsiguientes. De hecho, es el único testimonio del jefe del Apostadero que está publicado, y por ende resulta una consulta obligada para esta investigación.

sus tripulantes, para realzar su valor, ingenio y heroísmo, dejando en un segundo lugar la evaluación de por qué no se dispuso de “adiestramiento previo”, por ejemplo, o las causas por las que las FF.AA. llegaron a combatir contra un “enemigo definitivamente superior”:

“Sólo resta agregar que el comportamiento del personal satisfizo plenamente las expectativas del Comando en el cumplimiento en función de las misiones asignadas, de la entereza que puso de manifiesto para el cumplimiento de su deber en condiciones de alto riesgo y más aún en los enfrentamientos armados que tuvieron lugar, en los cuales presentó combate con medios definitivamente inferiores. El resultado obtenido fue consecuencia de la adecuada formación del personal, pero no de su adiestramiento previo o de su preparación para la campaña que fueron nulos. Fue necesario formar dotaciones improvisadas para tripular buques no conocidos, carentes de armamento, y con lo cual la instrucción se logró durante el pleno cumplimiento de misiones reales, en las que tuvieron frecuentemente que enfrentar a un enemigo definitivamente superior y en [un] teatro de operaciones inicialmente desconocido.”³⁸⁷

En cuanto a las conmemoraciones, también realicé un relevamiento de aquellas en las que ha participado la mayoría de los integrantes del Apostadero. Luego de aquella reunión oficial convocada por la Armada en abril de 1983 para homenajear al personal del Apostadero y de los buques logísticos – como parte de una política oficial de reconocimiento a todas las unidades que habían participado en la guerra –, no encontré ninguna otra similar. En esa ocasión los integrantes de la unidad recibieron el primer distintivo referente a Malvinas: un botón solapa de la campaña. De allí en más, ellos participaron en las conmemoraciones y recibieron las condecoraciones correspondientes tanto del Congreso como de la Armada, que les entregaron a todos los veteranos de guerra en general, e incluso hay una placa con el nombre de la unidad en el monumento de la “Armada Argentina a sus veteranos del Conflicto Malvinas” en la Base Naval Puerto Belgrano. Sin embargo, como vimos en el Capítulo 4, de algunas de esas conmemoraciones se enteraron por azar, ya que nunca recibieron la invitación oficial, y en otras su falta de relevancia fue patente.

Ahora bien, ¿por qué la guerra del Apostadero no ha tenido lugar en la memoria oficial de la Armada? Si consideramos que el puerto era un espacio nodal para la comunicación con el continente y el abastecimiento de las tropas en las islas, y por tanto su buen funcionamiento era imprescindible para el triunfo en la guerra, y que el Apostadero fue la primera unidad naval creada en las islas y que existió durante toda la guerra, ¿por qué las

³⁸⁷ Artículo publicado originalmente por *Gaceta Marinera* en 1984 (15/10). Fue reeditado 8 años después con ínfimas modificaciones por el *Boletín del Centro Naval* 783.

experiencias de sus integrantes, desde la perspectiva de la Armada, no están a la altura de las de los actores y acontecimientos que se indicaron previamente? ¿Cuáles pueden ser las variables que ayuden a comprender su silenciamiento o el lugar marginal en la narrativa naval?

Retomando lo expuesto en este capítulo, es posible afirmar que desde el fin de la guerra, la memoria naval – como toda memoria social – ha privilegiado algunos acontecimientos y actores del pasado bélico según intencionalidades e intereses presentes, y expectativas de futuro (Jelin, 2002). Como ha demostrado Salvi (2012: 30) para otras narrativas institucionales, también la memoria naval ha seleccionado hechos y personajes, cristalizado sentidos y representaciones, olvidado y disimulado acontecimientos y períodos, valiéndose de recursos retóricos, ideológicos y narrativos, mediante los que ha reconstruido selectivamente el pasado, lo ha reinterpretado políticamente, disimulado o sobrealorado hechos y sentidos para lidiar con el problema de las justificaciones que atañe a procesos históricos que abarcan crímenes, violencia y autoritarismo.

La selección de la “exitosa” Operación Rosario, del “excepcional” desempeño del BIM 5 en el frente de batalla, del “profesionalismo” de los pilotos de Aviación Naval y de las “vidas sacrificadas” en el hundimiento del Crucero General Belgrano y en el ataque al Aviso Sobral, le ha permitido a la Armada combatir imágenes críticas muy difundidas desde la inmediata posguerra, tanto de la contienda bélica en general – estableciendo claramente un único sentido de ésta y de sus muertos, el de “gesta” y “héroes” –, como del accionar de las unidades navales en el conflicto. Así, al destacar la gran actuación y preparación de la Infantería de Marina, el entrenamiento de los pilotos de Aviación Naval y la “entrega” de todos ellos en general, y de los tripulantes de los buques atacados en particular, la institución ha intentado reivindicar su accionar en la guerra, luchar contra la imagen de que había rehuído al combate y rehuir a sus responsabilidades por la derrota. Al mismo tiempo, esos emblemas le dieron la posibilidad en un comienzo de distanciarse de la fuerza más desprestigiada por su desempeño en las islas, el Ejército, y alimentarse de la campaña de prestigio llevada a cabo por Fuerza Aérea.

Además, esos hitos le han permitido a la institución apelar al tradicional recurso del culto patriótico a los muertos. Mediante el homenaje a los “mártires” o “héroes” – según fuera el caso –, la Marina ha intentado diluir los conflictos y cuestionamientos de la guerra

al interior y al exterior de sus filas, y promover la unidad nacional indicando que la sociedad le debe la construcción de una “Nueva Argentina” a los caídos para que el sacrificio de sus vidas no sea en vano; esto más allá de cualquier tipo de consideración sobre las condiciones en que combatieron y murieron, y de las responsabilidades por ello. Una sociedad que, además, apoyó casi masivamente al conflicto – recuerdan una y otra vez los portavoces de la memoria naval –, por ende magro homenaje les harían a los muertos al tender a la disgregación nacional luego de la derrota o al cuestionar el conflicto.

Asimismo, esos hechos y actores emblemáticos le han permitido a la Armada transmitir a las generaciones futuras los valores y pautas morales tradicionales de las FF.AA. y actualizar su vigencia, al tiempo que contribuir a la constitución de una identidad colectiva en la fuerza. En tal sentido, la Marina – y en realidad, las FF.AA. en general – ha intentado a lo largo de su historia promover una “identificación total” de sus miembros con la institución, una fusión del individuo con el colectivo – con la “gran familia militar” –, que a la vez que los separa de la vida civil, los aúna en torno a una “cosmovisión moral” cuyo eje son valores como caer en combate, honor, abnegación, espíritu de cuerpo, sacrificio por la Patria, entrega, y nociones como lealtad, autoridad, subordinación, obediencia, claves en toda institución jerárquica (Badaró, 2009; Frederic et. al., 2010).

Así, los hitos elegidos se han convertido en verdaderos vectores de transmisión de estas pautas morales y también de tradiciones específicamente navales – como las “Leyes de honor naval” –, que instan a la cohesión institucional y a la vez establecen una continuidad con las “gestas” y “héroes” del pasado naval. En tanto las FF.AA. son instituciones sostenidas “en la repetición de sus valores, tradiciones y rituales” (Salvi, 2012: 200), es lógico que la función que la historia ha cumplido en la Armada sea la de un decálogo de ejemplos a seguir y de conductas a imitar; la guerra de Malvinas, como tantos otros hechos, se ha sumado a esa concepción.³⁸⁸

Para cumplir con todos esos objetivos (transmitir los valores y pautas morales, enfrentar a los cuestionamientos internos y externos por su inacción en la guerra y contribuir a la cohesión identitaria de sus miembros), en la temprana posguerra la Marina eligió

³⁸⁸ En base a un estudio etnográfico en los institutos de formación militar entre los años 2007 y 2009, Frederic et. al. concluyeron que, en tanto gran parte de la formación militar se basa en cuestiones de orden moral, el aprendizaje privilegiado en las FF.AA. es aquel basado “en la imitación, en el ejemplo y en la aplicación de recompensas y sanciones” (2010: 24).

algunos hitos, en función de los marcos de sentido que disponía (y aún dispone, como el relato nacionalista clásico, y la imagen del combatiente, como veremos en las Conclusiones), pero también, según el impacto que podían tener en la sociedad argentina; hitos que han tenido una inusitada vigencia.

Así, privilegió aquellos sucesos en los que murió gran cantidad de personas, en los que se produjeron enfrentamientos con las tropas británicas, o en los que se cumplieron misiones altamente riesgosas – y si ello se realizó en inferioridad de condiciones y a costa de vidas, más difundidas aún. En contrapartida, relegó a un segundo lugar el resto de los actores de la Armada en la guerra y los acontecimientos por ellos protagonizados, que no cumplían de forma cabal con alguna de esas pautas. En tanto los integrantes del Apostadero se encargaron de actividades logísticas, permanecieron la mayoría del tiempo en la localidad, disfrutaron de algunas facilidades y comodidades justamente por su ubicación y su función, no participaron en enfrentamientos – excepto la treintena de integrantes que estuvo en Camber – y no tuvieron caídos, su historia se presentaba como menos propicia para la Armada para combatir la imagen de su inacción. Aún cuando en sus misiones se pueden encontrar gran cantidad de ejemplos en los que el valor, la entrega, el sacrificio, la camaradería, la solidaridad, la lealtad y la disciplina aparecen, éstas eran menos impactantes y movilizadoras que aquellas otras – desde las lentes de la institución naval –, menos gráficas a la hora de transmitir esos valores, y/o menos evidente su relevancia para la victoria en la guerra. Al respecto, el testimonio de Ricardo Pérez, ex-conscripto del Apostadero, es bien sugerente:

Iba un Aeromachi que despegó que iba un chabón de apellido Crippa, [...] que despegó del aeropuerto. Fue les tiró los misiles [...] a una fragata, se dio la vuelta, aterrizó, dio parte y confirmó lo que había dicho Esteban del desembarco [teniente del Ejército que fue testigo del desembarco de las tropas inglesas en San Carlos]. Bueno, el ñato que llevó al oficial de la Armada que le fue a trasladar la orden del almirante Otero [máxima autoridad naval en las islas] a Crippa, el boludo que manejaba era yo, ¿entendés? O sea, yo tuve ese tipo de protagonismo, en realidad nada, pero estuve en la historia, yo lo único que hice fue manejar, podría haber sido Pérez Montoto, pero yo estuve ahí.³⁸⁹

En la ida al aeropuerto para cumplir la misión aparentemente intrascendente de transmitir la orden de Otero, Ricardo se arriesgaba a caer bajo los frecuentes bombardeos

³⁸⁹ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

ingleses en la zona, y si bien esa vez no fue así, varias fueron las oportunidades en que se encontró conduciendo el *jeep* en plena alerta roja. Si bien allí se pueden encontrar también los valores mencionados, e indudablemente su tarea era parte de una cadena de funciones para cumplir una misión con éxito, la claridad de la acción de Ricardo para transmitir dichas pautas morales o su impacto emotivo es bien diferente, por ejemplo, de la decisión del comandante del Aviso Sobral. Por ende, entre elegir una u otra acción, es decir entre elegir una guerra logística y una del frente de batalla o vinculada a algún enfrentamiento, lógicamente la Armada no dudó: fueron las últimas las elegidas, aquellas que más riesgo corrieron y más cerca de la muerte estuvieron. La Marina, así, con sus voces y silencios, ha compartido, o se ha apropiado de – y alimentado a –, las jerarquías de vivencias construidas por los propios veteranos durante el conflicto y en la posguerra, que otorga la palabra autorizada de la guerra a aquellos que más dolor y sufrimiento vivieron.

Al fin y al cabo, el silenciamiento institucional del Apostadero o su lugar marginal en la memoria naval, está vinculado a las características particulares de toda guerra logística, aquellas que la individualizan: su accionar lejos del frente de batalla, su mayor acceso a los recursos y el menor riesgo que corren – siempre relativamente hablando – en comparación a aquellos que están en la primera línea del combate. Si bien esa función es imprescindible ya que es imposible triunfar en una batalla sin disponer de una logística perfectamente organizada (de hecho, la guerra de Malvinas fue una muestra palmaria de ello), el reconocimiento de las unidades logísticas ha sido mucho menor que el de aquellos que protagonizaron enfrentamientos de cualquier tipo, terrestre, naval o aéreo. Las siguientes palabras del coronel Dardo Forti (2007: 11), encargado de la logística – la “otra guerra” Malvinas desde su perspectiva – de un regimiento del Ejército durante el conflicto son más que elocuentes al respecto: “Me duele, claro, que se hayan olvidado de aquellos que tuvieron la misión de hacer esta “otra guerra”, la que no se ve, pero se siente y afecta directamente al soldado. Esa guerra que no produce acontecimientos impactantes, pero que sí cobra notoriedad cuando algo sale mal o cuando no llegamos a tiempo.”

Ante esta exclusión del Apostadero de la memoria institucional naval, los integrantes de la unidad han construido su propia narrativa de la historia de la unidad, en aras de lograr su reconocimiento por parte de la Armada y de la sociedad en general. Ahora bien, ¿cómo elaboraron esa memoria y quiénes han sido los encargados? ¿Cuáles son los hitos que

conformaron y conforman la memoria colectiva del grupo? Y en definitiva, ¿cuáles han sido los criterios privilegiados en su configuración para intentar hacerse un lugar en la memoria oficial? Esos son algunos de los interrogantes que aborda el próximo capítulo.

Capítulo 7

Memoria/s del Apostadero: entre la “tradición oral” y escrita

Como es fácil imaginar, estas circunstancias dieron lugar a una gran cantidad de aventuras y anécdotas, que han ido conformando una verdadera tradición oral que se ha ido manteniendo viva en la reunión anual de camaradería del Apostadero.

Página *web* “El Apostadero Naval Malvinas en Internet”³⁹⁰

De “memoria subterránea” a memoria pública

A lo largo de la posguerra, los integrantes del Apostadero han elaborado un sentido compartido de la guerra y de su vivencia bélica, al tiempo que conservaron los lazos sociales configurados en la guerra y resignificaron la identidad construida al calor de la batalla. El espacio privilegiado de los procesos de construcción memorial e identitaria ha sido la reunión de camaradería anual de los 20 de junio. Este capítulo retoma algunos aspectos analizados en el Capítulo 5, pero centrándose en el análisis de la memoria social del Apostadero más que de la construcción de la identidad en sí.

Recordemos que los encuentros anuales hasta el presente han sido organizados principalmente por los ex-conscriptos de la unidad (excepto la primera reunión oficial, en la que Adolfo Gaffoglio tuvo un rol preponderante). De hecho, fueron los “ex-colimbas” Marcelo Padula y Ricardo Pérez, en un comienzo, y actualmente este último y Daniel Gionco, los emprendedores de la memoria del grupo, en tanto son ellos quienes han constituido los espacios en los que la memoria colectiva se viene configurando y transmitiendo (Jelin, 2002: 49).

Tanto en la etapa en que los encuentros eran “exclusivamente de colimbas”, como luego, cuando se incorporaron militares e integrantes de otras unidades que funcionaban en el puerto, han sido los ex-conscriptos los principales actores que intervinieron en la construcción y formalización de la memoria social con distintos objetivos. Aunque ello no impidió que en circunstancias puntuales algunos militares retirados tomaran cierta agencia

³⁹⁰ La página *web* del Apostadero es: www.geocities.com/pentagon/barracks/4333 o <http://www.aposmalvinas.com.ar/>

en el trabajo de memoria (como veremos, Adolfo Gaffoglio y Roberto Coccia). En los '80 y mediados de los '90, en un contexto de aislamiento social de los veteranos de guerra y de silencio del conflicto, las reuniones eran el espacio primordial para conservar y resignificar los lazos afectivos, la camaradería de los tiempos de la guerra, y principalmente para hablar del conflicto sin condicionamientos. En esa coyuntura, la construcción de una memoria social contribuía claramente a “mantener la cohesión interna”, mediante la “adhesión afectiva al grupo”, y a “defender las fronteras de aquello que el grupo tiene en común” (Pollak, 2006: 25); pero todavía no se expresaba su voluntad de conseguir un reconocimiento social y político de la guerra del Apostadero. De hecho, hasta fines de los '90, la memoria del grupo aparecía como “subterránea” (Pollak, 2006), invisibilizada en la esfera pública y sin ningún tipo de articulación/diálogo con otro actor social – fuera individual o colectivo. Únicamente se conservaba y transmitía, al tiempo que se resignificaba, en los encuentros del 20 de junio.

Desde fines de los '90, y principalmente a comienzos del 2000 – cuando se produjo una activación de la memoria de la guerra de la mano de un discurso nacionalista tradicional –, la narrativa de la guerra del Apostadero ingresó a la esfera pública.

En 1999, Daniel Gionco creó una página *web* destinada principalmente a difundir la historia de la unidad y del grupo en la posguerra, denominada “El Apostadero Naval Malvinas en Internet”. Este sitio virtual, reconocido por los integrantes del colectivo como “el” vector de la memoria del Apostadero³⁹¹, ha sido uno de los elementos más eficaces en la difusión y transmisión de la guerra de la unidad y también de las reuniones anuales. La construcción de esta página marcó el comienzo de una etapa de búsqueda de reconocimiento de la propia vivencia de guerra por parte de los miembros del Apostadero, objetivo que antes no aparecía como prioritario o, tal vez, posible, en el marco en que la urgencia era que no se pierdan/desaparezcan los lazos grupales. Ello se dio sintomáticamente en un contexto en que otros actores lograron su reconocimiento como veteranos de guerra e incluso ganaron gran protagonismo en las conmemoraciones, como los tripulantes de la flota de mar, o que comenzaron a pugnar por el mismo, como los ex-conscriptos que estuvieron movilizados en la Patagonia. Como vimos, se trata de actores que, desde la perspectiva de los integrantes del

³⁹¹ Una gran cantidad de entrevistados nombró la página *web* y reconoció que es a través de ella que se enteran las novedades respecto a los beneficios simbólicos y materiales destinados a los veteranos de guerra.

Apostadero, tienen menor legitimidad para reclamar que ellos por haber estado más lejos de los enfrentamientos, menos tiempo en el conflicto o porque corrieron pocos riesgos. Por ende, y siguiendo su lógica, si los tripulantes de la flota y los “movilizados” reclamaban, ¿cómo no iban a buscar un reconocimiento público quienes habían estado en las islas por más de dos meses?

Esta segunda etapa que se extiende desde fines de los ‘90 hasta la actualidad – en la que las “fechas redondas” de la guerra han reposicionado a Malvinas en el espacio público (20°, 25° y 30° aniversarios) –, está caracterizada por la construcción de diversos vectores de la memoria, orientados tanto al fortalecimiento de la cohesión identitaria, como a difundir la guerra del Apostadero en diversos espacios para lograr el reconocimiento de los “otros”. Un primer antecedente de este tipo de iniciativa ya lo podemos encontrar en 1983 en la reunión de la Armada. Allí Gaffoglio distribuyó a todos los asistentes un diploma con su firma y con el sello de la unidad, que decía “Apostadero Naval Malvinas: 2 de abril/16 de junio”, y en el que aparecía una fotografía de la fachada del espacio donde funcionó la unidad. Sin embargo, éste no fue más que un elemento aislado que no se repitió hasta los 2000. Desde el vigésimo aniversario de la guerra, estos vehículos de la memoria se han hecho más frecuentes. La mayoría de ellos incluyen la fotografía de la fachada del Apostadero que ya aparecía en el diploma de 1983 y que finalmente se ha convertido en la imagen de identificación colectiva. Es el frente de la carpintería, en el que aparece el cartel con el nombre de la unidad junto a un mástil con la bandera argentina flameando, el ícono que representa simbólicamente al grupo.³⁹²

Daniel Gionco ha sido el encargado de la creación de muchos de estos vectores de la memoria. Sólo por nombrar algunos: luego de la página *web* del ‘99, Gionco se encargó del diseño y realización de un *pin* (2006) que distribuyó a cada uno de los asistentes a las reuniones³⁹³; del diseño de un cartel (2007) de medianas proporciones con la imagen de la fachada del Apostadero que se cuelga en el restaurante donde hacen las reuniones; de la realización de un CD (2009) que distribuyó a los asistentes al encuentro, en el que compiló las fotografías de la guerra de diversos integrantes del Apostadero y de las unidades que

³⁹² Ver: Anexo VI, p. 385.

³⁹³ El *pin* es circular y en la parte central incluye la imagen de la fachada del Apostadero. En el diámetro aparece la leyenda “Veteranos del Apostadero Naval Malvinas–1982”. Ver: Anexo VI, p. 385.

funcionaban en el puerto, de los viajes de regreso a las islas que realizaron tres ex-conscriptos (Claudio Guida, Juan Arias y Roberto Herrscher), de las reuniones anuales desde 1983 al 2008 y de otros actos en los que han participado en conjunto, y también incluyó otras imágenes de diversa procedencia relacionadas todas ellas con la guerra (como mapas, gráficos que recrean misiones, fotografías de monumentos, entre otros). Asimismo, Gaffoglio entregó una tarjeta de recuerdo a todos los asistentes a la reunión de 2004, en la que aparecía la imagen de la fachada del Apostadero en sepia con una dedicatoria, e, incluso, incentivó a otro integrante (Claudio Guida) a graficar un escudo de la unidad. En el escudo realizado por Claudio en 2007, él incluyó aquellos elementos que – desde su perspectiva – identifican a la unidad: en el interior de un salvavidas y un ancla que representa a la Armada, aparece la figura de un soldado haciendo guardia frente al Apostadero, al lado de ella, una imagen de un buque, y debajo las islas con la leyenda “2 de abril de 1982”.

Tanto Gionco como otros integrantes del grupo Apostadero han realizado acciones concretas tendientes a lograr tanto un reconocimiento social amplio de la historia de la unidad, como el de la propia Armada. Como vimos, los integrantes del Apostadero han cuestionado la memoria naval por considerarla no falsa, sino incompleta. Su demanda es que “su” guerra no está incluida en ella, o no tiene un lugar relevante en la misma. Esta búsqueda de su integración en el relato institucional, esta confrontación, ha contribuido al fortalecimiento y la cohesión al interior de la memoria del Apostadero, y ello es evidente no sólo en la creación de diversos vehículos de la memoria en los últimos años, sino también en las acciones que varios actores han realizado. Gionco, por su parte, ha redactado diversos artículos sobre distintas misiones que llevaron a cabo los integrantes del Apostadero que publicó en la revista de AVEGUEMA³⁹⁴, y ha participado en diversos foros vinculados a Malvinas, difundiendo la historia de la unidad.

³⁹⁴ En *La Gaceta Malvinense (LGM)*, el órgano de difusión de la entidad, Daniel Gionco ha publicado dos artículos sobre el Apostadero y el grupo de minado (Nº 17, agosto 2006, Nº 28, septiembre 2009), el militar retirado Ricardo Rodríguez publicó una nota sobre una anécdota al realizar las guardias con los conscriptos del Apostadero (Nº14, noviembre 2005), y Ovidio Bertorello – militar retirado – otra sobre el grupo de minado y su experiencia en Bahía Fox (él en realidad no formó parte del Apostadero pero sí participa de los encuentros anuales hace años por haber integrado dicha sección y luego navegado en el *Penélope*) (Nº24, diciembre 2008). Asimismo, un periodista bahiense veterano de guerra, Jorge Palacios, escribió un artículo sobre el origen del Apostadero en base a mi tesina de licenciatura (Nº 28, septiembre 2009). Ver: <http://www.aveguema.org.ar/>

Desde el 2007, algunos integrantes del Apostadero han iniciado reclamos en la Armada demandando diversas cuestiones vinculadas al reconocimiento hacia la unidad. Roberto Coccia, bioquímico y militar retirado, ha realizado reclamos formales en la fuerza para que reconozca institucionalmente al Apostadero como la primera y única unidad naval creada en las islas durante el conflicto y a Gaffoglio como la primera autoridad naval en Malvinas, al grupo fundador así como a los ex-conscriptos que voluntariamente viajaron a las islas. Con una constancia admirable, Roberto sigue estos reclamos sin que hasta el momento [2012] hayan tenido respuesta alguna. Asimismo, desde el 2009, dos “ex-colimbas”, Gabriel Asenjo y Ricardo Pérez, han tomado parte en el asunto, iniciando algunas gestiones informales – por ejemplo, conversaciones con oficiales de alta jerarquía de la Armada – con el mismo propósito. Sin embargo, hasta el momento [2013] han quedado inconclusas debido a sus diferentes criterios sobre los objetos de reclamo. Mientras Gabriel pretende que la Armada reconozca simbólicamente a la unidad y la tenga presente en los actos y conmemoraciones, Ricardo tiene objetivos más ambiciosos: procura que el Apostadero tenga su escudo, su plantilla integral y “un lugar circunstancial hasta que se vuelva a montar en Malvinas”, es decir que “siga teniendo entidad”.³⁹⁵ Los diferentes sentidos que le otorgan a su vivencia, y al fin y al cabo sus diferentes formas de conmemorar la guerra del Apostadero, una de carácter más simbólica y otra que pretende tener implicancias materiales e históricas concretas, condujo que hasta el momento no presentaran ningún reclamo escrito en la Armada.

Ahora bien, más allá de esta heterogeneidad de estrategias, en los últimos años la demanda general del Apostadero como primera y única unidad creada en las islas ha sido apropiada por la mayoría de los integrantes del grupo que asisten a las reuniones. Ello es evidente porque la aclaración sobre esa característica que particulariza a la unidad aparece en gran parte de los testimonios, en entrevistas radiales³⁹⁶, e incluso dos ex-conscriptos que regresaron a las islas en diciembre de 2008 llevaron una bandera argentina acompañada de la

³⁹⁵ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 17/04/2010.

³⁹⁶ Entrevista a Juan Arias, Claudio Guida y Osvaldo Venturini, realizada para el programa “Malvinas... es hora de volver a Casa” emitido por la radio *Okey*, 10/04/2010.

leyenda “Apostadero Naval Malvinas. Única unidad de la Armada Argentina creada en suelo malvinense. Abril 1982”.³⁹⁷

Entonces, la construcción y formalización de la memoria del Apostadero se ha producido “desde abajo”, debido a la acción de aquellos que ocuparon el último escalafón en la guerra – los “ex-colimbas” –, a diferencia de otras unidades navales que intervinieron en el conflicto, como por ejemplo el Crucero General Belgrano. Mientras la memoria pública del Crucero ha sido constituida respetando los rangos militares³⁹⁸, el caso del Apostadero es bien distinto. Tal vez debido a la ausencia de un rol protagónico del jefe de la unidad Adolfo Gaffoglio – quien luego del puntapié inicial en la reunión de 1983 no volvió a realizar otro tipo de acciones o estrategias destinadas a mantener la cohesión del grupo hasta los últimos años –, los ex-conscriptos tomaron en sus manos la iniciativa y hasta el presente han sido ellos los encargados de organizar las reuniones anuales. En ellas, el jefe de la unidad, Gaffoglio, se sienta en la mesa como uno más, sin distinciones de jerarquías.

Así el trabajo de la memoria y de la identidad (Pollak, 2006) del Apostadero parece estar caracterizado por cierta “subversión de jerarquías”, por una horizontalidad de todos los integrantes – sin importar su rango –, y de hecho cuando ella no se cumple, cuando la igualdad se rompe para establecer cierto trato diferenciado con los antiguos superiores, es cuando aparecen las tensiones. Como vimos en el Capítulo 5, eso no es aceptado por quienes, al fin y al cabo, fueron los organizadores primigenios de las reuniones.

Ahora bien, analizado el proceso de configuración de la memoria social del Apostadero, ¿cuál es el contenido dominante de la misma? ¿Cuáles son los acontecimientos, actores y lugares privilegiados en ella? ¿Qué se recuerda y qué se olvida? ¿En función de qué objetivos?

Para estudiar la memoria social y pública del Apostadero, recorro a la comparación entre vectores bien distintos. En el primer apartado, analizo la página *web* diseñada por Daniel Gionco que difunde un relato de la historia del Apostadero que podríamos

³⁹⁷ Ver: Anexo VI, p. 386. En los últimos años los viajes de los veteranos a las islas se han convertido en la oportunidad ideal para expresar diversos reclamos al Estado, mediante el despliegue de banderas argentinas o blancas y carteles con inscripciones.

³⁹⁸ El capitán del buque en 1982, Héctor Bonzo, elaboró un sentido del hundimiento y desde la inmediata posguerra se alzó como la voz autorizada para hablar del acontecimiento y representar el “espíritu del buque”. Esta situación fue respetada por sus antiguos subordinados, ya que incluso la estructura jerárquica era mantenida en las conmemoraciones u otros actos públicos (Guber, 2008).

caracterizar como “institucional” u “oficial”. En el segundo apartado, exploro diversos registros más individuales de las memorias de algunos integrantes del Apostadero centradas en experiencias personales. Atendiendo a la conceptualización de Steve Stern (2000), estos vectores se podrían caracterizar – desde la perspectiva social – como memorias “emblemáticas” y “sueltas” respectivamente. Así, la narrativa difundida por el sitio virtual opera como una “memoria emblemática” para el colectivo, en tanto si bien tiene un autoría individual reconocida, es compartida por gran parte de los integrantes del grupo, para quienes la página *web* es un referente colectivo de relevancia. Su relato de la guerra del Apostadero actúa como una “especie de marco” social (Stern, 2000: 14), que es apropiado, resignificado y puesto en discusión por las “memorias sueltas” de sus integrantes, cuyo contenido muestra heterogeneidades, tensiones y matices ausentes en la memoria emblemática. En palabras de Stern (2000: 14):

“Así es que la memoria emblemática es un marco y no un contenido concreto. Da un sentido interpretativo y un criterio de selección a las memorias personales, vividas y medio-sueltas, pero no es una sola memoria, homogénea y sustantiva. Los contenidos específicos y los matices no son idénticos ni de una persona a otra, ni de un momento histórico a otro. La memoria emblemática es una gran carpa en que hay un “show” que se va incorporando y dando sentido y organizando *varias* memorias, articulándolas al sentido mayor.”

En este punto vale una aclaración, en tanto no existen registros de la memoria social del grupo en los ‘80 y ‘90 (cuya única posibilidad hubiera sido la grabación de las reuniones o algún tipo de registro sobre el contenido de las mismas, porque en esa época la memoria se mantuvo al interior del grupo), no es el objetivo del presente capítulo historizar los sentidos que los integrantes del Apostadero han elaborado sobre la guerra desde la contemporaneidad del hecho hasta hoy. En cambio, lo que pretendo es analizar diversos vectores de la memoria del Apostadero que se constituyeron desde 1999 hasta el 2012, tratando de identificar “contradicciones, tensiones, silencios, conflictos, huecos, disyunciones, así como lugares de encuentro y aún “integración”” (Jelin, 2002: 37) entre la narrativa emblemática de “la” historia de Apostadero que Gionco difunde a través de la página *web* y las “memorias sueltas” de los miembros del grupo, teniendo en cuenta, en el último caso, aquellos puntos de referencia que aparecen recurrentemente en los relatos.

“El Apostadero Naval Malvinas en Internet”

La creación del sitio virtual “El Apostadero Naval Malvinas en Internet” por el ex-conscripto Daniel Gionco en 1999 es el hito que marca la irrupción de la memoria social del Apostadero en la esfera pública. Desde ese momento, Gionco se ha transformado en un verdadero emprendedor de la memoria, interviniendo mediante diversas estrategias en distintos espacios públicos con el fin de conservar y transmitir la memoria del grupo. En la página *web*, el autor construye un relato “oficial” o “institucional” de la historia del Apostadero que legitima el pasado bélico de la unidad y la existencia del grupo en el presente. Se trata de un mito de origen del grupo en su forma actual (más que de la unidad en sí, como veremos), de una verdadera “invención de tradiciones”, de prácticas materiales/simbólicas que intentan establecer una continuidad “con un pasado histórico que les sea adecuado” que es en “buena parte ficticio” o artificial, en aras de constituir o simbolizar una “cohesión social o pertenencia al grupo, ya sea de comunidades reales o artificiales” (Hobsbawm, 2002: 7-21).

El sitio virtual es un impresionante trabajo de sistematización de información “acerca de la guerra de Malvinas del año 1982, y en especial, sobre el Apostadero Naval Malvinas, sus ex-combatientes y otros asuntos relacionados con el conflicto del Atlántico Sur”.³⁹⁹ Está organizado en 12 *links* o entradas: “Historia”, “Reunión Anual”, “Beneficios”, “Autor”, “Geografía”, “Datos Veteranos”, “Organismos”, “Documentos”, “Fotos”, “Mapa del sitio”, “Enlaces”, “Correo”. Ni bien se ingresa al sitio, en la página de inicio – que es el lugar de su presentación – aparece su denominación al lado de la fotografía tradicional de la fachada del Apostadero y junto a la leyenda “Preparado por Daniel Guillermo Gionco/ Veterano de la Guerra de Malvinas”. Una vez indicada la autoría del sitio, se anexan los *links* recientemente indicados y luego un texto de presentación.⁴⁰⁰

Una primera mirada a los *links* y a la página de inicio, permite identificar los principales objetivos que busca el autor, que resulta imprescindible tenerlos presentes desde

³⁹⁹ Página de inicio. De ahora en más todas las citas refieren a esta página, excepto indicación de lo contrario.

⁴⁰⁰ El sitio está en continua actualización. Este análisis se hizo en base a la comparación entre dos ingresos a la página *web*: el primero en 2007, y el segundo: 09/07/2011. En ambos ingresos, las entradas principales eran las mismas, aunque reconocí algunas diferencias al interior de ellas, que serán indicadas cuando sea necesario.

un comienzo para comprender cómo éste construye la memoria del Apostadero en el sitio y cuáles son las palabras y silencios que la surcan.

En principio, Gionco presenta al sitio virtual como un elemento que busca conservar y transmitir la memoria de Malvinas. Recurriendo a la tradición nacionalista clásica, hace de la página *web* un homenaje a los “caídos por la Patria”, en sus palabras: “a todos aquellos hombres que en condiciones de marcada inferioridad, pelearon y murieron en cumplimiento de las leyes de la Patria”. Reconociendo el “deber de memoria” de los sobrevivientes para con sus muertos, el autor hace un voto de esperanza para que “cada uno de nosotros, en el ámbito que nos corresponde, cumplamos día a día con nuestro deber, tal como lo hicieron aquellos héroes”. Asimismo, y siguiendo esa misma narrativa, luego de invitar a los visitantes a aportar todo aquello que pueda enriquecer al sitio, Gionco aclara que esta iniciativa la lleva a cabo voluntariamente y sin ningún financiamiento externo de “organización gubernamental, política, empresarial ni de cualquier otro tipo”. Considero que esta advertencia se vincula a la “pureza” que el reclamo de soberanía tiene para los veteranos de guerra, que evitan que cualquiera pueda “mancharla”, utilizándolos política o económicamente. Desde su perspectiva, la causa nacional no debe ser usada para otro fin fuera del reconocimiento de la guerra y los caídos y la lucha por la soberanía de las islas, y para ello los portavoces indicados son los veteranos, aquellos que se sacrificaron por ella “sin pedir nada a cambio” (como reza una conocida frase de las agrupaciones de ex-combatientes de los ‘80).⁴⁰¹

En la introducción del *link* “Historia”, Gionco se define como el continuador de aquellos que en el mundo clásico escribieron y transmitieron el recuerdo de las guerras y los combatientes:

“Numerosos hombres que intervinieron en diversas guerras de todos los tiempos nos han dejado valiosos testimonios escritos de sus acciones bélicas, para honrar la memoria de los compañeros caídos. El caso más destacado de esta antigua tradición es el de Cayo Julio César y sus "Comentarios de la Guerra de las Galias".

Siguiendo ese antiguo hábito; esta moderna herramienta que es Internet nos ofrece un nuevo medio para que el recuerdo de los acontecimientos protagonizados por los integrantes del Apostadero no desaparezca con los mismos; permitiendo que en todo el mundo se pueda conocer lo que un grupo

⁴⁰¹ En el Capítulo 5 vimos que el temor a los usos políticos o económicos de la causa Malvinas es uno de los factores que explican la escasa participación de los ex-conscriptos del Apostadero en las agrupaciones de ex-combatientes.

decidido de argentinos ha realizado con medios muy modestos, frente a dos grandes potencias mundiales como G.B. y EE.UU.”

Es en este punto donde el sitio virtual aparece como un elemento que pretende intervenir en las luchas por la memoria de Malvinas, al buscar legitimar y otorgar un reconocimiento a la guerra del Apostadero, advirtiendo que la misma, y sobre todo, las acciones de los pequeños buques logísticos (que él incluye como parte de la unidad), se haya silenciada o “ha sido muy poco publicitada”.⁴⁰² Con esta herramienta de difusión, el autor busca trascender a la propia memoria de quienes vivieron los acontecimientos, para que el recuerdo de su “sacrificio por la Patria” perviva en el tiempo.

En segundo lugar, la página *web* opera como un elemento más de cohesión social, de fortalecimiento de la identidad colectiva del grupo. Y si ello es así en todo el sitio, porque sus integrantes pueden reconocerse en el relato de las acciones y en general en la historia de la unidad, lo es más aún en el *link* que describe someramente el origen de las reuniones anuales de camaradería del Apostadero.

En tercer lugar, a través del sitio, su autor provee un servicio de difusión de las leyes y normativas nacionales y provinciales que refieren a beneficios simbólicos o materiales destinados a los veteranos de guerra. El *link* “Beneficios” incluye un impresionante trabajo de sistematización de dicha legislación, y en “Datos de Veteranos de Guerra” aparecen enumerados los nombres de los combatientes navales. Es allí donde la página *web* se presenta como un elemento de identificación de la “comunidad de veteranos de guerra” en general – incluidos los del Apostadero –, indicando cuál es la definición de veterano de guerra establecida por la ley, y explicitando quiénes son los “otros”, que no van a verse representados en el sitio: todos aquellos que no estuvieron en el TOM o en acciones bélicas en el TOAS, específicamente aquellos que estuvieron movilizados en la Patagonia.

Para abordar los sentidos que Daniel Gionco configura sobre la guerra y el pasado del Apostadero en la página *web*, cabe analizar los contenidos sobre todo del *link* “Historia”.⁴⁰³

⁴⁰² Cita del texto de presentación de la sección sobre los buques correspondiente al *link* “Historia”.

⁴⁰³ El *link* “Historia” dispone de las siguientes secciones: 1) Antecedentes de la disputa de soberanía, 2) Creación y evolución del Apostadero Naval Malvinas, 3) La Sección Marinería en la península Camber, 4) Ataque con misiles Exocet, 5) Acción de los buques del Apostadero Naval Malvinas, 6) Minado naval de las vías de acceso a Puerto Argentino, 7) Los días finales de la gesta, 8) Apostillas de la guerra, 9) Cronología del

En una primera mirada, se advierte que se trata de un relato histórico de corte tradicional, fiel a la historiografía positivista, que aparece como objetivo, imparcial, aséptico y ordenado, en el que su autor prioriza las dimensiones militares y políticas de los acontecimientos. Asumiéndose como un fiel seguidor de Julio César – en cuyos escritos se remontan los orígenes de la historiografía militar tradicional (Keegan, 2000) –, Gionco pretende excluir prácticamente todo lo que remita a una subjetividad, hasta su propia voz, y construye un relato jerarquizado de las acciones bélicas. En éste, los protagonistas del relato suelen ser los oficiales a cargo, los caídos o aquellos que protagonizaron alguna acción excepcional; la tropa, si bien nombrada y destacada su labor, aparece como una masa uniforme sin individualizar.

Asimismo, el relato es, en su mayor parte, descriptivo y con sobreabundancia de citas de autoridad que pretenden fundar las afirmaciones del autor. En varios de los apartados, el relato no es más que una síntesis de lo poco que hay publicado de la unidad, y esto mismo es un dato que indica la profusa lectura que Gionco ha realizado sobre el tema. La bibliografía y fuentes a las que remite el autor revisten, por tanto, una relevancia fundamental para identificar cuál es la historiografía legítima desde su perspectiva. Se trata de publicaciones argentinas y británicas de organismos del Estado, historiadores civiles y militares – principalmente navales –, así como de memorias escritas por protagonistas del conflicto (en este último caso, siempre de oficiales).

Además, ante todo utiliza fuentes escritas, y sólo en detalles menores hace uso de otras fuentes, como imágenes, mapas o fotos. En ningún momento, el autor da cuenta de que aproveche o haga uso en su reconstrucción histórica de los testimonios orales de sus compañeros de guerra, aunque por supuesto que sí los utiliza (esto es evidente porque hay datos que únicamente pudo haber conseguido acudiendo a esas fuentes). Y aún cuando admite que existe una “verdadera tradición oral” que se trasmite en cada reunión, en base a las “aventuras y anécdotas” protagonizadas por diversos actores, no manifiesta utilizar esa “tradición” en el relato principal de la página *web*, y sólo lo hace en la entrada “Apostillas de la guerra”, que incluye breves anécdotas que no hacen al eje narrativo. En tanto lo subjetivo está supuestamente ausente de su discurso, es lógico que las memorias de sus compañeros

conflicto bélico, 10) Conclusiones y enseñanzas de la Guerra de Malvinas, 11) Referencias bibliográficas. En el ingreso de 2007 la sección 6 no estaba.

no sean una fuente para el autor, y, por ello, en las recomendaciones de lectura que realiza en la sección “Referencias bibliográficas” no incluye las únicas dos obras publicadas por integrantes del Apostadero y ex-tripulantes de la goleta Penélope, ambas centradas en su experiencia de guerra (Ni Coló, 2004; Herrscher, 2007). Además, esta situación también se explica – tal vez – porque desde la perspectiva jerárquica militar que Gionco comparte, las memorias de un ex-conscripto y de un cabo dado de baja en la temprana posguerra no resultan fundamentales para comprender el devenir de la guerra ni la historia del Apostadero.

Para reconstruir el marco discursivo en el que se inserta la narrativa histórica del Apostadero, en primer lugar es necesario analizar el sentido que Gionco construye sobre la guerra de Malvinas. Se trata de un relato del conflicto cuyos antecedentes y causas se encuentran en la toma británica de las islas en 1833. El autor desarrolla la historia del descubrimiento, ocupación y colonización de las islas en base a una publicación estatal en la que los argumentos argentinos de soberanía están fuera de toda duda, y para ello omite todas aquellas cuestiones conflictivas o confusas al respecto. En la historia previa a la guerra, también menciona brevemente las negociaciones diplomáticas, las resoluciones de la ONU, que sumadas al incidente Davidoff – que aparece como la gota que rebalsó el vaso – construye una imagen de la guerra como un recurso legítimo de un país pacífico que por años soportó pacientemente la intransigencia inglesa en las negociaciones de lo que, al fin y al cabo, fue una agresión injustificada. No hay en este planteo ningún tipo de referencia a la situación política interna del país ni al contexto internacional. La omisión de la Argentina de los ‘70, de la dictadura y de la crítica situación que estaba atravesando el régimen militar constituye un reaseguro para no dudar de la legitimidad de la causa de soberanía y de la guerra, en la que el autor combatió y sus camaradas dieron la vida. Es evidente que la descontextualización del conflicto no es más que otro recurso para mantener la “pureza” de la causa Malvinas, por fuera de “contaminaciones” económicas o políticas.

Éste es, al fin y al cabo, el mismo relato de raigambre nacionalista tradicional difundido principalmente por las FF.AA. y los círculos conservadores en la esfera pública, que durante la guerra justificó la toma de las islas, y desde su final, reconoció a la “gesta” como legítima y a sus protagonistas como “héroes”. En ese relato, “la causa” está por encima de cualquier crítica y por lo tanto para evitar “mancharla” se omite todo tipo de

cuestionamiento al conflicto, a sus causas y a sus promotores, lo que muchas veces también se extiende al accionar de las FF.AA. en 1982 – e incluso antes.

Por ende, Gionco construye un relato del devenir la guerra que no es más que una narración cronológica, en el que describe o enumera someramente los hechos principales del conflicto, sin ningún tipo de reflexión o evaluación al respecto, y destacando en ocasiones aquellos hechos en los que la Armada tuvo un desempeño ejemplar. Menciona la “incruenta” Operación Rosario, la actuación del BIM 5 – individualizado su capitán con nombre y apellido –, y el hundimiento del buque Sheffield por la Aviación Naval, entre otros. En definitiva, todos los acontecimientos emblemáticos de la memoria oficial naval. Así la derrota aparece como inexplicable, como un absurdo. A lo sumo, indica que fue la “marcada inferioridad de condiciones” en que combatieron las tropas argentinas frente a “dos grandes potencias mundiales” las que condujeron a ese desenlace. Si bien a simple vista podría pensarse que esta afirmación encierra cierto cuestionamiento al accionar militar, en realidad destacar esa inferioridad de condiciones sirve para realzar el “heroísmo” de los combatientes – la misma estrategia que vimos que utiliza la Armada. Pero lejos está de preguntarse por qué las FF.AA. decidieron la ocupación de las islas y/o continuar la guerra en esas condiciones o por qué se produjo esa inferioridad. La guerra aparece así como una “gesta” en la que los combatientes – civiles y militares por igual – cumplieron con su deber, y nunca como una tragedia o un drama. Este discurso está en las antípodas del dominante en la inmediata posguerra, en el que la guerra aparecía como una “aventura” o una matanza perpetrada por las mismas FF.AA. que habían desplegado el terrorismo de Estado; y de los ex-soldados conscriptos como víctimas, pobres “chicos de la guerra” enfrentados a condiciones que los superaban y a sus propios oficiales, más que a los británicos.

No obstante, un análisis crítico de la actuación argentina del conflicto sí aparece en el *link* “Conclusiones y enseñanzas de la Guerra de Malvinas”, en la voz de un “otro” que Gionco considera legítimo, por tratarse de “un observador ecuaníme y profesional” y “analista estratégico de sumo valor”. Se trata de Harry Train, el almirante norteamericano que en 1982 estaba a cargo de la Flota del Atlántico de la Armada estadounidense. En 1986, Train dictó una conferencia titulada “Malvinas, un caso de estudio” en distintas instituciones en Buenos Aires, que fue publicada por el *Boletín del Centro Naval* (748, enero-marzo 1987), y que Gionco incluye en su página *web*.

En un relato típicamente militar y técnico, de pretendida objetividad e imparcialidad, Train da cuenta una por una las deficiencias de las FF.AA. argentinas: los supuestos erróneos de la Junta Militar en el plan inicial y su pésima lectura de la situación previa al conflicto y durante el mismo; los múltiples aspectos en los que reinó la improvisación y la falta de planificación logística; la errónea estrategia de combate; las rivalidades interfuerzas y la no planificación conjunta; los conflictos entre la Junta en continente y la oficialidad en las islas, entre otros. Asimismo, destaca los aspectos favorables del accionar argentino (como por ejemplo la gran resistencia en los combates de Tumbledown en los que se demostró una vez más “la indiscutible calidad del soldado argentino”) así como los errores de las fuerzas británicas. Además, es el único lugar en toda la página *web* en el que aparece una de las consecuencias principales de la derrota: “el gobierno civil” que reemplazó a los militares.

El encuadramiento de la memoria del Apostadero que Gionco realiza se sitúa en ese marco de sentido de la guerra, y por ende sigue la misma lógica. Las características del relato – objetividad, imparcialidad, tecnicismo – son las mismas en toda la página *web*: desde la creación del Apostadero hasta su disolución, que el autor ubica el 16 de junio (siguiendo la fecha establecida por Adolfo Gaffoglio⁴⁰⁴) y el regreso de sus integrantes al continente el 20 del mismo mes.

Se trata de un relato pormenorizado en el que el autor da validez a sus palabras con citas de autoridad y en el que despliega todo un conjunto de elementos en el que se funda su premisa del Apostadero como “la primera dependencia oficial de la Armada Argentina que se estableció en suelo malvinense”. Por ejemplo, en el *link* “Documentos” adjunta el acta de creación de la unidad, el sello con la firma de Gaffoglio, el distintivo e indica que dispuso de una proposición orgánica, roles de funciones y planillas de armamento. En tanto, por medio del sitio virtual, Gionco busca el reconocimiento del Apostadero por parte de los “otros”, estos elementos juegan un papel fundamental ya que comprueban la existencia de la unidad y su excepcionalidad, es decir aquello que la identifica y diferencia de las otras. Asimismo, la insistencia del autor en la objetividad e imparcialidad del relato abona al mismo objetivo

⁴⁰⁴ Esa fecha aparece tanto en el informe que Gaffoglio entregó a la Armada rindiendo cuentas de su actuación el 05/08/1982 (Archivo personal), como en los vehículos de memoria del Apostadero que éste ha creado en la posguerra.

de convencer que su relato es verdadero, es auténtico, lejos de cualquier invención o incluso error.

Luego de señalar la heterogeneidad y diversidad de las funciones que cumplieron, Gionco enumera todas las actividades que se realizaron en el Apostadero. Es allí donde aparecen quiénes son los actores que integraron la unidad desde la perspectiva del autor, es decir a quiénes considera parte del “nosotros”. Gionco menciona tanto a aquellos que efectivamente dependieron de la unidad, incluyendo los subgrupos mencionados en el Capítulo 2 (el de sanidad, el que se encargaba de las lanchas de desembarco, la sección de buzos tácticos y los combatientes de Camber), como también a los integrantes de aquellas unidades que operaban en el puerto o que por sus funciones compartían la cotidianeidad con sus integrantes, pero que no se hallaban bajo la jurisdicción del Apostadero, como los tripulantes de los buques de apoyo, el grupo de minado, el encargado del lanzamiento del Exocet, y la sección a cargo de la radio. Quizás el caso paradigmático sea el de los buques, porque si bien sus tripulantes compartieron una estrecha cotidianeidad con quienes trabajaban en el puerto y, en algunos casos, su dotación se constituyó con integrantes del Apostadero – que desde ese momento dejaron de pertenecer a esa unidad –, dependían de la Subárea Naval, como se desprende de la bibliografía recomendada por Gionco.

Entonces, el autor construye una memoria pública del Apostadero que es coherente con las fronteras identitarias del grupo en la actualidad, es decir una narrativa histórica que ampara e incluye a todos los que actualmente asisten a las reuniones, más allá de su efectiva pertenencia a la unidad durante la guerra, haciendo uso de una estrategia explicada claramente por Pollak (2006: 25-26):

“El trabajo de encuadramiento de la memoria se alimenta del material provisto por la historia. Ese material puede sin duda ser interpretado y combinado con un sinnúmero de referencias asociadas; guiado no solamente por la preocupación de mantener las fronteras sociales, sino también de modificarlas, ese trabajo reinterpreta incesantemente el pasado en función de los combates del presente y el futuro.”

En función de conservar las fronteras sociales tal como están en la actualidad (es decir, ampliadas en comparación al grupo original), la historia del Apostadero configurada por Gionco plantea una continuidad entre el pasado y presente – en vistas de la cohesión

grupales – que es algo artificial. Se trata, en fin, de una memoria “oficial” o “institucional” del grupo Apostadero, más que una historia de la unidad en sí.

Ahora bien, ¿quiénes son los actores y acontecimientos privilegiados por el autor? En primer lugar, destaca a los soldados que integraron la unidad, al indicar que “estas múltiples actividades fueron realizadas mayormente por personal de conscriptos de la clase 1962 con instrucción de marinería, provenientes de distintos destinos militares del país”. Y a continuación realza a aquellos “que estando bajo bandera, solicitaron ir voluntariamente a las islas para defender la soberanía argentina. Para lograr ese noble propósito, tuvieron que realizar muchas gestiones y mover importantes influencias, además de luchar contra la incompreensión de parientes y amigos.” Estos seis conscriptos voluntarios son los únicos que aparecen con nombre y apellido, en tanto representan la máxima entrega por la causa Malvinas, ya que la decisión de ir a la guerra estuvo en sus manos, más aún teniendo en cuenta que en por lo menos cuatro casos se trató de integrantes de familias navales, algunas de ellas de alta jerarquía (como Padula, Scilingo y González Llanos).

No obstante, en la mayoría del relato de las misiones, los protagonistas que aparecen individualizados son aquellos que realizaron acciones excepcionales/misiones exitosas, que murieron en las islas, o mucho más frecuentemente los superiores que lideraron las mismas (al igual que en la historiografía militar tradicional). En particular, Gionco prioriza a cuatro actores colectivos del Apostadero, que disponen de secciones específicas: 1) los combatientes de Camber (a los que nombra uno por uno, según el listado publicado en la revista *Desembarco*, separata 10, s/f); 2) el grupo que se hizo cargo de los Exocet (en este caso el único que individualiza es el oficial que estaba a cargo de la misión); 3) el grupo de minado de las vías de acceso a Puerto Argentino (están nombrados todos los que intervinieron, tanto los oficiales como los “colimbas” del Apostadero que colaboraron); 4) la tripulación de los buques de apoyo (aparecen individualizados los capitanes civiles y/o militares de las naves, los caídos, los sobrevivientes cuando son pocos, y quienes realizaron alguna acción excepcional).⁴⁰⁵

⁴⁰⁵ El único caído que el autor nombra es el cabo Juan Ramón Turano, un tripulante del buque Bahía Buen Suceso que falleció cuando estaban bajo ataque en Bahía Fox. Asimismo, en el caso del hundimiento de la nave Isla de los Estados, los 22 caídos no son mencionados por Gionco, pero sí indica los nombres de los dos sobrevivientes: Alois Payarola y Alfonso López. Y, por último, en cuanto a los actores que fueron protagonistas de alguna acción excepcional, nombra al conscripto Roberto Herrscher, tripulante del buque

En todos los casos, estos actores realizaron acciones que son representativas de los valores tradicionales de las FF.AA. Así, quienes combatieron en Camber, estuvieron en el frente de batalla, atrincherados, y protagonizaron un breve pero intenso enfrentamiento contra un intento de desembarco, son un claro ejemplo de valentía, sacrificio, “alto espíritu militar”, disponibilidad y entrega ante cualquier tipo de situación – aún de aquellas para la que no habían sido preparados –⁴⁰⁶, además de obediencia y lealtad. Por su parte, los tripulantes de los pequeños buques “heroicos” e “infatigables” también son una muestra de la “tenacidad”, “esfuerzo”, “trabajo silencioso” y “a puro corazón” con tal de cumplir la misión que le habían asignado, en tanto navegaron y recorrieron cada rincón del archipiélago en una clara inferioridad de condiciones frente a las fuerzas inglesas, y prácticamente sin medios de defensa. Claro que, como en todo el relato, Gionco no cuestiona las condiciones en que combatieron, ni tampoco la ausencia de la flota de guerra en las islas, si no que el enfatizar una y otra vez esa inferioridad sirve para realzar su “heroísmo”: “Su trabajo fue una epopeya silenciosa, un servicio sin descansos, una misión con un final inevitable, aunque aceptado por sus tripulaciones: ser bombardeados y hundidos”. Asimismo, tanto la sección que trabajó para adaptar los Exocet para que pudieran ser lanzados desde tierra, como el grupo de minado, permiten destacar otro atributo muy valorado en las FF.AA.: el ingenio, la inventiva y creatividad para sortear las dificultades, lo que llevó en ambos casos al éxito en sus misiones. En el primer caso, se logró averiar el buque Glamorgan el 13 de junio en una acción sin precedentes, y en el segundo, se realizó el minado de las vías de acceso a Puerto Argentino – aunque no en su totalidad – mediante un dispositivo inusual que permitió enfrentar las pésimas condiciones climáticas y así efectuar “la primera acción bélica de fondeo de minas navales activadas en la historia de la Armada Argentina”.

Para reforzar la veracidad de su relato sobre estas misiones, el autor remite a bibliografía inglesa o al testimonio de un oficial superior bajo cuyo mando operó el

Penélope, que “milagrosamente salió ileso” en un ataque, y al conscripto Ignacio Bazán, tripulante del buque Monsunen, porque se tiró a las heladas aguas del archipiélago para salvar a un suboficial, arriesgando su vida, y por ello recibió la máxima condecoración de la Armada.

⁴⁰⁶ En coherencia con todo el relato, no existe una crítica al envío de soldados de especialidades técnicas al frente de batalla: “Este caso poco usual nos muestra que el personal de la Armada, pese a las distintas formaciones técnicas, en su fondo mantiene un alto espíritu militar que redundo en beneficio del servicio. Efectivamente, los hombres de esta sección se incorporaron por pequeñas fracciones a cada “loma” y al poco tiempo se adaptaron sin inconvenientes al proceder de cada posición.”

Apostadero. Se trata del testimonio de Antonio Mozzarelli, jefe de la Subárea Naval (ver *supra* p. 280), que según Gionco destaca “el desempeño de la dotación” del Apostadero que viene describiendo (aunque en realidad Mozzarelli refiere principalmente a la tripulación de los buques) y además legitima su perspectiva de a mayor inferioridad, mayor heroísmo, sin crítica posible.

En definitiva, el autor comparte con la Marina el sentido de la guerra en general y de la guerra del Apostadero en particular, y también duplica la selección de aquellos actores y acontecimientos dignos de una mención especial por ser representativos de los valores y tradiciones navales. En efecto, los acontecimientos que elige también se incluyen en algunas publicaciones navales, como en la obra de Horacio Mayorga (1998), y algunos de ellos en las separatas de la revista *Desembarco* y brevemente en la obra de Laurio Destéfani (1993). La apelación a esa tradición nacionalista para la construcción de la memoria pública del Apostadero resulta lógica en tanto ese es el discurso que le permite, a la vez, otorgar un claro sentido a las muertes de sus camaradas en las islas, a las vivencias de los combatientes y a la guerra en sí – a diferencia de la narrativa que remite a la “aventura bélica” –, al tiempo que pugnar por un reconocimiento social, y específicamente de la Armada, en base a raíces nacionalistas profundamente arraigadas en la sociedad – y, además, en el contexto de un resurgimiento de las mismas.

En este sentido, se entiende también que Gionco omita cualquier cuestionamiento del accionar de la Armada en la guerra, así como en la posguerra, ya que no menciona ni un indicio de los reclamos que invariablemente cada uno de los integrantes del Apostadero realiza por la falta de contención de la institución ni bien regresaron, el mandato de silencio, la falta de reconocimiento o que “los hicieron entrar de noche y por la puerta de atrás”. Asimismo, silencia todo tipo de situación conflictiva al interior y exterior del grupo. Que no mencione las tensiones y fricciones que atravesaron la vida cotidiana del colectivo Apostadero resulta lógico puesto que está lejos de la intención del autor reconstruir las experiencias del grupo, desde la subjetividad, como lo haría un historiador social; más bien, como indiqué, se trata de un relato histórico militar tradicional, una memoria “oficial” o “institucional”. Sin embargo, hay por lo menos una misión de cinco integrantes del Apostadero que desde la perspectiva historiográfica militar sería relevante, que es silenciada y la misma justamente ilumina algunas tensiones al interior de la tripulación del buque. Así,

cuando el autor describe la acción de la tripulación del buque Río Carcarañá, no hace ninguna referencia a la sección seguridad que fue destinada al buque para vigilar y controlar a la tripulación civil que había tenido varios conflictos con su capitán militar. Y esto aún cuando la bibliografía que él recomienda menciona esas tensiones y a la sección (Mayorga, 1998; Muñoz, 2000) así como hay por lo menos un integrante de la misma, Marcelo Padula, que asiste frecuentemente a los encuentros.

Asimismo, en el *link* “Reunión Anual de camaradería del Apostadero Naval Malvinas”, antes de la invitación a los encuentros, Gionco reconstruye brevemente la historia de los mismos, indicando:

“El 15/04/83 la Armada Argentina organizó un asado para los integrantes del Apostadero Naval Malvinas, que se desarrolló en el Observatorio Naval Buenos Aires, ubicado en la Costanera Sur. En aquella ocasión el contralmirante C. Büsser entregó un botón solapa a los ex conscriptos del mismo, en reconocimiento por los servicios prestados a la Patria. Debido al entusiasmo generado, rápidamente se organizó una próxima reunión. Se acordó que la zona de la Plaza del Congreso era la más conveniente por sus buenos accesos, y que la fecha más representativa era la del 20 de junio, porque en ese día del año 1982 se produjo el regreso al Continente Americano del grueso de los integrantes del Apostadero. Desde aquel tiempo, todos los años se han venido repitiendo estos encuentros, en forma ininterrumpida hasta al presente; siempre en la misma fecha, a la misma hora y en el mismo lugar... En consecuencia, invitamos a todos los integrantes del Apostadero Naval Malvinas a participar de la próxima reunión anual de camaradería” (Subrayado en el original).

La historia de las reuniones que construye Gionco incluye los datos necesarios para transmitir una imagen armónica del grupo Apostadero, sin rupturas ni conflictos. El relato configura una imagen de continuidad y coherencia del colectivo a lo largo de la posguerra, dos elementos claves en la construcción de la identidad, junto a la unidad física, “o sea el sentimiento de tener fronteras de pertenencia al grupo” (Pollak, 2006: 38), fronteras que como vimos en la página *web* están delimitadas.

Así, silenciando los cambios en las reuniones y los conflictos que la han atravesado, el sitio virtual actúa como un elemento aglutinante y de cohesión social del grupo tal como está conformado en el presente, al tiempo que busca ampliar el colectivo al extender la invitación de los encuentros a todos los integrantes del Apostadero que visiten la página *web*. A ello contribuye, también, una fotografía de la reunión del 2005 que Gionco anexa antes del texto, en el que aparecen la mayoría de “ex-colimbas” y dos militares retirados

posando distendidos para la foto; imagen que invita e incentiva a participar (así como el resto de las fotografías de las reuniones que aparecen en el *link* “Fotos”). De hecho, las imágenes son los principales espacios del sitio virtual en los que irrumpe la subjetividad que está prácticamente anulada en el relato escrito. Éstas transmiten un clima de camaradería, alegría, cordialidad, armonía, en la que todos los actores están en igualdad de condiciones – no hay ningún signo que distinga los rangos de las personas ni su condición de civil o militar, con excepción de la edad –, en la que los conflictos están ausentes y lo peor de la guerra hace tiempo se dejó atrás.

En síntesis, con la creación de este sitio virtual, Daniel Gionco se ha convertido en un verdadero emprendedor de la memoria del Apostadero que realizó y realiza un profuso trabajo de encuadramiento de la misma. En este proceso, la memoria construida por Gionco ha cumplido con algunas estrategias y variables para que la narrativa de la página *web* se transforme en una “memoria emblemática” para los integrantes del Apostadero, en un marco de referencia con sentido para el grupo.⁴⁰⁷ Al respecto, Stern (2000: 21) propone los siguientes criterios para que una memoria se transforme en emblemática para un colectivo social:

“... resumir esta lista de criterios – la historicidad [que refiera a acontecimientos que impliquen rupturas históricas], la autenticidad [que incluya memorias de experiencias concretas que puedan confirmar el relato], la amplitud, la proyección en los espacios culturales públicos o semi-públicos, la encarnación en un referente social convincente [de estereotipos sociales que invitan a identificarse] y el contar con el respaldo de los portavoces humanos organizados – nos da una idea de cómo las memorias emblemáticas no son ni productos del azar ni puras manipulaciones arbitrarias. Por supuesto, son formas de pensar construidas y en este sentido inventadas por los seres humanos, pero a la vez tienen que responder, para alcanzar a tener peso, a las experiencias, necesidades y sensibilidades reales de los seres humanos.”

En efecto, algunos de esos criterios son cumplidos por la página *web* a la perfección. Así, el sitio virtual es una iniciativa que busca explícitamente la difusión de esta narrativa en espacios públicos, de acceso libre para todo aquel interesado en la historia del Apostadero. Además, esa memoria es lo suficientemente amplia para cobijar a todos los integrantes del grupo tal cual está constituido en la actualidad. En tanto es un relato aséptico y lavado de la

⁴⁰⁷ De todas formas, para muchos el sitio virtual es una referencia relevante no sólo por su contenido histórico sino principalmente por ser el espacio que difunde las noticias vinculadas a los beneficios destinados a los ex-combatientes.

guerra que no incluye los conflictos ni las tensiones que atravesaron a la unidad, el mismo se presenta como un elemento armónico no disruptivo para el colectivo; un relato que resulta fácil de aceptar. Asimismo, la narrativa construye un referente social que inspira “respeto” y “empatía cultural” (Stern, 2000: 20), que en este caso es la figura del combatiente heroico que se sacrificó por la recuperación de la soberanía de las islas, más allá de la inferioridad de condiciones en que se hallaba en la guerra. Por último, esta memoria dispone de un portavoz reconocido por los integrantes del grupo – Gionco –, cuya legitimidad está fuera de toda duda en tanto ex-conscripto que combatió en las islas integrando el Apostadero.

El sitio virtual, entonces, se presenta como una iniciativa tendiente a lograr un reconocimiento al interior y exterior del grupo, a tender puentes con las “memorias sueltas” de los miembros del colectivo pero también de aquellos “otros” que no formaron parte del mismo. En principio, la página *web* actúa como un elemento de cohesión social que incita a que los propios integrantes de un grupo bien heterogéneo como es el del Apostadero se reconozcan como sujetos de una identidad colectiva. Al construir un sitio en el que se difunde cierta narrativa histórica del Apostadero que agrupa acontecimientos que en general aparecían aislados en algunas publicaciones o sólo se transmitían de forma oral, Gionco aporta un elemento de vital importancia para la pervivencia de la “comunidad afectiva” (Halbwachs, 2005) tal como existe actualmente, para la ampliación de sus fronteras al incorporar a los ausentes, y también para el reconocimiento de su historia por parte de los “otros”.

En este sentido, el autor construye una memoria pública y “oficial” de la guerra del Apostadero, y siguiendo las pautas de la Armada en la construcción de su memoria, silencia lo conflictivo en aras de difundir una imagen heroica y armoniosa de sus integrantes (tal como él los define) y de transmitir los mismos valores que son emblemáticos para la fuerza naval: entrega, valor, ingenio, sacrificio, entre otros. Por tanto, para lograr el reconocimiento de los “otros”, de la sociedad en general y de la Marina en particular, la página *web* apela a un discurso nacionalista tradicional, en el que la “entrega a la Patria” está por encima de cualquier discusión o cuestionamiento. En definitiva, es el mismo relato que transmite la Armada, aquel que le otorga un claro sentido a la guerra, a los caídos y a las vivencias de los combatientes. En última instancia, mediante esta narrativa que se presenta objetiva, imparcial, ordenada y exhaustiva, afín al relato de las FF.AA., Gionco parece encontrar la

forma de retomar el equilibrio y el orden en la memoria del Apostadero, rectificando así la “subversión de jerarquías” generada por la identidad de ex-conscriptos de los emprendedores de la memoria grupal.

Relatos en primera persona

En este apartado me propongo analizar la dimensión subjetiva de las memorias de los integrantes del Apostadero, aquella que refiere “a la forma en que lo vivido se inscribe en el sujeto dejando huellas y marcas, pero también al modo en que se imagina y reproduce ese legado de modo biográfico” (Salvi, 2012: 109), con el objeto de identificar los puntos de encuentro y las diferencias que existen entre la “memoria emblemática” y “oficial” del Apostadero, que se difunde en la página *web*, y las “memorias sueltas” de sus integrantes.

Para ello, utilizo fuentes bien diversas, como las entrevistas orales realizadas para esta investigación, dos obras escritas⁴⁰⁸, una nota en una revista periódica y otra no publicada hasta el momento⁴⁰⁹, un *blog* personal⁴¹⁰, tres entrevistas radiales⁴¹¹, y una charla

⁴⁰⁸ Me refiero a la obra de Guillermo Ni Coló, denominada *64 Días Muerto. Relatos de un veterano de guerra* (publicada en 2004), y el libro de Roberto Herrscher, *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas* (publicado en 2007). Ambos fueron integrantes del Apostadero y tripulantes del buque Penélope en 1982: el primero de ellos, un cabo que se dio de baja ni bien regresó del conflicto, y hoy ejerce como abogado, y el segundo, un conscripto que fue el traductor de la tripulación en 1982, y que en el presente vive en España, trabajando como periodista. Las dos obras se centran principalmente en aquella vivencia que más los marcó, su navegación en la goleta. En el primer caso, *64 Días Muerto* es una autobiografía, en la que el autor relata minuciosamente, con sencillez y calidez, desde que lo convocaron el 2 de abril hasta su regreso. En cuanto a *Los viajes del Penélope*, el autor da cuenta de su búsqueda de la historia de la goleta en la que estuvo embarcado en 1982 (que fue construida en Alemania en 1933 y fue protagonista de grandes aventuras en la Patagonia), que en realidad es una búsqueda de su propia historia e identidad.

⁴⁰⁹ Se trata de la nota titulada “Anécdota en el Apostadero Naval Malvinas” realizada por el suboficial retirado Ricardo Rodríguez, para *LGM*, N°14, noviembre 2005. La nota no publicada al presente lleva el título “Juego y destino” y fue realizada por el ex-conscripto Oscar Luna en ocasión del trigésimo aniversario del conflicto (Archivo personal de la autora).

⁴¹⁰ El *blog* “Volviendo a Malvinas” fue creado por Fernando González Llanos – conscripto voluntario en 1982 y en el presente arquitecto y abogado – en el año 2009, con el objetivo de difundir las diferentes vías que existen para viajar a las islas (medios de transporte, precios, etc.), a partir de su experiencia. Pero, si bien ese es el propósito prioritario explicitado por su autor, lo cierto es que el *blog* se terminó transformando en un regreso a su pasado bélico. En un relato ameno y cálido, a medida que comenta los lugares de las islas que visitó con su familia en 2009, Fernando narra sus vivencias ancladas en esos espacios/objetos. Asimismo, en ocasión de los 30 años de la guerra, el autor da cuenta que aquellas actividades en las que participó para transmitir la memoria del conflicto, la causa y los caídos. Ver: <http://volviendoamalvinas.blogspot.com>

⁴¹¹ Las entrevistas colectivas a los ex-conscriptos Osvaldo Venturini, Juan Arias y Claudio Guida (10/04/2010), por un lado, y a los ex-tripulantes del Penélope y militares, Horacio González Llanos y Eduardo Rivero (09/05/2009), y a este último y Oscar Luna (20/10/2007), por el otro, fueron realizadas por la locutora

en un colegio⁴¹², que difieren en sus características, espontaneidad y destinatarios, pero que comparten su objeto: son relatos en primera persona que están centrados en las vivencias bélicas y de posguerra de integrantes del Apostadero. Asimismo, todas estas fuentes tienen en común su contexto de producción, ya que fueron realizadas recientemente (desde el 2004 al 2012), en el contexto en que Malvinas retomó un lugar en la esfera pública, a la vez que los veteranos de guerra comenzaron a ganar mayor espacio en los medios de comunicación masiva.

Además, se trata de testimonios heterogéneos caracterizados por la mayor o menor minuciosidad y por los disímiles grados de lectura y/o diálogo con los de otros compañeros; por cuan estrecha o amplia es la representación (individual o colectiva); por la pretensión o no de objetividad; por sus diferentes tonos (humorísticos, dramáticos, emotivos); por sus variados encuadramientos (en el relato social del Apostadero y/o en la narrativa de la Armada), y por la *expertise* (o no) a la hora de testimoniar, y, vinculado con esto, por el nivel de cristalización de su versión del pasado.

Más allá de su heterogeneidad, en la gran mayoría de estos relatos en primera persona subyacen los mismos objetivos. Así, los integrantes del Apostadero dan testimonio en distintos espacios – radios, sitios virtuales, revistas, colegios o entrevistas académicas – con el fin de difundir, reivindicar, justificar y/o lograr el reconocimiento de la propia experiencia y/o de la del grupo/subgrupo al que perteneció; hablar de la “verdad” de la guerra, desmitificando aquellas imágenes estereotipadas arraigadas en el sentido común u oponiéndose a otras memorias de Malvinas; conservar y/o transmitir una (su) memoria del conflicto y los caídos en la guerra y posguerra a las generaciones más jóvenes; mantener vigente la causa de soberanía pendiente, y, en algunos casos también, transmitir aquellos aprendizajes vitales que adquirieron luego de atravesar la situación límite.

¿Cuáles son los significados que los miembros del Apostadero le otorgan a la guerra de Malvinas? Es decir, ¿cuál es el marco de sentido en el que se insertan las reflexiones sobre su vivencia bélica en particular?

Susana Sealices para el programa “Malvinas... Es hora de volver a Casa” transmitido por la radio *Okey* de Vicente López.

⁴¹² El 27 de junio de 2012, el ex-conscripto y psicólogo Oscar Luna habló por primera vez en una escuela secundaria sobre su experiencia bélica en una charla para los alumnos de 4º y 5º año de la Escuela Normal N°5 de Barracas en el marco del Programa institucional “Pensar la memoria”.

En su gran mayoría, los integrantes del Apostadero consideran – como lo expresaba la página *web* de Gionco – que la causa primaria y fundamental del conflicto fue la disputa por la soberanía de las islas, es decir la restitución de un territorio “usurpado” por Inglaterra en 1833. Sin embargo, ese reconocimiento no lo realizan desde una perspectiva absolutamente acrítica o descontextualizada del conflicto, ya que algunos de ellos – tanto civiles como militares – destacan la necesidad de legitimación de la dictadura militar en crisis como uno de los factores de mayor potencial explicativo del conflicto. Si bien ésta no es la perspectiva dominante, ello no implica que los miembros del grupo se nieguen a hablar de la dictadura. Por el contrario, en su mayor parte, hacen una reflexión sobre el régimen militar, a veces de cuestiones generales y de lo que significó ese pasado para la sociedad argentina, y otras, desde su experiencia personal, sólo que en ningún momento articulan esas reflexiones con el conflicto de 1982. Incluso, en algunos casos, indican explícitamente que se trata de dos acontecimientos absolutamente distintos que no deben “mezclarse”, oponiéndose así a la memoria hegemónica de la Transición que concebía a la guerra de Malvinas como una matanza más de las FF.AA. y a tono con la resignificación de la memoria bélica desde comienzos del 2000.

No obstante, esto no implica que los testimonios sean lavados o asépticos. Por el contrario, varios de estos relatos comparten una perspectiva profundamente crítica – que en algunos casos llega a ser lapidaria – ya sea de la decisión de declarar la guerra, del conflicto en sí y/o de la actuación de cada una de las fuerzas en el ámbito operacional, estratégico, táctico y, fundamentalmente, logístico. Desde la errónea lectura del panorama internacional en que se basó el plan de operaciones, los cuestionamientos se suceden uno tras otro: la falta de armamento, de ropa de recambio y de medios de transporte adecuados para distribuir los alimentos; las improvisaciones que caracterizaron a toda la contienda; las rivalidades inter e intrafuerzas; lo erróneo de la estrategia de defensa; la falta de movilidad/dinamismo y la nula capacidad de ataque; el envío de tropas sin formación y no aclimatadas, y el maltrato y abuso a las mismas, entre otros.⁴¹³

En muchos casos, la Armada no sale indemne de estas críticas. La inacción de la flota de guerra es un elemento constantemente mencionado por los integrantes del

⁴¹³ Sólo dos integrantes del Apostadero – un militar y un civil – no realizan ningún tipo de crítica sobre el conflicto ni sobre la actuación de la fuerza.

Apostadero para cuestionar a la Marina, y, a la vez, para denunciar su responsabilidad en los padrones inflados de los veteranos de guerra y la falta de reconocimiento de su unidad. No obstante, los grados de criticidad difieren, y así como algunos manifiestan sentirse defraudados por el desempeño de la Armada porque “no dio todo lo que podía dar”⁴¹⁴ y son lapidarios con su actuación; otros sólo realizan cuestionamientos puntuales, y a veces, estas críticas no ensombrecen una perspectiva general positiva de la fuerza.

Asimismo, el balance del desempeño naval en las islas varía en función de que incorporen la comparación de la actuación de la Marina con las otras fuerzas armadas. En estas comparaciones, la Armada queda en un punto medio: así como los miembros del Apostadero destacan a la Fuerza Aérea como la que mejor desempeño tuvo, indican que la actuación naval fue mejor que la del Ejército, y para ello se refugian en algunos casos excepcionales, como el BIM 5 o la Operación Rosario – tal como hace la Armada en la construcción de su memoria –, para concluir indicando que están orgullosos de haber combatido con la Marina.⁴¹⁵ Ahora bien, si hay un cuestionamiento claro a la fuerza es su pésimo desempeño en la posguerra: la denuncia de la falta de políticas navales para contribuir a la “reinserción” de los combatientes es mencionada una y otra vez en los testimonios.

Desde la perspectiva de los miembros del Apostadero, fueron los errores y deficiencias de las FF.AA. argentinas los que, al fin y al cabo, explican la derrota. Así, construyen una imagen de la guerra como perdida por Argentina más que ganada por los británicos, en tanto fueron los errores propios, las tremendas improvisaciones y falta de planificación, los factores que explican la derrota, en mayor medida que el exitoso accionar de las tropas inglesas o el apoyo norteamericano y chileno. En algunos casos, perciben la diferencia entre los contendientes de forma tan abismal que configuran una imagen de una guerra imposible de ganar desde un comienzo – aunque ello no necesariamente los conduce a preguntarse cómo y por qué se llegó a la misma.

Por ende, los integrantes del Apostadero – en general – construyen y transmiten una perspectiva crítica de la guerra y/o del accionar de las fuerzas argentinas en ella, que en la memoria “oficial” y “emblemática” del grupo está ausente. De hecho, la gran mayoría

⁴¹⁴ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010.

⁴¹⁵ Esta cuestión es retomada y complejizada más adelante.

cuestiona a la guerra por absurda o inútil, ya sea desde una mirada transhistórica y antibelicista en la que se considera que todas las guerras son el sinsentido, una tragedia, ya que se arriesgan y pierden vidas cuando siempre existe otro recurso, como el diplomático, para luchar por el mismo objetivo⁴¹⁶; como desde una perspectiva histórica y situada en la que el cuestionamiento se ancla en el desarrollo del conflicto del Atlántico Sur en sí (en su planificación y conducción), en su resultado (la derrota) y en sus causas de corta duración (el “manotazo de ahogado” del gobierno argentino y británico). De todas formas, aún aquellos que cuestionan al conflicto por haber sido una estrategia de legitimación de la dictadura militar, no por ello dejan de afirmar – en su mayor parte – que se trató de una guerra justa (la reivindicación de la causa de soberanía está por encima de las motivaciones políticas o económicas de la dictadura).

En tal sentido, la crítica a la guerra no implica un cuestionamiento a la propia vivencia. Por el contrario, los integrantes del Apostadero – en una abrumadora mayoría⁴¹⁷ – reivindican su experiencia bélica, principalmente por haber estado dispuestos a sacrificar la propia vida por compañerismo y/o por un ideal, por una causa justa de soberanía, y en definitiva por “la Patria”, y destacan la guerra como un clivaje en sus vidas. En este punto, puede afirmarse con Hynes (2000: 219) que, al igual que los testimonios de la mayoría de los combatientes, las memorias de los miembros del grupo no son abiertamente antibelicistas, aún cuando cuestionan el conflicto: “Tenemos que aceptar como un hecho que los hombres en general están contentos por haber ido a la guerra; sus narrativas nos dicen eso.”

En este marco de sentido de la guerra, ¿qué elementos en común vinculados a la vivencia bélica es posible identificar en las memorias de los integrantes del Apostadero?

⁴¹⁶ Como indiqué en la Introducción, la generalización de este cuestionamiento ahistórico a la guerra se puede explicar por la consolidación del paradigma humanitario como referente de la acción colectiva y como matriz para leer en el post Holocausto los conflictos como crímenes de lesa humanidad (Traverso, 2009). En Argentina, esa lectura de los acontecimientos violentos que se centra en víctimas y crímenes, se difundió principalmente después del terrorismo de Estado. Este tipo de perspectiva descontextualiza y despolitiza a los conflictos y reduce su explicación a una condena moral de la violencia que suplanta toda disputa ideológica y análisis de la misma. De hecho, ese es el recurso al que apelan los dos miembros del Apostadero que no realizan cuestionamientos al conflicto, ya que la condena moral al universal de la guerra reemplaza su explicación.

⁴¹⁷ Sólo en cuatro casos (tres militares y un civil) aparece un cuestionamiento al sentido de la propia vivencia bélica, y en dos de ellos, en el balance de su experiencia no rescatan más que aspectos negativos.

Si “la memoria colectiva sólo consiste en el conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos, y las celebraciones públicas” (Ricoeur, en: Jelin, 2002: 22), ¿cuáles son aquellas “huellas”, aquellas marcas ancladas en espacios, acontecimientos y actores, que a fuerza de compartirlas una y otra vez en sus encuentros, y principalmente en las reuniones de camaradería, aparecen recurrentemente en los relatos de los protagonistas? ¿Qué sentidos transmiten? Además, en tanto las “memorias emblemáticas” y “sueltas” se articulan alrededor de “nudos convocantes” que invitan a tender puentes entre ellas (Stern, 2000) – que en el caso del Apostadero son las reuniones anuales del 20 de junio –, lo que habilita su comparación: ¿qué puntos de encuentro y diferencias existen entre la memoria “oficial” del Apostadero y los relatos en primera persona?

En principio, si hay un elemento compartido por la memoria del Apostadero difundida por Gionco en la página *web* y por los testimonios de sus miembros, es el espacio que identifica a la unidad. La carpintería, el lugar en el que – luego de varios traslados – definitivamente se alojaron la mayoría de sus integrantes, aquel en el que más tiempo residieron y el único que lució en su fachada el cartel “Apostadero Naval Malvinas” construido por sus miembros, es un claro punto de referencia para el grupo. Para un colectivo cuyo origen refiere a una unidad inexistente en el presente, es decir que se desarticuló con la rendición, ese espacio y la imagen emblemática junto a la bandera argentina es, tal vez, el ícono que los representa más formalmente. En los testimonios, ese espacio es descripto minuciosamente, y sus características, los “cuartos” en que estaba subdividido, así como las maquinarias con que contaban, aparecen como un recuerdo casi fotográfico; en este punto el tiempo parece no haber pasado. Incluso, la identificación de la unidad con el lugar en el que funcionó es tal que varios integrantes del Apostadero confunden la creación de la unidad con el momento en que se trasladaron a la carpintería, o recuerdan el período previo a su alojamiento allí mucho más breve de lo que realmente fue.

La carpintería es una referencia ineludible aún para aquellos que sólo se alojaron allí en contadas ocasiones. Ese es el caso de Fernando González Llanos, quien a pesar de que en la guerra estuvo alojado principalmente en Stanley House, porque era donde funcionaba el Centro de Informaciones de Combate donde se desempeñó, inauguró el *blog* con una entrada

denominada “¡¡¡Estás igual!!!”, destinada al galpón donde funcionaba el Apostadero, en el que anexa la fotografía de la unidad en 1982 y una del 2009. Asimismo, en el living de su casa, Fernando instaló un *vitraux* diseñado por él, en el que representa los espacios más significativos de “su” guerra y la de sus amigos, y allí, en primer plano, está la fachada del Apostadero junto a la bandera argentina.

Ahora bien, las diferencias entre los registros de la memoria – el sitio virtual y los relatos personales – aparecen inmediatamente cuando el análisis se centra en los momentos y acontecimientos que quedaron marcados en sus recuerdos. Si el compromiso afectivo es lo que transforma las acciones habituales y las rutinas en acontecimientos “memorables”, impulsando consecuentemente a una búsqueda de sentido (Jelin, 2002: 27), entonces los momentos relevantes para la memoria “institucional” bien pueden no serlo para las memorias ancladas en experiencias personales. En tal sentido, si bien varios integrantes del Apostadero mencionan el origen de la unidad, su constitución, la heterogeneidad y movilidad de sus funciones logísticas, y, a veces, el papel desempeñado por Gaffoglio, sin duda son otras las características del grupo y los momentos principales en sus memorias de Malvinas. Se trata de aquellas situaciones que tienen vigencia por su irrupción en la afectividad, las emociones y los sentimientos.

Así, es posible identificar una diversidad de momentos compartidos por los integrantes del Apostadero, en los que el temor, el pánico, la ansiedad, la angustia, y la incertidumbre irrumpieron ante el riesgo y la proximidad de la muerte, e implicaron una ruptura en la cotidianeidad del sujeto, como cuando los convocaron para la guerra, comenzaron a realizar las guardias nocturnas, empezaron los bombardeos sobre las islas, en aquellas momentos en que estuvieron bajo ataque, se separaron de algún compañero que era su sostén, vieron morir a otra persona, o cuando pasaron a ser prisioneros de guerra. Asimismo, otras situaciones están marcadas por la alegría, emoción y alivio que provocaron, como cuando vieron las islas por primera vez, llegaron a Malvinas, se encontraron con algún amigo en ese paraje desconocido, o cuando regresaron a sus hogares y se reencontraron con sus familias. Por último, otros acontecimientos son clave debido al sentido que tienen para los actores, principalmente por el orgullo que sienten ante situaciones en las que demostraron valor, sacrificio y entrega o creatividad e ingenio – esos mismos valores relevantes en el mundo masculino y militar –, como cuando cumplieron exitosamente

misiones muy difíciles de llevar a cabo, arriesgando sus vidas, o tomaron decisiones que luego los marcarían de por vida, como en aquellos casos que se ofrecieron voluntarios para ir a la guerra, o para realizar determinadas actividades en el conflicto por compañerismo, solidaridad, o por seguir un ideal.

Esos acontecimientos constituyen puntos de referencia comunes en los relatos de los miembros del Apostadero. Acontecimientos que muchas veces lejos están de poder ser ubicados temporalmente, y menos aún fechados, y que son bien distintos a los hitos clave de la memoria “oficial” o “institucional” de la página *web*. Ello es evidente porque, por ejemplo, para aquellos que no formaron parte del grupo fundador de la unidad, el 2 de abril – el día de la creación de la misma y del desembarco en Malvinas – no reviste ninguna relevancia en particular. Muchos no lo mencionan y otros lo recuerdan como un día más de su rutina y al desembarco como una noticia que apareció en los medios de comunicación, pero no como un acontecimiento que los involucrara de alguna forma. Asimismo, el 16 de junio, que fue indicado por Gaffoglio como la fecha en que el Apostadero dejó de existir – y retomado en la página *web* – porque, según él, fue el momento en que sus integrantes se retiraron de la carpintería y dejaron inoperantes las instalaciones portuarias para trasladarse al punto de concentración de prisioneros, no es relevante para los actores, en tanto la rendición dos días antes fue el acontecimiento que marcó el fin de su misión allá, y ante todo, el comienzo del regreso. De hecho, prácticamente en ningún testimonio aparece el 16 de junio como una fecha relevante, y a lo sumo los miembros del Apostadero la recuerdan por ser el comienzo de su estadía como prisioneros de guerra, ésta sí una clara marca en sus memorias por las pésimas condiciones en que estuvieron y la incertidumbre y miedo que trajo aparejada esa situación.

Ahora bien, si parto de la premisa que los testimonios son instrumentos de reconstrucción de la identidad, ya que “al contar nuestra vida, en general intentamos establecer cierta coherencia por medio de lazos lógicos entre acontecimientos clave (que aparecen entonces de una forma cada vez más solidificada y estereotipada), y de una continuidad, resultante de una ordenación cronológica” que transmiten una imagen de sí para sí y para los otros y definen su lugar social y sus relaciones con los demás (Pollak, 2006: 30), se presentan una serie de interrogantes clave para el análisis de las memorias: ¿Qué imágenes de sí mismos construyen los integrantes del Apostadero al dar testimonio de

su experiencia? ¿Qué estrategias utilizan para ello? ¿Quiénes son los “otros” con los que dialogan/confrontan? Asimismo, en tanto las anécdotas son elementos condensadores de sentidos, ¿cuáles son aquellas anécdotas referidas a la cotidianeidad bélica que aparecen recurrentemente en los relatos y qué representaciones de los actores construyen y transmiten?

Para analizar esas imágenes, esas identidades, hay que tener en cuenta dos pares de variables, que a su vez están interrelacionadas. Me refiero a los binomios decisión/imposición y protagonismo/“espectador”, cuya ambivalencia es posible rastrear en todos los testimonios. Atendiendo a la propuesta de Joanna Bourke (2000: 8), considero que si bien en general los combatientes manifiestan una alta conciencia de su agencia y protagonismo en la guerra, la apelación a su grado de involucramiento en el conflicto, a su responsabilidad y a su capacidad de acción/decisión no es homogénea a lo largo de sus testimonios y está plagada de tensiones y contradicciones.⁴¹⁸ Esa ambivalencia depende de diversas variables identitarias. En el caso del Apostadero, sus integrantes intentan resolver la tensión entre asumirse como combatientes con mayor o menor capacidad de acción/decisión, como protagonistas o mero “espectadores”, según la imagen de sí que ellos han construido y pretenden transmitir, la representación de los “otros” con los que se vinculan, sus luchas y el contexto en el que se encuentran.

En este sentido, y con respecto al primer binomio, si hay una imagen de sí que tanto la mayoría de los militares como ex-conscriptos construyen es la de combatientes que no intervinieron en los planes de la guerra ni eligieron atravesar esa experiencia, pero que así y todo entregaron todo de sí por la causa soberana y/o por sus compañeros e hicieron lo que pudieron dadas las condiciones. Esta representación que les reserva a los individuos cierta agencia y autonomía en las acciones cotidianas en las islas en el marco de una “imposición mayor” que es el hecho en sí de estar en la guerra cumpliendo órdenes, aparece como la

⁴¹⁸ Existen diversas perspectivas sobre la posibilidad de concebir a los agentes de la guerra como víctimas, y a su autorrepresentación al respecto (Winter y Sivan, 2000: 18-19). Sobre ello, Lorenz (2006: 204) reflexiona: “La experiencia de guerra es excepcional: pone a los hombres en la situación de estar resolviendo permanentemente situaciones límite, decisorias de vida y muerte. Como consecuencia, muchos veteranos de guerra tienen una muy alta conciencia de ser agentes sociales. La permanente apelación al “yo estuve ahí, yo puedo contarlo” es una marca discursiva de una situación mucho más profunda: los ex-soldados, aun cuando reproducen discursos que tienden a pasivizarlos, no se ven a sí mismos como víctimas, sino como protagonistas activos de su experiencia.”

resolución ideal para reivindicar su experiencia bélica pero sin asumir una responsabilidad por el conflicto en sí. Claro que ese no es el caso de aquellos pocos que fueron voluntarios a la guerra, quienes reivindican su decisión de involucrarse en el conflicto basados en la relevancia de la causa de soberanía – un “ideal” en términos de Marcelo Padula⁴¹⁹ – y/o en el respaldo popular, más allá de quienes decidieron la guerra y por los motivos que lo hicieron. Para abordar la configuración de esta representación y la tensión decisión/imposición, en un primer momento me centraré en el análisis de los testimonios de los ex-conscriptos y luego en los de los militares.

Es especialmente en los relatos de los “ex-colimbas” en que esa reivindicación de la autonomía en la guerra, es decir de la capacidad de tomar decisiones en momentos concretos – aún siguiendo órdenes –, aparece anclada en anécdotas recurrentes, compartidas por el grupo en las reuniones anuales.⁴²⁰

Los ex-soldados reivindican una y otra vez su agencia en la guerra, su disposición para cumplir con sus funciones, así como el esfuerzo, la resolución, la valentía y la autonomía, al punto extremo que en varios casos construyen un relato en el que su independencia de los superiores es total, y transmiten la imagen de una guerra en la que ellos deciden por encima de la autoridad, debido a su mejor formación y/o por aplicar el sentido

⁴¹⁹ Entrevista a Marcelo Padula, CABA, 19/04/2010.

⁴²⁰ Así como es posible identificar elementos comunes en la memoria de todo el grupo Apostadero – que serán analizados a lo largo del capítulo –, existen determinados puntos de referencia recurrentes en los testimonios de los ex-conscriptos que lucharon en esa unidad, que parecen conformar un relato particular dentro de la memoria social general y cuyo origen remite a la inmediata posguerra, cuando los encuentros eran “exclusivamente de colimbas”. Recordemos el testimonio de Gabriel Asenjo (CABA, 23/06/2010) que fue incluido en el Capítulo 5: “[En] las primeras reuniones todo pasaba más por lo personal y por las anécdotas, que... ¿Qué es lo más lindo, de qué te vas a acordar del miedo que tenías o del bombero loco de Corletto? Te acordás del bombero loco de Corletto. ¿O de lo lindo que fue llegar a casa o de lo feo que fue irte? Entonces uno habla de lo lindo que fue llegar a casa”. Uno de los primeros elementos que sobresale de esa memoria de los “ex-colimbas” y de las anécdotas que la constituyen, es la forma en que recuerdan la guerra colectivamente en las reuniones anuales del Apostadero, relato que no siempre coincide punto por punto cuando son convocados en solitario a hablar de la guerra. Como reflexionan Eduardo Iáñez y Claudio Guida (Olivos, 20/10/2010), el grupo de ex-conscriptos fundadores de las reuniones siempre trató de evitar tomar “el sentido trágico” de la guerra, apelando al humor como recurso para enfrentar un recuerdo difícil, elaborar su vivencia bélica y poder seguir con sus vidas: “De las Malvinas nosotros siempre tenemos un tono muy grato, siempre intentamos recordarlo no las partes más lindas, pero las cosas más graciosas, te han contado lo del bombero loco seguro, y todo ese tipo de cosas.” En esas anécdotas ellos transmiten la existencia de pequeños grupos en los que jóvenes de similar edad que estaban en la misma condición por ser civiles bajo bandera compartían elementos simbólicos y materiales. Esta especie de “submemoria” se constituye en base a las vivencias compartidas en la guerra y en la posguerra, que a su vez alimentan la identificación entre los ex-conscriptos y el fortalecimiento de sus lazos sociales. Asimismo, es evidente que las anécdotas recurrentes en los testimonios en general son protagonizadas por aquellas personalidades más carismáticas, “históricas” de las reuniones, quienes tienen un rol preponderante en su transmisión.

común, o por la ausencia del superior ante el caos bélico. Esta percepción de la propia vivencia de guerra es tal que algunos llegan a afirmar “[yo] no tenía jefes”.⁴²¹ Ello es bien evidente en una anécdota que se repite en varios relatos de ex-conscriptos que fueron convocados en el mismo momento. En ella, la ausencia de los superiores en el camino desde el destino al Edificio Libertad y la total independencia de los “colimbas” en su recorrido, es también una pauta que puede remitir a la imagen de que, al fin y al cabo, todos fueron voluntarios de alguna forma porque las posibilidades de desertión se les presentaron a cada momento⁴²²:

Julio: En el Edificio Libertad, todos juntos, dicen “bueno, tienen que ir a La Boca, a la parte de suministros, a buscar el equipo de zona fría”. Nos vamos, nos estaba esperando en el micro un amigo del Apostadero, que manejaba un colimba. Todos al micro, solos, todos colimbas, solos. [...] Nos largamos a llorar, yo estaba totalmente bloqueado, no pensaba en nada, algunos discutían “no, que yo me voy, me cruzo a Uruguay” [...]. Viste, hay algunos que no tenían claro, y yo decía “¿Qué vas a ser desertor toda tu vida? ¿Qué vas a escaparte toda tu vida?”. Era grave, desertar era grave, entonces digo “no, no vale la pena, aparte no sabemos qué pasa”. Todos hablábamos, no era yo el único que hablaba [...]. De ahí volvimos al Edificio Libertad, previo paso por casa, hacía calor, entonces pasé por casa. [...] Bajo, me traje dos Cocas de las grandes, de litro y medio... [...] Después en el Edificio Libertad nos pagan los viáticos entonces agarramos 4 o 5, mirá lo loco ¿eh? Ya sabíamos todo y salíamos libres, o sea, no es que yo para poder salir del Edificio, dejaba... no, salía y entraba.

Andrea: Te podías haber ido...

Julio: Sí, vos decís es raro, porque después... qué loco que te den tanta libertad en el Edificio, porque había seguridad y todo, porque no te olvides que la situación era... había mucha guardia, mucha guardia. Bueno, vamos a Retiro, y en unos de los barsuchos que había en Retiro, nos comimos un buen sándwich de milanesa [...] [Después] Volvimos al Edificio y ya nos quedamos ahí en el pasillo durmiendo todos, esperando a la mañana siguiente para ver qué pasaba.⁴²³

También, al hablar de aquellos momentos más relajados, en los que “jugaban a la guerra”, los ex-conscriptos ponen en primer plano su agencia al dar cuenta de los recursos a

⁴²¹ Entrevista a Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010 y a José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007.

⁴²² Como analiza Guber, ese fue justamente uno de los recursos utilizado por las agrupaciones de ex-soldados combatientes en la inmediata posguerra para reivindicar su experiencia de guerra y transformarse en “guardianas de la memoria argentina de la Guerra y el reclamo por Malvinas”: “... debían transformar el deber (de la conscripción) en un acto de voluntad (...). Los ex-conscriptos hicieron de su experiencia en el servicio militar, incluyendo el deber de pelear en una guerra, una cuestión de elección de servir y defender a la patria. (...) En la versión crítica de la guerra que ostentaban muchos argentinos, la obligación significaba también ser arrastrado por las Fuerzas Armadas del Proceso a un escenario atroz de abuso y de muerte. Los ex combatientes respondían distanciándose de las Fuerzas Armadas y del régimen militar. Argumentaban que no habían ido a la guerra como carne de cañón de la dictadura sino porque defender Malvinas era una causa justa de todos los argentinos” (2004: 158).

⁴²³ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007.

los que ellos – jóvenes de 19 y 20 años – apelaron para hacer frente a una situación difícil de sobrellevar y controlar. Distanciándose de la figura del héroe y desacralizándola así como ironizando sobre la guerra y su vivencia, el psicólogo Oscar Luna relata el surgimiento del batallón “Puloi” – haciendo referencia al producto de limpieza – conformado por algunos conscriptos del Apostadero que se encargaban del aseo del buque Bahía Buen Suceso:

“El batallón Puloi se conformó con aquellos jóvenes de vida irregular, desordenada, demasiado apegada a los excesos que fueron considerados un riesgo para la misión. Era evidente que no eran tipos fuertes ni preparados y como la gran mayoría allí no entendían de armas y menos de estrategias militares. Por eso se les encomendó una tarea claramente menor pero, porque no, también Patriótica: mantener la limpieza de la embarcación. Cada mañana el batallón Puloi recorría balde en mano, a punta de escobillón, cada milímetro del buque. Ocupando los espacios que dejaban vacantes sus tantísimos superiores, haciendo uso integral de los camarotes, no sólo para descansar sino para conversar alegremente sobre las banalidades de la contienda. Allí, lejos de la crueldad de un mundo que no les era propio ejercían la libertad de seguir jugando, inventando las más increíbles conjeturas sobre lo que vendría... convirtiéndose en una usina permanente de información, una voz animada, una fisura, dueños mágicos de las ilusiones pasajeras del resto de la tripulación. Sumergidos y distantes, la travesía los volvió grupo... (...).

Entre el grupo nacieron mitos, que aún se recuerdan de tanto en tanto cuando los fantasmas se visten de gala, beben alcohol e intentan encontrar el paraíso perdido... Su nacimiento de fuego fue una tarde durante un ataque certero de la aviación Inglesa... En esa alerta roja la tripulación toda debía correr desde el barco encallado en la bahía hasta los pozos de refugios que habitaban la ciudad, entonces se dieron cuenta, cada historia tiene una verdad oculta y quizás mágica, todos corrían con fusil, pero había cuatro que corrían con escobas, ésa era su arma, el arma con que defendían la tierra amada, la historia, la barriada... pero también su libertad, la irreverente dignidad, de esa bella e inocente mirada, que contiene el juego, cuando existió una infancia...”⁴²⁴

Asimismo, la reivindicación de su capacidad de acción en la guerra es evidente en otra anécdota recurrente en los testimonios de aquellos que compartieron la posición cuando cruzaron a la península Camber. Esta es una de esas situaciones comunes al relato de varios entrevistados, que, como indicaba Pollak (2006: 30), a fuerza de repetirla termina estereotipándose y solidificándose. Ello es evidente ya que uno de sus protagonistas, Claudio Guida, narró la misma prácticamente en los mismos términos tanto cuando dio testimonio para esta investigación en 2007 como en la entrevista a la radio *Okey* en 2009.

⁴²⁴ Nota de Oscar Luna no publicada hasta el presente. Al finalizar la misma, su autor dedica estas líneas “Al recuerdo de Juan Etchecopar (un puloi de verdad)”, su amigo de la guerra que falleció en 1989. Más adelante, retomaré la marca que significó la muerte de Juan para el grupo de ex-conscriptos “históricos” de las reuniones.

[Cuando cruzaron a Camber, los dos superiores que tenían en su posición se retiran del frente] Cuando nos volvimos, nos quedamos solos, el más antiguo de esos 9, era yo. [...] El más antiguo, yo nunca creí que... la antigüedad era para comer, le pegabas un codazo a un cola. No, no, acá no, acá se cumplió la antigüedad, ¿quién queda a cargo? “Él”. Yo los miraba y les decía “¿yo a cargo?” [...] Nosotros éramos una comunidad *hippie* que vivíamos sin mando, estaba todo bien “hagamos guardia un rato cada uno, che, loco, que está nevando”, pero cumplíamos con lo nuestro, aparte yo estaba al mando, me sentía muy responsable. [...] [Un cabo de Ejército que estaba con las antiaéreas al lado de su posición:] Nos pregunta este... “¿Quién está a cargo?” “Conscripto clase 62, Claudio Guida de la Armada. Ordene cabo, ¿en qué lo puedo ayudar?”. Yo ya tomando vuelo, ¿no? Dice: “Necesito gente para desenterrar las piezas, porque se me enterró anoche”. [...] Me doy vuelta y veo las 6, 7 caritas diciendo “¡No me vas a mandar a mí!”. Me acuerdo esta frase: “Imposible, cabo, tengo toda mi gente recuperando nuestras posiciones”. Ahí entré en el corazón grande de la hinchada, ídolo máximo, “Imposible cabo” y el tipo caliente dijo “Está bien” y se va. Abrazos, nos... habíamos vencido al Ejército.⁴²⁵

Esta anécdota tiene la particularidad de condensar varios sentidos clave de la vivencia bélica de los ex-conscriptos, así como representaciones de sí mismos y de los “otros”. Al tiempo que da cuenta de los lazos de solidaridad que los compañeros de posición construyeron en esas “pequeñas sociedades” – en términos de Osvaldo Venturini⁴²⁶ – que se formaron, demuestra la relevancia que la misión o la causa Malvinas tenía para los soldados, que los llevó a dar todo de sí. Es decir, no por la ausencia de jefes, ellos dejaron de cumplir con la defensa de la posición: “yo estaba al mando, me sentía muy responsable” afirmaba Claudio. También, es un claro ejemplo de la perspectiva crítica de la guerra e incluso del funcionamiento del Apostadero que comparten muchos “ex-colimbas”, ya que tanto la falta de formación para el combate como la ausencia de superiores en el frente fueron denunciadas públicamente por Claudio, Osvaldo y Juanjo en el programa de radio.

Asimismo, Osvaldo Corletto, un ex-conscripto “histórico” de las reuniones, narra otra anécdota que da cuenta de la intencionalidad de reivindicar la propia agencia mediante el relato de las fuertes tensiones que atravesaron al grupo Apostadero en la guerra. Se trata de la anécdota del “Bombero Loco”, aquella que aparece más recurrentemente en los relatos

⁴²⁵ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007. En el vocabulario coloquial del servicio militar obligatorio naval, las cinco camadas que ingresaban a lo largo del año tenían diversos nombres: así, los reclutas que ingresaban en la primera camada que terminaban siendo los más antiguos llamaban al resto “cola”, “coludos”, “potros”, “potrazos”, “púas”. Agradezco a Gabriel Asenjo estas aclaraciones que surgieron en la entrevista a partir del calendario que llevó durante la “colimba” (Archivo personal).

⁴²⁶ Entrevista a Juan Arias, Claudio Guida y Osvaldo Venturini, realizada para el programa “Malvinas... es hora de volver a Casa” emitido por radio *Okey*, 10/04/2010.

de los ex-conscriptos – aún de aquellos que no intervinieron ni presenciaron la misma. Veamos el relato de Osvaldo, su protagonista:

Con nuestros superiores, hubo un problema con dos o tres tenientes, que [...] llegaron después, viste, y venían como que “y vamos a hacer calabozo de campaña”, y “¿adónde estás?!”. Un día “que te vamos a hacer calabozo de cam...” “pará, acá estamos todos en la misma”, no es así. No te digo que los desafiamos ni nada, pero le hicimos entender que “pará”. No tengo nada contra los correntinos, porque yo sé que los chicos esos quizás los manejaron de otra forma los superiores, ¿entendés? Pero, viste, nosotros medio que en algún momento nos plantamos. Y ahora viene la del bombero loco: ahí fue cuando se saltó la cadena. Entonces vienen de noche y me querían despertar para manejar el camión, no se adonde tenían que ir con el camión, entonces me vienen a despertar, y nosotros dormíamos en la oficina acostados, con el corraje, y el casco. Entonces, me pegan en la bolsa, yo me hago el dormido, entonces me sacuden de la bolsa, y lo mandan a un soldado – no sé a quién – dice “traíganme un vaso de agua, un jarro de agua que a este lo voy a despertar”. Yo digo “andá a buscar un vaso de agua, no me vas a despertar ni con el bombero loco” le dije. Bueno, vino el chabón me cazó así de la bolsa, arrastra la bolsa, cuando arrastra la bolsa, me giro, viste, cuando me giro, cazo un fusil y se lo cargo, no sabés ¿no sabés lo que fue! Pregúntaselo a cualquiera. Los pibes de enfrente estaban todos durmiendo, [...] volaron todos. El chabón que iba para atrás, y que “pará, pará, pará” “y acá no me cabe una, vos te venís conmigo y nos vamos juntos, y que me la pongan a mí y te la pongan a vos también”. Bueno, después me agarraron un montón de zumbos, me hablaron, me trataron de calmar. [...] Pero los tipos ya cambiaron totalmente el tema. [...] Ellos se olvidaron del calabozo de campaña, ya se dieron cuenta que estábamos de igual a igual.⁴²⁷

Varios son los elementos a destacar en esta anécdota. En primer lugar, la situación concreta que enfrentó a un conscripto con un militar – cuyos protagonistas hoy en día comparten los encuentros del 20 de junio – por un despropósito o maltrato, desde la perspectiva de Corletto. En segundo lugar, la ausencia de castigo por parte de los superiores frente a una clara falta de disciplina de un subordinado. Ambos elementos contribuyen a construir una imagen del grupo en el que las fricciones entre los conscriptos y el personal de cuadro eran moneda corriente, de los “colimbas” como valerosos y audaces, pero, a la vez, de los militares como indulgentes frente a las faltas de sus subordinados.

Entonces, la anécdota aporta a la configuración de una imagen del conscripto como obediente – de hecho, Osvaldo aclara “no los desafiamos” –, pero no una marioneta de sus superiores, como una persona dispuesta y resuelta a cumplir con su función ya sea por la

⁴²⁷ Entrevista a Osvaldo Corletto, CABA, 22/06/2010. Osvaldo, no sólo es miembro del grupo fundador de las reuniones, donde narró una y otra vez esta anécdota; sino que, además, es una persona con carisma, con mucho humor, y recordada con cariño por varios de sus compañeros porque al ser uno de los ayudantes del panadero, él era el que “clandestinamente” les daba un pan caliente antes de cada guardia nocturna, un gesto imborrable en el contexto del frío extremo de Malvinas.

causa de soberanía – que por lo menos hoy consideran relevante – o por sus compañeros, pero no a dejarse abusar por ella; en fin, de alguien autónomo que piensa y actúa por sí mismo. Esta anécdota es sólo un ejemplo de una variedad de relatos en los que los “ex-colimbas” transmiten esta representación y concepción de sí mismos.

En definitiva, lo que buscan los ex-conscriptos del Apostadero es diferenciarse de aquella otra imagen que los ha identificado desde la inmediata posguerra con el “pobrecito” – en términos de Claudio Guida⁴²⁸ –, el “chico de la guerra”, sometido a circunstancias que lo superaban y que debió luchar contra sus superiores más que contra los ingleses.⁴²⁹ Esa imagen emblemática de extraordinaria vigencia, construida principalmente en base a las denuncias de soldados de Ejército sobre las terribles condiciones que tuvieron que enfrentar durante la guerra, es denostada por estos ex-conscriptos, y, en realidad, por la “comunidad de veteranos” en general. Con el objeto de oponerse al lugar de pasividad en que los sitúa, y, en definitiva, a la condición de víctima en que los escuadra e inmoviliza, los “ex-colimbas” del Apostadero reivindican su experiencia, su autonomía en ella y su decisión de “mantener a raya” a quienes pretendían maltratarlos o abusarlos, a diferencia de “otros”, desde su perspectiva los conscriptos de Ejército, a quienes nombran como los “pobrecitos”, “pibes”, “mutantes” o “zombies”, por las condiciones en que estaban, completamente arrasados por la guerra. Asimismo, el humor que atraviesa estas anécdotas recurrentes en los testimonios es otra de las estrategias a las que apelan para correrse de esa condición de víctima y construir, así, un relato ordenado y controlado de una experiencia que, por lo menos en parte, estuvo más allá de su control.

En ocasiones, la necesidad de luchar contra el lugar que le asigna la sociedad, los conduce a relativizar algunas de las situaciones que más se denunciaron en la posguerra. Recordemos el testimonio de Claudio citado en el Capítulo 4:

⁴²⁸ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 20/04/2010.

⁴²⁹ En el testimonio de Osvaldo el “pobrecito” está encarnado por los correntinos. El hecho de que Osvaldo, quien nació en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, nombre a los correntinos como los “otros” no es un dato menor. Los correntinos representan la imagen de los soldados del interior, desde su perspectiva, más sumisos, que no se oponían al maltrato o al abuso de sus superiores. De esa provincia era uno de los protagonistas de la película emblemática *Los chicos de la guerra*. Además, en la inmediata posguerra, los testimonios de soldados de esa provincia que denunciaban su situación en las islas o su exclusión en la posguerra aparecían frecuentemente en los medios de comunicación (ver *supra* nota 303), e, inclusive, en 2007, Pablo Vassel, entonces Subsecretario de DD.HH. de Corrientes, presentó una causa judicial por violaciones a los DD.HH. en la guerra en base a 23 testimonios de ex-soldados correntinos, demandando que fueran reconocidos como crímenes de lesa humanidad (Vassel, 2007).

Bueno, así fue como una semana en casa recibiendo visitas, no podía salir de casa, venía todo el mundo a preguntarme pelotudeces: “¿Cuántos mataste?” [...] “Sí, fue dura la guerra”, “¿Y pasaste hambre?” “Y, sí, no fui de vacaciones” “¿Y frío?” “Y sí, en el sur hace frío”. O sea no contestaba pelotudeces: “¿Mataste a muchos?” “Sí habré matado o no, no se”. “¿Y murieron compa... viste morir compañeros tuyos?” “No, de los míos, no, se que estaba muy mal la gente de al lado”.⁴³⁰

A veces, esta intencionalidad de desmitificar algunos aspectos del conflicto para correrse de la situación de víctima, lleva a construir una imagen idealizada de la guerra, en la que el conflicto parece un paraíso y en donde casi no vivieron dificultades.⁴³¹ Incluso, en algunos casos, en el balance de su experiencia no encuentran más que aspectos positivos para señalar por los aprendizajes vitales que lograron, como valorar a los seres queridos, compartir sin esperar nada a cambio, dejar de lado los aspectos materiales, entre otros.⁴³² Ello es evidente en el testimonio de Alejandro Diego, quien luego de indicar que desde la muerte del marinero Juan Ramón Turano – un cabo que falleció cerca de él en un ataque –, concibe la vida como “un regalo”, señala: “A mí, como te diste cuenta no me generó nada negativo la guerra, fue un crecimiento espectacular. Si... un día mi hijo, alguien me dice “mirá, va a ir a una guerra como vos, le va a pasar lo que te pasó a vos, y va a volver como volviste vos”, pago 100 mil dólares para eso, no tiene precio, porque es la diferencia entre vivir bien y vivir, tener esa experiencia.”⁴³³

Asimismo, sólo en algunas ocasiones, el enfrentamiento con esa imagen construida por la sociedad en buena medida en base a los testimonios de algunos soldados de Ejército, los lleva a cuestionar las experiencias de los conscriptos de esa fuerza. Sólo por momentos, algunos “ex-colimbas” del Apostadero no logran ponerse en el lugar del otro y reconocer lo

⁴³⁰ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007.

⁴³¹ Una situación similar se puede encontrar en las memorias de las ex-presas políticas durante la dictadura. En ocasiones, ellas recuerdan los años en la cárcel con añoranza y nostalgia, o idealizando la propia resistencia, frente a la tremenda soledad que enfrentaron cuando salieron de la cárcel, o al desarraigo en el caso de aquellas que se exiliaron (Gómez, 2011: 55-57). Además narrar la propia agencia dentro de la cárcel también les permite correrse de la imagen de víctima pasiva de la dictadura, de mero objeto del terrorismo de Estado (Guglielmucci, 2005: 7).

⁴³² Las percepciones positivas de la guerra de muchos integrantes del Apostadero no son casos aislados. En el informe de 1997 sobre la posguerra de los ex-soldados realizado por la Comisión Nacional de Ex-Combatientes, bajo el subtítulo “Aspectos positivos que le dejó al guerra” se incluyen las siguientes cifras: Ninguno 22%, Mayor Valoración de la familia: 30%, Valoración de compañeros, amigos y otros veteranos de guerra: 30%, Madurez, fuerza: 18% (1997: 12).

⁴³³ Entrevista a Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007.

privilegiado de la propia vivencia y el sufrimiento de otros que estuvieron en condiciones bien distintas. Esta misma intencionalidad es la que subyace en algunos de los cuestionamientos a los juicios por violaciones a los DD.HH. que están llevando a cabo principalmente algunos centros de ex-combatientes que nuclean ex-soldados de Ejército desde el 2006.⁴³⁴ En el diálogo entre Claudio y Eduardo, ello está bien claro:

Claudio: Bueno, el Ejército de la lástima, puteame, es más estaqueame y voy a ver si me defiendo o porque no me correspondía o por inhumano, pero no me tomes de pobrecito, de te hago una causa porque me estaqueaste [...].

Eduardo: Es que la gente de Ejército se maneja distinto, yo lo vi, cuando estaban bailando a la gente en el aeropuerto [cuando estaban prisioneros luego de la rendición], allá Ejército bailó a la gente. Los cabos que estaban conmigo decían: “yo voy y los cago a trompadas a esos mogólicos”, a los de Ejército [...]

Claudio: Pero ves yo no hubiese bailado si era prisionero, “vengo de la guerra, me cagaron a tiros, cagué a tiros, ¿y voy a bailar para vos?!” No, yo no bailo. Yo no bailo, no bailé y nunca se me ocurrió bailar. Yo te conté que de la mitad de la guerra para adelante “no me hanches las pelotas” o sea “no me hanches las pelotas, estamos iguales, te sigo a vos, vamos adelante, pero no te hagas el loco porque en el reboleo...”⁴³⁵

El distanciamiento de los soldados de Ejército también se ancla en las condiciones de posguerra, más precisamente en aquella imagen prioritaria que se construyó sobre los soldados combatientes de Malvinas luego del conflicto. Así, la condición de “pobre chico de la guerra” no sólo remite al conflicto, sino también a la situación en que se encontraban cuando regresaron: aislados/excluidos de la sociedad, o en una condición marginal, sin recursos – “pobres” económicamente –, y en algunos casos con alteraciones psicológicas. Los “ex-colimbas” del Apostadero también se distancian de esa imagen que atribuyen a los soldados de Ejército, que a veces vivieron y viven en una evocación constante, sin lograr elaborar “su” guerra. Ellos, por el contrario, acentúan la agencia también en “su” posguerra. Tal vez, la militancia en las agrupaciones de ex-combatientes por más de 30 años y el hartazgo de discutir esos prejuicios, explica la insistencia de Claudio al respecto.

⁴³⁴ El grueso de las causas están basadas en testimonios de ex-soldados de Ejército (que eran, recordemos, la gran mayoría de tropas en las islas). Pero también hay denuncias vinculadas a la Armada y a la Fuerza Aérea. De hecho, la primera denuncia fue presentada por Rubén Darío Gleriano, ex-soldado de Fuerza Aérea, en la Secretaría de DD.HH. de Buenos Aires. Sobre los juicios, ver: Vassel (2007); Niebieskikwiat (2012).

⁴³⁵ Entrevista a Claudio Guida y Eduardo Iáñez, CABA, 20/04/2010. Las próximas citas refieren a la misma fuente hasta que se indique lo contrario.

Ahí nace el grupo comando nuestro, o sea nosotros nos miramos y “fuimos comandos nosotros”, porque pasamos las mismas necesidades, las mismas desgracias, las mismas... ¡y mirá estos tipos como están! Están destruidos. Y es más, elaboraron un plan de “yo vivo de esto”, “yo vivo de la lástima” [...]. Yo siempre digo lo mismo, siempre aseguro lo mismo: hubo 10 mil soldados, hay 10 mil guerras distintas, cada uno la vivió como pudo. Pero vos no podés vivir 30 años diciendo, sabés la lástima, dando lástima: “el frío que pasé, el hambre que pasé, el miedo que pasé, la bala por arriba”.

Sin embargo, posteriormente, Claudio y Eduardo logran ponerse en el lugar del “otro” y reconocer lo privilegiado del propio regreso, tal vez por su misma condición socioeconómica:

Claudio: A estos pibes tan humildes, ser inculto, les cayeron 3, 4, 5 pibes de un matrimonio en el medio de un rancho, en el medio de un campo y vos decís “si este tipo se pega un cuetazo y nadie da señales de nada, y estos 5 críos quedan en la nada” “y sí, se murió un veterano de guerra”. Algo los tenés que ayudar. Por eso nosotros somos bichos raros.

Eduardo: Claro, porque imaginate que estamos cumpliendo 27 años en la empresa, y tenemos la que cobramos por un lado y la que cobramos por el otro. Otros no tuvieron la suerte de conseguir el trabajo.

A veces, esta reconstrucción identitaria de sí mismos implica, incluso, un reconocimiento de la Armada frente al Ejército como una fuerza que tuvo un mejor desempeño en el frente de batalla – y para ello recurren a la excepcionalidad del BIM 5, dejando en un segundo plano la pésima actuación de la flota de mar en su conjunto – y principalmente por construir relaciones jerárquicas diferentes al Ejército, por lo menos en la rigidez, disciplina y severidad. Al respecto, Eduardo Iáñez indica: “En Marina, yo creo que a mí nunca me han tratado mal, más allá de bailes y demás, yo soy... Digo, comparado con la gente del Ejército me siento hasta como orgulloso de haber pertenecido a la fuerza porque nunca tuve un maltrato, en realidad. De mi parte, en la radio [donde se desempeñó durante el conflicto], nunca me han tratado mal, me sentí un tipo cuidado”. Incluso, cuando comentan con Claudio sobre la causas por las que la Armada no ha organizado encuentros para reunir a los integrantes del Apostadero, Eduardo agrega: “Si vos decís que estamos renegados, estamos la verdad orgullosos de haber sido de la Armada y de hecho los que se juntan ahora en junio, se juntan ahí con nosotros porque no hay... Está feo eso, capaz uno pide más de lo que corresponde.”

En tal sentido, considero que una de las cuestiones clave en la construcción de la memoria en común del Apostadero, tanto por ex-conscriptos como por militares, es el

recuerdo de los conflictos intragrupal. A diferencia de la memoria “oficial” o “institucional” que difunde la página *web*, los integrantes del Apostadero no sólo tienen una mirada crítica de la contienda – como vimos –, sino también de la propia experiencia bélica. En su gran mayoría, ellos sí hablan de las fricciones y tensiones que atravesaron a la dotación en Malvinas y que atraviesan al grupo en la posguerra, entre actores que hoy en día participan en los encuentros anuales. Si bien comparten las reuniones y cierta identificación grupal, los miembros del Apostadero no silencian los conflictos que atravesaron al colectivo en aras de un fortalecimiento de los lazos sociales o por temor a sentirse parias en el mismo, y ello se debe a que, en algunos casos, dar cuenta de esas fricciones cumple una función en la autorrepresentación que buscan transmitir y en la acentuación de esa autonomía que indiqué previamente.⁴³⁶

No obstante, en la mayoría de los casos, los conflictos que mencionan son puntuales entre dos personas, y no necesariamente remiten a la imagen de un enfrentamiento general entre civiles y militares o entre el personal de diferente rango. Aún cuando esa sea la imagen que se percibe en la anécdota narrada por Corletto, lo cierto es que en general los integrantes del Apostadero suelen presentar esas fricciones como excepciones en un contexto más amplio de cordialidad, relativa horizontalidad en el grupo, cierto cuidado de los subordinados por los superiores y/o, en fin, por lo menos no de un maltrato generalizado, a diferencia de Ejército, y ello es más evidente aún en los subgrupos que se constituyeron en la guerra. Al respecto, el testimonio de Claudio sobre su experiencia cuando estaba prisionero en el aeropuerto, es bien sugerente:

Se va Juanjo y Osvaldo y le dicen a... a N. [...] y a S. [dos de las más altas autoridades del Apostadero]: “Hay uno de los mellizos que no se puede mover” “¿Adónde está?” “Está ahí en las posiciones que tenemos, está doblado” “Que venga para acá” “No se puede mover”. Ves, yo no es que sea pro-castrense, pero estos dos tipos N. y S., que no eran amigos míos, que no eran gente del palo, ni yo tenía confianza, ni les di un carajo a ellos, yo no puedo putearlos como putean un montón de colimbas que los milicos los dejaron solos, que esto y el... A mí estos dos tipos me vinieron a buscar, me dijeron “¿Mellizo, qué te pasa? ¿Guida, qué te pasa?” me levantaron, me cambiaron por una manta seca, me envolvieron, y me llevaron así, arrastrando hasta el medio de la pista, para que venga un

⁴³⁶ En dos casos, un militar en actividad y un civil, los entrevistados deciden no relatar estos conflictos cuando estamos grabando y los cuentan *off the record*. Sólo uno de ellos ha participado en las reuniones anuales.

helicóptero y que me lleven. Entonces yo no puedo putear, a mí no me estaquearon, yo no era amigo, pero yo no pasé por esas cosas.⁴³⁷

Asimismo, muchas veces ellos terminan justificando a quienes dieron esas órdenes que en su momento consideraron injustas, incomprensibles o abusivas, y que fueron motivo de enfrentamientos. En tal sentido, del mismo modo en que suelen no silenciarse los conflictos en aras de un fortalecimiento grupal, a veces se los justifica o minimiza desde la distancia. Esto se reitera sobre todo entre aquellos que hoy se siguen reuniendo con sus compañeros del Apostadero. Por ejemplo, al hablar sobre los conflictos en el interior del grupo Apostadero en la guerra y posguerra, el “Tano” Gulla reflexiona:

Tano: También tenés que estar en el lugar de ellos, las órdenes que tenían, cómo la pasaban, que tenían que cubrirnos a todos nosotros, que no debe ser fácil. Yo sólo tenía que cubrir a Corletto, o a uno o dos, que me puse yo así, por mi forma de ser, me imagino ellos teniendo que cuidar a todos nosotros, que éramos un montón, o sea hay que estar, hay que estar, y algunos eran grandes [...]

Andrea: Claro es como que los conflictos de la guerra se fueron...

Tano: Ya está, se disolvieron, porque hay que ver en su momento, como te digo, como estaban, ellos tenían su familia, sus cosas, estar ahí, encima tener todos los pibes estos que proteger, que no debe ser nada fácil.⁴³⁸

Esa justificación desde la distancia, también se da en los testimonios de los militares, como en el caso de Guillermo Klein, el oficial de sanidad que pidió la baja cuando regresó de las islas. A la pregunta sobre la relación entre los integrantes del Puesto de Socorro y la plana mayor del Apostadero, Guillermo responde:

El único que teníamos un poquito rígido, teníamos un jefe que hoy lo quiero, creo... no sé si te conté el otro día, que ya hemos cenado con los años que se juntan ellos, la fiesta del Apostadero, que es la que está publicada en la página, es el capitán Gaffoglio. Eh... en esa época yo no lo quería al viejo – le decíamos “El viejo” y era más joven de lo que soy yo ahora. El tipo tenía la suya, viste, era un tipo medio especial. Hoy lo quiero porque el tipo pasó la de él también. Gaffoglio – no sé si te llegaron a contar – que tenía una historia muy interesante. [...] Gaffoglio era un genio visto a la distancia.⁴³⁹

De hecho, la tensión entre construir una imagen del Apostadero en la que existía cierta horizontalidad y cordialidad, a diferencia de las tropas de Ejército, y la necesidad de

⁴³⁷ Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007.

⁴³⁸ Entrevista a Antonio “Tano” Gulla, CABA, 26/06/2012.

⁴³⁹ Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 29/08/2007.

mencionar las fricciones al interior y exterior del grupo para construir cierta imagen de sí mismos, también aparece en muchos de los testimonios de los militares, y más aún de los oficiales de la Armada. En principio, al igual que los ex-conscriptos, el personal de cuadro establece una clara diferencia entre la actitud y el desenvolvimiento del soldado del Ejército y de la Marina – por supuesto recurriendo a imágenes preconcebidas y estereotipadas –, debido a las condiciones en que combatieron y ante todo a las relaciones jerárquicas que se configuraron. Al respecto, Adolfo Gaffoglio, quien fuera el jefe del Apostadero, indica:

Me acuerdo yo fui, bajé primero que mi gente, la agrupé, conseguí una cocina donde comían guiso. Había gente de Ejército y de otras cosas, que parecían salidos de... los mutantes, digamos, lamentablemente, porque todos sucios, todo... habían tomado mate cocido todo el día, y en el Apostadero teníamos una cocina con un cocinero que cocinaba como los dioses, que había guiso para 500 personas.⁴⁴⁰

En la breve entrevista realizada a Gaffoglio, el oficial dedicó un tiempo a hablar de los conscriptos a su cargo, reivindicar su desempeño y buscar una explicación a esas diferencias entre las fuerzas ancladas en las particularidades de las unidades navales:

Y yo te digo ellos por ahí en un momento hubo una imagen del conscripto titubeante, lloroso, yo no los tuve, ¿eh? Yo vi “vamos a combatir”, tenían 18 años, “sea lo que sea, vamos, a ver, hay que trabajar”, entusiasmo, etc. Este... no, yo creo que eso fue falsificado, los soldados fueron valientes, afrontaron el combate con decisión. Cuando, después de la rendición, con el estoicismo de no comer, no bañarse, como me pasó inclusive a mí, yo compartí con ellos: estuve dos meses sin bañarme, volví con 10 kilos menos, porque tomaba té con leche, en la mano me daban de comer, sufrí las mismas penurias que ellos, entonces este... Eso es una cosa que, por de pronto, en la Armada están consustanciado, porque vos estás en un buque, que tenés los mismos avatares, si el buque se hunde, te hundís vos también, cuando el buque rola o cabecea, no es que cabecea el personal, y no cabecean [...] los oficiales, cabeceamos todos. Y fundamentalmente, fundamentalmente, la Armada se preocupó del rancho.⁴⁴¹

Las distintas condiciones en que combatieron los conscriptos de cada una de las fuerzas y las diferentes relaciones jerárquicas que constituyeron unos y otros, también son señaladas por otros dos cuadros: Oscar Luna y Daniel Blanco – este último, incluso, establece una continuidad entre esa situación en el pasado y los vínculos en el presente –:

⁴⁴⁰ Ídem

⁴⁴¹ Entrevista a Adolfo Gaffoglio, CABA, 30/11/2007.

Oscar: Eso fue las otras fuerzas, en la Marina no. En la Marina, en la Marina con los conscriptos siempre nos llevamos bien, siempre nos atendieron, nos saludábamos.

Andrea: ¿Y por qué cree que hay esa diferencia?

Oscar: Y lo que pasa es que el Ejército trató mal a los conscriptos allá, los hizo sufrir, estaquear, debe ser verdad, porque no creo que los conscriptos mientan, ¿no? [...] Entonces nosotros no, para nosotros los conscriptos eran un familiar más.⁴⁴²

La historia que se ha visto siempre es la historia del Ejército, ¿entendés? Y nosotros en la Marina, como yo te he explicado, el colimba es como un eslabón, cuando se rompe el eslabón, se corta la cadena y no sirve para nada. Entonces los colimbas nuestros es distinto el trato, nos siguen tratando bien, tenemos buena onda y todas las cosas con los colimbas.⁴⁴³

En estos casos, indicar claramente estas diferencias trae aparejado la construcción de una autorrepresentación por parte de los militares del Apostadero como buenos superiores/líderes/conductores que se preocupaban por su tropa – Gaffoglio habla de “mi gente” – a diferencia de las imagen estereotipada y hegemónica de los oficiales y suboficiales del Ejército.⁴⁴⁴ La mención de diversas anécdotas sobre su indulgencia frente a los casos de robos de comida o directamente su complicidad, o frente a otras situaciones delicadas – como vimos en la anécdota relatada por Corletto –, es uno de los recursos para configurar esa imagen de sí mismos. Esa intencionalidad, por ejemplo, es la que guía todo el testimonio de Gaffoglio. Sólo por citar un caso, quien se desempeñó como jefe del Apostadero evoca:

Un día vino el gerente de la FIC [Falkland Island Company], que me dice “dígame Gaffoglio – yo no lo conocía – acaba de dar la gobernación una orden “prohibido vender chocolates a los soldados argentinos”, ¿qué le parece?” “me parece mal, tienen 18 años – digo – seguro que les gusta el chocolate, y además – digo – el chocolate combate el frío”, y digo “si yo lo veo a usted vendiendo chocolate, yo no le voy a hacer nada, ¿eh? Es decir que para lo que a mí respecta esa orden no existe”. Tenía toda la libertad, y estaba dentro de mi jurisdicción, ¿sí? Es decir, yo no apoyaba esa orden, porque hay en algunos aspectos que fueron muy severos con nuestra propia tropa [...] Mi gente tuvo

⁴⁴² Entrevista a Oscar Luna, CABA, 26/06/2012.

⁴⁴³ Entrevista a Daniel Blanco, Bahía Blanca, 25/11/2010.

⁴⁴⁴ En este punto es relevante aclarar que así como se presentan construcciones identitarias similares en los testimonios de los militares de carrera del grupo, en su caso no es posible identificar una “submemoria” de los mismos. Quizás esto se deba al aislamiento que se dio en sus posguerras, ya que recordemos a que al regresar a sus diversos destinos luego de la guerra, muchos militares perdieron contacto entre sí, algunos de ellos hasta el día de hoy. Por ende, si la continuidad temporal es un elemento clave para la configuración de la identidad y en paralelo de la memoria, es lógico que estos actores que no volvieron a verse o tuvieron encuentros esporádicos no hayan construido una memoria en común. Y es posible afirmar ello, aún cuando existen anécdotas aisladas que comparten algunos de los que estuvieron en el mismo destino o posición, pero las mismas no son extensivas fuera de los protagonistas, ni ampliamente compartidas por el grupo.

que cuatreclear, para que te lo diga, nosotros pasamos un mes, y era el Apostadero, sin ver carne, y un día fui con este chico [...] “vení, vamos a robar carne”. Fuimos en un Land Rover, y acababa de aterrizar el avión a las 11 de la noche. Ahí con linternas, para que no se levantaran los *kelpers* [empezó a descargar carne]. “¿Cómo le va señor?” “bien, muy bien” “fijense cómo el capitán también junta la carne, miren qué ejemplo”. Y yo las daba dos para ellos y uno se lo tiraba al conscripto mío [...]. Nos fuimos de ahí, y se la dimos al cocinero “pibe, a partir de ahora comemos carne”, porque lo que vos no creías había esa división entre quienes tenían y quienes no tenían.⁴⁴⁵

Los casos de situaciones similares abundan, sobre todo de aquellas anécdotas que ponen en pie de igualdad a los conscriptos con los militares. El suboficial retirado Ricardo Rodríguez, una persona muy querida por los ex-conscriptos, recuerda toda vez que da testimonio la siguiente situación que se ha convertido en clave para su identidad, y que también es recordada por algunos “ex-colimbas”:

“En este caso tuve que patrullar el muelle (...). Había que recorrer su trayectoria, ida y vuelta en total oscuridad. Siempre me acompañaban dos conscriptos. (...). Los dos eran excelentes conscriptos y con garras. Al "tucu", como lo llamaba, le confiaba el FAP [Fusil Automático Pesado], y al otro el FAL [Fusil Automático Liviano] al igual que yo.

Se tenía conocimiento de que podía haber buzos-comandos ingleses y debíamos verificar y controlar bien el muelle y los alrededores, por lo que antes de iniciar el patrullaje, les daba las instrucciones correspondientes a los muchachos de cómo deberíamos cruzarlo, llegar hasta el final y volver sin ningún problema y por lógica cuidarnos entre los tres. (...)

Llegó un momento en que conteníamos la respiración para poder escuchar algún ruido que no fueran nuestros pasos. Al volver, teníamos que hacer el mismo camino. Antes de retornar, ya en la punta del muelle, nos poníamos de espaldas uno con otro para calmar nuestra agitada respiración, por los nervios, por la situación, por el miedo... no se, pero lo hicimos siempre mirando en todos los sentidos ante el temor de que aparecieran los buzos. (...)

Puedo decir con seriedad, que, cuando llegábamos casi al final, íbamos acelerando el paso de a poco, después casi corríamos y lo hacíamos tan fuerte como si alguien nos estuviera persiguiendo, por lógica siempre mirando hacia todos los lados, parecía una carrera de competición para ver quién alcanzaba la meta. Era una situación difícil, pero era más la desesperación por llegar lo que nos hacía actuar de esa manera los últimos metros. Luego nos reíamos, con una risa forzada, producto de los mismos nervios por tener algún encuentro con ellos y no volver... Al final nos abrazábamos dando gracias a Dios” (LGM, noviembre 2005).

La construcción de una imagen distinta de la superioridad de Malvinas que está arraigada en el sentido común así como cierta idealización de la cotidianeidad en el Apostadero, aparece también con mucha claridad en el programa de radio “Malvinas... es hora de volver a casa” cuando Ricardo Rodríguez se comunica para hablar con los

⁴⁴⁵ Entrevista a Adolfo Gaffoglio, CABA, 30/11/2007.

entrevistados de ese día, los “ex-colimbas” Osvaldo, Juan y Claudio, mediante la intervención de la locutora, Susana Sealices:

Ricardo: Decirles a ellos y a través de ellos, primero un gran saludo, después estar orgulloso de ese personal que tuve a mi cargo en esos momentos, gran parte a mi cargo, como eran todos, digamos así, todos los conscriptos, excelentes muchachos, valientes muchachos, y orgullo de haberlos tenido a cargo [...]

Claudio: Ricardo, creo que los agradecidos somos nosotros de haberte tenido. Me acuerdo de las primeras guardias, me acuerdo de los primeros movimientos, éramos todos los patitos que caminábamos atrás tuyo tratando de cumplir, o sea, acérrimamente lo que vos nos decías y lo que vos nos dabas como pautas para que nos cuidemos, para protegernos, me acuerdo que era el cabo de cuarto más famoso del Apostadero, te seguían todos a muerte. Y la verdad rescato por sobremanera tu persona, tu calidad humana, que sin tener experiencia como nosotros, la forma que nos hayas cuidado en ese momento [...]

Ricardo: Yo te agradezco mucho [...] A pesar de que ustedes han sido muy jovencitos, pero siempre bien dispuestos a cumplir. Yo creo que ahí, en el caso nuestro, por ejemplo el Apostadero Naval Malvinas, no hubo ese tipo de jerarquías, división, éramos todos iguales, por eso yo también respeté eso... [...] Chau, Susana, gracias por todo [...]

Susana: Pero parece que no fueron tan malos los jefes como se dice después con esta desmalvinización.

Claudio: Vos sabés que creo que vale destacar, como después de un tiempo, como pasa con la gente que tuvo a cargo Seineldin – un excelente soldado –, como pasa con la gente que estuvo bajo el mando de Bonzo [...], como pasa con la gente que estuvo a cargo de Robacio, el comandante del BIM 5, en este caso, bueno, él no era una autoridad superior, pero sí era el que estaba en contacto con nosotros, la relación soldado-suboficialidad- oficialidad fue particular en cada caso. Yo hoy te comentaba fuera del programa, las 10 mil guerras de Malvinas, porque cada uno vivió su propia guerra a un modo especial y particular y su relación la consolidó con la gente que lo rodeaba, en mayor o menor medida hubo problemas pero no todo fue malo.⁴⁴⁶

Asimismo, la mención de algunos conflictos o tensiones que aparecen en los relatos de los militares contribuye a la configuración de esa misma imagen de buen superior. Al respecto el testimonio de Ricardo Rodríguez es quizás el más claro: “Una vez uno quería salir en un tiroteo y lo agarramos porque ya si no salía y ponele, lo mataban, ¿no? Yo no me acuerdo si... si le pegué una cachetada, para hacerlo reaccionar, ¿no? Que después me agradeció. O sea al grupito que lo agarramos ahí. Y de eso nomás me recuerdo, no conflictiva pero algo que pasó”.⁴⁴⁷

⁴⁴⁶ Entrevista a Juan Arias, Claudio Guida y Osvaldo Venturini, realizada para el programa “Malvinas... es hora de volver a Casa” emitido por radio *Okey*, 10/04/2010.

⁴⁴⁷ Entrevista a Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007.

Entonces, las memorias de los ex-conscriptos y militares comparten la exposición de las situaciones conflictivas que atravesaron al grupo, hecho que rompe claramente con la memoria “oficial” transmitida por la página *web*. Así como los “ex-colimbas” hablan de las tensiones con el objeto de acentuar y reivindicar su agencia y autonomía en la guerra, los militares dan cuenta también de fricciones particulares tanto con sus subordinados como con sus superiores, cuyo relato resulta funcional con su intento de presentarse como buenos conductores, o, como líderes capaces de cuidar a la tropa frente a las órdenes sinsentido o injustas dadas por las máximas jerarquías. En otros casos, la explicitación de los conflictos les permite a los cuadros eludir su responsabilidad castrense ante situaciones que evaluaban excedían sus capacidades y formación, pero que de todas formas acataron. Al respecto, el Hugo Peratta, el oficial que fue designado como superior de la sección que se trasladó al frente de batalla en Camber – función para la que no estaban preparados –, recuerda su resistencia ante la orden por su falta de formación y también la de sus subordinados. Desde una perspectiva muy crítica de la guerra, Hugo evoca su enfrentamiento con uno de los integrantes de la plana mayor de la unidad:

Hugo: A mí la orden me la dio [...] S., era capitán de corbeta allá [...] Por supuesto que yo no quería ir.

Andrea: ¿Y vos le dijiste?

Hugo: Le dije “No, ¡¿cómo voy a ir yo?! ¡¿Por qué?!” “No, que esto y aquello”. Entonces me engrané, y agarré los chicos que me dieron y me fui.⁴⁴⁸

Se trata de un tema delicado para los militares veteranos de guerra porque sí, por un lado, consideran fundamental reafirmar su capacidad de acción en la guerra, en tanto actores que tomaron decisiones límites, y no como simples marionetas en manos de sus superiores; por el otro, buscan justificar su actuación y exculparse de la guerra, debido a la ignorancia/juventud o a la falta de libertad de acción, y evitar así la asunción de responsabilidades por la derrota, una cuestión fundamental para aquellos que integraban las FF.AA. en 1982. En la gran mayoría de los casos, ello lo resuelven alternando entre la voz activa para la mayoría del relato y la voz pasiva para todo aquello vinculado al ámbito de las decisiones, y estableciendo una clara ruptura entre los “otros” y “nosotros”, los que sí podían cambiar el derrotero de la guerra y los que no. En el caso de los militares de menor rango,

⁴⁴⁸ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

además, alternan entre la indicación que hicieron lo que pudieron dadas las circunstancias, y la continua insistencia que eran muy jóvenes: “Nosotros sabemos que dimos todo lo que teníamos, la derrota fue de los que tomaron la decisión acá, de las malas decisiones que tomaron”.⁴⁴⁹ Y, en el caso de los de mayor rango, entre destacar la propia sabiduría de lo que iba a pasar y contraponerla a la ignorancia de los superiores que – a veces, a pesar de sus advertencias –, siguieron rumbo al final “lógico”: la derrota.⁴⁵⁰ Al respecto, el testimonio de Hugo Peratta es bien claro:

En un primer momento estaba muy confundido de cuál iba ser la política, la guerra no lo había pensado todavía, había pensado o charlaba con Roberto [Coccia] que estábamos juntos, la cuestión de política, a ver qué iba a pasar, qué iba a hacer el gobierno, si por ahí viste, como quisieron hacer en varias oportunidades que quería este... plantar tres banderas, parar la guerra, en fin, hacerla por las buenas, ¿no? Charlábamos de eso, y pensábamos que eso era lo más lógico, porque pelear contra EE.UU. y contra los ingleses, más los que conocemos los países, que yo estuve un año con los ingleses en bases militares. Yo sabía cómo eran, cómo pensaban, una serie de cosas, viste. Sabía que los tipos venían, no se la iban a comer, estaba seguro de eso, y entonces, estaba seguro, que mis superiores también pensaban igual que yo. Pero ¡oh sorpresa, pensaban para la mierda! Los tres capos militares, más los civiles, que estaban con él, este pensaron para la mierda, y nos mandaron a morir 1500 chicos, y otros enfermos, hay 500 tipos que se han suicidado, otros tantos murieron de cáncer, otros estamos operados del corazón, en fin una serie de cosas.⁴⁵¹

En el relato de Hugo – quien, recordemos, regreso de la guerra con una profunda frustración profesional por no haberse dedicado a su especialidad –, aparece claramente la ambivalencia entre asumir la agencia en la propia experiencia de guerra – lo que se evidencia en la mayor parte de la cita en tiempos verbales como “había pensado”, “estábamos juntos”, “yo sabía cómo eran” – y de mostrarse como subordinado en algunos aspectos, principalmente en los vinculados a las decisiones en lo político/estratégico/logístico/táctico. Desde su perspectiva, la ignorancia de sus superiores –

⁴⁴⁹ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

⁴⁵⁰ Incluso el jefe del Apostadero, el entonces capitán de fragata Adolfo Gaffoglio apela a ese recurso para justificar su accionar, demarcando una separación entre los “oficiales de combate” y “oficiales de escritorio” (una histórica y conflictiva división en las FF.AA., que se hizo patente en los alzamientos “carapintadas”): “Hay en algunos aspectos que fueron muy severos con nuestra propia tropa, ¿no? Y ello yo lo atribuyo a lo que los que estábamos en la parte combativa teníamos menos jerarquía que los del gobierno, los del gobierno eran capitanes de navío, comodoros o coroneles, entonces ellos querían venir con ese *slogan* de tener a la población [satisfecha], etc., pero no se preocuparon, no protegían suficientemente a la tropa, de la cual dependía la guerra, porque la guerra dependía de que al momento del combate los soldados estuvieran bien alimentados, bien calientes, cosa que no se cumplió” (CABA, 30/11/2007).

⁴⁵¹ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 11/09/2007.

la Junta Militar y “los civiles que los acompañaban” – sobre relaciones internacionales condujo a una guerra sin sentido: “nos mandaron” a la muerte.

Otro de los puntos en común en las memorias de los integrantes del Apostadero en el sentido que le otorgan a su vivencia bélica, es la ambivalencia entre las dos acepciones del término “testigo”: entre considerarse a sí mismo protagonista por haber vivido un acontecimiento – y, en tanto tal, sobreviviente –, o percibirse como un tercero que “no fue protagonista pero puede contarlo porque vio” (Agamben, 2002: 15), un “espectador” en términos de de Guillermo Klein.⁴⁵² Esta tensión se vincula a las jerarquías basadas en las experiencias bélicas que – como vimos – atraviesan a la comunidad de veteranos de guerra y que los integrantes del Apostadero también adoptan, en la que – recordemos – a mayor cercanía con los enfrentamientos/frente de batalla, mayor tiempo en las islas o riesgos y penurias que corrieron, se corresponde una mayor legitimidad para alzarse con la palabra de la guerra. En esta construcción de escalafones, los integrantes del Apostadero se perciben más o menos protagonistas según los “otros” de referencia. En tal sentido, es muy común encontrar reflexiones en los testimonios similares a las que realiza el bahiense Guillermo Klein – el médico del Apostadero en 1982 –, quien advirtió una y otra vez que su participación en el conflicto no fue determinante ni cambió el devenir de la misma:

Yo siempre lo aclaro para no sentirme, siempre lo aclaro para no... a ver cómo sería la palabra, para no comparar las distintas vivencias. Porque, acá por ejemplo en Bahía [Blanca], el ambiente de Veteranos de Guerra, no hay combatientes, porque este no hubo regimientos de combate acá en Bahía. Sí, te queda el almirante Robacio, que era como jefe del BIM 5 y demás, pero así al nivel de soldados hay muy poquitos [...] Y acá los soldados de Bahía son los de la PM [Policía Militar], que se siguen juntando, muy buena gente todos, muy amigos todos, pero era policía militar, lo que hacían era patrulla de pueblo. Y después la gente del Comando de V Cuerpo también, era gente de comando que estaban en el pueblo, pero gente que haya estado en la trinchera pasando las miserias y las penurias que pasaron, hay muy poquitos [...]. Entonces yo siempre cuento que a veces yo no me siento digno de compartir la mesa con ellos, porque vivieron una guerra distinta a la mía. Pero mi realidad también es otra, yo era médico y, entonces yo obviamente, yo no tenía que estar con el cuchillo, con el puñal en la mano, queriendo degollar enemigos. Yo estaba en una misión, otro tipo de misión.⁴⁵³

Asimismo, el ex-conscripto voluntario Fernando González Llanos realiza una aclaración bien sugerente en su *blog*, al referir a una actividad realizada en conmemoración

⁴⁵² Entrevista a Guillermo Klein, Bahía Blanca, 05/09/2007.

⁴⁵³ Ídem

a los 30 años de la guerra en la que no pudo participar: “Al igual que en la guerra, se ve que estoy destinado a ser un testigo privilegiado de las grandes proezas que logran mis amigos”. Tal vez, en su caso, el hecho de que su mejor amigo de la secundaria – y aún hoy en día – haya estado en el frente de batalla en la guerra, explica esa sensación.

Esta advertencia de haber sido un “testigo-espectador” entra en tensión en varios testimonios con la necesidad de mostrar su protagonismo en la guerra y su agencia, más allá de la aparente irrelevancia de la tarea, tal como vimos en el testimonio de Ricardo Pérez (otro “ex-colimba” voluntario): “O sea, yo tuve ese tipo de protagonismo, en realidad nada, pero estuve en la historia, yo lo único que hice fue manejar, podría haber sido Pérez Montoto, pero yo estuve ahí”.⁴⁵⁴

Así como, en algunos casos, lo prioritario es el cuestionamiento a los soldados de Ejército porque sus denuncias dieron sustento a la imagen de “pobrecito”; en otros, los miembros del Apostadero los consideran los “verdaderos” protagonistas de la guerra, aquellos que tienen mayor legitimidad como veteranos. Su primer lugar en los escalafones no sólo está dado por haber estado en el frente de batalla durante más de dos meses, por las terribles condiciones en que combatieron, sino también por el enfrentamiento cara a cara con la muerte: ellos son los que mataron y/o vieron morir a compañeros en el fragor de la batalla. Ellos son, por ende, los que cargan con el peso de gran parte de los caídos en las islas. Por el contrario, la mayoría de los miembros del Apostadero no combatió, con lo cual no vivió la experiencia de matar y/o morir de forma tan palpable. Justamente debido a las particularidades de “su” guerra, cumpliendo misiones logísticas en el pueblo, lejos del frente de batalla y gozando de algunas comodidades o privilegios, los muertos más significativos para el grupo Apostadero no refieren a la guerra sino a la posguerra.

Sin embargo, aquí hay que realizar algunas distinciones. Para aquellos integrantes del Apostadero que luego pasaron a tripular los buques, hay dos muertes durante la contienda que los marcaron, por lo cercanas y porque ellos podrían haber estado en ese momento y lugar. Por un lado, varios recuerdan la muerte del marinero Juan Ramón Turano, el cabo de 17 años, tripulante del buque Bahía Buen Suceso que falleció en los ataques en Bahía Fox.

⁴⁵⁴ Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

Su muerte es una marca imposible de borrar en la memoria del ex-tripulante de la goleta Penélope, Roberto Herrscher:

“(…) Estábamos en la costa con los del *Buen Suceso*, los del *Carcarañá*, y a eso de las tres y media o cuatro empezaron a decir que había un muerto.

Había un muerto, nuestro primer muerto.

Las historias primero fueron confusas (...). Poco a poco fui entendiendo la historia. Iban corriendo en fila india, y al parecer uno empezó a disparar y atravesó el casco del que iba a adelante. Tropezó, cayó y al caer se disparó en el cuello. Recién cuando llegó un grupo más grande a instalarse en nuestra hondonada escuché el nombre del muerto. Era el marinero Turano.

Me impresionó mucho la muerte de Turano. Cada vez que me encuentro con belicistas, con los que estuvieron a favor de esta guerra absurda y con los que están a favor de otras, mucho más cruentas que siguieron y siguen, se me dibuja su cara de chico alegre, incansable, lleno de nervios y de energía. Su muerte me llenó de amargura y de rabia con los que nos habían mandado a matar y morir a ese frío rincón del mundo, sin árboles y sin compasión” (2007: 101-102).

Por otro lado, los 22 caídos en el buque mercante Isla de los Estados mientras estaban en una misión en el estrecho de San Carlos, lugar recorrido por todas estas pequeñas naves, son también recordados por aquellos que compartieron algunos momentos con la tripulación, como misiones específicas o cenas. Tal vez, el testimonio de Julio Casas Parera, un conscripto en 1982 que compartió con ellos algunos días mientras realizaban el minado de las vías de acceso a Puerto Argentino, es el más claro al respecto:

Los miembros de la dotación del buque, los civiles, nos decían “no se arriesguen ustedes, tengan cuidado porque ustedes no tienen nada que ver con esto”. Nos hicimos muy amigos. Había uno, un oficial, una de las noches que entramos a navegar que no hicimos nada, el buque se movía muchísimo, y todo el viaje vomitando, que ya era bilis lo que sacábamos, uno de los suboficiales ya cancheros, que sabían cómo era esto, dicen “¿ustedes comieron?” “no” “vamos a comer” “no, suboficial, no” “al comedor, a comer todos”. Fuimos al comedor, nos sirvió la comida [...] y se nos pasó, increíble, estábamos como nuevos [...]. Estábamos comiendo y aparece uno de los suboficiales P., que era un tipo macanudo, y trae una lata con chocolates Cadbury, y nos convida a cada uno un chocolate [...]. Fue algo para nosotros como si nos hubieran dado..., increíble, increíble, no me olvido más ese gesto, fue una cosa que me marcó. Me dolió muchísimo que el tipo...muchísimo...⁴⁵⁵

Sin embargo, la muerte que en mayor medida marcó por lo menos a los ex-conscriptos del grupo “histórico” de las reuniones, es la de Juan Etchecopar en la posguerra. Juan era un soldado muy cercano al grupo fundador de los encuentros, aquellos que hoy en

⁴⁵⁵ Entrevista a Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007.

día se siguen reuniendo, con quienes compartió cantidad de espacios y tiempos durante el conflicto y también en la posguerra. Es recordado como una persona con mucho humor, con quien varios soldados, pero sobre todo Oscar Luna – su amigo de la guerra –, tienen cantidad de anécdotas. En la guerra, Juan fue el otro ayudante del panadero junto a Corletto, y por ello también una persona recordada con aprecio por los “ex-colimbas”. Durante el conflicto, conformó lazos de solidaridad bien estrechos con sus compañeros, al punto de pedir, rogar, que lo mandaran al frente de batalla cuando destinaron a sus amigos allá.

En la posguerra, Juan asistió a algunas reuniones en compañía de su amigo Oscar. Su muerte en 1989, cuando tenía alrededor de 27 años, a causa de una enfermedad terminal que algunos atribuyen a las secuelas de la guerra, aparece una y otra vez en los testimonios de los ex-conscriptos. El relato minucioso de cuando se enteraron que había fallecido, las redes de contacto para en primer lugar corroborar una noticia que parecía increíble y, luego, para tratar de ayudar o dar algún tipo de contención a la viuda y su hijo, es una muestra clara del impacto que causó la que ellos consideran “la” muerte del grupo. La percepción de que ese fue “su” muerto, la podemos identificar claramente en el siguiente diálogo entre Claudio y Eduardo:

Eduardo: Pero lo bueno de todo es que cuando nos hemos juntado, que hemos hablado seriamente y demás, pero nunca se tomó el sentido trágico, ¿vos te diste cuenta de eso?

Claudio: Volvimos todos, Negro.

Eduardo: Bueno, está bien, sí. Pero si querés tomar una tragedia, hablamos de Etchecopar.⁴⁵⁶

Distinto es el caso de otro “ex-colimba” integrante del Apostadero y tripulante del buque Monsunen en la guerra que falleció en 2006, Romualdo Ignacio Bazán. El 19 de enero, Ignacio se quitó la vida en su casa de Lanús cuando tenía 42 años, luego de dos matrimonios y tres hijos, y después de años de reclamo a la Armada para que le reconociera sus problemas de salud producto de la guerra, que resultaron infructuosos. En el conflicto, “Nacho” fue uno de los soldados elegidos para tripular el buque Monsunen y por su desempeño en las islas al salvar a un cabo que había caído a las heladas aguas malvinenses, la Marina le otorgó la máxima condecoración institucional: la medalla de Honor al valor en

⁴⁵⁶ Entrevista a Claudio Guida y Eduardo Iáñez, CABA, 20/04/2010.

combate. Junto a todos los tripulantes, combatió en Darwin, y luego de la rendición de la posición, cayó prisionero de guerra y regresó al continente.

En la posguerra, Bazán nunca participó en los encuentros anuales del Apostadero y, en cambio, se dedicó a luchar activamente por la memoria de Malvinas, principalmente por su transmisión a las generaciones jóvenes, y por los derechos de los ex-combatientes, en otras agrupaciones de veteranos (el Centro de Veteranos de Guerra de Lanús, la Comisión de Ex-Combatientes, la Federación de Veteranos de Guerra, la Fundación Generación Malvinas⁴⁵⁷, entre otras), a la vez que trabajaba en la Policía Federal.⁴⁵⁸ Tal vez por no haber compartido demasiados momentos en la guerra – ya que rápidamente fue trasladado al buque –, ni en la posguerra, Ignacio no es mencionado por los integrantes del Apostadero. En todo caso, su muerte sólo es recordada por aquellos ex-tripulantes de la nave Monsunen, con quienes, además, se siguió encontrando en la posguerra y conservó sus vínculos, al punto que la nota que dejó cuando se suicidó está dirigida a sus compañeros de la guerra, además de a sus familiares.

En este punto, los testimonios de la mayoría de los ex-conscriptos también se distancian parcialmente de la memoria “oficial” del Apostadero, ya que Bazán y Etchecopar son nombrados en el sitio virtual pero sólo para mencionar su actuación en las islas o su presencia en algunas fotografías, no sus muertes en la posguerra. Por el contrario, la página *web* sí menciona a los caídos “tradicionales”, los que murieron durante el conflicto siendo tripulantes de los buques logísticos, al igual que hacen aquellos entrevistados que compartieron momentos y espacios con ellos.

⁴⁵⁷ La Fundación Generación Malvinas fue creada a mediados de los ‘90 por los cuatro miembros fundadores de la Federación Nacional de Veteranos de Guerra (César González Trejo, Luis Ibáñez, Arturo Vallejos, y Mario Madrid). Estaba en estrecha vinculación con la Comisión Nacional de Ex-Combatientes que funcionaba en el Ministerio del Interior, y con la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina y de la provincia de Buenos Aires. Surgió con el objetivo de vincular a los veteranos con la comunidad, y para ello sus integrantes realizaron acciones solidarias (pintaron escuelas, colaboraron con los pueblos que sufrieron inundaciones, entre otras), exposiciones de cuadros sobre la guerra, charlas en instituciones educativas, y otras acciones vinculadas al cuidado medio ambiente (Entrevista a Marcelo López, CABA, 26/10/2011).

⁴⁵⁸ Para la reconstrucción de la vida de Ignacio, ver: Entrevista a sus amigos, Marcelo López (compañero de militancia), CABA, 26/10/2011 y Raúl Gramajo (ex-tripulante del buque Monsunen), CABA, 25/05/2012; *Clarín*, 26/01/2006; Texto “A Ignacio” escrito por Marcelo López (Archivo personal).

Entre la “memoria emblemática” y las “memorias sueltas”

Para finalizar, presento brevemente cuáles son aquellos puntos de encuentro y las contradicciones, diferencias o matices entre las “memorias sueltas” de los integrantes del Apostadero y la narrativa “institucional” y “emblemática” construida por Daniel Gionco en la página *web*.

Mientras que el lugar que identifica al grupo Apostadero es común al relato “oficial” y a las “memorias sueltas”, los hitos y momentos que ambos destacan son bien distintos. En los testimonios, son aquellos acontecimientos anclados en las emociones y los sentimientos los que aparecen como marcas imposibles de olvidar. En cambio, en el sitio virtual, su autor prioriza aquellas fechas que hacen a lo institucional y a lo político-militar y/o aquellos hechos que son representativos de valores como entrega, sacrificio, valentía, entre otros.

Con respecto a los actores, y específicamente a “sus” muertos, Gionco menciona a aquellos tripulantes de los buques auxiliares caídos durante el conflicto, sin aludir a los muertos de la posguerra, uno de los cuales es el que principalmente marcó las memorias de los ex-conscriptos “históricos” de las reuniones.

Asimismo, en cuanto a la imagen que construyen del grupo en sí, los miembros del Apostadero se debaten entre la intención de señalar la cordialidad y horizontalidad que existía en el colectivo social y la necesidad de dar cuenta de las tensiones y fricciones que atravesaron y atraviesan al colectivo. En su gran mayoría, optan por narrar los conflictos al interior y exterior del Apostadero, distanciándose así – en mayor o menor medida – de una mirada idealizada de un grupo totalmente armónico. Y ello lo realizan desde un marco de sentido de la guerra y del accionar naval profundamente crítico, ausente en el relato principal de la página *web*.

De este modo, a diferencia de la “memoria emblemática” del sitio virtual, los integrantes del Apostadero no silencian los conflictos en aras de un fortalecimiento grupal, ya que éstos cumplen una función en la imagen de sí que tanto militares como ex-conscriptos buscan construir y transmitir. Mientras los militares hablan de las tensiones con sus subordinados y, principalmente con sus superiores – con el objeto de presentarse como buenos líderes/conductores que cuidaban y se preocupaban por la tropa que tenían a cargo, a la vez que buscan exculparse por la derrota –, los “ex-colimbas” dan cuenta de las tensiones

con los superiores para reivindicar su autonomía, voluntad y valor, distanciándose, así, de la imagen del “pobrecito”, el soldado abusado por sus jefes y arrasado por la guerra. La tensión manifiesta en los testimonios de los ex-conscriptos entre la necesidad de reivindicar su agencia en el conflicto, para correrse de la condición de víctima en que esa imagen los inmoviliza: y a la vez demostrar una relación más cercana con sus superiores – o, por lo menos, no de maltrato constante –, los lleva a hablar profusamente de los conflictos pero, a la vez, justificándolos y/o minimizándolos.

Así, son los ex-conscriptos quienes claramente han tenido preeminencia en la construcción de una memoria grupal del Apostadero, al punto que configuraron una “submemoria” dentro del colectivo. Ellos han conservado y transmitido la mayor cantidad de anécdotas que representan esas “pequeñas sociedades” que se constituyeron en la guerra – ese “nosotros” –, y que a la vez delimitan claramente los “otros” de los que se distancian/oponen. Según el caso, pueden ser aquellos que tomaron la decisión de declarar la guerra, los superiores con los que se enfrentaron, y/o los conscriptos de Ejército; éstos últimos percibidos como los responsables de la configuración de la imagen del “pobre chico de la guerra” contra la que vienen combatiendo desde los ‘80. Por ende, en los testimonios de los “ex-colimbas”, la “subversión de jerarquías” negada en el relato “oficial” y “emblemático” del Apostadero, parecería que vuelve a aparecer, al tomar los ex-conscriptos un lugar prioritario tanto en el contenido de la memoria en común como en su transmisión.

En definitiva, con el objetivo de hablar de la “verdad” de la guerra, los integrantes del Apostadero construyen su propio sentido del conflicto y de su vivencia, y, confrontan a la vez con las dos memorias que han hegemonizado el espacio público a lo largo de la posguerra.

Por un lado, tanto la “memoria emblemática” del grupo como las “memorias sueltas”, al dar cuenta principalmente de las “acciones heroicas, que también existieron” y no sólo reproducir las “miserias”⁴⁵⁹; intentan desmitificar imágenes arraigadas desde los ‘80 en el sentido común de los argentinos, en las que se reduce la guerra a un combate nacional entre los conscriptos – las víctimas – y sus superiores – los victimarios –, los mismos que desplegaron el terrorismo de Estado.

⁴⁵⁹ Entrevista a Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

Ahora bien, los integrantes del Apostadero luchan contra esas representaciones acudiendo a estrategias bien distintas. Gionco, a través de la página *web*, recurre a la configuración de una imagen heroica y armoniosa del grupo. Así, construye un relato ordenado de las acciones en las que intervinieron, haciendo hincapié en la inferioridad de condiciones bajo las que todos los integrantes del Apostadero – civiles y militares – lucharon y cumplieron con sus misiones.⁴⁶⁰ En cambio, los militares optan por construir una autorrepresentación de buenos superiores que cuidaron de su tropa; y los ex-conscriptos eligen relativizar las dificultades que enfrentaron durante el conflicto – al extremo de construir, en ocasiones, una imagen algo idílica de la contienda – y mostrar las fricciones que atravesaron al colectivo, para reivindicar su valentía, disponibilidad, y autonomía en la guerra, pero no su sumisión. Además, la reivindicación de la agencia en el conflicto en ocasiones no implica su encuadramiento en la figura del héroe – a diferencia de la página *web* –, ya que al narrar aquellos momentos en los que “jugaban a la guerra”, o en los que sintieron temor y hasta pánico – que a algunos los paralizó –, desesperación y alivio, se distancian de esa imagen (aunque no a la hora de referirse a los caídos).

Por otro lado, al proponer una perspectiva crítica de la guerra en sí, y, específicamente, de la actuación naval, la mayoría de los integrantes del Apostadero – no así el relato principal de la página *web* – se distancia también de la memoria de la Armada. En tanto, ésta se centra en determinados acontecimientos excepcionales para reivindicar su desempeño, deja en un segundo plano sus errores, improvisaciones y desinteligencias, y por tanto la derrota aparece como inexplicable: como reflexionaba Adolfo Gaffoglio, “cuando yo la leo, esta guerra la ganamos.”⁴⁶¹

No obstante, existe un sustrato común al relato institucional naval, a las “memorias sueltas” de los civiles y militares miembros del Apostadero y a la “narrativa emblemática” y “oficial” que construye Gionco: por un lado, el reconocimiento de la guerra por la justicia de la causa soberana, y por otro, la reivindicación de la experiencia bélica y los valores a los

⁴⁶⁰ En este sentido, mientras en la memoria “oficial” existe una tensión subyacente entre la asunción de la agencia y autonomía – cumplieron con sus misiones con valor, entrega y sacrificio – y la imposición – bajo determinadas condiciones de inferioridad dadas y no elegidas –, al igual que en los testimonios, no sucede lo mismo con el binomio protagonista/“espectador”. Lógicamente, una memoria que busca la difusión y el reconocimiento social de la guerra del Apostadero Naval Malvinas no se permite esa ambivalencia: su protagonismo “en la gesta” está fuera de toda duda.

⁴⁶¹ Entrevista a Adolfo Gaffoglio, CABA, 30/12/2007.

que apelaron. Se trata nuevamente de los mismos valores y pautas morales con que la institución naval ha seleccionado a sus figuras emblemáticas: coraje, entrega, sacrificio, inventiva, lealtad, disciplina, camaradería, entre otros. A 30 años de la guerra, los integrantes del Apostadero y la fuerza que los envió a combatir comparten la misma “cosmovisión moral” propia del mundo masculino y militar (Badaró, 2009).

CONCLUSIONES

A lo largo de los 74 días del conflicto del Atlántico Sur, el Apostadero Naval Malvinas dejó de ser sólo una unidad militar para convertirse en un grupo social. Al compartir la experiencia extrema de la guerra y de convivencia con la muerte, los dos centenares de desconocidos que se encontraron en los muelles de Puerto Argentino construyeron lazos y se definieron como parte de una misma “comunidad afectiva” (no carente de conflictos y complejidades). En el camino, identificaron a “otros” de los que se distanciaron, algunos de ellos combatientes (aquellos guerreros de las trincheras que estaban viviendo una experiencia muy distinta a “su” guerra logística) y otros no combatientes: los civiles y militares que habían permanecido en el continente (los primeros, por su escaso compromiso o conciencia de guerra, los segundos, por su ausencia del terreno bélico y su nula preocupación por las tropas).

Cuando los cañones callaron y los combatientes retornaron a la cotidianeidad de tiempos de paz, los vínculos anclados en la vivencia extrema no desaparecieron, sino que, por el contrario, se fortalecieron y/o se resignificaron según el contexto histórico. ¿Por qué han persistido esos lazos afectivos a lo largo de los 30 años de la posguerra? ¿La pervivencia de esa identidad social, ese “sentimiento difícil de explicar” – en palabras de Ricardo Pérez⁴⁶² –, sólo se explica por el recuerdo de la experiencia bélica colectiva?

A lo largo de la tesis intenté demostrar que el hecho de que aún hoy los integrantes del Apostadero Naval Malvinas continúen reencontrándose cada 20 de junio remite no sólo a la vivencia bélica fundante del colectivo social, sino también a la experiencia de posguerra compartida. Desde que regresaron y hasta tiempos recientes, sus vivencias han estado atravesadas por dos marcas que refieren a la ambigüedad o liminalidad del espacio social ocupado por la figura del veterano de guerra en la Argentina post-1982: la sensación de encontrarse en un espacio y tiempo intermedio entre la guerra y la paz, y de ser una presencia ausente en la sociedad. Si bien esas marcas pueden extenderse a todos los ex-combatientes, para los integrantes del Apostadero esa condición liminal refiere a experiencias bien concretas vinculadas a las dificultades de regresar a tiempos de paz

⁴⁶² Entrevista a Ricardo Pérez, CABA, 26/11/2007.

debido, entre otras variables, a los silencios que han tenido que enfrentar, aceptar (a veces contra su voluntad) y/o asumir.

En tal sentido, los silencios que los “otros” – civiles y militares no combatientes y parte de la población de veteranos de guerra – han construido sobre la guerra de Malvinas y/o la guerra del Apostadero a lo largo de los últimos 31 años, se han erigido en puntos de referencia esenciales en la construcción de la propia identidad y del sentido de la guerra para los integrantes del grupo aquí estudiado. Asimismo, en tanto los límites entre lo decible/indecible y entre quiénes tienen el derecho para hablar de la guerra y la violencia y quiénes no, dependen de “códigos sociales y culturales, que pueden cambiar, y de hecho cambian, a lo largo del tiempo” (Winter, 2010: 8), el espacio público otorgado a – y/o apropiado por – los miembros del Apostadero se ha ido modificando a lo largo de la posguerra, como así también sus posibilidades de hablar y de ser escuchados.

Para finalizar la tesis, y retomando la preocupación inicial por la relación entre las identidades y los silencios, quiero dar cuenta de algunas cuestiones nodales de la investigación: ¿Qué silencios han sido construidos sobre Malvinas y/o el Apostadero? ¿Quiénes los han construido y qué sentidos transmiten los mismos? ¿Cómo han impactado esos silencios en los procesos de construcción identitaria y memorial de los integrantes del grupo?

Desde la Transición y hasta el presente, los miembros del Apostadero han tenido que enfrentar un doble silencio. Por un lado, aquel construido por los gobiernos de la temprana posguerra, las FF.AA. y amplios sectores de la sociedad sobre el conflicto bélico en general, y que cubrió a todos los protagonistas de la guerra. Por otro lado, aquel configurado por gran parte de la población de ex-combatientes y que refiere a la guerra logística en particular, o, más precisamente, a aquellas guerras lejanas a los combates. Ambos silencios dan cuenta del espacio marginal que los integrantes del Apostadero ocuparon en la posguerra, en contraposición a “otros” que tuvieron un lugar privilegiado en la esfera pública y que se alzaron como portavoces autorizados del pasado reciente argentino.

En primer lugar, el silencio que los civiles y militares (encarnados en los gobiernos, las instituciones castrenses y la sociedad civil) construyeron sobre Malvinas en la Transición está vinculado a los cruces entre el conflicto del Atlántico Sur y el terrorismo de Estado. En la inmediata posguerra, los civiles y militares optaron por silenciar la contienda bélica o

dejarla en un segundo plano, debido a que ésta abría interrogantes incómodos y dolorosos sobre las responsabilidades por la guerra y la derrota. Así, las FF.AA. intentaron ocultar y silenciar a los combatientes ni bien retornaron con el objeto de evitar rendir cuentas por la derrota y agudizar el repudio social hacia la corporación militar (no sólo por la derrota en las islas sino también por los crímenes que éstas habían cometido en los '70). Amplios sectores sociales, por su parte, tan pronto como construyeron una memoria tranquilizadora del conflicto (aquella que la percibía como la “aventura militar” de Galtieri), buscaron dar vuelta la página de la guerra lo antes posible porque reflexionar sobre ésta implicaba pensar en las propias contradicciones y responsabilidades por el respaldo otorgado a una guerra que había sido declarada por la dictadura más sangrienta de la historia argentina. En ambos casos, se trata de silencios políticos y estratégicos, pero también de silencios que no logran ocultar culpas, vergüenzas, incomodidades, proyectos frustrados y dolor.

Además, para comprender el silencio sobre la guerra en la temprana posguerra también tenemos que considerar que tanto civiles como militares tenían otros temas bien urgentes que enfrentar vinculados a la represión ilegal. En plena debacle de la dictadura y ante un futuro incierto sobre los castigos o cuentas a rendir por los crímenes cometidos en los '70, las FF.AA. se centraron en la defensa de la “victoria” en la “otra guerra” – “la antisubversiva” –, dejando en un segundo plano a Malvinas. Asimismo, ante el “descubrimiento” de las sistemáticas violaciones de los DD.HH. por parte de amplios sectores sociales⁴⁶³, la urgencia por saber qué había pasado y cómo había sido posible semejante matanza desplazó la búsqueda de explicaciones y responsabilidades por el conflicto del Atlántico Sur.

Entonces, para grandes sectores sociales así como para el primer gobierno democrático, el horror de los centros clandestinos de detención soslayó o dejó en un segundo plano el horror de la guerra. Ello se evidenció en el lugar que tuvieron los protagonistas de ambos acontecimientos en la esfera pública durante la Transición. Si el “tema de los desaparecidos” estuvo presente casi obsesivamente en los medios de comunicación y fue instalado “como un problema a resolver e investigar, como una pregunta abierta” que debía

⁴⁶³ Como analiza Feld (2010: 31), en la Transición la prensa trató el “tema de los desaparecidos” como un “descubrimiento”.

ser respondida (Feld, 2010: 41), en comparación, el lugar de la guerra de Malvinas y de las voces de los ex-combatientes fue mucho menor.

Si bien considero que el distinto espacio público otorgado a los desaparecidos y a los ex-combatientes en los tempranos '80, se debió tanto a la incomodidad que significaba Malvinas y a la necesidad política de eludir responsabilidades como al impacto traumático del terrorismo de Estado⁴⁶⁴; me pregunto – y lo dejo como un interrogante abierto – si ello no fue también indicio de la construcción de una jerarquía de vivencias del pasado reciente en base al dolor y sufrimiento. Jerarquizaciones en la que los combatientes ocuparon los últimos peldaños (junto a otros actores de los '70).⁴⁶⁵

En la “era del testigo” (Wieviorka, 1999) y de la víctima (Traverso, 2009) como figura clave del siglo de los totalitarismos y “de la barbarie” (Hobsbawm, 1998), ¿la construcción social de la memoria de los ex-conscriptos combatientes (muertos y vivos) y de los desaparecidos como más o menos víctimas del régimen del terror – o como víctimas más o menos inocentes y puras – puede ser otra variable que explique los distintos espacios que esos sujetos ocuparon en la escena pública de la Transición?⁴⁶⁶ Tengamos en cuenta que si

⁴⁶⁴ Además, Guber (2004) agrega otros elementos que pueden explicar esa diferencia: la distinta cantidad de muertos, y por ende de afectados “directos”, que produjo el terrorismo de Estado y la guerra de Malvinas respectivamente, y que en la posguerra los organismos de DD.HH. estaban bien consolidados luego de años de actuación, a diferencia de las agrupaciones de ex-combatientes o de las entidades que nucleaban a los familiares de los caídos, heridos y muertos en Malvinas, de incipiente conformación. De todas formas, considero que la variable numérica no es la central, ya que si tenemos en cuenta el caso del exilio, su visibilidad y exposición pública debería haber sido mucho mayor en tanto el número de exiliados ronda entre 350 mil y 500 mil en total (Jensen, 2008, 2011).

⁴⁶⁵ Como los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención, los presos políticos y los exiliados. Ana Longoni y Silvina Jensen han trabajado sobre los escalafones construidos entre las víctimas del terrorismo de Estado, que cubre a los “reaparecidos” con un manto de sospecha de traición (Longoni, 2005: 208), y estigmatiza y deslegitima a los exiliados como víctimas “menores” (Jensen, 2007: 326, 2008).

⁴⁶⁶ Incluso, algunos familiares de desaparecidos, heridos y caídos en Malvinas constataron en su momento la desigual atención que el primer gobierno democrático y la opinión pública prestaban a los reclamos por los desaparecidos de Malvinas y los del terrorismo de Estado. Isaías Jiménez (el padre de un piloto desaparecido durante la guerra en las islas, y cuyo cuerpo se recuperó en 1986) reclamaba al gobierno democrático: “¿Hasta cuándo, por Dios, en este país los gobiernos van a seguir actuando de esta manera?! ¿Qué pretenden?! ¿Que los padres de los héroes de Malvinas vayamos también con un turbante blanco a dar vueltas alrededor de la Pirámide de Mayo?! ¿Es que vamos a tener que llegar a eso para que nos escuchen, para que dejen de tomarnos el pelo?!”. Sin embargo, como analiza Lorenz, Jiménez no igualaba las demandas de ambos familiares; de hecho, él no comprendía por qué el reclamo por los desaparecidos “subversivos” tenía más peso para el Estado que el de los “héroes de Malvinas”: “Para Jiménez, en un furibundo diálogo con el diputado Federico Storani, resultaba “inadmisibles” que “los desaparecidos de la guerrilla tengan más importancia para ustedes, los políticos que los desaparecidos de Malvinas. No confundamos las cosas: sepamos diferenciar los héroes de los subversivos”” (Jiménez, en: Lorenz, 2006: 125-126). Al cuestionar la inocencia de los últimos, Jiménez intentaba subvertir las legitimidades de ambos actores y por ende la importancia que el gobierno debía otorgarles a cada uno de ellos.

bien tanto los desaparecidos como los ex-soldados combatientes fueron construidos socialmente como víctimas inocentes de la dictadura, restándoles toda capacidad de agencia en sus vivencias (a costa de suprimirles a unos, el pasado de militancia política y/o armada, y a otros, la experiencia de matar); los ex-conscriptos no dejaban de discutir cada vez que podían esa imagen, reclamando que ellos no eran víctimas, que habían ido a las islas cumpliendo con su deber ciudadano y que en esa experiencia habían tomado decisiones tan extremas como matar o morir.

En tal sentido, en el imaginario social de la Transición, ¿aquellos “jóvenes idealistas” que por luchar por un cambio social habían sido secuestrados, torturados y asesinados, fueron construidos socialmente como víctimas “paradigmáticas” del régimen del terror por haber sufrido más “en carne propia” que los “chicos de la guerra” – que habían sido maltratados y abusados por sus superiores – o los caídos en las islas, que habían muerto en una guerra regular? ¿O sólo eran las víctimas menos incómodas, porque si los detenidos-desaparecidos habían sido asesinados clandestinamente por el Estado, los caídos en Malvinas habían muerto “a la vista de todos”, en una guerra regular con amplísimo respaldo social? ¿O el “tema de los desaparecidos” y las voces vinculadas al mismo tuvieron mayor espacio para circular porque fueron significados como las víctimas más legítimas de la dictadura, aquellas que podían diferenciarse netamente del régimen militar y de sus motivaciones (Guber, 2004), a diferencia de los combatientes que habían “sufrido” en una guerra que reivindicaban? ¿Fueron todo ello al mismo tiempo? Son preguntas que quedan abiertas y que invitan a pensar en las construcciones de jerarquías de víctimas en base al “grado” de sufrimiento vivido y del horror padecido de las que han estado plagadas el pasado reciente argentino, pero también en las distintas legitimidades que se otorgan a éstas en base a necesidades sociales de autoexculpación.⁴⁶⁷

En segundo lugar, el otro silencio al que se opusieron y/o asumieron los integrantes del Apostadero desde la inmediata posguerra hasta tiempos recientes está vinculado a las particularidades de su experiencia bélica: la guerra logística. Si en la posguerra, las condiciones fueron poco propicias para habilitar los relatos de los ex-combatientes en

⁴⁶⁷ Por supuesto que proponer estos interrogantes no implica ni culpabilizar a la sociedad, ni desconocer lo ominoso del crimen de desaparición forzada de personas. Se trata sólo de intentar comprender los silencios sociales que pesaron sobre los combatientes de Malvinas, en comparación al grado de exposición que tuvo la figura del detenido-desaparecido.

general, y sólo se difundieron parcialmente aquellos testimonios de conscriptos que cuadraban con la imagen social de los jóvenes soldados como víctimas de los abusos de sus superiores, el espacio público que gozaron aquellos que estuvieron lejos de los combates para narrar sus vivencias fue aún más marginal.

Ese silencio encuentra sus raíces ya durante el conflicto, cuando la percepción de las diferencias entre las vivencias de aquellos que estaban atrincherados en el frente y aquellos asentados en el pueblo terminó sustentando la construcción de una gradación de vivencias que ha legitimado como “verdaderos” veteranos de guerra a aquellos que estuvieron en el frente de batalla o que protagonizaron enfrentamientos, quienes se han alzado con la palabra autorizada de la guerra, dejando en un segundo lugar a quienes estuvieron lejos de las trincheras. Se trata de una jerarquización de vivencias en base al dolor, sufrimiento y cercanía con la muerte, construida por los propios protagonistas ya durante el conflicto, y asumida también por los integrantes del Apostadero, en la que el reconocimiento de la condición de combatiente pasa por haber enfrentado grandes dificultades, haber estado un tiempo considerable en las islas (o en los meses más intensos), haber combatido en el frente y/o haber enfrentado a la muerte. De esta forma, las tropas asentadas en el pueblo – que no “cumplen” con esos requisitos – revisten de menor legitimidad como protagonistas bélicos que aquellos que estuvieron en el frente de batalla, y por ende han sido los combatientes de las trincheras los que se han alzado como los portavoces autorizados de la “verdadera guerra”, la de los combates.

Estos otros escalafones de heroicidad y sacrificio han permanecido incólumnes en la larga posguerra, y han sido apropiados y, a la vez profundizados, por la Armada. Recordemos que a la hora de construir su memoria pública, dicha fuerza ha seleccionado a aquellos individuos que estuvieron más cerca de la muerte, ya fuera combatiendo en tierra y aire o por el hundimiento de sus buques, o que tuvieron una actuación excepcional en el frente, porque esos acontecimientos eran los más eficaces tanto para hacer frente a las críticas, como para transmitir los valores y tradiciones navales. En esa lógica, los integrantes del Apostadero – y los protagonistas de la guerra logística en general – han quedado opacados y excluidos de la historia naval.

Frente a la sensación de incompreensión de la propia experiencia debido a este doble silencio construido por el Estado, las FF.AA., la sociedad civil y parte de la población de ex-

combatientes (esos mismos “otros” que ya habían sido identificados durante el conflicto), los integrantes del Apostadero se reencontraron en la inmediata posguerra y configuraron un espacio para hablar libremente de sus vivencias (sin estereotipos sociales que los condicionaran) y renovar los lazos construidos al calor de esa guerra que había marcado sus identidades y cuerpos, pero que sólo ellos parecían recordar.

En realidad, luego de una iniciativa primigenia de la Armada, fueron los ex-conscriptos quienes organizaron las reuniones del Apostadero los días 20 de junio que estaban destinadas sólo a los “ex-colimbas”. Los militares estaban explícitamente excluidos. Por el contrario, el personal de cuadro integrante del Apostadero parece haberse aislado luego de la guerra producto de vaivenes propios de la carrera militar, de políticas *ad hoc* de la Armada, pero también de cierta búsqueda de pasar desapercibido ante el clima de profundo cuestionamiento social a las instituciones castrenses, y de crítica a los veteranos de guerra por su responsabilidad por la derrota dentro de las filas navales. Existió, por ende, un clivaje civil-militar en el grupo social, que perduró hasta fines de los ‘80 y principios de los ‘90; clivaje que caracterizó a todo el movimiento de ex-combatientes en esos años.

Además, las memorias hegemónicas construidas por los “otros” (y los silencios que las atravesaban) también incidieron en las características de las reuniones anuales del Apostadero, ese espacio clave en la construcción de la identidad y memoria grupal. En un comienzo, los encuentros eran reuniones más bien privadas que sólo buscaban conservar los vínculos configurados en la guerra. En otros términos, los ex-soldados del Apostadero no se mostraban ni hablaban públicamente o, por lo menos, no buscaban un lugar en el debate público sobre el futuro del país, a diferencia de las agrupaciones de ex-combatientes; estos últimos, espacios mucho más formalizados, conformados principalmente por ex-soldados de Ejército y con otros objetivos. Además de estar atravesados por otras preocupaciones propias de su regreso a los tiempos de paz, la reclusión al ámbito privado de los miembros del grupo se debió a dos variables: a que sus memorias no se condecían con las imágenes hegemónicas del ex-combatiente y de la experiencia bélica y, posiblemente, a que no se sentían autorizados a hablar.

Por un lado, hartos de ser encasillados como víctimas (con los estereotipos de “chico de la guerra”, “pobrecito” o “loco de la guerra”), los ex-conscriptos del Apostadero optaron por silenciar sus vivencias, a la vez que construyeron una memoria subterránea en la que la

agencia en sus experiencias ha sido clave.⁴⁶⁸ Por el otro, la percepción de que sus vivencias logísticas eran incomprendidas por los “otros” que imaginaban otra guerra, aquella del combate en el frente de batalla, también contribuyó a esa reclusión al ámbito privado. Además, en un contexto en que los combatientes de las trincheras denunciaban una y otra vez las diferencias con los que habían estado en el pueblo – casi culpabilizándolos de las condiciones deplorables que habían padecido –, las posibilidades de hablar de sus vivencias eran prácticamente nulas porque su propia legitimidad como protagonistas de la guerra se veía cuestionada. Ello también explica la construcción de una memoria social de los miembros del grupo atravesada por una tensión irresoluta entre afirmarse como protagonistas de la guerra o como espectadores, por asumirse veteranos “de segunda”.

Recién a fines de los ‘90, esta situación de silenciamiento y de reclusión al ámbito privado cambió cuando un ex-conscripto del Apostadero creó una página *web* que buscaba – y busca – reivindicar públicamente la guerra del grupo/unidad. ¿Por qué se produjeron esos cambios vinculados a la identidad y la memoria del Apostadero en los ‘90 y continúan en la actualidad? ¿Por qué, a 20 años de la guerra, se modificaron los límites de lo decible/indecible que se habían establecido en la temprana Transición?

En esos cambios jugaron un rol clave tanto el Estado, por sus políticas de memoria de la guerra y de resarcimiento de los ex-combatientes, como el contexto de crisis gubernamental de principios del siglo XXI (que alimentó la vuelta “al patriotismo”). A lo largo de la década del ‘90, el gobierno menemista desplegó distintas medidas de rememoración de la guerra y de reconocimiento destinadas a todos los que habían combatido – civiles y militares por igual –, con el objeto de cooptar a las díscolas agrupaciones de ex-combatientes y a las FF.AA. Estas políticas públicas desencadenaron tres procesos claves para analizar las luchas por la memoria de Malvinas desde los ‘90, que impactaron en los procesos de construcción identitaria y memorial de los integrantes del Apostadero.

En primer lugar, el símbolo Malvinas – la guerra y el reclamo soberano – comenzó a recobrar un lugar en el espacio público paulatinamente, de la mano de un discurso

⁴⁶⁸ Es interesante contrastar el caso de los ex-soldados combatientes con el de los exiliados y los presos políticos en los ‘80, porque mientras los primeros hacían lo imposible por alejarse de la imagen de víctima, los segundos buscaron incluirse en esa figura, en tanto percibían que a partir de ella podían reclamar un reconocimiento y legitimidad de sus vivencias (esto en el contexto de la “teoría de los dos demonios” en el que la imagen dominante era la de víctima inocente, y las posibilidades de reivindicar la propia agencia en los ‘70 eran nulas). Ver: Jensen, 2007.

nacionalista tradicional en el que la “gesta”, la “causa” y los “héroes” eran reivindicados y estaban fuera de toda crítica. Se trató de un proceso de reconocimiento público de la guerra y los combatientes por parte de los distintos gobiernos, las FF.AA. y la sociedad civil que fue *in crescendo* desde los ‘90 y que tuvo su momento cúlmine entre el vigésimo y trigésimo aniversario del conflicto (2002-2012), fechas “redondas” que cobraron un rol fundamental en el *boom* memorial.

En este contexto en que su voz encuentra una voluntad de escucha atenta, los combatientes civiles y militares parecen haber comenzado a resolver ese desencuentro, ese extrañamiento, con el Estado, las instituciones castrenses y amplios sectores sociales. El caso de los integrantes del Apostadero es paradigmático al respecto: fue recién a partir de fines de los ‘90 y a mediados del 2000 cuando muchos ex-conscriptos y militares se sintieron autorizados para hablar de la guerra o encontraron un lugar para ello, y comenzaron a dar testimonio de sus vivencias en diversos espacios, quebrando así el silencio que habían guardado por más de 20 años.

En segundo lugar, las políticas menemistas que pretendían dejar atrás pasados conflictivos y buscaban el consenso, tendieron a acercar a los civiles y militares que combatieron, identificados ahora todos ellos como “veteranos” por igual, fragmentando así el movimiento de ex-soldados combatientes. La asistencia de personal de cuadro a las reuniones del Apostadero desde fines de los ‘80 y principios de los ‘90 estuvo estrechamente relacionada con ese contexto más amplio de acercamiento entre civiles y militares en general, además de dinámicas propias del grupo vinculadas a las redes sociales construidas por sus integrantes en la guerra y posguerra.

En tercer lugar, otras medidas tomadas por el gobierno menemista y en el marco del gobierno kichnerista que ponían en discusión la definición de la condición de veterano de guerra, produjeron la identificación de nuevos “otros” por parte de los miembros del Apostadero al tiempo que los impulsó a la búsqueda de un reconocimiento público de su guerra logística.

Así, los integrantes del grupo reconocieron como “otros”, no veteranos o que no tienen la misma legitimidad que ellos, tanto a los tripulantes de la flota de guerra que no combatieron (reconocidos como ex-combatientes a mediados de los ‘90) como a los “movilizados” en la Patagonia, que aún reclaman ese reconocimiento. Frente a estos nuevos

“otros”, los miembros del Apostadero comenzaron a reclamar para que su historia fuera reconocida por la sociedad y principalmente por la Armada, desde la misma retórica patriótica clásica proclamada por el Estado y por la FF.AA. Asimismo, realizaron una apertura de las reuniones a todos aquellos actores que habían integrado unidades con las que habían compartido su cotidianeidad en las islas, fueran o no integrantes del Apostadero, en tanto ellos eran percibidos como “verdaderos” veteranos.

Entonces, lejos de poner en cuestión aquella jerarquía de vivencias que separa a la guerra de trincheras de aquella vivida en el pueblo – jerarquía que, recordemos, minusvalora sus experiencias ubicándolas en un segundo peldaño –, los ex-combatientes del Apostadero han asumido y se han apropiado de esos escalafones a la hora de definir quiénes son veteranos de guerra y, por ende, quiénes tienen la autoridad para hablar del conflicto (y, también, de paso, para acceder a los beneficios simbólicos y materiales que conlleva esa identidad). Así como los otros ex-combatientes y ellos mismos aplican esos escalafones a sus propias experiencias, así también califican las vivencias de aquellos otros actores que estuvieron alejados de las islas como menos legítimas que su guerra, aplicando los mismos parámetros de cercanía con la muerte, participación en el combate y cantidad de tiempo en las islas. ¿Por qué estas jerarquías de experiencias de la guerra de Malvinas en base al dolor y sufrimiento han desafiado el paso del tiempo? ¿En que “narrativas culturales, mitos y tropos” preexistentes (Ashplant, Dawson y Roper, 2000: 34) se anclan que han demostrado tener una sorprendente vigencia?

A mi juicio, esa construcción de escalafones por parte de los veteranos de Malvinas está vinculada al estereotipo de combatiente que éstos comparten, y que se vincula con aquellas imágenes tradicionales que han formado parte de la retórica patriótica decimonónica de los Estados-Nación⁴⁶⁹ y que – resignificadas – se han difundido masivamente desde las guerras mundiales.⁴⁷⁰ Como indica Winter (2010: 11): “La catástrofe

⁴⁶⁹ Para el “ethos guerrero” en el Río de la Plata durante la Guerra de la Independencia, ver: Rabinovich (2009).

⁴⁷⁰ Es necesario tener presente que a partir de la década del ‘20 y ‘30 hubo una expansión y “democratización” de los medios de comunicación. En esa época, al tiempo que disminuía el analfabetismo, se conformó una “cultura letrada” con la multiplicación de periódicos, boletines, revistas, libros baratos y también la expansión de la radio y el cine, que comenzaron a llegar a amplios sectores sociales de las áreas urbanas (Romero y Gutiérrez, 2007). A partir de esos recursos, gran cantidad de argentinos siguieron diariamente las noticias de las guerras europeas (donde estaban luchando sus familiares y amigos) o se acercaron a la literatura o filmografía bélica. En los ‘60 y ‘70, además, la televisión jugó el mismo rol. Para el

de las dos guerras mundiales aún ha dejado su impronta sobre lo que Samuel Hynes denomina nuestra “guerra en la mente”, nuestras asunciones compartidas sobre lo que la guerra es”, y también – agrego – sobre la figura del combatiente. De hecho, los integrantes del Apostadero recuerdan una y otra vez películas y series televisivas occidentales con las que comparaban sus experiencias durante la guerra y a lo largo de la posguerra: las más recurrentes son la serie *Combate* (sobre la Segunda Guerra Mundial, transmitida en los ‘70 en Argentina) y la película *Pelotón* de 1986 (que trata sobre la guerra de Vietnam).⁴⁷¹ Además, tengamos en cuenta que esta construcción de jerarquías no es exclusiva ni particular de la guerra de Malvinas, sino que en otros conflictos también se produjeron; por ejemplo, los combatientes de la Gran Guerra que estuvieron en el frente de batalla, luego del conflicto también reclamaban “un estatus especial y ser distinguidos de aquellos que no habían conocido la vida en las trincheras” (Mosse, 1990: 99).

¿Cuáles son los atributos claves de la figura del combatiente en la que se han anclado esas jerarquizaciones? En principio, lo que distingue a la imagen del guerrero es combatir cara a cara con el enemigo, es estar en el frente de batalla (Bourke, 2000: 1). En tanto la posibilidad de probar las destrezas y habilidades para las que se entrenan por años está en el combate, es lógico que allí esté el elemento clave de todo combatiente: el enfrentamiento con el enemigo, la posibilidad de matar y/o morir por la Patria/por sus camaradas/por un

impacto de las guerras mundiales, la guerra civil española y los totalitarismos en Argentina desde una perspectiva socio-política, ver entre muchos otros: Quijada, 1991; Schwarzstein, 2001; Bisso, 2005, s/f; Friedmann, 2006; Prislei, 2008; Otero, 2009; Tato, 2010a, 2010b.

⁴⁷¹ Al respecto, Joanna Bourke afirma: “Cualquier análisis de los diarios, cartas y autobiografías de combatientes revelará cuan extensamente las imágenes de la literatura y del cine eran adoptadas (y transformadas) por hombres y mujeres listos para el combate. Las historias de guerra constituyen nuestro “entrenamiento básico” más democrático” (2000: 16). Efectivamente, en los testimonios de los miembros del Apostadero, es posible encontrar gran cantidad de menciones a imágenes de películas bélicas occidentales o a comparaciones de la propia experiencia con la ficción. Sólo por citar un caso: “Lo máximo: una vuelta, en un bombardeo, [...] los pozos que habíamos hecho de refugio, estaban inundados, quedaba uno solo, ¿no? Este estaba lleno de gente [...] Nos dimos vuelta y éramos, qué se yo, 10, 12 pibes sin refugio, alerta roja [...] Refugios llenos, “vamos [...], vamos a meternos en el pueblo que ahí no bombardean”[...] Salimos por ahí, saltamos una reja, y empezamos a saltar de verja en verja, caminando entre las casas, para arriba, el monte [...] A todo esto... era... el Loco Luna se puso a cantar [típica canción de las películas de guerra], parecía *Combate*, Osvaldo dice “ahí llevamos al herido”, y Osvaldo se iba cagando y cagándose de risa, Juanjo no podía más, caminaba y se cagaba de risa. Entonces todo el tiempo, íbamos caminando, jugando al combate. “Sargento Anderson” “¿Sí? Dime”, pelotudeces de esas, en pleno alerta roja, en plena guerra. [...] Saltaron una verja, y después de que uno la saltó “y rompéla porque a Osvaldo no lo podemos pasar”, y la rompían con el FAL y pasaba Osvaldo, porque era el herido [tenía diarrea]. No puede ser, estábamos jugando, a conciencia de que estábamos jugados, pero estábamos jugando” (Entrevista a Claudio Guida, CABA, 29/11/2007).

ideal. La muerte en la batalla glorifica al combatiente y lo convierte en inmortal: “De acuerdo con el código de honor inaugurado por los guerreros homéricos, la muerte es el precio que se debe pagar para alcanzar la gloria. Pero la gloria obtenida al precio del sacrificio supremo es un valor que trasciende a la vida misma, porque ella es eterna y le confiere al mártir el estatuto de inmortal” (Traverso, 2009: 165). Así, cuanto más cerca de la muerte y el combate, más gloria reviste al guerrero.

Pero no sólo esas características distinguen a un combatiente, por lo menos en el imaginario bélico occidental tradicional. El análisis de los “mitos guerreros” que realizó Joanna Bourke (2000: 44-68) aporta otros atributos de ese arquetipo compartido por los veteranos de las guerras mundiales y de Vietnam y que transmite gran parte de la literatura y filmografía bélica. La autora indicó que, más allá de quién lo encarne, para esos actores el ideal de combatiente se caracterizaba por cierta moral y valores tradicionales, como su caballerosidad (que conllevaba valores tales como honor, valentía, compasión, altruismo, desdén por la muerte y respeto del enemigo en igualdad de condiciones), intimidad (que refería a la lucha con un oponente claramente identificado, no en un ataque masivo), y destreza (es decir, la frialdad y control de sí mismos ante situaciones extremas). Sin dudas, para el caso de Malvinas y en el imaginario de sus ex-combatientes, esos atributos se han encarnado sobre todo en aquellos que lucharon en las trincheras, algunos de los cuales incluso llegaron a un combate cuerpo a cuerpo, y en los “halcones”, los pilotos de combate⁴⁷², que son las figuras más destacadas y admiradas por ellos.

Por el contrario, por su misma especialidad y función, los guerreros logísticos no están preparados “para combatir con un fusil” en el frente – como afirmaba Hugo Peratta⁴⁷³ – y, por ende, sus posibilidades de morir en el campo de batalla y de exponer esos atributos (por ejemplo, su caballerosidad ante un enemigo claramente identificado y su frialdad ante la muerte) son mucho menores. Si la figura del combatiente es el modo legítimo de ser militar porque el sacrificio de dar la vida por la Patria en uno de los más importantes de la identidad castrense (Salvi, 2012: 207), entonces su mayor o menor cercanía al combate es la que define su grado de legitimidad. Como indica Barret en un estudio sobre la Marina estadounidense, como los logísticos “tienen menos oportunidades de demostrar coraje,

⁴⁷² Para la construcción de la figura del halcón-cazador por parte de la Fuerza Aérea, ver: Guber, 2007a.

⁴⁷³ Entrevista a Hugo Peratta, Bahía Blanca, 11/09/2007.

autonomía y resistencia” (1996: 138), los valores primordiales de la identidad militar, su prestigio suele ser el más bajo de las fuerzas, aún cuando su función es imprescindible ya que es imposible triunfar en una batalla sin disponer de una logística perfectamente organizada.

Entonces, el estereotipo tradicional del guerrero que se sacrifica en el combate en tierra, aire y mar por su Patria/sus camaradas/un ideal y que encarna los valores clásicos del mundo militar y masculino, subyace y sustenta tanto a las jerarquizaciones de experiencias bélicas en base al dolor, sacrificio y cercanía con la muerte como el segundo lugar que ocupan los logísticos en ellas. En el caso de Malvinas, esta imagen del guerrero – tal como ha sido construida históricamente por las FF.AA. argentinas y por muchos ex-combatientes – está anclada en el repertorio nacionalista clásico, que tanto sacraliza a la guerra por su causa justa (aún a aquella declarada por una sangrienta dictadura militar) como glorifica a sus combatientes por su sacrificio por la Patria (aún a aquellos que están manchados por su pasado represivo). Esto a costa de dejar en un segundo plano (aunque no olvidando, en el caso de muchos integrantes del Apostadero) las condiciones en que pelearon, el contexto dictatorial en que se produjo la guerra y las distintas responsabilidades por el conflicto.

Como vimos, ese es el relato que han sostenido las FF.AA. en la larga posguerra y que hoy comparten muchos ex-combatientes, incluso gran parte de los integrantes del Apostadero.⁴⁷⁴ ¿Qué posibilidades existe de que estos actores desmonten esos discursos y/o las jerarquizaciones que se basan en ellos?

En el caso de las FF.AA., la situación que se presenta es bien compleja. Por un lado, las instituciones castrenses argentinas actualmente están en pleno proceso de transformación y modernización, proceso que ha implicado la modificación de ciertas prácticas (como la abolición del servicio militar obligatorio, la inclusión de mujeres en la carrera de oficiales, la derogación del Código de Justicia Militar, entre muchas otras) y la circulación de nuevos discursos y lenguajes (como la cultura del liderazgo, la lógica universitaria en la formación, etc.) que buscan secularizar la profesión militar (Badaró, 2009). Sin embargo, por otro lado,

⁴⁷⁴ Aunque, por supuesto, no sólo ellos han sostenido ese sentido de la guerra. Recordemos que ese fue el discurso que utilizó la Junta Militar para justificar la guerra, que en los ‘80 fue soslayado públicamente por el fuerte cuestionamiento a las FF.AA., y que desde comienzos del siglo XXI se ha rehabilitado (o por lo menos algunos elementos del mismo), logrando una presencia privilegiada en la esfera pública de la mano del Estado.

ese proceso está en tensión con otras prácticas y discursos que continúan vigentes en las filas militares, aunque en ocasiones subrepticamente. Como constataron Frederic et. al. (2010: 390), la formación militar aún hoy continúa teniendo un “currículum oculto” del orden moral (es decir, en base a los valores tradicionales), ya que está constituida “a instancias del imaginario de aquello que la guerra requiere”: la preparación para matar y morir por la Patria.⁴⁷⁵

Teniendo en cuenta que toda memoria es una construcción de sentido sobre el pasado desde el presente, en tanto esta dimensión moral de la formación militar continúe vigente y desafiando los cambios y modernizaciones, resulta lógico que la memoria de la guerra continúe anclada en ese relato nacionalista clásico, en el que el honor de caer por la Patria es la clave. Ahora bien, la pregunta que queda abierta es qué pasará si el proceso de profesionalización de las FF.AA. se fortalece y profundiza: ¿la memoria de la guerra continuará indemne a los cambios o se resignificará, privilegiando – más que las virtudes morales – las destrezas técnicas? Si es así, ¿qué lugar pasarán a tener los actores de la guerra logística en ese nuevo mapa memorial?

En el caso de los protagonistas de la guerra, la situación no es menos compleja. Lo cierto es que esa retórica patriótica tradicional (y la figura clásica del guerrero que construyen a partir del mismo) persiste porque ésta les ha permitido dar un sentido claro a su experiencia bélica, a la vez que oponerse a la memoria de la “guerra absurda” (aquella narrativa hegemónica en los ‘80, que socialmente ha demostrado tener una sorprendente vigencia). En tal sentido, si desde la lógica de esta última retórica, la muerte de sus compañeros y su propio sacrificio fue en vano, desde la lógica del discurso patriótico ambos se justifican por la defensa de la Patria. Si en el primer caso, los ex-soldados son vistos como “chicos” llevados de las narices a la guerra, en la que lo único que hicieron fue sufrir,

⁴⁷⁵ En un estudio reciente sobre el perfil social de marinos suboficiales y oficiales argentinos a partir de tres modelos teóricos (vocacional, profesional y ocupacional), Germán Soprano (2013: 14) concluye: “... aún cuando en diferentes países occidentales se ha constatado que las identidades y relaciones sociales en la milicia se secularizaron con los procesos de modernización y profesionalización de sus Fuerzas Armadas tras la suspensión de los sistemas de conscripción obligatoria; la afirmación de sentidos profesionales y/u ocupacionales coexiste con la invocación de unos compromisos morales (enfanzados en modelos vocacionales) considerados no sólo clave para garantizar la cohesión de unidades militares de las organizaciones castrenses sino, también, su eficacia social en el combate como instrumento militar del Estado en el ejercicio legítimo de la violencia”. Incluso, la pervivencia de esos valores morales también fue comprobada por Valentina Salvi cuando analizó la retórica sobre el pasado represivo que construyen los oficiales retirados y las nuevas generaciones de oficiales (2012: 207).

y todos los militares como abusadores de la propia tropa; en la segunda todos ellos son percibidos como héroes, en una guerra que combatieron con honor más allá de las dificultades enfrentadas.

Teniendo en cuenta su perspectiva, resulta lógico que gran parte de los ex-combatientes (incluso la mayoría de los integrantes del Apostadero) continúe sosteniendo este discurso, más aún desde los '90 al presente cuando han logrado cierto reconocimiento público debido a que ese sentido de la guerra se condice con el oficial. Ahora bien, la política ambigua del kirchnerismo frente a la memoria de la guerra y la dictadura, bien puede contribuir a la persistencia de esa retórica bélica; o también puede incentivar la construcción de otros sentidos del conflicto por parte de los ex-conscriptos (y tal vez de aquellos militares que habían ingresado recientemente a las fuerzas en 1982), en los que los cruces entre el terrorismo de Estado y la guerra Malvinas lejos de dejarse en un segundo plano, ocupen un lugar privilegiado. Si es así, ¿de qué otra forma pueden significar su experiencia los ex-combatientes de Malvinas sin que ésta pierda sentido, pero proponiendo los cruces con la dictadura? ¿Qué otro sentido otorgarle a ese “sacrificio por la Patria”? Y si esa resignificación de la memoria ocurre, ¿qué cambios y reconfiguraciones identitarias puede traer aparejado al interior del colectivo Apostadero?

Asimismo, en tanto continúe vigente esa imagen del combatiente “ideal” en base a la cual “miden” la legitimidad de los protagonistas de la guerra como más o menos veteranos, es probable que también pervivan las gradaciones de vivencias. Lo cierto es que, desde la mirada de los combatientes, esas construcciones de escalafones son comprensibles. Para quienes participaron en el conflicto se trata nada menos que del hito que marcó su identidad, un clivaje en sus vidas, a partir del cual se definen en el presente, con lo cual – para ellos – no es un dato menor definir quiénes forman parte de ese colectivo social, de ese “nosotros”, y quiénes son los “otros”, es decir quiénes compartieron la experiencia extrema de convivencia con la muerte, quiénes revisten la legitimidad que da el haber estado en una guerra, y quiénes sólo pretenden usar o usurpar esa condición. Además, teniendo en cuenta las continuas modificaciones y ambigüedades de la definición oficial de la condición de veterano de guerra, y los usos y apropiaciones de ésta por los más diversos actores – con el caso tan conocido de “inflación” de los padrones –, resulta lógico que los veteranos reclamen una depuración de los listados a partir de una clara definición de la identidad por

parte del Estado, y por ende de quiénes deben ser los legítimos beneficiarios de los reconocimientos simbólicos y materiales – proponiendo incluso gradaciones según la cantidad de tiempo que hayan estado en la guerra y la mayor o menor cercanía a las islas o a la experiencia del combate (Rodríguez, 2010).

Por ende, son jerarquías comprensibles desde la perspectiva de los sujetos, pero que son dolorosas e injustas, ya que están basadas en la comparación entre quienes supuestamente sufrieron más o menos “en carne propia”. Estas clasificaciones en las que a mayor sufrimiento/dolor/cercanía con la muerte, mayor legitimidad por haber combatido y por tanto para hablar de la guerra, corren el riesgo de esencializar las memorias, y de provocar el silencio de otros actores que supuestamente sufrieron menos: protagonistas que no hablan por no sentirse dignos, por tener vergüenza, por asumirse veteranos “de segunda”. Como indica Jelin (2002: 60-61):

“Existe el peligro (...) de anclar la legitimidad de quienes expresan la VERDAD en una visión esencializadora de la biología y el cuerpo. El sufrimiento personal (especialmente cuando se vivió en “carne” propia o a partir de vínculos de parentesco sanguíneo) puede llegar a convertirse para muchos en el determinante básico de la legitimidad y de la verdad. Paradójicamente, si la legitimidad social para expresar la memoria colectiva es socialmente asignada a aquellos que tuvieron una experiencia personal de sufrimiento corporal, esta autoridad simbólica puede fácilmente deslizarse (conciente o inconcientemente) a un reclamo monopólico del sentido y del contenido de la memoria y de la verdad.”

Desde esta perspectiva, los legítimos portadores de la palabra de la guerra son aquellos que ocupan los más altos escalafones de esta clasificación: los soldados del frente de batalla. En consecuencia, relativizando su propio sufrimiento y la legitimidad de sus experiencias ante los “verdaderos” protagonistas – es decir, los combatientes –, el resto de los actores – en una escala que va desde los protagonistas de la guerra logística, los tripulantes de los buques a los “movilizados” – han guardado silencio sobre sus experiencias durante mucho tiempo, e incluso en el presente muchos no pueden hablar, o hablan prácticamente pidiendo disculpas, con la continua advertencia de que sus vivencias no se pueden comparar con las otras guerras.

A lo largo de la tesis, vimos los silencios políticos, litúrgicos y sobre todo esencialistas (Winter, 2010) a los que se enfrentaron y/o aceptaron los integrantes del

Apostadero Naval Malvinas en la larga posguerra, y cómo éstos fueron determinantes en la construcción de su identidad y memoria grupal. Algunos de esos silencios aún perviven y en ocasiones son asumidos por los miembros del colectivo, producto sobre todo de estas jerarquizaciones de experiencias de la guerra que en este apartado final intenté cuestionar y deconstruir, echando luz sobre las imágenes y discursos que las sustentan.

Sin embargo, las dudas persisten sobre las posibilidades de desmontar esos escalafones. Se trata de una cuestión bien compleja, porque si los silencios sobre el Apostadero se anclan en esas gradaciones de vivencias construidas por los propios protagonistas y que toman como parámetro el arquetipo del combatiente del frente de batalla, en base al cual definen la identidad de veterano de guerra; entonces: ¿Cómo (re)definir esa identidad? ¿Qué otros parámetros tomar para determinar los límites de la misma? Y más difícil aún: ¿Quién los puede establecer? Es decir, ¿quién reviste de autoridad y legitimidad para establecer “una” definición de veterano de guerra/ex-combatiente que sea aceptada por todos los actores? Y por último, ¿es válido construir una jerarquía de experiencias en base al dolor y sufrimiento? ¿Da todo lo mismo?

En definitiva, la disyuntiva reside en definir qué posibilidades hay de establecer fronteras identitarias referentes a acontecimientos extremos sin caer en jerarquizaciones dolorosas e infinitas; jerarquizaciones que sustentan silencios demasiados profundos. Aún a más de 30 años de la guerra, los ex-combatientes del Apostadero Naval Malvinas continúan teniendo el doloroso privilegio de ser testigos de ello.

FUENTES

I. FUENTES ORALES

A. ENTREVISTAS A INTEGRANTES DEL APOSTADERO

Abel Mejías, Punta Alta, 17/11/2007 y 24/03/2010.

Adolfo Gaffoglio, CABA, 30/11/2007.

Alejandro Diego, CABA, 26/11/2007.

Alejandro Egudisman, CABA, 11/08/2010.

Antonio “Tano” Gulla, CABA, 26/06/2012.

Claudio Guida, Olivos, 29/11/2007.

Claudio Guida y Eduardo “Negro” Iáñez, Olivos, 20/04/2010.

Daniel Blanco, Bahía Blanca, 26/12/2007 y 25/11/2010.

Daniel Peralta, Punta Alta, 25/03/2010.

Daniel Peralta y Carlos Contreras, Punta Alta, 11/11/2007.

Fernando González Llanos, CABA, 10/08/2010 y 11/08/2010.

Gabriel “Pájaro” Asenjo, CABA, 23/06/2010 y 12/08/2010.

Guillermo “Flaco” Klein, Bahía Blanca, 17/08/2007, 29/08/2007, 03/09/2007, 28/09/2007, 31/10/2007 y 30/03/2010.

Hugo Peratta, Bahía Blanca, 11/09/2007 y 19/10/2007.

José Bustamante, Bahía Blanca, 06/09/2007 y 03/10/2007.

Julio Casas Parera, CABA, 30/11/2007 y 01/12/2007.

Marcelo “Negro” Padula, CABA, 19/04/2010.

Oscar “Tío” Luna, CABA, 26/06/2012.

Oswaldo Corletto, CABA, 22/06/2010.

Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007 y 04/03/2009.

Rafael Molini, Punta Alta, 17/12/2007. Entrevista realizada junto a Florencia Fernández Albanesi.

Raúl Gramajo, CABA, 25/06/2012.

Ricardo “Bicho” Pérez, CABA, 26/11/2007 y 17/04/2010.

Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007.

Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

Sergio Fernández, Punta Alta, 21/12/2007.

B. ENTREVISTAS A OTROS VETERANOS DE GUERRA

Alejandro Meninger, Bahía Blanca, 05/08/2009. Ex-soldado combatiente. Miembro fundador de la Agrupación Ex-Combatientes de la Guerra de Malvinas de Bahía Blanca.

Carlos Morganti, Bahía Blanca, 20/06/2001 (entrevista realizada por Lorena Montero y Leticia Montecchiari y cedida a la autora). Ex-soldado combatiente. Miembro fundador de la Agrupación de Ex-Combatientes de Bahía Blanca. Presidente de esa entidad (2000-2001).

Guillermo De La Fuente, Bahía Blanca, 10/3/2009. Ex-soldado combatiente. Primer presidente de la Agrupación Ex-Combatientes de Bahía Blanca (1988/2000).

Hugo Castro, Bahía Blanca, 20/3/2009 (entrevista realizada por Griselda Gómez y cedida a la autora). Ex soldado combatiente. Presidente del Centro de Veteranos de la Guerra de Malvinas Bahía Blanca en el período 2002-2008.

Juan Carlos Ledesma, Punta Alta, el 24/10/2007. Militar, integrante del equipo de minado y luego tripulante del buque logístico Bahía Buen Suceso.

Marcelo López, CABA, 26/10/2011. Ex-soldado combatiente. Amigo de Ignacio Bazán (conscripto integrante del Apostadero que se suicidó en la posguerra).

C. AUDIOS RADIALES Y DE CONFERENCIAS

Charla de Oscar Luna en la Escuela Normal N°5 de Barracas, CABA, 27/06/2012.

Entrevista a Eduardo Rivero y Oscar Luna, militares retirados, ex-tripulantes de la goleta Penélope e integrantes del Apostadero, realizada por la locutora Susana Sealices para el programa “Malvinas... Es hora de volver a Casa” transmitido por la radio *Okey* de Vicente López, 20/10/2007.

Entrevista a Horacio González Llanos y Eduardo Rivero (con la breve participación de Fernando González Llanos), ex-tripulantes del Penélope y militares retirados, realizada por la locutora Susana Sealices para el programa “Malvinas... Es hora de volver a Casa” (radio *Okey* de Vicente López), 09/05/2009.

Entrevista a Osvaldo Venturini, Juan Arias y Claudio Guida, ex-conscriptos integrantes del Apostadero y amigos, realizada por la locutora Susana Sealices para el programa “Malvinas... Es hora de volver a Casa” transmitido por la radio *Okey* de Vicente López, 10/04/2010.

II. FUENTES ESCRITAS

A. TESTIMONIALES

De integrantes del Apostadero o unidades que funcionaban en el puerto

GAFFOGLIO, A. (1984), “Testimonio del Jefe del Apostadero Naval Malvinas”, en: BUSSER, *Operación Rosario*, Buenos Aires, Atlántida.

GREGORIO, G. (2007), “Radio Naval Malvinas (RAMALVINAS)”. En: *Revista de Publicaciones Navales*, N°695, 01 de enero.

HERRSCHER, R. (2007), *Los viajes del Penélope. La historia del barco más viejo de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Tusquets editores.

KLEIN, G. (s/f), Informe de su actuación realizado para un Seminario de Sanidad en Combate (Archivo personal).

LUNA, O. (s/f), “Juego y destino”, nota realizada en ocasión del trigésimo aniversario del conflicto y no publicada (Archivo personal de la autora).

NI COLO, G. (2004), *64 Días Muerto. Relatos de un veterano de guerra*, Buenos Aires, Dunken.

RODRIGUEZ, R. (2005), “Anécdota en el Apostadero Naval Malvinas”, en: *La Gaceta Malvinense*, N°14, Noviembre.

De otros veteranos de guerra

ANAYA, J.I. (1988), *La crisis argentino-británica de 1982*, Buenos Aires, Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades.

BALZA, M. (2003), *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida.

BONZO, H. (2000a), *1093 Tripulantes del Crucero ARA General Belgrano. Testimonio y homenaje de su comandante*, Buenos Aires, Sudamericana.

BONZO, H., (2000b), *323 Héros del Belgrano. Dotación 1982*, Buenos Aires, el autor.

BUSSER, (1984), *Operación Rosario*, Buenos Aires, Atlántida, 1984.

CEBALLOS, E. y BURONI, J. (1992), *La medicina en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Círculo Militar.

FORTI, D. (2007), *Hasta el último día. Logística: la “otra guerra” de Malvinas*, Buenos Aires, Atlántida.

JOFRE, O. y AGUIAR, F. R. (1987), *Malvinas. La defensa de Puerto Argentino*, Buenos Aires, Sudamericana.

KON, D. (1984), *Los chicos de la guerra. Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*, Buenos Aires, Galerna (1ra. ed.: 1982).

ROBACIO, C. y HERNÁNDEZ, J. (1996), *Desde el frente. Batallón de infantería de marina N°5*, Buenos Aires, Solaris.

SPERANZA, G. y CITTADINI, F. (2005), *Partes de guerra. Malvinas 1982*, Buenos Aires, Edhasa.

De agrupaciones de ex-combatientes

ASOCIACIÓN AMIGOS DEL CRUCERO GENERAL BELGRANO (2000), *Síntesis Histórica Testimonial*, Buenos Aires, Producciones Gráficas, 1997 (1ra ed).

De padres de ex-combatientes

BUSTOS, D. (1982), *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas*, Buenos Aires, Ramos Americana.

VARGAS, S. (2004), *Malvinas. Historias breves y sentimientos*, Buenos Aires, Dunken.

B. DOCUMENTOS E INFORMES OFICIALES

De las FF.AA.

Acta de Creación del Apostadero Naval Malvinas, 1/82 “B”, 2 de abril de 1982 (Archivo personal).

Acta de Creación del Destacamento de Seguridad del Apostadero Naval Malvinas (s/f), 3 de abril, en: *Desembarco*, Separata 10.

ARMADA ARGENTINA, Listado del Apostadero Naval Malvinas provisto por la Armada a la autora en el 2008 (Archivo personal).

CAERCAS (1983), *Informe Rattenbach. Anexos y Declaraciones*. 17 Tomos. Disponible en: <http://www.casarosada.gov.ar/component/content/article/108-gobierno-informa/25773-informe-rattenbach>

EJÉRCITO ARGENTINO (1983), *Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas*, 2 Tomos. Disponible en: <http://www.radarmalvinas.com.ar>

GAFFOGLIO, A. (1982), Informe del Jefe del Apostadero Naval Malvinas, presentado al Jefe del Estado Mayor General de la Armada el 05/08/1982 (Archivo personal).

De entidades que agrupan a ex-combatientes

CENTRO DE EX-SOLDADOS COMBATIENTES EN MALVINAS DE CORRIENTES (s/f), “¿Quiénes son Ex combatientes de Malvinas?”. Disponible en: www.cescem.org.ar/excombatientes

COMISIÓN NACIONAL DE EX-COMBATIENTES (1997), *Informe Situación General de los Ex Combatientes de Malvinas*, Ministerio del Interior, Buenos Aires, julio (Archivo personal).

Del Estado

CONADEP (1985), *Informe Nunca Más*, Buenos Aires, Eudeba.

Leyes y decretos nacionales referentes a veteranos de guerra, en: Administración Federal de Ingresos Públicos: www.afip.gov.ar/genericos/malvinas/documentos/Nacional.pdf

Normativas provinciales y locales, en: www.geocities.com/pentagon/barracks/4333

VASSEL, P. (comp.) (2007), *Memoria, verdad, justicia y soberanía. Corrientes en Malvinas*, La Plata, Al Margen.

C. HISTORIOGRAFÍA OFICIAL DE LAS FF.AA.

BOVEDA, J. R. (2007), *La odisea del Submarino Santa Fé*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales.

DESTÉFANI, L. (1975), *Manual de Historia Marítima Argentina*, Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires. Serie B, Historia Naval Argentina, N°19.

DESTÉFANI, L. (1982), *Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur, ante el conflicto con Gran Bretaña*, Buenos Aires, Edipress.

DESTÉFANI, L. (1993), *Historia Marítima Argentina*, Buenos Aires, Departamento de Estudios Históricos Navales, Tomo X.

DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA FUERZA AÉREA (1998), *El accionar de la Fuerza Aérea en Malvinas*, Buenos Aires. Historia de la Fuerza Aérea Argentina: Tomo VI, Vol. I y II.

MARTINI, H. (comp.) (1992), *Historia de la Aviación Naval Argentina*, Buenos Aires, Departamento de Estudios Históricos Navales, Tomo III.

MATASSI, P. (1994), *Probado en combate*, Buenos Aires, Halcón Cielo.

MAYORGA, H. y ERRECABORDE, J. (1998), *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Planeta.

MUÑOZ, J. (1986), *Los tigres del mar*, Buenos Aires, Ediciones Cruz del Sur.

MUÑOZ, J. (2000), *Misión cumplida. Epopeya de los barcos mercantes Argentinos en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Editorial Epopeya.

MUÑOZ, J. (2004), *Poker de Ases en Malvinas. Epopeya de los barcos auxiliares*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales

MUÑOZ, J. (2008), *La epopeya del Aviso ARA Alférez Sobral*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales.

SECRETARÍA GENERAL DEL EJÉRCITO (1981), *Semblanza Histórica del Ejército Argentino*, Buenos Aires, impresión del autor.

D. PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Diarios

Clarín, Buenos Aires (1982-2013)⁴⁷⁶

Convicción, Buenos Aires (1982-1983)

Página 12, Buenos Aires (1997-2013)

La Gaceta, La Plata (2012)

La Nación, Buenos Aires (1982-2013)

La Nueva Provincia, Bahía Blanca (1982-2013)

El Pasquín del Pueblo, Santa Fe (1982)

El Periodista, Buenos Aires (1982-1984)

Revistas, Boletines, Separatas

Boletín del Centro Naval, Buenos Aires (1982-2013). Desde el N°801 (2000), se pueden consultar en: <http://www.centronaval.org.ar/boletin/>

Clarín Revista, Buenos Aires (1982-1984)

Gaceta Marinera, Punta Alta (1982-2013), revista mensual de la Armada Argentina. La publicación digital de algunas notas está disponible en: <http://www.gacetamarinera.com.ar/>

La Gaceta Malvinense (2002-2012), órgano de difusión de Asociación de Veteranos de Guerra de Malvinas (AVEGUEMA): <http://www.aveguema.org.ar/>

Revista *Desembarco*, Buenos Aires (1982-2001), especialmente las Separatas dedicadas a la Guerra de Malvinas.

Revista *Humor*, Buenos Aires (1982-1984)

Revista *La Semana*, Buenos Aires (1982-1983)

Revista *Siete Días*, Buenos Aires (1982-1983)

Revista *Somos*, Buenos Aires (1982-1983)

Revista *Transformación. Publicación de la Asociación del personal superior de empresas de energía*, Buenos Aires (2009).

E. CORRESPONDENCIA Y TEXTOS PERSONALES

⁴⁷⁶ Entre paréntesis se indican los años consultados para la investigación.

Marcelo López, texto “A Ignacio...” dedicado a Ignacio Bazán (Archivo personal).

Cartas, aerogramas, telegramas y e-mails de la guerra y posguerra de Abel Mejías, Fernando González Llanos, Gabriel Asenjo, Guillermo Klein, Guillermo Ni Coló, José Bustamante y Ramón Romero. Todas las fuentes son inéditas y forman parte de mi archivo personal, excepto las cartas de Fernando González Llanos que están publicadas en su *blog* (ver *infra*) y las de Ramón Romero y José Bustamante, que fueron parte de exposiciones de diversos Museos (el Museo Histórico de Bahía Blanca y el Museo Presidio Militar y Cárcel de Reincidentes de Ushuaia, respectivamente).

III. FUENTES AUDIOVISUALES

Fotografías

Fotografías de la guerra y posguerra pertenecientes a Abel Mejías, Claudio Guida, Gabriel Asenjo, Guillermo Klein, José Bustamante (Archivo personal).

Fotografías publicadas en la página *web* del Apostadero y en el CD del Apostadero realizado por Daniel Gionco (ver *infra*).

Películas

Iluminados por el fuego, dirigida por Tristán Bauer (2005)

Locos de la Bandera, Comisión de Familiares de Caídos de la Guerra de Malvinas, dirigida por Julio Cardoso (2005)

Los chicos de la guerra, dirigida por Bebe Kamin (1984)

IV. FUENTES VIRTUALES

<http://volviendoamalvinas.blogspot.com>: *Blog* “Volviendo a Malvinas” diseñado por Fernando González Llanos.

www.geocities.com/pentagon/barracks/4333 o <http://www.aposmalvinas.com.ar/>: “El Apostadero Naval Malvinas en Internet”. Página *web* diseñada por Daniel Gionco.

www.ara.mil.ar. Página *web* oficial de la Armada de la República Argentina.

<http://desfileveteranos.blogspot.com.ar/>. Página *web* de la entidad “Malvinas, Causa de la Patria Grande” sobre la organización del acto “Malvinas, el pueblo te abraza” el 20/06/2013.

<http://www.cels.org.ar/esma/>. *Link* de la página *web* del Centro de Estudios Legales y Sociales que trata sobre los juicios por los crímenes de lesa humanidad cometidos en la ESMA.

www.malvinasdigital.com.ar. Página *web* diseñada por Mariano Coccia, que recopila fuentes y bibliografía de la guerra de Malvinas.

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLÉS, G. (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.
- ACUÑA, C. y SMULOVITZ, C. (1995), “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional”. En: AA.VV., *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- AGAMBEN, G. (2002), *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, Pre-textos.
- AGUILAR, P. (1999), “Agents of memory: Spanish Civil War veterans and disabled soldiers”. En: WINTER, J. y SIVAN, E., *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, University of Cambridge.
- ANDERSON, B. (1997), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Buenos Aires, F.C.E.
- ARÓSTEGUI, J. (2004), *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza.
- ASHPLANT, T.G., DAWSON, G. y ROPER, M. (2000), *The politics of war memory and commemoration*, Londres y Nueva York, Routledge
- AUDOIN – ROUZEAU, S. y BECKER, A. (2002), *14-18. Understanding the Great War*, New York, Hill and Wang.
- BADARÓ, M. (2009), *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Buenos Aires, Prometeo.
- BADARÓ, M. (2011), “De la dictadura al bicentenario: políticas de la memoria del Ejército Argentino (1999-2011)”. En: *Stockholm Review of Latin American Studies*, Issue N.7, December.
- BADARÓ, M. (2012), “Memorias en el Ejército Argentino: fragmentos de un relato abierto”, en: Revista *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Puesto en línea el 11 julio 2012, consultado el 12 octubre 2012. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/63455>; DOI: 10.4000/nuevomundo.63455
- BARRET, F. (1996), “The organization and construction of hegemonic masculinity: the case of the US Navy”. En: *Gender, Work and Organization*, vol. 3, June.
- BERTONI, L. A. (2001), *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE.
- BISSO, A. (s/f), “El impacto de la Segunda Guerra Mundial en Avellaneda a través de las editoriales y crónicas del periódico *La Libertad* (1939-1945)”. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/jornadas/bisso.pdf>.

- BISSO, A. (2005), *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo.
- BLAUSTEIN, E. y ZUBIETA, M. (1998), *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.
- BOHOSLAVSKY, E. et. al. (edits.) (2011), *Problemas de Historia Reciente en el Cono Sur*, Editorial UNGS-Prometeo, Buenos Aires, 2 tomos.
- BORRELLI, M. (2008a), “*El Diario de Massera*”. *Historia y política editorial de Convicción: la prensa del "Proceso"*, Koyatun, Buenos Aires.
- BOURKE, J. (2000), *An Intimate history of killing. Face to face killing in twentieth century warfare*, London, Granta Books.
- BRAGONI, B. y MATA DE LÓPEZ, S. (2007), “*Militarización e identidades políticas en la revolución rioplatense*”. En: *Anuario de Estudios Americanos*, N° 64, Año 1, enero-junio.
- BUSTOS, J. M. (2013), “¿Qué dicen los números?”. En: *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, Mayo, N° 167. Dossier: “Kirchnerismo: balance de una década”.
- BURKE, P. (2001), *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica.
- CALVEIRO, P. (2005), *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- CANDAU, J. (2001), *Memoria e identidad*, Buenos Aires, Ediciones del Sol
- CANELO, P. (2006), *Entre la política y la técnica. Las Fuerzas Armadas argentinas de la refundación a la prescindencia (Argentina, 1976-2011)*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, FLACSO, Buenos Aires, Mimeo.
- CANELO, P. (2008), *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*, Buenos Aires, Prometeo.
- CANELO, P. (2010), *¿Un nuevo rol para las Fuerzas Armadas? Políticos y militares frente a la protesta social, los derechos humanos y la crisis presupuestaria: Argentina (1995-2002)*, Buenos Aires, CLACSO.
- CARDOSO, R., KIRSCHBAUM, A., y VAN DER KOOY, R. (2007) [1983], *Malvinas. La trama secreta*, Buenos Aires, Clarín.
- CARNOVALE, V. (2007), “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”. En: FRANCO, M. y LEVIN, F. (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, PAIDOS, Buenos Aires.

- CASOLA, N. (2012), *Estrategia, militancia y represión. El Partido Comunista de Argentina bajo la última dictadura militar (1976-1983)*, UBA, Facultad de Filosofía y Letras, Tesis doctoral. Mimeo.
- COLOTTA, M. (2013), “Reflexiones preliminares en torno a perfiles, imaginarios, percepciones y expectativas de los aspirante a oficiales del primer y último año del Colegio Militar de la Nación, Escuela de Aviación Militar y Escuela Naval (2012)”. En: *X Jornadas de Sociología. 20 años de pensar y repensar la Sociología*, Buenos Aires, 01-05 de julio. Disponible en: <http://sociologia.studiobam.com.ar/wp-content/uploads/ponencias/1136.pdf>
- COMISION PROVINCIAL POR LA MEMORIA (2012), *Guerra de Malvinas. 30 años*. Disponible en: <http://www.comisionporlamemoria.org/investigacionyense%C3%B1anza/recursos-malvinas.html>
- CRENZEL, E. (2010), “La víctima inocente: de la lucha antidictatorial al relato del Nunca Más”. En: BORN, D. y CRENZEL, E., *Los desaparecidos en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas (1983-2008)*, Buenos Aires, Biblos.
- DA SILVA CATELA, L. (2006), “Presentación”. En: POLLAK, M., *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*, La Plata, Al Margen.
- DALLA-CORTE CABALLERO, G. (2010), *La Guerra del Chaco. Ciudadanía, Estado y Nación en el siglo XX. La crónica fotográfica de Carlos de Sanctis*, Rosario, Prohistoria.
- D’ANDREA MOHR, J. (1999), *Memoria De vida*, Buenos Aires, Colihue.
- DI MEGLIO, G. (2007), “La guerra de independencia en la historiografía argentina”. En: CHUST, M. y SERRANO, J.A. (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid, HILA-Iberoamericana-Vervuert.
- ESCUADERO, L. (1996), *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*, Barcelona, Gedisa.
- FELD, C. (2010), “La representación de los desaparecidos en la prensa de la transición: el “show del horror””. En: BORN, D. y CRENZEL, E., *op. cit.*
- FONTANA, A. (1988), “De la crisis de las Malvinas a la subordinación condicionada: conflictos intramilitares y transición política en Argentina”. En: VARAS, A., *La autonomía militar en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad.
- FONTANA, A. (1987), “La política militar del gobierno constitucional argentino”. En: NUN, J. y PORTANTIERO, J.C. (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Punto Sur Ed.
- FRADKIN, R. y RATTO, S. (2011a), «*El botín y las culturas de la guerra en el espacio litoral rioplatense*». En: Revista *Amnis* [En línea], N°10. Disponible en : <http://amnis.revues.org/1277>

- FRADKIN, R. y RATTO, S. (2011b), «Reducciones y Blandengues en el norte santafesino: entre las guerras de frontera y las guerras de la revolución». En: *5tas Jornadas de Historia Económica*, Montevideo, 23 al 25 de noviembre.
- FRANCO, M. y LEVIN, F. (comps.) (2007), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, PAIDOS, Buenos Aires.
- FREDERIC, S. et. al. (2010), “La formación militar como formación moral: transmisión y adquisición de saberes teóricos prácticos en las Fuerzas Armadas”. En: FREDERIC, S., GRACIANO, O. y SOPRANO, G. (eds.), *El Estado argentino y las profesiones liberales, académicas y armadas*, Rosario, Prehistoria.
- FREDERIC, S. y SOPRANO, G. (s/f). “Políticas de educación superior y formación de los oficiales de las Fuerzas Armadas argentinas”. En: A. CHIROLEU y M. MARQUINA (eds.). *Educación superior y kirchnerismo. Las políticas universitarias de los gobiernos Kirchner: continuidades, rupturas, complejidades*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento. En prensa.
- FREEDMAN, L. y GAMBA-STONEHOUSE, V. (1992) *Señales de Guerra. El conflicto de las islas Malvinas de 1982*, Buenos Aires, Javier Vergara.
- FREUD, S. (1915), “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte”. Disponible en: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/freud/>
- FRIEDMANN, G. (2006), “Alemanes antinazis e italianos antifascistas en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial”. En: *Revista Escuela de Historia*, Salta, Año 5, Vol. 1, Nº5.
- GARAÑO, S. (2012), *Entre el cuartel y el monte. Soldados, militantes y militares durante el Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, Tesis doctoral. Disponible en: <http://www.riehr.com.ar/>
- GARTON, S. (2000), “Longing for war: nostalgia and Australian returned soldiers after the First World War”. En: ASHPLANT, T.G., DAWSON, G. y ROPER, M. (eds.), *The politics of war memory and commemoration*, Londres y Nueva York, Routledge.
- GILBERT, I. (2009), *La Fede: Alistándose para la revolución. La Federaciones Juvenil Comunista (1921-2005)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- GOMEZ, M. R. (2011), *Memoria de mujeres. Relatos de militantes, ex presas políticas, familiares de desaparecidos y exiliadas*, Buenos Aires, Instituto Espacio para Memoria, Cuadernos de la Memoria Nº5.
- GRECCO, J. y GONZÁLEZ, G. (1990), *Argentina: el Ejército que tenemos*, Buenos Aires, Sudamericana.

- GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2008), “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”. En: *Revista Historia Social*, Madrid, N°61.
- GUBER, R. (2001a), *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- GUBER, R. (2001b), *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, F.C.E.
- GUBER, R. (2004), *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Ed. Antropofagia.
- GUBER, R. (2007a), “Bautismo de fuego y gracia de Dios. Las bellas memorias aeronáuticas de la Guerra de Malvinas”. En: *Revista Tábula Rasa*, Bogotá, N°6, enero-junio
- GUBER, R. (2007b), “Los Veteranos truchos de Malvinas: la autenticidad como competencia metacomunicativa en las identidades del trabajo de campo”. En: *Revista Universitas Humanística*, Bogotá, N°63, enero-junio.
- GUBER, R. (2008), “Crucero ARA General Belgrano *In Memoriam*. Linajes político-navales en las memorias de Malvinas”. En: *Revista Iberoamericana. América Latina- España- Portugal*, Instituto Ibero-Americano (Berlín), el GIGA Instituto de Estudios Latinoamericanos (Hamburgo) y la Editorial Iberoamericana/Vervuert (Madrid/Frankfurt am Main), VIII, N°30.
- GUGLELMUCCI, A. (2005), “Entrelazando memorias: Cuándo, cómo y qué recuerda un grupo de ex-prisioneras políticas de la “cárcel de Villa Devoto” entre 1974 y 1983”. En: *Ava. Revista de Antropología*, Universidad Nacional de Misiones, N° 7. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=169021460006>
- HALBWACHS, M. (2004) [1925], *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos.
- HALBWACHS, M. (2005) [1950], *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HASS, Kristin Ann (1998), *Carried to the Wall. American memory and the Vietnam Veterans Memorial*, London, University of California.
- HASTINGS, M. y JENKINS, S. (1984), *La batalla por Malvinas*, Buenos Aires, Emecé.
- HERNÁNDEZ, J. (2006), *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor.
- HERSCHBERG, E. y F. AGÜERO (eds.) (2005), *Memorias militares sobre la represión en el Cono Sur*, Buenos Aires/Madrid, Siglo XXI.

- HOBBSAWM, E. (1998), "La barbarie: guía del usuario". En: HOBBSAWM, E., *Sobre la Historia*, Madrid, Crítica.
- HOBBSAWM, E. (2002) [1983], "Introducción: La invención de la tradición". En: HOBBSAWM, E. y T. RANGER (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica.
- HUYSEN, A. (2000), "En busca del futuro perdido". En: *Puentes*, La Plata, núm. 2, diciembre.
- HYNES, S. (1999), "Personal narratives and commemoration". En: WINTER, J. y SIVAN, E., *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, University of Cambridge.
- JELIN, E. (1995), "La política de la memoria: el movimiento de derechos humanos y la construcción democrática argentina". En: AA.VV., *Juicios, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, op. cit
- JELIN, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires/Madrid, Siglo XXI.
- JENSEN, S. (2007), *La provincia flotante. El exilio argentino en Cataluña (1976-2006)*, Buenos KM 13.774- Casa América Catalunya.
- JENSEN, S. (2008), "¿Por qué sigue siendo políticamente incorrecto hablar de exilio? La dificultosa inscripción del exilio en las memorias del pasado reciente argentino (1983-2007)". En: *Páginas*. Revista Digital de la Escuela de Historia, Rosario, N° 1, año I, mayo-agosto. Disponible en: www.revistapaginas.com.ar
- JENSEN, S. (2011), "Agendas para una historia comparada de los exilios masivos del siglo XX. Los casos de España y Argentina", En: *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano*, México, N°8, octubre-diciembre. Disponible en: <http://www.pacarinadelsur.com>
- KEEGAN, J. (2000), *The Face of Battle*, London, Pimlico.
- KOSELLECK, R. (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- LEED, E. (2009) [1979], *No Man's Land: Combat and Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LLACH, L. y GERCHUNOFF, P. (2010), *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Emecé.
- LONGONI, A. (2005), "Traiciones. La figura del traidor (y la traidora) en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión". En: JELIN, E. y LONGONI, A., *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- LOPEZ, E. (1994), *Ni la ceniza ni la gloria. Actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

- LÓPEZ, E. y PION-BERLIN, D. (1996), *Democracia y cuestión militar*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- LORENZ, F. (2005), “Recuerden, argentinos’: por una revisión de la *vulgata procesista*”. En: *Entrepasados*, Buenos Aires, año XIV, N°28.
- LORENZ, F. (2006/2012), *Las Guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa.
- LORENZ, F. (2007), “La necesidad de Malvinas”. En: Revista *Puentes*, “A 25 años de la Guerra de Malvinas. Verdad, Justicia y soberanía”, año 7, núm. 20, marzo
- LORENZ, F. (2008), “«Es hora que sepan». La correspondencia de la Guerra de Malvinas: Otra mirada sobre la experiencia bélica de 1982”. En: *Páginas*. Revista Digital de la Escuela de Historia, Rosario, N° 1, disponible en: [http:// www.revistapaginas.com.ar](http://www.revistapaginas.com.ar).
- LORENZ, F. (2009), *Malvinas. Una guerra argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- LORENZ, F. (2011a), “Otras marcas. Guerra y memoria en una localidad del sur argentino (1978-1982). En: BOHOSLAVSKY, E. et. al., *op. cit*, Tomo 1.
- LORENZ, F. (2011b), “El malestar de Krímov. Malvinas, los estudios sobre la guerra y la historia argentina reciente”. En: *Estudios*, N° 25, Enero-Junio.
- LVOVICH, D. y BISQUERT, J. (2008), *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento-Biblioteca Nacional.
- MAZZEI, D. (2004), “El General Martín Balza y la construcción de una memoria alternativa del Ejército Argentino”. En: *Anuario Historia, Memoria y Pasado Reciente*, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, N° 20.
- MELARA, P. (2010), *80 días en Malvinas. El accionar de la Agrupación de Buzos Tácticos durante el conflicto bélico del Atlántico Sur de 1982*, Mar del Plata, Suárez.
- MENÉNDEZ, M.I. (1998), *La “comunidad imaginada” en la Guerra de Malvinas*, Buenos Aires, EUDEBA.
- MORO, R. (1985), *La guerra inaudita. Historia del conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Editorial Pleamar.
- MOSSE, G. (1990), *Fallen soldiers. Reshaping the memory of the World Wars*, Oxford, Oxford University Press.
- NIEBIESKIKWIAT, N. (2012), *Lágrimas de hielo. Torturas y violaciones a los derechos humanos en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- NORA, P. (1984), “Introducciones” a *Les Lieux de Mémoire*, París, Gallimard.

- NOVARO, M., y PALERMO, V. (2003), *La Dictadura Militar (1976-1983). Del golpe a la restauración democrática*, Buenos Aires, PAIDÓS.
- NOVARO, M. y PALERMO, V. (2004), *La Historia Reciente. Ensayos sobre la experiencia democrática argentina*, Buenos Aires, Edhasa.
- NOVARO, M. (2006), *Historia de la Argentina Contemporánea. De Perón a Kirchner*, Buenos Aires, Edhasa.
- OLICK, J. (1998), "What does it mean to Normalize the past? Official memory in German Politics since 1989". En: *Social Science History*, Vol. 22, N° 4, invierno. Disponible en: <http://www.yumpu.com/en/document/view/3579967/>
- OTERO, H. (2009), *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana.
- OYARZÁBAL, G. (2009), *Los marinos de la Generación del Ochenta*, Buenos Aires, Emecé.
- PALERMO, V. (2007), *Sal en las heridas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- PANIZO, L. (2011), *Dónde están nuestros muertos: Experiencias rituales de familiares de desaparecidos de la última dictadura militar en la Argentina y de caídos en la Guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, Tesis doctoral. Disponible en: <http://www.riehr.com.ar/>
- PAZ, G. (2008), "El orden es el desorden. Guerra y movilización campesina en la campaña de Jujuy, 1815-1821. En: FRADKIN, R. y GELMAN, J. (comps.), *Desafíos al Orden, Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*, Rosario, Prehistoria.
- POLLAK, M. (2006), *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- POZZI, H. y RUDA, C. (2000), "Revista de Publicaciones Navales y Boletín del Centro Naval", ponencia presentada en el Primer *Encuentro Continental de Directores de Revistas de Marina*, organizado por la Revista de Marina de Chile, en Valparaíso, del 28 al 30 de junio. Disponible en: <http://www.revistamarina.cl/>
- PRATESI, A. (2007), "Realineamientos en torno a la guerra de Malvinas en la provincia del Chaco. Memoria y construcción de "heroísmos"". En: Revista *Theomai. Estudios sobre Sociedad y Desarrollo*, N°16, disponible en: www.revista-theomai.unq.edu.ar
- PRISLEI, L. (2008), *Los orígenes del fascismo en Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.
- PROST, A. (1999), "The Algerian War in French collective memory". En: WINTER, J. y SIVAN, E., *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, University of Cambridge.
- QUIJADA, M. (1991), *Aires de República, aires de Cruzada: la guerra civil española en Argentina*, Barcelona, Sendai.

- QUIROGA, H. (1994), *El tiempo del "Proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares (1976-1983)*, Rosario, Fundación Ross.
- QUIROGA, H. (2005), "El tiempo del Proceso". En: SURIANO, J. (dir.), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, Serie Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana. Tomo X.
- RABINOVICH, A. (2009), «La gloria, esa plaga de nuestra pobre América del Sud ». *Ethos guerrero en el Río de la Plata durante la Guerra de la Independencia (1810-1824)*". En: *Revista Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, 2009. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/index56444.html>
- RABINOVICH, A. (2011a), "Representaciones sociales y prácticas de combate: las figuras del coraje marcial en el Río de la Plata (1810-1820) ». En: *Revista Amnis* [En línea], N° 10, abril. Disponible en : <http://amnis.revues.org/1211>
- RABINOVICH, A. (2011b), «Obedecer y comandar. La formación de un cuerpo de oficiales en los Ejércitos del Río de la Plata, 1810-1820 ». En: *Revista Estudios Sociales*, segundo semestre.
- RABINOVICH, A. (2013), *Ser soldado en las Guerras de Independencia, La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la PLata, 1810-1824*, Buenos Aires, Sudamericana.
- REVEL, J. (2005), "Microanálisis y construcción de lo social". En: REVEL, J., *Un momento historiográfico: Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial.
- RODRÍGUEZ, A. B. (2008), *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur*, Tesina de Licenciatura, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca (Mimeo).
- RODRIGUEZ, A. B. (2010), "De veteranos "verdaderos" y "truchos". Análisis de las definiciones de "ex-combatiente/veterano de guerra" de los miembros del Apostadero Naval Malvinas en el Conflicto del Atlántico Sur". En: *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, N. 10, Año 10.
- RODRIGUEZ, A. B. (2013), "Las construcciones identitarias del colectivo Apostadero Naval Malvinas en la posguerra. Un recorrido por el/los 'nosotros' (1983-...)" En: *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, N°8.
- RODRÍGUEZ, A. (s/f), "La memoria de Malvinas y 'la batalla por la marca': Bahía Blanca, la guerra de Malvinas, y la refundación nacional (1982-2010)". En: JENSEN, S. (comp.), *Los 70 en Bahía Blanca* (En prensa).
- RODRIGUEZ MOLAS, R. (1983), *El Servicio Militar Obligatorio. Debate nacional*, Buenos Aires, CEAL.
- ROMERO, J. L. (1965), *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba.

- ROMERO, L. A. (coord.) (2004), *La Argentina en la Escuela. La idea de Nación en los textos escolares*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- ROMERO, L. A., (2003), *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, FCE.
- SABORIDO, J. y BORELLI, M. (coord.) (2011), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Buenos Aires, Eudeba.
- SAIN, M. (2010), *Los votos y las botas. Estudios sobre la defensa nacional y las relaciones civil-militares en la democracia argentina*, Buenos Aires, Prometeo.
- SALVI, V., (2010), “Entre el olvido y la victimización. Transformaciones en la narrativa sobre la reconciliación nacional”. En: C. MEDVESCIG, R. OTERO, V. SALVI y A. VILLA, *La sociedad argentina hoy frente a la construcción de la memoria social de los años '70*, Buenos Aires, EUDEBA.
- SALVI, V. (2011), “El Ejército argentino frente a los juicios por crímenes de lesa humanidad”. En: *Estudios*, Núm. 25, enero-junio.
- SALVI, V. (2012), *De vencedores a víctimas. Memorias militares sobre el pasado reciente en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.
- SAUTU, R. (1999), “Estilos y prácticas de la investigación biográfica”. En: SAUTU, R. (comp.), *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- SCHWARZSTEIN, D. (2001), *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona, Crítica.
- SILVA, M. A. (2006), *Salud de los Veteranos de Guerra de Malvinas: miradas, sentires y propuestas*, presentado en el VIII Ciclo Anual de Ateneo Patología Comparada, MUSEO PROVINCIAL DE CIENCIAS NATURALES “F. AMEGHINO”, ciudad de Santa Fe, 01/12.
- SOPRANO, G. (2010), “Los militares como grupo social y su inscripción en el Estado y la sociedad argentina. Batallas intelectuales y políticas por la construcción de un objeto de estudio en las ciencias sociales”. En: *Revista Digital Universitaria del Colegio Militar de la Nación*, Buenos Aires, Año 8, N°22, septiembre.
- SOPRANO, G. (2013), ““Militares” y “Marinos”. La profesión militar en las perspectivas y experiencias de oficiales y suboficiales de la Armada Argentina”, ponencia presentada en: *Reunión de Antropología del Mercosur 2013*, Córdoba, 10-13 de julio (Mimeo).
- SOSA, E. (2011), *El papel de las mujeres paraguayas en la guerra del Chaco (1932-1935)*, Misiones, Editorial Universitaria UNAM.
- STANLEY, J. (2000), “Involuntary commemorations: post-traumatic stress disorder and its relationship to war commemoration”. En: ASHPLANT, T.G., DAWSON, G. y ROPER, M. (eds.), *The politics of war memory and commemoration*, Londres y Nueva York, Routledge

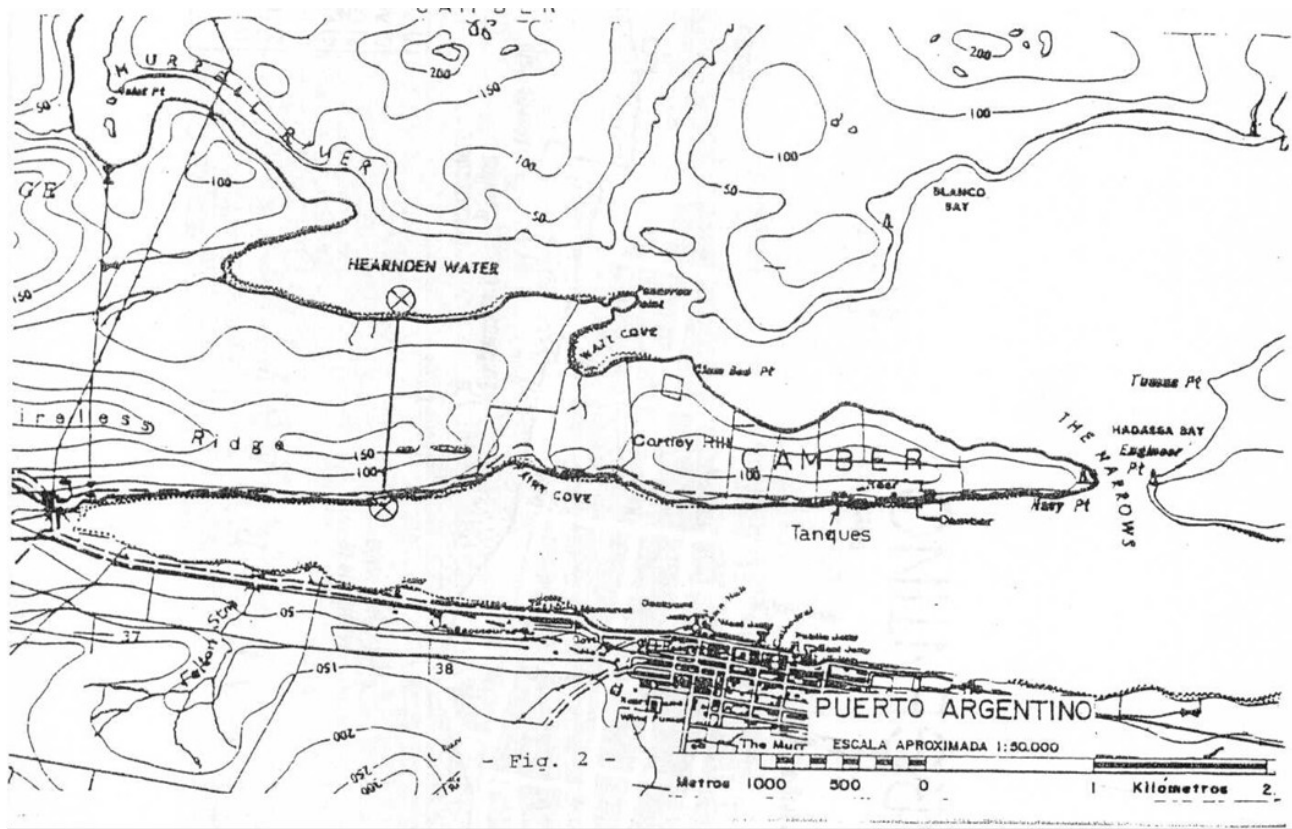
- STERN, S. (2000), “De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”. En: M. GARCÉS, P. MILOS, M. OLGUÍN, J. PINTO, M.T. ROJAS y M. URRUTIA (comps.), *Memorias por un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- SURIANO, J. (2005), “Introducción”. En: SURIANO, J. (dir.), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, Serie Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana. Tomo X.
- TATO, M. I. (2010a), “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno de la Primera Guerra Mundial”. En: TATO, M. I. y CASTRO, M. O. (eds.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- TATO, M.I. (2010b), “Ecos argentinos en las dos guerras mundiales. Apuntes para una reflexión comparativa”. En: RODRÍGUEZ OTERO, M. E. y DE CRISTÓFORIS, N. (comps.), *Un mundo, dos guerras (1939-1991)*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- THOMPSON, E. (1984), “La política de la teoría”. En: Samuel, E. (Ed.). *Historia Popular y Teoría Socialista*, Barcelona, Crítica.
- TORRE, J. C. y DE RIZ, L. (2002), “Argentina. 1946-c.1990”. En: BETHELL, L., *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica. Tomo 15.
- TORTTI, M.C. (1999), “Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”. En: PUCCIARELLI, A. (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, EUDEBA.
- TRAIN, H. (1987), “Malvinas: Un caso de estudio”, en: *Boletín del Centro Naval*, N° 748, Vol. 105, enero-marzo.
- TRAVERSO, E. (2009), *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, Prometeo.
- TRAVERSO, E. (2011), *El pasado, instrucciones de uso*, Buenos Aires, Prometeo.
- TRÍMBOLI, J., (2011), «A propósito de la Guerra del Paraguay», en *Cuadernos del INADI*, N° 4, Abril, 2011. Disponible en <http://cuadernos.inadi.gob.ar>
- VARAS, A. (1988), *La autonomía militar en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad.
- VAZQUEZ, J.C. (2004), “De museos, pupitres e islas. Las Malvinas en la cultura argentina”. En: *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes, N° 15, diciembre.
- VAZQUEZ, J. C. y SILVA, M.A. (2006): “Más de 350”. Políticas públicas y Malvinas”, presentado en: *I Jornadas de Ciencia Política - Universidad del Salvador*, Buenos Aires, 13 -14/10.
- VERBITSKY, H. (1984), *La posguerra sucia. Un análisis de la transición*, Buenos Aires, Legasa.
- VERBITSKY, H. (1995), *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta.

- VERBITSKY, H. (2002), *Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana.
- VERBITSKY, H. (2006), *Civiles y militares. Memoria secreta de la transición*, Buenos Aires, Sudamericana/Página 12.
- VEZZETTI, H. (2003), *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- VEZZETTI, H. (2007a), “La memoria justa: política e historia”. En: *Coloquio Internacional “Problemas de historia reciente en el Cono Sur”*, Buenos Aires, Los Polvorines, 24-26 de octubre.
- VEZZETTI, H. (2007b). “Conflictos de la memoria en la Argentina. Un estudio histórico de la memoria social”. En: PÉROTIN-DUMON, A. (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. En http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php
- VILARIÑO, R. (1984), “*Yo secuestre, maté y vi torturar en la Escuela de Mecánica de la Armada*”, Buenos Aires, La Semana.
- URIARTE, C. (2011), *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Buenos Aires, Planeta.
- WIEVIORKA, A. (1999), “From survivor to witness: voices from Shoah”. En: WINTER, J. y SIVAN, E. (eds.), *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, University of Cambridge.
- WINTER, J. (1995), *Sites of Memory, Sites of Mourning. The Great War in European Cultural History*, Cambridge, University of Cambridge Press.
- WINTER, J. (1999), “Forms of kinship and remembrance in the aftermath of the Great War”. En: WINTER, J. y SIVAN, E., *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, University of Cambridge.
- WINTER, J. (2010), “Thinking about silence”. En: BEN-ZE'V, E., GINIO, R. y WINTER, J. (eds.), *Shadows of War. A Social History of Silence in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WINTER, J. y PROST, A. (2008), *The Great War in History. Debates and Controversies, 1914 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WINTER, J. y ROBERT, J. (1999), *Capital cities at war. Paris, London, Berlin (1914-1919)*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WINTER, J. y SIVAN, E. (eds.) (1999), *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, University of Cambridge.

ANEXO

ANEXO II

Mapa de Puerto Argentino y península Camber



Fuente: *Desembarco*, Separata 10, Buenos Aires.

ANEXO III

Dispositivo de defensa

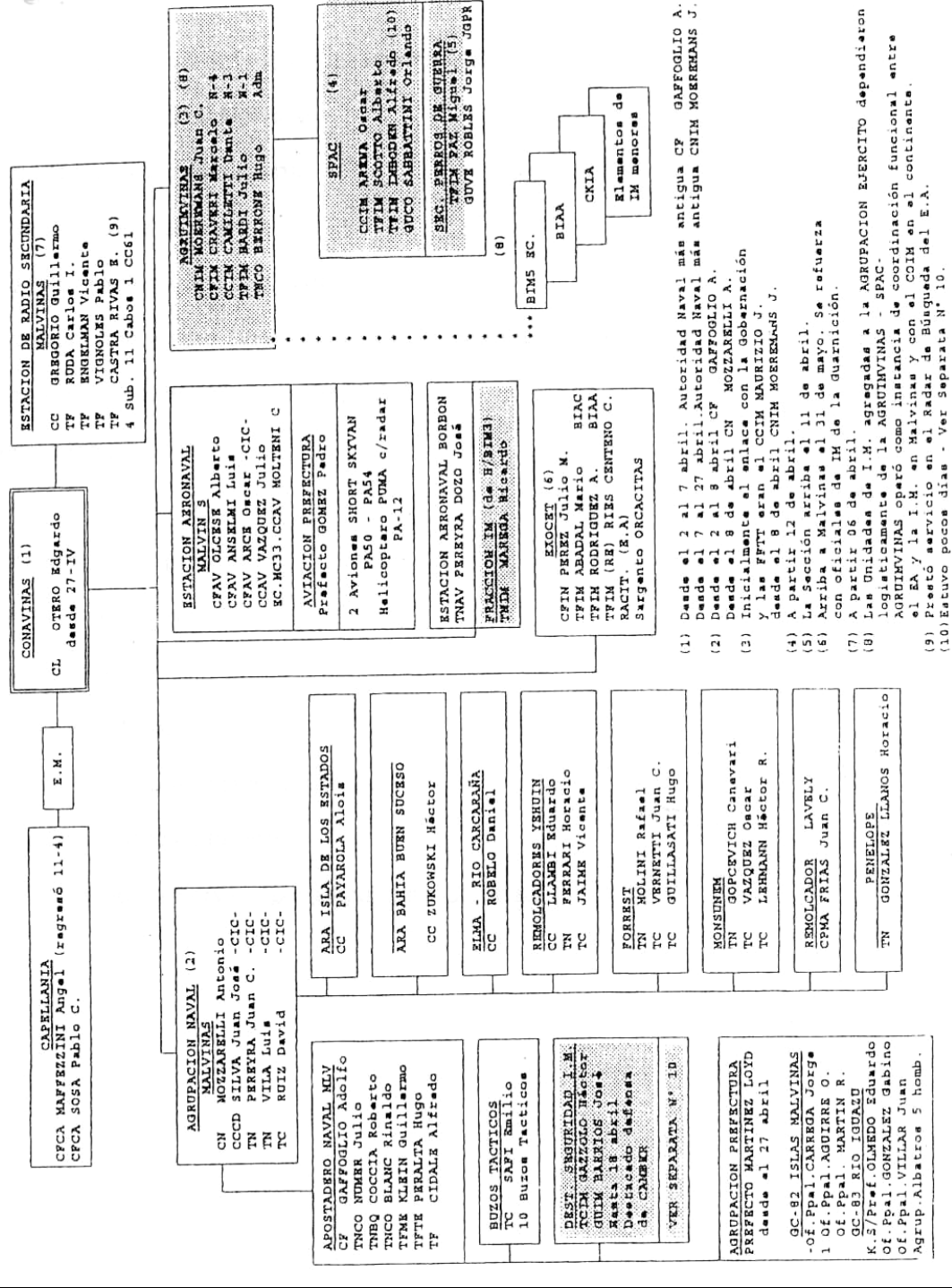


Fuente: Balza, M., *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida, 2003.

ANEXO IV

Organigrama del Comando Naval en Malvinas

COMANDO NAVAL MALVINAS - AL 27 DE ABRIL

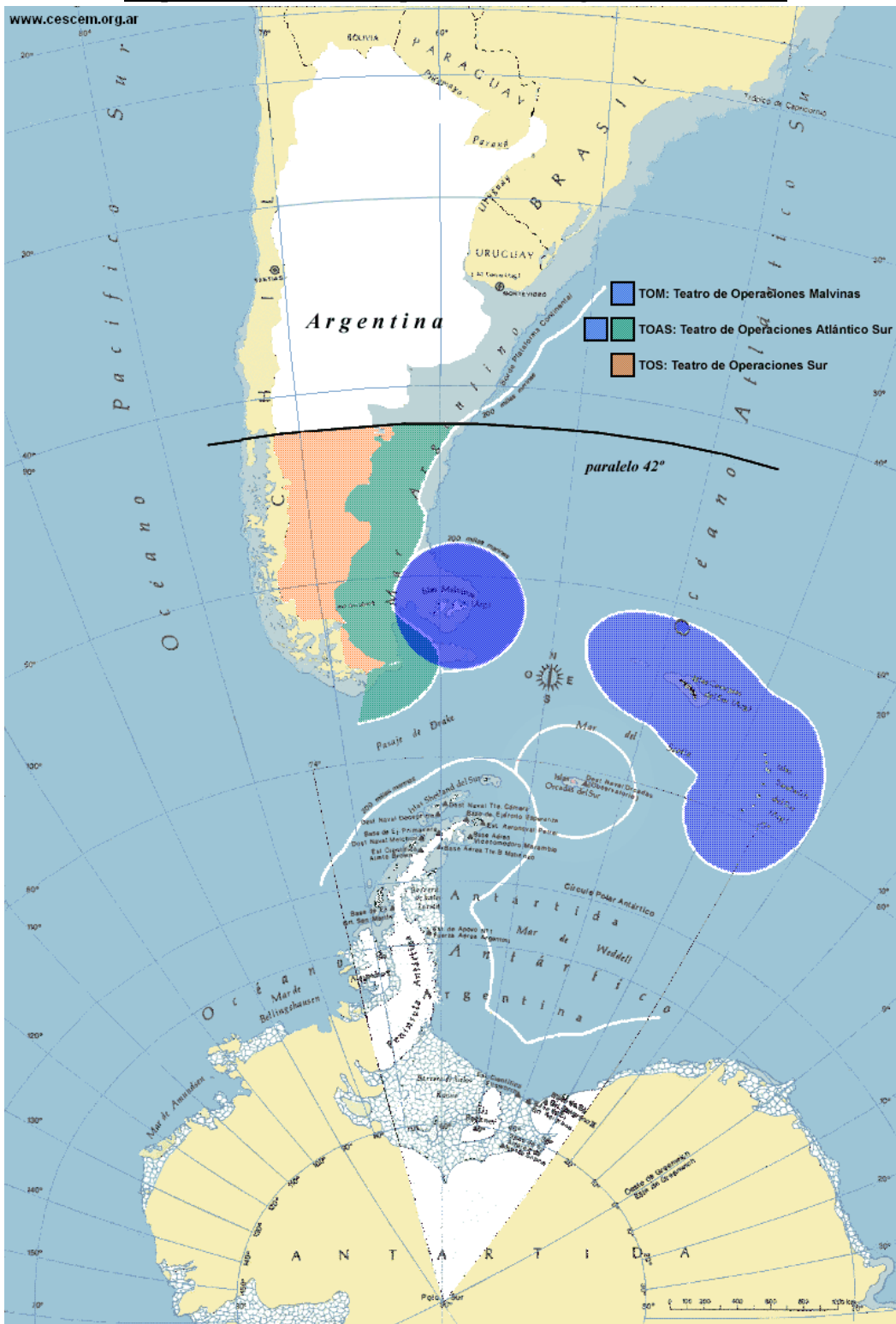


- (1) Desde el 2 al 7 abril. Autoridad Naval más antigua CF GAFFOGLIO A.
 Desde el 7 al 27 abril. Autoridad Naval más antigua CNIM MOBERMANS J.
 Desde el 2 al 9 abril. CF GAFFOGLIO A.
 Desde el 9 de abril. CN MOZARELLI A.
 Inicialmente al enlace con la Gobernación y las FF. AA. en el comando de la Gobernación.
 Desde el 8 de abril. CNIM MAURIZIO J.
 Desde el 8 de abril. CNIM MOBERMANS J.
 (4) A partir del 12 de abril.
 (5) La Sección arriba el 11 de abril.
 (6) Arriba a Malvinas el 31 de mayo. Se refuerza con oficiales de IM de la Guarnición.
 (7) A partir del 06 de abril.
 (8) Las Unidades de I. M. agregadas a la AGRUPACION EJERCITO dependieron logísticamente de la AGRUPACION - SPAC.
 AGRUPACION EJERCITO dependió de coordinación funcional entre el EA y la I. M. en Malvinas y con el COIM en el continente.
 (9) Prestó servicio en el Radar de Buqueada del E.A.
 (10) Estuvo pocos días - Ver Separata N° 10.

Fuente: Desembarco, Separata 14, Buenos Aires, Año XXXIX, N° 155, 1995

ANEXO V

Mapa de los Teatros de Operaciones de la guerra de Malvinas



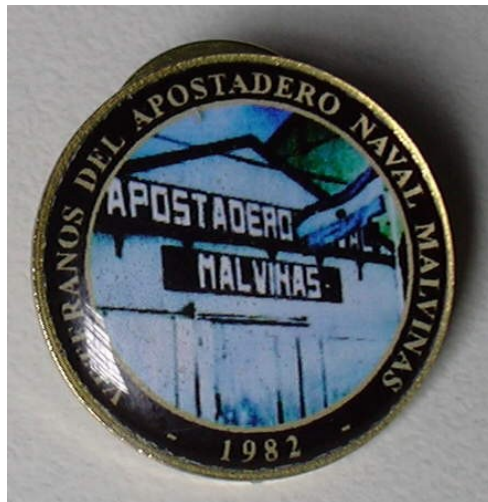
Fuente: Centro de Ex-Soldados Combatientes en Malvinas de Corrientes, “¿Quiénes son Ex-combatientes de Malvinas?”. En: www.cessem.org.ar/excombatientes/quienes_son.html

ANEXO IV

Fotografías del Apostadero Naval Malvinas



Imagen emblemática del grupo-unidad (correspondiente a Mayo de 1982).
Fuente: Página web "Apostadero Naval Malvinas en Internet"



Pin de los integrantes del Apostadero.



Fotografías del viaje de regreso a las islas de Claudio Guida y su compañero Juan Arias en 2008, frente al galpón donde funcionaba el Apostadero. Fuente: Agradezco a Claudio Guida este material.